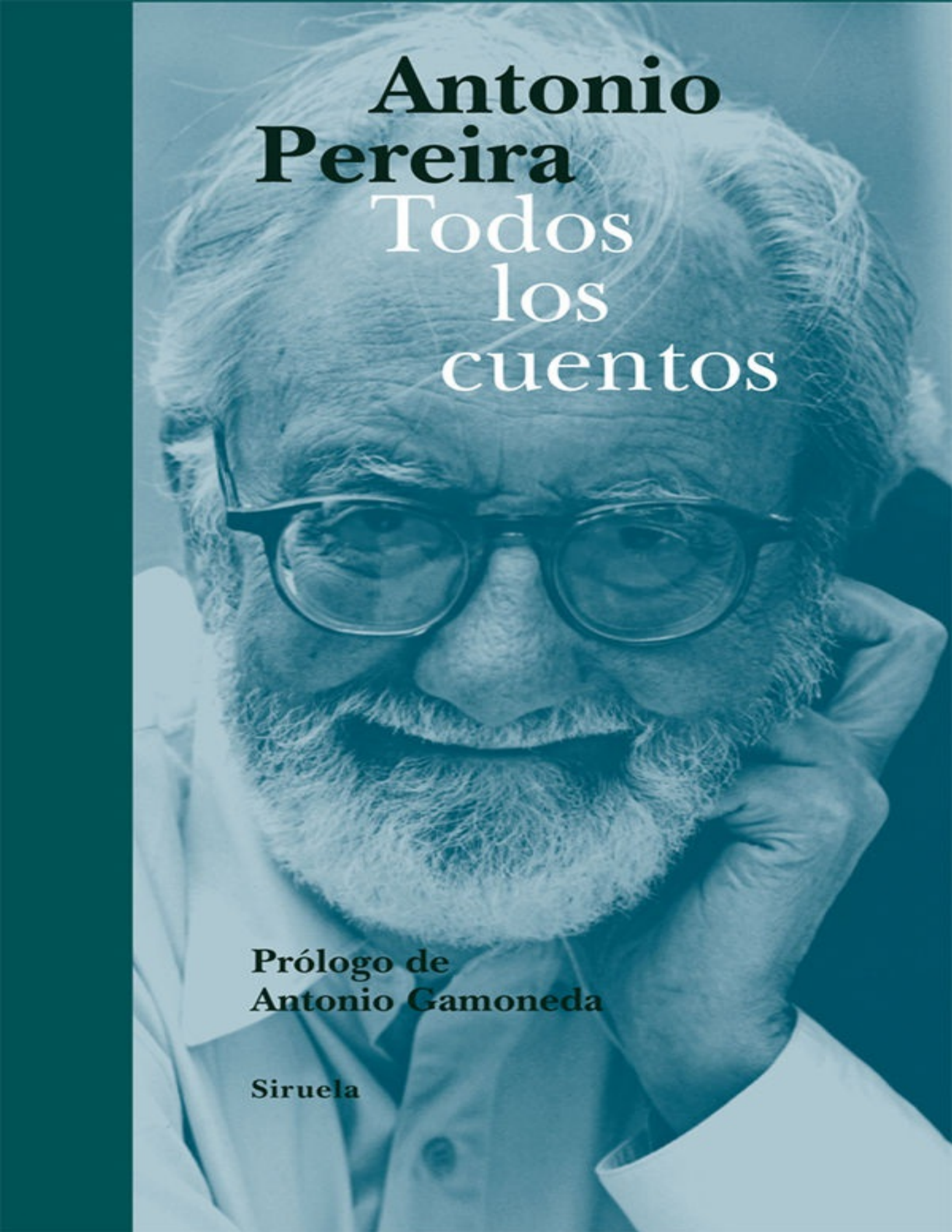




Antonio Pereira

Todos los cuentos

**Prólogo de
Antonio Gamoneda**

Siruela

Antonio Pereira

Todos los cuentos

Prólogo de Antonio Gamoneda

Siruela Libros del Tiempo

Índice

Carta (sin fecha) a Antonio Pereira pidiéndole disculpas por no haber escrito un prólogo, Antonio Gamoneda

TODOS LOS CUENTOS

Una ventana a la carretera (1967)

Una ventana a la carretera

Rabanillos

La tienda de Paco Santín

Beltrán, primera especial

La crápula

Santa Bárbara, cuando truena

Los Cedilla

Cirujeda

No hay burlas con el honor

El primo Tanis

Hermosa primavera, señor director

El fuero y el huevo

Unas botas del 43

La vara

El tío Candela

Pablito, apóstol

El ingeniero Balboa y otras historias civiles (1976)

Informe sobre la ciudad de N***

Matar la mosca cuando empieza

Las erotecas infinitas

El ingeniero Balboa

Historias veniales de amor (1978)

El hilo de la cometa

Mientras viene el trenillo

Los ejecutivos
Souvenirs
Un Quijote junto a la vía
El forajido
Fábula con obispo y niño
La gracia del rey don Carlos
«Eso»

Los brazos de la i griega (1982)

El ingeniero Démencour
Charly
La resistencia
El pozo encerrado
El caso Tiroleone
Una novela brasileña
La venganza
Clara y el Romano
El otro y yo
Las peras de Dios
El atestado
El sitio del inglés
Los brazos de la i griega

El síndrome de Estocolmo (1988)

El síndrome de Estocolmo
La escalerilla
Casa de niñas en Acapulco
El *happening*
Obdulia, un cuento cruel
Palabras, palabras para una rusa
Poeta en el Sheraton
Si me lees te leo
Los ojos luminosos
El vuelo
Teoría y práctica de las islas
El gobernador
Visita impía del Gulbenkian
El carisma
La hija del general
Truman Capote cuenta un cuento

Picassos en el desván (1991)

Así empezó Lourido

El tendedero
El escultor
La aventura
Picassos en el desván
El sedentario
El escalatorres
La barbera alemana
El narrador inocente
La nostalgia
Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos
Dalmira y los monjes
Milagros y fotocopias
La violinista
La espalda de Elisa
El Patronato
Los pasadizos
El equipo
El *Virimán*
Historias de monjas
El espejo
La esquila
El desafío
The End
La embajada toscana
La pirámide
Para caballeros solventes
La protesta
Una historia breve

Las ciudades de Poniente (1994)

Cuadros para una exposición
El apartamento
El encargo
La batuta
Los preventivos
La cantera local
Los tiempos que vienen
El asturiano de Delfina
El hombre de la casa
La ciudad visigoda
Una fobia de don Jorge
El final de Santiago Velasco

Un tal Cioran
El terrible
Aventura de un fabricante de madreñas
El apodo
La enfermedad
La visión
Cuento en la Escuela de Letras
La hueste
La plazuela
Coleccionistas de historias
El señor de los viernes
El hombre de acción
El revisor parado
Don Eloy deje salir a Dorita o me mato

[Relatos sin fronteras \(1998\)](#)

Las cordobesas sueñan con el Danubio
Principio de una historia
El oculista
La guerra sucia
El rebujo
Una semana y un día
Sesenta y cuatro caballos

[Me gusta contar \(1999\)](#)

Aquella revolución
La creación
Las nieblas de la Purísima

[Cuentos de la Cábila \(2000\)](#)

El toque de obispo
Un chico de la Cábila
San Policarpo
Alcalde de barrio
La prevaricación
La belleza terrible
Los niños muertos y todos los muertos
La bombilla fiada
La República no era tan mala
Definición de la guerra
La pernocta del general
La ciudad industrial, la ciudad romántica
Apariciones

La ilustre Casa de Pereira
La orla
¡Manos arriba!
El viajante que no porfiaba
La pirotecnia
La imposición de manos
El mal tiempo
El protagonista
El aval
La Orbea del coadjutor
El psicólogo
«La Corbata»
Las adicatorias
Cuestión de fonética
El brazo secular
La tuberculosis
La feria según nos va en ella
El reconocimiento

Cuentos del noroeste mágico (2006)

El reproche de Tina
Vuelo planeado
Cuento de los dos narradores

La divisa en la torre (2007)

La divisa en la torre
El fabulador a domicilio
La Obra Bien Hecha
El secreto del cisne
Pastoral
El caso de la calle Cronista Malvide
«¿Está en la cárcel?»
Seis palabras 4 pesetas
La inocencia del filósofo
Los boleros del dentista
De poetas y mantenedores
El poder del teatro
Los mesetarios y los catalanes
Cura contra fraile
«Aquí no tenemos plátanos»
Papillón
Las camisas del obispo
Los cuadros del psiquiatra

La visita a Velintonia
El escritor al volante
Una fábula moral
Los hispanistas
La expectativa
El magnate
El retrato
Cano y Canito
El símbolo
Postal de Ibiza
El anacoluto
Los uniformes de Serrano Súñer
Esplendor en Argüelles
La hipocondría
La rebeldía del poeta
La prima segunda
Paco Pino
Sacramento santo
El plagio
Stevenson en Sepúlveda
El tren o la pastora que supo amar
Con «la rusa» en Tarragona
La risa floja
Mi colega Goethe
C. J. C., un peligro
La cristalería
El estigma
Llave de U.
El soldado Basilio Losada
La noche madrileña
La presidenta
El cuento de Afanasiev
Lo inédito
Pasárgada
La piel de Camilo Otero
«En mujeres estás anticuado, muchacho»
Última mañana con Dalia
Casa de orden
El desaparecido
Don Sebastián, don Sebastián...

[El último cuento \(2008\)](#)

Bradomín

Créditos

Carta (sin fecha) a Antonio Pereira
pidiéndole disculpas por no haber
escrito un prólogo

Querido Antonio:

Creo que en sesenta años, largos, no hemos cruzado nunca cartas. Para qué si hemos estado miles de veces el uno con y en el otro, sintiéndonos y comprendiéndonos con las medias palabras y hasta con los silencios. También con parrafadas que serían prolijas si no fuesen tuyas, pero con desventurada disimetría por mi parte, que a ti se te dan irónicas, precisas y luminosas, divinamente socráticas, y a mí fatal. Envidia te tengo. En cuanto al carteo, la presente va a ser excepción en nuestra costumbre, sí, pero tengo que ir a ella por razones que no sé si atinaré a explicarte. Atine o no, tú vas a entenderme, que ¡bueno eres tú viéndolas venir! Sea como sea y salga como salga, algo tengo que decirte del que, para mí, es hermoso pero insoluble asunto.

La muy gentil y avisada parroquia de Siruela me invita a hacer un prólogo para la edición de tu completa narrativa breve, y ocurre que no puedo decir no a Siruela, porque se trata de ti, pero tampoco puedo decir sí a causa de lo que luego te explicaré. ¿Qué hacer o qué no hacer en este diabólico trance? Pues mira –y bien que me duele–, me puede el «no». A causa de razones poco razonables pero todopoderosas. No puede ser, Antonio. Intentaré aclararme un poco, aunque puede que con las aclaraciones lo ponga peor.

Por un lado, por el lado más leve, sucede que yo no acabo de tener claro lo que la narrativa sea; no me basta lo que su propio nombre indica. Sí tengo claro, me parece y no es poco, lo que tu escritura es, pero esta es otra claridad. La narrativa... Se me alcanza que los sabios y los profesores, unos y otros para entenderse, tienen que dar por buenos unos términos convenidos y hasta puede que necesarios, pero mis disturbios conceptuales no encajan con estos convenios: épica –o narrativa–, lírica, dramática... ¿qué son *esencialmente*, uno por uno y todos juntos en la especie literaria, estos llamados *géneros*? Parece estar claro, pero no. Se me ocurre pararme a pensar lo que contestarían Homero o Fernando de Rojas –bien pudieran ser otros– si les preguntasen por el género de su obra. Se encogerían de hombros, que les sonaría como si les preguntasen que cuándo caía el jueves en Marte.

Bien ves que empiezo agarrándome a las divagaciones. Yo creo que para retardar la entrada en lo que por resultar, como te decía, de razones poco razonables, me pone en un brete. En fin, yo te digo y tú me perdonas; tienes que ser, una vez más, liberal y

generoso con mis descompuestas composturas.

Hace más de quince años que decidí para siempre que «no» –amigos incluidos– a los prólogos, y ahora me dicen que un prólogo *para ti*. Dan por supuesta mi alegría y mi conformidad y el supuesto es bueno; tan bueno como imposible. O sea, que sí pero que no. Se darían agravios comparativos de mucho tamaño. No puede ser. Por eso te escribo: para que me disculpes, para que hagas tuyo mi «no puede ser».

La carta podría terminar aquí, que, dicho lo dicho, me siento ya algo mejor, pero me viene en gana aprovechar la excepción epistolar para contarte cómo me va, qué hago – más bien qué no hago–, y algunas ocurrencias, referidas a ti, que me andan rondando y espero que se me aparezcan aceptablemente inteligibles, que sesenta años largos son sesenta años largos, y una carta, una sola carta, no puede darse ruin y únicamente interesada.

Estoy demorándome un par de semanas en la isla de La Palma. Vacaciones de trabajo (vacaciones trabajadas, quiero decir). He venido para esconderme y parece que lo estoy consiguiendo. Aunque tenga el que llaman «móvil», la perfección de mi sordera me libera de llamadas. Estoy, pues, correcta y felizmente incomunicado, escondido, para mayor seguridad, en un enorme jardín con palmeras de todos los continentes, arropadas por vegetación que, entre corpulenta y mezquina, resulta innumerable: el inmenso *figus dinámica*, con las torturadas raíces al aire; la *araucaria excelsa*, que lo es; el *croton*, rojo, interminablemente aciculado; la *streptizia virginiae*, que también y mejor le dicen «la flor del alba», con siete pétalos llameantes y uno azul; las adelfas salvajes, que, nocturnas, sueltan un aliento a mujer limpia y fresca... Yo qué sé. Ramajes hay de tierras que yo creía que no existían más que en las novelas, y los habrá hasta de países que Úrsula y tú no hayáis pisado. También hay una docena de muy amables gatos, y papagayos que graznan o berran –no se sabe–, y tortugas, y... Y, sobre todo y sobre todos, maravillosamente sobre todos, dos pequeñas tórtolas que, a media mañana, vienen a mi terraza y comen migas de galleta ¡en mi mano!

Poca sustancia tienen estas parvedades, pero te las cuento. Por alguna seria razón desconocida será. Y voy a contarte más. A lo mejor, que nos conocemos, estas te interesan.

En Santa Cruz –la capital– y en el que dicen casco histórico (que debe de serlo, que en él lucen airoso balcones coloniales), no lejos de la que llaman la Placeta, entré en una estrechísima pero bien armada calle. Levanté casualmente la mirada y di con dos envejecidas baldosillas en las que leí (prepárate): «Calle de Doña Leocricia Volcán». Estupefactamente maravillado, pregunté por Doña Leocricia. Nadie sabe nada de Doña Leocricia Volcán. Pensé inmediatamente que tú sí sabrías; por la simple y poderosa razón de que, magnetizado por el nombre, *la harías realidad en ti*. ¿Sería una hermosa y acaudalada indiana que se reclamaba (dicho sea con perdón) de nobles orígenes guanches y habría regalado un gran lagarto de plata para honrar a la Virgen de la Palma? ¿Podría ser que Doña Leocricia...? Tú sabrás.

Más tengo para ti de Santa Cruz.

A las diez y media –una hora menos en Canarias– de una de estas noches, topé con un

restaurante cuya entrada presidía una cartela magnificada por medio metro de fluorescencia. En bien dibujada letra, volví a leer: «Comida internacional, gótica y palmera – Pescado fresco». La leyenda se repetía en otros dos idiomas. Naturalmente, entré. Pedí gazpacho –gótico, obviamente– y rabín con mojo verde. Angelines sustituyó el rabín por *Spinat-Käse Kroketten*. Cuarenta euros, incluidos pan con ajo, agua, un cuartillo de rioja, dos zumos de naranja, un café y propina. Y, ahora, la causa narrativa.

En una mesa rinconera, felices, se veía, dos enamorados extranjeros se regalaban con otra goticidad, con... ¡caldo gallego! (dos euros con cincuenta), y se acompañaban con... ¡Coca-Cola! En un momento, felices, ya te digo, brindaron chocando cristalinamente las botellas de Coca-Cola. Reprensible conducta toda ella, pero, en fin, tratándose de enamorados...

Tú llevarías la anécdota a... Ya te lo diré. Los enamorados serían holandeses y luminosamente inocentes. Una visión llena de increíbles significados se desprendería de un revuelo de la rubia melena de la chica, que, a la hora del postre, recibiría una llamada telefónica contestada con interminables sollozos y...

Antonio: toda esta paja lleva consigo un secreto. Torpemente, bien lo sé, para coger tu hilo, estoy proponiéndome causas sencillas que quisiera semejantes a las que tú, sin romper su sencillez, transfiguras. No, no transfiguras, conviertes. Conviertes en... También te lo diré, si alcanzo a saber decirlo, más adelante.

En estos días, y en bastantes más precedentes, he estado releyéndote. Releyendo precisamente la que dicen tu «narrativa breve». ¿Casualidad? Puede, pero parece un hecho deducible del inexistente destino, porque yo aún no contaba con el pronto de escribirte. Más de cien cuentos he releído. ¿Qué digo? Pudieran ser cerca de doscientos. No dejé a un lado *El ingeniero Balboa*, que me sé casi de memoria, y no porque sea el mejor o el menos mejor de tus cuentos. Lo que voy a decirte tiene una aplicación general, muy general, y los títulos atraen la reflexión a las particulares unidades... narrativas y corro el riesgo de enredarme. A *El ingeniero*... lo cito porque me ha venido, y me habrá venido porque algo tendrá de prototipo, pero sin tener seria necesidad de citarlo.

A lo que sí me voy a referir directamente es a un muy sabio ensayo del muy sabio crítico y estudioso de tu obra que es don Ricardo Gullón. Sin buscarlo, di con él y entró en la relectura.

Obstinadamente aferrado a las que son mis propias ideas y alumbramientos sobre tu escritura, totalmente decidido, por tanto, a no dar un solo paso atrás en mis juicios, leo el extenso y agudísimo trabajo de don Ricardo. Advierto que estoy casi (y el «casi» es aquí cosa que importa) plenariamente acorde con él, pero... Mira, con total lealtad voy a intentar hacerte una síntesis del ensayo. Luego vendrá lo que venga. Dice don Ricardo: «Imagínistas, líricos, irónicos... son adjetivos acoplables al autor y al texto». (Es decir, a ti.) En el autor se da «la tentación de *pasar del texto a la vida*» (y) «la inclinación (...) a *incluir su* (tu) *personalidad*, sus (tus) querencias y rechazos, sueños, ensueños...». El componente *referencial* «es el del autor "en persona"». (...) «La presencia del autor implícita» (sugiere) «que *la vivencia opera como sustrato de lo contado*...». (...) Los

«hechos (...) proceden de la voluntad de re-crearse en la invención (...), el autor está *implícito* en la *ficción* pereiriana».

Añade don Ricardo que (aquí el núcleo final y deducible de las entrecomilladas frases del párrafo anterior) «este es el asunto de este ensayo». Fuertes razones tiene para que así sea. Yo, humildemente, las suscribo, aunque aún está pendiente el «casi» que te decía. Anota que los subrayados (la letra cursiva, tipográficamente hablando) son todos míos. Y ahora, para disponerte más fina y cómoda la lectura (tantos paréntesis, tantas comillas, tantos puntos suspensivos), te hago, también leal pero no literal, la síntesis de la síntesis.

La lírica está presente en los textos narrativos de Pereira, que realiza su propia vida en el texto. El referente (del texto) es el autor en persona: (ya que) incluye su personalidad. (Por tanto) la vivencia (del autor, de Pereira) opera como sustrato de lo contado. El autor está implícito en el texto, en las páginas de la ficción pereiriana.

Magníficas las conclusiones de don Ricardo. Su sabiduría tendrá límites, pero estos límites han de estar muy lejanos. En mi caso, lo que funciona es la ignorancia, y, curiosamente, la ignorancia, mi ignorancia, no tiene límites. Yo, porque no puedo ni debo hacer otra cosa, me he apuntado al «no saber... sabiendo», al «entender no entendido». Bendito sea el apaleado frailecico de Fontiveros, que dejó dicho para siempre lo del «no saber», que a ello, ahora mismo, me estoy agarrando yo para el asunto del «casi».

Antonio: tú, como yo –mejor que yo–, habrás advertido no ya la profunda y justa penetración de Ricardo: *tu narrativa eres tú*. Esto es lo importante y grande, por esto tu narrativa conlleva grandeza estando deliberadamente fundamentada en la sencillez. Por esto mismo, porque su obra es su vida, son grandes otros grandes grandísimos (estoy pensando en Cervantes, en Machado, en el «frailecico», en Kafka... Afortunadamente hay más, muchos más, pero, ¡cuidado!, no todos o cualquiera): su obra es ellos mismos, o, si lo prefieres, *su obra es una dimensión de su vida*. Así, estoy seguro, es tu caso.

Así es tu caso, pero... *¿cómo si tu vivencia (tu vida activada) es el sustrato de tu escritura, cómo si estás implícito en ella, es decir, cómo si tu escritura eres tú mismo puedo limitarme yo a considerar que esta es «únicamente narrativa», el acontecer del ingeniero, de Gayoso, de...? No, Antonio, no.*

Insisto: si Gullón –y yo con él– puede decir que la obra es el autor, que tu narrativa eres tú, ¿qué fundamento tiene esta identidad simultáneamente doble y una? Gullón no lo dice y es una pena, porque lo sabe y lo diría muy bien. En el ensayo se limita a afirmar que el autor tiene «inclinación» a incluir su personalidad en el texto. Sí pero no. Quiero decir que no basta la «inclinación», que es algo mucho más fuerte. En ti y en todos los creadores de alta solvencia, claro, que inclinación, inclinación sin más, puede tenerla cualquiera. ¿Y qué es ese algo «mucho más fuerte»? Pues voy a ver si acierto a decírtelo.

Se trata, Antonio, de una capacidad particularmente personal y real de *interiorización*. Más rigurosamente aún: de *conversión* de algo o alguien, que, en principio, puede ser externo a ti, *en tu propia sustancia* intelectual, sensible y sentimental. Yo he dicho en circunstancias muy serias, y lo repito aquí, que *Don Quijote es Cervantes*. Y añadido, para

que no parezca caso único o «patrióticamente» especial: K, el de *El proceso, es Kaftia*. Y la *Esposa* y el *Amado* son, los dos, *San Juan de la Cruz*. Y ¿quién tiene esta capacidad de *interiorización/conversión*? Pues para mí está muy claro y lo digo ya de una vez: los poetas. Los poetas que lo son realmente. No pienso en los meros versificadores. Muy al contrario, *son poetas cuantos poseen la capacidad que digo, con independencia de que hayan escrito o no, versificado o no, los que se dicen poemas*. Dudo tanto de la noción de poema como de la que se usa para la narrativa o la tragedia. Los críticos y los profesores, diseñando los géneros, aluden a la temática o a la forma, pero no dicen nada de la esencialidad, de la realidad efectivamente implicada.

La implicación es un acto de subjetivación radical; tú estás implícito porque, incluyendo al ingeniero, a Gayoso, etcétera, te expresas a ti mismo y tu expresión es, por tanto, plenamente subjetiva. Y aquí es donde hay que plantarse. Dice Sartre que «la poesía es irremediablemente subjetiva». Inversa e idénticamente, *la literatura esencialmente subjetiva es «irremediablemente» poesía*.

Gullón lo apunta, sí, pero (lo digo con sincera timidez) no lo propone como verdad radical, *como tu radical verdad literaria*. Mira: todos, todos los grandes creadores literarios, no los meros redactores literarios, se implican en virtud de su natural poético (no «poemático», claro, que no es lo mismo). Todos los que he citado, por ejemplo. Me produce alguna extrañeza el hecho de que don Ricardo, refiriéndose a ti, hable de que en tu obra «está presente la *lírica*», que diga también, literal y precisamente, que «de su estudio (del estudio de esta presencia) pudiera partir una *poética* del cuento aplicable a los de Pereira». Y la extrañeza se origina en que don Ricardo haga el diagnóstico verdadero y profundo, sí, pero que, en cierto modo, lo «disuelva» al exponerlo en términos pragmáticamente profesorales, formales y «de superficie», que lo hace y puede verificarse en los entrecomillados que ya has leído. Lo digo con admiración y respeto, pero lo digo. Y tengo, además, en favor de mi opinión, un indicador final: Gullón menciona las «páginas de la *ficción* pereiriana». No. *Si es poesía no puede ser ficción*.

Tengo que resumir y concretar, que una carta no puede ser interminable. Tus cuentos, en su especie (que no soy quién para aniquilarla ni tendría sentido), tus cuentos, tu narrativa breve, yo pienso que comportan, si no el más numeroso –que también es posible– sí el más compacto, tipificante y luminosamente estilizado conjunto que en España se haya dado en la segunda mitad del siglo veinte y en lo que va del veintiuno, pero ni yo ni nadie puede «encarcelarlos» en la mera narrativa y mucho menos en la «ficción», que es la noción precariamente académica, que por descuido, supongo, se le escapa a Ricardo.

Tu escritura no puede ser ficción precisamente porque tu escritura eres tú. Y, al ser tú, es re–creación subjetiva de tu propia vida, es decir, de tu realidad. Por todo ello, antes y después de la inventiva («inventiva» me vale; no me vale «ficción») se trata «irremediable» y necesariamente de poesía. La poesía siempre es realidad; es realidad en sí misma. No puede ser, vuelvo a decirte, «ficción».

Realidad poética es el componente verídico y esencial de tu narrativa breve, y esta es la razón de su sencilla, íntima –implicada– grandeza. Todo ello tiene como causa –

aquí una obviedad necesaria— que tú, esencialmente, eres poeta, y, precisamente porque eres poeta, escribes una prodigiosa narrativa breve.

Mejor o peor, he terminado con las ocurrencias que te decía.

Un abrazo —nuestro primer abrazo epistolar—, Antonio.

Antonio Gamoneda

Todos los Cuentos

Una ventana a la carretera

(1967)

Una ventana a la carretera

El sacristán colocó en el torno las vinajeras y algún otro objeto litúrgico; luego, el servicio, ya vacío y sin una miga, del desayuno del señor capellán. La carga fue recogida del otro lado en cosa de un jesusamén. Entonces, el sacristán tomó el azafate que contenía alba y casulla, cíngulo, estola y manípulo, y ni siquiera intentó pasarlo por el torno, donde sabía que entraría demasiado justo: se agachó con desgana hasta lo que resultó ser un cajón disimulado, y allí puso el equipo que recién sirviera para la misa conventual. Una mano invisible, desde el otro lado de la pared, debió de tirar hacia dentro, pues el cajón desapareció unos instantes para volver en seguida a su posición habitual.

Era todo ello una maniobra repetida día tras día, Cuaresma tras Cuaresma, Adviento tras Adviento, desde la Circuncisión hasta la acción de gracias del Año Viejo.

Ya se alejaba el fámulo, pisando quedo con las zapatillas de paño a cuadros que en todo tiempo calzaba, cuando desde más allá de la pared salió la voz cascada de sor Salvadora:

—Eh, Desiderio, ¿a que no sabes cuántos años llevas en el convento?

—¡Qué sé yo! Lo menos quince.

—Dieciséis. Hoy hace justo los dieciséis. Me acuerdo porque es la víspera de nuestra Santa Fundadora...

—Otros tantos tendría yo entonces.

—Pero no te pesará haberlos doblado en esta Casa de Dios.

—¡Y aunque me pesara...!

Desiderio no debía de tener ganas de cháchara; se alejó a sabiendas de que contrariaba a la tornera locuaz, o acaso por lo mismo. Para aquella tarde había sido convidado, y este era un raro suceso en su vida sin relieves. Por esto decidió aligerar las tareas, y sus pasos fueron apagándose sobre las losas del patio.

El patio del convento era un cuadrilátero recatado y casi silencioso; el rumor confuso de los carros y de algún coche, colándose con sordina desde la calle (que era también

carretera de tercer orden), aún hacía más patente la calma del recinto. Siempre vagaba allí un olor fresco, fruto de la limpieza extremada y de las plantas. Aquel día de verano, además, olía a la pintura reciente de las puertas, que habiendo recibido una imprimación de color rojo lucían ya su definitivo verde oscuro. Las tales puertas eran cuatro, sin contar la que daba a la calle: una, principal, estaba ennoblecida en su dintel por dos ángeles acogedores y era entrada solemne para las novicias que se obligaban a la clausura. En lado menos notable había un gran portón, amplio como para carros, suficiente al trasiego de los bienes materiales que el convento producía o gastaba. Otras dos eran puertas de menor anchura, pero serviciales en todo momento, pues conducía una al locutorio para las visitas, y del locutorio a la sacristía, y de allí a la iglesia, mientras la otra llevaba a la doble vivienda de capellán y criado.

Desiderio era el criado del convento, por resumir en un solo título las funciones tan diversas que ejercía: sacristán en la hora del alba para la misa, demandadero a media mañana para hacer la compra, corretero para los recados, cachicán en la huerta, procurador para pequeños negocios entre el claustro y el siglo...

Al cruzar por entre los arriates, Desiderio atusó el ramaje de una hortensia alicaída; dio dos pasos atrás y, los brazos en jarras, contempló la planta con ternura materna. Luego subió las escaleras, en busca de su habitáculo, y hallose en el pasillo, largo, demasiado largo, que corría por el frente del caserón revelando la idea de su piadoso alarife: llevar las habitaciones hacia dentro, asomándolas al pudor monástico de la huerta, mientras a la calle se medio abrían los huecos indispensables para tomar un poco de luz y aire. alguna de estas celosías dejaba ver, no obstante, un trozo de carretera por donde sonaba el palpar del pueblo.

Desiderio se aupó y puso su mirada en el exterior. Lo hacía de vez en cuando; sobre todo, los días de mercado, que atraían una concurrencia mayor. De los pueblos vecinos llegaban entonces los paisanos con sus productos para vender, de modo que el ambiente era alegre y de esperanza. La fruta estaba a cargo de las rapazas, para que los mozos quedaran en el campo con las tareas más duras.

Dos aldeas abastecen principalmente al mercado de la pequeña ciudad: San Tirso y Valdeperón. San Tirso es un pueblecillo fértil, pero rodeado de montañas ásperas y sombrías. Su fruta es buena de tamaño, enteriza y dura para viajar, escasa de dulzor. Las chicas de San Tirso son altariconas y algo secas de carnes, poco amigas de cachondeos. En Valdeperón, aunque se asienta la aldea a escasa distancia de su competidora, en otro valle, las mozas son pecheronas, joviales y generosas hasta donde lo permite la decencia, un punto más a veces, y la fruta de allí es menuda y delicada, con zumos efímeros pero de exquisito sabor.

Desiderio había advertido estas diferencias. A veces, al pasar las de Valdeperón meneando los cachirulos bajo el peso de las cerezas alegres, los pensamientos se le iban al célibe por camino torcido. Y no le gustaba. Desiderio sabía que el criado de monjas no hace más votos o promesas que los de servir fielmente, levantarse en punto, no excederse en las murmuraciones y cobrar poco, pero aun así se sentía ligado al altar y a la pureza que parece exigir el contacto con las cosas del culto. No había tenido novia;

apenas se le había pasado por el magín. Lo cierto es que nunca sintió una mayor necesidad. Solo algunos sobresaltos y curiosidades, mayormente en el tiempo de la fruta madura y de las noches cortas y calientes.

Dejó el mirador precario del pasillo y fue a su habitación. Allí estaría un par de horas de la mañana, hasta que saliera, cesta al brazo, a las comisiones de la Casa. Aprovechaba aquel tiempo en su oficio de sastre. Apenas debía coser para el convento, pues las propias monjas se bastaban, salvedad hecha de los pantalones del padre capellán. Hacía arreglos de poca monta, daba vuelta a los abrigos chafados, cogía pequeños encargos que le llevaban las vecinas. Volvía a la aguja entre la cena tempranera y el sueño. Las monjas se lo permitían y aun le estimulaban a ello; así se tranquilizaban por la parvedad del salario, aunque esto no fuese culpa de ellas, sí de su pobreza. Las clientas decían que Desiderio se daba maña. La jueza, muy amiga de esparajismos, llegaba a llamarle «manitas de plata». Y Lucas el tendero, masón presunto, que en Cubita aprendiera ideas disolventes, empujaba al mozo a Barcelona, donde en pocos meses podría perfeccionar su oficio —«el arte sartorial», decía siempre—, liberándose de la sosa servidumbre a lo monjil. Pero Desiderio, que estaba mantenido —bien mantenido— y con sus pocas necesidades cubiertas, vivía en un limbo feliz.

Desiderio se había hecho una idea propia de la felicidad: no cambiar. Cuando las quintas, púsose en los huesos con la pena; tanto, que libró por estrecho de pecho. Idéntico, monótono, seguro era el contorno humano de su vida. Al herrero hacía dieciséis años que lo escuchaba golpear a igual ritmo sobre el yunque. El mismo tiempo llevaba la del Fiel Contraste, de pechos contra la barandilla del corredor, parando con su parloteo a cuantos pasaban por la calle. Sonando sus cazuelas lañadas, los mismos pobres de siempre, como si el caldo de la caridad los hiciese inmortales. Y el capellán, que repetía sus piadosas maneras sin dejar un agujero a la sorpresa. Y las propias monjas, calcando cada día los toques campaniles del día anterior...

Desiderio sospechaba que aquello no era la felicidad completa, porque en unos años de proximidad al púlpito había podido oír más de cien veces, casi siempre en voz tonante, que la dicha total no es de este mundo. No, no era la felicidad, pero le faltaba poco. Él hubiera preferido —por ejemplo— que le trajeran paños nuevos de Béjar para su arte, y no recomposturas y chapuces. Algunas veces —pocas, ya lo dijimos—, una mujer que en la cama le quitara el frío y los sueños temerosos. Y, sobre todo, un cuarto con ventana a la carretera...

Le hubiera gustado habitar al exterior, no frente a la soledad de las huertas, aún acentuada en la noche por el rumor tenebroso del río. Por la carretera pasaban los mozos rondadores, los borrachos y los serenos. No cerraba la cantina su puerta hasta la madrugada, y aun después quedaba viviente el horno del señor Venancio, entregado a su trabajo nocturno de fabricar el pan de cada día. Vivir hacia la carretera era vivir a salvo. Para atrás, en cambio, Desiderio sentía la soledad y el miedo, sin que le consolara demasiado la vecindad del capellán, sordo como los muros del cenobio.

La hora de la siesta. El pueblo, adormilado, no arrojaría señal de vida si no fuera por el martillar implacable del herrero, pero este se copiaba a sí mismo con tal monotonía que

los golpes llegaban a ser una manera de silencio.

Desiderio miró su reloj de bolsillo; luego, nervioso, puso unos últimos y largos pespuntos a la prenda que sostenía en las rodillas. Lo habían convidado a un bautizo de rumbo, en Valdeperón. Allí conservaban las monjas «El Mirador», finca que hace tiempo les fuera donada por un ilustre caballero, padre natural de extensa prole, al fin arrepentido y dadivoso en el trance de la muerte. Una fiel dinastía de hortelanos llevaba en arriendo la tierra, mediante pacto que se revisaba cada cuarto de siglo. El colono de entonces era puntual y adicto, como lo fueran sus padres y abuelos; la desgracia se había cernido durante años sobre su matrimonio, pues de varios descendientes que le había concedido el Señor todos eran mujeres. Por fin, un varón tardío acababa de nacer para alegría de los caseros y tranquilidad de las monjas. El señor Saturio había corrido al convento con la noticia de su paternidad reciente, y la abadesa en persona le había felicitado. El capellán, que cada vez salía menos de su celda, alelado como estaba con el cultivo de la ciencia botánica, disculpase para no ir al bautizo, de modo que la embajada pasó a Desiderio.

Se aseó el mozo en el palanganero de su cuarto. Aunque la barba le crecía rala, apuró el afeitado hasta que le saltaron aquí y allá pintas de sangre. Sacó el traje de los domingos y la camisa blanca. No tenía corbata; una vez había usado este adorno – préstamo oficioso de la jueza, que tuvo que hacerle el nudo–, y solo mientras duró la visita del señor obispo.

Sor Salvadora estaba al acecho:

–Ave María Purísima.

–Sin pecado concebida.

Lo llenó de recomendaciones:

–Que no bebas.

–Y si bebo, qué.

–Que no vengas después de las diez.

–Vendré cuando sea.

–Que vayas arreglado como es debido.

–Voy como voy.

–No te juntes con los mozos del pueblo.

–Me juntaré con las mozas.

–¡No me faltes, Desiderio!

–¡Ni usted a mí!

La vieja tornera y el criado se pinchaban mutuamente. Ella era gruñona y seca; él, picajoso y respondón. Alguien que les oyera sin verlos podría pensar que la voz varonil procedía de la clausura, y al revés.

–Lleva estos dulces con cuidado, que son regalo de nuestra madre.

–Por mí, como si llegan espachurraos.

–Y no olvides el paraguas, que amenaza nube por la Ventela.

El criado cogió el envoltorio de golosinas y salió a la calle. El portón del convento chirrió detrás. La tarde agostaña estaba limpia y clara, pero Desiderio no pudo

sobreponerse a la advertencia de sor Salvadora: volvió por el paraguas. Siempre le pasaba lo mismo: reñía con la tornera, pero no podía librarse de su influencia. El señor Lucas le sacaba luego los colores a la cara, diciéndole que estaba amujerado por culpa de las monjas.

Yendo hacia Valdeperón es forzoso pasar por la tienda del señor Lucas. Trátase de un comercio mixto donde además de los artículos más diversos se despacha vino al menudeo sobre el mostrador, con acompañamiento de escabeche y pan si lo pide el parroquiano. La tienda hay que verla en su momento de gloria, que es el mercado de los miércoles, y aún más en las ferias del 9 y 22 de cada mes.

Aquella tarde de verano, aunque ya casi vencida la hora de la siesta, solo las moscas se manifestaban, zumbando, en el recinto oscuro.

El forjador habría ido a refrescar la garganta o estaría aliviándose de alguna necesidad, pues el martillo no cantaba sobre el yunque. Los pasos del criado resonaban en la calle silenciosa. El señor Lucas, que tenía el oído fino para distinguir las pisadas, salió a la puerta, alertado por el sonar de los zapatos domingueros. Rio con sorna:

—¡Pero si es Siro! Anda, tú, ¿pues no parece que vas a casarte...?

No era solo el señor Lucas: toda la vecindad llamaba Siro al demandadero de las monjas. Más valía un diminutivo que un apodo, pues el nombre propio se le respetaba en el barrio a contados personajes. Uno de ellos era el tendero, quizá porque algunos liberales, a pesar de su credo, aguantan menos libertades que los demás.

—¿Y acaso usted no se casó, eh, señor Lucas? —dijo el mozo en tono zalamero, parándose ante la puerta.

—Hombre, eso también es cierto —el tendero se había apoyado en el quicio y fumaba con parsimonia. Echó una bocanada de humo y continuó con seriedad fingida:

—Como tú parece que ni fu ni fa...

Siro había aprendido con el tiempo a tener correa, pero aun así sintió un cierto calor en las mejillas. Se acercó al otro hombre y aparentando decisión le soltó en voz baja una barbaridad alusiva a sus respectivas virilidades. El de la tienda estalló en una risotada grosera, palmeando al mozo con entusiasmo.

Todavía charlaron un rato. El señor Lucas, que en su fondo debía de guardar aprecio al criado, insistía siempre en lo de Barcelona. En su juventud recorriera él mismo mucho mundo, y si había vuelto fue —según decía— por culpa de los bronquios. No cejaba en su defensa de la libertad, fuese la política o la personal. A esta última atribuía su viudez, que no le valía de mucho, pues todos sabían la dictadura de una criada joven y buena moza que con él habitaba. Algo sobre el asunto hubiera soltado Desiderio, para sacarse la espina de agravios recibidos. Pero a tanto no se atrevió.

Siguió Siro su viaje y pronto pudo verse en el camino vecinal: una legua larga hasta Valdeperón. De la montaña bajan carriles aún peores, por donde viene hacia la villa el personal de las aldeas. Para vender sus productos y comprar lo necesario, pasan parte de su vida por tales sendas desdichadas, más tristes aún si el recado es para buscar médico o botica. Al propio Desiderio lo habían bajado un día de feria. Lo ajustaron con las monjas, y allí quedó temeroso y solo, aprendiendo los latines de la misa por un cartón

sobado que traía en rojo las palabras del cura y en negro las contestaciones del ayudante. Malos le fueron aquellos tiempos noviciales, aunque se viera más limpio y alimentado que en la aldea. Los chicos del barrio, sobre todo, lo entristecían con su ensañamiento. Seguían al criado cuando iba con la cesta del convento a los mandados y le inventaban retahílas y coplas estúpidas:

Mozo de cura
siega verdura,
mozo de cura
siega verdura...

Y otra, que le mortificaba aún más:

Siro, Sirín,
con el culo de serrín.
Siro, Sirín,
con el culo de serrín...

Al principio se revolvía y contestaba con piedras, pero este era el juego de la pequeña canalla, que volvía a la carga con más entusiasmo. El tiempo fue pasando a favor del rapaz, pues los perseguidores se cansaron, atraídos por otros pasatiempos y crueldades.

Tampoco le faltaron al cuitado las pullas de los mayores, que le escocían todavía más. Un día, en la tienda, el señor Lucas salió en defensa de Desiderio hasta encararse con un faltón. Desde entonces –pues el tendero era hombre de influencia– nadie se atrevió a mayores excesos, salvo el propio señor Lucas, claro, que se reservaba la exclusiva de hostigar al chico cuando le parecía bien.

Siro iba buscando la sombra, con su traje nuevo y la barba recién apurada. En la mano, el paraguas, tan bien enrollada la tela sobre el mango, que más parecía bastón. Los pasos de Siro eran meticulosos para que el polvo no lastimase la brillantez de los zapatos.

Por una fuente próxima al camino, medio oculta entre la umbría de los castaños, conoció el viajero que ya estaba a un cuarto de legua de Valdeperón. El agua había manado allí por un prodigio antiguo de la Virgen. El sacristán pasó el paraguas y el paquete de golosinas a la mano izquierda, y con la derecha hizo la señal de la cruz.

II

Aquella misma fuente del Milagro, que tal es su bendito nombre, fue saludada por Desiderio a la hora del regreso. El hombre hizo la cruz, con menos devoción que a la ida, y avivó sus pasos bajo la noche. Tenía permiso hasta las diez, que ya eran pasadas, y aún le quedaba una caminata antes de avistar el convento. Pensó que a la mañana siguiente no sería agradable la salutación de sor Salvadora.

Las fiestas de Desiderio se relacionaban con el año litúrgico y su mayor relieve estaba

en la repostería. Eran de puertas adentro, casi como si el mozo perteneciese a la clausura. Solo en junio, por San Pedro, salía a las cucañas y carreras de sacos. Algo tenía visto de cine: *El signo de la cruz* y *La canción de Bernadette*, por lo menos.

La fiesta de aquella tarde, en Valdeperón, había sido muy diferente. Desiderio iba recreándola en su memoria mientras marchaba ligero por el camino polvoriento, ya sin compasión para los zapatos deslucidos.

El señor Saturio era hombre de principios; su respeto a las instituciones estaba por encima de todo. El señor Saturio recibió al sacristán como representante legítimo de la madre abadesa y de la venerable comunidad. Ya antes del bautizo se le ofreció a Desiderio el vino más chispeante y el asiento mejor, para reposo de su andadura. Una vieja mujer de la familia le llamó señor Desiderio, y al criado le subió a las narices un tufillo de incienso, como en la novena de la Fundadora.

La casa de los labradores estaba fresca, con una limpieza que se adivinaba reciente. En la sala principal había una imagen; aunque la huerta tenía flores abundantes, eran de plástico las que adornaban a la Virgen.

Iban acudiendo los convidados; todos miraban, con más o menos disimulo, para las anchas fuentes que soportaban la dulcería. Desiderio recordó que aún tenía en la mano el paquete de melindres de la abadesa. Le fue agradecido con largos cumplimientos.

La mujer del señor Saturio no estaba para gobernar la casa, por el sobreparto. Una hermana suya la sustituía, y no podría decirse que con desventaja. La cuñada del casero era moza robusta y bien dispuesta para el trabajo. Se llamaba Rosinda. Todo en ella denunciaba vigor. Representaría treinta y cinco años a la gente de la ciudad, pero los del campo saben descontar el estrago de las sementeras, y de las siegas, y de las vendimias, de manera que acertarían al echarle treinta.

No era la primera vez que Desiderio veía a Rosinda. Iba esta de vez en cuando a la villa y pasaba por delante del convento con una cesta más cargada que ninguna otra. Un día de feria coincidieron ambos en la tienda de Lucas. El viejo camastrón bromeaba con la rapaza, aprovechando que el local se había vaciado de parroquia. Los ojos del viudo echaron chispas cuando asomó el criado del convento. Este supo después que la moza tenía fama de enredadora.

Aunque Desiderio conociera a Rosinda, nunca se había fijado en ella como la tarde del bautizo. Alguna vez tenía admirado con secreto gusto, viéndola pasar por la carretera, la redondez firme de sus pechos o las piernas bien plantadas, territorios que representaban a la imaginación de Siro lo más verdadero de la mujer. Sin embargo, no había reparado en la expresión de sus ojos, mezcla de dominación y burla. Ni en el vello que ligerísimo le sombreaba el labio, sobre la boca contradictoria, que se adivinaba cruel y sabrosa al mismo tiempo. No había percibido, en fin, el aire de bravura que exhalaba la moza en sus movimientos arriscados.

Nunca Desiderio se había interesado tanto por una mujer. Es verdad que nunca había estado tan cerca de una mujer. Rosinda pasaba una vez y otra, rozando las rodillas juntas y apretadas del sacristán, que se mantenía sentado con decoro en su silla, siempre sin desprenderse del paraguas. Pensó el fámulo que no se estaría a disgusto al calor de una

tal hembra. Pareció como si ella adivinara el elogio mental de Desiderio, pues, aprovechando aquella pasada, se las arregló para que el hombre sintiera la carne fresca y pujante, y por reforzar su intención aún clavó ojos y sonrisa en el turbado lego, que no hubiera acertado a recordar entonces, de sus conocimientos litúrgicos, ni siquiera el amén.

Llegó la hora y marcharon a la iglesia. El cura honró a Desiderio con familiaridad, como admitiendo que pertenecían ambos a un mismo menester. Alegrose el sacristán con ello, y pronto hubo de pagarlo. Le pidió el párroco que ayudase en la ceremonia, pues no había monaguillo. Desiderio quiso excusarse, pero se lo rogaba el señor Saturio, y hasta Rosinda, que iba a ser la madrina. Accedió Desiderio a responder ritualmente, pero de ninguna manera a revestirse con ropón y roquete. Todo salió como los ángeles. El sacristán de la villa decía los latines con más elegancia que el propio cura, a juzgar por las miradas admirativas de Rosinda, que no escapaban a la sensibilidad alertada de Desiderio.

Todo esto lo iba evocando el andador solitario en su viaje de vuelta. Fue interrumpido por un encuentro: gente de paz que daba las buenas noches y seguía. El campo era una sinfonía de cigarras. Miró el hombre al cielo, alto y clavado de estrellas. Le dio rabia el paraguas. Rosinda se había reído de su precaución, con una risa que todavía le estaba hiriendo.

Volvió a coger el hilo de los recuerdos. Había corrido sin tacañería el vino de la tierra. El roscón se acompañaba con aguardiente de guindas. Fue luego cuando Rosinda y Desiderio se tropezaron en la huerta, sin saber bien el porqué, ya abrochada la oscuridad de la noche sobre Valdeperón.

Aquí se le confundía la memoria a Desiderio. Sabía lo que había ocurrido, ¡cómo lo podría olvidar!, pero apenas acertaba a recordar los pormenores: solo sensaciones mal hilvanadas, como el olor espeso de una higuera en la noche, la suavidad de un plumón escondido, el restallar de una seda de fiesta que se abre...

Desiderio se notó empapado en sudor. Pensó en la huerta, que un noble arrepentido cediera para beneficio perpetuo de las monjas, y se preguntó, inquieto, si sobre aquel lugar los pecados serían sacrilegios. La respuesta le llegaba confusa: debía de ser la voz de la conciencia, una voz aburrida, como de tornera.

Su desazón hubiera seguido creciendo si no brillaran ya próximas las luces de la villa. Cuando cruzaba el puente sobre el río, una nube de verano empezó a descargar en gruesos goterones. Siro fue a abrir su paraguas, pero, de repente, pensó que no lo haría. Desiderio González Blanco, mayor de edad, soltero, doncel hasta aquella noche, de profesión criado de monjas, siguió despacio su camino, sin inquietarse por la hora, indiferente a la tormenta, solo con duelo porque el señor Lucas no pudiera verle en aquella sublevación que el paraguas cerrado levantaba hacia las alturas.

Cayó rendido el mozo sobre su camastro de hierro, entre las sábanas limpias. Soñó que tenía sastrería propia, un obrador con ventana a la carretera, y que Rosinda dormía con él en una misma cama. Rosinda le echaba la pierna por encima, y él estaba acurrucado y quieto, sometido pero feliz, mientras la voz de sor Salvadora se colaba por la pared

clamando Ave María Purísima, Ave María Purísima...

Rabanillos

Rabanillos, titulado por la Escuela Maymó, era el mañoso del pueblo. Había ganado su diploma con mérito, después de construir por propias manos un «superheterodino», pero su ciencia rebasaba el campo de la radio, entraba en la televisión, invadía el ancho predio de los electrodomésticos y llegaba a rozar los límites de la cirugía menor. El médico del partido había dicho –a saber si en serio o en broma– que dada una absoluta necesidad, de no haber otro remedio, él mismo se dejaría extirpar el apéndice por Rabanillos, con solo que este viera por un libro de anatomía el esquema de relés.

Había pocos libros en el lugar: si dos docenas, docena y media se alineaban en la trastienda del electricista, quien superaba con mucho a sus convecinos en el hábito de leer. Algunos títulos aludían a la electrónica, pero además había novelas y un volumen con fotos sobre el Tercer Reich. El resto eran libros naturistas. También un grueso tomo, forrado con papel de embalar; dentro podía leerse: «*Arte y técnica amorosa*; con ilustraciones y diez láminas a todo color; impreso en México D. F.».

Todo el pueblo, sin excepción, mimaba a Rabanillos el técnico, el indispensable. Un día Rabanillos tuvo que echar una instancia; al pedir la partida de nacimiento se corrió por el pueblo que marchaba a trabajar a Alemania; de verdad, fueron unos días tristes.

Más de una vez vinieron a pretenderle: le pondrían una tienda lujosa, como de capital. Vendería muchos aparatos. Pero él replicaba que más letras tendría que pagar. No se dejó convencer. Lo que Rabanillos quería, sobre todo, era su independencia.

El taller estaba en un bajo, con puerta de cristales a la calle. Como tal oficio es de los que atraen mirones, siempre venía alguno a meter la nariz en los chismáticos y a pegar la hebra. De cualquier asunto que se hablara, Rabanillos sacaba una conexión, como un cablecillo invisible, hasta empalmar en el tema de las mujeres.

Las mujeres –nunca la mujer en singular– eran la obsesión del célibe Rabanillos, a juzgar por lo tenaz de sus demostraciones. Así estuviera en el punto de diagnosticar sobre las tripas de un aparato difícil, si se oía revuelo de faldas calle arriba o calle abajo, dejaba todo, se lanzaba a la puerta, suspiraba y volvía. Al aprendiz lo mandaba afuera con cualquier encomienda. Se expansionaba entonces con el ocioso de turno. Sus

confesiones no podrían ser más dolorosas. Según Rabanillos, su problema era que de día y de noche, siempre, siempre estaba dispuesto físicamente para el amor.

Tiempo después, cuando el aprendiz medró hasta hacerse un hombre, ya el patrón no lo excluía de sus confidencias. Rabanillos seguía dale que dale con las mujeres, y de sus aventuras gustaba destacar más lo cuantitativo que lo cualitativo. El aprendiz, que había empezado por sentir admiración, después envidia, casi se lastimaba luego del maestro, colocado de continuo en tan comprometida posición.

Rabanillos hostigaba a las mozas; las comía con los ojos. Le pasaba –si sus informes eran ciertos– lo que al héroe del cantar,

que solo de contemplallas,
en fiesta se le ponía.

Sus gestos eran apasionados, como de no poder contenerse, y se reforzaban con frases encendidas: «¡Que me pierdo!». «¡Mira que si te pillo a la redonda...!» Al exacerbado varón, en realidad, no se le conocía en el pueblo compañera. Rabanillos dejaba traslucir que por algo iba él con frecuencia a Ponferrada...

Cuando el antiguo aprendiz, ya oficial, volvió del servicio y habló de matrimonio, su patrón lo animó a ello con un gesto de desdeñosa superioridad. Hacía bien el mozo en casarse. Rabanillos admitía –él respetaba a los demás– que muchos hombres tuvieran bastante con una sola mujer. ¡Allá cada cual!

Marchó el oficial a buscar la vida en otra parte. El maestro trabajaba solo en el laboratorio radiotécnico, que así llama ahora al taller. Siempre tiene algún mirón con quien confesarse.

No le importa, ¡al contrario!, que lo vean marchar, que lo miren maliciosamente. Él coge de vez en cuando el trenecillo del carbón y baja a Ponferrada. Algún malaleche, que nunca falta, dice que tampoco en Ponferrada se le conoce compañera. ¡Envidias de pueblo! Rabanillos conserva el andar fachendoso y conquistador. Solo cuando amenaza lluvia se resiente del tiro que le dieron en la entrepierna, cuando lo del Ebro.

La tienda de Paco Santín

Para muchos el nombre de Vigo se asociaba en algún tiempo –hoy ya no tanto– con la liquidez vasta del mar y la efusión, también líquida, de las lágrimas.

Arsenio Quilós bajó del barco y no tuvo que limpiarse los ojos con el pañuelo. Recaudaba el fruto de un largo entrenamiento mental; siempre había repudiado el lloro de sus compatriotas, que allá en América se vierte por la tierra perdida, y luego, al regreso, por las luces nocturnas de la calle Corrientes. Arsenio Quilós sintió, esto sí, cómo la boca se le llenaba de saliva al pisar tierra; que no era tierra, sino cemento; porque tierra, lo que se dice tierra –con su manto polvoriento, y las briznas de hierba tímida, y las marcas del ganado y de los hombres–, no iba a hollarla hasta poner pie en su pueblo, y aún faltaban nueve horas de tren.

Nueve horas, como una eternidad, separaban a Arsenio de lo que más deseaba: el casón de los suyos, guardado por dos hermanas amantes, con la alcoba de sus primeros sueños de hombre. Las torres y el paisaje. Las caras conocidas –todas las del pueblo–, ordenadas en el recuerdo por sus propios nombres, o aún más por sus apodos. La cara de Isabel –¿cómo estarán los ojos pardos y la boca y el pelo de Isabel, la hermosura de Isabel dorada por el tiempo?–. Y entre todo cuanto estaba esperando al caminante, la tienda, la tienda de su amigo Paco Santín.

Hizo una pausa en su ansiedad; le pareció como si escribiendo una carta tuviera que poner punto y aparte. Era una sensación conocida para Arsenio; tanto, que no le había abandonado en todo el tiempo de su destierro. Se le anublaban otros recuerdos, pero la tienda de Paco Santín trasparecía a los ojos de su alma en los escaparates que contemplaba, en el vino que bebía, en la conversación con los amigos, en las mañanas inútiles de los días de fiesta... A saber si el regreso de Arsenio Quilós no era más que nada por la tienda de Paco Santín, aunque él no fuera a confesarlo nunca, aunque él acaso no llegara a enterarse nunca.

El tren –eléctrico– iba rápido y limpio entre Vigo y Monforte, más que cuando diez años atrás partiera el emigrante. Se había acelerado el ritmo del país, pero castaños y prados húmedos eran los de siempre; igual la conformidad augusta de las vacas; y no hubiera mudanza en el correr del río a no ser por la novedad de los embalses.

Después del transbordo, viose el viajero en un tren parecido al de su memoria, con vagones de madera y hombres y mujeres del pueblo. Esto era lo que quería Arsenio Quilós. No le iba mal en Buenos Aires, «por allá», como suelen decir los de su tierra en expresión vaga, pero suficiente. Sin embargo, cansado estaba de la capital, tan grande y escandalosa que no le dejaba oírse los compases del corazón. «Es verdad –hablaba consigo mismo– que España va también deprisa, y más coches, y más teléfonos, y más avisos recortando la libertad del hombre.» Pero en seguida se tranquilizaba pensando que él no iba a aquella España del progreso, sino a su villa natal, un rincón que Dios había olvidado –o los hombres– en todos los planes de desarrollo.

La villa había sido lumbrera de la región, pero ahora se conformaba con una llama mortecina que alimentaban los poetas, nunca los políticos, ni los promotores de industrias, ni –en consecuencia– los banqueros. Si a Quilós le hubieran dicho que con solo apretar un botón Villalbar iba a tener fábricas y minas, y riqueza bien repartida para

todos, Quilós habría apretado donde fuera, sin vacilar, incluso a sabiendas de que le iba a dar un pequeño calambre. Pero, pues otra era la realidad, y nada podía hacer él por remediarlo, se alegraba de volver a aquella seguridad egoísta, acaso para no cambiarla jamás.

De que en Villalbar las cosas seguían como antes, se enteraba Arsenio por las cartas de sus hermanas. También recibía, aunque con retraso y salvo extravío, *El Eco de la Comarca*. *El Eco* había nacido medio siglo atrás, cuando aún en Villalbar había banda de música y diputados con influencia. La banda se disolvió; de política, mejor no hablar. El *Eco* siguió viviendo de los suscriptores locales, de las esquelas mortuorias, de los anuncios a peseta la línea y, sobre todo, de los emigrantes. Ningún emigrante, por humilde que fuera su situación, se privaba de aquel consuelo que le llegaba cada semana; luego, por la carestía del papel, dos veces al mes.

Quilós recordó que traía a mano el último número de *El Eco*. Lo había recogido en el momento de salir para España. Desdobló sus pocas hojas. Qué alegría, comprobar que nada cambiaba. Sobre el formato de siempre, la cabecera, inmovible: «Periódico independiente de intereses regionales; decano de la prensa provincial». Traía versos en la primera plana. Pronto encontró el artículo de fondo —«¿Hasta cuándo?»—, requisitoria enérgica «a quien corresponda», con mucho «paraíso irredento», «marasmo», «olvido punible» y «letargo fatal». La pieza, que no traía firma, se la atribuyó el lector a don Policarpo, coadjutor de la parroquia y poeta, por aquel empuje: *Quosque tandem abutere, Catilina, patientia nostra*.

Ojeó los anuncios: un taxi más, a competir con el de Gachupín. Otra peluquería de señoras. El dentista, en cambio, se trasladaba a la ciudad vecina, si bien: «...tiene el honor de informar de que seguirá atendiendo en Villalbar todos los jueves y ferias de ganado».

Arsenio se sintió contento por las noticias. Dobló el exiguo impreso con ternura, con agradecimiento.

II

Despertaba despacio. Ningún timbre imperativo para arrancarlo del sueño. Ninguna prisa. Despertaba despacio sobre el colchón de lana cálida, entre sábanas que habían estado esperándole al sol. El embozo llegaba muy alto, como a él le gustaba; como no podía conseguirse, por más que se pidiera, en cualquier otro lecho del mundo.

Sentía los andares quedos, rondadores, de sus hermanas. Estarían impacientes por verle, ansiosas de seguir mirándole como anoche, reteniendo sus manos, preguntándole.

Arsenio, conmovido; Arsenio, acurrucado en sí mismo, el egoísta. Le habían cerrado las contras, pero una fina raya de luz se entremetía, cada vez más clara, en el aposento.

«¿Y qué hacer en esta primera mañana?» ¡Hipócrita! Sabía bien Arsenio Quilós —pues «allá» mil veces se consolara en pensarlo—que almorzaría de tenedor en la galería; saldría

luego a la calle, pero no a la principal, que dejaba para después, sino a pisar los caminos inolvidables del barrio; saludaría a la gente, y la gente le diría «estás más gordo» o «estás más delgado», a bulto, según cuadrara, y «nos alegramos», y por último, al despedirse, «hala, ya nos veremos»; espiaría el mirador de Isabel, o encontraría a Isabel de súbito, al doblar una esquina, quizá la misma esquina en que habían convenido «dejarlo». Y así haría tiempo blandamente, morosamente, hasta llegarse a la tienda de Paco Santín, donde entraría como si tal cosa, como si no hubieran pasado diez años, a beber un traguillo corto de vino, paladeando, y luego el empujón largo, sostenido, para apagar la sed de tantas mañanas distantes.

¡La tienda de Paco Santín! Un recinto estrecho y penumbroso, con hueco abierto a la calle, haciendo de vitrina. A la puerta se mostraba un cajón con grandes bolsas de sal, insidia para dar sed y apetito a las caballerías. Ningún pormenor se había borrado en la memoria del ausente. Cuando, expatriado, tenía cerrados los ojos, o incluso abiertos al tejemaneje de la vida ciudadana, podía evocar en sus ristras los ovillos de bramante; las anchas bocas de los sacos de pimentón, uno picante, dulce el otro; el bacalao sobre el mostrador, cerca de la buida hoja que lo partía en trozos; las velas de sebo y las de cera, clasificadas en estantes por su calidad y tamaño...

Con todo, la tienda no era lo mejor, sí la trastienda. Y en la trastienda, la desbordada humanidad de Paco Santín, el propietario. Paco había sido condiscípulo de Arsenio. Y ambos lo fueron de Carlos y de Chano, y de Fito y de Jovino el Rubio... De los camaradas de otro tiempo, alguno había muerto. Otros vivían en Madrid o en cualquier parte; regresaban cada año por las fiestas de setiembre, y, apenas llegados, acudían a la cita. Los que moraban en Villalbar se reunían cada mañana, poco antes de comer, en la trastienda de Paco Santín. Era una pieza desordenada, que servía como almacén y escritorio. Los amigos se acomodaban en las cajas vacías de la cerveza, sobre rollos de cuerda de pita, encima de cualquier sentajo. El vino aparecía en seguida, vino tinto de la tierra, servido en vasos de cristal muy grueso. Los amigos escotaban para la bebida, pero Paco Santín corría siempre con la última ronda. A medio vaseo, Paco Santín entraba en la vivienda, contigua al comercio, bromeaba con su mujer en la cocina y regresaba travieso y alegre, aportando unos fritos recientes, o la carne que había arrebatado al puchero puesto a la lumbre.

Hablaban, reían, recordaban... Cuando se disolvía la asamblea, cada hombre llevaba en su pecho un calorcillo suave que el vino, por sí solo, no bastaría a justificar.

III

Empate. Cinco, que estaba más gordo. Otros cinco, que más delgado. Uno, neutral. Arsenio Quilós había llevado la cuenta, sin querer.

Los vecinos:

—¿Cómo quedaba «aquello»?

—¿En avión o en barco?

—¿A Villalbar para siempre?

Y el viajero, sin cansarse de repetir, condescendiente:

—«Aquello», ni mal ni bien... En barco... Sí, casi seguro, para siempre.

En esto, la sorpresa. ¡Dios mío, y qué sorpresa! A pocos metros estaba la tienda de Paco Santín, con su fachada cambiada, allí, en Villalbar, donde todo permanecía inmutable.

Ahora quería recordar la última carta de sus hermanas: «El Santín, no sabes, está de mejoras». Había pasado de largo sobre la noticia. Era natural: pintaría Paco los estantes, o incluso pondría el cielo raso. Pero mucho más bulto tenía el renuevo, pues nada recordaba a la vieja tienda en el «gresite» del pórtico y en las lunas anchas de los escaparates.

Arsenio apresuró el paso con curiosidad y anhelo. Al abrir la puerta y verse en el interior del nuevo establecimiento, pues todo era allí nuevo, sintió como si aún estuviera en el barco y este empezara a hundirse en mitad del mar. Se reanimó en los brazos de Paco Santín, que salió corriendo a su encuentro, desbordante, alegre, generoso.

Los dos amigos se abrazaban, separábanse para verse mejor, se volvían a abrazar.

Cuando aflojaron en sus efusiones, Santín cogió a Arsenio del brazo y le fue enseñando con jactancia el nuevo local: «Hay que prepararse»; «Villalbar debe ir a más»; «Alfisa, ya sabes, la gran cadena de alimentación...». Paco Santín estaba emocionado, vibrante. Quilós lo advertía en el brazo que su amigo le apretaba con exageración. Y estaba justificado aquel orgullo, si se miraba al lado práctico y comercial. La antigua tienda se llamaba ahora supermercado, donde los clientes se servían por sí mismos. La entrada era ancha, pero la salida se estrechaba junto a la caja registradora. Todo estaba envasado, rotulado, aséptico. ¡Lástima —pensaba Quilós— que con la mugre se hubiera ido también el calor del hombre, el trato, el regateo alrededor de cada artículo que iba a cambiar de mano!

Ya no había trastienda. Quilós estaba desorientado; apenas podía situarla con el recuerdo. No se atrevió a preguntar. Asentía cortésmente al entusiasmo de Santín. Este, al pasar junto al frigorífico reluciente, echó mano a unas cervezas para convidar al recién venido. Se arrepintió sin llegar a abrirlas; con sonrisa de complicidad infantil buscó Paco Santín una botella de vino tinto; sirvió los vasos; cada hombre levantó el suyo amistosamente: uno, con fervor; el otro, con naciente melancolía.

Arriesgó Quilós la pregunta que tenía a flor de labios. Le contestó Santín: «¡Ah, los amigos!». El comerciante explicó que los amigos se veían en el café. Eran pocos. Ya no se juntaban, como antes, por la mañana. Pero eran amigos, ¡no faltaría más! Como entonces. Como siempre. Aquella misma tarde —o mejor el sábado por la noche—, todos al café. Celebrarían el regreso de Arsenio y beberían juntos, ¡claro que beberían!

IV

Cuando Arsenio Quilós se vio otra vez en la calle, alguien le dijo que estaba más delgado, o que estaba más gordo –¡tanto daba!–; alguien le preguntó por «aquello», y él respondió que «aquello» bien, y que en barco, y que pronto tendría que volver «allá», por lo de los negocios.

Beltrán, primera especial

«¡Ahora!» «Ahora mismamente –pensó el chófer del autobús–va a asomar el torazo negro del coñac.» Y los cuernos del anuncio empezaron a asomar.

«¡Ahora! –se dijo el hombre un poco más adelante–; ahora va a quedarse agotada la segunda, y punto muerto, y primera, y algún viajero, quién sabe cuál, va a decir Beltrán que nos quedamos.»

–¡Beltrán, que nos quedamos! –dijo desde atrás un guardia de la pareja que había subido al empezar el puerto.

Beltrán se sonrió frente al retrovisor, orgulloso de su sabiduría. Porque llevaba veinte años haciendo la lanzadera, cada día cinco horas desde la villa a la capital y cinco y media desde la capital a la villa, sus sentidos se anticipaban a las peripecias del viaje. Él mismo se asustaba, a veces, de su don profético: «Allí va a brincar una liebre». Y brincaba. Y si no una liebre, una donecilla.

Beltrán era fuerte y rudo. Por nada de este mundo cambiaría su oficio. Llevaba el volante con la seguridad de un héroe antiguo que se abriera paso entre mil asechanzas. Todos confiaban en él; con Beltrán, primera especial, no pasaría nada malo. A su lado, en el asiento delantero, tenían plaza los notables de la villa, como el párroco, cuando iba a la Curia y el brigada de la Guardia Civil; pero muchas veces era un niño, o un anciano, o una rapaza sin malicia, confiados a la tutela de Beltrán. A Beltrán –y de paso a su compañero, el cobrador– lo convidaban en todas partes, pero él no abusaba jamás.

Venían de regreso aquella tarde, como todas las tardes.

Por la mañana –como todas las mañanas– el coche de línea había salido del pueblo a las seis y cuarto en punto. Partía de la plaza. Desde media hora antes, por las calles mudas y solitarias iban llegando los viajeros del alba, como fantasmas, como conspiradores. Ponían sus cestas y paquetes, también alguna maleta, alrededor del ómnibus adormilado en la media luz del amanecer. Luego se desentumecían paseando,

tosían, encendían cigarros. Los viajeros miraban a la ventana de Beltrán, que vivía en la misma plaza. Solo cinco minutos antes de la salida, cuando ya el cobrador había colocado los equipajes en la baca, Beltrán aparecía como un primer actor, trepaba a su puesto de mando y encendía el motor para que se calentase. Luego arrancaba con solemnidad, enfilaba una calle estrecha haciendo retemblar los cristales de las galerías, y atrás quedaba la plaza con sus soportales desiertos, dominio de los perros que se buscaban para hacer sus cosas. Cuando el autobús llegaba a carretera abierta, Beltrán hacía recuento mental de los pasajeros. Casi ninguno le fallaba. Aquel, a los exámenes; tal otro, a arreglar lo de la multa; la pobre mujer, a que la radiaran; la señoritinga, a ver zapatos en la capital... A veces, pocas, el enigma de alguna cara desconocida; el conductor se inventaba entonces, para sus adentros, toda una historia novelesca y sentimental.

Coronó el coche la cresta del puerto. La tarde estaba más oscura en la nueva vertiente. Anohecía. Al iniciarse la bajada disminuyó el jadeo del motor. Se acercaba la hora de premiarlo con una tregua, de que Beltrán y el cobrador y los viajeros se premiasen también con el bocadillo y el trago de vino fresco.

Durante años, al aproximarse este momento de cada día, Beltrán solía alegrarse con un gozo sencillo y puro. Sin embargo, ni aquella tarde ni en todas las tardes de aquel mes había sentido otra cosa que no fuera desazón, hormigueo que hubiera querido vencer. No lo había hablado con nadie, ni siquiera con su mujer, pero él bien sabía la causa en lo callado del corazón: la costumbre de veinte años, que le hacía parar el coche junto al tabuco de la señora Camila, había sido rota sin más ni más, y ahora el autobús pasaba de largo y no se detenía hasta el bar de la gasolinera nueva, rutilante de luces, con aparatos cromados para hacer café o cortar el jamón. Beltrán quería justificarse a sí mismo por la comodidad de los viajeros: en la taberna de la señora Camila apenas podían merendar otra cosa que cecina y pan. Y luego, las necesidades... En la nueva parada, en cambio, había servicios higiénicos –las mujeres en la puerta del abanico; los hombres en la de la pipa–; por haber, había hasta una máquina tocadiscos. Con todo, Beltrán no llegaba a tranquilizarse. En realidad, el momento penoso era el de pasar cada tarde por delante de la vieja taberna, ahora apagada y triste, como si estuviera maldita. Difícil, sobre todo, cuando *Niche* el perro de la casa, que solía esperar a la puerta, se lanzaba sobre el coche de línea sin entender, ladrando lastimero junto a las ruedas. Beltrán aceleraba entonces con rabia y pronto dejaba atrás al que durante viajes y viajes fuera su amigo zalamero.

Aquella tarde el *Niche* estaba, como siempre, sentado a la puerta de su ama. Beltrán, que ya lo venía viendo desde lejos, no tuvo que aguzar su visión profética para decirse: «¡Ahora!». «Ahora mismamente va a desperezarse, y va a dar un brinco, y va a esperar a que el coche llegue para seguirlo hasta que no pueda más.»

Pero *Niche* no hizo nada. Aquella tarde ni siquiera rebulló cuando el coche llegó a su altura, sino que se estuvo quieto, y el conductor creyó verle en los ojos, al pasar, una tristeza resignada y última, como si fueran los ojos de un hombre que ya no tiene nada que esperar...

Beltrán sintió una rabia inmensa, mucho mayor que cuando el perro lo importunaba

siguiéndole.

De repente, con susto de los viajeros, pisó el freno hasta que el coche se detuvo con un gemido largo. Luego metió la marcha atrás y lo hizo recular despacio, despacio, hasta arrimarlo a la vieja taberna; tanto, que todo el recinto oscuro se iluminó con las luces del autobús.

La crápula

¡A la cocina! ¡Vamos a la cocina!

La cocina del Casino Recreativo y Cultural es en la villa el refugio último para los fieles, los tenaces, los puros trasnochadores de vocación: hombres que no aprenderán a dormir cuando los demás, como no sea en la noche sin amanecida.

El médico había levantado el campo del ajedrez frente a su enemigo de siempre. Los naipes quedaban en desorden sobre el verde manchado de ceniza; resplandecían oros, últimos triunfos en la partida. Apoyado contra la pared, un taco de billar se dejaba caer lentamente, como de sueño, resbalando milímetro a milímetro; su gemelo, más afortunado, dormiría sobre el paño de la mesa de reglamento hasta la hora matinal de la limpieza.

Don Diego, sin demasiada sorpresa, comprobó con su mano friolera y huesuda que el hierro del radiador transmitía no más que un pobrísimo residuo de su anterior fortaleza.

—Sí, a la cocina, vamos a la cocina.

Los trasnochadores fueron arrastrando las sillas tapizadas en pos de un bienestar suficiente. Lo hacían con desgana: este se estiraba sin consideración; aquel bostezaba con poco disimulo. Pero luego, ante el velador que marcaba el centro de la estancia, avivaron sus gestos y sus voces:

—A mí dejadme el sillón de obispo.

—Buen obispo estás tú, a vueltas con la Manuela.

—¡Y que no está jocunda la Manuela, ahora que va bien mantenida!

—Dejad ahí a don Diego, que no le prueban las corrientes.

—Don Diego está para rezar y acostarse pronto.

—¡Con tu tía! ¡Eso! ¡Con tu tía!

Cayetano del Solar no se halló tía alguna por la que dar la cara y levantó los hombros

con indiferencia. Aun así, terció Susín, componedor:

–Bueno, bueno... que estamos aquí para divertirnos.

–Eso, para divertirnos.

–Mientras uno pueda trasnochar.

Susín, el del juzgado, confrontó las palmas de sus manos en un interminable frotamiento; luego se repartió en golpecitos y empujones a su vecino de enfrente, al de la derecha y al de la izquierda. Es su manera de encontrarse a gusto y hay que perdonárselo. Se le perdona. Cuenta muchas historias con voz delicada y triste, es saludador y nervioso, servicial si llega el caso de que lo necesiten. No es del pueblo; dicen que no le queda familia en ninguna parte, que nunca tuvo familia. Hace una veintena de años que vino destinado –destinado, sí, hablemos propiamente– desde Dios sabe dónde... Veinte años bajo la tutela de una misma patrona. Y no le falta un buen pasar en la mesa redonda, ropa limpia y arreglada como corresponde a su cargo en la Justicia, hasta un poco de cariño. Pero su cuarto es estrecho y sin ventanas a la luna, Susín –o don Susín, como le dicen cuando está en funciones– es corto de vista, y de figura alta y desgarbada, pero no tanto que se justifique su timidez obsesiva con las mujeres y su consecuente celibato. En este punto se estima el hombre por bajo de lo que merece. Todo lo contrario que Palenque.

Leonardo Palenque es otro compañero de viglias: cuarenta y cinco, cuarenta y ocho, quizá cincuenta años, bien llevados con ayuda de la navaja que le apura implacable las mejillas, y esos hombros anchos y olímpicos que los maliciosos llaman gimnasia de sastre. La conversación de Palenque es desenvuelta y con giros criollos, resabio de una estancia de diez años en la capital de la Argentina. De allí vino en estado de viudez ya consolada y con unas rentas que sin ser las del llamado Crespo resultan suficientes –en la relativa economía provinciana– para que don Leonardo haga vida de señor. No le falta tampoco la adhesión de una pendanga, la Manuela: primero fue para todos los sábados; ahora, para sábados alternos. Leonardo Palenque mantiene un curioso vínculo con su pasado indiano: más de cuatro veces cada noche consulta su reloj de oro, colgante por cadena de igual nobleza, y, rápido, calcula la justa equivalencia porteña: «Ahorita son las nueve en la calle Belgrano».

Tano es la oveja negra de una familia de hidalgos con más pergaminos que posibles. Toca el piano y el acordeón, pero con voluntad desigual: toca bien, pero solo cuando le da la gana. La familia de hidalgos respiró aliviada cuando Tano se avino a casar con una señorita rica y simplona. Tano quiere a su mujer con resignación. A punto de acabarse la guerra le dieron un tiro a Tano en la cabeza: era alférez, y aunque en la vida civil se le conociese como hombre indiferente y frío, he aquí que la campaña lo reveló de otra manera: digamos que tirando a valiente. Del hospital de Vitoria lo mandaron a casa a convalecer. Estuvo en cama muchos días. Al fin, una tarde, sobre las cinco, le cuadró despertarse y se levantó. Desde entonces marcha con el sueño cambiado; un cuarto de siglo no bastó para volverlo a la normal sucesión de los días y las noches. Me parece que ya se ha dicho antes: Tano quiere a su mujer con resignación.

Don Diego es un sesentón delgadísimo y friolero. Sobre el chaleco de paño de Béjar

lleva un grueso jersey de punto. Su café es el primero que se sirve en el Casino Recreativo y Cultural, casi siempre cuando la radio empieza a dar el parte de las dos y media. Don Diego es el último que se marcha. Pasa las tardes y las noches de su jubilación junto al radiador. Cada poco observa con pena, sobre el hierro, la declinación inexorable de las calorías. Llega a taparse el pecho con *La Vanguardia*, a modo de emplasto. Y cuando suena la hora reglamentaria del cierre oficial, la que figura sobre una cartulina lindamente enmarcada y con el Visto Bueno de la Autoridad, hace su propuesta invariable: «A la cocina, vamos a la cocina». En la cocina está la caldera de la calefacción, que aún al final de la jornada conserva un rescoldo útil. Don Diego se acerca al artefacto, manipula una trampilla y desde aquel arrimo habla doctamente con sus amigos, con los fieles, los puros, los verdaderos trasnochadores de la pequeña ciudad.

Bo, el conserje, trasnocha también, pero no por gusto. Fue a la guerra con Tano; era un tiempo en que los plebeyos morían muy cerca de los señores. Y casi volvieron juntos: Bo, con medio brazo de menos; pero se arregla para su oficio; empuja la puerta con el pie; mientras, la mano superviviente soporta en equilibrio los cafés y las copas sobre la bandeja. Alguien con buena memoria recuerda que Bo se llamaba Berto o Alberto, pero de esto hace muchos años. Don Diego maldecía entonces de Berto o Alberto porque al entrar este con el servicio dejaba abierta la puerta más aguda y navajera del invierno. Por esto un mal día le puso «El Bóreas», uno de esos alcuños que en los pueblos agrícolas se celebran con entusiasmo, corren con rapidez y permanecen hasta más allá de la sepultura, heredados por los hijos y los nietos. Berto era buen chico y consiguió una rebaja en su condena: pronto se le dijo sencillamente Bo, por generosidad de los clientes del Casino y con relativa conformidad del apodado. Decíamos que Bo, el conserje, vela menos por gusto que por necesidad. Le vienen bien los últimos duros de los últimos ciudadanos de la noche, aunque vayan cayendo en el cajón con más lentitud cuanto más tarde. Bo es casado de vocación tardía. Ahora le gustaría recuperar. Pero lo están llamando:

—A la cocina, vamos a la cocina.

—¿Qué va a ser? —preguntó el conserje—camarero, con la desgana de quien cumple un trámite excusado.

—Lo de siempre.

—Entonces... anís para don Susín y coñac para los demás.

—¡Qué anís ni qué...! Coñac para todos. A ver si te haces un hombre, escribano. Coñac para todos.

—Hoy pega el viento que nos va a echar al carajo.

—¡Y que no se iban a alegrar cuatro beatas!

—Y beatos, que de todo hay en la viña del Señor.

—O del diablo.

—¿Pero es que hacemos mal a alguien?

—Estas paredes ya no pueden con su alma.

—¡Como nosotros!

—Pero nosotros aún sabemos apuntalarnos con unas copas.

—¡Y con la buena vida!

—Eso es cierto. Mientras uno pueda trasnochar.

—Es que hoy está de perros.

—Hace una noche como aquella de la quema en el caserón de don Bernardo. ¿Te acuerdas, Tano? Era una noche como esta, solo que el viento venía seco. Íbamos por la segunda copa cuando, de pronto, empezaron a sonar las campanas de las Descalzas...

—Esas son siempre las primeras.

—¡Y querían prohibirles las campanas cuando la República!

—No habíamos oído ninguna voz de fuego. Nos echamos a la calle y llegamos antes que nadie. Parecía poca cosa: un chorro de humo que se ladeaba al salir al aire. De repente, lo que se dice de repente, aquello se abrió como si fuera la boca del mismo infierno. Por la calle de Don Martín y por la cuesta de las Norias corría ya la gente pidiendo agua. Todas las iglesias se fueron uniendo al toque de rebato: hasta la campana grande de la Antigua.

—A mí me costó una pulmonía. Primero no había agua y después se reventó la manga. ¡Qué pueblo este! ¡Qué pueblo!

—El pueblo no es malo, que bien nos arrimamos todos al cordón. La culpa es del Ayuntamiento.

—De aquella hasta vinieron los bomberos de la capital.

—Pero llegaron tarde.

—Como siempre.

—Es que estamos lejos; los más lejos de la provincia.

—Pero estamos cerca para los de Hacienda.

—A mí, la capital; te da el apéndice y no hay caso.

—¡Como si allí no se muriese cada hijo de madre!

—Pero aquí lo entierran a uno en vida.

—Toca un poco, Tano, que esto se pone triste.

—«La cumparsita». Y yo convido, che, que la vida es un tango...

—Cortito.

—Y que hay que bailarlo.

—Sí, mientras uno pueda bailar.

—Y beber.

—Y lo otro.

Tano tocaba a veces con una atención casi reverente. Aquella noche, inclinada la cabeza sobre el acordeón, se diría que sus ojos arrancaban, tanto como sus dedos, la vibración que colmaba la estancia. Siguieron más tangos. Y más convites por cuenta del viudo Leonardo Palenque. Don Diego, que soñaba siempre con tierras exóticas, pidió a Tano:

Alma del África lejana,
llenas mi pecho de candela...

Pero se hizo el distraído a la hora de corresponder.

Cayó un silencio raro y sin motivo. La noche es larga. A veces desfallece y deja estos huecos de humo y de misterio que los hombres llenan con más humo. Los cigarros –otra vez– fueron liados, encendidos, chupados con parsimonia. Era, sí, un silencio extraño y sin causa conocida. Para estar juntos se aliaban los hombres en la noche; pero, si esta se quebraba unos instantes, cada cual sentía entonces, más agrio que nunca, el sabor de la soledad. Sobre el patio contiguo el agua aporreaba con fuerza los cristales de la claraboya.

–¡Qué febrero rabioso!

–Con este aguacero no habría que apagar ninguna quema.

–Pero habrá que ver cómo viene el río.

–Hace ahora los años de la crecida que llevó las huertas.

–Y que llevó las bestias; y hasta algún paisano de Chozas Bajas.

–Por el duelo nos quedamos sin Carnavales.

–¡Y qué Cuaresma más larga!

Tocó la sirena de la destilería. Era la única fábrica de la ciudad, llamando al turno de madrugada.

–Bo, haz los cafés.

–No le hay presión, don Leonardo.

–¡Pues se le da! ¡O a ver qué macana, viejo!

–¡Pero si son las cinco por la Moderna...!

–Ya estará don Simón pasando lista a las obreras.

–Todos dicen que es un santo madrugador, un ejemplo para el pueblo.

–Y que nosotros somos la crápula, eso, la mala hierba.

–A don Simón le gusta pasar lista a las obreras.

–Y a la que se descuida...

–Haz los cafés, Bo, aunque sean de puchero.

–Y cuenta tú, Susín, de cuando fuisteis a levantar el cadáver de la Bisoja.

–A bajarlo, dirás, que estaba colgado con los pies a dos metros de la paja.

–¡Pues vaya juerga! Solo falta que don Diego nos «reprise» el choque de trenes en Ariza.

–¡Cuando iba de servicio en el «Shangái»!

–Yo pago la última ronda.

–No quiera Dios que sea la última.

–¡Hay que vivir la vida!

–Mientras uno pueda trasnochar.

Hay veces en que el alba quiebra tan súbito que coge de sorpresa a los trasnochadores. Expulsados de su elemento, huyen rápidos hacia no se sabe dónde. Van pegados a las esquinas, el andar furtivo, con la boca seca y el corazón como a un destierro. Nadie podría acusarlos; pero ellos se sienten vagamente culpables. Son como la noche que los alcahuetea; y la noche es como ellos: oscura y repetida frustración.

El viento amainaba; había parado de llover; pronto sería –lo era ya casi– un nuevo día, precursor aún tímido de la primavera.

Por la calle del Abad, a punto de encontrarse con «la crápula», avanzaban las señoritas de Castoluengo, cenceñas y altas, camino de la primera misa.

–Es una vergüenza –dijo la mayor de las señoritas de Castoluengo.

–Es una vergüenza –repitió la menor de las señoritas de Castoluengo.

Sobre la insignia del Casino Recreativo y Cultural caía ya la luz del alba. Una bombilla de sesenta, cada vez más pobre, iba muriendo frente a la claridad naciente.

Santa Bárbara, cuando truena

I

El delegado puso orden en las cajas que llenaban el asiento de atrás. No era un viajante: era un delegado. La diferencia tenía su importancia en las tarjetas de visita, en las fichas de los hoteles. Y allá en su pueblo, si los viejos padres y las hermanas puntillosas se consolaban de no verle médico, era por aquel otro título tan presentable. A la gente, en España, lo de delegado le causa mucho respeto.

Ya estaban en su sitio las muestras gratuitas y la literatura. El delegado hizo una ronda alrededor del coche y fue empujando con el pie sobre cada rueda, asegurándose de que tenían aire. Subió a su asiento y arrancó despacio, con pereza. Dejaba un lugar amigo. De la ruta a su cargo podría él hacer un mapa sentimental, con tachuelas de color para los sitios amables; con señales negras, o por lo menos grises, para aquellos otros en que la fonda era húmeda, aburrido el trabajo, las mujeres no propicias. Sobre todo las mujeres: si a cualquier viajero le acontece aborrecer a tal o cual ciudad, solo porque la conoció en día de dolor de muelas o de zapatos estrechos, al delegado le sucedía en relación con sus negocios amorosos. Y lo que son las cosas: los gráficos de la oficina central iban reflejando aquellas preferencias y repugnancias, aunque nunca la Dirección acertara a explicarse por qué en Palencia se imponían las nuevas vitaminas efervescentes con sabor a naranja, y en Valladolid, no.

La ciudad que iba quedando atrás ostentaba un nombre agudo y redondo, seco como los atabales de sus viejas edades, pero al delegado le sonaba a Lola, nada histórica ella,

aunque también notable en arquitectura. Miraba el viajero cada poco al espejo retrovisor, y en el pequeño cristal se le iban desdibujando torres y jardines, hasta que solo quedó la estela rezagada del camino.

II

Era aquella una tierra de sol. Tanto había zurrado el calor a los campos encendidos, que en el cielo se esbozaban manchas de mal augurio. Para el delegado, lleno de vida, todo cantaba en la mañana feliz. Lola era la canción. Con los ojos en la tierra que se iba entregando ante el avance del coche, oyéndose sus propios recuerdos en la soledad que no turbaba el redondo ruido del motor, recreaba el viajero las sensaciones aún calientes, cada palabra y cada gesto, los roces suaves y las exaltaciones.

Rodaba despacio. Le avisaron casi encima, con la bocina. El hombre que iba al volante del Pegaso sacó la mano y saludó después de adelantar. Era un camión alegre, como una voz amiga en el folclore de la carretera. Hay camiones taciturnos, que marchan con pesadumbre. Otros, como el de aquella mañana, son dicharacheros por todas sus caras: «Beba vino y vivirá mejor». «Pida paso y se le dará.» Desde el pequeño coche del delegado no podía verse la delantera del camión; pero era fácil imaginar a su hombre, uno de esos tipos enterizos, pegada al cuerpo, como segunda piel, la camiseta blanca y sin mangas que es su uniforme de todo tiempo. No faltarían en la cabina los emblemas consabidos: la Divinidad en algún modo, la esposa y los hijos con su «Ven pronto, te esperamos» y algún almanaque con protagonista rubia y opulenta.

Con los kilómetros corrían los pensamientos: Lola sobre todo, como una fruta pegajosa y dulce. El día había ido oscureciendo. Unos escasos goterones empezaron a caer sobre el parabrisas del delegado. Al hacerse menos espaciados, este hizo funcionar el dispositivo que los limpiara, pero el cristal se emborronó todavía más. Solo cuando el agua cayó copiosamente resultó eficaz el aparato, y un escenario de belleza nueva apareció entre las varillas que se abrían y cerraban incansablemente, como un abanico, ante los ojos del conductor.

El agua no venía sola, sino mandada por nubes que parecían cargadas de ira. Al primer relámpago recordó el viajero su infancia temerosa. En el pueblo no faltaba cada verano su tarde trágica de tormenta, con el suspirar hondo del padre por las tierras apedreadas y la prudencia devota de la madre, que encendía la vela del monumento, entre súplicas:

Santa Bárbara bendita
que en el cielo estás escrita
con papel y agua bendita...

Luego, ya mayor, el delegado guardaba la huella de aquellos terrores y en la tronada oía la voz del Dios terrible. Asustado, pactaba con Él, como solía en tiempo de exámenes y en las trapisondas de la mocedad: «Señor, no volveré con Elvirita, no buscaré la

ocasión...». Y Dios guardaba la caja de sus rayos, como si se lo creyera.

Pero esta vez, mientras Dios tronaba sobre Tierra de Campos, por la ventanilla del coche entraba el olor espeso de los campos de tierra, el olor de Lola reciente, que el delegado gozaba a pulmón henchido, sin pactos ni arrepentimientos.

III

Las raras curvas estaban advertidas por allí con más reiteración que en los puertos peligrosos. En las carreteras sin riesgo aparente, las estadísticas hablan de la mortal confianza de los conductores. El delegado recordaba aquellos letreros imitados de Francia: «Aquí 2 muertos», «Aquí 3 heridos graves». Los psicólogos discutieron mucho sobre su conveniencia.

Metió una marcha más corta y se apretó a su derecha. Remató el viraje y otra vez estuvo en la recta interminable, donde no era fácil imaginar ninguna amenaza. Sonrió porque la señal de curva peligrosa le había recordado aún más a Lola. (¡Y ese doble montículo avisador de los badenes, que parece dibujado con intención...!)

Dejó de tronar. Seguía cayendo el agua, con menos fuerza, pero también más triste en su monotonía. Fue entonces cuando el conductor advirtió un estorbo en la línea de la carretera. Levantó el pie del acelerador; fue acercándose al obstáculo todavía confuso. Las imágenes se iban dibujando poco a poco, a medida que se acortaba la distancia. Comprendió de pronto. No iba a ser la primera vez en su experiencia viajera. El accidente había irrumpido allí, brutal e inesperado como siempre. Arrimó su coche a la derecha y, aunque se bajó deprisa, no dejó de asegurarlo con el freno de mano. Era el cruce de la ruta general con una secundaria, donde gentes de la aldea —que ahora se deshacían en gritos inútiles— esperaban el autobús que pasaría hacia la capital. El camión de antes, el de las invitaciones, estaba en la cuneta, caído sobre uno de sus lados, con su carga de fruta derramándose. Un hombre joven, endomingado, yacía sobre el firme de la carretera, a dos pasos de su bicicleta rota. Debía de llevar así un minuto, quizá dos, una eternidad. Los paisanos, mujeres la mayoría, repetían su sarta de lamentos. Nadie se acercaba al caído. El delegado lo hizo. Más por sentido común que por su incompleta carrera en la Facultad, comprendió en el acto que aquel mozo de camisa blanca y corbata alegre no volvería a montar en bicicleta, ni a retozar a las mozas, ni a espumar el vino fresco de las cuevas. Algo parecía moverse aún en el pecho indemne del herido, pero nadie sabría recomponer —cualquiera podía verlo— su cráneo partido, deshecho por la brutal ofensa del hierro contra la cabeza descubierta.

Dejó el hombre de alentar cuando ya otros coches se paraban para prestar auxilio. Los campesinos seguían sus lamentos, pues el mozo era de la aldea vecina, pariente acaso. El delegado se apartó del muerto y fue hacia la otra orilla, donde el chófer del camión desahogaba en llanto su emoción violenta. Era un hombre robusto, de brazos tensos al descubierto. Algo chocaba en su rostro, donde la piel curtida y la boca de gesto duro

convivían con unos ojos de mirar infantil. Unos campesinos lo sujetaban; no podría saberse si por caridad o si en evitación de que escapara a las responsabilidades. Cuando otros automovilistas fueron llegando, el hombre empezó a tranquilizarse y a proclamar sus razones. Pronto se comprobó que el mozo había desembocado en la carretera general con despreocupación suicida, pero los paisanos –las mujeres sobre todo– no dejaban de incluir reproches y amenazas en su planto.

Algo tenía que hacerse. El delegado pensó que ya nadie podría levantar del santo suelo a aquel desdichado –salvo el forense, pues cadáver había sin duda alguna– y propuso que se avisara a la Guardia Civil más próxima. Él mismo lo haría al llegar a Villalazán, que no quedaba lejos en la ruta que llevaba. Se dispuso a coger su coche, pero el muerto lo atraía con fuerza misteriosa. No quería ver aquella estampa terrible, pero la mirada se le iba hacia la cabeza deshecha y los ojos se le paraban en aquellos otros ojos inmóviles.

Una manzana de la carga del camión había rodado hasta la víctima y allí quedó apoyada, contenida por el brazo extendido.

Alguien se acercó con una manta piadosa. El delegado subió a su coche y empuñó el volante con manos poco seguras. Cuando se fue sintiendo más dueño aceleró a fondo y clavó los ojos en la recta embreada. Solo entonces se sintió empapado; no sabía si de sudor o de la lluvia menuda sobre la camisa; seguramente de ambas cosas. Quiso concentrarse en otros pensamientos. Pero no era tan fácil. El mozo caído, por más que sus labios estuvieran inmóviles, parecía invitar a que se le preguntara: quién era. Cuál había sido su nombre. Qué amor o fiesta estaban esperando a que él llegase en traje de domingo.

Es un muerto tan reciente que no tiene pasado. Futuro, sí: el porvenir cierto y oscuro de los muertos. Sea del alma lo que fuere, el delegado sabe todo cuanto va a suceder en la materia corporal. Le viene a la memoria con lucidez, casi con las mismas palabras: el enfriamiento cadavérico, las hipóstasis, el espasmo de fisonomía que puede fijar el último terror o la alegría postrera, la mancha verde donde la putrefacción empieza... Aunque la materia no se estudiaba hasta el último curso, le había interesado desde su ingreso en la Facultad. Era como el lector impaciente de novelas, que salta páginas, ansioso por el desenlace.

En su infancia había andado de monaguillo. Más que en las altas residencias prometidas a las almas le hacían pensar los entierros en las postrimerías físicas de la carne, y a ello contribuía el pueblo con su folclore de prácticas y refranes alrededor de la muerte. Allí y entonces había conocido los rudimentos de la morbosa escatología rural. Después aprendió en los libros que no es exactamente que a los muertos les crezcan las uñas, como no es cierto que salgan de sus adentros las escuadras sucesivas de explotadores voraces.

Todo lo iba evocando con una claridad que le causaba escalofríos. Y de repente, ella. ¿Qué es lo que acaba de traérsela al recuerdo? Hace solo una fracción de segundo, y no lo sabría decir. ¿La forma de una nube? ¿El vuelo de un pájaro? ¿La postura de un árbol... ?

Pero ¿qué es esto que oscurece a Lola? Lola tiene una mancha. El cuerpo de Lola

tiene una mancha verde que le oscurece el vientre. Por debajo de la cintura delgada. ¡Ah!, no en los pechos, no en los pechos de Lola tan largamente pensados, siempre blancos como un mármol veteado de azul purísimo.

¡Pero Lola no tiene pechos! Se los ha comido la sombra, Lola no tiene pechos, no tiene pechos, Lola...

Con miedo de sus desatinos, el delegado se pasó la mano por la frente, que le ardía como si tuviera fiebre. Quiso salvarse y pidió al motor la máxima potencia. La tempestad se había reproducido, aún con más aparato. Eran dos tormentas distintas y contrarias, avanzando fatalmente la una en dirección a la otra. Pronto iban a enfrentarse sin remedio y toda aquella tierra de pan llevar temblaría acobardada.

El delegado pactó con Dios como en otros tiempos. Prometió y juró de urgencia. Suplicaba:

Santa Bárbara bendita
que en el cielo estás escrita...

En medio de un relámpago feroz y de su trueno consecutivo, el delegado abjuró – irrevocablemente!– del mundo, el demonio y la carne.

IV

A la entrada del cuartel de Villalazán, debajo del «Todo por la patria», el guardia de puertas leía el periódico. Estaba sentado con despreocupación sobre una silla de paja arrimada a la pared, bajo el porche, justo para esquivar la lluvia que seguía cayendo.

El coche del delegado se paró delante, de una frenada brusca. Levantó el civil tranquilamente la mirada, como preguntando sin excesiva curiosidad. El recién llegado descendió presuroso. Sin cuidarse de cerrar la portezuela, ahorrándose el saludo, explicó el suceso atropelladamente. Habló de un tirón, mientras el guardia, que se había levantado despacio, escuchaba sin un gesto que le animara el rostro.

Cuando acabó su informe, el delegado sintió un alivio profundo. Había cumplido con su conciencia cívica. Ahora, allá la autoridad. Sin embargo, y como hubiera venido sintiéndose un poco héroe al traer el aviso, le pareció que la acogida del centinela no estaba en relación con la importancia del asunto. El de puertas debió notarlo. Habló a modo de pregunta:

–Entonces, dice usted...

–Sí; el hombre, muerto, sin duda. El del camión no sé si alguna herida.

–Y dice usted que en el 328.

–Sí, me parece; en el cruce de la general con la que viene de la Ribera.

–Pues si es así, el asunto pertenece a Valderracos. No es cosa nuestra.

El guardia civil cogió el periódico que había dejado al levantarse de la silla, pero no llegó a leer. Su interlocutor lo miró como mira un hombre que no comprende nada. Dijo con tono amargo:

—¡Pero allí hay un muerto, un hombre muerto!

—Y a estas horas ya estará la pareja de Valderracimos, que le coge más cerca. O los de Tráfico.

Debía de ser cierto. El civil conocía sus deberes. Los cumplía. Aún quiso asegurarse y decidió pasar la noticia por teléfono. Entraron los dos hombres al cuarto de guardia, una pieza entre burocrática y cuartelera. El de uniforme dio vueltas a la manivela del aparato. Habló lo indispensable, con una voz plana y aburrida. Después se volvió hacia el delegado. Sacó la petaca y ofreció tabaco. El delegado rehusó cortésmente, pero pidió por favor un trago de agua. No acertó bien con el chorro fino del botijo, y parte del agua fresca vino a caer sobre la pechera de la camisa mal abrochada, todavía húmeda.

El delegado sintió que sus recelos se disipaban. También el guardia se mostraba más abierto. Hablaron:

—Mire usted, ciudadano. A usted le pasa lo de siempre. La gente cree que el mundo se va a parar por un suceso, por un muerto. Pero nosotros somos como los curas y los médicos, hombres del oficio. Ayudamos a los demás, pero tenemos que seguir viviendo. Ya me entiende.

El delegado lo entendía. Acaso por eso mismo no estará nunca su retrato en la orla. Algo de esto le contó al guardia. Se hablaban ya como amigos, y el viajero decidió esperar a que se aclarase la mañana, cosa de poco, a juzgar por el arcoíris que parecía hincar su arranque en el castillo de Naveros.

Charlaron y fumaron juntos. El delegado se acercó a su coche y trajo como regalo unas cajitas de pastillas para la tos, con la etiqueta de «muestra gratuita, prohibida su venta».

Cuando ya iban a despedirse a la puerta del cuartel, otro número que llegaba con la cartera al hombro, trayendo el correo desde la oficina postal, se acercó al compañero de puertas y le habló en voz baja, sin perder de vista al delegado. El de puertas miró también a su reciente amigo, moviendo la cabeza en gesto dubitativo. Al fin se explicó: la señorita maestra había perdido el coche de línea. Era una profesora excelente, todos la querían y le estaban agradecidos por el cuido de los chicos. ¿Querría el amigo llevarla hasta la próxima ciudad?

V

El delegado se vio de nuevo en su camino. Un sol tímido quería clarear por la lejanía. Ya casi nada le quedaba al viajero de su calentura, de las ansias de su cuerpo revuelto por el disgusto. Sin embargo, abrió las ventanillas del coche. Aunque ya muy avanzada la mañana, el aire corría fresco como en el amanecer. Lo sentía el viajero en las sienes, en las manos, en el pecho que descubría la camisa entreabierta. Y el soplo fugaz y renovado iba barriendo la pesadez de su cabeza, acompasando el ritmo de su sangre, hasta que el cuerpo y el ánimo del hombre estuvieron henchidos de poder, tensos como la cuerda del

arco a punto.

El chirrido del limpiaparabrisas pasando en seco sobre el cristal advirtió de que no llovía. Ninguna nube en el ancho cielo; ningún peligro de tormenta. Dios hacía las paces con la tierra y con los hombres, y de su sierva Santa Bárbara nadie volvería a acordarse hasta que tronara otra vez.

En una torre con cigüeñas, al paso del coche, sonaron las campanadas del mediodía. Al delegado le pareció que la creación comenzaba entonces. Y decidió estrenar pensamientos nuevos. Empezaría por lo más cercano. Lo más cercano se llamaba Irene – lo dijo el guardia en su presentación algo ruda– y era un cuerpo aperitivo y joven, una firmísima proclamación de vida empujando hacia el horizonte.

Los Cedilla

I

La señora de Cedilla –«nacida doña Fernanda Bauprés», según el gacetillero local– es una dama de buen ver. De la señora de Cedilla puede decirse menos mal: «nacida doña Fernanda», porque tratamiento y nombre parecen en ella inseparables desde el bautismo. Don Teodoro Cedilla es el marido de doña Fernanda. Uno casi no se atreve a añadir que don Teodoro es jefe de administración ni que el matrimonio habita casa con mirador, en capital de tercer orden, porque, aun siendo la pura verdad, parece rebuscamiento literario.

En los ratos de hogar, mientras doña Fernanda hace labores o fantasea con un libro entre las manos, mira don Teodoro sus colecciones de sellos y de mariposas, y penetra en el mundo maravilloso del detalle, privilegio de los miopes.

Podría esperarse que tan sedentarios personajes fueran inmunes a la tentación del coche. ¡Qué va! Aparte de que el coche es, si bien se mira, sedentario por su propia naturaleza, quedar a orillas de la corriente general es cosa de héroes o de genios. Doña Fernanda y don Teodoro, como todos los Cedillas de todos los Terue–les, quisieron salir las tardes al campo –aunque en su ciudad casi todo era campo– e ir en coche a la misa de moda de los dominicos.

Fueron al agente de la marca elegida. (Había, en aquel tiempo, poco donde elegir.) Don

Teodoro firmó los papeles; antes, meticuloso, examinó las estipulaciones en letra menuda, rectificando a veces la posición del pliego frente a sus lentes bifocales. La Casa entregaba los coches en el color que a ella misma le convenía, pero, con un avisado sentido de las relaciones públicas, brindaba al solicitante la oportunidad de señalar su gusto. Don Teodoro esbozó tímidamente su voto por un azul intenso. Doña Fernanda se dejó cautivar por el gris-luna, tono poco concreto, que se favorecía de su propia denominación romántica y vagarosa. El agente no vaciló: en el recuadro destinado al color que escogiera la señora colocó una cruz enérgica y definitiva. No fue rencoroso don Teodoro. Colgose subsidiariamente del brazo de su mujer, y hasta le tuvo una mirada de agradecimiento porque iba ella en zapatos bajos. Aun así predominaba la estatura de doña Fernanda, poderosa y rellena.

Se encaminaron hacia el Café del Centro. Don Teodoro iniciaba, distraído, el cruce de la calzada. Doña Fernanda paró en seco la marcha, y su caballero retrocedió como un vagón atraído bruscamente por la locomotora. En el borde de la acera esperaron a que el guardia cambiase de postura. Lo hizo al fin, con un gesto perezoso y confuso, pero bastante a detener el único coche que se acercaba bajo el anochecer provinciano. Don Teodoro sintió el imperio de otro tirón, ahora hacia delante. Cruzaron por el paso de peatones, morosamente, como quien ejercita un derecho inmovible. Unos muchachos salían del Café del Centro, tumultuosos, alocados. Tras ellos quedó la puerta rotatoria, ya libre, girando en el vacío. Doña Fernanda se insertó entre dos hojas de cristal, y el artefacto fue frenando su marcha, ganando en señorío y solemnidad.

II

Los señores de Cedilla suspendieron sus respectivas aficiones. Don Teodoro se prohibió el gozo de ordenar los últimos sellos, recibidos de un lejano corresponsal. Doña Fernanda no cogía otro libro que *El examen del conductor*. Juntos acudían a las clases de la escuela, dirigidas por un caballero fino y competente que ya en Caracas había desenvuelto este negocio.

Ramiro Candaneira, además de enseñar a «manejar», que se dice en Venezuela, había sido comadrón, vendedor a domicilio y conductor de guagua en tres o cuatro republiquetas de por allá. De regreso a su tierra no se conformó con las limitaciones aldeanas, y harto como estaba de la urbe, optó por el término medio de la capital de su provincia. Vio en seguida la oportunidad: los que compraban coche se venían buscando un conocido que supiera las martingalas del embrague, y en una era del ejido se daban de alta como conductores con solo una tarde de maniobras. Pero ya no bastaba. La autoridad competente extremó la severidad. Ramiro Candaneira compró entonces dos coches de cuarta o quinta mano, arrendó un bajo con ventanas a la calle y dispuso a san Cristóbal, enmarcado en flores de plástico, junto a las amenas señales de la circulación: rojas como la sangre las de prohibición o peligro, azules para información o mandato,

amarillas las de precaución, verde-esperanza las alentadoras hacia el paso libre.

Para los Cedilla habíase abierto un mundo de emociones nuevas: puntuales, incansables, atentos a las explicaciones vehementes de Candaneira, que subrayaba con ademanes sublimes los fundamentos de la carburación. Un artefacto ingenioso –especie de cajón en medio del aula– servía para ensayar sin riesgo el cambio de velocidades, los pedales de freno y embrague, el giro de la dirección. Se alternaban en el manejo: don Teodoro, lento pero seguro; doña Fernanda, más veloz de reflejos, con frecuentes equivocaciones que el maestro le corregía en proximidad afectuosa, mientras el marido, limpiándose los lentes, esperaba su nuevo turno con impaciencia infantil.

Candaneira pensaba que doña Fernanda animaría a otras aspirantes. Esta perspectiva llenaba de complacencia al propietario-director. Galante y obsequioso, pero sin salirse de madre, el joven profesor Ramiro –aún en los treinta y tantos, pese a su densa vida ultramarina; soltero y sin compromiso– modificaba levemente la posición de las manos femeniles en el volante y aleccionaba sobre la correcta dirección de los ojos hacia el campo visual. A don Teodoro le halagaba secretamente el advertir que Fernanda no era la misma. Una luz más alegre brillaba en los ojos negros de la mujer, ahora alargados en un trazo también negro, artificial.

Los futuros conductores estaban a dos pasos del día ansiado y temido. Sobre el examen versaban las conversaciones de la pareja, con una insistencia que alcanzaba la categoría de obsesión. Y cosa curiosa: doña Fernanda, que venía llevando la batuta desde el momento de recibir las bendiciones, aceptaba ahora la jefatura del esposo.

–No consigo hacerme a esa idea. Son cosas de hombres, Teodoro. Vosotros sois reflexivos.

–Nunca se sabe lo que nos espera, Fernanda –replicaba con tiento don Teodoro–. Un día llegará mi jubilación. Figúrate que hacemos viajes largos; nos turnaremos y será descansado para los dos. ¡Y estás tan guapa con las manos en el volante!

–Para ti es fácil porque entiendes todo eso del código –insistió la esposa, alcanzada en el cogollo de su vanidad.

–¡Pero si ya sabes de memoria hasta el detalle más pequeño!

–No, no. Hay cosas que pueden conmigo. Eso de la distancia mínima entre dos vehículos... ¡Es insoportable!

–Pero escucha, Fernandita...

–Por favor, Teodoro, ya sabes que no me gustan los nombres con azúcar.

–Pues escucha, Fernanda. (Cedilla puso la voz grave.) Es lo más fácil del mundo: «La distancia mínima no será inferior en metros al número que resulte de elevar al cuadrado la cifra de su velocidad expresada en miriámetros por hora».

–¡Pero eso es horrible! ¡Yo no sé elevar al cuadrado ninguna cifra! ¡Y me armo un lío con los... los... miriámetros!

–Veamos, veamos... –condescendió don Teodoro, mientras cogía un papel de amplias dimensiones para la explicación matemática.

Muy lleno por aquel giro inesperado en las relaciones matrimoniales, el jefe de

administración se sentía jefe en su casa. Nunca es tarde. Continuaba:

—Supongamos que un coche circula a cincuenta kilómetros por hora. Pues entonces, salvo que haya niebla densa, lluvia copiosa, o que el vehículo que marcha delante levante gran cantidad de polvo...

Doña Fernanda no advirtió que su imaginación se escapaba hacia pensamientos menos arduos. A través de la niebla densa, lluvia copiosa, etcétera, etcétera, se le aparecían viajes radiantes y soleados. Ella iría al volante del coche. Sí, tenía razón Teodoro: es atrayente la estampa de una mujer cuando conduce. Fernanda pensó que podría rejuvenecer a tiempo su aire de señora de jefe de administración de primera clase. El traje *sport*. Los guantes frescos y calados. Como la notaria joven, que fue la primera en levantar miradas de curiosidad y envidia con su coche por las calles de la vieja ciudad...

Se volvió hacia su marido con una humildad desconocida en ella, zalamera casi:

—Enséñame a elevar al cuadrado.

—Elevar al cuadrado, querida Fernanda, es multiplicar un número por sí mismo...

Doña Fernanda, guapetona, cruzó las piernas bien hechas y omitió la precaución habitual de estirarse la falda.

III

Llegó el día. Como todos los jueves, la churrera de la plaza había doblado sagazmente su previsión. Los jueves, a media mañana, era el examen para conductores en la plaza de la catedral. Las actividades oficiales se iban desplazando hacia el polígono del ensanche, pero el amplio templo renacentista, con sus anejos curiales, retenía aún la vecindad de la Audiencia y de la Jefatura de Industria.

Don Teodoro Cedilla sabía el ambiente. Algún jueves había estado de mirón, en secreto. Hasta hizo conocidos entre aquella gente extraña. Eran hombres poco complicados, aspirantes al permiso de conducir para ganarse la vida. Jóvenes, casi todos. También algunos en la madurez, apartados y remisos, como alumnos de vocación tardía. Hablaban, y don Teodoro ponía la oreja: «Ahora examina el ingeniero nuevo». «Pues no tiene cara de mala persona.» «Pero hace arrancar para arriba en la cuesta del Cabildo, que peor no se encuentra en toda la ciudad.» «Pues más vale eso con buen freno de mano que vuelta a la catedral marcha atrás.» «Y que luego tienes el carné y nunca vas marcha atrás por ninguna plaza.» «Ellos ponen lo que manda Madrid.» «El caso es que no se te cale el motor.» «Lo mejor es a medio embrague...»

Aquella mañana aún no eran las once y ya bajo los arcos se removían impacientes los examinandos, cambiándose pitillos, palmadas y bromas. Algunos se preguntaban por don Teodoro —«el señorín de las gafas»—. Sabían que estaba en lista. No tardaría en llegar.

Sonaron las once menos cuarto en la torre oeste de la catedral. El coche-escuela, recién lavado, conducido por el mismísimo director, aparcaba con sigilo en un ángulo de la plaza. Don Teodoro descendió el primero y abrió la portezuela; asomaron las rodillas

de doña Fernanda; después, doña Fernanda entera. Don Teodoro pensó en sus conocidos, casi ya camioneros. Tragó saliva. Miró el reloj. Sintió la mano de Fernanda buscando amparo en su brazo. Era una sensación insólita y dulce. Como si un pájaro le estuviera pidiendo al hombre unos granos de comida, poca cosa. Por un momento, solo un instante, Teodoro Cedilla tuvo el mal deseo de que su mujer no dominase nunca un coche. Que él, solo él, Teodoro Cedilla Cedilla, llevase en adelante el peso, la suerte, la dirección de las dos vidas. Como uno cualquiera de aquellos hombres, los que iban para carné de primera.

IV

A la noche, el matrimonio prolongó la velada. Temprano había empezado para ellos el día, una jornada de emociones y cuidados. Y, sin embargo, el propio cansancio los mantenía en tensión.

Don Teodoro estuvo dudando entre las cajitas de lepidópteros y los sellos. Decidió concentrarse en el *Correo Filatélico*, consagrado a siete países nuevos de África, pero no lo conseguía del todo. («El ingeniero estuvo amable –se desviaba su pensamiento–. Me rogó, eso es, me lo rogó, que repitamos mi examen dentro de un mes.») Abriría un cuaderno especial, de tapas negras, para albergar a las naciones recién nacidas. («Pude contener un poco el embrague, y el motor no se hubiera calado.») No; el cuaderno, de tapas rojas. («¡Y Amancio, el ordenanza de mi oficina, mirando con sorna desde la acera para llevarlo y traerlo luego por los pasillos!») Dahomey, Togo, Alto Volta, Zambia...

Doña Fernanda iba y venía: sin perder un fondo de fría compostura, pero excitada, ligeramente excitada. Cuando estuvo en ropa de dormir, desparramó –para ordenarlo– el contenido de su bolso de mano, más amplio y deportivo que de costumbre. Las anchas gafas de sol para conducir sin deslumbramientos. Chismes de tocador en proporción discreta. Una carterita de piel con el retrato del marido –diez años antes, a punto de cumplirse el medio siglo de don Teodoro– y dos espacios vacíos: «Vacantes (¡Dios sobre todo!) para lo que pueda venir...». El pecho, todavía firme, palpitó ante un llavero de plata que tenía por remate a san Cristóbal. Era un delicado obsequio del profesor Candaneira. «Recuerdo modestísimo –había él dicho aquella mañana, al término del examen– para la primera señora que sale titulada de nuestra academia.» Doña Fernanda se miró de cuerpo entero en el espejo, sin saber por qué.

Cansadamente dieron las doce en el reloj de la Caja de Ahorros. Allí acababa un día memorable para los Cedilla. Marido y mujer entraron en las sábanas limpias, castas, familiares. Doña Fernanda siguió oyendo las campanadas como una música nueva, prometedora. A don Teodoro le quedaba –o a él se lo parecía– un sitio más precario que nunca en el mueble matrimonial. Pero no osó moverse. Se durmió en seguida, pensando en los sellos de Mauritania. Y en las mariposas.

Cirujeda

Los Bancos, al revés que los gitanos, quieren ver a sus hijos con buenos principios. A cajero, apoderado o director de sucursal de tercera bien podría llegar Adolfito Cirujeda, pues sus comienzos encajaban perfectamente en el molde de la Entidad. Que era puntual, el chico, se vio desde el día mismo que lo ingresaron. Dócil y manso de corazón resultaba obvio, pues, en otro caso, mal habría pasado la quincena de probatura. Luego resultó que también era limpio; no como el botones anterior, que lo echó don Florián, el director, porque siempre tenía el dedo dentro de las narices.

Adolfito entró en el Banco a los catorce años, con pantalón corto, pelos en las piernas y voz gallipava. Lo primero que hizo la Entidad fue darle pantalón largo, generoso de vuelo en los bajos. Sábese de poetas sociales que han cantado, por ejemplo, al pinche de la construcción («Pinche, el botijo; pinche, la piqueta; pinche, pinche...»), pero, que uno recuerde, está nonata la alabanza del bancario meritorio, siempre metido en uniforme crecedero, con la lengua seca de pegar timbres y los ojos enrojecidos de madrugar.

Cuando se le pobló la barba a Adolfito y le enreció la voz, don Florián lo llamó al despacho para ofrecerle la gran oportunidad de su vida, que era la de aspirante a auxiliar suplente. Lo liberaron de la gorra con iniciales doradas y pudo vestirse como un hombre. Tuvo desde entonces mesa propia, aunque fuera la más canija de la oficina, junto a la puerta de los servicios. A Adolfito, como era tan limpio, le daba grima que los otros salieran abotonándose el pantalón, justamente delante de sus narices.

Cirujeda, un día empezó a mostrar la cualidad que lo haría célebre. El primero en enterarse fue el jefe de cuentas corrientes, y por casualidad. Se presentó a retirar fondos don Silvano, cliente de primer orden, y con mucha prisa. Como tardaban algo más de lo usual en encontrar la ficha, Cirujeda, poniéndose colorado hasta las orejas, apuntó a su superior: «Don Silvano Valiente de la Poza, cuenta 623, pesetas 988 329 con cincuenta, acreedor». El jefe de cuentas corrientes miró perplejo al subordinado, y no se detuvo a llamarle imbécil porque lo primero (es ley sagrada de la Banca) había que atender al cliente.

Pero he aquí que ciertamente Cirujeda se sabía de memoria el saldo de don Silvano Valiente de la Poza, y no solo de don Silvano, sino de todos los clientes que empezaban con la ese. El director, por segunda vez, llamó a Adolfito a su despacho y lo ascendió a auxiliar suplente, redimiéndole del aspirantado.

Cuando Cirujeda supo cantar de carretilla las cuentas desde la A hasta la Z, lo hicieron auxiliar titular y le arrimaron la mesa a una ventana. Cirujeda, el señor Cirujeda, era capaz de recordar sin tropiezos las cifras de cada cual, con distinción sagaz y velocísima entre números negros y números rojos, que es, al decir de los entendidos, la madre del cordero bancario. Su fama era más que local. Desde Madrid se habían interesado por el

empleado Cirujeda, y el Banco hablaba incluso de presentarlo a una competición de memoriones en Düsseldorf.

Ya se sabe que en las bodas y bautizos, y aún más en las despedidas de soltero, si hay alguien que sabe hacer versos o cantar jotás, no tiene otro remedio que lucirse, de tan pesados como se ponen los comensales. A Cirujeda, si caía en una de esas asambleas, le obligaban a repetir, por ejemplo, la emisión de radio del domingo anterior. Y empezaba: «Esta es la emisora Radio Meridional E. A. J. 14 de la Cadena de Ondas Musicales Españolas, transmitiendo en onda media de 210 metros equivalentes a 1500 kilociclos por segundo». Luego, sin pausa, los programas del día, el santoral, la meteorología, la cartelera de espectáculos, la guía comercial... Así hasta que se cansaba el auditorio.

A Adolfo, dentro de su trabajo, no le producía la menor molestia aquella facultad. Sí le fastidiaba un poco que, ya fuera de la oficina, al encontrarse con cualquier cliente por la calle, más que la cara le veía el estado de su cuenta corriente (o libreta de ahorros), rigurosamente puesta al día, incluso con los intereses acumulados. Se encontraba con un cura, o con una viuda, y ni veía al cura ni a la viuda, sino, por ejemplo, 24 500 justas y 11 129 con sesenta y cinco. Esto, la verdad, llegaba a fatigarle cuando salía a pasear por las plazas y los parques de la ciudad.

Podría pensarse que la memoria de Cirujeda llegaría a quebrar, pero lo cierto es que iba en aumento. Ya no le bastaba el horario laboral para ejercitar su privilegio, ni siquiera la lectura de saldos a través de las fisonomías transeúntes. Ahora pasaba las noches en una dolorosa duermevela, sin otra ensoñación que las páginas del Mayor y de Efectos en Cartera. Miles de cantidades que había barajado durante el día, se le representaban sin descanso durante la noche. Cuando entraba en el Banco, por la mañana, sus ojeras profundas delataban el involuntario trajín. En la oficina llegaron a inquietarse por la salud de Adolfo, pero las cosas siguieron igual; el empleado, en definitiva, cumplía cabalmente sus obligaciones.

Una tarde, cuando se encaminaba al Banco para hacer horas extraordinarias, Cirujeda se encontró con el entierro de don Silvano Valiente de la Poza, cliente importante, pero de mal carácter, que seguramente había abandonado a contragusto sus rentas y beneficios. Cirujeda, que aquella mañana había trabajado como un bárbaro, quedose con los ojos fijos en el féretro, montado sobre lujosa carroza fúnebre; y no por irreverencia, sino porque mal podría evitarlo, se representó el último saldo de don Silvano –último de verdad– junto a las letras doradas de la dedicatoria familiar.

Entonces sucedió lo que seguramente no había ocurrido jamás en aquella ciudad, ni acaso en otras ciudades colindantes: don Silvano el irascible, que debió de ver a Adolfo desde su encierro y leerle el pensamiento –como es privilegio de los difuntos–, sacó el brazo del estuche de caoba en que viajaba y le dedicó a Adolfo ese ademán que admite algunas variantes técnicas y se llama, según en qué provincia: la higa, hacer la peseta, dar un corte de manga, ¡por aquí se va a Madrid!, o, más breve y agudo, ¡por aquí...! En cualquier caso, un gesto grosero, impropio de un caballero con importante saldo acreedor.

Adolfo se encogió de hombros, y, pálido como si fuera él dentro de la caja, entró a su

trabajo, por primera vez con cinco minutos de demora.

Primero se lo contó al jefe de cartera. Luego hizo el relato –quejándose amargamente de aquel ultraje– a los compañeros que quisieron oírle. El jefe y los empleados se reunieron en un rincón de la oficina, sin dejar de mirar para Adolfo. Una comisión se destacó hasta el despacho del director. El director no tardó ni dos minutos en llamar a Cirujeda. Le hizo repetir su historia. Luego, con un tono que quería ser paternal, pero que no ocultaba un fondo iracundo, pidió al subalterno:

–Pero, veamos, amigo Cirujeda, recapacite usted: ¿cómo va a ser posible que don Silvano Valiente de la Poza, una cuenta tan limpia, honra y prez de la Casa...!

Cirujeda se sentía animado por una fuerza invisible; seguramente, la fuerza que le daba su verdad. Se ratificó.

Don Florián aún quiso salvarlo. Dejó el sillón; vino hacia su empleado con pasos medidos, lentos; le colocó una mano sobre el hombro. Dijo:

–Seguramente se equivoca usted, amigo mío, y el gesto ese, ¿cómo se dice?, ¡por aquí...!, fue de algún cuentacorrentista menor...

Intento noble, pero inútil. El brazo y la mano y el dedo corazón –tieso y oferente– eran de la cuenta 623: don Silvano Valiente de la Poza. ¡Y Cirujeda no se desdeciría jamás!

Entonces, y a una señal discreta del director, los dos empleados de más confianza sacaron a Adolfo por la puerta falsa, con el mismo tacto que se destinaba a los casos escandalosos o levantiscos.

Aquella misma tarde, Adolfo fue ingresado –con todas las comodidades, eso sí– en el propio manicomio de la Entidad. Don Florián, la cabeza más cuerda del Banco, pues por algo era el director, se quedó con un hormigueo en la conciencia: ¡mira que si Cirujeda decía la verdad... !

No hay burlas con el honor

El día que Manolito Cañibano apareció en el casino con una Parker de contrabando asomándole junto al puro, sus amigos, nada piadosos, le preguntaron:

–¿Y para qué quieres tú la estilográfica, Manolito, si no se te da por escribir?

Y Manolito, que jamás se amoscaba por alusiones a su ignorancia, contestó:

–¡Anda este!, pues pa pinchar las aceitunas.

Y entonces fue y convidó a dos medias botellas de vino –¡que cuánto más fino hacen que una entera!–, y clavó el plumín de oro en una aceituna gordal.

Manolito Cañibano pesaba cien kilos largos, y los adornaba con una facha pintoresca: sombrero de ala generosa, corbata viva, pañuelo fino surtiendo, como una palmera, del bolsillo superior de la americana.

A Cañibano lo conocían en toda la provincia porque no perdía feria ni fiesta. De paso que iba a los toros y a ver a las muchachas casaderas, miraba por su negocio, que era la fabricación de refrescos de naranja y limón.

Si Cañibano estaba en la ciudad, no le ponían falta a la hora del vermú. Los amigos de Cañibano eran señoritos, y a veces se permitían burlas. Cañibano no se enfadaba. Era alegre y burbujeante como sus gaseosas. Reía con risa estruendosa, un verdadero escándalo. Y repetía el convite:

–A ver, maestro. Otras dos medias de lo fino.

–Ya mismo, don Manuel.

Como Cañibano manejaba dinero, y sus amigos no tanto, tenían estos que aguantarle una superioridad: la que le daban los viajes. Una vez al año trasponía Manolito las fronteras, alistado en excursión colectiva. De cultura y arte volvía hecho un lío. Se lamentaba, por ejemplo, de que al pasar por Bayona no les hubieran enseñado la tumba de Romeo y Julieta, y en Roma lo que más le impresionara había sido «la *cópula* de San Pedro y las *catatumbas*». (Manolito, además de *catatumbas*, dice *asnalfabeto* y *rescalentón*, que si no están en el Diccionario, lo merecen.) Pero, si perdonamos lo cultural, Manolito hacía siempre un recuento envidiable: ¡qué películas! ¿Y en La Tomate de París, cuando las señoritas –lástima que fueran tan delgadas– se iban quitando la ropa poquitín a poco...? A veces, además de noticias traía material: revistas picaronas y, sobre todo, algún pequeño y confidencial chismático para contemplar «vistas panorámicas». Los compinches, pollos con espolones, pero ingenuos, aplicábanse a satisfacer el complejo llamado de ojo de la cerradura, mientras Manolito, generoso y feliz, reía con toda su alma, y con todo su cuerpo, que no era poco.

Una vez al mes, como quien cumple un trámite, Cañibano, que no tenía mujer a quien rendir cuentas, iba a Madrid a lo que ya se sabe. Paraba en una pensión de la Gran Vía, iba a la revista, se compraba una corbata y terminaba ocupándose con una chica. Le gustaban las bienhabladas, y concedía gran importancia al lugar para sus encuentros íntimos. Manolito no reparaba en el dinero:

–¡Lo más mejor!

–Quedará usted satisfecho, señorito. Y que aproveche.

Lo más mejor tenía espejos hasta en el techo, cuadros con escenas mitológicas y, sobre todo, cuarto de baño resplandeciente.

Todo llega en esta vida, y al fabricante de espumosos le llegó el que sus amigos le divirtieran menos. Tampoco los viajes a Madrid le eran tan necesarios. Si iba con una chica, se le quedaban los pies fríos; más precisamente, de la rodilla abajo. Dio en pensar que podría casarse. Manolito tenía dinero, Manolito era bueno y simple, tierno de corazón dentro de su facha grandona, de modo que encontró sin trabajo su media

naranja. Honorina se llamaba. Ya no una niña, como convenía al caso, pero –¡bien lo había mirado el galán!– decente a salvo de cualquier sospecha. Los amigos de Manolito se rieron mucho al enterarse del noviazgo, pero el novio se reía aún más, y todos bebían a la salud de la pareja.

Como Cañibano quería que a nuevo estado casa nueva, mandó hacer una para estrenarla precisamente el día –o la noche– de su boda. El encargo fue al primer arquitecto de la capital:

–Aquí sí que puede lucirse usted, don Argimiro.

Don Argimiro, harto de hacer bonificables, refrescó con gusto sus conocimientos sobre la edificación de villas y mansiones. Le dio el cliente carta blanca, salvo algún capricho inocente, como el del fumadero árabe y los peces en el portal.

Honorina y Manolito, distraídos con su noviazgo comedido y sereno, acordaron no entrometerse en las obras. Faltaba él de vez en cuando al pacto, por alentar el trabajo del contratista y asegurarse de la buena marcha, pero también, en sus interiores, por gustar anticipadamente el hogar.

Al principio la obra marchaba muy deprisa. El hierro iba marcando la estructura, tan fácilmente, se diría, como en un *meccano* de jugar los niños. Era fabricar una casa. Más tarde entraron los de los oficios, que en la construcción suelen llamarse artistas, y las impaciencias de Manolito se vieron frenadas. El suelo del comedor, con taraceas de castaño y olivo, tuvieron que levantarlo por un quítame allá ese nudo. Tampoco valió a la primera el mármol del portal: lo habían traído verde, pero no era, exactamente, un verde serpentina. Cañibano quería todo bien hecho: «¡Lo más mejor!».

Ya tocaba su vez al cuarto de baño principal, el de los señores, contiguo a la matrimonial alcoba. Los obreros, con sus sopletes, empalmaban tuberías que después quedarían ocultas. Levantaban otros el alicatado de las paredes hasta el mismo techo, con derroche de mármoles y azulejos. El pinche se aplicaba a despegar el papel de embalaje que aún restaba adherido a la taza del inodoro, ya colocado el aparato, ya estrenado el aparato, según tradicional fuero del oficio, por cualquier operario en necesidad de tirar el pantalón.

Manolito Cañibano había ido a echar un vistazo. Le agradó el tono malva de la loza sanitaria. El lavabo era espléndido, de dos senos, para ser utilizado al mismo tiempo, ¡y cuántas veces ocurre!, por marido y mujer. ¡Qué esplendidez en el tamaño de la bañera, halago a la corpulencia del propietario! ¡Qué finos detalles, el cenicero junto al váter, y la repisa para tener a mano el periódico! La cadena, tan desagradablemente alusiva, había sido reemplazada por un sifón automático y velocísimo.

Fue entonces cuando estalló el conflicto –la tragedia, podría decirse–, imponente, imprevisible: todo colmaba de felicidad al visitante cuando este, ya a punto de marcharse, tropezó con una pieza que había escapado a su inquisición. Cañibano perdió el color. Por un momento se quedó sin habla, como si no diera crédito a sus ojos. Allí estaba –¡en su futuro hogar!– un artefacto que le era bien conocido de verlo en el *meublé* de la calle Barbieri, usado por las mujeres en la intimidad y siempre en posición sedente. Cañibano preguntó quién había mandado poner «aquello», pero los hombres, que se tomaban un

descanso por cualquier cosa, siguieron chupando sus pitillos y se alzaron de hombros con indiferencia.

Cañibano bajó a la calle en cuatro saltos por la escalera sin barandilla, salió en coche bruscamente y corrió a buscar al arquitecto. La tarde entera, y Cañibano no se apeó de la burra. Arrancaron el bidé a la mañana siguiente.

El lance se propagó por la ciudad y dio lugar a bromas y regocijos. A la hora del vermú, Manolito fue recibido por sus amigos con grandes demostraciones de júbilo:

—¡Pero qué ocurrencias tienes, Manolito! —y se rieron como siempre, con todas sus ganas.

Pero esta vez Cañibano no les hizo coro. Habló serio, imponente y tieso en toda su estatura:

—Uno habrá sido un pendón, pero mi novia es una mujer decente. ¡Ea!

El primo Tanis

No sé qué me va a parecer Madrid el día que falte el primo Estanislao, ojalá tarde muchos años.

Cuando el Tanis y su mujer vinieron aquella vez, por el Cristo, no les creíamos que toda su vivienda de la calle Embajadores cupiera en nuestro comedor de pueblo. Y no exageraban, hay que ver lo que es la capital. Aun así, me hicieron sitio cuando fui a las oposiciones. Tienen, el primo Tanis y su mujer, un gran corazón. Me cogieron cariño, acaso porque son sin hijos, y el Tanis, cuando salía del Banco, me llevaba de tascas con sus amigos. Le llenaban mucho mis estudios. Solía decir, no sé de dónde lo sacaría:

—¿Este...? ¡Refuta a Balmes!

Luego seguí yendo por Madrid, ya con mi plaza en propiedad y los cuartos frescos del provinciano. Se llevaban por entonces las solterías largas y calaveras. El Tanis me daba con el codo:

—Bueno, tú lo que querrás, eh...

—Hombre, qué quieres que te diga, ¡a ver...!

Al Tanis no le gustaba —en el comercio del amor— lo que está a la vista. Él sabía de cosas mejores, más restringidas y privadas. Fuimos dos o tres veces. El Tanis daba el santo y seña.

—Aquí no es.

—Se equivocan ustedes, caballeros.

—¡Largo!, o llamo a la comisaría.

El Tanis decía que era mala suerte, que seguramente habían hecho una redada.

En el Banco el primo Estanislao atendía al despacho principal, el del presidente. No estaba en los bajos, como los demás, sino en lo que llamaban planta noble. La mesa del Tanis, con ser solo de ordenanza, lucía más que la de un apoderado porque estaba junto a la misma puerta presidencial y encima de unas alfombras así de espesas. El Tanis cuando tenía dentro al superior no podía apartarse ni para evacuar.

A primera hora de la mañana, como el presidente no llegaba hasta las diez, aprovechaban a Estanislao para cambiar las cotizaciones de Bolsa en los escaparates y dejar las lunas resplandecientes. Era un trabajo de lo más llevadero. Mejor aún: placentero, apasionante.

—Al trabajo hay que echarle pasión —aseveraba el Tanis.

—Diga usted que sí, señor Estanislao, en la vida hay que tomar partido.

Mi primo tomaba partido ideal por el sector eléctrico o por el bancario o por el minero, según cuadrara, y cada mañana, al arreglar las vitrinas, se daba alegrones y disgustos que —como él mismo decía— le prestaban sentido a su existencia. Después, sobre la mesa de ordenanza, entre timbrazo y timbrazo del presidente, Estanislao leía las gacetillas de *El Inversor*, ese folletín, y se emocionaba con los volubles estados de la Bolsa: apática, decaída, inapetente, entonada, febril, expectante, con el pulso débil, estreñida, valiente, codiciosa... ¿Para qué seguir?

Tanis, el día de su jubilación, no lloró por la gorra ni por la mesa de castaño, que lloró por las carteleras bursátiles. Le dijeron que siguiera yendo un rato por las mañanas, solo a cambiar los tipos, pero era por que no llorase, por engañarlo como a un niño. Lo hizo dos o tres días, y no lo dejaron volver, no fuera a caerse y vaya un lío para el seguro.

El Tanis, no es porque sea mi primo, tiene muchas agallas, y piensa que mientras uno trabaja en algo, vive. Hizo unos cuantos ensayos, como la venta de escarbadientes y servilletas de papel de seda por los bares, pero lo malo de tales oficios fue que no le ofrecían a Estanislao la posibilidad de apasionarse. Entonces abrió un tabuco en la calle Latoneros, para la compra de papel viejo, pan duro y otras menudencias. Yo quise advertirle:

—Pero hombre, Estanislao, ¿tú crees que saldrás adelante?

Él me replicó que yo pensaba con la mentalidad del pueblo, donde no hay campo para nada.

—Aquí pones tienda de guantes descabalaos, y siempre habrá en Madrid algunos mancos que los necesiten. Mira —y me arrastró del brazo hasta una tienda modesta—: fíjate en el anuncio. Solo venden para el caldo gallego. ¡Solo! «Grellos de Santiago, reciben—se en el día.»

Tanis volvió al ejemplo de los guantes desaparejados. Debía de haberle gustado mucho:

—Pero pon esa tienda en Cacabelos, anda, ponla en Cacabelos. ¿Cuántos mancos puede haber en Cacabelos? ¡La ruina!

Estos ejemplos se los sacaba el Tanis de su natural apasionado, y a mí me parecían ociosos, pues bien sabía yo —y por experiencia propia, como vendedor apremiado— que en Madrid hay gente viviendo de lo inverosímil. Solo quise advertirle sobre si sacaría para la renta y los arbitrios.

Y fue aquí, sí señor, se dice bien, donde el primo Estanislao encontró la ocupación que le está dando una vejez feliz, quiera Dios que por muchos años todavía. A un negocio vulgar y ceniciento, el primo Tanis ha sabido darle emoción y azar. Cada día se cierra con una incógnita que el propio Estanislao se encarga de despejar a la mañana siguiente.

Cualquiera puede verlo si se pasa por Latoneros, 18, duplicado: «La Bolsa del Papel». Junto a la puerta pende una pizarra. El Tanis, actuando como una fuerza ciega —¿y no es así la otra Bolsa, la de la plaza de la Lealtad?—, establece día a día las ínfimas variaciones que consultan, con esperanza y avidez, los modestos inversores del barrio.

Aquí traigo en la libreta, solo por gusto, la última cotización que yo le vi el año pasado, cuando las corridas de San Isidro:

Recortaduras kilo 1.º 4,85 Recortaduras kilo 2.º 3,30
Oficina 2,20
Archivos 2,10
Libros 1,30
Magacines 1,30
Revistas piadosas 1,20
Periódicos 1,15
Colorín 0,50
Papelote 0,45
Pan duro 1,35

Hermosa primavera, señor director

El señor Garavía leyó su propia escritura sobre la agenda de mesa: «Fábrica, 4 tarde». El despacho estaba en el centro de la ciudad; apenas se entreveía la luz alegre de marzo, contenida por las persianas graduables.

Don Fernando Garavía Costa era hijo de don Fernando Garavía Eustaque y nieto de don Fernando Garavía Altave. Era, también, padre de Fernandito Garavía de Torre, ya próximo ingeniero industrial, que alargaría a su debido tiempo la tradición onomástica de la familia.

Al señor Garavía Costa se le conocía como buen patrono. Sin embargo, a la hora de acudir en persona a los talleres tenía que vencer una pereza extraña. Todo cuanto poseía de lúcido para desentrañar problemas entre las paredes acolchadas de su despacho, le faltaba a la hora de vivirlos sobre el terreno. Por nada del mundo quisiera él estar junto a la máquina en que se engancha la mano de un obrero; pero desde su mesa, a través de sus teléfonos, con los trazos rojos de su lápiz omnipotente, hacía llegar el remedio y la esperanza, tierno como una monja y eficiente hasta el milagro. Por dos veces ardieron las naves –las de la fábrica, y no les cuadra mal llamarse como las que bregan en el mar–, y su capitán no consintió en pisar allí, salvo una visita rápida y esquiva, mientras hubiera que hollar cenizas. Solo unos días, y ya los muros nuevos estaban creciendo. Los levantaba el hombre desde su sillón de cuero –no trono, sino roca o torre de mando–, clavado en el sitio exacto para que las manos pudieran dominar el breve, pero poderoso, territorio de teléfonos y timbres.

Solo por un deber, el señor Garavía iba a ver con sus propios ojos el gigante contorno de las máquinas y el rostro de los hombres que las servían.

El coche era un modelo de excepción; no demasiado ancho, pero sí más largo de lo corriente. Su dueño repudiaba cualquier exceso que no tuviera aplicación práctica. Más que ostentación o lujo, instrumento para el trabajo.

Conducía el chófer con suavidad; había sido elegido a conciencia. Delante de sus ojos atentos se iba desplegando la primavera recién llegada.

Cuando echaba una mirada rápida al retrovisor, veía al jefe en la sombra, como si estuvieran lejos uno de otro.

Sentado en el asiento de atrás, descansando las piernas extendidas –que a veces se resentían de una circulación defectuosa–, el hombre de negocios no advirtió la gran arteria diagonal de la ciudad, de palmeras encendidas, ni sintió la tarde soleada de las afueras, embebido como iba en el examen de sus papeles. Solo levantó la vista cuando el coche enfiló su morro hacia el portón que un hombre uniformado abría con apresuramiento.

Entró el automóvil en la factoría y avanzó lentamente, con ese aire solemne, de ceremonia, que suelen tener los coches grandes y potentes cuando marchan a velocidad reducida.

Los altos jefes aguardaban en la puerta principal. El joven adjunto, de mirada viva y movimientos rápidos, se apoderó de la abultada cartera de piel: una piel olorosa que lucía en oro, sobre su labrada superficie, la F, la G y la C de Fernando Garavía Costa.

Cuando don Fernando Garavía Altave, abuelo de don Fernando Garavía Costa, fundó en una calle estrecha de la ciudad su taller artesano, la sección administrativa se reducía a una mesa tosca y un conato de orden en la pared: tres clavos donde se pinchaban en elemental clasificación los recibos pagados, las facturas a cobrar y los pedidos pendientes para servir. Don Fernando Garavía Eustaque hizo más grande la industria y la apoyó en un escritorio, ya con máquina de escribir, archivadores de la A a la Z y prensa para el libro copiador de documentos; todo ello en un cuarto mediocre, porque aún estimaba –el

segundo de los Garavía industriales— que lo mejor de una fábrica ha de ser para los hornos, las prensas y las herramientas. Garavía Costa —hijo de su tiempo— pensaba de otra manera, si se juzga por las oficinas en que ahora entraba: pavimentos de mármoles pulidos y decorativos arbustos, casi tan altos como la pared, junto a pinturas murales de vaga significación. Todo lo contemplaba desde su retrato el abuelo Garavía, el fundador, aunque a él no le mirase nadie, por el rigor de la costumbre.

El visitante pasó de prisa y —naturalmente— sin detener los ojos en el abuelo, que vigilaba desde su marco dorado. Seguido a dos pasos por sus colaboradores, entró en las naves de fabricación con un talante mitad tímido y mitad decidido, un poco como algunas autoridades civiles o eclesiásticas cuando pasan revista, sombrero en mano, a la tropa que les rinde honores.

Iba la comitiva por la zona áspera y penosa de la fundición —órgano matriz de toda buena industria—, viendo hornos y calderas, tolvas que arrojaban un polvillo excitante.

Luego fueron las plantas de máquinas. Preguntaba sobre salarios y recompensas, accidentes y medidas de seguridad, y lo hacía solo por consideración a sus auxiliares, pues desde su mesa —aislada como torre de marfil— sabía él con rigor hasta el último detalle.

Con íntimo orgullo se detuvo ante unas máquinas que en otro tiempo fueran mutiladoras de manos descuidadas. Ya no era posible la cruel voracidad. Los hombres que las servían eran valientes y generosos, más corazón que cabeza; pero alguien había pensado por ellos en la quietud alfombrada de un despacho. Desde entonces, para que las cuchillas cortaran la chapa insensible y no la tierna materia que es el hombre, tenía este que colocar sus manos sobre dos botones exteriores. Era un trabajo gratuito, casi irritante por innecesario, pero solo cumplido este trámite paternalista consentía la máquina en descargar su fuerza estremecedora.

Apresuró el paso don Fernando. Sabía que sus hombres eran los mejor pagados de la región industrial, en dinero, en trato, en oportunidades. Y, sin embargo, no se encontraba a gusto cuando sentía tan cerca sus miradas; y aunque comprendía que era un escrúpulo absurdo, quizás un trastorno nervioso, sospechaba que aquellos ojos y aquellas manos le estaban preguntando algo a lo que él no hubiera sabido responder.

La fabricación de cocinas —y qué no, entre lo que puede construir el hombre— va de lo penoso a lo llevadero, de la materia mostrenca a la pulimentación refinada. Empieza en el calor sucio de las fundiciones, pasa por el trepidar ruidoso de las máquinas y viene a su fin en las tareas, ya casi apacibles, del acabado.

Así pensaba el señor Garavía cuando él mismo iba ascendiendo, en comodidad creciente, por las diversas fases de su organización modelo.

Había llegado ya a las dependencias donde las cocinas recibían el baño lustral del esmaltado. Y allí mismo, pues los pabellones eran inmensos, alcanzaban remate los aparatos con la adición de cromados embellecedores. Se verificaba su funcionamiento. Y se embalaban.

Hace cincuenta años, las cocinas Garavía eran negras como el carbón que las haría funcionar, y llegaban a los ferreteros en pequeña velocidad, protegidas por paja y arpilleras toscas. Pero todo había cambiado. Ahora serían alimentadas por un gas limpio y veloz, y sus caras brillaban como espejos. Cada unidad se cubría con su funda de plástico transparente, ofrenda destinada al gozo de quién sabe qué compradora admirada.

Trabajo de mujeres, este de las tareas finales donde la fuerza no encuentra aplicación y sí el primor; sin contar –don Fernando lo sabía al dedillo– el menor coste de la mano de obra.

Don Fernando pasaba mirando de soslayo a las muchachas alineadas frente a su tarea. El atuendo reglamentario, bata azul de corte gracioso, no llegaba a borrar, por fortuna, las diferencias propias del encanto femenino: altas o bajas, morenas o rubias, expresivas o inertes.

Se detuvo el visitante para escuchar un dato que le apuntaba el colaborador más próximo. Quedó entonces frente a una trabajadora que le pareció de ojos luminosos; muy joven, desde luego; se llamaba Carmen, pues nombre y apellido campeaban siempre sobre el bolsillo izquierdo de los uniformes. Quiso volver el señor Garavía a pensamientos más propios de su condición, pero al poco, como un eco atrevido, se repitió la idea de que los ojos de Carmen eran luminosos.

Si al poderoso empresario –por no se sabe qué trastorno psicológico– le causaba inquietud el mirar de los obreros, hombres disciplinados y en paz, aún más le apuraba esa insolencia solidaria de las mujeres frente al hombre que debe pasar entre ellas. Esta era la causa de que en tales secciones acortase adrede sus visitas. Esta vez, sin embargo, algo le obligaba a volver los ojos hacia el objeto de su observación anterior. Sin dejar de escuchar a quienes le seguían, aventuró un mirar furtivo, pero una fuerza irresistible le inclinaba a hacer más patente su deseo. La chica sonrió sin duda con los ojos, en una hábil mezcla de asentimiento y disimulo. Advirtió don Fernando la boca fresca y miró –todo deprisa– cómo el nombre de Carmen, bordado en hilo rojo, subía y bajaba, subía y bajaba en una dulce fatiga que el hombre, con secreta complacencia, quiso imaginar desconectada de toda causa laboral.

Un gesto brusco del propio señor Garavía hizo reanudar la marcha. Empezaba a sentirse cansado: era un confuso dolor de cabeza, ningún motivo de alarma, pero ansiaba ver el fin de su tarea del día.

Le hablaban de las últimas disposiciones en favor de las trabajadoras:

–El reglamento exige que cada mujer disponga de una silla. Si prolongan el estar de pie, puede dañarse su fecundidad.

–Y «la Casa» va siempre por delante, de modo que se mejoraron los asientos: aún más anatómicos y funcionales.

El señor Garavía se pasó el pañuelo por la frente; un pañuelo blanco y fino, sin desdoblar.

–«La Casa » –le seguían informando– es tolerante con la moda, siempre, naturalmente, que no se perturbe la productividad.

En efecto, había ido acortándose la bata reglamentaria. Las obreras atendían a estar

cómodas, más aún en aquellas horas finales de la jornada.

Se sentía molesto don Fernando, y no por el desenfado de las chicas, sino porque algo le empujaba aquella tarde hacia pensamientos que no casaban con su habitual talante. Al menos en su mundo del trabajo, nadie podría reprochar a don Fernando Ga-ravía Costa interferencias culpables. Si alguna vez tuvo ocasionales deslices, fue a buscarlos al margen de lo cotidiano. Lejos, incluso, de su ciudad. Mejor aún, fuera de su patria. «Una frontera en que cambia hasta el ancho de las vías –se decía él– supone una seguridad especial para ciertos lances.» Solo una vez estuvo a punto de perder los estribos. Cayó enferma su secretaria, leal y virtuosa a toda prueba, y el departamento de personal le envió una joven taquígrafa como sustituta. La chica llevó al despacho un perfume nuevo, un andar balanceante entre los archivadores metálicos y unas rodillas por las que a veces perdía el señor Garavía el hilo de su discurso. La señora de Garavía llegó una mañana y encontró excesiva a la muchacha. No hubo que tomar medidas: la secretaria titular recuperó su puesto, más ascética y descarnada en la convalecencia. El despacho ya no tuvo perfume, y el director volvió a urdir sus dictados con lógica implacable.

Al señor Garavía le iba en aumento el dolor de cabeza. Decidió terminar de una vez y salir al aire libre por el camino más corto. Le siguieron, siempre a dos pasos, sus ministros en la fábrica de cocinas.

Ahora pasaban por detrás de la fila de obreras. El señor Gara-vía recordaba el sitio exacto de Carmen. La muchacha estaba de pie, con la cintura doblada ligeramente y la atención puesta en la tarea. Aquella postura acortaba aún más su vestido azul, de modo que sus piernas aparecían finas y, sin embargo, poderosas. Un polvillo rosado que estaba en todas partes, y que sin duda era ingrediente del esmalte, se había ido posando a lo largo de la jornada sobre aquella carne desnuda, velándola, dorándola, vistiéndola de una suciedad que no era sucia, sino limpia y clara. Y joven.

El señor Garavía pensó en una caricia lenta sobre aquella doble largura que se perdía en el misterio. Solo un instante. Luego llevó su mano a las sienes zumbadoras y, ya sin cuidarse de sus acólitos, fue resueltamente hacia el exterior.

Se vio con asombro en medio de la tarde. Iba a preguntarse de dónde le venía aquel alivio súbito, quién o qué le había quitado de sobre los hombros el peso enorme de la fábrica; pero el señor Garavía nunca se permitía cuestiones superfluas. Miró los árboles cercanos. Se detuvo ante el vuelo de los pájaros y contempló un momento las nubes sonrosadas, que le parecieron caras de ángeles o de niños.

El jardinero de la fábrica, con la gorra bailándole entre los dedos, levantó la voz en tono de saludo:

–¡Hermosa primavera, señor director!

De pronto, el señor director exhaló un suspiro de alivio, como siempre que encontraba la clave de un problema turbador. Ya no tenía que inquietarse. No pasaba nada. No le dolía nada. Era la primavera. Un mal pequeño y pasajero. La primavera.

Y se metió en el coche que le estaba esperando, más negro, más largo que nunca.

El fuero y el huevo

«¡Quién sabe lo que pueda valer, para toda una vida, la valentía o la claudicación de un instante!» De aquellas palabras con que nos abandonó Alvaro Torre de Peñasanta, a Carballo y a mí, suelo acordarme en las ocasiones más impensadas. La primera vez fue ante la taquilla de un cine, cuando un individuo de uniforme se saltó la cola y nos llamamos todos. La última, por no andar con más ejemplos, cuando quité mi coche de la sombra para que metieran el del mandamás.

A Alvaro no le hicimos caso, entonces, porque aburría a cualquiera con sus principios morales. (Parecía, a veces, como si al hablar pusiera muchas mayúsculas: El Orden, La Justicia, La Legalidad...) Él no tenía la culpa, eso hay que reconocerlo, de haber nacido en la familia más linajuda de nuestra villa, aunque venida a menos. Y de esa fuente le manaba todo: la devoción exagerada a las instituciones, el apresto de sus camisas hasta con chaqueta de pana, los ademanes tímidos, pero señoriles y el título de Licenciado en Derecho que adornaría para siempre su oficio de agricultor. Carballo y yo, más zafios – pero también con un corazón noble y casi a estreno, ¡qué caramba!–, nos juntábamos con nuestro amigo en una trinca que nunca se resquebrajaba. La verdad, yo creo que nos queríamos. Y aún ahora.

Una vez, al llegar las ferias de año en Avellanejo, acordamos fundir un puñado de duros. Dan risa, ¡ahora!, tantos esfuerzos por juntar lo que hoy no llegaría para unos vermús. Lo juntamos, y salió para el coche de punto, las entradas de los toros y la merienda. De baile, nada: Alvaro Torre de Peñasanta no iba jamás al baile, y yo sabía apenas el pasodoble y, si acaso, una danza que decíamos el «onesté». (Por escrito, *one step*.) El Carballo sí que era bailón, pero en las aldeas, y solo por plancharse la camisa contra la espetera de las mozas.

¡Qué hermosura, Avellanejo! Mientras nuestra villa se conservaba, y gracias, la otra, su vecina y algo rival, no hacía más que levantar casas de hasta tres y cuatro pisos, y aun hablaban de edificar una con ascensor. Y tal como era el progreso de la población, así las fiestas. Bastaba ojear el programa. El programa de las ferias de Avellanejo traía el pie de la mejor imprenta y litografía de Astorga, seguramente la misma que hace las envolturas de las mantecadas. ¡Qué artistas, los tipógrafos de Astorga!: eran muchas páginas (casi todas de anuncios), y, sin embargo, jamás se repetían las orlas y viñetas. Pero a nosotros lo que nos interesaba era el contenido y, más concretamente, los toros. Aquel año los de Avellanejo, ¡cualquiera se les compara!, habían armado una plaza de madera y anunciaban por toda la región dos grandes novilladas y unas galas del género bufo.

Para el primer día, sobre todo, el interés estaba al rojo. ¡Cómo nos lo íbamos a perder! No solo por el arte, sí también por la pasión geográfica, que tan ricamente aliña los espectáculos de gentío. La causa era Morenito del Órbigo, el cual, como deben recordar

los buenos aficionados, procedía de La Bañeza, donde trabajaba de basculero en la remolacha hasta que fue descubierto por don Cipriano Melinchón, el acaudalado empresario de noveles. Como los de Avellanejo no se llevaban bien con los de La Bañeza (y aún hoy, así, así), los ánimos estaban fuera de madre, hasta el punto de que el teniente de la Guardia Civil había concentrado sus efectivos. Esto, como es de suponer, no hacía sino encandilarnos todavía más.

Para el coche no teníamos donde escoger. El de Pinturitas, o nada. Pinturitas, que tenía la cara salpicada de pecas rojas, era loco por la Fiesta y accedió a contarse él mismo como pasajero a los efectos del precio. Por poco nos da la tarde: a un kilómetro de Avellanejo reventó una rueda, que era lo normal, porque el Ford de Pinturitas andaba siempre mal calzado, sobre ruedas con el dibujo casi comido. El nerviosismo y la desesperación hicieron más lenta la maniobra del cambio.

Menos mal que habían levantado la plaza en las afueras, o sea, a la misma entrada de Avellanejo, según íbamos. La gente embestía en masa contra los portones, como un río crecido y violento, pero luego se encauzaba para poder entrar, a fuerza de empujones y protestas.

Pinturitas, el taxista, tenía pase de favor, por repartir carteles en sus idas y venidas. Arrimó el coche a una tapia y se metió en el coso, sin esperarnos. Nosotros nos acercamos al despacho de billetes: un mostrador de pino a medio cubrir con los colores nacionales, bajo dosel de ramas verdes. Carballo era el portavoz:

–Tres tendidos de sombra.

–Doce duros.

–¡Tendidos de sombra!

–Sesenta pesetas.

El rostro del expendedor parecía de santo de palo. Ni un temblor de sus arrugas bajo la boina, descolorida por el sol.

Alvaro Torre apartó a Carballo con gesto delicado y prócer:

–Vea, buen hombre –dijo mostrando el programa de mano–. Lo que nosotros queremos (y su dedo afilado iba subrayando el renglón) son tres localidades cuyo precio está aquí bien claro: pesetas diez cada una, impuestos incluidos.

El de Avellanejo hizo pantalla en la oreja con su mano encallecida. Al compás de un pasodoble andaluz y marchoso, que era su especialidad, desfilaba la Banda Municipal de Redondela. Iba Alvaro a insistir, pero el hombre había oído bien. Empezó a aclararse:

–Le hubo muchos gastos, ¿sabe usted?, y hay que pagar la sobretasa. Los del pueblo, no. Pero los forasteros, ¿sabe usted...?

Parece mentira que en un minuto pueda pasar un hombre –tres hombres– de la cólera al acento persuasivo, y de las buenas maneras a la indignación otra vez. Lo taurino es lo único puntual en España, y temíamos que la corrida fuera a empezar en nuestra ausencia. Todas las razones rebotaron contra la cara de leño que teníamos enfrente.

–Uno es un mandao, ¿verdad que me entiende usted?

Dejamos al hombre por imposible. Acudimos a un guardia municipal. Nos dijo que teníamos suerte, que mismamente allí llegaba el señor alcalde. ¡Qué peso se nos quitaba

de encima! Hicimos mal, eso sí, en hablarle los tres a un tiempo, por culpa del nerviosismo. El alcalde, luciendo un clavel encendido sobre la solapa, nos escuchó con atención, hasta podría decirse que con respeto. Miró para el tipo de las entradas, moviendo arriba y abajo la cabeza en gesto de reconvención, y a nosotros nos sonrió como explicando: ¡qué le van a pedir ustedes a un adoquín! Luego, y excusándose por la prisa, pues tenía que llegar a punto para lo de correr las llaves, dictó providencia y prosiguió su marcha.

—Ya oyeron a la autoridad: diez para los del pueblo; y a los forasteros, veinte, pero para ustedes, quince. ¿Las corto o no las corto?

A Carballo y a mí nos dio miedo la palidez súbita de nuestro amigo Álvaro Torre. Sus manos temblaban sin que él pudiera remediarlo. Acaso no quería remediarlo. Algo dijo de recurrir al gobernador y de lo contencioso administrativo; pero, sobre todo, empezó a hablar de aquella manera tan suya, como con mayúsculas: «La Ley, La Libertad, Los Derechos del Hombre, El Sufragio Universal...». Lo que mejor recuerdo, ya lo dije al principio, son las palabras aquellas: «¡Quién sabe lo que pueda valer, para toda una vida, la valentía o la claudicación de un instante!».

Un clarinazo imperativo, inmenso, sonó dentro de la plaza, y Carballo y yo —no sé si debo avergonzarme, ¡hace ya tanto tiempo!— arrojamos precipitadamente los tres duros de cada uno sobre la tabla y corrimos a no perder el primer novillo del monstruo de La Bañeza.

Álvaro Torre de Peñasanta estuvo paseando, altivo y solo, por la orilla del río Avellanillo, según supimos después. Estos Torre de Peñasanta no es la primera vez que se pierden el huevo por defender el fuero.

Unas botas del 43

El cielo amenazaba lluvia. Gelín entró en la cocina de la casa, el botijo golpeándole contra la piernecilla desnuda. Su madre, menuda y triste, que había estado al tanto de las nubes, dio un suspiro de alivio y aligeró al niño de su carga.

La madre de Gelín era mujer de Sebastián el temporero, más conocido por el Andana. Había llegado a parir cinco hijos, y de ellos vivían tres. A los que ya no contaban en este mundo les habían tocado tiempos difíciles: pan de maíz, racionado, que se deshacía antes

de llegar a los dientes, y veranos malos para la barriga, sin medicinas como las que vinieron después. Como el matrimonio Andana vivía en la cuesta del cementerio, no les hacía novedad, por aquel entonces, el paso frecuente de las pequeñas cajas blancas, con cintas que llevaban los niños, seriecitos en su papel.

Tenían, pues, tres hijos. Los dos mayores, chico y chica, se apañaban ya a su modo, sirviendo a un amo o apuntándose aquí y allá como temporeros. No otro ejemplo habían visto en su padre: Sebastián el Andana se las arreglaba, mal que bien, para que su gente comiera todos los días del año, pero él no se sujetaba a empleo fijo, aunque de siempre fingía que lo andaba buscando. Entre otros menesteres, Sebastián era portaféretos de la Tercera Orden, hacía acarreos y mudanzas, repartía los programas del cine, lavaba las cubas de los lagares, desatrancaba retretes y perseguía a las truchas en los dos ríos de la comarca: esto último, sin demasiada repugnancia a las artes prohibidas.

Gelín era el pequeño de la casa: un niño de carácter concentrado y tierno, de esos que lucen más dentro de la escuela, o en la catequesis, que en el patio a la hora del recreo. Sus ojos, grandes y húmedos, quizás abocados a la miopía. Estaba entre los primeros de la clase. Aunque no era pedantuelo, ni empalagoso, los otros chicos lo zaherían o, al menos, lo rechazaban de sus juegos y aventuras, porque Gelín torpeaba para saltar, y no sabía meterse en el río si no era con un cinturón de corchos de las cubas, y a la hora del balón solo servía «para las que pasen».

La mujer del Andana sentía debilidad por su pequeño, llegado cuando ella andaba por los cuarenta y tantos. El padre, en cambio, recibió aquel fruto seruyendo de no muy buenas maneras, y tal seguía. Lo que realmente sintiera en sus adentros era difícil de averiguar, pues Bastián el Andana, como es ley en los varones de su condición, sacaba no más que lo violento y áspero, guardando para sí cualquier ternura, si la tenía. Y alguna debía de tener, pues como el vino de Sebastián solía ser locuaz, y frecuentes las ocasiones, habíase sabido que en el fondo estaba orgulloso de ver al chico amigo de los libros, retraído y sensible, virtudes que a él se le imaginaban propias de gente alta y señorita.

Gelín había ido, como siempre, a coger agua fresca para la comida, en la fuente de Saldaña. Aunque en todo era dócil, nada hacía tan gustoso como aquella comisión diaria. Iba ligero por la carretera con su botijo de barro colorado, ganando tiempo para sentarse luego a sus anchas junto a la fuente. Al llegar a ella, limpiaba la vasija llenándola hasta la mitad y moviéndola arriba y abajo. Después, si no había otra gente, la colocaba debajo del caño, de forma que el agua entrara por la boca y saliera por el pitorro, renovándose sin cesar. Los ojos se le quedaban fijos en el pequeño suceso, como le ocurría viendo pasar el río o frente al fuego de la lumbre baja. Mientras el agua entraba y salía, Gelín pensaba en mil cosas, componía historias, soñaba que salvaba a una niña rubia de morir ahogada o que se le aparecía la Virgen.

La madre, cuando lo vio de vuelta, apresuró el arreglo de la comida. Los dos mayores andaban mantenidos con un amo, pero Sebastián vendría: estaba sin trabajo. Esto le sucedía a veces, según la suerte y la estación del año, pero últimamente quedaba sin jornal más a menudo.

Gelín se sentó en una banqueta y metió los ojos en el libro inseparable. Los levantó en seguida para contar:

Había ido por agua fresca. La carretera estaba animada, porque el día era de feria en la ciudad. (En los días de feria marchan unos a pie y otros a caballo o en carro; algunos llevan del ramal a su caballería, como si quisieran mimarla hasta la hora de ponerle precio en la plaza.) Gelín iba con su botijo bien cogido. No, no se había arrimado al borde peligroso que da sobre el pedregal; obedecía a su madre, andaba siempre por el sitio seguro, pegadito a la ladera de las viñas. Como Gelín miraba siempre dónde ponía el pie, vio un bulto en la orilla de la carretera, en medio del polvo y de las cagarrutas. Resultó un par de botas sin estrenar, seguramente recién compradas, que se le habrían caído a cualquier feriante. Eran botas de becerro, claras de color. (Probablemente rígidas e inhóspitas, incluso para los pies menos delicados, porque aún no habrían sido impregnadas de sebo.) Estaban atadas una con otra por sus propios cordones, que no eran cordones, sino largos trozos de correa adelgazada. Gelín, que se aprendía todo de memoria, recordaba el número 43, rodeado de tachuelas de cabeza estriada. Gelín pensó con pena en el perdedor de tan flamante calzado. Gelín se compadecía de todos y de todo. La primera en pasar fue una mujer de aspecto muy pobre, cargada excesivamente con una cesta de higos. El niño le enseñó las botas, pero la mujer no sabía de quién pudieran ser y continuó su camino con indiferencia. Pasó un cura que parecía de aldea por el manto salpicado de cazcarrias, pero Gelín no le preguntó, puesto que las botas no eran negras. Algo después, apareció por la carretera un hombre a caballo. (El niño lo describió a su manera: la madre entendió que podría ser un mercader pudiente.) Gelín – seguía contando – puso el botijo en tierra y con las dos manos libres levantó las botas hacia el del caballo, quien dijo no saber nada del asunto. El paisano iba a seguir su camino cuando el niño se le dirigió de nuevo para pedirle que se quedara con la prenda hallada, pues él podría encontrar más fácilmente al dueño. El hombre titubeó un momento; al fin aceptó el encargo con una sonrisa que a Gelín le pareció burlona. Gelín, entonces...

Sebastián el Andana interrumpió el relato. Venía de la calle, y con su humanidad corpulenta entró en la casa un olor de pana y tabaco húmedo. La mujer tuvo un susto; no sabía por qué, pero hacía veinte años, los de matrimonio, que se sobresaltaba al llegar su hombre.

El hombre fue al rincón del botijo y bebió un largo trago de agua, a la galleta. Se sentaron a la mesa. Sebastián no abría la boca sino para comer. Estaba sin trabajo. No tenía que decirlo. La mujer entendía sin palabras. Gelín también sabía interpretar los silencios de su padre. De manera que ahora, como tantas veces, su madre andaría más callada por la casa, y el padre gritaría más alto, y él mismo, con sus alpargatillas de vira, tendría que andar ligero a los recados molestos: «Cuarto kilo de fideos terciados y que dice mi madre que lo apunte».

El yantar suavizó al Andana; sus ademanes se hicieron menos bruscos. Dio fin al condumio, sacó un cigarro y su cuerpo se relajó sobre la silla de paja: se le puso aspecto de vencido, casi humano.

El hombre y la mujer empezaron a hablar: primero, palabras sueltas, cortas, espaciadas; poco a poco los párrafos se iban haciendo más largos. El chico, en un rincón, esperaba la hora de la escuela con su libro amigo, escuchando a medias.

La madre se puso a contar, acaso por retener al hombre en la cocina tibia, mientras fuera descargaba al fin la lluvia. Era la voz apagada de siempre, pero a Gelín le pareció llena de ternura y aprobación. Gelín intervino algunas veces para aclarar: «Entonces yo le dije» y «Luego yo le pregunté», pero fue la madre quien se encargó de completar la historia de las botas. Cuando la hubo terminado, sus ojos complacidos miraban a su hombre, y después al niño, y luego al hombre otra vez.

Sebastián el temporero, más conocido por Bastián el Andana, estuvo en silencio un tiempo, el cuerpo caído sobre la silla, como indiferente o cansado. Luego, de repente, dio un terrible golpe con su puño poderoso sobre la mesa, haciendo temblar el barro humilde de los cacharros.

La mujer suspiró. Gelín levantó del libro sus ojos grandes y algo húmedos. El padre empujó la silla hacia atrás; salió de la cocina; se echó a la calle empapada de lluvia y hundió con rabia su calzado roto en el barro, sus viejas y derrengadas botas del 43.

La vara

No siempre estoy de acuerdo con mi hermano Pepe, pero nunca, nunca, he dejado de admirarlo. Es el mayor, al fin y al cabo, y ya desde niño se le veía la inteligencia. Si alguna vez le tuve envidia por su fortaleza física, o por la guitarra, o por lo pronto que le salían los problemas –Dios me haya perdonado–, cuénteseme como envidia noblemente sentida y amorosa, que no mancha.

Recuerdo una vez que mi padre nos llevó a Lugo, al San Froilán. Pepe y yo íbamos de estrena: Pepe, propiamente hablando; yo, casi, casi, pues vestía por primera vez un traje recién arreglado, que a mi hermano le quedaba raquítico. Fueron cuatro horas hermosas sobre la baca del viejo ómnibus de Lisardo, jugándonos la vida –ahora me doy cuenta– en cada viraje por Piedrafita y Cruzul.

Resultó que Lugo era una ciudad grande y maravillosa. Yo, de niño, amaba por la *Geografía* de Paluzie las ciudades maravillosas y lejanas, como Burgos y Constantinopla. De tal clase me pareció a mí Lugo, vuelvo a decir, con sus ríos de gente marcada por el

gozo de la fiesta. Lástima que nuestro padre, ceremonioso, se entretuviera tanto en la visita a los parientes. Había que saludar a los de la calle San Pedro, y antes a los de San Roque, cerca del cuartel de las Mercedes, donde nos deteníamos embobados, mi hermano y yo, mirando para el centinela.

Los parientes eran muy atentos; nos recibieron con cariño. Advertía yo que sus primeros esparajismos los dedicaban a mi hermano, que estaba mozo y guapo, de verdad, con los ojos bailándole de puro listo. Luego, de rechazo, no dejaban de llegarme a mí el cumplido y la caricia.

En el ferial conocimos a los primos de otra rama, de vínculo muy lejano. Venían desde sus altos montes para vender yuntas y otros aperos, y varas, muchas varas. Miles de varas, que parecían idénticas, habían llegado a la feria de Lugo, sin que mi tierna inteligencia alcanzara a comprender su necesidad en tan gran número. Luego supe que servirían de agujadas, pero había muchas más varas que cabezas de ganado en la provincia, de modo que el sobrante se vendía de una en una, y cada feriante compraba la suya, y con ella andaba todo el día: unos, llevándola como distracción o apoyo; otros, para bromear y retozar a las mozas en el trasero.

Un tío nuestro, rudo y desastrado, comía una especie de tocino, cortándolo con navaja que empuñaba su mano sucia. Debió de verme cara de asco; dijo que no me apurara, pues solo era carne de perro sarnoso. Exageraba adrede, por hacerme rabiar, pues luego comprendí que era carne simplemente de perro. A mí casi me daban miedo aquellos hombres, pero mi hermano hizo buenas migas con ellos. El tío Genaro le regaló a mi hermano la mejor vara.

Nos despedimos. Mi padre dijo de comer el pulpo en lo que llaman La Mosquera. El día transcurría feliz para nosotros, con músicas y gaiteros, hasta que Pepe olvidó la vara, no podía recordar dónde. Mi hermano le había cogido ley a aquella lanza de fresno, o de avellano. Yo no acertaba a comprenderlo, pero me entristecía ser testigo de su pena. Los tiovivos, la mujer de las dos cabezas, el pájaro que adivina el porvenir... todo era aborrecido por mi hermano, que quería su vara y ni siquiera se conformaba con otra parecida.

Cuando el sol se ponía por el parque, y empezaba a decaer el bullicio, y nuestro padre había escuchado ya la *Negra Sombra*, llegó el momento de decir adiós a la ciudad.

A madre no la olvidamos: en la calle de la Reina vendían los mejores dulces. Fue en la confitería de don Alejo Madarro donde aconteció lo increíble: mi hermano, que no salía de su tristura, pegó un brinco como si le hubieran metido una perdigonada en el rulé y corrió a gritos detrás de un rapaz: «¡Mi vara!». «¡Que es mi vara!» Y era justamente la suya, entre las miles de varas que aquel día se vendieran. El mozálbete, bastante mayor que mi hermano, tiró el forestal trofeo sobre la acera y salió pitando...

Quienes vieron el lance pronosticaron un porvenir brillante para Pepín, y un señor con barba, diputado a cortes por Bece-rreá, dijo que eso de la vara podía ser un símbolo, y que acaso mi hermano llegara a ser un alcalde tan limpio y principal como don Ángel López Pérez.

La verdad: mi hermano no hizo carrera política, aunque a punto estuvo de ser concejal

después de la guerra. Pero no tiene un pelo de tonto. Yo, que fui incapaz para el comercio y me quedé en escritor de historias, digo que mi hermano no tiene un pelo de tonto. Ahora anda viajando las pilas de linterna por la parte de Orense; y vive como Dios.

El tío Candela

La carretera general pasaba por delante de la finca de Saturno Torío. Hasta que todo cambió, y la finca de Saturno Torío se quedó a la izquierda según se va para Madrid, como a un kilómetro de la autopista.

Siempre se dijo por aquí que Saturno Torío es un zorreras. De mozo fue bien parecido. El cabello lo conserva gris, como el pelo del cuerpo que enseña por la camisa entreabierta. Como sus ojos son pequeños –pero vivos–, maliciosa su boca, lentos sus movimientos; como fuma en pipa y se sienta a la puerta a contemplar las nubes sin ambiciones aparentes, siempre se dijo lo mismo, que Saturno Torío es zorro viejo.

En la juventud de Saturno Torío hubo algunas mujeres, incluso una mora que conoció en el servicio militar en Ceuta. A esta la aborreció porque no se dejaba un pelo sobre el cuerpo, ni en los sitios más propios. Volvió y se casó con una del país, la dueña de la casa de la carretera. Él no tenía más que el tipo y desgana para el trabajo. Ella aportó la propiedad y una hija que le habían hecho de soltera. Con el tiempo, la gente terminó reputando a la chica como hija del matrimonio.

La señora de Torío tenía más agallas que su hombre. De ella salió lo de poner el bar, pues para eso estaban en la carretera general, muchos lo quisieran. Dieron en pararse allí los camiones pescaderos, solo un momento porque iban a la fecha y perdían mucho si la merluza no entraba a tiempo en Madrid, pero algunos duros sí dejaban. Cuando Torío enviudó, se quedó con la hija putativa, la Remedios, que en el físico se parecía a su madre pero no tenía nada de emprendedora. A la Remedios la embaucó un camionero de El Barco de Valdeorras y no para hacerla su mujer. Saturno Torío lo tomó con filosofía. Las habladurías del seductor, más que el hecho en sí, lo sublevaban de vez en cuando:

–Que yo me beneficio a la mi chica... ¡Si será bestia ese valdeorrés!

La chica volvió a casa al cabo de unos meses, sola y desengañada. Fue entonces lo de la autopista. Cuando crecieron los rumores de que iban a empezar las obras, Saturno

Torío no hizo mucho caso porque ya otras veces habían venido con esa historia. Pero ahora fue de verdad. Empezaron a llegar máquinas enormes, la casa quedó como un vagón en vía muerta, apartada del ir y venir de los coches, y el vino del establecimiento se agriaba por falta de bebedores. Menos mal que estaban, para ir tirando, los cerdos y las hortalizas.

Saturno Torío no se apuraba demasiado. Se sentaba bajo la parra polvorienta, prendía la pipa y chupaba con parsimonia, como quien está a la espera y no sabe muy bien lo que está esperando.

Una noche, casi de madrugada, el hombre tuvo que levantarse

El claxon seguía sonando. Entre toque y toque, gritos y risas. Se apearon dos parejas. Las mujeres eran jóvenes. Aunque estaba helando, ellas tenían desabrochados los abrigos de piel y bromeaban haciendo pasos de danza sobre la tierra fría, hambrientas del aire puro de la noche. Los faros del coche habían quedado encendidos, iluminando la escena. Al fin entraron los cuatro clientes inesperados, retozándose, riendo siempre.

—¿Dónde se da la luz, amigo?

Torío, que llevaba un farol en la mano, lo puso sobre la mesa más recogida.

—El transformador —dijo—. Una avería en el transformador de Fenosa.

—¡Mejor!

—¡Cuando lo sepan los de la basca!

—¡Quieto, Pepe, no me seas vicioso!

Una fuente de cecina y jamón, pan de hogaza, vino tinto peleón. ¡Todo estaba riquísimo! Saturno Torío, recostado en el mostrador, miraba y fumaba con calma.

Los clientes fueron desatándose todavía más. Igual se propasaban las mujeres que los hombres. Del patrón no hacían ningún caso. Luego, una de las mujeres, la más escandalosa, miraba para Saturno y este le sostenía la mirada. Se dio cuenta el hombre que la acompañaba, pero nada cambió: siguieron sobándose, como si los encendiera aún más aquella presencia del patrón del bar.

Volvieron otras noches. Y hubo más coches de la capital, y más parejas de hombres y mujeres, y alguna pareja de hombre con hombre. El empresario le dijo a su chica: —Tú a oír, ver y callar.

A Saturno Torío le llaman ahora el tío Candela, y él consiente, porque los paganos —«¡allá ellos con sus bromas!»— le pusieron al refugio «la cabaña del candil». La cecina la cobra a precio de oro, y el vino, más caro que el whisky en la ciudad. A la ciudad baja con frecuencia, al Banco. Remedios no comprende cómo su padre no amplía el negocio:

—¡Millonario te harías! Total, unas luces de tubo, camas como Dios manda y no esos jergones de paja... ¡Millonario!

El tío Candela se sonríe lo mínimo y calla. Él sabe lo que les gusta a los pijos de la capital, hartos de hacer sus cosas con todas las comodidades.

Pablito, apóstol

Pedro Melezná.

—¡Presente!

—Martín el del barrio la sal.

—¡Presente!

—Damián Portela y su hermano Cosme.

—¡Presente! ¡Presente!

—Domiciano el Manchao.

—¡Servidor!

—Pablito.

—Sí, señor. ¡Presente!

Y seis más: por sus nombres legales con apellido y todo, o por el gentilicio que denota la barriada, o por el apodo consentido. Cuando el sacristán mayor de la colegiata terminó de pasar lista, vino a preguntarle el abad mitrado:

—¿Están todos?

—Los doce, señor abad.

—¿Y los aleccionaste?

—Aún no, señor abad.

—Pues abrevia, y que no se vaya a olvidar nada.

El sacristán, que se encogía ante la autoridad superior, extremaba la suya propia sobre monaguillos y gentes de baja condición. Con despotismo fue empujando a los doce hombres hasta conchabarlos en un rincón de la dependencia. Les pasó revista de policía. A Domiciano el Manchao le obligó a echar el aliento. El aire se llenó de olor a ajo, que se consideraba permitido, pero no hubo indicios de alcohol. El aspecto del grupo era, en su conjunto, de una pulcritud repasada y pobre, o sea, absolutamente satisfactorio. Las pesquisas del funcionario eclesiástico se aguzaron en los pies. Todos dieron palabra de habérselos lavado. Cosme, hermano de Damián Portela, solo tenía un pie que lavarse: el de su pierna mortal. Usaba una pata de palo, que aquel día le asomaba limpiísima por el pernil, quién sabe si barnizada para la ocasión, con su contera de metal reluciente. El abad había querido recusar a Cosme por tener un solo pie, pero si Cosme no venía, tampoco Damián.

A quien no había que preguntarle nada era a Pablito, el lelo. Pablito no faltaba jamás. Una hora antes se arrimaba al pórtico de la colegiata, no fuera a llegar tarde:

—Sí, señor. A uno le puede dar el ataque, o pillarlo un carro. Y el Mandato es el Mandato. ¿No le parece a usted?

Luego, en el presbiterio, Pablito sabía colocarse en su sitio sin entorpecer, y estaba dos horas con mucha educación y mucha vergüenza, no como sus compañeros, que

terminaban remeciéndose y hasta hablando por lo bajo. Pablito, si sentía una mosca golo—seándole en la cara, seguía quieto como si tal cosa, por respeto al Mandato. Y aunque en toda la iglesia hubiera una sola mosca, iba a la cara de Pablito.

Lo que más impresionaba a Pablito era ver tan de cerca y desde lo alto a las personas principales que tomaban la comunión. El primero, el conde. El conde tenía derecho a comulgar el primero en la función del Jueves Santo. Desde que hubo la guerra también comulgaba el alcalde, pero en segundo lugar. A Pablito le daba un no sé qué de estar en el presbiterio y ver tan pequeña a doña Candelas, la señora que mandaba en los altares y le ponía el fajín al Divino Cristo para la procesión. Y luego, cuando el lavatorio, el propio señor abad, tan seco por lo común, se humillaba delante de Pablito y hacía como que le limpiaba los pies.

A los apóstoles —incluso a Cosme, aunque prestara un pie solos daban cinco duros por barba al terminar la función. Pablito en todo el año no veía tanto dinero junto.

—Y total, por nada, ¿no le parece a usted, señorita?

Lo único malo, si acaso, el sermón, y solo por lo largo que se hace. El sermón es siempre el mismo; Pablito lo recuerda de un año para el siguiente: «Que os lavéis los pies unos a otros». «Que si tu hermano no tiene pan o no tiene camisa...» Lo que no entiende Pablito es que la gente siga sin enterarse.

Como Pablito sabía el Mandato mejor que nadie, se distrajo de las últimas órdenes del sacristán, por mirar con arrobó la sacristía. La sacristía de la colegiata es muy grande. Pueblos de más de mil almas la quisieran para iglesia. Tiene una larga mesa de nogal que reluce y varias cómodas con cajonería para guardar la ropa, planchada y almidonada, bienoliente. Pablito, al ver las albas y las sobrepellices, pensó con gozo en su camisa. Se pasó la mano, cauteloso, por encima de la pechera. Siempre había ido limpio y decente a lo del Mandato, pero no con una camisa como aquella, tan suave y mimadora. Nunca han acariciado el cuerpo de Pablito. ¡Qué fresca la seda, resbalando por la espalda llena de mataduras! Era un préstamo de doña Candelas, que es muy caritativa y le suele llevar cada domingo el bono de las Conferencias. Doña Candelas no puede beber el agua del grifo; hay que traérsela de la fuente de la Montaña, y Pablito, igual si llueve que si hace sol, va a la Montaña, por el agua de doña Candelas. La camisa tiene rozados el cuello y los puños, pero es blanca, hermosa, con botones de nácar. Y abundante, no como la que suele gastar Pablito, que la mete por dentro del pantalón y se le acaba en el ombligo, dejándole la barriga, la barriga hinchada de Pablito, como desconsolada y triste.

El sacristán mayor, engréido maestro de ceremonias, arrancó al mozo de sus cavilaciones. Hay que ponerse de dos en fondo. Como todos los años. A Pablito le toca emparejar con el Manchao. El Manchao es de los que corren a Pablito por la calle, si le cuadra. Ahora, en la iglesia, al Manchao le gusta hacerse el santo.

En los altos espejos de la sacristía se miran un último momento, de cuerpo entero, las dignidades de la insigne colegiata, y los espejos se llenan de rasos y bordaduras de oro.

Va saliendo al altar la comitiva, despacio, con solemnidad armoniosa. Lástima el Cosme, golpeando su regatón —tras, tras; tras, tras...— sobre las losas seculares. De todo el apostolado, nadie más erguido que Pablito; ninguna cabeza tan grande y aparente

como la suya. La gente, al verlo, piensa que Pablito, porque nació lelo, no tiene ambiciones y es feliz. Y casi aciertan. Si doña Candelas cumpliera el Mandato, si doña Candelas le perdonara la camisa, Pablito no se cambiaría hoy por el sacristán mayor, ni por el conde, ni por el señor abad.

**El ingeniero Balboa
y otras historias civiles
(1976)**

Informe sobre la ciudad de N***

A César Llamazares Gómez

Cada vez que he metido en el cofre del coche las cubetas que contienen los muestrarios, el carterón con los talonarios de informes y pedidos y la maleta de mi propia ropa; y he ojeado la cuenta del hotel Ambos Mundos a reserva de una posterior y menos descarada revisión; hecho mis adioses hasta los almanaques del año próximo, lástima las ventanas del hotel Ambos Mundos, fingidas, a las que nadie puede asomarse con un pañuelo; arrancado el motor y tocado el claxon en la curva, primera de las siete revueltas hasta que pueda desembocar en la general, señalada enérgicamente con un stop: dejo la ciudad de N*** (como en una de aquellas novelas que entendíamos todos) y pienso, siempre, que me voy a dar de cara con la ambulancia... Aquel fue un setiembre muy raro (hace treinta, cuarenta, no sé cuántos calendarios hace que me lo están contando), las tiendas apenas tenían gente, y los que venían era a que se lo apuntásemos; los carros de la vendimia hacían sus trasiegos calle arriba y abajo con la desgana propia de los bueyes y una poca más, quizá los amos pensaran que para qué, si otros venían a apoderarse de los racimos; la gente miraba de lado, la gente murmuraba como si todo el día fuese una misa; los músicos del cuarteto de Praga habían quedado pillados, cómo iban a marchar si los billetes del tren mentían y nadie llegaba a su verdadero destino; pero ya no les quedaba repertorio; y en el Trián, tenían que repetir la película, pasar el Movietone Fox habla por sí mismo hasta que el operador en su cabina, los acomodadores con sus linternas a punto de agotarse, los de pase de favor, todos amenazaron con volverse locos a la enésima visión del beso de tornillo de Ronald Colman en *Un aventurero audaz* y los almacenes El Siglo ardiendo cada tarde por los cuatro costados; pero al final nadie se atrevía a ponerse loco ni nada, porque esa ambulancia ya usted sabe, que nos manda la Diputación a cada poco y más aún en los meses de nieblas bajas, tampoco es seguro que pudiera llegar entonces con sus loqueros fuertes y elementales, ya bien conocidos de la

gente, incluso amigos... En la ciudad de N*** como bien se advierte, la manera de hablar es un poco distinta, tiene un tono que se levanta algunas pulgadas sobre lo corriente. Lo mismo si en vez de un hombre quien lo habla es un niño... Para nosotros no era malo, sigue el niño, la vida se nos había puesto de color de patio de escuela en día del santo del maestro, y si estábamos aprendiendo algo, era una asignatura nueva que llamaban de los rumores; la mayor parte de aquel horario de relajo lo empleábamos en papelillos doblados de banco a banco y en noticias de recreo en recreo: que a Angostura la habían dejado atrás:

«¡Y pasan de cien!»;

pero al socaire del estado de excepción se abría el curso de otras cosas, internas y asombrosas; a la querida del inspector veterinario se la vio asomarse al balcón por primera vez en los siglos que llevaba encerrada, ningún chico de mi edad la conocía con otros ojos que no fueran los de pecar con el pensamiento; las bombillas de las calles se quedaban encendidas durante el día y nadie se escandalizaba por el derroche; en el atrio mismo de la basílica de Santa María nos dejaban jugar al fútbol, otro juego bonito era coger las palomas mensajeras que llegaban a cada poco y dárselas a la primera persona mayor que apareciera; y al abad mitrado por mucho cuidado que pusieran en guardar el secreto le habían hecho un traje de paisano marrón oscuro por si la persecución religiosa como en México, servidor no sabía imaginarse por entonces que un casi obispo pudiera llevar pantalones, ni siquiera debajo de la sotana... El niño que me habla es hijo del cliente. El niño ya era niño y su padre cliente de la Firma cuando yo ni me había estrenado en el oficio, pero he aprendido a que no me noten ningún asombro, una plaza tan buena para los almanaques... Además de raro era un setiembre veloz porque todo ocurría visto y no visto; ya nadie se contentaba con que hubieran sobrepasado Angostura en lugar de acercarse a las puertas mismas de Ojo de Agua, y mucho menos con que fuesen cien:

«¡Doscientos!»;

solo en la Directiva del casino de los señores estaban como si tal cosa, pasaran de cien o llegaran a un millar –la voz es recia, de adulto, pero de alguna manera que no importa explicar sabemos todos que es un niño–, bien poca cosa dicen los números; probábamos a imaginarlos con sus fiambreras, en bicicletas saliendo en hilera de una fábrica más grande que la basílica; o acaso quedara demasiado pacífico –ellos el As de copas de la disolución y el As de bastos de la barbarie; nosotros el Orón de la riqueza y la Espada del orden ¡ciudadano, no lo olvides al decidir tu voto!– y mejor, entonces, tiznados de carbón hasta los ojos con las artes mineras de meter barrenos a los puentes, al culto y clero y a la gota de leche; pero pronto, bajo la influencia del cronista oficial, empezó a circular lo de los caballos; era la figuración más propia, cómo no habíamos caído, y ya nadie supo imaginar de otro modo a quienes se iban aproximando con su amenaza... A propósito del cronista oficial, en uno de mis viajes, creo que fue el año de los almanaques con marinas románticas, yo mismo he tenido el honor... El honor es para este cronista oficial, siéntese usted y conversamos: durante los días ominosos mantuvimos la serenidad que corresponde a una ciudad que no se ha hecho de la noche a la mañana; podría este

cronista oficial remontarse a tiempos de antes de Cristo cuando los meandros del río principal arrastraban truchas, aunque pequeñas, de oro, no pepitas o arenas de oro como rebajan quienes nos envidian; o evocar la fundación de la *city* sobre el camino de las grandes migraciones o el hecho más próximo y no muy publicado de que aquí mismo hayamos sido capital de provincia; pero aun ateniéndonos al presente, entiéndase el presente de aquel momento, constituíamos una población completa que de todo tenía salvo tranvías y puerto marítimo: Arbitrios, Biblioteca, Cabildo basilical, Colegio de Sordomudos, Dispensario, Ferrocarril, Instituto de Segunda Enseñanza, Sociedad de Socorros Mutuos; y aunque quejoso siempre por el abuso nefasto del fiado, el comercio local: alpargaterías, cererías, comestibles, droguerías, estancos, gasolinera, mueblerías, paños, pastelerías, quincallerías, zapaterías y una representación de la pequeña y mediana industria: aguardientes (fábricas de), botas pellejeras, caldererías, carpinterías mecánicas, conservas (vegetales y de frutas), gaseosas higiénicas, turrone, zuecos; todo, absolutamente todo por el riguroso orden alfabético del Bailly–Bailliere donde alcanzábamos la importancia de nueve columnas... Pero el niño, muy formalito, ofreciendo cortésmente de su tabaco: a mí, en el fondo, esas grandezas no dejaban de enorgullecerme, pero me parecían dudosas ante el empuje de trescientos animales nerviosos y con los hocicos resoplantes; más importancia le encontraba al detalle, propagado desde la Directiva del casino de los señores, de que aunque los caballos fuesen un escuadrón no tenían coroneles ni mapas, y aun teniendo mapas qué más daba si no los sabían entender; pero a pesar de estas seguridades, ya ni por Angostura ni por Ojo de Agua: en el mismísimo Campasmayo habían puesto sus herraduras; la cabeza ha de tener la tercera parte de su alzada; la quijada, formada con huesos bien separados y con poca carne; la cruz, alta y descarnada; el codillo, recto; la rodilla plana, ancha, tableada y enjuta; la caña, redonda y lisa; el menudillo, proporcionado al resto del brazo; la cuartilla, proporcionada también al cuerpo, y el casco, redondo, adecuado al volumen del animal, liso, reluciente y sin ninguna hendidura: así teorizaba en aquellos días el inspector veterinario sin que a nadie se le ocurriera cortarle los adjetivos, era la descripción del caballo ideal, hermoso, quien ve uno ve cuatrocientos.

«—¿Cuatrocientos?»

quinientos caballos igual de ideales y hermosos; en Campas–mayo, que era como tenerlos en casa: «¿Y ahora?». «Ahora nada —desdeñó la Directiva del casino de los señores—; con no tratarnos con ellos... »

Pedido n.º tal. Cliente. Domicilio. Intercalas despacio el papel calcante, que no se te note lo impaciente. Cubres las generales de la ley. El primer renglón. 2 docenas referencia 48, tricromía, estampa navideña con escarcha. ¡Respiras! Desde ahí es pan comido para un buen viajante de almanaques, no hables, ahora es el momento de escuchar... Aquella tarde, me había mandado mi madre a un recado, cuando todo lo que compone la plaza principal o de la Constitución empezó a tomar un aire de expectación temerosa, el paseo central sin nadie, los bancos olvidados; algunos transeúntes pasaban deprisa, se detenían un instante, volvían a andar, todo con los mínimos balbuceos de hojas desgobernadas por un viento que empieza; los serenos de puertas habían

desaparecido. Yo me los figuré muy adentro, hacia los cuartos consistoriales y trasteros; las columnas de los soportales, pero de esto no me di cuenta hasta años más tarde, cuando me mandaron a la Sorbonne, estaban ligeramente torcidas según las pintan los expresionistas para ponerse dramáticos; y en el aire un no sé qué de incierto, como una historia de esos narradores que al acabar su cuento, qué manía, nos salen con que el personaje estaba soñando: solo la cortina de chapa ondulada cayendo como un párpado sobre el escaparate antes tentador, ahora vacío de los almíbares, pareció cosa real, y esto gracias al ruido; se apresuraba un rezagado,

«Están muy cerca, desde allí se oyen los cascos», señalando para las viñas altas;

«El castillo del conde no lo pasarán»,

el castillo del conde decía el maestro de escuela don Jesús María es nuestro baluarte, en el baluarte estaban ya los defensores, llevaban días a la espera; nosotros los chicos habíamos intentado arrimarnos como jugando; pero el castillo da a las calles más estrechas y prohibidas donde están las casas de lenocinio, de lejos nos contentamos con ver pasar a los serenos, a los tenientes de alcalde, a los veteranos de las guerras dinásticas, a los canónigos, prebendados y racioneros, y hasta a los furtivos de puntería más fina; también socios de número del casino de los señores marcharon para allá pero sin prisa, como conviene a su señorío, bien recuerdo sus escopetas con incrustaciones del tiro de pichón y botellas de anís del mono... La Directiva, no –perdónese que nos inmiscuyamos–; lo sabe bien este cronista oficial: la Directiva, habiendo rehusado por votación nominal el empleo de la violencia, se constituyó en sesión permanente y extraordinaria, en los estrados que le corresponden; sobre el paño verde de la mesa, perdonada su anterior condición de paño verde de mesa de juego, se establecieron los emblemas, la campanilla de plata, el libro de actas, que aún hoy se exhibe en la fiesta del mártir, y, sobre todo, el Reglamento (Aprobado por R. O. del 2 de enero de 1846)... Se comprende que el cronista oficial recuerde las fechas. Los niños, en cambio, lo que recuerdan son los sentimientos... Para el ingreso en el instituto teníamos que saber una división con divisor de cuatro cifras puestas a mal hacer, por ejemplo con siete y nueve, un dictado, la solicitud de puño y letra cuya vida guarde Dios muchos años, nunca las cosas de la política; por eso andábamos ignorantes, fíjese que aun sabiendo que mandaba el alcalde, sí, y el juez y las fuerzas del orden, pensábamos que la más alta instancia de la urbe consistía en el casino de los señores, y concretamente en la Directiva; no había sido vista jamás, la Directiva; la Directiva la cambiaban cada nochevieja pero era como el villancico de nacer el Niño, y es mentira, que no nace, esas son las ceremonias que todos los años hacen, la Directiva única y eterna prohibía a los chicos acercarse a veinte metros o menos del domicilio social, a las parejas de novios les imponía las ordenanzas más severas, por cada baraja que se desprecintara cobraba un tanto y además la baraja, quien buscara el monopolio codiciado del ambigú tenía que pedirlo en sobre cerrado, lacrado, entregado en propia mano, ¡de rodillas!, e incluso en caso de que alguien pretendiera la condición de socio y un solo miembro –brazo, pierna, lo que fuera– de la Directiva le echara bola negra el pretendiente caía en el oprobio y ya

podía marcharse de la ciudad, vender los muebles en almoneda... El poder es el poder, el orden es el orden, defendió el cronista oficial: y más cuando se consolida en la sangre del mártir, señaló para la estatua, la han colocado de manera que sea vista desde cualquier lugar de la ciudad: nosotros estuvimos personalmente en el baluarte, hicimos asamblea en el patio de armas:

«Señores –habló el conde, que no vivaqueaba vestido de conde, una pequeña decepción–, vense aquí muchos pechos esforzados, pero el valor no está reñido con la táctica, ahora lo que necesita la plaza es un estratega»;

gente de oficio propiamente militar no había, porque el gobierno provincial, presa de una gran descomposición, y no lo decimos en sentido moral, había concentrado en los alrededores de su palacio a todas las guarniciones dispersas; lo cual venía a significar nuestra condenación, la nuestra más que la de nadie porque somos los más alejados de la capital y de todas las capitales del mundo, mírelo usted mismo por su cuentakilómetros; aquellos polvos trajeron estos lodos, ¿conoce nuestra historia contemporánea?; escuche: abúlicos –nos reprochan–, indiferentes, pero en realidad orgullosos, asistimos algún tiempo después al tendencioso reajuste de la red vial sin caer en embajadas al gobernador ni pliegos de firmas; vimos marcharse la cabecera de comandancia; otro día sería el fiel contraste; luego el colegio de sordomudos, con la disculpa de la presión atmosférica y las nieblas insanas; alguna protesta hubo, como el envío masivo a la capital de esquelas mortuorias del tamaño que usamos aquí, que es meterle al destinatario un ataúd en su casa; como la defenestración, más bien cómica y despectiva, de diez o doce funcionarios espurios; pero la actitud definitivamente hiriente para los de arriba fue nuestra renuncia a las subvenciones, el propio pueblo se traería directamente la mejor música sinfónica de Europa, del productor al consumidor, nosotros mismos sabríamos sufragarnos la fiesta del mártir: en la última convivencia con los de arriba, nuestro propio discurso de cronista oficial estuvo tan lleno de indirectas y los poetas resultaron tan sospechosos en sus metáforas oscuras que al gobernador se le puso la mosca detrás de la oreja civil y apresuró su marcha sin esperar al banquete, con todo su séquito; lo que siguen mandando es la ambulancia, por razones humanitarias; pero ellos no han vuelto, claro que tampoco encontrarían hotel, desde que el Ambos Mundos cegó los muros y sobre ellos pintó ventanas de trampantojo y en el interior simuló cuartos de baño, armarios que no se abrirán nunca, así solo vienen los que como usted mismo merecen la clave de andar las estancias secretas y ventiladas; pero volvamos a la crónica, de entre aquel retén de guardias reumáticos y a punto de pasar al retiro se eligió al señor Domiciano que era el cabo de los serenos municipales, todo bajo la presidencia del conde:

«Acepto el honor –dijo el señor Domiciano el cabo–, y sepan que mi mano no temblará, etcétera»;

el señor Domiciano el cabo era pundonoroso, allá el elemento cívico y eclesiástico si se relajaba en entretenimientos, él a la centinela: porque es verdad que a veces se alternaba la espera bélica con las sesiones de tresillo, el espíritu de defensa con las libaciones confortadoras; pero todo se enardecía cuando a la torre de los vigías llegaba otra de aquellas aves anilladas, puesto que aún no habíamos caído en el desengaño: «Sois la

perla de la comarca», «El florón de nuestra provincia», «La cuna de la hidalguía y del arte»: que resistiéramos;

«¡Resistiremos!», garantizó el señor Domiciano el cabo; a este cronista se le ha reprochado de puntilloso en el episodio que diríamos de las voces: el señor Domiciano el cabo en uno de los servicios conminó a cierta sombra sospechosa que resultó lechera de un fundo contiguo: «¡Alto a la fuerza y al pueblo en armas!»; éramos el cronista oficial de la ciudad de N***, somos el cronista oficial de la ciudad de N***, donde si tenemos un mártir es justamente por la defensa de lo irrenunciable, por eso dijimos protesto; pues que expusiéramos nuestra protesta: manifestamos que la voz reglamentaria y preventiva debía ser «¡Alto a la fuerza y a los caballeros en armas!». «¿Se aprueba?» «Se aprueba»; solo sentimos que el señor Domiciano el cabo lloró un poco por si había sido darle a él una lección, ya se sabe que los viejos se parecen mucho a los niños... Aquel (niño) que estaba en la plaza de la Constitución, hoy plaza del Mártir, cuando ya habían bajado la trapa de la confitería observa que los últimos en cruzar fueron dos perros... Sí, recuerdo que en una esquina se pararon, íntimos, a olerse; como no había chicos que apedrearan, a los canes se les negaron los reflejos; por la calle de los Maestros Cantores marcharon impotentes y cabizbajos: era el vacío absoluto; pero no estuve solo, verdaderamente solo, hasta que no acabaron de bajarse todas las persianas, de correrse todos los visillos y cortinas; entonces pensé que me había pasado (de valiente); en realidad es que me había embobado: lo que yo tenía que hacer en la plaza era lo del aceite de ricino para mi hermano, pero en aquella ocasión un empacho me pareció la mayor inoportunidad, claro que habían cerrado los hornos por falta de harina y a los pequeños nos atracaban con los recortes de las hostias sin consagrar que tomados en cantidad son muy indigestos;

Informe n.º tal. Plaza. Provincia. Tengo cuidado en casa, en esos pocos días que le quedan al comisionista para hacer un hijo, para que el hijo ya más que hecho no le llame a su padre por el apellido. Tengo cuidado con los clientes. Todavía más con los compañeros. De niño lloraba en las películas, ¡y qué!, pero no me gusta oír mira que eres un viajante romántico; sobre todo cuando saben que yo toco el violín un poco a escondidas, que me gusta, a veces, llenar un informe que no es para la Firma, solo para mí mismo... Dice el niño que ya en la plaza sonaban los caballos; todos los portales quedaban detrás de mí, dice, cerrados a madera y bronce; me puse a andar las puertas de una en una, tocando con los llamadores, manos doradas, argollas, cabezas leonas, pomos con cardenillo, siempre formas inútiles porque nadie les daba respuesta; de pronto el mundo empezó a blandearse a mis espaldas: era una puerta cristalera de bisagras engrasadas, amigas; fui volviéndome poco a poco, tanteando con la mano incrédula; detrás de los vidrios había alambres transversales con pinzas de la ropa que sujetaban periódicos desmerecidos por sus fechas anteriores a tantas cosas, y una revista que venía todas las semanas y en una página, yo sabía en qué página, la foto de una mujer desnuda... Eran el *Debate*, *Mundo Obrero*, *L'Osservatore Romano*, interrumpe el cronista oficial; y la publicación con la mujer desnuda pero nunca procaz se llamaba precisamente *Crónica*, una fotografía artística por Manasé... Así sería, el caso es que

entré en lo negro y percibí a mi tío el impresor, tan a gusto, no sé cómo podía leer con tan poca luz:

«Los caballos», avisé;

él no dijo nada, siguió leyendo; me arrimé a la pana hosca de su chaqueta con la esperanza propia de una ocasión tan memorable y nada, él nunca decía palabra, ni siquiera cuando yo hice la primera comunión y me regaló un teatrillo de cartulina, la batalla de Castillejos... El cronista aprovecha para hablar de la batalla de Castillejos pero al fin entra en lo que nos conviene... Su tío el impresor, verdaderamente, era un hombre notable; tenía en sus estanterías libros que no se conciben en una población de nuestro número de almas, y aunque taciturno, no era tacaño: todo el que lo deseara leía los libros sin comprarlos, esto si no los sacaban para leerlos al sol, en los bancos de la plaza: esta mano historiadora nos la apostaríamos, y también estos ojos que hoy no distinguen la letra impresa pero sí el contorno de los recuerdos, a que en el año de los acontecimientos nadie sino nosotros en toda la provincia, incluso en toda la 11.^a región militar, había leído los *Cantos de Maldoror*; ni en las grandes villas cereales, ni en las de prosperidad textil y metalúrgica, ni siquiera en la cabecera administrativa; por esto y porque no han visto nunca un clavicémbalo nos miran como extraños y vienen los ingenieros jefes y se sienten incómodos... Gracias por lo de mi tío el impresor, dice el niño con urbanidad: en aquel momento no leía los *Cantos de Maldoror* sino *Mis prisiones*, de Silvio Pellico, leía en todas partes, incluso andando por la calle; y, esperando al tren que traía la prensa, antes de que nos suprimieran el ramal, sentado el hombre en cualquier ladera donde se viera la estación: ni siquiera se movió cuando toda la plaza se llenó de las chispas de las herraduras; yo me había recogido en un sitio más oscuro aún, el del estante de los devocionarios: «Prometo confesarme, no volver a mirarla nunca, la foto de la mujer desnuda»; todavía tuve más miedo y me metí en el propio taller junto a pilas de papel tendencioso, barato, como de octavillas rosa, amarillo, azul claro: votad los valores espirituales, como de anunciar un mitin o una novena, o de los carteles insistentes de aquel periodo de soflamas, Ellos las copas y los bastos, Nosotros el espadón y el oro; pero cualquiera pensaba en eso, con lo que ya estaba pasando afuera: primero fueron con sus mil años de sed contra las lunas de los bares, luego saltaron los cierres del Monte de Piedad –pero antes la Tabacalera–, arrebataron vírgenes y requisaron sombreros de cintas y corbatas chillonas, hasta que un traidor oculto colaboró con ellos y les dijo sobre un mapa (que sí entendían los mapas) la dirección para que trotaran hasta el casino de los señores... No: primero se ocuparon del catastro y repartieron la rústica y urbana con todos sus líquidos imponibles, allí se dieron a dictar decretos, y luego sí, entonces fue la marcha sobre el casino de los señores, que ellos mismos descubrieron por el olor a naipes y a sarao y a café tostado, sin necesidad de confidencias alevés... Tampoco: apenas hubieron pisado sobre la ciudad milenaria, por entre fachadas recargadas de escudos, sintieron la paradójica timidez de un ejército bárbaro ocupando París o Roma, y alguno de ellos fue visto desde detrás de unos visillos admirando la basílica sufragánea y hoy

autónoma, esas visitas cansan mucho, por eso habían querido reposarse en el casino de los señores... Tengo escuchado aquí tantas versiones como narradores, pienso en qué cine de cuál ciudad de mi ruta de viajante he visto yo la violación o lo que fuera de una japonesa contada por ella misma, por el gozador, por el marido atado, y no sé si también por un cortador de leña. Uno, en estos casos, se inclina por la voz más inocente: cuando dieron en la puerta cristalera de la papelería e imprenta ya venían a revolución pasada; yo quería mirarlos bien, aprender de una vez a qué carta quedarme, Ellos el As de copas de la disolución y el As de bastos etcétera, pero no encontraba rasgos comunes que los agrupasen: los había de boca no muy grande, ni chica en demasía, la frente de disposición proporcionada, y se llevaban el semanario ilustrado con la mujer en cueros que ahora volvía a serme deseable; los vi de cuello largo y elevado, las espaldas anchas, llanas y libres, el antebrazo ancho y grueso, y esos se encaprichaban de las postales de colores, las más sentimentales; y el último de todos, aquel de los ojos salientes, claros y vivos: husmeó un poco en los libros y le vi guardarse algunos pero no eran de los encuadernados, luego me apartó y empezó a sacar las cajas de la tipografía como si entendiera el oficio, las grandes de los tipos comunes, las medianas de las letras de adorno, las pequeñas con las titulares mayúsculas; según iban saliendo, él vaciaba el contenido de los cajetines en el suelo y en el montón se empastelaban los signos del alfabeto, las redondas y cursivas, las negritas gritadoras, las versales y las minúsculas:

«Todas las palabras del mundo», dijo;

entonces fue, estoy seguro, cuando de verdad marcharon contra el casino de los señores; en el silencio que dejaron oí la voz desacostumbrada de mi tío el impresor, que no había dejado el libro ni la postura:

«En todo el mes no habrá Hoja Parroquial»,

un peso que se le quitaba. Mi tío el impresor les dejaba a mis primos, sus oficiales, el cuidado de que la publicación saliera cada sábado; pero le gustó la perspectiva de que vinieran unas semanas con poco trabajo, para leer muchas novelas rusas; cuando todo estuvo consumado y los caballos habían partido a sus otras revoluciones, empezó en la plaza principal como la crecida de un río (por los laterales, derecha e izquierda las del espectador van saliendo los serenos de puertas, tenderos, el director del Monte de Piedad; voces vecinales), yo me acordé del teatro de cuando dieron *Las Troyanas* de Eurípides y el coro de las cautivas no cabía en el escenario, qué bureo; también los del baluarte volvían rabiosos, tirando al aire escopetazos y denuestos porque los caballos no habían entrado de frente sino con astucia por el olvidado callejón que llaman de los Inquisidores; fue el momento de las frases exculpatorias, todos querían hacer la suya por si los anales venideros: «Esquivados, sí –declaraba el señor Domiciano el cabo–, pero no vencidos»;

«Los tiempos nos harán justicia», el cronista oficial y también perpetuo;

y hasta el abad mitrado, en traje de paisano marrón oscuro por si había que volver a las catacumbas, canonizaba las disculpas con lo de que los hijos de las tinieblas suelen ser más listos que los hijos de la luz; entonces se supo que la ciudad podía llevar la cabeza levantada, no sabría decirse quién acercó la noticia, a lo mejor nadie y fue la conciencia

colectiva como más de una vez acontece en la Historia: de repente todos echamos a correr para el casino de los señores, los chicos nos detuvimos a los veinte metros reglamentarios, y entonces se vio abrirse muy despacio el balcón central: empezaba a asomarse la Directiva, tranquila, ecuánime, alguien que ya la había visto otra vez susurró a mi lado que se la notaba, esto sí, como más vieja y encorvada, en una tarde le habían echado cien años encima; la Directiva adelantó uno de sus miembros y se oyó la lectura del acta que debía de estar reciente de la tinta... Gracias, le digo yo al niño con el premio de unos paquetes de fósforos de propaganda, ahora puedo terminar yo mismo el informe: he preparado la ruta para coincidir con la fiesta que hacen junto a la estatua consabida. Va llegando gente. No mucha, porque ha llovido siglos desde aquel setiembre, ya hay vástagos en los que asoma la reticencia y la duda, y que nos olvidemos. La banda de música, autoridades, poetas. No hace falta decir que la banda municipal, las autoridades locales, los poetas empadronados, esta ciudad es muy suya. Ahora solo falta que el secretario dé lectura conmemorativa al acta aquella como dicen que ocurre cada año en este mismo sitio, a esta misma hora: «El conserje mayor...». Yo he preguntado por gusto, se llamaba Pepe. Tenía cumplidas las bodas de oro con la Entidad y ganaba quince duros al mes más el derecho a tres cafés con leche por día: «El conserje mayor, en uniforme y prenda de cabeza y con los galones propios de su cargo, mientras esta Junta Directiva se hallaba constituida en sesión permanente y extraordinaria por aceptación unánime, detuvo a los forasteros que se disponían a entrar en el domicilio social. Tras la pregunta de rúbrica acerca de si poseían la condición de socios, o si acaso pudieran pertenecer a entidades afines con quienes nuestro Centro tenga establecida reciprocidad, el conserje mayor hizo la respetuosa pero formal advertencia de que solo podrían pasar a las instalaciones previa presentación por dos socios de número». El acta sigue con palabras muy propias y la fecha ut supra, yo mismo al cabo de tantos almanaques tengo miedo de estar contagiándome en el habla, que una de las veces me pille aquí la ambulancia de la Diputación con sus loqueros fuertes y colorados, no traen ningún nombre preparado, ellos cogen al primero que encuentran. Al conserje mayor lo dejaron seco. Pero nadie en la ciudad de N*** piensa que el holocausto de Pepe fuera en balde. Señores por una hora de vidas y haciendas, los caballos huyeron ante la sangre que manchaba la escalera principal de los señores verdaderos, donde la Directiva había ordenado encender todas las lámparas, extender las mejores alfombras. Ahora solo falta el himno que es un pasaje de la *Heroica* de Beethoven, sueltan palomas y una se posa en la gorra de plato del mártir.

Matar la mosca cuando empieza

Paris, le... de... de 19... Las oficinas del Crédit Lyonnais en la plaza Montparnasse tienen además de su reloj redondo como de patio bursátil en una película de Wall Street 1929 un calendario gigante visible desde todos los puntos. Y sin embargo, yo suelo olvidarlo. Siempre titubeo para la fecha. El empleado, atento y lúcido, me ayuda:

Le douze...

Odio la obligación de escribir en letra las cifras.

Février...

Fui cubriendo los espacios del formulario. Nunca puedo evitar el movimiento mental de calcular cuántos escudos hace esta suma de francos fuertes, la desazón de imaginar cuántas horas de un vendimiador de Oporto, o más cerca de mis querencias las idas y venidas de un carbonero de Sabugal, carbón de urces para las fraguas.

Olvida usted la firma, *s'il vous plaît*.

No llega a ilegible, quizá se deduzca el Andrade. Y una mirada panorámica veloz, al talón de ventanilla. Fue justo al tropezar con la evidencia escrita, el día, el mes, 1968. Recordé. Y sonreí con un aire de superioridad, por qué iba a inquietarme a mí, artista reconocido en París, la locura de un pobre sujeto de mi alejado mundo de Portugal. Lo que hice fue enroscar la Montblanc regalo de Claude y poner mi atención en el trámite final de la Caja. Al salir del Banco, calle de Rennes hasta San Germán, te cruzas con gendarmes que en nada recuerdan a nuestros guardas de la Seguridad; una muchacha frágil y blanca que va colgada de un negro altísimo; niños jamás; los carteles de una película erótica... Guarda es niebla y es lejos. En el vagón de 2.^a clase del Metro una pareja de monjas lleva una sonrisa idéntica y ausente frente a otra pareja, esta de hombre y mujer que se besan en la boca, y un señor muestra su derecho a ocupar el asiento de los mutilados. Todo tan sabido y francés.

Au delà de cette limite les billets ne sont plus valables.

Cómo pensar que fuera un letrero metafísico. Lo habré visto en cientos de idas y venidas. Y ahora, no sé por qué, me he parado, un poco más adentro de la mera costumbre de las palabras.

Más allá de este límite, su billete no sirve. Más allá.

Volví a casa. Conque hoy estamos a tantos de tantos de mil novecientos tantos. Esa conciencia se me presentó durante algunos días, cuando pintaba o escuchaba música o acostado con Claude, y me divertía, y yo la alimentaba. Pero en el duermevela de una noche en que me castigó el insomnio vi la fecha pintada en un oscuro azul metálico que nunca lograría yo con mi paleta, y las letras y las cifras que al final se resolvían en la figura de una mosca, con sus alas transparentes cruzadas de nervios. No es la primera vez que los somníferos me gastan bromas. En las nieblas de mi cabeza tuve un presentimiento. ¿Y si la mosca incipiente —la obsesión—pretendía vivir a mi costa?

Aconsejo matar la mosca cuando empieza. Pequeña, todavía limpia, reciente, no negra sino graciosamente azulada, no gorda de explotadora de sangres sino visitante de flores primerizas. ¿Y por qué no ser generosos con ella? si también nosotros quisiéramos volar.

Ma-tad-la.

¡Matadla!

La consentí, y así empezó la lenta corrosión que ya soy capaz de auscultarme, sí, de oír con mis propios oídos. Claude no sabía pero sufría las consecuencias.

Por lo menos deja que estas noches me quede, pienso que lo podría arreglar con una compañera.

Pobre Claude, yo había creído mucho tiempo que las francesas todas son egoístas en el amor, tan limpias ellas, tan precisas en su neceser. La he rechazado.

Anda, déjame que despeje esto.

Me callo.

Por lo menos la ropa.

Me da igual la ropa.

Esas botellas vacías.

Que haga lo que quiera con las botellas.

Los periódicos que tienes sin abrir.

¡NO! ¡Los periódicos NO!

Salgo poco, pinto por rachas vehementes, apenas leo –Claude: los periódicos no– y he perdido películas; recordar es el regreso compulsivo al último verano de Guarda, capital de distrito, provincia de Beira Alta. Es Volver al pobre Fidelino Chiclao. Por entonces la ciudad seguía afectada y eso que ya había pasado algún tiempo. El Fidelino Chiclao estuvo no con un pie sino con los dos pies en el otro mundo, y desde aquello ronda a cada cual la aprensión de que la contingencia pudiera repetirse en uno mismo. No es raro que salga el caso en la barbería, en el mercado mientras llegan los pescaderos de San Martinho, en el Cenáculo Literario y Artístico. Alguna vez se oyó esbozado (era inevitable) en reunión tan propicia a las discusiones tenebrosas como es el velatorio de un difunto, pero siempre hubo una seña de alguien y en seguida se giraba hacia cualquier otra conversación por no llevar una angustia suplementaria a los sensibilizados esposos, padres, hijos, sobrinos y demás familia del saudoso extinto.

A Claude, hurgando (antes de mi prohibición) en los periódicos portugueses que recibo, le chocaban las fotografías que ilustran las esquelas. Pero por qué. Hay gente que no ha tenido jamás un juicio criminal ni un accidente de circulación ni recibido A Ordem do Infante Dom Henrique, está bien la esperanza de salir una vez al menos en el periódico.

De esta misma opinión es, naturalmente, el señor director y editor perpetuo de *O Vigia*. Nada más llegar de vacaciones con mis petates de hijo pródigo, también un poco predilecto –¡Bien venido nuestro genio, «émulo de Almada Negreiros»!– me obsequió con una disertación erudita:

El temor de que la muerte aparente sea reputada de muerte real es tan antiguo como la humanidad, y no se apoya en quimeras sino en el conocimiento de casos evidentes. Lo terrible es que en nuestros propios tiempos, tan presuntuosos de la técnica, ese riesgo sigue. Un intento de interesar a la gente por el problema procede del profesor Huber, auténtico apóstol contra los enterramientos precipitados. Él ha coleccionado un montón de episodios que le ponen a uno los pelos de punta. Y no se piense que estas preocupaciones procedan de personas vulgares e ignorantes, al revés, principalmente personajes de espíritu selecto, aristócratas, artistas, literatos. En Maracaibo, por cierto,

fue víctima el doctor Parmião rector de la Universidad. La condesa de Kent le dejó un capital de muchos contos a su médico para que este la decapitara cuando fuera tenida por muerta. El doctor Huber, ¡un verdadero apóstol!, quería sobre todo fundar sociedades en Lisboa, Barcelona y Londres para asegurar a sus miembros contra el sepelio prematuro, contratando a médicos especialistas en la comprobación científica de la muerte. Total, unos escudos al mes, ¡bastante más útiles que la cuota del club!, y a vivir.

Hombre, eso de vivir...

Bueno, a morirse uno y ser un muerto de verdad.

Yo puedo esbozar unos trazos sobre el Fidelino Chiclao. En el recuerdo de la escuela (él era de los mayores, yo todavía *caloiro*) aparece ya con una delgadez deshuesada, un cuerpo sostenido en hilvanes, flotante, colgante de una percha invisible y a su vez abúlica. Los años no le han modificado ese perfil, y tampoco puede decirse que se lo resalten. Está, sencillamente, tal cual; como tantos otros (y otras) que yo miro anclados, sucesores de sí mismos, habría que saber cómo me ven ellos a mí. El Fidelino Chiclao tiene aún ahora el pelo abundante, rebelde, apresuradamente blanco –dicen– desde el trance; la mirada huidiza y nadie lo achaca a mala condición, la nariz no caigo, la boca sumisa y cobarde; va limpio de ropa pero incurre en perezas –discretas, como de dos o tres días– para afeitarse, también se nota su palidez de cara, ojeras. El editor de *O Vigia* le atribuye el vicio de Onán. Onán derramaba siempre en tierra etcétera, pero la cita bíblica queda arrasada por el vocabulario de los oyentes que surten verbos reflexivos casi siempre absurdos, equivalentes al de masturbarse. El sujeto lo oye decir en su propia cara y no se enfada y hasta sonríe. No es que Guarda sea de los sitios peores para las criaturas de abajo, nadie recuerda que a un triste perro le hayan metido una guindilla por el ojo del culo como hacen a veces los de Penedo da Beira, pero en cambio es ciudad de muchos ingenios y los ingenios locales se ejercitan poniendo los motes. Con el Fidelino Chiclao la han tenido tomada siempre. Esto no quita para que en el fondo sea estimado, prueba de ello es que se le preparaba bastante entierro.

Venga, Chiclao, suelta lo que se siente tumbado en la caja y oyendo tantos rosarios.

Igual te habían dado ya unas buenas hembras como a los moros del África.

Qué va. Este es de comer, comer...

El Fidelino Chiclao sonríe y calla. Fuimos amigos, una de esas relaciones desiguales y muy afectivas entre un chico mayor y un chico pequeño, entre un artesano y un señorito. Y un poco más tarde, entre un operador del cine de la plaza y un precoz devorador de películas y de cuanto les anduviera cerca. El cine, la magia del cine. Hubo épocas en que dudé de la pintura y envidiaba las posibilidades del cineasta para expresarse. Por ejemplo, nuestro parque municipal en invierno y, ¡zas!, plano de arbolillo desnudo al que le brotan las hojas y ya estamos en primavera. De la vida más vulgar y rasante tengo hecho guioncillos secretos, las hermanas del Fidelino eran costureras y hacían mis calzoncillos de mozalbete, las he visto planchar. Sala de una casa modesta. Interior–exterior. Día. Hermana menor: (Tierna). La luz la ahorran para iluminar la muralla, por eso la plancha no tira. La hermana menor se agacha. La postura ha dejado ver el comienzo de los pechos y entre ellos un insinuado reguerillo oscuro, sedoso, el hermano mira con

disimulo.

Me gustaría subir a las cabinas, como entonces –le dije al operador una tarde de mi último agosto.

Él no dijo nada, se comprobó la llave en el bolsillo de la chaqueta y echó a andar delante de mí. Pasábamos por la confitería de Os Irmaos Unidos y yo me sentí iluminado por el recuerdo:

¡Espera!

Luego, en la cabina probamos, probó el operador, yo a su lado mirando por una aspillera escasa, la película del estreno siguiente. Es distinto de lo que ve un espectador desde su localidad, quiero decir más excitante. Una lucha es más agria. Un beso es más peguntoso. Pero además volvimos a comer dulces. La triste, vergonzante perdición del Fidelino Chiclao por los dulces. Las cuatro confiterías de la ciudad de Guarda recibían su fervor equitativo, y daba lástima el misterio vano con que hoy se acercaba a los Hermanos Unidos y mañana al señor Juan de la Cruz; luego a Vizouso; luego a doña Rita Casiana; siempre buscando la hora más gris y vacía, a veces echando mano de un auxiliar inocente. Yo mismo lo fui alguna vez. Recuerdo que sin desdeñar pasteles y pitisúes el Fidelino Chiclao reverenciaba sobre cualquier cosa del mundo los productos harinosos como el almendrado, y más aún el polvorón.

Ahora, tantos años después, comíamos en silencio y casi a oscuras, atragantándonos hasta que él fue a la cantina desierta en el salón de descanso y retiró una botella de vino verde con intención de pagarlo en la sesión de noche. El banquete nos sabía a gloria. Y aquellas cajas polvorientas con los argumentos que las distribuidoras adelantaban a los empresarios locales, recomendamos *La loba*, Bette Davis interpreta el papel de una mujer orgullosa en quien la pasión del oro empuja a destrozar la felicidad de su hija y a causar la muerte de su marido.

Con el burbujeo travieso del *vinho verde* estuve a punto de preguntarle al Fidelino su verdadero apellido, yo no lo supe nunca.

La clave del apodo familiar, sí. «Chiclao» alude a quien cuenta con un solo cojón; lo que al padre, o acaso fuera al abuelo, no sólo le permitió tener prole, sino querida fija en Manteigas, una feligresía cercana. Dicen que el Fidelino Chiclao, a él mismo se lo dicen, heredó aquella tara (desde luego se libró del servicio de quintas). Terminamos la bebida antes que los pasteles y con la sequedad yo tuve que rendirme. Él siguió. Yo le vi en los ojos tan claramente escrita la felicidad que sentí lástima. Pero con cuidado de que no lo supiera. Lo repetimos varias veces y cómo no iba a cogerme afecto. No por la fingida complicidad en la gula (esto también), sino porque lo trato de otro modo que los demás, nunca le he preguntado si se manueliza o si es verdad que se lo monta con su hermana la pequeña, si se ha declarado a una artista italiana por carta, lo trato como a cualquier persona.

Y su casi entierro, ni mentarlo. Fue él, el propio Fidelino Chiclao, quien se acercó a hablarme cuando yo iba a entrar en mi coche para el regreso. ¡A hablarme espontáneamente!

El verano que viene no estaré –dijo.

Me dio la mano. Acaso fuera la primera vez en toda la vida que el Fidelino Chiclao y yo cambiábamos ese gesto corriente de relación, también ocurre que los rapaces de entonces tomábamos estas cosas como contrarias a la hombría. Era una mano comunicante. Una superficie sustancialmente desnuda que dejaba adentrarse hasta tuétanos más allá de lo común. La mano del Fidelino Chiclao, además de un fugaz asombro por el gesto en sí mismo, me dio una sensación extraña, próxima a la dentera. Nos soltamos. Y él, como quien ha ido a despedir a alguien de su agrado y le regala para el viaje lo más que pueda regalar:

Dígame que el verano que viene no estaré. He sabido que aquello –lo remachó, desviando un poco la mirada– era solo un aviso. Ahora sé el día exacto, y esa vez no me despertaré.

El Fidelino Chiclao soltó el día, el mes, el año.

Claude me esperaba, y qué hermoso París y qué apetecible Claude, Guarda es oscura y de hombres solos. Vinieron unos meses felices. Pinté mucho y pinté bien. Las individuales de París y la conquista de Suiza, la nominación para L'Ordre des Arts et des Lettres. Así hasta la ocasión banal del Banco en Montparnasse, ya saben, con la imprudencia de dejarla crecer. Era el momento de destruirla, sin energía sobrante, eso sí, de un golpe pragmático y ajeno al rencor. Pero algo que no aspiro a explicar me envolvió en una telilla de pereza, la dejé vivir. Vivir y hasta engordar un poco:

¿Y si realmente, Él..?

Absurdo. Una vulgar catalepsia; y quién iba a inspirarle tal predicción. Una ocurrencia presuntuosa.

Pero un poco más. Otro poco más. Y como un asedio en tarde de bochorno, inevitables, tenaces, los rasgos personales de Él. A veces un manotazo y se marcha. Se acabó. Pero ya vuelve, zumba. Come con nosotros pero sin dejarse caer en el cebo de la sopa, estorba nuestras noches íntimas, se incluye en el plano más delicado de la mujer que acabo de desnudar.

¿Te gusto así?

Cuyo cuerpo iba a besar.

¿Y así?

No tengo cámara ni aparato alguno, lo filman mis ojos. Lo dirige mi voz: la boca anhelante, Claude. ¿No sabes lo que es una boca anhelante? Por fin lo sabe. Ahora pon la mano en el cuello, vete bajando despacio, acaríciate. Pero Él y su delgadez deshuesada, el pelo blanco con un remolino, la mirada de susto como un menestral en una fotografía de feria.

Oh, querido, no es... no eres como antes, acaso unas vitaminas...

Soy un hombre, un portugués, si quieres un garañón búscate un negro.

Claude gimotea un poco. La maltrato un poco. Pero al fin le doy gusto; y después de que se ha tirado de la cama sin ninguna pereza a hacer en el baño todas esas cosas que hacen las francesas tras el amor y ha vuelto para el cigarrillo más sabroso, encima de la sábana, me habla maternal, como a un enfermo, como a un niño. Me aconseja y pasa sus manos por mi pelo y yo tengo la cabeza sobre su desnudez y ella me da a mamar de

su pecho más próximo a mi boca.

Está bien, Claude. Lo que tú quieras, Claude. No un médico, 3 médicos. Está la posibilidad de las drogas, sueros, el psicoanálisis. Me quedo con el doctor menos espectacular, el que me escucha larga, plácidamente, y al final se reduce a citar a Wilde: que para librarme de las tentaciones me dejara caer en ellas.

No luche frontalmente, amigo mío, todos estamos llenos de manías que no hacen daño, lo que sin remedio enferma a un hombre es contrariarlas.

Al bajar las escaleras de la consulta me había desaparecido la ansiedad, la opresión en el pecho. París, ciertamente, era una fiesta. Hasta el Metro está lleno de anuncios alegres, me pareció confortador que Nicolas sirva sus finas botellas a domicilio. Hacía tiempo que no compraba flores. Claude estaba esperándome y no me deja pasar del vestíbulo sin apoderarse del ramillete y lo mira incrédula, baja un poco la cara y con la cara acaricia las rosas. Le ha gustado el frescor olvidado y húmedo. Me busca.

No, espera. Ahora tengo que hacer algo.

El *Vigia da Beira* es el único hilo, delgado, que me enlaza con mi tierra propia. Solo el semanario independiente, llegándome cada medio mes aunque en la cabecera siga poniendo semanario. En un rincón de mi taller están los ejemplares sucesivos, intactos, quietos, mudos. También sé que en uno de ellos, sé exactamente en cuál, habita el vencimiento de la última tentación. No se resista en vano, amigo mío, todo lo que usted quiera y usted pueda, hágalo. Meto dos dedos de mi mano derecha entre el periódico y su faja. Despacio, tranquilo, con la seguridad de quien ha encontrado un camino que ya nadie podrá cegarle. En este tiempo ruin he pensado que no soportaría desplegar el formato invariable y modesto y llegar a la página de las esquelas, por si realmente estaba allí el nombre que yo sé, con los apellidos verdaderos, sus afligidas hermanas, y la fotografía y la fecha. Y ahora:

Bien, gatita, *le malheur c'est fini*.

Claude no sabe toda esta historia, viene y se frota contenta de arriba abajo, del contacto surge una electricidad fugaz, no sé si es su cuerpo o el tejido de nailon de la blusa.

Solo un momento, quieres –todavía la aparto.

Porque tiene algo de morboso, y agradable: ahora que está la liberación en la mano, demorarla. Saber que basta un tironcillo al precinto engomado y –de pronto la he presentido, la empiezo a oír zumbir, la veo– ella caerá fulminada para nunca jamás volver. Para nunca jamás volver. Para-nun-ca-ja-más-vol-ver... ¡NO!

Pero *chéri*.

Bolas, *NÁO!* Ya es demasiado adulta. Se ha criado a mi lado. ¿Y es que no se puede coger cariño a una mosca?

(Travelling lento hasta plano grande de mosca ocupando toda la pantalla.)

Las erotecas infinitas

Aquel bote de leche condensada y en su etiqueta un niño
que sostiene en la mano un bote de leche condensada
donde la etiqueta tiene al mismo niño con el mismo bote
de leche condensada en la mano cuya etiqueta...

pero ella no podía saber que aquella tarde, justo en aquella tarde sin relieves fuera a cambiar su vida. La voz de Mr. Edward Aldington por el teléfono había sonado desvaída como siempre. Lo siento, señorita Brooke, usted puede dejarme la firma urgente y marcharse. Bien, señor, me ocuparé también de ordenar algunos papeles. Haga como usted quiera, en cualquier caso yo no podría volver a tiempo. La señorita Mary Jane Brooke trabaja con su jefe en varios idiomas, ahora se aplicaría a la máquina más eléctrica y más silenciosa, que produce una correspondencia intachable, solo asuntos que no pueden confiarse a las mecanógrafas de número. El papel timbrado de la Dirección General no se degrada con Su referencia Nuestra referencia Cítese en la contestación, una severidad muy elegante, se alegró. Lástima que su ascenso reciente la haya distanciado de compañeras gratas antes bulliciosas y francas en la oficina común y reticentes ahora, incluso recelosas ahora, «Mejor ser cura raso que paje de obispo, mejor soldado de filas que asistente del capitán», retóricas de esa Sheila donde acaso la envidia no anduviera lejos. Ella: Mary Jane Brooke, 28 años, nacida en Hillsborough, Down (Irlanda del Norte), secretaria primera de Mr. Henry Edward Aldington, director general (y quizá próximo presidente) del Banco del Oeste. Viejos ordenanzas, cronistas los más seguros de la Casa dijeron que nunca se había visto en el antedespacho del despacho más recóndito y solemne una funcionaria tan joven. Ciertamente que el mismo Mr. Aldington es joven. Pero esto solo podría saberse mirándole los documentos de identidad, nunca a través de la oscuridad de sus trajes y costumbres implacables, de la conciencia con que asume el talante de solterón cuando es sencillamente un soltero, te gustaría decírselo un día, Jane. Cada holandesa de papel ductor especial, limpia, tersa, graciosa de márgenes, ocupó una división en la carpeta lujosa de la firma; y la carpeta misma, transportada casi con reverencia, cubrió sobre la mesa pontifical un rectángulo que no necesita guías o señales para que siempre sea idéntico rectángulo. La señorita Brooke se aseguró aun situándose junto al sillón. Un momento sintió el inocente deseo de probar a sentarse en él pero lo rechazó como a tentación indecorosa. Se ocuparía de los recortes. Es verdad que la Paragraph International Agency los suministra mediante abono, pero esto no excluye el cuidado de recoger por si acaso todo cuanto pueda aludir a Mr. Henry Edward Aldington del Western Bank Ltd. La señorita Brooke había llegado al virtuosismo. Cogía cualquier periódico o revista, dejaba vagar su mirada –mejor tranquila, relajada– sobre la superficie de la página impresa, y era seguro que si allí se había escrito Aldington, la peculiar, única, inconfundible organización de las nueve letras vendría a buscarla a ella, y no al revés. En

realidad, era un trabajo agradable. Lástima –siempre una nubecilla– que Mr. Henry Edward Aldington (la señorita Brooke se siente satélite de su brillo) no aparezca apenas en los magazines mundanos. Esta vez reunió un par de referencias. Primero aísla el territorio en un óvalo de lápiz rojo grueso (nunca de rotulador o bolígrafo); luego, las tijeras, cuidadosas de evitar los picos y flecos; al fin anota al margen el título de la publicación y la fecha. Con todo, un vistazo a su reloj le dijo que era temprano. La tarde se declaraba lluviosa en los ventanales que dan a Lombard Street y no ofrecía a la señorita Brooke alicientes capaces de competir con el calor amable de su propio trabajo. Demoradamente recorrió el despacho amplio, grave, marginado de la calle y el mundo por cortinas pesadas y cómplices como la alfombra, y al paso iba comprobando el orden, porque de restablecerlo no había la menor ocasión. Todo el frontal del fondo es biblioteca, un testero amplio donde además de libros hay un auténtico Turner y detrás del cuadro –imaginó ella–, ese secreto cofrecito fuerte de las películas. Antes, bajo el imperio del casi anciano Mr. Aldington que llegaba con una flor en el ojal sobre el traje claro y *sport* y pellizcaba a las secretarias, cuentan que hubo también cajas de cigarros elaborados en exclusiva por Davidoff y un bar copioso; pero el vástago sucesor determinó los cambios, pasada una semana de respeto. Los volúmenes, alineados, podrían soportar la revista de comisario más exigente. Sin embargo, la señorita Mary Jane Brooke, cumplidora, estaba allí para trabajar en su nuevo puesto. Se acercó. A los libros –piensa la señorita Mary Jane Brooke– no les basta el aspirador o la bayeta, a saber: hay que levantarlos, airearlos, acariciarlos puede decirse, aunque sea para restituirlos pronto a su infinita espera; estas revivencias los descartan de la comparación con un museo, peor si es un cementerio –puntualiza la señorita Mary Jane Brooke, romántica–. Y por si no hubiera bastantes indicios de que Mr. Aldington junior es... especial, los rótulos de los lomos perfeccionaban ahora mismo su retrato. Allí en la cúspide de la pirámide (cada empleado tiene el deber estatutario de conocer el organigrama del Western Bank Limited), de una pirámide desentrañada y fría, resultaba chocante, y encantador, aquel retén de la gran literatura de todos los tiempos. Desde los griegos. La secretaria sintió un orgullo personal por el fervor de su jefe. Movié y removié. Homero y Virgilio, los Vedas y los poetas chinos. *Don Quijote de la Mancha* (era como una reválida) y los novelistas rusos, Shakespeare por supuesto y Dickens, todos volvían a su lugar exacto pero más vivos y coleantes. Y su lugar exacto era el más visible, o sea honroso, o sea preferente. Pues detrás, postergada y hasta escondida encontró una segunda línea en encuadernación de encargo aunque no lujosa: títulos, ahora sí, perfectamente coherentes con la dirección de un Banco; pero que al lado de Balzac, ¡ah, Balzac!, sonaban triviales hasta el aburrimiento. Estos también, se decidió Miss Brooke por la imparcialidad. Así fue como por accidente se le escapó de las manos laboriosas el *Comparative Economic Systems*. ¡Vaya! –exclamación, pero entonada–. Y eso que no sabía, aún no podía saber que aquel tomo soso y despanzurrado iba a cambiar su vida de secretaria primera y de mujer (puesto que lo que había dicho Mr. Edward Aldington por el teléfono más privado con su voz descolorida como siempre es que no volvería aquella tarde), pero no adelantemos los sucesos. Bajó, pues, de la

escalera portátil de madera noble, levantó al caído y ya lo llevaba a su rincón tras alisarle las hojas maltratadas. Entonces tuvo esa reacción un instante tardía que tanto gustaba en Hollywood para subrayados festivos. ¡Pero cómo! En un impulso abrió el libro y este obedeció exactamente por el lugar de su forzada caída al caer. El hábito de los recortes le había hecho a la secretaria sagaz retener una palabra. ¡No es posible, debo de estar mal de la cabeza! La palabra, en efecto, estaba allí. Absolutamente bastarda en un *Comparative Economic Systems*. Tanto que Mary Jane Brooke se limpió los ojos y miraba arriba y abajo el lomo del *Comparative Economic Systems*, y era ciertamente el *Comparative Economic Systems*. Se internó en la lectura y le bastaron pocas líneas para deducir, entre indignada y divertida, el lapsus mayúsculo del encuadernador de la Casa, «Sonreí y le tendí las manos, él se arrodilló, cortesía que tan solo el amor, gran maestro le había enseñado, y las besó con ansia. Después de un intercambio de preguntas y respuestas confusas le pregunté si querría entrar en la cama conmigo durante el corto tiempo que pudiera retrasarle. Era lo mismo que preguntar a un hambriento si querría saborear el manjar que más le agradara...». Pues sí que tiene gracia, resumió Mary Jane. Y, esperemos que sea un caso único. No era un caso único, pues el aparentemente *Die National-öko-nomie* del *Gevenwart und Zukunft* relataba en su entripado aventuras del mismo color solo que la protagonista en vez de Fanny Hill se llamaba Grushenka y sus pasos –sus malos pasos– transcurrían entre padrecitos y samovares, muchos samovares hirvientes y padrecitos que no lo estaban menos. La señorita Brooke sabía, cómo no, que existen libros así, la pequeña biblioteca de Sheila. Sheila (recordaba de cuando compartieron el apartamento) era poco escrupulosa y algún sábado de callejeo se habían detenido las dos en tiendecillas no lejos de Piccadilly hojeando el material. Además, Mary Jane Brooke no es que se chupara el dedo en materia amorosa. Tenía sus propias experiencias, y con esto y el ambiente permisivo y hasta acuciante de los espectáculos, los anuncios, el folclore sexual, era lógico que aquellos relatos elementales y aún ingenuos la dejaran fría. «La princesa estaba sentada delante de un espejo, en su tocador. Boris el peluquero estaba muy ocupado peinándole los largos y morenos cabellos. Una joven sierva sollozaba –sin duda acababa de recibir una azotaina– de rodillas en el suelo, mientras pintaba de rojo las uñas de su licenciada señora. En un rincón, cerca de la ventana estaba sentada Fräulein, leyendo alguna poesía francesa. La princesa escuchaba con poco interés o entendimiento. El poeta francés había introducido en su fábula toda clase de personajes mitológicos que nada significaban para la caprichosa oyente. Pero cuando describió cómo penetró en la gruta de Venus el asta enorme de Marte, eso sí que mereció toda su atención.» Como quien oye llover, era la respuesta de Mary Jane a aquellas sugerencias. Un rato seguiría picando aquí y allá en las páginas camufladas –la condesa Gamiani traía por fuera un título de Servan-Schreiber J. J., igual que *Mi vida sexual secreta*, *El caballero y la doncella*, hasta las nada ejemplares *Memorias de una pulga* ocupaban los pliegos internos de volúmenes aparentemente económicos o políticos–; pero al fin, consciente de su deber decidió abandonar. Porque, en definitiva, el oficio de la señorita Mary Jane Brooke es la fidelidad. aceptar que Mr. Henry Edward Aldington tiene siempre razones para lo que

hace o deja de hacer (qué raro, ahora no se lo imaginaba de oscuro). Y sin duda hubiera sido allí el punto final, de no entremeterse otra vez el azar. (Ella no sabía, no podía saber que estaba girando su destino.) Fue al restablecer definitivamente la disciplina cuando apareció aquel volumen rezagado. En rústica. Sin ninguna falsa tapa –aún– que lo velase. Por esto caía simpático. Y con algo de llamativo, desde la misma portada. unos pulposos gruesos labios de mujer que contenían en su mohín casi indecente otros labios de mujer, y estos contenían otros, y así y así, hasta que la vista se declaraba incapaz pero seguía suponiendo labios y labios hasta el infinito. *Las erotecas infinitas* era, precisamente, el rótulo (quizá condenado a ceder el paso a un mendaz *Theories of Economic Growth*) sobre la vorágine de las bocas. Tiempos llegarían en que la secretaria primera de Mr. Aldington volviendo con el recuerdo sobre estas vivencias tratara de analizar por qué había retenido precisamente este libro y se demoraba en su lectura y hasta buscaba mejor acomodo, ¡caramba, pero si estoy en su sillón!; de analizarse a sí misma ¡la irreverencia de los pies desnudos sobre la alfombra alcahueta! con el rigor metódico de un memorando de trámite, A) El papel de la cubierta era terso, suave, poco menos que turbador al tacto. B) El primer capítulo parecía ocurrir en América del Sur, su ilusión lejana de siempre. Y, muy acusadamente, C) *Las erotecas infinitas* no tenía cortadas las hojas y su plegado determinaba una cadencia hecha de páginas que se podían leer, otras que se leían solo en parte, otras que quedaban definitivamente ignoradas, así desde el principio al fin, intrigando, pinchando, prometiendo, todo como visto con intermitencias de luz y sombra por el ojo de una cerradura. Ciertos aunque secretos son los mecanismos del alma (y del cuerpo, que la lectora empezaba a sentirse). Porque de saltar las páginas, una vaga y no ingrata blandura iba ganando a la pundonorosa (en lo laboral) señorita Brooke. Resignada a las frecuentes lagunas –al lado, un abrecartas de plata, terrible tentación vencida–, avanzaba con avidez, y lo incógnito era en su naturaleza profesionalmente deformada una representación gráfica –mecanográfica– de espacio vano que en el Western Bank Ltd. es regla sagrada inutilizar con guiones precautorios sobre cualquier documento que sea. Una cosa así ----- se distraiga, por favor, ya sabe después su papá.» «Si es que me duele algo la cabeza.» «Pero qué me dice, un muchachote como usted tan fuerte, eso es ni más ni menos que la vagancia, Humberto.» Se trataban con respeto (incluso después de lo sucedido en la clase del otro miércoles), guardando una distancia verbal que resultaba más ostensible en el buscado y oscuro acercamiento de los cuerpos jóvenes –ella como cinco años menos joven, pero también, al fin–, por debajo de la mesa cargada de libros, cuartillas, diccionarios, era una mesa rica y sofocada, en la siesta profunda de Río Grande. «No se distraiga, Humberto, hágame el merito favor». Humberto declina, conjuga, aplica al latín y al inglés su adolescencia pálida y ojerosa; pero probablemente en el rabillo de su ojo derecho, sin necesidad de abandonar del todo la página la señorita Noemí le entrega el comienzo misterioso de los senos. «Humberto, qué le vengo diciendo, tiene que estar usted en lo que está». La señorita Noemí hace muy bien el papel de seriecita y hasta enojada, es la única niña de Río Grande que a su edad ha recorrido tanto Europa, por eso tiene que darse a respetar de profesora para la ayuda de los chicos suspensos. Pero

pasa que ella ha leído muchos libros, además de los de texto se sabe algunas novelas en que institutrices o hermanas mayores o enfermeras o qué sé yo alertaban a los pibes; ella siente un placer inmenso, un deseo invencible mucho mejor que con hombres hechotes y agresivos, y además rápidos y descuidados en el amor, sí, bastante más este resbalamiento penumbroso sobre el tiempo del reloj de pared, la sala huele a limpio y fresco y tabaco del señor Entrerriós, qué suave encanto Humbertito, si en seguida tiembla. Cuando viene en la guagua, «Noemí qué guapa se la ve a usted». «Te lo comería palomita», ella ni caso, ella a lo suyo, va diseñando en secreto el pormenor pedagógico de la tarde. «Le tengo un cuadro sinóptico que tiene usted que ver de cerca y con cuidado, fíjese bien en lo que estamos, de este modo usted lo recordará cuando el examen, esta primera llave es el periodo arcaico». La mesa está hecha que hay que quedarse alejados por los palos y travesaños o de lo contrario en un gran aprieto, conquelo segundo, «acérquese bien, no hay más remedio que coger en la cabeza esta llavecita, nunca se sabe por dónde van a salir los catedráticos». Humberto Entrerriós tiene así como dieciséis años y sin embargo es tímido, mentira parece por estos tiempos que corren, alto, recio de campeón, al pobre se le da mejor la pértiga, piensa la señorita Noemí. La señorita Noemí siente pegadito a su lado un capital amontonado, la de hombres que ella podría tener en la comarca desde Río Grande a Trinidad y va y le gustan más los verdecitos así, voy a mirar en los diccionarios si a esa edad se es un adolescente, «espere, Humberto, una pequeña etimología», y allí dice «entre el final de la niñez y el comienzo de la pubertad, hasta el completo desarrollo del cuerpo». Hasta el completo desarrollo del cuerpo. La frente misteriosa y pura o a saber después de lo de la clase del otro miércoles, qué sofoco, la barba naciendo, cuello, brazos, piernas, piernas, en las piernas, entre las piernas, pero si a esta edad son ya unos bárbaros, las palabras se encadenan unas con otras, «el comienzo de la pubertad», *pubertas pubertatis*, época de la vida en que empieza a manifestarse la aptitud para la reproducción. «Usted atienda a la tabla esquemática, grábesela en la memoria de manera que luego la vea con los ojos cerrados.» «Es que estos días últimos me duelen un poco los ojos, la cabeza.» «Pues no será de estudiar, a saber en qué otras cosas estará usted pensando.» «Pues en nada.» «En algo será, si no, no me explico.» No, sería inútil; él se moriría de vergüenza si ahora habláramos del miércoles, estos chicos pueden llegar a cualquier cosa si una no les habla y no los mira siquiera, de otro modo se ablandan de vergüenza como melcochita. Solo la lentitud y la constancia sirven a la pedagogía, sabe la señorita Noemí. Deja al chico sobre la sinopsis. Ella cierra los ojos y se da a pensar maravillas, «qué repelús le daría al pobre si ahora me acercase a su oreja como me enseñaron en Montpellier». Las orejas son una cosa terrible. Y ese trozo en la nuca bajo el pelo, y el pelo mismo que hay que ver cómo se lo lavan y cuidan los muchachos ahora. Sería mejor en el sofá. No, sería mucho correr lo del sofá. Aquí mismo, pegaditos el uno al otro por el asunto este de la configuración de la mesa, irle aplicando todavía más la presión calentita de mi lado y un par de botones más, estoy segura de que con el borde del ojo me está tocando. Tocar, rozar, apretar, abrir, romper, mover, sentir. La señorita Noemí tiene inventada una lección para algún miércoles futuro, acaso no llegue nunca pero habría que ver, verbos de

significación y uso absolutamente normal y corriente que sin embargo proporcionan una inducción erótica, pueden llenarse páginas enteras, dar, gemir, consentir, tensar -----
 ---- deslizar, ceñir, titilar, jadear, ceder, sorber, sacar, hendir, fluir, palpar, obligar, enseñar, probar, consentir, ¡repetido, no vale!, rasgar, encender, los verbos, Humberto, entrañan esencialmente acción, Humberto, ¡híjola!, qué paradito es usted. «¿Lo está usted entendiendo? el periodo clásico es *aurea latinitas*, primero época de Cicerón, segundo época de Augusto». Y a la señorita Noemí le acude una duda clásica clásica, me moriría de gusto buscándole la pubertad y no sé si mejor desde arriba por la camisa abierta y esa medallita que aún no encuentra vello donde enredarse, si mejor desde abajo qué bonita locura sobre el paño delgado veraniego y aquí el tobillo y un poco más la rodilla y un poco más el muslo hay que ver lo que tiembla, y todavía te estrechas en el dilema angustioso, los botones o la *fermeture éclair*, así que ya no hay quien te frene la cabeza, resbalar, explorar, arder... «Ahora usted y yo no vamos a perder el tiempo, Humberto, mire, nos queda menos de media hora.» «Pero a mí me duele un poco...» «La cabeza, sí, esas son maniítas suyas.» «No le cuente a mi papá que ando así algo malo, sabe.» «Yo no cuento nada, Humberto, usted tampoco debe contar... Usted es un hombre. Por cierto, yo pensaba que podíamos seguir con la lectura... ya entiende, lo que llamábamos literatura viva.» «Ah, qué bueno.» «Y le gusta la aviación, claro.» «Paracaidista.» «Pues acérqueme mi bolso. Gracias. Me han prestado el libro, mire qué mona la carátula, *Las azafatas insaciables*. Usted lee y yo escucho para ver su entonación, puede abrirlo por cualquier parte, lo que nos importa es el lenguaje.» Acolchada. Íntima. Y, sin embargo, horriblemente impersonal. Una habitación idéntica a cualquier habitación de tránsito en cualquier hotel de aeropuerto del mundo. La televisión en color; los programas de música a elegir en los mandos de la mesita de noche, o desde el sillón, o desde el cuarto de baño; el pequeño frigorífico silencioso. «Qué gracia, siempre te sientas en el borde de la cama, Audrey.» «¿Tú crees?» «Sí, si estás con el uniforme completo... todavía.» «Eres muy observador. Para observar así hay que ser desapasionado. No, no, deja, no tienes que violentarte.» «Es un placer.» «Qué amable.» Él y ella sabían que nada iban a hacer sin un previo juego de reticencias y frialdades donde vagamente encontraban los estímulos. «¡Oye!, lo que se dice un placer. Con el uniforme completo te veo ¿cómo diría yo... ? espíritu de cuerpo. Resulta muy turbador sentir entre los brazos a la Compañía. Aparte de que tenéis tan buena literatura... acuérdate en Hamburgo, cuántas novelas, películas con *air-hostesses* desnudándose en cuartos de hotel.» «Una racha estúpida, tendría una que querellarse.» «El arte es así.» «¡El arte!» «Realista.» «Crearás que porque tú y yo...» «Candorosa Audrey...» Audrey Masefield, azafata del grupo primero A del cuadro intercontinental, próxima su historia a las 3000 horas de vuelo, es una muchacha espigada según exigen los reglamentos, y su atractivo físico supera incluso las marcas ya bien altas de esta codiciada profesión femenina. Su belleza está plantada, como puede suponerse, sobre unas piernas perfectas. Ahora las tiene cruzadas indolentemente, las medias bien tirantes parecen sugerir una lenta trayectoria hacia las delicadas fragancias de su feminidad. «Acércame los cigarrillos, por favor» «¿Otro más?» «Son tantas horas de reglamento... gracias.» «Es curioso, el

bolso de una mujer. Te adivinaré. Veamos... Tres encendedores, desde luego. Y ninguno enciende. *Made in USA, made in Hong Kong*, pequeño contrabando de Tánger...» «Tiene poca gracia, John, esa presunción tuya de especialista.» «¡Vaya!, no me vas a decir...» «¿Que estoy celosa? Por favor. Pero resulta un poco estúpido. Bueno, por lo menos innecesario. Mira en la mesilla de noche, tiene que haber cerillas.» «Y ninguno enciende. Sí, esto es más seguro, *Welcome to Montreal*, el Royal Airport Hotel nos desea felicidad, Audrey. ¿Empezamos, Audrey? ¿Nos ponemos a ser felices?» «Cínico.» «Me lo dijiste en Ámsterdam. tu cinismo es lo más excitante, me dijiste. Te puedo describir en qué... situación estábamos.» «Calla. Entonces, puede que sí. Pero en frío es un horror.» «No, no. Lo que te gustaba era precisamente la frialdad impúdica. Que entrásemos tan serenos, y yo con el tono de quien habla de un vuelo ordinario o de la meteorología empezara. escucha, te diré exactamente lo que te voy a hacer. Y tú, el qué. Y yo, verás...» «Calla.» «¿Te acuerdas Copenhague? La película. La pareja de al lado. Te interesaban ellos más que la pantalla, Audrey. La pantalla también. Acuérdate. La hermana mayor. La hermana pequeña. El intruso.» «Soez.» «Tiritabas un poco en la historia aquella de la cárcel de mujeres. La joven reclusa, tímida, muy blanca, débil y sin embargo...» «Me pones... nerviosa.» «Sí.» «Deja al menos que me ponga cómoda.» «No. Aún no. Muy quieta. Enfrente. Atiende. Me gusta hablar contigo como en visita --- es esto lo que te gusta oírme, dílo, pues lo grito, lo grito, ahora te necesito, y qué, o crees que no soy una mujer, pero te odio, te odio, te odio.» Y ya no hubo más juegos sino la honda ceremonia de la posesión de una mujer por un hombre, de un hombre por una mujer. Luego callaron. Luego hablaban tranquilos, un punto perezosos. El piloto se sentó en la cama y puso sobre sus rodillas fuertes y velludas la gruesa cartera de mano. Entonces se acordó: «¡Pero si te he traído un regalo!». «Menos mal que me lo dices.» «¿Sabes de dónde?» «De Roma.» «No, de la escala de París.» «Un perfume.» «No.» «*Marron glacé*.» «No.» «Un disco.» «Templado, templado.» «¡Un libro!» «Sí. Tómallo.» Audrey tomó el envoltorio hecho con papel discreto, neutro, anticipó a su compañero un beso de gracias y se puso a abrirlo. En seguida, lo hojeó. «Oye —dijo él—, no creo que debas leerlo ahora, no nos vayamos a enredar otra vez.» «Si es una porno francesa —dijo ella— te apuesto a que hay un castillo apartado.» «Entre alamedas sombrías», dijo él. «Con su condesa, a la que corrompe el marido.» «Con el conde depravado, la huérfana...» «¡La huérfana que se llama Solange!» «El conde y la condesa, la huérfana Solange y el joven y vigoroso guardabosques que al fin entra en la combinación.» Se rieron los dos. Era, aun antes de enseñar su contenido, un precioso objeto como suele salir de ciertas prensas francesas, y en el colofón: *Tirée à 500 exemplaires, tous numérotés*. De la minoritaria serie —«*Très, très spécial*, me dijo el vendedor— Audrey tenía en la mano el exemplaire n.º 95. Con los grabados originales. Una preciosidad. «Los dos hemos perdido la apuesta, John, escucha. Aquí mismo, hacia la mitad.» No, no, se confirmaba a sí misma Yen-tchou, qué interés puede haber en la fiesta del gobernador, oh, los notables de siempre, el influjo avieso del licor de arroz, los cumplidos sonando a falsos en su exceso y siempre la sensación de cortejo asediando, un círculo de ojos, de manos, de bocas de deseo. Pero, sobre todo, esta noche más que

ninguna otra, la atracción de la propia casa, adornada, iluminada en la esperanza de que fuera ya la noche del gran regreso. Poco más que adolescente, enamorada y fiel, Yen-tchou sentía la felicidad de saberse unida a la estrella de un hombre prestigioso, abocado a los altos destinos del Estado, Tchang el Probo, lo musitó para su gozo íntimo, Tchang el Probo. Lástima, suspiró, que el deber duro aunque brillante de una embajada lejana se lo hubiera arrebatado cuando los dos, jóvenes e incansables, acababan de descubrir el verdadero amor. Ahora, al fin, el calendario dejaba prometer la feliz revancha, quién sabe si en aquel mismo inicio de la luna plena. Como cada vez que la cercaba una emoción o un confuso anhelo, se aproximó inconsciente al rincón de los instrumentos de música. Desde insondables tiempos de preponderancia la familia de su esposo guardaba una colección envidiable donde junto a las simples flautas de bambú de tres agujeros esperaban el arpa y el laúd, el pequeño armonio, las muchas clases de gongs de piedra y juegos de campanas. Escogió Yen-tchou la bandola, y el lance de ponerla sobre su regazo tuvo un aire maternal pronto sustituido por el más tenso de la mujer que a la altura de su propio vientre acaricia el rostro ávido del amante. Fue una rapsodia triste y perezosa, al comenzar. El poema, recitado sobre la melodía llamada de los álamos blancos, tenía algo de añorante, pero también de aleccionador sobre el paso irrepetible del tiempo: «Disfruta del día que pasa. / Retén su zumo antes que la noche lo seque». Luego, el tema se hacía más vivo y desgarrador, casi frenético en los acercamientos a su culminación. Los dedos largos y finos movían el plectro sobre el temblor gimiente de las cuerdas, y aunque entregados a la más pura y espiritual de las artes, no podrían ser vistos, ni por el más impasible entre los espectadores, sin alentar similitudes con erizantes argucias del amor. La mujer se dio a recordar las últimas experiencias de su vida, que antes era lenta y sin gusto y luego se había hecho vertiginosa y sávida. Pero esto último no había acontecido de repente. Los primeros tiempos de matrimonio fueron de formalidad entonada y fría, donde dos seres corteses más perfectamente desconocidos uno del otro soportaban las consecuencias de la tradición que amaña las alianzas. Ella no había sentido disgusto, tanto no, pero apenas conseguiría evocar ni uno solo de los abrazos de aquel noviciado sin gracia. En cambio, recordaba minuto por minuto la ocasión festiva en que la vida de Tchang y de ella misma había cambiado como al soplo de piadosas divinidades. Tchang el Probo, que dedicaba la existencia a los libros y sobre ellos fundaba sus aficiones, fue inspirado para aportar cierto día, a la hora de la velada conyugal, aquel álbum sobre cuya precedencia no quiso ella extremar las preguntas. Juntos comenzaron a examinarlo, primero con expresiones de desdén y hasta reprobadoras, luego con risas cortas y nerviosas, después con demorados silencios, hasta atreverse a la crítica y glosa de cada una de las posibilidades. Terminaron amándose en la oscuridad sin palabras, como lo hacían de consuno. Y sin embargo, aunque todo fuera lo mismo, todo había empezado a ser distinto. La vigilia siguiente, el letrado adelantó el momento de abandonar los severos estudios de la religión y la filosofía, y Yen-tchou lo estaba esperando, como alertada por los presentimientos, en un descuido de sedas escurridizas que hiciera fácil la imitación de cuanto habían aprendido por los ojos. Ahora, recordarlo era gozo y angustia. Las celosías que dejaban pasar el fresco de afuera toleraban igualmente el aire del jardín, emisario del

membrillero y el almendro en oleadas de aroma. Fue entonces cuando, incapaz de contenerse por más tiempo, cayó en la tentación que había desechado. En el secreter de un mueble que ostentaba la pátina de viejas incrustaciones, dormían los volúmenes con que Tchang el Probo, poco a poco, había formado la colección iniciada en aquel primer tomo de tan señalados efectos. En cuclillas sobre el muelle tapiz, luego acostada en voluptuoso abandono, la gentil Yen-tchou hallaba como casi inéditos *Los palacios perfumados del placer*, *Las memorias del monje libertino*; *La historia inexpurgada de la colcha amarilla*. Fue este volumen atrayente y colorista el que mereció la fortuna de perdurar entre sus manos temblorosas. Lo recorrió primero con fingida calma, pero no iba a tardar en hacerlo con intensidad creciente. Y aun después de haberlo saboreado en toda su extensión, lo retuvo para entregarse a la imitación de aquella escena de la libélula. Es aquella en que los dedos de la mujer sobre su propio cuer----- una explosión de estrellas de colores.

Luego se quedó mustia y pesarosa, como si acabara de traicionar al ausente con todos los hombres del mundo, mil veces peor que si hubiera acudido a la invitación de su excelencia el gobernador en lugar de quedarse guardada en casa, furia y víctima solitaria del acometimiento de los recuerdos. Capítulo IX. Aquella noche, Tchang el Probo regresaba del viaje a la remota provincia...

—¡Dios mío, la paella!

—Vaya, para un domingo que podemos quedar en la cama.

—Bueno, Pepe, igual tomamos por Atocha unas tapas. Anda, sigue leyendo. Sigue.

«Del viaje a la remota provincia.» Está bien, mujer, en la Orensana. «En su bolsa de cuero repujado traía, como el mejor de los tesoros, un libro nuevo, absolutamente diferen...

El ingeniero Balboa

Lena. Lena. Ahora que espero en la UVI de la Concepción que es una antesala donde un hombre no puede hacer otra cosa que esperar

esperar el qué, pero esperar

y vivo (suponiendo) en una tibia plaza y redonda de burladeros de color de asepsia,

recogido hacia el lejano claustro materno y las rodillas dobladas buscando el calor del vientre, la memoria vuelta a la carretera de La Coruña por la Moncloa ejercicio n.º 5 o sea movilizar el segmento cervical y corregir su estática defectuosa, o sea girar alternativamente la cabeza hacia la izquierda, después hacia la derecha (mirar atrás por encima del hombro): miro, Lena, y te veo. Con el pensamiento reduzco la fractura astillante del tiempo –fíjate, admira a qué pedantes extremos han conducido aquí mi lenguaje–, y cuando tantas imágenes perdiéndose en una niebla sorda y dulzona que me sale del pijama roto en el pecho hasta empañar los níqueles milagrosos, tu vestido de flores amarillas sí. El secreto de tu vientre, sí. Y sobre la tela brillante y tensa su mano. Bien sabes la mano que digo, Lena. El caso es que a lo mejor tampoco ahora estoy para morir, son muchos los aparatos. Pero esta claridad con que me llenas, si casi me ofende el tenaz menudeo de los recuerdos de los lugares, de los lunares, el olor nunca más repetido ¡en tantos años! De tu abrigo de piel mojado por unas gotas de lluvia, tienen que ser justamente unas pocas gotas, yo no sé si una exageración así nos ilumina en la orilla misma de la muerte, qué experiencia quieres que tenga.

–Pero siéntese, Elena, le pongo una silla junto a la estufa.

–No me trate de usted, por favor, me conoce desde que era una niña.

Ahora, ahora tengo que aprovechar. Cada vez que me dais ese sabor azulado a la boca se me enfrena el corazón y respiro, coma, respiro, punto y coma; ella se resignaba muy fina: sabe Dios lo que tardarán, las telefonistas dicen dos horas pero hay que ponerse en lo peor.

–Sí, qué tiempos, todo se nos ha vuelto tan difícil...

Conocí un placer nuevo porque todo se nos había vuelto tan difícil y ya ninguna urgencia de espiar sus piernas de largura negra, la falda en pliegues de color marengo, el jersey de lana otra vez negro y el cuellecito blanco; o sea, de alivio. El cuellecito la aniñaba algo impropia y debía de ser por sus puntas tímidas y redondas. Pero te fijabas en la cara, y no. Había en sus ojos un mirar de brasas con muchos mundos y en los alrededores de los ojos las huellas no exageradas de un dolor venido a menos, la nariz tan noble, la boca, el cuello alto y derecho sobre un cuerpo nervioso. O nada. O no había nada de esto y solo el nombre. Preguntad a cualquiera de la comarca. A aquel chico crecido, algo triste, algo soñador –no muy ancho de pecho– preguntadle: Elena Balboa.

Se sentó, supongo que por no desairar a mi madre, porque a mí no me cuadraba una mujer así estándose quieta en espera del timbre del teléfono, así de viva y flexible. Y ciertamente se levantó pronto como si se ahogara en el escritorio y andaba de acá para allá mirando las cosas del almacén, pero aún más las etiquetas de las cosas. Yo tuve que apartar la escalerilla de tijera. Ella me dijo perdona. Había cajas de cartón brillante que un día importaron artículos de Solingen y ahora rellenábamos con navajas de Albacete o las más toscas de Taramundi, los géneros de La Palmera también venían presentados, y los cartuchos de la Unión Española de Explosivos, que además se anunciaban en los almanaques. Un año tocaba una mujer morena de ojos grandes y oscuros con la mejilla probablemente cálida sobre el frío cañón de la escopeta, otro año una mujer morena de ojos grandes y oscuros a punto de prender con una cerilla el cohete de una verbená

lejana. Son de Romero de Torres, fíjense en la llama de la cerilla, y la gente se entusiasmaba. Pero ella no, como si tuviera vistas todas las pinturas del mundo. Lo que prefería eran los paquetes ásperos y nada concesivos de Mondragón, toda una sección de arriba abajo con cerraduras, picaportes de resbalón, pernios, candados, cada artículo con sus correspondientes tirafondos. Así nos hicimos un poco amigos. De vez en cuando ella me preguntaba y yo alzo los ojos del libro cuyas hojas voy pasando a un ritmo aparente, pero sin leer una línea. Ella me dice perdona. Las etiquetas son rojas o verdes según las cerraduras funcionen a derecha o a izquierda, lo descifró en seguida, y también recuerdo el gusto que me dio verla reír (entonadamente) porque entró un carpintero de Oencia pidiendo bisagras de culo de mona, es lo propio del ramo de la cerrajería, que los artículos son el 432 o el 75-A, pero todo el mundo los llama por el apodo. El que Elena Balboa conservase la cualidad de reír (aunque fuese un poco) me descargaba de un peso, aquel que todos nos habíamos ido fabricando –pienso yo que todos– al ver pasar por las calles de la ciudad su luto esquivo, ya decreciente, pero todavía acusador, y eso que yo –ahora no me gusta pensar que todos– la mano me hubiera dejado cortar antes que ponerla en aquella ofensa. Del teléfono, que por fin había sonado con desentono, volvió seria y apresurada, por entonces nadie ponía conferencias para asuntos felices. Tuve que acudir yo mismo al aparato de manivela cansina para preguntar el importe de los minutos y anotar en la libreta de hule y recoger el dinero de las manos finas y pálidas, toda una humillación, porque conviene decir que entre los enseres del negocio escondía yo, con mi aprendizaje de poeta, cierta aversión para las materialidades de la vida.

–Anda, déjame que los lea.

–Sí, hombre, no seas corujo –decía mi madre, que siempre le ponía una silla.

Mi madre marchaba a sus cosas y yo no sabía negarme, aunque mis papeles en manos de Elena Balboa me daban unos momentos muy angustiosos. Si podía soportarlo es porque siempre los miraba ella con formalidad. Trataba de suponer por dónde iría en cada momento su lectura, y una vez se detuvo un instante, sé dónde se detuvo, y me miró sorprendida. Pronto volvió a la hoja de letra grande y presuntuosa, pero yo seguí algún tiempo cavilando sobre aquella pausa. Cuando eché por otros pensamientos íbamos juntos bajo los árboles, porque no estaba bien, Elena, usted sola a estas horas que los días se han acertado mucho, mi hijo puede acompañarla. Y era verdad que ya en San Fiz la boca del lobo. Verdad que a lo lejos había encendido Corullón sus luces municipales y tacañas, y yo falseando los pasos sobre los erizos desventrados junto a la cuneta, enredando las botas en las hojas caídas de los castaños, malicioso de estirar el viaje sin que se advirtiera.

Cuando empecé a tener noticia de ellos era yo muy chico, niño de quien después odiaría la precocidad con dureza que los años han ido aliviando, aunque nunca, ni siquiera ahora, pude quererle del todo. A él lo recuerdo del día de la República. Yo debería estar jugando suelto y ajeno, probablemente jugaba, pero de algún modo me complicaban en el suceso la gravedad sombría de mi padre y la preocupación de mi madre, por si obligaban al arreglo morado de la bandera en las colgaduras para las procesiones. Pasó entonces por la carretera junto a nuestra casa –dios inalcanzable, todo

vestido de cuadros, con ojos de metal y negra la barba— y yo tuve delante el primer laberinto de mi vida porque a pesar de ser de los otros (lo había murmurado mi padre) se llevaba la mano a la visera y daba las buenas tardes. «Buenas tardes don Jaime», correspondió mi madre, mi padre un poco a regañadientes. En seguida vinieron muchos y daban vivas y mueras mejor que saludarnos cortésmente, lo que me hizo clasificar alto y aparte a los ingenieros. Los cuatro o cinco años siguientes iban a ser importantes en mi vida porque mimado y todo yo era un chico normal y la ocasión estaba llena de hallazgos asombrosos sobre el mundo y sobre mí mismo, pero don Jaime Balboa no desaparece del todo de mis asuntos, lo veo veraneante elegante y pulcro que se acercaba a comprar cuchillas de afeitar para recortarse y no las quería corrientes: acanaladas. Elena sería ya su mujer, pero yo no tuve entonces la menor constancia de su presencia. Lo iba a pensar más tarde con extrañeza. De la casa, sí; «la casa de los Balboa», que muchos llamaban «la casa del sauce» por su árbol copioso de barbas péndulas. Estaba en la falda de la montaña (estaba, digo, porque cómo contar ahora las ruinas), amenazada siempre, en mis aprensiones, de que el castillo se le viniera encima. Del castillo hay bonitas memorias, doña María de Toledo no quería casar con el duque de Braganza ni con esposo perecedero y una noche huye empalmando sábanas bordadas y se aventura la legua y media hasta Villafranca a buscar convento (aunque yo hubiera preferido la fuga a través de pasadizo subterráneo, como dicen que corre entre la fortaleza de Corullón y los Peña Ramiro). La casa de los Balboa guardaba, también en boca de mi padre, historias que si arrancaban en este mismo siglo o a lo sumo en el anterior, a mí me sabían igual de misteriosas y empolvadas. No salían almirantes ni adelantados, eran historias civiles como si dijéramos, de liberales y sediciosos. Don Saturio Balboa y su padre don Pepito Balboa y su abuelo don Federico Balboa y Echevarría (que descubrió las minas y puso escuela de artes y oficios) tan pronto andaban huidos por los altos de Hornija como de diputados. Volvíamos despacio de nuestro paseo higiénico-moral, mi padre cansado de mis preguntas, yo con el recuerdo de la casa cerrada y antagonista frente al castillo, sin saber a qué muros quedarme.

—Un verano, de ayer, de cuántos años,

Vinieron abundantes los augurios...

Elena no leía ahora para sus adentros. Leía en alto, con una voz clara y algo monótona, quiero decir que no recitaba los versos. De pronto se detuvo, seguro que acababa de ocurrírsele algo: que se los dejara. Y yo, ni imaginar que las cosas pudiesen no ser como ella quisiera.

—Llévelos.

Lo que me pidiese.

Casi nunca me daba de pronto su veredicto, ella marchaba con mis papeles y yo acompañándola, con lo que el tiempo se me hacía largo y llegué a no saber si era por aquellos pedazos de mí mismo o por el olor que no se parecía en nada al olor de todas las demás mujeres. En la mirada inteligente de mi madre supe mi propio cambio (inteligente y recelosa). El prolongar un solo minuto el tiempo de las comidas me parecía un dispendio como para sentirse culpable un hombre, y el comercio lo aborrecí hasta el

malestar físico, algo menos cuando se trataba de un trabajo corporal y pesado, el de sustituir voluntario a los regocijados dependientes en la tarea de bajar y bajar al sótano los paquetes de puntas de París, cada paquete tres kilos, cada tonelada 333 paquetes, lo que ponía una tregua en mi nerviosismo taciturno y al final, sudoroso, cierta satisfacción masoquista.

El libro lo terminé en junio. Ella me lo dijo, yo no hubiera sabido por mí mismo que había terminado un libro. Antes se llevó las hojas, todas, no como otras veces que era este trozo o aquella parte, y ahora me las devolvía ordenadas de tal manera que el conjunto me parecía ajeno y mejor, aunque mi escritura no había sido tocada realmente ni en una línea. Sin mirarla le di las gracias, y que celebrarlo: «¿En el Casino? ¿En el bar Sevilla?». «Para qué –dijo ella–. Según volvemos a casa.» Pues en el Viarolo. Había sido feria o por lo menos mercado y el mesón estaba lleno de paisanos avinados en la comprensible pereza de adentrarse monte arriba hacia sus lugares.

Un momento se detuvieron las lenguas, que estarían dándole a las peripecias del trato, pero pronto volvieron a su machaqueo sin mayor interés por la presencia insólita de una señora. Creo que ello ocurría así porque Elena Balboa era una mujer delgada. Me alegré de que esta condición la alejase de la codicia de los demás hombres (eran otros tiempos), y fue nuevo y turbador tenerla tan para mí –sentados sobre una caja de cervezas, con el vaso de vino y el escabeche en un papel de estraza–, comunicante de vida a través de la poca ropa. No sé si también para ella sería distinto, pero sí me hablaba en un tono que reconocí compañero. Dijo allí su desdén por el quiero y no puedo de los bares de la plaza, tanto que de entonces en algún tiempo dejé de pasar el puente salvo temprano para ir a los frailes, a gusto con el café de recuelo de mi propio barrio que llaman el Otro Lado, sin ninguna nostalgia por el cine de los domingos. Ni por los bailes del Mercantil. Ni por el trato ahora insoportable con las chicas de mi condición y edad.

–¿Cómo son ellas? Anda, cuéntame. Acaso alguna...

Fueron fantasmas que había que apartar con violencia, con suavidad, con jaculatorias inventadas por Federico Ozanam, a veces con la aceptación del pecado sombrío para liberarse de una asquerosa vez, a cualquier hora del día o de la noche venían a la imaginación de uno con sus flancos calientes como en los bancos de la academia. Usted, señorita, Regencia de don Fernando y el breve reinado de Felipe el Hermoso. Reino del color oscuro el encerado, la sotana de don Manolo, la Edad Moderna, las bragas de Luisita, qué conmoción aquella tarde con que las bragas también pudieran ser negras. C.a.l.a.d.a.s. Y mi dolorosa timidez.

–No, qué va, ninguna chica en particular.

El mundo se había replegado a un territorio que dominaban mis botas, ya no esperaba que Elena viniera a la ciudad, yo mismo marchaba carretera adelante hasta avistar el yugo y las flechas de Corullón, pasaba las primeras casas con un buenas tardes que los paisanos empezaban a contestarme (creo) más maliciosos que cumplidos, y cada vez menos envarado trasponía la verja abrumada por el sauce llorón y ya estaba en el jardín cuando buen tiempo, si no en el soportal que mira a las almenas. La egregia doncella, con la sola ayuda de Dios y de una dueña leal, emprendió al descolgarse por tan ásperos

torreones su aventura a lo divino, que luego reportaría a la ejecutoria familiar glorias comparables a las bien ganadas en la diplomacia o en la guerra. Porque la hija de don Pedro de Toledo y Ossorio y de doña Elvira de Mendoza, quintos Marqueses de Villafranca, constituye un felicísimo ejemplo de mujer: virtuosa sin gazmoñería; humilde dentro de la secular grandeza de su estirpe; constante en sus propósitos; valerosa hasta la temeridad en sus resoluciones cuando tienen como fin una causa justa. Era tanta la humildad de esta religiosa, fundadora del convento de la Anunciada, que únicamente aceptó la pintura de su efigie por filial obediencia al señor marqués, pero a condición de que se la representase como a santa Clara con una custodia en la mano, para que cuando el cuadro fuese contemplado por las gentes, acudiesen las miradas y la devoción hacia el Santísimo Sacramento y no hacia su modestísima persona.

—Fíjate —me devolvió Elena el cuaderno donde ahora me daba por ensayar una crónica histórica, lo tuvo días en su casa—, cuántos superlativos. Y ese tono algo siervo: señor marqués. Escribe libre y sincero, como en los versos.

Resplandores de sangres boreales. Y una lluvia de estrellas desplazadas. Elena sabía bien qué verano, cuáles presagios y destellos evocaba aquel poema. Ah si hubieran perseverado en sus ausencias, ella y don Jaime (siempre he dicho don Jaime, nunca he dicho doña Elena). Los imagino en playas incruentas, ella tan joven y más esbelta si cabe, él con sus planchados pantalones blancos... Pero se anticiparon: y eran tiempos en que aparentes casualidades echaban a los hombres por este camino, por el otro camino, o contra una pared que no lleva a ninguna parte. Debió de ser bien triste el momento del ingeniero Balboa dejando esposa reciente, y ya antes le habían arrancado los libros, los papeles, los discursos y las fotografías, dicen que incluso la tela de una bandera. No fue el único, pero sí el más penetrante en nuestras imaginaciones. Seguro que otros rapaces como yo habrán tenido sueños de aquel roble perseguido por las balas (cuentan con mucho detalle que en el puente intentó la fuga), dos pasos vacilantes, más balas segadoras porque no hay nada tan fácil ni tan difícil como ultimar una vida —aquí mismo, en esta enfermería apurada—, ¡ya!, y después el cuerpo inútil perdiéndose, perdiéndose, entre las aguas borrosas de la tormenta.

Luego, con Elena tan cerca, tan viva ella y nerviosa, ni aunque quisiera acordarme. Dócilmente me iba dejando cubrir por una costumbre tenue. Por mi edad de entonces debiera ser aquel un asunto primaveral y fogoso, y sin embargo lo reconozco como reflejo del otoño, no será en vano que me acusan de haber nacido viejo. Los indicios podrían estar ya en la propensión a las primas a punto de casarse, el gusto por las forasteras que llegaban en los veranos con el designio de marchar una mañana triste; y más decadente aún: la urgente y lacerada afición por las que venían a ser monjas en el convento paredaño de casa, solo por evocarlas luego en la penumbra de la iglesia cuando en el coro oculto sonaba una salmodia resignada. Todo esto esclarece lo de Elena, tan viuda y aparte. Por ella dejé la misa de los domingos. (El trance en que redacto consiente poco la esperanza de que se me lea, pero pido que llegado el caso consideren cuanto significaba entonces el precepto.) Descarado en lo principal, no iba a detenerme en lo menudo. Acomodé mi arreglo personal a la insolidaridad de mi circunstancia —como

siempre cuestión de pelo o barba o ancho de los pantalones— y el censo de la población se dividió en los que tonto y simulador, los que vanidoso, quienes loco pacífico, con algunos raros indiferentes.

—Pájaro madrugador... —decía el cojo de los frailes al abrirme la puerta, como proponiendo un refrán que no llegaba a completar nunca.

—Subo un momento, hermano Martínez.

—Anda, pasa. Si sabes los rincones mejor que el padre.

El padre era un paúl ratonil si puede decirse con cariño, de ojos que averiguaban las cosas antes de preguntarlas. Regía la biblioteca y me había ayudado. Cuando nos conocimos me dijo que sí, que estaba bien que leyera a Zorrilla y a Espronceda, mejor a Bécquer, pero me iba poniendo sobre caminos que yo no había ni barruntado. «Ahora, esto.» «Toma, ya me dirás lo que te parece.»

—Te estás engolfando demasiado —tuvo que reprenderme un día. Yo llegué aún más temprano que de costumbre, a sabiendas de que él llevaría allí desde el amanecer—. Lo importante está en asimilar, y es que no sé qué haces con tantos libros.

No me contentaba con uno, ni con dos. Un montoncillo, todo lo que pudiera sujetar bajo mi brazo tenso. El padre llevaba una lista donde escribía abreviadamente sus préstamos y mis devoluciones, no sé cuánto daría ahora por aquel índice. Yo acarreaba el tesoro a través de las calles que me veían huidizo, luego los tres o cuatro kilómetros de carretera hasta la aldea bien sabida. Allí se completaba mi oficio de intermediario, de enlace entre las limitadas estanterías de la congregación y el incomprensible apetito de mi amiga. Había empezado ella señalándome los títulos y luego no, daba lo mismo Sienkiewicz que el padre Feijoo, las *Sonatas* de Valle-Inclán emparejadas con las Conferencias de San Vicente. Libros, libros, libros, como si Elena no tuviera otra cosa que hacer en las veinticuatro horas de cada día. Y sin embargo, hacía otras cosas. El jardín, que fuera abandonado hasta casi la suciedad en los primeros tiempos de la viudez brutal, recobraba su olvidada alegría bajo cuidados que suponían esperanza, y la casa solar de los Balboa, sin perder del todo su reserva interior, algo quería asomar bajo el gobierno de la dueña solitaria y joven. Joven. Porque Elena, aunque mi madre me lo reprochara con discreción: «Pero hijo, por Dios», eludía con su aire frágil aquellos diez o doce años de diferencia, que si estuvieran a favor del hombre resultarían tan propios, y así, al revés, se tomaban en el contorno fariseo a escándalo. Elena y yo, por lo demás, no éramos novios, no éramos nada todavía.

Todavía.

Pero ya viene aquella tarde, para qué vamos a andar con rodeos. Primero me pidió que la acompañara a la farmacia (hay que pasar el puente aciago), y ya desde la farmacia tenía que ser Correos. Luego la confitería. Luego la montura de unas gafas. Y al fin con ganas de sentarnos, el bar más concurrido: esta vez sí, transparente como un escaparate. Nos vio el teniente de la Guardia Civil, el conductor del coche de línea. Nuestro poeta mayor, nuestro Beethoven, nuestro pintor incomprensido. Los empleados del Banco Urquijo, los empleados del Banco Herrero, los empleados de la Banca Viuda de Nicolás González. El repartidor del *Diario de León*. Los abogados de secano y los abogados en

ejercicio. Este otro, cómo se llama, practicante y cirugía menor. Tomaron nota las de Tagarro, las de Cureses, las de Magaz, los socios de Caza y Pesca. Lo retuvo el demandadero de las monjas para llevarlo al torno con la cesta, el Cholo, don Avelino, mis propias cuñadas, don Arturo del Olmo, nos vieron Rodríguez y Canedo Limitada...

«Cálmese, está excitándose y tendré que ponerle más calmante.»

La tarde de la insólita decisión de Elena, en que de repente fue un reto al mundo entero para que nos mirase juntos, iba a rematarse con más graves novedades, querida enfermera mía. Andábamos por la carretera a la altura del prado de Valmoral, usted no sabe, pero imagínese un verdor allá en el fondo con el pedregal y el río como linde, todo visto desde la cornisa que no tiene paredón ni siquiera ese consuelo que llaman quitamiedos. Elena llevaba días con mala cara. Debió de marearse un poco y tuve que sujetarla por la cintura, debió de marearse más y se apretaba pedigüeña como yo no la hubiese imaginado nunca. Seguimos sin ningún aflojamiento hasta la curva de San Fiz que casi se muerde la cola, y antes de rematarla nos vimos camino del polvorín. «Anda, tengo curiosidad por conocerlo.» A vueltas con mi Derecho que estudiaba por obligación, a vueltas por devoción con mis literaturas, el negocio familiar me degradaba como tengo dicho, aunque le reconozco nobleza y varonía al hierro (en tejidos hubiera sido peor), y de toda la ferretería casi llegaba a gustarme aquel añadido que era el depósito de la dinamita. Anduvimos mirando las defensas, tocamos las cajas inocentes en su aspecto exterior pero sobrecargadas de poder terrible, la caseta aparte y blindada de los detonadores. Nos sentamos juntos sobre un listón entre dos apoyos inseguros. Con miedo de movernos. Fue excitante como mirar el mundo desde la penumbra de una sala de cine lo que Elena contaba: como avanzar en un túnel hacia la claridad de la boca encendida. «Yo hacía de Laurencia (de un salto en pie, recitando) y ovejas sois bien lo dice de Fuenteovejuna el nombre. Dadme unas armas a mí, pues sois piedras pues sois bronces, pues sois jaspes pues sois tigres... (Se ríe. Luego muy seria.) Llevábamos nuestro teatro de pueblo en pueblo, era hermoso que aplaudiese la gente que no tenía ni siquiera jornal.» Pero también cosas lejanas, países que yo barruntara en el olor inconfundible de los textos de cada octubre contra reembolso, y eran atlas, el Francés de don Tarsicio Seco y Marcos catedrático por oposición y algo de la Legión de Honor, subíamos al tren en Hendaya, saludábamos poliment *«garçon apportez-nous une bouteille de vin de Bordeaux rouge»*, solo que Elena decía ahora por ejemplo Louvre y nada había en ella de fricativa ni prepaladial, etcétera; Louvre, sencillamente la naturalidad de una fuentecilla que mana. No sé el tiempo que duró la fiesta. Y menos aún el porqué nos vino de pronto –nos lo dijimos– la gana de hacer las cosas más prohibidas. Fumar, que es muy sacrílego en un polvorín. Fue un cigarro a medias, ahora en el más oscuro de los silencios. Y salimos a la luz como se vuelve de las guerras, como el cirujano vencedor de la muerte y su enfermera admirándole, el piloto y la azafata después de rozar el ala de la desgracia, los amantes saludables después del funeral de un viejo. O sea, buscándonos.

Veo el tronco de un gran nogal abatido como nosotros mismos

Veo los helechos que ella alisaba con sus manos más largas que nunca

Veo la piel extensa del abrigo entre su cuerpo y la tierra siempre húmeda del sitio umbroso

Veo una rana mirona sobre una piedra privilegiada.

Lo veo todo y en cambio no puedo atestiguar de los pormenores técnicos, no sé si debe decirse técnicos. Mil veces tenía imaginado el suave lecho de ropa blanca, la indolencia de las caricias. Y ahora tan diferente, no digo mejor ni peor sino tan diferente y rápido, también pudo ser que empezaba una lluvia muy lacia sobre nuestros cuerpos, allí nació aquel olor de las gotas sobre el mouton o la piel que fuera, me rodea, qué dirá ese pobre hombre de la cama de al lado, si todavía siente.

Todo Corullón nos vio llegar juntos y es lo que ya venía ocurriendo, pero esta vez era más clara la proximidad que Elena buscaba a mi costado, me pareció que nadie se quedaría sin saber lo que había pasado entre nosotros.

—Anda, entra.

Lo que se dice entrar a la casa no lo había hecho nunca. Una vez que Elena estuvo algo enferma y yo me dirigí con naturalidad a visitarla, el viejo y único criado fijo, sordo del todo, me tomó los libros con una tosquedad casi hostil. Por fuera, sí. Si hacía bueno nos sentábamos bajo el porche o en el cenador y Apolinar traía unos vasos. Y no solo en la parte delantera de la finca. Paseando y hablando andábamos la huerta hasta la construcción de atrás, uno de esos sitios que valen de granero y bodega y almacén de inutilidades. De allí mismo arranca la pendiente primero suave y luego abrupta que conduce al castillo, por esto un día se me ocurrió decirle a Elena que debíamos entrar juntos a la bodega y husmear hacia algún sótano misterioso, cómo no iba a andar más o menos por allí el pasadizo de los Toledo. Tonterías, todo eso son fantasías tontas, me lo dijo de una manera nerviosa y hasta irritada. Y era casi despedirme, perdona, hoy tengo que escribir unas cartas, de modo que me marché.

Y ahora por fin:

—Anda, entra.

—Bueno, pero no quisiera molestarte.

Lo estaba deseando. Acababa de tener a Elena como mujer, pero me hostigaba la preocupación de que no la franquearía de veras hasta conocer sus habitaciones. Hubo un vestíbulo amplio y enlucido de maderas anchas y bien plantadas al que acuden las puertas, cerradas, de varias estancias. La escalera reinaba en medio, casi antipática por lo solemne: arranca unánime, luego se divide por la derecha y por la izquierda —ella tomó sin dudar los peldaños de la derecha y yo me prometí ir aprendiendo sus pequeñeces— para desembarcar en otro vestíbulo más alto, bajo la luz de una claraboya. El pasamano de la barandilla, aunque sea mala costumbre, era gustoso al tacto como pulimentado por el tiempo.

—Espera un momento, quieres.

También arriba predominaban las puertas cerradas. Por la que estaba a medias se deducía un salón principal y eso que no muy rico ni muy lleno. Me sentía el corazón,

acaso más que al descorrer desmañadamente la ropa de mujer, y al par que los ojos esforcé el oído cual si los interiores fueran a devolver secuestradas conversaciones muy pulidas y europeas, discursos, reglamentos, todo tan confuso de esotérico, y rotario, y masónico y espiritista, no sé si también krausista. Pero silencio. Y una atmósfera hecha de cera de lustrar más de papeles amarillos, más de tabaco olvidado, la suma agarrándose a las paredes y a los retratos, quisiera saber el tiempo que llevan inútiles las ventanas.

«Anda, mejor en la galería» –volvía Elena de lo que me pareció una descubierta–. Es verdad, la galería de cristales estaba alegre, también menos apasionante. A la llamada que hizo vino una criada joven y zafia, sin soltar las cosas de la limpieza. «Vete, Lucía, hoy ya no tienes que volver.» Mientras Apolinar era un personaje intocable, las criadas cambiaban en la casa a cada momento. A esta le noté en la cara una malicia que me pareció asquerosa, más que la rana quieta y extasiada del caborco. «Mire que le queda aún mucho pasillo.» «Déjalo te he dicho, aprovecha para hacer los recados y ya seguirás mañana.» Yo interpreté aquella impaciencia de Elena como de buen augurio para mi deseo, porque mi deseo de mozo en plena sazón era ahora una fuerza renovada, poderosa, más acrecida que mitigada por la experiencia de hacía tan poco tiempo. Quise abrazarla y «No, no, –me dijo–; espera». Se puso a preparar el café. Yo me iba civilizando, asumiendo que se trataba, ciertamente, de un prólogo pertinente y enriquecedor. Así que despacio, compañero, recuerda: en algún capítulo de alguna novela él la besaba en la boca con detenido oficio, y luego, entre los dos labios varoniles prende el labio inferior de la enamorada. En el resobado manual *Printed in Argentina* también el cuello pertenecía a ese rico acervo de zonas erógenas, no nos cansaremos de repetirlo, que ningún esposo debe descuidar. Y sobre todo Vargas Vila... Sobrevino un silbido avisador en la cafetera y Elena preparó las tazas, todo un servicio de loza fina con filete de oro, cuesta mucho arruinar del todo a una casa que alguna vez ha sido rica, lo que se dice muy rica. De la requisa militar –el coche, la radio (esto lo primero), las escopetas, los libros– se habían salvado discos, no todos, los de música clásica. «¿Te gusta?» «Sí», le dije. En la introducción de trompas y fagotes llamaba el destino, la fuerza fatal que se opone a la realización de la felicidad deseada, que vela celosamente para ahuyentar el bienestar y el reposo e impide que el cielo amanezca sin nubes. Lealmente: yo no lo hubiera sentido así de claro a no tener ante mis ojos la clave de las palabras escritas, o si estas hubieran sido impresas solo en alemán; pero también estaban en francés, sobre el cartón suave de la funda que una de mis manos sostenía mientras la otra, mansa por la música, se empleaba con una suerte de liberalidad sobre la mano amiga, nada más que sobre la mano. En voz alta traduje «...el sentimiento de depresión y ¿no es mejor apartarse de la realidad para abandonarse al sueño?». Los dedos nunca del todo sometidos debieron de responderme algo, siguieron hablándome a lo largo, no, a lo profundo de los siguientes movimientos de la obra, pero no había pauta escrita por donde yo pudiera valerme ahora y así aprendí que es bien difícil sinfonía el pulso de una mujer.

–¿Otra taza?

–Sí, gracias.

–Sí –delicadamente–, gracias; pero yo quería otra cosa. Vargas Vila llevaba a sus

afortunados por jardines crepusculares, allí Hugo Vial artista y exquisito persuadía a sus amadas, Oh amada, Oh desdeñosa, mientras con mano hábil las desaligeraba del corsé y como olas de un mar de nieve los dos globos de alabastro brotaban insumisos. Pero tú no sabrías, infeliz, ¡cómo intentarlo entre el cerco de los espejos, cuadros, muebles!, sobre todo los muebles, todos ellos de esquinzos contrarios a mis intenciones, pensarlo sí, con tu peso bien podría yo, Elena. Me pongo en pie sin prisa, con la seguridad que da el derecho, ¿o acaso no eres ya mi amante?, y parado frente a ti te miro un instante y tú me entiendes. La mano, Elena. Tiro hacia mí y yergues el tronco, la cabeza un poco atrás, dejas el sillón y ya, los dos en pie frente a frente cercanos, condición brevísima para estar de pie y pegados, de pie y cosidos, de pie y grapados, yo no sospecho una postura más amorosa y frenética, desesperada. Pero renuncio. No te abrazo, advierte, lo que invento es llevarte en volandas aunque cómo acertar las señas de tu alcoba en esta casa innumerable, tus pies balanceándose pequeños y graciosos, por los corredores recién encerados vas perdiendo un reguero de zapatos, algo me guiará, un olor. La cama es ancha, tiene dosel, te echo con cuidado y contemplo. Tú apagas la luz. ¡Pero si has viajado mucho, Elena!, París, Viena, de manera que dejas una media luz, empiezo por arriba, desprendo, aparto, descubro, rajo sin querer, abajo del todo, me sitúo en el centro del mundo, afronto como un hombre el delicado trámite de disponerse uno mismo.

—De todos modos no podré dormir.

Así justificaba ella su reincidencia en el café, en el tabaco. Lo dijo y borraba mis pensamientos desbocados, su voz me sonó blanca e invernal como solo puede ocurrir en la música, o sea: en las exégesis de la música. En el tercer tiempo —*scherzo*, *pizzicato*, *ostinato*—, figuras incomprensibles parecidas a imágenes que sugiere al espíritu un vino demasiado fuerte, prescribía Tchaikovsky a la señora von Meck como puede leerse en la envoltura del disco; los genios le confiaban estos detalles a una amada a lo mejor platónica, a un Gran Elector o arzobispo amigo.

—Yo sí podría dormir —insinué— pero no quisiera, esta noche no quisiera dormirme.

Me miró asustada, quizás un poco orgullosa. Creo que retrocedió un poco hasta buscar el respaldo del sillón, excesivo para su figura liviana.

—Ahora, Elena.

—No.

—Me gustas, te quiero, te lo suplico —eso, cosas así debí de decirle.

—No, no, espera.

De todos modos, lo intenté. Resultó un forcejeo, cómo explicar... Contra la estética. Y lo peor, ruidoso. Ella se llevaba un dedo a los labios nada abrideros, chist, por favor. Se libró y fue a ahogar mis apremios en el volumen súbitamente aumentado del concier>to. Debía de acercarse el final, las grandes sinfonías previenen siempre su apoteosis, y me pareció que toda la casa incógnita estaba hecha de cuevas y pasajes donde sonaba y resonaba la fuerza aquella que decía el compositor. Luego el silencio, desazonante.

—Estoy deshecha, perdona.

—Entonces, ¿cuándo?

—No sé, perdona, ahora mismo no quisiera pensar en nada. Mañana.

Mañana resultó un día perezoso, no acababa de llegar nunca, pero cumplimos nuestra cita por segunda vez en plena ciudad y estuvo claro que habíamos roto barreras, salvado ríos, recuperado calles y plazas. En el centro de mi propio lugar, yo me sentía como un poco viajero. A media tarde (y no va a ser ocasión menor en este memorial desatado) Elena me enseñó a reconocer para siempre esa hora tan afinada y rosa de las cinco, salones de chá en Lisboa; el Claridge de Londres sobre todo, Londres... Pero en los cafés de la plaza las mesas se habrían vaciado de las partidas y todavía no es tiempo de que vengan los novios y los jubilados a sus meriendas aquilatadas, así el aprendiz de camarero andará barriendo los despojos del movimiento anterior por entre sillas dobladas de fatiga. Es verdad, coincidió Elena. Y que por eso, el té, en el hotel. Estábamos a dos pasos del Condesa. ¡El hotel Condesa! Yo no había traspasado nunca la puerta, encristalada y vagamente imperial del mejor hospedaje de nuestra ciudad, un orgullo, casi una desproporción decían, hasta Lugo habría que llegar para poder encontrarle un semejante. Mi padre sí había estado en el hotel a comer, con su jefe político y gente importante, les sirvieron langostas traídas de las Rías Bajas, él se lo estuvo contando a mi madre demasiadas veces. Del hotel había huido una dama intrigante que dejaba atrás la campanada y maletas con periódicos viejos. La prueba del desorden en casa de los Argüellos, la premonición de su ruina inevitable estaba en que hoy por esto mañana por lo otro encargaban al hotel la comida completa, cuatro platos o más desde las cocinas mercenarias hasta el desarbolado palacio familiar, itinerantes piedras de escándalo bajo las servilletas almidonadas. Y en el hotel, contaban los mayores, en voz baja, cuando todavía se autorizaban los carnavales... Derechamente pasamos al salón noble. Un lugar recatado; y al mismo tiempo, si se tienen los oídos predispuestos, sonoro de cuerdas invisibles. Y barrocas. Nos sentamos a un gran velador redondo, y las butacas, si he de ser sincero, no pasaban de ser de mimbre, pero ennoblecidas de tiras de esmalte coloreado, cada butaca con su cojín. Lo que tomamos fue el té, naturalmente. Con pastas: «El secular prestigio de nuestros productos locales». Miraba yo a Elena, a las manos de Elena, salté a mis propias uñas temeroso de cualquier minúscula negligencia, nada, mis manos largas y delgadas que alguna vez oí alabar por boca querida, y esa tranquilidad me estaba permitiendo descubrir en el alrededor penumbroso estampas de Venecia, maceteros, pájaros disecados, mantones de Manila sobre pianos al fondo, tampoco quisiera pecar de exageración en esto de los pianos. Debió de haber otra gente, pero ninguna cara conocida. De pronto supe lo que son los celos. «Pero qué sorpresa, ¿te apetece tomar algo con nosotros?» El forastero era más alto que yo; yo me había levantado atendiendo a la presentación que Elena oficiaba con una sonrisa hospitalaria. También lo vi elegante, la camisa blanca con cuello duro bajo una chaqueta *sport* de la pana más rústica. Pero envidiarle, sobre todo los puños. Sobresalían limpiamente de las mangas de la chaqueta, prendidos por gemelos excesivos aunque de buen gusto, y de ello se beneficiaban sus manos competidoras hasta en el menor movimiento que emprendieran: el cigarrillo rubio, la copa. Dijo que estaba de paso. Elena y él se hablaban de igual a igual, de cosas consabidas por ellos, que a mí no me dejaban aire para respirar. Deduje que se conocían de mucho antes. Una vez aludieron al ingeniero Balboa, Jaime,

dijeron, y se produjo una pausa. Después de envidiar al intruso los puños planchados, la estatura, la boquilla de plata y hasta la edad –los veinte años que me llevaría–, me dio rabia su copa, él se había negado al té con una broma entonada, y es que yo hubiera preferido también una compuesta idéntica con su latiguillo de fuego estimulante, sus pedazos de hielo, su guinda erótica. Al final fuimos los tres hasta la puerta y el compañero reciente se ofreció a seguir con nosotros, podíamos pasear, recorrer la calle de los escudos. Elena fue tajante. Cortésmente le dio la mano. Los dos hombres nos dimos la mano. Entonces, allí mismo, con el gesto más ostensible y claro de describir, Elena me prefirió, se cogió de mi brazo. Y salimos a plena calle. A plena luz.

Luego siguieron días, supongo que semanas, olvidé el trabajo y los libros de texto y las literaturas, y las comidas y la gente, siempre buscándola a ella. Pero nunca en su casa. Desde que hubo aquello entre nosotros parecía como si quisiéramos respetar el sagrado de la familia, y esto sin necesidad de decírnoslo con palabras. Yo aprendía a esperar. Esperar, enfermera, se lo dice un hombre gastado, pero memorioso, es el abecé de cualquier amante distinguido. Ninguna mujer debiera abrir sus brazos a varón que no sepa aguardar el momento, yo llevaba tardes y más tardes prometiéndome gozosas reválidas, pero me contentaba con sentir que de alguna manera estábamos rozando las puertas de la ocasión, ¡tenía que llegar!, la ocasión, por entonces, era sencillamente el sitio. Desechado el hotel (Santo Dios alcanzar una llave, una habitación, el balcón con sus cortinas echadas) lo que quedaba era el campo, solar generoso de todos. Caí en una ocupación enfermiza y secreta. Mis descubiertas sobre el terreno entre la ciudad y la aldea me animaban al proyecto para el más curioso de los mapas, si no lo prohibiese el pudor. Tanteé prados mullidos al lado de prados traidores por su humedad invisible; ruinas monásticas de paz turbada por las culebras; alamedas de verdad espesas, pero bosques falaces con súbitos calveros donde siempre podría sospecharse a un pastor *voyeur*. Y hasta algún lugar osadamente próximo descubrí para las veinticuatro horas de la jornada menos aquellos dos momentos, uno por la mañana, otro por la tarde en que lo flanquea con sus chispas el pequeño tren de Toral. Luego los dos juntos, con Elena inocente de mis maquinaciones, desviábamos nuestros pasos porque desde ahí, a solo un trecho, ¡palabra!, se contemplaba un paisaje definitivo. Y el caso es que, ¿cómo decirlo?, mi empresa se tejía mucho más con presupuestos que con culminaciones triunfantes, recuerdo más ratos de alimentar la hoguera que instantes de abrasarme entre las llamas. Esto me parecía un desperdicio, porque dábamos que hablar por encima de lo que yo, yo al menos, cosechaba. En cuanto a Elena lo que retengo de aquellos trances es un fugaz (pero no exagerado) contentamiento, han pasado los años, señorita, y yo no estoy seguro de conocer a las mujeres. Usted misma, ¿cómo se llama usted? Elena era desde luego un bonito nombre. Ahora caigo en que menos evasiva se me mostraba cuando íbamos al centro como ella parecía buscar, o entrando y saliendo en el hotel, a la ceremonia de las cinco, que ya me parecía natural y hasta la infusión empezaba a gustarme. Repetíamos nuestros paseos por la calle de las tiendas o bajo los soportales si estaba lloviendo, a mostrarnos *urbi et orbi* –bromeábamos–, desafiantes. Parecemos dos novios, Elena. No somos novios, pero vamos a tener un hijo. Mejor resaltarlo:

—No somos novios, pero vamos a tener un hijo.

Debí de estar impropio, riéndome. Luego no, pero primero estuve imbécil riéndome. ¿Un hijo? Sí, sin ninguna duda. Nos quedamos callados el resto del tiempo. La acompañé como siempre, pero sin proponerle ningún desvío, y como siempre volví a pie por la carretera, esta vez más despacio, un poco ebrio y solo había bebido un vaso. Llegué a acostarme, estoy seguro, en un estado de ánimo muy indiferente y borroso. Por la mañana, no. No desperté demasiado temprano, pero sí lleno de claridad, y aproveché una camioneta que marchaba de la tienda con alambre de espino. Elena no se sorprendió, sospeché incluso que me esperaba, pero mostró un increíble asombro cuando sin apenas cumplidos le espeté que iba así de mañana para pedirla. «¿A quién?» «No sé, pero a pedirte.» Lo discutimos hasta la hora de comer y un momento pensé que me convidaría a su mesa, no las invitaciones menores de un café o un refresco en el porche. Fue un desencanto, aunque no demasiado con tantas emociones por medio. La predominante era un orgullo de hombre, algo mezclado de estupor por aquella idea mía de que un fruto así debería sobrevenir después de más abundantes abrazos, y también más, digamos, cómodos y completos. También acontecía que yo era un caballero. «Está bien que seas un caballero pero yo no tengo prejuicios, créeme, tú sabes que mi hijo es tuyo, todo el mundo va a enterarse, hasta habrá lenguas que lo hayan predicho.» «No es solo caballerosidad, Elena, es que además...» «Escucha, escucha, yo no seré tu esposa pero sí tu mujer, ¿no crees que es más hermoso?, tú tan poeta...» Claro, yo me examinaba por libre en Oviedo, ella fue al Instituto Escuela, el mundo, todos en la región sabíamos que hasta en Rusia, me convencía siempre.

—Como quieras, Elena.

Sentí unas ganas enormes de recobrar allí mismo su cuerpo visto y no visto, qué me importaban ahora los muros y los apellidos, si todo aquello era de ella, o sea mío, o sea de lo que iba a nacer de Elena y de mí. Quizá pensara, entonces, que una mujer en estado es prohibición. La besé de una manera muy dulce y considerada. Te besé, pero no podía sospecharlo, de una manera muy última.

Las campanas de la Anunciada las tengo en la punta de la lengua. Si supiera solfeo las escribiría. Cuatro notas son, otras cuatro replican. El marqués mandó fundirlas con cañones victoriosos pero adelgazados por la vejez, así tienen la voz añorada de los generales añorantes. Contaba mi crónica primeriza que ellas solas se echaron a voltear cuando venía cerca la reliquia insigne del fraile Lorenzo de Brindis, porque la fugitiva de Corullón y luego fundadora quería tener una reliquia insigne, o sea, porción principal del cuerpo de un santo, pero con todas las de la ley y no como su señora tía la de Alba y Colonna, que marchó cautelosa a Peñalba para agenciarse las de san Genadio, san Urbano y san Fortis y luego hubo pleito y obligada devolución de la calavera de san Genadio y también una de las tibias. «¿Tú crees?» Tenía descrito yo los globos de fuego que anunciaron en el horizonte el comienzo de la racha de los milagros. «¿Tú crees, verdaderamente?» Había relatado con realismo contagioso la picazón de los parásitos que agujearon a la Noble Comunidad mientras esta no nombrara abogado específico, san Daniel y compañeros mártires de Ceuta, su fiesta el 13 de octubre. «¡Ah, qué

maravilloso!» Hasta que con furia rompí el cuaderno, desde la primera hoja a la que cerraba el bosquejo con algún efectismo solemne. Porque:

—No es eso —volvía a reñirme ella, pero ahora sin ironías—. Escribe solo lo tuyo, desconfía de las demasiadas mayúsculas.

Tampoco hay que reprochármelo demasiado, el levantamiento de mi discurso. Antes de lo de Elena, la vida era plana, sin otra melodía que la que me inventaba yo mismo al compás de la Royal portátil, una usada, que me compró mi madre. Mi madre estaba siempre despierta, trabajo me cuesta recordarla con sus ojos ya últimos y cerrados. Si tocaban a fuego, ella era la primera:

—¡Hijos, mirad la casa de la abuela!

Nos íbamos levantando sobrecargados de pereza y noche, mirábamos y no, no era la casa de la abuela sino un molino o una carpintería imprudente, la bomba del Ayuntamiento se declaraba inservible y ya corría por las calles la voz comunitaria y patética, ¡Agua!, ¡Agua!, todos a una con los calderos a formar el cordón en que se aplazarían las diferencias, pequeñas enemistades de ciudad pequeña. Después de las campanas de la Anunciada, la Colegiata. Luego san Nicolás.

—¿Dónde es el fuego, vecinos?

Aquella vez:

—En Corullón es la quema, dicen que arde el pueblo por los cuatro costados.

Siempre se exageraba. Gente que arriesga su vida salvando una triste mesilla de noche sentía al fin un inconfesable desencanto por no poder contar a la mañana siguiente mayores estragos. Pero esta vez no. Suceso grande sería para que allá en la aldea no se bastasen. Me mezclé con el personal que marchaba atajando a través del río. Hacían cábalas apresuradas y que para mí no tenían sentido, yo sabía bien dónde era la desgracia. Solo lo de los Balboa podía valer el extremoso recurso de tal rebato y yo corría hacia allí como quien va a salvar su propia vida. Era, realmente, mi propia vida. Más que esta otra tan agarrada y terca en alimentarse del gota a gota; me gustaría saber por qué cuando se acerca el final del frasco, el gota a gota se pone loco.

Ahora también mi drama va a precipitarse. Todavía me parece increíble haber saltado el reguerón de orilla a orilla sin santiguarme, mi adolescencia fue algo cobarde porque saltaba menos que los otros chicos. Pero es que ya no era mi interior certeza sino la comparsaría de los hombres jadeantes y las mujeres plañideras:

«¡La casa del sauce!, ¡La casa del sauce!».

Yo quería entender en aquellos gritos el sobrecogimiento de todo un pueblo, casa de las rebeldías de un siglo, de los periódicos numerosos, de lejanos viajeros y de compromisarios y pactos secretos. La estética, aun apretado mi corazón en la ansiedad inmediata, descorría su telón de grandeza trágica, se ve que no tengo remedio. El coro griego enmudeció cuando llegábamos a la revuelta. Las teas, porque cómo iban a ser prosaicas, espurias linternas eléctricas de mano, quedaron apagadas ante la iluminación que daba la hoguera misma. Debían de ser las últimas llamas, más por la solidez de la construcción que efecto de los auxiliares, muchos, seguro que desordenados y fanáticos en la vehemencia. Si me detuve un instante para no morir sin aliento, la noche,

el fuego, la imaginación sin cadenas confundían como jamás a la vecina fortaleza torva con la arquitectura civil de la casa que ardía, las hermanaban hacia el común futuro de las ruinas. Pero me recobré corriendo. Me hicieron calle y yo pasé por en medio, reconocido y acatado cual nunca me viera entre los míos. Así se me franqueaban, al fin, sobre los rescoldos del infortunio, las últimas puertas, los muros más interiores de lo imposible. Sorteando restos humeantes o apartándolos con fiereza supe llegar sin titubeos a la cámara que yo había presupuesto hasta en los colores del empapelado. Entré como un viento hasta el centro de la estancia revuelta. Allí quieto, clavado, me puse a envejecer. Al fondo, cerca de la ancha cama, ¡y la cama tenía dosel!, enseñaba la pared un roto aún polvoriento por lo reciente, como boca de túnel o alacena infinita. Un hombre desenterrado y flaco lo cubría en parte. Mala cara barbada me tenía don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca del Bierzo, duque de Fernandina, príncipe de Montalván, de los consejos de estado y guerra, no se crea que estime yo en mucho esta memoria desigual que acarrea datos inútiles y me aleja a veces de mi propio nombre, embajador del rey don Felipe que Dios guarde, capitán general de la escuadra y galeras del reino de Nápoles. Fascinado avancé a comprobar, a tocar para que mis ojos creyeran. Pero él venía ya con la mano alzada, pensé de pronto que a castigarme. No. Que a dármele a besar. No. La dejó un momento en el aire, oloroso a resinas quemadas. Luego tuve aquel gesto para un tapiz: su diestra descolorida por entre los matojos velludos la puso sobre el vientre de la mujer, allí la descansó, y era una declaración de propiedad tan solemne que daban ganas de arrodillarse. Apolinar, como un chambelán sordo, hosco y fiel, se limpió una lágrima sabedora. Tú estabas apenas, replegada bajo la tela del vestido, por más que este no fuera ya de luto ni de alivio, de flores tensas y amarillas sí. No me miraste, quizá te has muerto o morirás sin saber que corrí a tu lado, como yo no sabré nunca si me quisiste o si solo me necesitabas para justificar el fruto delator de vuestro secreto, vencedor sobre la ley de fugas. Él sí me miró, Elena. Me mira ahora, de mentor escondido crece a protagonista en el centro único de esta historia, a todos nos aparta.

—Vamos, señores —ordenó el ingeniero Balboa como si los guardias estuviesen allí para obedecer.

Creo que fue mi primer afecto adulto, francamente republicano cuando al pasar me dijo con los ojos gracias, que escribiera sin amos como en aquellos versos, que el Destino llegaba puntual ahora que él había leído todos los libros de los frailes, Lena, un poco de agua por favor.

Historias veniales de amor (1978)

El hilo de la cometa

Esta historia podría escribirla un novelista o servir para una película. Era en Barajas y de madrugada. Un hombre al que llamaremos Juan y una mujer que cualquiera puede adivinar que se llama Liliana, están hablando en la barra del bar internacional, y todo parece una fiesta. Las luces y los altavoces de los aeropuertos les dan mucho ritmo a las esperas. Bajan y suben las escaleras rodantes. Sobre la cinta continua avanzan maletas anónimas junto a las que llevan etiquetas de hoteles como si fuesen condecoraciones. Hay un reloj en que se adivinan otras vidas, gente que ahora mismo estará en el trabajo, o fornicando, o metida en un tren: aquí son las dos horas cuarenta minutos; son en Tokio las diez horas cuarenta minutos; Buenos Aires se acerca a la media noche.

En esto, una voz se insinúa y luego se propaga melosa hasta los últimos rincones del aeropuerto. Nos conviene reproducirla.

Los señores pasajeros de Iberia con destino a Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, Santiago de Chile, tengan la bondad de pasar a la Aduana de salida, puerta número dos.

Pausa.

Iberia passengers flying to Rio de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, Santiago de Chile, are kindly requested to proceed to the out going Customs hall gate number two.

Y en seguida:

Messieurs les passagers d'Iberia a destination Rio de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, Santiago de Chile, sont bien priés de se présenter a la douane de sortie, porte numéro deux.

Con el prestigio de las palabras se confirma lo cosmopolita y audaz, los personajes olvidan la identidad de sus pasaportes para sentirse otros personajes: empujados, dirigidos, flotantes, como si desde una torre alguien hubiera gritado: ¡Acción! Unos frailes capuchinos van los primeros; ningún abrazo dejan atrás. Se aprietan los niños a sus tuteladores. Unos hombres grises marchan hacia la puerta número 2 con sus carteras, algunas mujeres van hacia la puerta número 2 con sus muchos y necesarios brazos.

Ahora le va a tocar a Liliana.

Es una señora hermosa y alta. Es fácil suponer cómo la ven los hombres que están en la escena, y también las mujeres, Liliana no entra en una reunión o en un lugar público sin que las miradas se dirijan a ella. A Juan le halaga la suposición, que en el tiempo que llevan de matrimonio se ha convertido en certeza. Se siente felicitado, envidiado por aquella pertenencia lujosa. Juan la besa, Liliana se deja besar, el beso que puede esperarse de una despedida bajo los focos. Ella va a volar y el hombre va a quedarse en tierra. Él se ha quedado con la mano en alto, pero qué otra cosa puede hacer un hombre, ahora que, de repente, su mujer es más hermosa y patente que nunca. La mujer está a punto de desaparecer por el hueco que lleva a la noche, al aire más alto que las cordilleras. En el mundo de los aviones todo promete seguridad bajo la luz copiosa, Liliana marcha segura como ha nacido y vivido. Solo un tropiezo casual (o el destino, nunca lo sabes), y el abanico de las revistas ilustradas cayéndose de las manos tan cuidadas de Liliana, tan firmes.

—Permítame, señora.

—Oh, lo siento, pero no se retrase usted por mi culpa.

—Unas cortesías así.

El compañero de viaje de Liliana podría llamarse Gerardo, o Alberto, o mejor Roberto. Tras aquel apresuramiento solícito, Roberto todavía se vuelve para un adiós apurado. A Roberto le corresponde desde el grupo solidario de los que se quedan una mujer borrosa que levanta un pañuelo menudo como ella misma, y vamos a poner que se llama María.

La puerta, definitivamente, se cierra. Se ha cerrado la puerta, *porte*, *gate* número 2. Quienes se quedan tienen por un momento la sensación de haber sido rechazados, y una rara fatiga, la resaca de después de la fiesta. Van andando despacio hacia el exterior del aeropuerto, pronto olvidados unos de otros. Ya afuera, al sereno, el rugido de un reactor.

Sobre la gran explanada se extendían los coches, con su chapa tomada de escarcha. En un momento habían desaparecido los taxis.

—Si usted acepta venir hacia el centro...

La mujer menuda, insignificante, no se sorprendió demasiado. Se acurrucó contra la portezuela en el asiento delantero, dejando todo el espacio posible entre su cuerpo y el conductor.

—Me he permitido ofrecerle... Es como si nos hubieran presentado, mi mujer va a Río, y me parece que el marido de usted será su compañero de vuelo...

Ella debió de notar que el coche estaba recargado de perfume. A las mujeres les gusta identificar los perfumes, el perfume de la otra. Olía a cuero nuevo de tapicería, a tabaco rubio y, por encima de todo, a *Arpege*. Pareció que iba a estirarse la falda, pero se contuvo. Luego se fue desovillando poco a poco hasta quedar sentada sin recelo, con naturalidad.

El coche es de dos plazas, de muchos caballos. Pero rodaba despacio por la autopista. Coches modestos lo adelantaban sin esfuerzo, seguramente con vanidad. La viajera observaba con el rabillo del ojo, alargado por la pintura, el perfil impassible del conductor y las manos atractivas (ojalá), y velludas, emergiendo de los puños blancos de la camisa.

En algún momento, el conductor accionó la palanca del cambio y la mano experta rozó el flanco de la mujer. Un cuerpo tan próximo, desconocido. Y por qué no pensar en un cuerpo palpitante y cálido. Cuando el lance se repitió, el hombre se volvió sin rodeos hacia la compañera. La mujer estaba creciendo en importancia. Era un pequeño regalo, sí, pero «envuelto por Loewe», pensó el propietario del *MG* rojo matrícula de Bilbao.

Pasaban cerca de los grandes edificios comerciales, bajo los grandes rótulos encendidos lucían como un anuncio más las plantas enteras iluminadas, probablemente vacías. Los avisos de la carretera conducían, clasificaban los vehículos hacia los puntos cardinales de la ciudad. Pero Madrid son muchas ciudades. En medio de las marcas de fábrica legendarias se extendía de pronto un solar de la chatarra y la escoria, se prolongaba, manchaba el mundo con su fealdad. El hombre de los puños blancos apretó un botón y del rectángulo de la radiocasete empezó a brotar un chorro de música falaz. Pisó el acelerador, y la máquina le respondió con repentina fiereza. Los árboles cada vez más escasos venían al encuentro del coche y visto y no visto desaparecían. Las mujeres entienden siempre. La mujer se iba entregando sin una palabra, solo algún abandono, un resbalamiento sutil.

Cuando enfilaron María de Molina, propuso el hombre:

—¿Un traguito? ¿Un whisky?

—¿Y por qué no?

El auto giró en el punto necesario, el conductor conocía el lugar conveniente. Luego, el auto se detuvo con una frenada deportiva y algo arrogante, como el gesto de algunos galanteadores maduros. Nadie sabría decir si el establecimiento no había cerrado en toda la noche o si acababa de abrir. Juan ofreció su mano a la mujer. La mano de la mujer era como un pajarín. Quedaron atados por aquel calor, tan dulce y sensible bajo el desentono de la madrugada.

Si esta historia la estuviera escribiendo un novelista o un guionista de cine, terminaría de otra manera. Yo soy Juan y sé cómo acaban en mi vida las aventuras. Cuando nuestros ojos estuvieron frente a frente, los dos a un tiempo nos desencadenamos. Los dos levantamos la mirada al cielo manchado de la ciudad, y un hilo invisible nos unía con las nubes, el hilo de la cometa.

—Ya irán volando sobre el mar.

—Sí, ya irán ahora sobre el mar.

Entramos. Los dos pedimos café con leche y nos echamos a reír.

Mientras viene el trenillo

—A lo que estamos, mujer, mira esa chica que no para.

—¡Ven, Encinita! No hagas enfadarse al abuelo.

El hombre sacó el pecho. Miró de reojo a las extranjeras, qué buenas están, y las extranjeras se sonreían. Habrán oído lo de abuelo, y le dio rabia, sin caer en que las extranjeras se sonríen tontorronas cuando no entienden lo que se dice. Subió el volumen del transistor.

—Qué descaro —habló bajo pero con encono—. Los chicos con sus padres. ¿O acaso te crio alguien a los tuyos?

—Éramos de otros tiempos —respondió la mujer con humildad. Tantos años casados y no se le quitaba aquel respeto de la mañana siguiente de la boda, cuando le preparó el desayuno y él tenía que marcharse a trabajar en la obra.

—Si sé esto, de qué —el hombre se sacudió la ceniza de encima del pantalón nuevo—. Valiente fiesta.

—Pero la extraordinaria...

—Podían quedárselas, las extraordinarias, y que aumentaran de cara el jornal —era gruista, estaba contento con la grúa nueva, pero su oficio de marido era la cólera—. ¡Y a ver si paras el ventilador!

La mujer dejó de darse aire y él reconoció para sus adentros que era mejor cuando la mujer se daba aire, pero gruñó aún y soltó contra el cemento un escupido breve y de hombre. Las extranjeras, qué piernas, su madre, se pusieron serias como si en vez de un poco de saliva con tabaco hubieran soltado una rata. España es también para los españoles, o qué. Pero resultaba un poco violento que las extranjeras hubieran dejado de sonreírse con sus muchos dientes iguales. Fue a cambiar de emisora y tanteaba aquí y allá, sorteando las de los moros. Cuando notó otra hebra en la punta de la lengua la condujo al labio y esta vez la recogió disimuladamente con el pañuelo muy limpio y sin desdoblar. Por no mirar a las extranjeras se distrajo con los azulejos del zócalo de la estación. Uno era un león, otro como una flor de la que sobresalían tres hojas. Y un león, y una flor. Si la menos flaca se ha movido un poco se le estará viendo el mismísimo y un león, y una flor, y el sueño que le estaba entrando, maldito verano que siempre andamos con sueño los que tenemos que trabajar, ¡que mires por esa chica, no sé cómo te lo van a decir!

—Ven, Encinita, las niñas tienen que obedecer.

El hombre se levantó, abrió los brazos y se puso a estirarse. Luego fue con desgana a avizorar la vía. Volvió al banco de azulejos, insultó a la Compañía, y el sueño empezaba a vencerle. Dio con el codo en el cuerpo ancho de su mujer, que le dejó más sitio, y ya no podía saberse de él como no fuera por algunos ronquidos sueltos. Entonces las extranjeras volvieron a sonreír con simpatía, pero el hombre no podía verlas. La mujer sí las veía y sonreía también, todas como si fuesen cómplices de algo.

Le ocurría siempre que estaba junto a su hombre dormido. Saberlo fuerte pero dormido, con lo cual podía una hacerse figuraciones, volver a cosas pasadas que era adelgazarse la cintura y ningún hueco en la boca, todo en secreto, casi como una mujer mala pero sin llegar a ser una mujer mala. La radio toca canciones andaluzas. Qué cosa

tan dulce y de llorar daban las canciones andaluzas allá en el norte, de noche más. Por los arcos del porche del pequeño andén asalta el sol inclemente de julio, Los Boliches, Torreblanca, Carvajal, la pizarra negra con sus letras blancas, *Tra-in ti-me ta-ble*, Carvajal, Benalmádena, Arroyo de la Miel, Torremolinos, El Pinar, Sanatorio Marítimo.

Aquella letanía le trajo encadenada otra letanía. Cambiaban las palabras pero no cambiaba la música: Albares, Brañuelas, Torre, Bembibre, Ponferrada, Toral de los Vados. Las canciones de la radio de entonces no eran andaluzas del todo pero decían mucho corasón. Su hombre también decía corasón cuando andaba en lo del pantano, y madre que tenía entonces una cara alegre, le decía a ella que se dejaba enamorar por la novedad. El correo que venía de Madrid pasaba por Toral al mediodía. El exprés pasaba de madrugada, no eran horas para una muchacha, solo alguna noche de verano lo pudo ver y era un tren misterioso y dormido cargado de muertos. Lo mejor era el correo que todas las tardes venía de Coruña y Vigo. ¡También tenían suerte en Toral!, que les tocara el de Galicia a la hora de darse una vuelta las chicas. Bajaban a la estación y andaban arriba y abajo por el andén, desde la cantina hasta la otra punta. Si estaba Rosa, qué habrá sido de Rosa, iban hasta casi el urinario de caballeros y Rosa fijaros fijaros, y las amigas no seas loca, Rosa. Miró para el compañero con aprensión. Dijo muy bajo:

–Encinita, niña, no vayas a despertar al abuelo.

Al *gallego* lo presentían bastante antes de que asomase por la revuelta. Entraba en agujas un toro largo y furioso y la gente se apartaba a empujones contra el edificio de la estación, hasta que el tren se paraba del todo. Toral era por unos minutos una ciudad importante como León o Monforte de Lemos. Luego las chicas iban a casa a ayudar para la cena y algunas noches tenían sueños que no se pueden contar a las madres. A las madres no les contábamos nada, Sanatorio Marítimo, Los Álamos, Campamento, Campo de Golf, San Julián, *Départs pour Malaga*. El sol avanzaba lento como una marea, el reloj Girod estaba parado, si el trenillo no venía pronto el sol iba a llegar hasta el banco donde se refugiaban los viajeros, despertaría a su hombre, ella no podría tener pensamientos.

Entonces salió una música briosa de la pequeña caja del transistor, y pronto fue un olor ciertísimo de carbonilla mezclada con cajas de ciruelas apiladas en el muelle, el olor le venía de aquel julio de hace treinta y tantos años en Toral de los Vados cerca del muelle de gran velocidad. Un día no pasaron los correos ni el otro día ni el otro. La estación era un cementerio, y todo el pueblo era un cementerio, la gente espiaba apartando un poco los visillos, tú quédate en casa, es mejor que las chicas no anden por la calle. En el muelle de gran velocidad dejaban coger ciruelas a quien las quisiera, pero casi nadie se atrevía o acaso las habían aborrecido. Luego, de repente, empezaron a pasar más trenes que nunca. El correo entraba a poca marcha, además de los vagones abarrotados traía por fuera racimos de hombres que lo adornaban como una cadeneta en las verbenas del Cristo. Nunca se habían visto tantos mozos juntos ni tan voluntariosos y encendidos para las chicas. Las primeras veces fue demasiado; igual que la gente salía con quesos y garrafrones de vino, todo de regalo, ellas se dejaban besar y nadie las reñía por eso. Con los días la gente se fue haciendo más mirada para sus víveres y a los militares había que

atarlos corto porque ya empezaban a abusar con aquello de ven mi amor que a lo mejor mañana me matan. Luego todo se hizo normal, hasta en una guerra las cosas terminan por ser normales. Las chicas paseaban muy dignas por el andén arriba y abajo bien cogidas del ganchete para sentirse más seguras unas con otras, no vayan a creerse esos que aquí todo el monte es orégano. Los de las ventanillas y de los estribos y plataformas las asediaban con sus dichos, era curioso que los dichos se repitieran un día y otro como si todos los aprendieran por el mismo libro. Alguna vez consentían ellas en pararse y hablar, esto era cuando ellos tenían un poco de educación. Pero aunque hubieran estado de lo más orgullosas, cuando la máquina arrancaba y había cogido un poco de fuerza se desataban unas de otras y cada cual se hacía prometedora en la distancia creciente con adioses y gestos, y Rosa, cuánto daría por verla, echaba besos a los del vagón de cola y ellos se desesperaban y hacían como que iban a tirarse en marcha, y las cosas ya no eran como antes que ellos decían siempre vivaespaña y ahora si cuadra la madre que os parió. Una tarde de calor, pero ya había pasado un verano más, acaso dos veranos, el tren estaba parado por algo de la caldera. Les gritaban a ella y a sus amigas desde un tercera: «¡Eh, pequeñas! ¡Las del biberón!». Rosa dio la consigna: «Ni caso, eh, ni siquiera mirarlos». El andén estaba demasiado lleno, se sabía lo de la avería de la máquina y los viajeros bajaban a estirar las piernas sin demasiada preocupación, muchos a comprar vino para luego atar la botella por fuera de la ventanilla y que puerto arriba se fuera refrescando todo el tiempo. Tanta gente que ella se sintió apretada, separada de las amigas, llevada y traída, con algún hombre a su lado que en seguida era otro hombre como en los bailes donde se cedía la pareja. Entonces se le acercó uno que a ella le pareció distinto:

—Por favor, ¿dónde podría coger agua?

No había manera de acercarse a la cantina.

—Ahí fuera, en la plazuela misma.

—Lléveme, ¿quiere?

Tenían que empujar al personal. Se cogieron de la mano para no perderse. Luego resultó que no hacía falta tanta prisa. Él con su cantimplora llena. Estaban al pie del estribo sin hablar, se miraban muchas veces pero de cada vez se miraban poco tiempo. Ella estaba asombrada de aquel soldado distinto, tan serio, no les decía cosas a las chicas y a ella la trataba de usted pero bien se veía que no era guasa. Con disimulo le miraba al pecho de la guerrera y a las bocamangas, no llevaba nada de mando, qué raro que no llevase una estrella, galones encarnados por lo menos, nada.

—¿Cómo te llamas? —dijo ahora tuteándola, pero dijera lo que dijera no ofendía.

—María Encina.

—¿María Encina qué?

—María Encina Castedo.

—¿Te llegará una carta solo con eso?

—No sé... mejor poniendo...

Sonó la campana tres veces.

—¿Qué?

—Calle de la Cuesta.

—¿Y el número?

—No tiene número.

Ahora un pitido y el resoplar creciente de la máquina.

—¿Puedo besarte?

—¿Por qué?

Fue en la frente, despacio, pero luego la cara azulada del hombre bajó como un rayo a buscar mi boca y la encontró pronto pero poco abridera, ahora me pesa que estuve sosa, tendría una que vivir dos veces, él tuvo que correr y se colgó de cualquier parte, alguien debió de tirar desde dentro, lo engulló el tren que se perdió más deprisa que ningún otro día y yo me hubiera puesto a morir de tristeza si no se me hubiera ocurrido el consuelo de que era domingo y él me había visto con medias y aquella blusa que más me favorecía. Las canciones andaluzas son muy tristes. No, ahora no podría oír ni por nada el ay ay ay ay, no te mires en el río, clic, apagado el transistor, el cartero no le trajo ninguna carta, pasó el tiempo y ninguna carta, porque tengo —niña— celos de él.

También aquí, en todas partes se nota cuando el tren está para llegar. Las extranjeras se arrimaban a los arcos que eran un horno, a ellas no les molesta el sol, y los viajeros arrastraban con pereza sus cestas. Pensó que debía despertar al marido, a la mujer le daba lástima por el estilo de las mañanas en que mirándolo se decía cinco minutos más, aunque ahora la lástima era por ella misma, quería terminar su historia como un niño que se esconde en un portal para comer su dulce. La historia verdaderamente no tenía final. Estaba segura de que al soldado lo habían matado antes de que le dieran papel de escribir, ella estaba mona con su blusa y sus medias, tenía una cintura muy fina y obediente, él hubiera escrito sin falta en aquel papel de escribir que vendían con cuatro carillas y los colores de la bandera y viva esto y viva lo otro, pero tenía que haber muerto porque ella en seguida presintió que debía recordarlo como en una foto ovalada y de color marrón descolorido de las que se cuelgan en las paredes de las casas, aunque algunas noches...

—¡Pero qué país! Ese reloj parado y uno aquí perdiendo la tarde. ¿No ves cómo se ha puesto la chiquilla?

Se levantaron y apañaron las cosas. Ella le tenía ley a su hombre, lo había seguido cuando él dijo de venir al sur. Cuando él fue allá a trabajar en el pantano se enteró de algunos amores de ella, pero por nada del mundo ella iba a contarle aquel secreto del soldado que la cogió por la cintura, no sabía por qué pero él no iba a perdonarle una cosa tan seria, los otros amores sí, el que hubiera estado amonestada con otro novio, sí. Entonces vino el trenillo de la costa y como si fuera la primera vez la mujer se quedó asombrada de verlo tan de juguete, luego le entró de repente una risa escandalosa, y el marido qué coño te pasa, y ella con la risa temblona que la aflojaba y le movía la abundancia de las carnes arriba y abajo, y cómo iba a decir que le había dado aquello tan tonto porque el trenillo no es ni comparanza con el correo de Galicia, y qué nombre para una estación Arroyo de la Miel, corasón, daría algo por saber qué ha sido de Rosa.

Los ejecutivos

Fue un gesto de cortesía mutua que al señor de azul y al señor de gris les salió perfectamente sincrónico.

—Yo lo prefiero rubio.

—Yo, si me lo permite, un negro con filtro.

Fumaban, y el humo desaparecía instantáneo, absorbido por los purificadores invisibles.

El salón de espera tiene sillones cómodos y el color de las paredes inspira bienestar. Ruge fuera el tráfico de la colmena pero las amplias cortinas y las alfombras lo dejan en rumor apagado, casi agradable, menos fuerte aún que la discreta música motivacional filtrándose por no se sabe dónde.

El señor de azul y el señor de gris se han adherido, como otros señores de la gran ciudad, al Athletic Club de Hombres Promocionados, fundado para la conservación y mejora de la raza dirigente. Saunas y masajes alternan con chorros térmicos y aparatos tensores para que los jefes ostenten junto a su probidad moral y competencia técnica una línea joven, vientre escaso, tórax firme y bombé.

Pasó poco tiempo y se cruzaron las tarjetas, grabadas en relieve:

—DISTRISA.

—EFASA.

Después de los que tienen asiento en el Consejo, el señor de azul y el señor de gris pintan lo más que se pueda pintar en DISTRISA y en EFASA, respectivamente. Uno, director de compras. Director de ventas el otro. Los ejecutivos tienen secretaria propia, un teléfono a la centralita y otro directo con la calle. Los ejecutivos no cuelgan el abrigo en el ropero común sino en armario individual. Y cobran en un sobre blanco, muy personal y cerrado. A los ejecutivos, esos héroes del desarrollo, los va quemando el *marketing*, las convenciones, las salsas fuertes, las ferias de Barcelona y Hannover...

Se fue acentuando el conocimiento mutuo. Seat y Dodge Dart. Atlético y Real Madrid. ¿Los puentes largos?:

—En la sierra.

—En Benidorm.

Intercambio de informaciones menores:

—¿Así que ustedes siguen cargando el ITE?

—Por supuesto. El tráfico de empresas y los embalajes.

Luego, los detalles personales:

—Me quito, me pongo... bifocales, mejor.

—Para exactitud el Rolex.

Ambos miraron la hora en la muñeca, confrontaron los resultados, siguieron hablando:

primero, de Sonimag y Hogarotel; y del Simo:

–Nosotros lo hacemos en facturadoras electrónicas –dijo DISTRISA–, con banda perforada, convertidor y lector.

–Mejor –EFASA–, un sistema total de procesamiento de datos, desde el registro original hasta la producción de informes finales, si realmente se pretende reducir el número de las operadoras.

Antes de que la recepcionista viniera a avisarlos, los colegas convinieron en reunirse un día, con sus respectivas señoras. Quizá saliera una colaboración. Seguirían hablando de temas importantes.

Pasaron revista rápida, ágil, al lugar para el encuentro. Todos los cuatro tenedores de la ciudad.

–¿Club 13?

–¡Pss...!

–¿O el Mesón del Rey?

–Demasiado típico.

Se decidieron por el Happy Buddha, restaurante chino, nombre inglés, platos españoles bautizados con nombres lejanos.

–¿Correcto?

–Vale.

El señor Martínez tomó nota de la cita en su Agendux. El señor García, en su Memorax. Uno y otro, con aire a medias abrumado a medias feliz, aludieron a tal precaución:

–Ya se sabe, con tantas cosas...

–Yo, hasta el número de las camisas. Algo quedaba aún por concertar:

–Y después de cenar, unos güisquitos...

–Sí, en casa, mucho mejor.

–Será en la mía, no faltaba más.

–Por mi parte tendría mucho gusto...

Los dos se sintieron deseosos, cada cual pensando en su propio salón con candelabros y biblioteca reciente. (Cada cual pensando en cómo sería la señora del otro.) Pero ya los llamaba por sus apellidos una voz malva a juego con las cortinas. La azafata es estimulante como todo, y los dos directores se anticiparon a la gimnasia poniendo en tensión sus músculos, las corbatas de seda de Milán, los cronómetros sumergibles.

–Hasta la vista.

–Chao.

Echaron a andar sobre alfombras leacrílicas y felices y era como saberse protagonistas de un *spot* muy caro de la televisión.

Souvenirs

«12 pilas petaca, 25 ídem tubulares, 25 lámparas medio opal.»

—Qué difícil es todo. No aprenderemos nunca.

—Aprenderemos.

El hombre leía en el papel largo y amarillo que estaba sobre un cajón, contaba varias veces las piezas, luego ponía una cruz. Pronunciaba con dificultad. Al principio, para cada partida, solía ensayar la traducción a su idioma, pero comprendió que aquel esfuerzo no llevaría a ningún fin. Que tendrían que acostumbrarse a decir pilas, lám-pa-ras.

—¿Te das cuenta, María?, esto es el comprobador.

—Sí, Esteban, el...

En el local cerrado, la mujer tuvo que levantar la voz. Se llevó las manos a los oídos mientras por las ondulaciones de la puerta metálica pasaba, como todas las noches, un bastón, un palo, no se podía saber. Se aplicaba el comprobador a las pilas y saltaba la luz. El suceso dio al hombre y a la mujer un triunfo, la confirmación de que habían comprado cosas que de verdad valían, de que todo aquello era más que un juego. Ella su infancia con nieve, Alex, Josip, Milocha; vosotros venís a comprar, yo peso las cosas en la balanza y os las envuelvo en el periódico, luego me pagáis con piedrecitas pequeñas y limpias, cada piedrecita es un dinar.

El hombre siguió inclinándose sobre las cajas, tanteando con las manos entre la viruta. A veces los objetos se defendían apretados y había que arrancarlos con decisión, pero siempre estaban al cuidado las otras manos, femeninas y tiernas como si recogieran criaturas sensibles. Qué sorprendente cada nueva partida, y ahora venían grandes bolsos de plástico para cada signo del zodiaco. Buscaron el Géminis y el Capricornio, todas las predicciones anunciaban venturas, claro, los bolsos eran para la venta. Luego salieron otros que traían grandes letras como movidas por la brisa: Mallorca, Cadaqués, Marbella.

—Fíjate —habló ella—, son nombres con sol, alegres.

—Lo alegre es ser libre —murmuró el hombre. Hablaban en su idioma. Si callaban, sentían afuera, a través de la puerta de chapa, lo esquinado y hostil de las palabras que no se entienden, frases sueltas, desflecadas, rotas, y a lo mejor eran tan simples como catarro, o llueve, o esta noche se lo digo sin falta.

Mallorca, Sitges, empezaron a repetirse los lugares, se derramaban, inundaban el damero reciente y pulido del pavimento.

—Ya no hay sitio en el suelo.

—Debemos montar las estanterías.

Era como un mecano. Bastaba con un martillo, unos alicates, casi nada. Todo engranaba con exactitud, las baldas a la altura deseada, separadores de vidrio, los

portaprecios de aluminio, las cantoneras de remate. Y como final, el copete que se iluminaba, y en efecto se iluminó, otra vez la puntualidad de la luz y se veía que no los habían engañado.

Se pararon a contemplar la obra. La pieza larga y estrecha había cambiado con los anuncios que en la sangre de los novicios ponían una impaciencia temerosa. Pero en medio de todo, por encima de todo, brillaba el pequeño marco con la licencia. Lo miraban una vez más, ellos sabían mucho de esperar un papel, esperar, esperar, y la intolerable prisa del corazón cuando un dios uniformado y cruel detrás de su mesa levantaba la mano y en la mano la estampilla de caucho, carné, ración, permiso, salvoconducto, visado.

—¿Crees que estará en regla? ¿Absolutamente en regla?

—Claro, Esteban. Por qué no vamos a tener confianza.

Tenían los estantes y volvieron con animación a desventrar los bultos grandes, corbatas, espadas de Toledo con pedrería, cremas para la piel, papel de cartas, cada partida era una cruz junto a un renglón y así se iba haciendo más fácil el problema, aprendían que en las dudas vale más apartar lo difícil, como se deja una columna del crucigrama y a la próxima pasada tenemos regalada la clave. Gitanas con guitarra, gitanas con clavel, gitanas con castañuela. Y, de repente un cambio, ahora todo lo que salía era de Myrurgia. Myrurgia. Myrurgia.

—Algún día compraremos cada artículo a su fabricante —decidió el hombre.

La mujer indagaba en una cajita de cartón suave, con cuidado, volvería a envolverlo como venía. Pero el encuentro con el cristal lujoso la turbó y el frasco escapó de sus manos para deshacerse contra el suelo.

—Olvidalo —el hombre se había vuelto en la pequeña escalera de mano—. Quién sabe si nos traerá buena suerte.

La mujer puso un tiento exagerado en la tarea de desembalar, casi un temblor. Dieron en salir cabezas de apariencia sólida, cabezas memorables pero frágiles. Chopin, Wagner, Mozart, Beethoven, cada uno en su pedestal, tan firmes en su reputación y ahora eran una inquietud, un riesgo que la mujer iba salvando desde la caja al estante mientras el hombre punteaba 1 Chopin, 1 Wagner, 1 Mozart, 2 Beethoven, las estadísticas (según el viajante) aseguraban que Beethoven se vende el doble que sus compañeros de colección. Después de las cabezas, vino la música misma, un cenicero con melodía, un cañón con transistor.

—Los cañones son simpáticos, yo no los veo amenazadores.

—Todo lo excesivo es insignificante —respondió el hombre como si recitara lo dicho ya por otro—. Es peor una pistola.

—O esto —palideció la voz de la mujer. Sus manos se crisparon sobre una metralleta, aunque se veía que era un juguete. El hombre se la quitó en silencio.

Panoplias, trabucos.

Y de pronto, termómetros, termómetros—guitarra, termómetros—llave de portón, termómetros—vieja diligencia, todos con el mercurio a nivel distinto como puñado de relojes desafinando en una relojería. Pero aun el que menos marcaba, marcaba mucho.

La mujer, como si hubiera necesitado aquella evidencia, se quitó alguna ropa. Pasó cerca del hombre y este la alcanzó con su mano nervuda, la atrajo hacia sí y la retuvo. El expositor de las postales se echó a girar. Sabían que la chispa podía encenderse ahora mismo, pero también que podrían seguir enlazados sin otra consecuencia que la ternura, fruto de madurez. Se detuvo el expositor de las postales.

Fue una invasión de burritos de peluche, botas para el vino con vivas y desplantes grabados sobre el cuero, panderetas, panderetillas, abanicos surtidos, y detrás como en una orquesta el bando del metal con los cenacheros plateados, los gallos, para qué tantos gallos de estaño y cobre, los quijotes sueltos y los quijotes con su sancho. Salieron cuadros, óleos andaluces, y entre ellos, un caserío vasco. Ya eran pocas lagunas. Pareja Benemérita, extra, tamaño 3.

Los últimos en entregarse fueron los ponchos. Eran de leacril. En cada uno dominaba un color. Los colocaron a capricho y la mujer dijo con voz excitada:

—Fíjate, Esteban, hacen nuestra bandera.

El hombre cambió el orden de los ponchos.

—Nosotros no tenemos bandera.

En la costa amanece pronto. A las nueve había que abrir.

Un Quijote junto a la vía

Los tipógrafos, si nos ponemos a generalizar, no son como los confiteros. Estos, al empezar el aprendizaje, suelen comerse un día todos los pasteles del obrador —jaleados aposta por el maestro—, y definitivamente los aborrecen. Los de las Artes Gráficas, en cambio, no es raro que adquieran, y para siempre, una afición desmedida a verse a sí mismos en letra de molde. A tal clase perteneció Laureano García Montón.

Fue una vez por Semana Santa cuando compuso cinco folios sobre «Jesucristo y el obrero consciente» y los mandó al periódico. Salieron en el extraordinario, que diríase el mismo de un año para otro, con el dramatismo de la tinta morada, el artículo del Magistral y las colaboraciones no solicitadas ni pagadas. El advenimiento de García Montón como articulista tuvo efecto al ancho de dos columnas, y el director dispuso, a saber por qué, que a manera de antetítulo constara aquello de «Noveles». El autor vio su artículo muy mermado, seguramente «por necesidades de ajuste». El autor encontró

bastante corregido su discurso, que se sabía de memoria. El autor hubiera querido que su trabajo saliera sangrado, o mejor aún con orla, como salían los sonetos de don Ginés – don Epinicio por mal nombre –, que no en balde es el poeta oficial, además de Jefe de Telégrafos. De todos modos, el autor se conformó. Tuvo un día feliz. Se echó temprano a la calle en la mañana del Jueves Santo, solo por ver el periódico en las manos de la gente. Le parecía que todo en la ciudad cantaba su nombre: Laureano García Montón, Laureano García Montón, Laureano García Montón, Laureano...

Al día siguiente, sin más espera, Laureano puso mano sobre las cuartillas y él mismo se asombró de la facilidad con que las ideas acudían a su pluma. No uno sino dos artículos confió al correo bajo sobre abierto, con franqueo de pocos céntimos como original de imprenta. El martes madrugó más que de costumbre. Compró el diario y lo hojeó deprisa, impaciente por ver qué espacio le habían destinado; cuál tipo de letra, acaso el ocho y en negrita. ¡Nada! Todo el periódico le pareció vacío. Lo mismo sucedió el miércoles y el jueves, y toda la semana, y las semanas siguientes. Al fin encontró un recurso que le valió algunas otras salidas: el de las efemérides. El director tenía mala memoria y varios años seguidos le admitió lo de la batalla de Lepanto.

Lo malo vino cuando el periódico cambió de manos. Se acabó. Laureano encontró consuelo en el «mal de muchos...», pues no volvieron a verse los sonetos de don Ginés, ni los artículos del Magistral. Las colaboraciones venían todas de Madrid, por eso de la Cadena. Laureano, para no asfixiarse, se asomaba de cuando en cuando a la ventana precaria del «Buzón de los Lectores». Le cogió cariño. Una vez era pidiendo una manga riega para el barrio o denunciando la falta de bombillas; otra, la inmoralidad de las parejas en el parque... Un día llegó hasta inventar que le había mordido un perro. La firma de Laureano García Montón era como un dedo cívicamente tieso que no dejaba de señalar hacia «quien corresponda».

Aquella noche había salido Laureano del taller después de una entrega larga y generosa. Eran horas extraordinarias que no podría cobrar. El patrón le autorizaba a componerse fuera de jornada una obrita propia, que Laureano pensaba ver en los escaparates de las librerías amigas: no más que un cuaderno, modesto en el tamaño, pero grande y profundo en la intención: «Filosofías de un pensador». Laureano le había dado muchas vueltas a lo del colofón: «Terminó de imprimirse esta obra el 23 de abril de mil novecientos tantos, aniversario de la muerte de don Miguel de Cervantes...». Ya mismo le parecía verlo sobre la página final, compuesta en el más puro tipo elzeviriano.

Detrás de los gruesos lentes le dolían los ojos, lastimados por el esfuerzo sobre la platina. Apenas se encontraba alma viviente. El camino que lleva a las Eras de Don Quintín se le hacía al hombre como una larga y brilladora culebra bajo la helada. Ya no estaba lejos el barrio, apretada colmena nacida en un costado de la ciudad como aliviadero vergonzante de sus calles céntricas y vivideras. El impresor sentía la vecindad del nido. A trechos se palpaba con amor, en el bolsillo hondo de la chaqueta, el libro circulante que le acababan de prestar.

Fue en esto cuando se oyó un grito a través de lo oscuro. El hombre paró en seco.

Había sido como el espanto de un animal joven y acorralado. A la primera queja sucedieron otras, más desvalidas aún, más apremiantes. Aguzó el oído. Ya no había duda: era hacia el paso a nivel. Se salió del camino y fueron hacia allí sus pasos vivaces, atajando. Supo entonces que la voz era de mujer, y la oía cercada de otras voces, duras y vinosas. Laureano llegó y trató de romper la rueda de los sátiros.

—Dejadla en paz, amigos. ¡Que vuele como un pájaro! ¿Acaso hay cosa más bella que la libertad?

No le escuchaban. Ceñía el corro su pasión de sábado alrededor de la víctima, y las dos manos de cada rufián se tendían, lúbricas, hacia el centro de la conjuración infame.

—¡Por María Santísima, amigos!

Se endureció:

—¡Por el progreso, por la libertad...!

Y golpeaba con sus puños sobre las espaldas sudorosas.

Hasta que le oyeron.

Uno, uno cualquiera, se volvió en redondo con el puño alzado y como un rayo lo dejó caer sobre el rostro del atrevido. Laureano se sintió tambalear bajo la ofensa. Vinieron sobre él los otros puños, cada vez más apretados de odio y violencia. Lo último que vio, antes de perder los cristales amigos, fue a la mujer que huía, liberada. Entonces le doblaron a Laureano el castigo, hasta que fue dejando de sentir, como si en vez de pegarle lo acunaran.

Tuvo un despertar confuso, tendido boca abajo contra el balasto, sabiéndole la lengua a una amarga mezcla de carbonilla y sangre. No podía moverse más que con el pensamiento. En el pensamiento, alumbrado por mil luces parpadeantes, le bailaba su próxima «Carta al Director»:

«La libertad... el hombre... y en negrita del diez... asesinos... los lentes... los lentes son sagrados en las leyes de América... nuestro asiduo colaborador...».

Fue lo último que pasó por su cabeza. O lo penúltimo: pues aún juntó su entendimiento y convocó a toda su voluntad para volverse hacia lo alto. Lo hizo con trabajo, y se alegró de estar cara a las estrellas. Entonces, alguien, desde arriba, dispuso piadosamente que Laureano García Montón dejara de sentir. Piadosamente. Antes de que pasara el rápido de Asturias.

Vino el Juez y mandó que lo levantaran. Se apañaron algunas pequeñeces: un pañuelo de hierbas, la petaca... Nadie reparó en un libro deshecho sobre el arcén, con sus hojas desorientadas y llovidas. Tendrá que procurarse otro Quijote, la biblioteca de los Amigos del País.

El forajido

Siempre tuvo una vista de ganar apuestas pero ahora le dolían los ojos, de la oscuridad. Lo primero vio una bota alta de reglamento tazada por donde juega el pie, y en seguida la otra bota gemela, el par de botas pegoteadas de un barro seco y caedizo.

–Quite usted, Mendaña –oyó mandar.

Y corriendo:

–Sí, mi teniente –obedecer.

Las botas se cambiaron por leguis bien tratados, rectos desde la rodilla para abajo menos en aquellos pliegues de puro domesticado el cuero y tan flexible. A él se le ensanchó un poco el pecho de pana, alegre de poder alegrarse por algo. Fue igual que hacía un día, a lo mejor eran ya dos días, que le dio gusto ver aquel lagarto crecido, solo porque el lagarto vivía.

–¡Eh, tú! ¡Sal de esa cueva del infierno! ¡Entrégate!

Se contentó más. No había duda de que provenían de los guardias aquellos pasos cautelosos cercándole, el desplome de las piedras inseguras por la ladera del monte. Porque también podía acudir el lobo, o peor aún los vecinos de Villarrubín tres días con sus noches persiguiéndolo a hoces, guadañas, palos. Y aún estos, alimañas, hombres, se movían. De las cosas que se mueven puede uno librarse si corre más. Lo insoportable era la fantasma quieta y desnudita de la rapaza pegada a las paredes de la cueva como una humedad, con aquella marca de flores moradas en la garganta.

–¡Entrégate, García! ¡Soy el teniente y no me andes con bromas!

«Hay que amolarse: García. No Pepe el Largo. Qué respeto ahora como si le hablaran a uno en papel de oficio.»

Pero quieto. No quitaba los ojos de la boca de la guarida, de los leguis que resplandecían resaltados por el sol de afuera, brillante como nunca se había visto.

«Y el teniente en persona.»

Las suelas giraron un poco sobre la tierra. A lo mejor sobre una lagartija. Y la voz de mando sonaba de otra manera como si algo hubiera cambiado en la cabeza de quien mandaba:

–No pierdan de vista el cueto. A lo mejor se nos ha largado.

Él sintió otra vez un frío que le tanteaba las espaldas, el molinete de los palos cayendo, piedras de los honderos y el filo curvo del hocín de Marcos el molinero de Arriba, de Eduarda la más carnicera del pueblo. Pero él correría más. Lo peor era esto otro, ¡los días con sus noches y la fantasma de la rapaza que no que no, las piernitas juntas como si se las enclavaran!

Se apartaron las columnas negras y en la boca de la cueva volvió a recortarse el mundo sin estorbos. Y qué solución iba a ser, si un gato helado le arañaba en las entrañas. Supo

que no soportaría oírlos marchar. Entre las dos manos apretó el aliento:

—¡Ya voy! —y la voz se dio contra las paredes ruinosas antes de salir al monte.

Se oyó al instante amartillar las armas.

—¡Venga, García! ¡Con las manos arriba!

Para tanto no había altura. Estaba alebrado contra la tierra y se empezó a arrastrar. A la mitad dijo:

—Si me entrego qué me van a hacer.

Pero no se detuvo, ni siquiera cuando, ¡a los tipos así había que cortársela!, llegó al agujero y se rindió junto al cuero lustrado, con un brazo defendiéndose de la luz. Se lo apartaron con mucha fuerza sobrante y en la lengua le clavaron un sabor a betún amarillo. Luego le socorrieron hasta tenerlo en pie, casi solícitos.

—¡A ver cómo te portas!

Él mismo echó a andar para delante, asombrado de estar entre hombres que se movían, tosían, echaban cigarros.

«Aunque sean guardias.»

Hubiera silbado una musiquilla pero pensó que se lo podían tomar a descaro. Y eso, no.

Fábula con obispo y niño

Érase una vez una familia humilde y un niño muy bueno que se llamaba Leonín.

Cierto día, Leonín empezó a perder el apetito y a moverse como el azogue sin que hubiera ferias, ni Reyes, ni procesiones a fecha próxima. Preguntaba a su padre:

—Padre, di, ¿será verdad que viene el Obispo?

—Acaso venga: si acaban la iglesia nueva.

Leonín, al salir de la escuela de los párvulos, ni un día dejaba de pasar por delante de la iglesia nueva, donde los obreros eran perezosos hasta que un hombre algo menos obrero les daba voces. Si Leonín se atreviera, también él les gritaría para que se afanasen más.

Se hablaba de que iba a venir el Obispo. Leonín, aunque de manera confusa, distinguía entre los simples rumores y las noticias serias. La noticia seria la dio don Estanislao en la catequesis: vendría el señor Obispo, el domingo de Pentecostés.

Leonín corrió a casa más excitado que nunca y se arrimó a su padre, el herrero del Hondo del Campo, que golpeaba acompasadamente sobre el yunque. En una pausa, preguntó el niño:

—Padre, di, ¿falta mucho para el Pentecostés?

El señor León se quedó parado. Se limpiaba el sudor más despacio que nunca, mirando fijamente para los carbones del fogón.

Luego hizo una seña al rapaz; entendió este a la primera: se lanzó gozoso, atendiendo la muda invitación, a tirar del fuelle; una alegre verbena estalló en la fragua, haciendo más vivo el fuego.

Cuando murió la última chiribita, y con ello la distracción, Leonín volvió a su tema:

—Di, padre, ¿cuándo viene el domingo de Pentecostés?

Choca un poco, ¡a que sí!, la ternura de un herrero. Pues el señor León fue y puso con mucho tiento su manaza sobre el pelo del rapaz, como con miedo de lastimárselo.

—Pentecostés, así con ese nombre...

Pensó que tendría que arriesgarse:

—Más o menos caerá por la Ascensión. ¡Eso! —por terminar—, el domingo antes de la Ascensión.

Días después, unos anuncios impresos en letras gordas sobre papel de colores, como para las fiestas del Cristo, andaban pegados con mucho engrudo por las paredes; también se los veía en los postes de la luz, en los escaparates de las tiendas, hasta en las cristaleras de los cafés: «El señor Obispo llegará a nuestra hidalga villa el domingo 10 de junio, a las once de la mañana. ¡Todo el vecindario como una sola oveja a recibir al amado pastor!».

Luego era el 10 de junio, domingo, el domingo de Pentecostés. No le había andado lejos el señor León. Leonín iba llevando la cuenta de los días que faltaban, desde el más al menos, jamás se le había hecho así de larga la retahíla de los números, el nueve, el ocho, el siete, el seis... Cada mañana, al despertarle por la ventana de su cuarto el sol goloso de la primavera, lo primero que hacía el niño era dejar al día su contabilidad. Después se ponía a pensar, a pensar toda la mañana y toda la tarde en lo que podría ser el Obispo, y solo Dios sabe las fantasías que puede fabricar un niño: sobre todo un niño como Leonín.

El Cristo ya se sabía lo que era. Leonín lo recordaba del año pasado; incluso de dos años o tres. Pero un Obispo no había venido jamás al pueblo, en la vida, corta, de Leonín. De manera que el niño empezó a desmejorarse visiblemente; tanto que su madre, una honesta mujer humilde y limpia, estaba más impaciente que el propio rapaz, y algo parecido le pasaba al padre, el bravo herrero León.

Aunque él hiciera su propio cómputo, Leonín no dejaba de preguntar cada mañana:

—Padre, di, ¿falta mucho para que llegue el Obispo?

A su madre la atosigaba con los detalles. Que si el Obispo será más alto que padre. Que si cabrá por debajo del arco que le están haciendo. Que si mete miedo a los más chicos. Que si manda más que el brigada de la Guardia Civil.

La verdad, conviene decirlo, es que todo en el pueblo contribuía a encender la fantasía

de Leonín. Desde que aparecieron los anuncios, los obreros de la iglesia nueva trajinaban como locos, sin que aquel otro hombre menos obrero tuviera que darles voces. Leonín, que se fijaba en todo, notó que blanqueaban la casa del cura, y una tarde, por un ventano del cuartel, vio a los guardias que le sacaban brillo a los correajes.

La víspera fue angustiosa:

—A ver, padre, ¡que no lleguemos tarde a ver al Obispo!

Lo acostaron temprano. La-vecina-que-todo-lo-sabe recomendó un agua de azahar, que no es mala de beber y tranquiliza los espíritus. El chico se durmió pronto, más por virtud del cansancio que por la tisana misma. Aún en sueños, cambiando a cada poco de postura, seguía dándole vueltas a su asunto:

—¡El Obispo! ¡Que viene el Obispo!

Tuvieron que vestirlo con mucha anticipación. Faltaban dos horas, ¡todavía!, para el acontecimiento. Una vez y otra Leonín salía a la calle; olía como un perrillo el aire inequívoco de la fiesta; entraba a comprobar si a su madre le faltaba mucho de arreglarse el pelo, si la navaja barbera de su padre, dale que le darás suavizándola a cada poco, andaba por la primera o la segunda mano.

Cuando llegaron a la plaza no había aún demasiada gente, como que los responsables estaban inquietos. Sin embargo, a la primera de las bombas empezó a congregarse como por milagro una muchedumbre que no podía saberse de dónde salía.

—¡El Obispo, padre! ¡Que ya está ahí el Obispo!

Todavía no. Las bombas querían decir que el personaje entraba en el término municipal. No entendió Leonín, como bien puede suponerse, lo de término municipal. Fue la gota que colma el vaso: el padre, agotada su paciencia, tuvo un momento de rudeza contra el rapaz. Se despegó este ofendido y llorica, hasta refugiarse en los alrededores de la madre.

Pero como los cohetes estallaran ya mismo en la plaza y sonara la música y la gente se apretara como un rebaño inmenso levantando nubes de polvo, Leonín se volvió desesperadamente hacia su padre:

—¡El Obispo, padre! ¡Ahora sí que es el Obispo!

El hombre, ya sin ningún rencor, empapado de ternura, cogía en brazos al pequeño y lo aupaba por encima de su cabeza.

El herrero era fuerte y alto, acaso el varón más alto de todo el pueblo. Sostenía al hijo como si fuese una bandera levantada, orgulloso de darle el mejor puesto para admirar la fiesta. Y en su propio natural, tan duro como el hierro que por oficio domeñaba, el señor León estaba sintiendo un escalofrío que acaso viniera de la Marcha Real, de la pólvora, de las colgaduras en los balcones, de la intranquilidad contagiosa de Leonín.

Cuando el herrero tendió sus músculos un poco más, su vástago, que abría sin medida los ojos ávidos, se puso a apartar con la mirada a las señoras de la Congregación, los tricornos de gala, el bastón del juez, la cara del alcalde que conocía y algunas otras caras que no se habían visto jamás en el pueblo... así lo fue separando todo hasta que alcanzó a encontrarse de golpe con el objeto central, el de su larga y atormentada espera...

Fue solo un momento.

El chico se remeció a izquierda y derecha, como queriéndose desasir de las manos que lo tenían. Luego se dejó resbalar por los hombros anchos del padre, por la pechera endomingada, por todo el largo territorio del pantalón recién planchado.

Leonín tocó tierra como quien llega al fondo de un pozo sin agua. Se le oyó decir con desaliento:

—Bah, un cura...

Luego cogió la mano de su padre y empezó una labor tenaz: tiraba de ella como suelen hacer los niños cuando nosotros los mayores nos paramos en un escaparate que no es de juguetes, o de charla con cualquiera y no sabemos acabar.

La gracia del rey don Carlos

Mire usted, yo siempre había sentido curiosidad por las cosas de la cárcel. Cómo se pasarían en ella los días, si cerca del catre andarían de noche las ratas, también si en el catre le ponen a uno sábanas bien apiezaditas como las de casa. Se lo consultaba a mi compadre. «Tú qué dices, compadre, ¿peor la trena o el hospital?» Y él: «Ni se duda. La cárcel pasa, y se acabó». La peor privación era lo del beber, o sea: el vino libre y caprichoso de las tabernas del barrio, aquí quiero, aquí también quiero, que es el único vino que vale la pena. Cuando por fin un día me metieron para dentro fue como si me quitasen un peso de encima, me alegré de haber tirado adelante con el formón y que a lo de curarse fuera el otro. La condena era mediana como el daño y podía aligerarse con el comportamiento. Me puse a comportarme bien. Una mañana vinieron a buscarme: «¡Félix Campano Buendía!». Domínguez traía cara de pascua, pero el hombre debió de pensarlo mejor, deprisa estiró la chaqueta del uniforme y la cara. «¡Al señor director, andando!» Yo, como le dejo dicho, era un interno bien mandado. Seguro que mi primera intención fue tirar con todo y cumplir corriendo. Pero ojo, Félix. Que te la juegas, Félix. Obedecer hay que obedecer, pero sin mucho calor, siempre hay muchos ojos observándole a uno. «¿Es que no has oído? ¡He dicho que arreando!» En todo esto, noté que el grupo de los compañeros mosconeaba. Dos pasos atrás de mis espaldas se oían las botas pesadas. En un momento que nos emparejamos, el vigilante me gruñó encima: «Podías haberte afeitado». «Si quiere un ris ras», le dije por agradecer. «¡En seco te afeitaba yo! Por lo menos abróchate la camisa.» Uno va pasando de lo que es verdadera

prisión a aquellos otros pasillos y dependencias que poco a poco se hacen más blandos, hasta la luz que entra por las ventanas parece distinta. El despacho principal tiene su alfombrilla delante de la puerta. Domínguez se limpió las suelas de las botas. Dio dos golpecitos y yo me sobresalté, la otra vez había sido por lo de mi madre que en paz descansase. La otra vez, el director que me sentara, un sillón con los brazos mullidos. «Tome un emboquillado.» «Se agradece.» Y solo faltó que me lo encendiera. Luego sacó el telegrama y me comunicó la mala novedad con mucha educación y mucho respeto. Pues a saber ahora, el vigilante Domínguez entreabrió la puerta y metió la cabeza: «¿Permiso?». Y ya usted ve que todo era para llegar a aquello, un hachón en la mano, y la túnica hasta los pies.

La calle se había llenado con la procesión y a Campano le imponía tanto silencio. La banda, callada. La gente estaba como en misa y una voz rompió a leer en un papel antiguo. Campano no entendía del todo pero las palabras le llegaban con un prestigio misterioso, como cuando oyera al fiscal en la mañana del juicio. «Pragmática» —y se imaginó una capa bordada de oro—, «privilegio gracioso», «magnánima majestad». Cuando dijeron del rey don Carlos nuestro señor, él extrañó que nadie se arrodillase. Un maestro de ceremonias colocó al indultado en el lugar que le correspondía. Campano se vio a paso lento por entre las aceras llenas de curiosos.

Donde el bar de Manolo, la calle se hace más estrecha. Delante justo de la puerta, el grupo de los curiosos se abrió. Se echaron a un lado y a otro como si una orden invisible los apartara. En medio de aquellos hombres estaba el compadre de Campano. Entonces, sí señor, allí fue donde sentí el puñal helado en el estómago, no, más por bajo del estómago, buscándome los menudos. Y menos mal que llevaba la cara tapada. Porque hubiera oído el ¡marica! Y qué. El ¡castrón! Y qué más da si todos saben las cosas del compadre, a mí no me importan sus desplantes, ni que tuviera mal vino y el bolsillo tacaño ni que se propasara un poco hasta con la hija de un amigo. Cualquier injuria menos aquel desprecio de darse la vuelta, con el compadre me dan la espalda los otros hombres que siempre lo siguen, usted me comprende, los que han vivido y bebían con uno, porque uno sin ellos es más miserable que un preso que haya abusado de una criatura, más que un preso con la perpetua.

Un frío me seguía escarbando. Poder tirar el pantalón aunque fuera junto a una tapia, no digamos lo de casa de uno con el papel de periódico, que mi señora lo pone troceado. Pero a lo mejor estoy faltando, acabemos la procesión. El caso es que vino otro retortijón tan perro que tiré la vela y me remangué la túnica del indulto. Entonces junté todas mis fuerzas como para empujar una viga, cargar un tonel, esos oficios de los hombres que no tenemos oficio, y salí corriendo —«¡Cogerlo!» «¡Que se escape!»— y bien que sabía yo para dónde —«¡Al preso!» «¡Al preso!»— y me daba gusto que me lo gritaran, sí señor, el preso soy yo. Con el esfuerzo último veía ya Campano los muros de la cárcel, y sus garitas, más indiferentes que alerta. ¡Piensa en otra cosa, Félix!, apretaba las nalgas figurándose la sorpresa del celador Domínguez, compañeros que no tienen nada que echarle en cara, en eso pensaba, y solo cuando le apuró mucho (pero ya llegaba al portón), en los excusados ásperos y sólidos como para hombres, hombres

acucillados, tranquilos, con su cigarro mientras y sus devaneos de libertad mejor que la libertad misma.

«Eso»

El caballero se apeó de la acera. Unos pasos le bastarían para cruzar la calzada. Enfrente se medio abría la puerta del bar, lo justo para anunciarse con una huella de luz eléctrica sobre el empedrado. El caballero se acercó al resplandor amigo que lo atraía con el poder de la costumbre. Abrió la puerta del todo y un momento se detuvo en el umbral, antes de descender los dos escalones que remediaban el desnivel del establecimiento con la calle. Le gustaba aparecer así, en aquella altura relativa, dominando al cóncave de habituales. Y de prisa le hacían hueco: en un lugar sin corrientes, eso por descontado; pero también a su autorizada palabra, en la ronda de la conversación. Y era justo, pues ciertamente los conocimientos de don Ventura parecían manar de un pozo inagotable.

En aquella ocasión, don Ventura se quedó perplejo bajo el dintel: el pequeño bar, por rareza, estaba vacío de parroquianos. Bajó la breve escalera pisa y fue a sentarse en un lugar a salvo de aprensiones, junto a la estufa donde bienolían las hojas del eucalipto. Sobre una banqueta tosca dejó caer el cuerpo cansado.

—¡Asco de domingos...! —refunfuñó, sin siquiera mirar para el hombre que estaba detrás del mostrador.

Pepe, el patrón del bar, se acercó sin pronunciar palabra, llevando un frasco de vino rojo; aún mudo, solemne, limitose a llenar el vaso que acompañaba a la botella, pero antes pasó el paño una y más veces, con parsimonia, sobre el redondel mellado de la mesa.

Por un buen rato se prolongó el silencio.

Con el pensamiento desdeñaba don Ventura al domingo: «Ese día infeliz en que sale el rebaño a divertirse. ¡Divertirse!». Lo que menos podía aceptar era hacer de número. Jamás había votado. Y habría sido objetor de conciencia si se estilase en su mocedad. Bueno, don Ventura Fidalgo era mozo todavía, en la acepción de soltero, y la edad no la confesaba por mero escrúpulo a que le dijeran sexagenario. Estaba del corazón, que se le había puesto grande y veleidoso, pero más que la caducidad física lo desazonaban el nombre y los sobrenombres de la vejez: una vez, en la biblioteca del Casino, hallábase

curioseando en los Abecés amarillentos de la colección cuando dieron sus ojos con «Ayer por la mañana, en la Puerta del Sol, sufrió un síncope el transeúnte Abilio Estepa Redondo, de 51 años de edad, natural de Grijota (Palencia), sin que nada pudiera hacerse para salvar la vida del infortunado anciano». Bien sabía don Ventura que en tiempos se era anciano por menos de nada, hasta gente tan curada como la de Palencia, pero aun así no había dejado de impresionarse.

Cuando Pepe repitió sin que se lo hubieran pedido, ahora ya con sifón, don Ventura profirió colérico, golpeando sobre la mesa inocente:

—¿Pero dónde, si se puede saber, dónde pastan ahora los borregos de este pueblo?

El caballero estimaba el don de la vida. Y aquel sería un día perdido en la vida del caballero si no encontraba a quién enseñar. Pues ya se sabe: si el río amenaza crecida, don Ventura conoce mejor que nadie cómo hay que reforzar las «burras»; hay quema y don Ventura dice por dónde hay que sacrificar las vigas; sabe la lista de las obras que escribió aquel Shakespeare, de cada veneno su contrario, de cualquier país sus estadísticas, de injertos y capaduras entiende.

—¿Y el Secre? —que se pasaba la vida en el bar—. ¿Pero es que ni siquiera ha venido el Secre?

Pepe tenía la voz neutral:

—El Secre... qué sé yo.

Don Ventura sabía que estando a solas con Pepe no le valdría lucirse, porque Pepe es un filósofo íntimo que se alimenta de ciencia propia. En cambio hay de bueno que uno puede estarse dos horas con él sin hablar, sintiendo pasar por debajo, como un Guadiana enterrado, el río de la amistad. Cuando abrió el negocio, va para treinta años, los amigos le estuvieron apuntando nombres y más nombres. Don Ventura propuso el Parnaso, el Olimpo y el Pámpano de Oro. Otro que Bar Azul, que Bar Imperio. Oía Pepe, y callaba. Cuando le entregaron el local, limpio y oloroso a pintura, decidió que le pondría Bar Pepe. Ahora, cualquiera; pero había que ser muy listo y muy Pepe para verlo, entonces, así de claro.

Don Ventura estaba reflexionando para sus adentros, pero luego volvió al consonante:

—¡Y toda la culpa la tiene *eso*!

—Sí —admitió el del bar—, ya se sabe. Pero *eso* tiene que pasar.

Don Ventura contó: había matado las primicias de la tarde en el Casino, como siempre, y no se le había dado mal —ni bien— la correlativa: tres horas, y total apré. Luego a estirar las piernas, a mirar el río desde el puente.

—Y a recorrer las estaciones... ¿Sabes que pusieron bandera en lo del Marqués?

Ya en estos tiempos el Marqués no alza bandera para guerrear, sino un trapo blanco que anuncia la puesta en venta de su cosecha, al menudeo. Pepe había entendido. Repuso:

—Este año menos grado, pero no está mal de paladar.

—¡Pues ni un alma, ni un alma con quien hablar! ¡Lo que se ^ dice un alma! ^

—Será que no lo saben.

—¡Que no lo saben!, ¡que no lo saben! La culpa la tiene *eso*, nada más que *eso*... ¿Y

qué me dices en lo de la Viuda? ¡Como un cementerio! En cambio pasa por delante del Miami, anda, pásate por el Miami. Por los cristales puedes verlo: lleno hasta los topes, pero nadie habla, nadie juega, nadie se mira. Todos a una están vueltos para el mismo sitio, como ovejas. Y si ves que uno se ríe, pues cuenta que todos enseñarán los dientes, y si hay susto o pena o cachondez en una jeta, pues ahí tienes en el mismo instante otras cien jetas que copian como espejos bobos los mismos sentimientos. Como bobos. ¡Si hasta acabarán perfumándose los sobacos, de tanto verlo en los anuncios!

—Pero *eso* ilustra, don Ventura.

—¡A los rebaños no los ilustra nadie! Y a quienes no quieren ser rebaño lo que los puede ilustrar son otras cosas: el pensar; y los libros; y la conversación, naturalmente, la conversación... Oír a quien sabe más que ellos, y aprender.

Volvió don Ventura a sus secretos: en el fondo, ¡allá la bodega del Marqués y lo de la Viuda! Pero aquel último reducto, el Pepe, la tribuna del Pepe...

Suspiró.

Quiso el otro consolarlo:

—Le digo yo que pasará. ¿Se acuerda usted de cuando vinieron las primeras radios? Pues igual.

Don Ventura, abatido sobre la banqueta, movía la cabeza con desaliento.

Decidió marcharse.

Era cierto que las calles estaban silenciosas, casi desiertas. El vaho humano del pueblo se había concentrado en el interior del Miami. «¡El Miami, el Miami...! ¡Valiente ridiculez de nombre en una tierra de secano!», solía criticar don Ventura. Allí en la cafetería nueva, hacinados entre palmeras enanas de escayola, los rostros en serie contemplaban algo que desde fuera no podía verse, aunque se sospechaba.

Llegó a su casa el caballero; subió a su habitación; anduvo en los libros amigos. Entonces cayó en que había perdido las gafas, seguramente olvidadas sobre la mesita del bar. Y rehízo el viaje con resignación.

Otra vez empujó la puerta de cristales marrones, casi opacos. Seguía vacío el establecimiento, pero él se demoró unos instantes en el umbral, ¡tanto manda la costumbre! Luego cogió la funda de cuero ajado.

Durante la corta ausencia de don Ventura, Pepe, que solía aprovechar los claros para sus pequeños arreglos, había descolocado unas filas de botellas de marca como si pensara colocar las bebidas por su clase, o por el color de las etiquetas, o simplemente a capricho, de manera que un amplio lugar vacío podía verse ahora en la estantería, justo enfrente del lugar donde se colocaban los habituales. El hombre pasaba allí el paño con obstinación. Sin dejar de hacer, empalmó con el asunto de antes:

—Ya vendrán, don Ventura, ya vendrán. Ahora convido yo. Tómese la rúbrica.

Don Ventura rehusó con apatía, palpó las gafas en el bolsillo del gabán y anduvo penosamente la calle costanera que lo lleva a casa.

Allí quiso un libro largo de discursos. Leía en voz alta, para darse más compañía: «Ser o no ser: ¡He aquí el problema! ¿Qué es más levantado para el espíritu: sufrir los golpes y dardos de la insultante Fortuna, o tomar las armas contra un piélagos de calamidades y,

haciéndoles frente, acabar con ellas? ¡Morir... dormir...!».

Leía el solitario, pero el pensamiento seguía mal las razones del libro. Le era una sensación difícil de explicar, como si algo estuviera luchando por abrirse paso a través de las nieblas de su cabeza.

Fue entonces cuando asaltado por una luz repentina y cruel, calculó mentalmente la capacidad de aquel espacio recién creado en los anaqueles del bar; y de inmediato lo asoció con eso: ¡sí!, con un aparato de los que llaman de 23 pulgadas...

El libro resbaló sin ánimo hasta dar contra la madera del piso, y don Ventura Fidalgo no volvió a hablar en este mundo. Fue una decisión precipitada, la del corazón del caballero, porque Pepe era inocente. Muchos lo podemos jurar: los que seguimos yendo cada noche a beber el vino de la casa, frente a la estantería en que nos miran, desde su sitio inviolado, las botellas.

Los brazos de la i griega (1982)

El ingeniero Démencour

Siempre que paso las hojas de una revista francesa y pasan pañuelos de Christian Dior, cremas de belleza, los must de Cartier (eso que «hay obligación» de tener de Cartier), me acuerdo del comienzo de mi aventura en el puerto de Tánger: *Je pense, monsieur, qu'il faut faire la présentation nous mêmes*. Fue ella la que lo propuso, más o menos así, «Yo creo que deberíamos presentarnos nosotros mismos», la desconocida que parecía salida de un número de *Marie Claire*.

Su gesto no me pareció demasiado extraño. Aunque no sé por qué iba a tener yo que entender su idioma. Era en lo peor del verano, en un bar revuelto del puerto, junto a unas tazas de café de recuelo pero que algo venía a aliviar el olor agrio de tantos cuerpos. Los dos nos habíamos colocado en la misma punta del mostrador, como si algo nos separase de la otra gente.

—Rodolfo —me adelanté cortésmente, un poco tímidamente, con la desgana de un nombre que me parecía de fotonovela—. Rodolfo Suárez.

Mi apellido, en cambio, lo llevaba bastante bien. En cuanto a las francesas, ya se sabe que usan el de sus maridos. El suyo no tenía que decirme nada, a lo mejor es bastante corriente en Francia:

—...*Démencour* —y sonrió lo justo, sin hacer ademán de alargarme la mano.

Me dijo que venía de Lille, tenía que bajar casi todo Marruecos hasta Tarenduf, el lugar que por entonces andaba en todas las bocas con sus yacimientos de cobalto o no sé si de uranio, esos minerales estratégicos que codician los rusos, los chinos, los norteamericanos. Desde entonces ya no pude pensar el Démencour más que como el apellido de un ingeniero. Seguro que ingeniero de minas, «el ingeniero Démencour».

—En realidad —me informó ella acerca de Tarenduf— tampoco puede decirse que sea tanto. Digamos que prospecciones, trabajos preliminares... —y cambiando cautelosamente de tema—: Entonces, los dos hemos pasado juntos ese horrible estrecho...

Por los ventanales abiertos veíamos atracado el barco, con su bandera roja y la estrella de Marruecos, el ferry que acababa de traernos desde el otro lado.

—Sí —le dije—, es raro que no nos hayamos visto en el embarque, ni en las cubiertas o en el restaurante.

—He venido acostada por el mareo, en un diván del salón de té. Creo que éramos demasiada gente.

Pensé decirle que de haberla encontrado me hubiera fijado a la fuerza. Es cierto que su falda pantalón y su blusa eran de lo más sencillo, parecían compradas en una tienda de vaqueros como los míos, pero a la segunda ojeada se veía que era mentira, seguro que en una *boutique*, y sobre todo estaban los complementos: la piel con lona del bolso de la individua o la marca dorada que abrochaba la boca del bolso, el detalle aquel de una manzanita de oro (luego supe que de Tiffany's en Manhattan), que era vista y no vista por entre el escote sobre la piel bronceada... De la bodega del ferry estaban sacando los coches con una calma que la tenía nerviosa. Cuando le tocó el turno a su Peugeot, sólido, calzado con neumáticos anchos, aplastó el cigarro y salió disparada al muelle con un aire de mujer que amase los riesgos, qué sé yo, como de safari. La vi haciendo una ronda alrededor del coche que limpiaban unos hombres de mono azul; firmando unos papeles (la conformidad, supuse) sobre el propio capó del motor; haciéndome señas para que saliera. Y yo salí con mi mochila que me limitaba a ir por el mundo con lo indispensable, pero que no me avergonzaba como el burgués acarreo de una maleta. Lo habíamos hablado en cuatro palabras: puesto que llevábamos el mismo viaje...

—No llevo una ruta fija —acaso se me vio vacilar— pero quisiera llegar hasta Marrakech.

Yo estaba allí con la ilusión de las ciudades imperiales y las ciudades santas y todo eso, pendiente de autobuses lentos y calurosos. Me pareció una fiesta cuando ella me dijo que le fastidiaba perder el tiempo a lo tonto pero que no le importaría gastarlo en algunos sitios que valiesen la pena.

—El misterio de Oriente, el Islam —ahora me animaba por fin—lo tenemos a un paso, la gente no entiende que estar aquí es como verse uno en Persia hace dos mil años.

No había pasado de Xauen la otra vez que estuve en Marruecos; fue en Xauen, precisamente, donde la francesa y yo hicimos la comida del mediodía. La primera situación como si dijéramos íntima, porque hay mucha diferencia entre estar tomando algo en el mostrador de un bar y sentarse juntas dos personas para comer en la misma mesa. Por la puerta entornada del restaurante indígena habíamos husmeado el frescor, y unos pinchos morunos —*les brochettes*, decía ella— se estaban asando a la puerta con un olorcillo que se sentía en toda la calle. La madera del banco era un asiento algo duro hasta que nos trajeron unos cojines bordados, y no pareció que los dos o tres comensales cercanos se extrañaran por esa atención a nosotros. Eran nativos, con el alto fez rojo sobre las cabezas. Mi compañera debía de tener experiencia, dijo que el pollo asado sería lo de menos riesgo, aunque yo me tiré a la salsa más colorada creyendo que era tomate y era pura guindilla. Los dos nos reímos con finura, yo creo que fue una prueba, que ahora sabíamos que era posible la convivencia. Después de unas frutas algo ásperas pero sabrosas vinieron con el té en un cacharro precioso de cobre y ella se quedó mirando para los hilillos de vapor que salían por unos conductos. Dijo que no lo hubieran servido mejor en París, en el Café de la Paix. Seguro que le gustaba el lujo. Debe de ganar

bastante un ingeniero en una explotación de esas y a su mujer le gustaría llevar un tren de vida que yo no podría seguir es lo que me andaba por la cabeza. A lo mejor me lo adivinó. Dijo que traía la idea de buscarse un conductor a sueldo, que si ella y yo podíamos alternarnos en el volante habría resuelto su problema de la manera ideal.

—Puede suceder —me dijo— que al llegar al hotel usted prefiera pasárselo a su aire, supongo que no le faltarán distracciones.

Sucedio que nos paramos en aduana y mercados de las estribaciones del Rif, tomamos té con menta en un cafetín de Ouezzane y té con menta por todas partes; era el tiempo de los días muy largos y pudimos desviarnos hasta dar un vistazo a la medina de Taza.

Sucedio que a la noche llegamos un poco cansados pero no rendidos a un hotel viejo y lujoso, en Fez. En la recepción no nos preguntaron apenas. Estaban echando la casa por la ventana, la ciudad en fiestas estallaba en fuegos artificiales y el olor de la pólvora se metía por las celosías de la habitación que nos dieron, hasta nuestra única cama, muy ancha y muy baja.

Bueno. En fin. Sucedio lo que tenía que suceder.

Ya muy tarde, cuando no me quedaba en el alma ni en el cuerpo otra gana que la de dormir y ver acabarse los cohetes, entonces fue cuando empezó a metérseme aquí el disparate del ingeniero, la obsesión de imaginármelo a él.

Por la mañana el sol de julio todavía podía resistirse y entraba hasta los pies de nuestra cama, orientada de cara al naciente. O sea, mi cama de sultán, toda enterita para mi pereza. La señora Démencour, es lo primero que vieron mis ojos al despertar, estaba junto al balcón que daba a la terraza, estirándose y doblándose como al compás de una música que solo ella escuchara, completamente embebida en la gimnasia del cuerpo y hasta del alma. De su alma yo no sabía mucho, y en cuanto al cuerpo... La verdad es que ahora me parecía distinto, no digo si mejor o peor, como si esos muslos y esa cintura y ese cuello tuviesen poco que ver con lo que anoche había disfrutado yo. La vi con las manos extrañamente cruzadas, las palmas hacia arriba, levantando los brazos muy tensos por encima de la cabeza y de cara al exterior de la habitación, con lo que estaba visible su espalda pero nada de por delante. Luego se dio la vuelta, sin saber que yo había despertado. Solo tenía puesta la braga, aparecieron de refilón sus pechos que eran poco voluminosos, y así como estaba ella, de pie, con las piernas entreabiertas y bien plantadas, se inclinó hacia delante de manera que le cayeron los brazos hasta tocar el suelo, y le cayó la cabeza, el pelo colgándole y toda ella como si fuera una sábana puesta en la cuerda a secar. No sé cuánto tiempo aguantó con la sangre bajándole a las meninges. Yo era más joven que ella; creo que no una cosa exagerada, pero sí; y no hubiera sido capaz de esas acrobacias. Cuando se enderezó y me vio examinándola echó una mirada al reloj —también se había dejado puesto el reloj— y yo sentí la vergüenza del zángano de una colmena. Salté de la cama desnudo como estaba, pero rodeándome la cintura con una toalla que había a mano; me salió clavado, el gesto del macho que está acostado con una señora en una película...

Tocaron suavemente en la puerta para el desayuno.

Si yo pudiese me alojaría en los hoteles de lujo nada más que por la hora del desayuno.

Trajeron naranjas, limones pequeños, dátiles. Trajeron quesos, huevos revueltos en un recipiente de plata con un infiernillo para que no se enfriasen. Los ruidos los habían agotado los de Fez durante la verbena y ahora solo piaban los pájaros, como si se hubiera parado el mundo. Trajeron café hirviendo y pan recién hecho. Nos lo traían unos servidores respetuosos, poco más que adolescentes, que entraban y nos miraban y miraban al suelo, hasta que se retiraban marcha atrás para no enseñarnos la espalda. Yo no sabía por qué miraban al suelo si éramos unos huéspedes ya vestidos y muy tranquilos, desayunando alrededor de un velador de mármol en la terraza.

Entonces la señora Démencour señaló para adentro del cuarto, para la cama de matrimonio, y es verdad que se la veía demasiado revuelta.

Me habló del pudor extraño de los moros jóvenes. *La hachuma*, lo llamó. Como si estuviera acostumbrada a tratar con ellos.

—Sería bueno —le dije— poder quedarse aquí para siempre.

Estaba claro, debía estar claro que quería yo elogiarla como mujer. Me dolió su nueva mirada al pequeño Rolex de acero, la manera elegante pero sin vuelta de hoja con que rechazó un avance mío en la mañana tan rica, disculpándose porque ya se había vestido y arreglado del todo. Esta vez llevaba una pieza entera de arriba abajo, uno de esos monos aunque entonces no era corriente verlos, con el blanco puro y deslumbrante del algodón que le daba a toda ella un aire muy descansado y fresco. Decidió que fuese yo el que condujera durante la primera parte de la jornada:

—*Si cela ne vous dérange pas.*

Se puso a mi lado en el asiento delantero, o yo al lado suyo; era la dueña del coche, el espacio que ella ocupaba siempre era poco para sus bolsos y las guías de viaje y las gafas, más los cigarrillos a todo pasto, como si el mundo entero quisiera tenerlo a su alcance.

Yo mismo —lo pensaba mientras conducía saliendo de la ciudad— venía de estar al alcance de sus ojos y de sus manos nada vergonzosas... Habíamos hablado poco, poco si se lo mira en proporción a lo de acostarnos juntos y que había llegado tan de repente. Este es un asunto que a mí me ha preocupado siempre, el cómo y el cuándo para el primer movimiento táctico. Con ella fue tan simple como entrar en la habitación y desnudarse y apartar una colcha. Me dolió si acaso su risa (es verdad que una risa muy franca) cuando yo no le duré ni un minuto con la emoción del primer momento. *Ah! non, ah! non, par exemple!*, me hablaba en español o en francés según le salía. Luego me administré y funcionó todo como las rosas.

Estuvo a punto de ser perfecto. Pero a mí cuando las cosas me salen a pedir de boca siempre me pasa que les veo una nube. Les voy a ser franco en lo de aquella nube: por entonces yo no me había acostado nunca con una mujer casada. Y lo que aguaba mi encuentro con la señora de Démencour era concretamente, personalmente el señor Démencour.

—Debe de ser muy desconocida, muy cerrada aquella región del sur —tanteé en cuanto tuve ocasión, refiriéndome vagamente al destino de la viajera—, diferente de las ciudades por donde andamos ahora.

–Sí –aceptó ella–, sobre todo después de que se deja atrás Ma–rrakech. Bueno, Agadir está más allá de Marrakech, pero la costa es siempre otra cosa.

–Eso es cierto –le dije–, yo pensaba en el propio lugar de las minas. O sea, en el interior, ¿no son las estribaciones del Atlas?

–Del Antiatlás, más bien habría que decir.

–Y supongo –aunque acaso hice más rodeos– que debe de ser peligrosa la zona.

–Bueno, son cosas de la profesión. Pero nuestra Compañía tiene experiencia, contamos con nuestro propio médico y enfermeros, sabe usted, casi un pequeño hospital.

–Quería decir otros peligros –dije, por entonces yo no pensaba en las enfermedades–, quizá la necesidad de llevar algún arma...

–Un arma nunca está de sobra –dijo con una sonrisa poco clara–, pero yo al menos no la llevo nunca.

Ella no, pero el ingeniero... Seguro que era un tipo habituado a la acción. La noche me la había pasado dándole vueltas al asunto, hasta que ya quería amanecer. Juraría que llegué a sentir el olor de la pipa de Démencour.

Y ahora, de repente:

–*Oh, mon Dieu!*, ¿se da usted cuenta de la desgana del guardia? –protestó mientras encendía el tercer o cuarto Winston del día–. Pero cómo puede hacerse así la circulación, ¿en una ciudad de doscientos mil habitantes!

Porque un ingeniero en África podrá fumar cigarrillos pero vuelve a casa (un chalé, un bungaló entre las palmeras) al final de la tarde y se tiende junto al ventilador y calmamente se premia por el esfuerzo del día con una pipa ancha y bien retacada... Estaría a punto de llegar un *boy* con el whisky y los pedazos de hielo flotando cuando me apeé de las nubes y traté de interpretar el ademán del guardia que por fin nos abría paso. El tipo es verdad que lo hacía con mucha pereza.

–No los conoce usted bien... –se lamentó ella entre la compasión y el fastidio.

También con el tono de: «Si me dejaran, a estos los arreglaba yo». Creo que le hubiera gustado bajarse del coche y dar unas órdenes. A las tres de la tarde del día anterior –aún no hacía veinticuatro horas y a mí me parecía haber vivido muchísimo–, el sol pegaba duro en los matorrales de las cunetas y era un fardo añadido sobre los hombros de algunos caminantes raros y mal orillados, o de burros sordos al aviso del claxon. *Ce sacrépays*, la oí decir (no sé si es exactamente un juramento). «Sí –dije yo–, estamos en la peor hora del día pero esto tiene que arreglarse pronto.» Y en esas, una procesión inacabable de cabras que se pone a cruzar. La vi alargar la mano hasta el paquete de cigarrillos, luego lo hizo correr a lo largo del salpicadero invitándome como de rebote. Estaba impaciente, se lo noté, pero no porque lo delatasen sus manos enguantadas, perfectamente seguras sobre el volante. Nos hubiéramos muerto de viejos en la carretera, esto es verdad, esperando el paso natural del rebaño. Ella le dio al cigarrillo una chupada intensa antes de dejarlo en el cenicero rebosante y arrancó golpeando sin duelo a los animales. El pastor nos había mirado con humildad y por un momento se puso a hostigar a sus bestias. Luego, al ver que ciertamente nos alejábamos, levantó su cayada como un arma y en su lengua nos gritó palabras que por el tono ensuciaban a nuestra familia. Me

reí por echar a broma el coraje de la conductora, pero ella estaba convencida; me dijo que es así y solo así como se tiene que actuar.

—Comprendo los sentimientos de usted —me aclaró con calma (estoy volviendo con el cuento a cuando el agente de tráfico)—; pero es por el bien de ellos mismos y de su futuro que debe inculcarse la disciplina laboral, la aceptación de los tiempos que cambian. ¿Sabe usted el incremento de la exportación de fosfatos naturales? ¿Los dos millones —o doscientos, diría ella, yo qué sé—de toneladas de hierro? Y por supuesto la electricidad, el doble de kilovatios hora en solo una década... No dudará usted —en fin, me dijo— que la empresa vale la pena.

Claro. Las mujeres oyen a sus maridos, las mujeres pillan aquí y allá las palabras y los gestos de sus maridos y se adornan con sus problemas, es lo que yo iba pensando a medida que en el retrovisor se alejaban los minaretes de la ciudad, a punto de adentrarnos en las carreteras ardientes.

—¡Mire! —recuerdo que paré casi el coche porque en la derivación hacia el este había unos indicadores de carretera increíbles—: a Túnez. A Trípoli. A Bengazi —yo leía o rezaba en voz alta la fascinación de los lugares.

—¡A Alejandría!

La vi que me miraba con algo que parecía cariño pero se corrigió en seguida, me miró y me dijo que somos unos soñadores los españoles. Ella había vivido en el Ruhr, en el Sarre, en la verdadera África negra del Congo belga. Y sobre todo en Lille. Imaginé una ciudad carbonosa. Ella dijo que industrial y un poco gris y no muy grande; seguro que tomaba el tren o su propio coche para París a esas cosas que van las francesas de las provincias a París: «*Oh, chéri* —al marido—, *mon amie Giselle, Giselle Dumont, tu te souviens*». O la reunión de las antiguas alumnas del colegio. Pero no van a equivocarse todas las novelas y las películas que recaen en un hotel discreto junto a la Gare de Montparnasse, en el apartamento en Neuilly de un ejecutivo ambicioso o mejor si es de un anticuario. Por qué no, la señora Démencour, o por qué, entonces, contigo si... Yo no estaba casado, era absurdo que me sintiera solidario con los maridos, pero el que ustedes saben se destacaba con su apellido de politécnico entre la masa anónima de los maridos, cómo no se le va a tener por lo menos respeto a un hombre que trabaja y baja en las vagonetas mientras que nosotros...

Llegó a ser como si él viniera con nosotros en el Peugeot... Una vez que ella subrayó una frase con su mano posándose en la tela delgada de mi pantalón, algo como una respiración extraña y poderosa me sobresaltó en la nuca. Las mujeres se lo apuntan todo a su favor y este empezó a aventurarse por mi escalofrío, segura, posesiva, también irónica puede resultar una mano...

Olvidé la presencia misteriosa que me había asustado, cogido como estaba ahora en la fascinación de los dedos muy largos y afilados. Después de la batalla de la noche no me había privado de mirarla a la boca carnosa o a los pitones que se le marcaban en la pechera del mono ajustado, y sin embargo me daba no sé qué el mirar a la luz del día para aquellos dedos más indecentes y evocadores que cualquier otra cosa.

Pero en seguida volvimos a estar con decoro. Tampoco en los días siguientes nos

tocamos como no fuese en la cama. En la cama sí: nos enzarzábamos nada más llegar al hotel; parece mentira la resistencia que uno tiene a esa edad. Creo que ella empezaba a disfrutar con solo comprobar que yo estaba en forma; esa certeza de mi disponibilidad la llenaba de seguridad y de admiración mientras que a mí me parecía la cosa más normal del mundo. Después venía lo que venía. Mequínez es un recuerdo visual en una habitación ahogada por los espejos, mientras Kenifra me sonará siempre a un libro inagotable de variaciones, una noche tibia y perfumada de jazmines donde recorrimos de la A a la Z. Con una mujer así yo me olvidaba de todo y de Dios, cómo no iba a olvidarme del ingeniero. Pero ella se dormía en seguida, como si con el gusto le hubieran dado el opio más fulminante. Y a mí me dejaba cavilando en lo mío, o sea en el otro, hasta que el sol empezaba a asomar por la Meca o por donde fuera.

—A Antoine le gustaba mucho cenar así (sentados a una mesita, con poca luz, hablando con abandono y confianza) en el bosque de Bolonia, ¿verdad que es encantador? ¡París y el bosque mezclados...! A menudo llegaba y me decía de improviso: «Venga, nos vamos al bosque...». ¡Era un marido maravilloso!

—No debía de ser difícil, con una mujer como usted.

—¿Por qué?

—Porque usted lo tiene todo: belleza, ingenio...

—No vaya usted tan deprisa. No me conoce. A veces le di al pobre Antoine disgustos terribles.

—¿De veras? Francamente, no me la imagino haciendo eso.

—¡Sí! ¡Pobre Antoine! Tenía unos celos enfermizos. Yo, segura de mi fidelidad, jugaba algunas veces con fuego...

Este diálogo, la verdad, no es exactamente el que tuvimos. Lo he leído más tarde en un libro *Reno*, de Maurois, y al leerlo me pareció que nosotros mismos habíamos estado hablando como en los libros o en el teatro. Estábamos en Casablanca. Era un hotel internacional como puede haber en cualquier capital del mundo, con gentes a quienes no se les notaba la patria. La mesa discreta y alumbrada con velas en un rincón del comedor lujoso no suponía exactamente una novedad, con el plan de vida que nos gastábamos. Pero sí era distinto el tono de mi amante o protectora o lo que fuera, que se nivelaba con el mío.

Me dio alegría que ella hubiera estado en Burgos.

Ya sé que su visión no pudo ser nunca como la mía cuando empiezo a descubrir las agujas de la catedral y luego el letrero de la fábrica de harinas de nuestra familia y las copas sobresaliendo en la arboleda del Espolón. Pero bastaba para unirnos, estando en aquella lejanía y con los músicos tocando sus instrumentos de cuerda tan melancólicos... Le interesaba mi trabajo de fin de carrera, mis posibilidades de colocación y mis hermanas. El saber cómo eran y si trabajaban o se quedaban en casa. Yo llevaba casualmente un par de fotos entre los papeles.

—Son guapas —me dijo—, me parece que la alta y morena es la más joven, ¿verdad?

—Sí, la más pequeña de todos los hermanos, yo creo que son monillas las dos, unas chicas corrientes.

—No, no, la más esbelta, ¿cuál es su nombre?, es una mujer muy *chic*, con esa silueta haría una buena modelo.

—A Veva lo que le gusta es el teatro. El de aficionados, por supuesto.

—Veva. ¿Genoveva? Me gusta que se llame como yo.

—Sí.

—Su mirada es inteligente. Y suena bien el diminutivo cariñoso. Veva.

Me las devolvió, las fotos, y echó mano a su bolso. Me vino una cosa idiota pensando que ella iba a corresponder de una manera parecida, o sea, con sus fotografías familiares. Era un hormigueo de estar deseándolo y temiéndolo al mismo tiempo, y algo tenía que ver con lo que sentí alguna vez cuando ella me estaba viendo acostado sin nada encima o bajo la ducha, la rabia de no haberme puesto bastante moreno y a saber qué comparaciones haría; los ingenieros aunque sean maduros me parecían a mí una gente deportiva de bajar a las galerías y jugar a la pelota en los frontones del norte. Pero del bolso sacó el eterno paquete de cigarrillos. Solo que en los últimos días apenas fumaba rubio y se había pasado al Gitane, desde que pudo encontrar unos cartones en alguna parte.

—*Madame Démencour* —vino un empleado—, *votre communication*, y que si quería que le trajeran un teléfono a la mesa o en la cabina de al lado.

Prefirió la discreción de la cabina, seguramente acolchada. No es que hubiera ruido en el salón, salvo la música muy de fondo de la orquestina. Pero encontré natural que su conversación quisiera hacerla íntima y acaso larga, debía de ser bastante tiempo de ausencia.

Un dato así no debiera olvidarse, de verdad que no recuerdo si fueron seis los pernóctes o si fueron siete. Sí sé que aquella noche última la pasamos como hermanos.

Pero qué tontería lo de como hermanos: como un verdadero matrimonio, cuando la mujer está mala o no les viene la gana o han tenido un disgusto.

Ella se acostó en la cama principal. Sobre el zumbido del aire acondicionado se escuchaban los movimientos de su desvelo, con lo bien que solía encontrar la postura y quedarse frita. La oí alcanzarse un vaso de agua, probablemente alguna pastilla. Yo no quería parecer indiscreto. Cuando en la cena volvió del teléfono, volvió más pronto de lo que yo pensaba. Se sentó nuevamente en frente de mí, y con un gesto de su mano (donde lucía una sola, pero delicada esmeralda) detuvo cualquier posible interrupción mía, como quien trae en la cabeza una idea que necesita fijar. Sacó su pequeña agenda de piel y se puso las gafas; eran sobrias y bifocales, creo que esas gafas no se las había puesto en todo el viaje. Cuando terminó de anotar, sí le pregunté si pasaba algo.

—Son gajes del oficio... —dijo ella con una voz grave y madura que en seguida dejó paso a una consigna, por no decir una orden—: ahora tenemos que descansar. Saldremos antes de que amanezca.

La señora Démencour había dejado de perfumarse. Las últimas noches era un olor a

fresco y a limpio, o sea, olor a nada. Yo observaba los cambios, según nos íbamos acercando al final del viaje. En la cama, incluso, tenía el cuidado de no fatigarse del todo y «eso no, *s'il vous plait*», que no le tocara demasiado los pechos. De manera que esta vez me tocó acostarme en el sofá-cama. En realidad, ahora que lo pensaba tranquilamente, ella nunca había querido hablarme de su marido: nunca de sus hijos, de nadie de su familia. En las otras noches, para poder justificarme y dormirme lo había supuesto –a él– entendiéndose con una secretaria de la Compañía. Lo imaginaba sobre el vientre (o bajo el vientre) danzante de una prostituta árabe. Y por qué no un depravado sexual, complaciéndose con un efebo... Pero en el descanso de ahora estrecho y mío, mío como en mi cuarto de hijo de familia o en la mili o en el colegio mayor, lo que yo sentía era una definitiva simpatía hacia el hombre que me había venido siguiendo durante el viaje... La satisfacción de poder ofrecerle, al menos, esta noche de lealtad y decencia. Supe de fijo que podríamos ser amigos. Que bastaría encontrarnos cara a cara para reconocernos y a pesar de todo chocarnos las manos, esos pactos enteros que solo pueden hacerse entre hombres. Con un vaso en la mano. Junto a un tablero de ajedrez, en las tardes muy largas de Tarenduf...

El nombre de Tarenduf saltó, reconocible incluso para mí, en las noticias en árabe de Radio Rabat. Por la carretera de Casablanca a Marrakech corríamos como locos (yo ya no conducía el coche, ya nunca más conduciría aquel Peugeot), y a ella parecían sobrarle manos para el volante y el cigarrillo, para el volante y la sintonía cambiante de la radio, hasta que también la onda larga de France-Inter dijo Tarenduf y ahora en francés entendí lo de la explosión y los muertos. Solo dos líneas o como deba decirse en la radio, porque tampoco es que fueran demasiados muertos. Tengo yo observado que si son pocos, allá las familias, si son cincuenta hay pésame del Gobierno y si son doscientos muertos el Santo Padre se retira a orar.

–Es estúpido –la oí como si se hablase a sí misma–; los accidentes son siempre estúpidos.

Pareció que nos lo hubiésemos dicho todo. Su pie seguía en el acelerador con valentía, con serenidad. La mañana marroquí estaba, por primera vez, más plateada que encendida de rojo. En la entrada de Marrakech intercambiamos las direcciones, nos despedimos con un beso cortés, la mochila volvía a mis hombros como en el puerto de Tánger. *Geneviève Démencour, Ingénieur-Directeur*, leí en su tarjeta personal bajo el anagrama en relieve de la Compañía y el coche acababa de borrarse entre las palmeras.

Charly

Tenía los ojos de un gris descolorido y un poco bizcos. Tenía, o sea, tiene, un flequillo que le come la mitad de la frente. Y yo tenía que haber adivinado lo que me iba a suceder con él, claro que eso es fácil decirlo ahora. Le pasé la mano por el pelo y le pregunté si éramos amigos, igual que pude hacer otra cosa.

—No.

Que hombre, que si no me quería un poco.

—No.

Pero que si nada nada.

—Nada nada.

—Y no te acuerdas la otra tarde en la terraza, que te dije si querías mirar por el telescopio.

—No es un telescopio. Y además no me acuerdo.

—Pues allá tú. ¿Oyes esos chicos que juegan abajo en el patio? Ellos sí son mis amigos —le mentí. Y también, aunque acaso se me notaba la torpeza—: mira lo que tengo, adivina qué es y te lo regalo.

Entonces fue cuando intervino ella:

—Charly, hijo, cómo puedes tratar así a nuestro vecino —se co—rrigió—: al señor... (aquí mi apellido). Vamos, haz las paces con él. Dale la mano ahora mismo, Charly.

Yo extendí mi mano. El niño echó atrás las suyas.

—¡Charly!

—Déjele usted, señora. La culpa la tenemos los mayores, somos nosotros los que nos ponemos pesados.

En el fondo, a mí el Charly me importaba un pito. La mamá y yo nos habíamos intercambiado algún favor de esos de puerta a puerta. Ahora coincidíamos en el rellano y fue ella la que se detuvo a darme las gracias por no sé qué pequeñez.

—De nada, disponga —reiteré muy fino. Me gustó mirarla tan de cerca, no sé por qué le encontraba yo un aire como de mujer que sufre vagamente—. Y adiós, Charly —concluí—. Con permiso.

Él dio un salto y se me puso delante. Lo hubiera podido apartar con un solo dedo, pero el aceptar un mínimo de broma me pareció de buena vecindad. Me eché a un lado para alcanzar la escalera. También ahora se adelantó como un rayo y allí estaba oponiéndose, desafiándome sin mover los párpados.

—Vamos, Charly, vamos... —suspiró ella. Era una voz consternada, pero con mimo.

Claro. Todo esto no puede contársele a nadie como una dificultad seria. Acaso fueron una decena de segundos y a mí me parecieron muy largos. Miré mi reloj de una manera condescendiente pero ostensible; era un gesto fácil de comprender, mejor si lo remachaba con una caricia donde hubiese ternura y un poco de autoridad. Pero el niño se sacudió mi mano como si fuese un tábano, retrocedió lo necesario para el impulso y vino con su cabeza casi albina contra mis partes. Ya en los peldaños, me volví para saludar. Quisiera llevarme la mano a ese sitio y en cambio allí estaba yo como destocando un sombrero inexistente; ella es una dama distinguida, incluso en la intimidad que ya me habían dejado averiguar las ventanas del patio interior, y el niño mirándome con la rabia del cazador que

ha perdido su presa. Reaccionó cuando yo iba por el primer descansillo bajando:

—No soy nada tuyo.

Vaya por Dios, me dije.

—No te quiero nada.

Qué le vamos a hacer.

—Ni siquiera te conozco, lárgate por ahí.

Anda y que te ondulen.

Pasé por delante de los periódicos y renuncié a echar el vistazo a los titulares de la mañana, me impacienté en el autobús. Hasta que al llegar a la oficina comprobé que aquella sensación de andar con retraso era falsa. Todo fue normal y exacto, empezando por los saludos sabidos de la entrada y terminando por los sabidos y cansados de la despedida: hasta mañana, *ciao*, sin olvidar el almuerzo descuidado en la trattoria. Al final de la jornada era menos de media tarde. Estábamos en primavera avanzada y los días no se acababan nunca. A toda Roma se la veía feliz de dejar el trabajo con pleno sol y marchar a las piscinas recién abiertas o incluso a las playas de Ostia, o de tiendas, o a sentarse en las terrazas de los cafés. Yo también estaba contento pero era por volver a casa. Como un marido reciente que tiene a la mujer esperándole, y es que yo me sentía casado con esta vivienda de ahora aunque esté en un *palazzo* ruinoso, llegar y cerrar la puerta y tenerla para mí solo con cada cosa en su sitio, mis buenos sillones de relax que todavía guardaban el olor a estreno de la tienda de muebles.

La bolsa que acababan de llenarme en el supermercado la posé junto a la puerta que pone «Brancoli» mientras metía la llave en la cerradura. Es una cerradura caprichosa, estaba en ello cuando adiviné que me miraban. Me volví y era él que me estaba mirando. Asomaba su cabeza por la puerta entreabierta y sin nombre frente a la mía, pero el cuerpo lo mantenía dentro, hasta que dije ¡hola! y la puerta se cerró de golpe. Unos días vacíos en cuanto a Charly y su madre habían ido pasando desde entonces. Nada que contar hasta una mañana de domingo con el conato de incendio en la cocina del segundo, cuando todos los del inmueble nos vimos asomados a la barandilla de la escalera. La otra vecina, somos tres en la misma planta, había sacado en previsión dos calderos con agua y Charly se las compuso para volcar el más grande de manera que me alcanzase de sorpresa. Era un agua utilizada y sucia, y yo acababa de vestirme para salir al mercado de los coleccionistas de sellos.

—¡Charly!

La mamá se llevó las dos manos como a taparse los ojos. Aún tuve humor para ver que eran unas manos muy finas y deseables. Lo que yo tenía que hacer era entrar corriendo a secarme, pero siento horror por los mutis desairados y me quedé sonriendo, y que no era nada. Con prudencia, evitaba dirigirme a Charly. Él sí se dirigió a mí:

—El pantalón —dijo. Apuntando con el dedo hacia mi mejor pantalón, el de canutillo color beis claro.

Yo hice como que no había oído.

—Te has meado en el pantalón.

Ahora la mamá no dijo Charly ni nada, solo una convulsión delicada y unos bonitos

pechos del Piamonte bajo la bata entreabriéndose, lástima el frío del agua pegándose a mis muslos, resbalando y deteniéndose un poco en las rodillas.

—Eres viejo y te meas en el pantalón.

Renuncié al intercambio de sellos. Pasé el resto del domingo poniendo orden en el apartamento, enfocando los aumentos del catalejo sobre los alrededores o sentándome sin hacer nada. Hasta la hora de acostarme. Todavía por entonces dormía de un tirón como corresponde a un hombre tranquilo y razonablemente cansado. Todavía no habíamos llegado a que el chico me tuviese cada día a la espera, a que yo modificara mis costumbres cuando él las tuvo aprendidas al dedillo, aquel trastorno de deambular tontamente media hora, una hora, retrasando el momento de volver a casa.

A veces era un mohín, la lengua, una pirueta burlona. Pero lo más probable es que la inspiración bajara sobre su cabeza demasiado grande y le asomara a los ojos y se vertiera en palabras como para llenar un diccionario de injurias. Me oí llamar pijo, testa de pijo. Me oí llamar tísico, una palabra que no se le ocurre a ningún chico de ahora. Me oí llamar cuatro ojos. Cuatro-ojos-y-no-ve.

La madre de Charly lo sabía, probablemente lo lamentaba. Pero me dolía un poco que no acabara de afirmar su reprobación, de decir que estaba de mi lado. Ahora las tardes eran cada vez más calurosas y yo podía atisbar por el patio sus *déshabillés*, y en alguna ocasión favorable sus posturas sobre la colcha de dibujo confuso, fumando. Con Charly lo ensayé todo. Lo primero había sido la indiferencia, los niños terminan cansándose de fastidiar si no se les hace caso. Después le reí las gracias. Después traté de comprarlo; supe que una vez le había gustado un *dolcerama*, que es un cartón con golosinas que venden en vía Condotti y allá me fui a vía Condotti por el *dolcerama*. El pollo cogía el regalo que fuera y se metía bruscamente en su casa, y también se metía en casa con un portazo si yo cambiaba de táctica y lo perseguía con la amenaza de un par de tortas.

No podía romperle la cara. Esto es lo único que estaba claro, que yo no puedo romperle la cara a Charly mientras todos crean que Charly es un niño de cinco años.

Para las nieblas que se iban apoderando de mi cabeza pensé que no me bastaría con mis fuerzas. Era la angustia de si tendría que dejar esta casa donde por fin estoy a mi gusto, las noches de insomnio ante la perspectiva negra de otra mudanza. Lo de decidirme por el médico fue el día que encontré a Charly con otros niños. Me puse pálido. No volvió a suceder porque Charly es muy independiente, pero Santo Dios si se le ocurría azuzarlos; recuerdo mis tiempos de rapaz en Spoleto, saliendo en pandillas nada más que a correr con vejaciones estúpidas a nuestras víctimas...

«Usted no juega nunca», verdad, me soltó de pronto el especialista. Yo lo estaba escuchando con asombro porque llevábamos un rato en la consulta y él no se interesaba lo más mínimo por las cosas que le refería del niño, como si lo del niño no fuese una causa clarísima. «Unos miles de liras a los caballos —le contesté— y también por el fin de año a la lotería.» «La lotería y el toto—calcio y eso, también —condescendió como un profesor de buen carácter—, pero el juego hay que entenderlo sobre todo en lo que se hace con alguien», y esto de con alguien lo recalcó mucho. Se detuvo en el sexo. De esto hablamos un rato. Quizá no tenía que haberme declarado tanto. La verdad es que le

hablé como al confesor en el confesonario. Al final me recetó unas pastillas para tranquilizarme y otras contrarias para excitarme. De Charly no me aclaró ni una palabra.

El Charly estaba esperándome, naturalmente. Ahora ya solía esperarme en la acera. Entré en el portal, y él con su camiseta de tirantes detrás de mí; yo no necesitaba mirar para saber que me seguía. Me pareció un alivio que la portera falte cada vez más de su garita. Pero estaban unos hombres de mono blanco, repintando sobre las últimas humedades.

–Tonto –me dijo.

–Tonto tú –decidí devolver la pelota.

Mientras, mis pies avanzaban sobre las baldosas que hubiera reconocido a ciegas. Y es verdad que a veces las andaba a ciegas, para probar, esas bromas que me inventaba yo entonces. Cerraba los ojos si iba en un taxi y así viajaba calculando para abrirlos en el punto que previamente hubiera escogido: Corso de Italia, Porta Pía, abrir en el Policlínico, faltaba un pelo para el Policlínico, era plaza Fabrizio. Para mí solo lo inventaba.

Y ahora:

–Te falta un diente –me acusó Charly levantando la voz.

–A ti te faltan dos dientes –le repliqué.

–A ti te faltan dos dientes y todas las muelas –lanzo él como un rayo.

–A ti los sesos de la cabeza te faltan –y dibujé en el aire la forma de su cabeza.

–A ti te faltan en la cabeza desde que naciste –y él imitó el berreo de un recién nacido.

Los dos pintores nos miraron desde sus escalerillas de mano. A uno le vi cómo alzaba los hombros como si dijera a mí qué, y el chico y yo empezamos a remontar la escalera de mármol gastado; ahora el chico iba delante, subía unos peldaños más arriba que yo y allí esperaba a que se acortase la distancia.

–Enano –me dijo desde su altura.

No vacilé ni un instante:

–Macaco tú, que no mides ni una cuarta.

–Pero yo crezco todos los años y tú te estás encogiendo –me dijo.

Bueno, otra de aquellas bobadas, porque el doctor Molinari me ordenó que no le ocultase ninguna fantasía, era apostar a que por ejemplo la tercera mujer que se me cruce en la acera la voy a tener a mi merced para toda la noche; igual podía ser una vieja que ni estando loco, como caerme una chica estupenda.

–Y tienes sucios los puños de la camisa –volvió Charly a la carga.

–Eso sí que no –le dije, pero no pude evitar el mirarme con aprensión–, todas las mañanas me la pongo limpia.

–Mentira –dijo él–, llevas días con la misma camisa de rayas azules.

–Se pueden tener muchas camisas de rayas azules –le dije.

–Mentira podrida, las camisas se compran distintas para variar –me dijo–. Tacaño. Que vives tú solo en la casa para no gastar el dinero.

–Mejor con un gato que vivir contigo –le dije.

–Se moría de hambre el gato en tu casa –me dijo. Y también me dijo–: cerdo.

–Tú cerdo desde que te levantas por la mañana –le dije.
–Tú puerco desde que naciste –me dijo.
–Tienes las orejas más negras que el carbón –le dije.
–Telas de araña es lo que tienes tú en las orejas de mono –me dijo.
–Y esas narices tuyas de no lavarte –le dije.
–Tú tienes el culo asqueroso de no limpiarte –me dijo.

Y le dije:

–Quisieras tener tú la cara tan limpia como tengo yo eso.
–Pero no soy calvo y tú te estás quedando sin pelo –me dijo.
–Y tú bizco que no se sabe para dónde miras –le dije.

Esto pareció afectarle. Se quedó con la mirada perdida, tembloroso, y yo empecé a arrepentirme. Fue solo un momento, porque él ya estaba otra vez en su puesto:

–Pero ya no me hacen llevar las gafas y a ti sí.

–Las llevo solo cuando me da la gana, mira –y las quité y las metí con desdén en el bolsillo de arriba de la chaqueta.

Seguimos enzarzados y ya íbamos por el nivel del tercer piso. Pues fue a esa altura, sí, cuando ocurrió lo increíble. El se paró, afirmado con insolencia sobre unas piernillas que a mí ya empezaban a parecerme enormes y hasta con pelos. Entonces arriesgó una vuelta completa de tuerca:

–Tramposa –me dijo. De–le–tre–an–do.

Todo el edificio se llenó de un silencio de humo y yo sentí un repentino sudor en el cuello. Una cosa así debe pasarle a uno cuando el florete del contrincante le alcanza la carne.

–Y deslenguada –se apresuró para arrebatarme mi turno.

Aún ahora me avergüenza recordar (pero no había ningún testigo) el tartamudeo rencoroso –«Tú eres... tú eres...»– con que yo intentaba recobrarme. Él cuando subía un tramo lo hacía como un ratón ligero. Yo, resintiéndome, cada vez más, por la falta de fuelle. Pero pude juntar todas mis fuerzas:

–¡Tú eres la más golfa del barrio! –le arrojé a la cara, sabiendo que también yo cruzaba ahí el punto sin retorno.

Porque hay que reconocer que fue una idea diabólica, la que tuvo el tío al cambiar de género los insultos. Decir mamona, o decir apestosa, potenciaba terriblemente el asunto. Continuamos con este invento en nuestro propio rellano, él con las espaldas pegadas a su puerta mirándome de frente, yo mirándole de lado y manipulando con mi llave en la cerradura, pero sin demasiada prisa por acertar. Así durante un rato interminable, los dos solos, parecía que no hubiese ningún otro habitante en toda la casa ni en el mundo. Y no nos repetíamos ni por un descuido.

–Adiós, *chiachierona* –quedó él por encima, o sea, el último en inventar maldades.

Nos separamos. Yo estaba cansado y un poco ardiente, y Charly, probablemente, también. En realidad, no sé cómo decirlo, había algo de satisfactorio en que por primera vez hubiéramos tenido una relación de igual a igual. Así empecé a convencerme de que Charly es un rival verdadero con el que se puede jugar, luchar. Y al fin, por qué iba a ser

más indecoroso engañar a Charly que hacérselo a cualquier marido.

—¿Sabes? —me dice ahora la mamá mirando para la calle a través de los visillos—, ha sido una idea mandarlo al colegio.

—Sí —digo yo.

—Es un niño difícil pero encantador, créeme, lo que ocurre es que se estaba criando solo, quiero decir sin ningún hombre en casa.

O sea que ahora me toca a mí averiguar los horarios, vigilarle los pasos a Carlo. Desde una tarde en que faltaban dos horas para que volviese el autobús escolar y llamé a la puerta de al lado, y «Pase usted señor Brancoli (todavía por mi apellido), es usted muy galante trayéndome flores».

La resistencia

—Así que entonces, usted fue de los que estuvieron con el destacamento. No sé de ningún otro que haya vuelto por aquí. Han pasado muchos años, no revolvamos en aquello. Tómese una copa.

—Se agradece —dice el forastero.

—Ahora se da uno cuenta de lo jóvenes que éramos. Tenía su emoción aquel riesgo de las noches preparatorias, cuando escapábamos de nuestras casas porque todo había que tenerlo calculado para no fallar. Y dice usted que no era ni oficial ni sargento.

—Escribiente —dice el forastero—. No he tirado un tiro en mi vida.

—Eso sale ganando. ¡A su salud!

—Salud.

—Recuerdo que tenían anunciado que iban a entrar a las cuatro en punto, con la soberbia de quien puede entrar cuando le dé la gana. Había carteles, habían publicado el bando. Llamamiento a la población sobre que la batería iba a entrar a las cuatro en punto y las normas de policía. Recuerdo que llegaron a las 5:15. Se dijo que iban a venir con sus cañones, ustedes los artilleros. Pero nosotros, si eran de artillería, como si fuesen de intendencia. Y tampoco fue tan espectacular. El alcalde que se adelanta sombrero en mano, se le veía digno pero con recelo, como si presintiera que iban a caerle problemas. Ellas, las chicas, estaban las muy tontas en primera fila, como en el baile esperando a que las sacasen. ¿Y dice usted... ?

—Ya le he dicho —dice el forastero—, en las últimas casas del barrio del río.

—Había los desplazados, por entonces; de aquellas casas del río hoy no queda ni el rastro. Nosotros habíamos convenido no movernos de la terraza del café. Jugábamos al dominó, ya entre dos luces. Seguimos en nuestra posición conjurada pero la verdad es que estábamos con antenas como los saltamontes, teníamos muchos oídos, ojos en la nuca, no necesitábamos decirnos unos a otros que un capitán y dos tenientes. Los subtenientes eran tan jóvenes como nosotros. Nos fastidió que habiendo tres sitios en la plaza descubrieran tan pronto que el mejor café lo daban en el nuestro, la cafetera echaba chorros de vapor sobre una hilera de tazas. Nos ignoraban, revoloteaban, ya estaban con las chicas que se echaban atrás y adelante y se reían por todo. Los uniformes los traían a punto como si no llegaran de una marcha tan larga. Días después empezaron a salir algunas veces de paisano. Al bajito de bigote fino...

—El teniente segundo.

—Al bajito de bigote fino lo veíamos con una chaqueta sport con muchas trabillas. El capitán un traje completo gris a cuadros, y el cuello duro de la camisa. Seis oficiales en total, puesto que no había que contar a nuestros efectos a los suboficiales, clases y tropa.

—Ella —dice el forastero— no iba con los oficiales.

—Fueron unas semanas apretadas, burlar la vigilancia y deslizarse por calles, callejas, puertas falsas, agujeros que solo los del pueblo sabíamos. Dormíamos poco, uno se despertaba un poco más hombre cada mañana, con la sensación de haber crecido algún centímetro durante la noche. Así llegamos al día de viernes santo, no me va a decir usted que no recuerda la fecha.

—¿Negro? —dice el forastero, ofreciendo de su cajetilla.

—No tengo el vicio. Fue un día largo, acaso no hacía ningún calor y a nosotros nos pesaban los trajes de fiesta y las corbatas, hasta la brillantina. Ni por un momento perdimos de vista el Museo, que lo habían requisado para cuartel, y la disposición de las armas y las entradas y salidas en el caserón con su bandera en el balcón de en medio. A la pared de enfrente le habíamos puesto una noche nuestra primera pintada, que ellos, o sea ustedes, se apresuraron a borrar al toque de diana. Pero ahora lo que hacía falta era enterarse de sus movimientos, aunque la acción estaba prevista en otro objetivo.

—Tantos años...

—Nadie parecía sospechar nada, ni siquiera se habían dado

cuenta de que no acompañábamos a las chicas, de lo misteriosos y apartadizos que andábamos. Pero esto del viernes santo cómo podían no verlo, el que no entrásemos de bar en bar para la costumbre de las almendras y la limonada. Luego a última hora, a la oscurecida, se necesitaban ánimos y fueron unas copas tris tras de aguardiente, de vermú, de la terrible mezcla de las dos cosas. Marchamos sediciosos, rampantes por el atajo hasta el atrio del convento. Ahí lo tiene usted, se ve desde cualquier punto del pueblo. La noche estaba templada, pero por una estrella que se viera había un montón de nubes oscuras. Seguro que allá adentro estaban en el tira y afloja de si salir o no salir la procesión, el temor por lo que pudiera pasarles a los mantos bordados. Los mantos los bordaban las chicas. Dice usted que se llamaba Lisa.

—Sí —dice el forastero—. El apellido no lo recuerdo, a lo mejor nunca me lo dijo.

—Hubo una Lisa que vino a casa de unos tíos, ahora que caigo, puede que fuese ella. La que era delgada, pero alta, es Alejandra. ¿Bailamos, Sandra? Pues el próximo no lo comprometas con nadie, Sandra, todo esto cuando vivíamos en paz y el baile del Círculo era nuestro y no teníamos que bajar la voz como si las paredes oyeran.

—Ahora me toca invitar a mí —dice el forastero.

—Bueno. El bajito de bigote fino...

—Teniente segundo.

—Él era diferente, las cosas como son, se acercó una tarde y lo que hizo fue ofrecer de su paquete de Camel. Nos faltaba el cuarto para el dominó y cómo íbamos a hacerle un feo. Luego alabó que aquí se cogen las fichas con educación, por el orden que toca. Pero este detalle no iba a quitar nada para nuestros planes. ¿En dónde habíamos quedado?

—En el atrio del convento.

—Por el cementerio del convento se sale al campo, y basta seguir subiendo para estar uno metido en el monte. Por allí nos quedamos agazapados, mirando para el cielo que se puso a mejorar de repente. Entonces tocó dos toques la corneta de la Tercera Orden y eso significaba que sí se iba a salir. Era el momento de actuar. No se oyó ninguna voz de mando, solo un brazo que se levanta y señala la dirección que todos sabíamos. Entramos y pisábamos fuerte como una patrulla sobre las losas de la nave central de la iglesia. Allí estaban ellos, o sea ustedes, los invasores. Los señores de la Junta nos riñeron por el retraso, y que ya estaba la corneta a punto de dar los tres toques. Ellos con sus guantes, con sus armas enfundadas y codiciables que a nosotros se nos iban los ojos, se fueron poniendo alrededor de la Dolorosa. No sabían exactamente qué hacer. Nosotros lo sabíamos de toda la vida. Teníamos estudiado el golpe. Subimos por el altar mayor hasta la sacristía y nos pasamos en un santiamén las túnicas por la cabeza. Ahora había que incorporarse deprisa, los más jóvenes al San Juanín, los otros a la Verónica y lo mismo los del Ángel del Huerto, estos que llevarían las andas y aquellos para los faroles, menos de dos minutos y todos estábamos cada uno en su puesto. Pero todas las riquezas de la procesión no son más que anuncios y promesas de lo que viene a lo último, o sea, la Dolorosa. La imagen principal, que es mucho honor el portearla. Bueno, pues entonces bajaron encapuchados desde las gradas del altar mayor Oravallo que era nuestro jefe, Tonino el del recaudador, Milonga que ya había venido de la Argentina, los dos hermanos de la tintorería y algunos otros, se los reconocía por los andares. De sorpresa apartaron a los oficiales, «¡Con permiso!», metieron el hombro y la Dolorosa echó adelante con una cara más llorosa que nunca. Todos echamos adelante. Pero hubo que parar a los dos pasos. El hermano ministro que es como lo llaman en la Tercera Orden, el hermano contador, los hermanos vocales de la Junta gritaban ¡vergüenza!, ¡atreverse en esta segunda Porciúncula! Que el Ejército es sagrado, y los militares estaban reaccionando y forcejeaban por cada varal de las andas, todo igualito a como lo teníamos en nuestros cálculos. A una señal de Oravallo sacamos lo mismo que las habíamos metido las túnicas por la cabeza; pero no solo los de la Dolorosa, todos los implicados desde el primero hasta el último. Al quitar los antifaces nos quitamos el disimulo,

aparecieron nuestras intenciones que muchos estaban viendo con asombro y en seguida con pánico. Hicimos estallar la bomba. O sea, la huelga. Conque sin procesión hasta el año que viene, allí dejamos plantada a la Madonna y a los santos con todos sus implementos.

–Yo me había quedado en Mayoría, me acuerdo que en las maniobras hay que hacer muchos estadillos –dijo el forastero.

–Mejor para usted si no ha tirado nunca un tiro. Mientras duró el boicot que les hicimos a las del pueblo hubo una de Calabria a la que ni siquiera le supe el nombre. Una vez nos cuadró juntos en el cine y ya fue siempre. Y dice usted que era más o menos...

–Lisa, una chica morenita y menuda...

–Esta del cine que le digo era una mozona que estaba en Piedimonte y venía todos los domingos. Pero no llegamos a hablarnos nunca. Yo le ponía la mano en la teta izquierda, puede que un invierno entero se la haya estado poniendo. Pero esa Lisa no sé yo quién pudiera ser. Lo mismo anda por ahí cargada de familia.

El pozo encerrado

«Tienes dos caminos», me dijo Pepín Lamela desde detrás de su mesa, vencida por el desorden de los papeles y los códigos voluminosos. «Uno es que aceptes desde ahora mismo. Y el otro, menos airoso, pero también legal, que te disculpes con la salud o con un viaje inaplazable.» «No sería una falsedad», le dije, «es verdad que la llegada de las nieblas me perjudica y que tengo por ahí unos asuntos pendientes». Pero no debió de creerme. El abogado puso la misma cara cachazuda y componedora que siempre gastó su padre el abogado veterano. También influiría el despacho heredado, de estilo renacimiento español. Pepín sacó del cajón una pipa que acaso había estrenado don José, y encendiéndola sin ninguna prisa me habló como probablemente le hubiera hablado su padre a mi padre: «Ser albacea no es un plato de gusto, pero piensa que si el pobre Gayoso se acordó de ti al dejar dispuestas sus cosas...».

«Pero qué puede haber dejado el señor Baltasar Gayoso tras un empleo en la Brow Boveri, y además jubilándose antes de tiempo.»

«Pues por eso mismo», dijo Pepín. Y ya me pareció un definitivo reproche.

Ahora pienso que yo no necesitaba consejos morales. Que antes de limpiarme las

suelas en el felpudo de la entrada de la consulta, sabía que no hubiera vuelto a dormir ni dos horas si le fuera desleal al señor Gayoso. Lo malo es que hace unas noches que tampoco pego un ojo por esta historia.

Era un hombre instruido el señor Gayoso. Un tipo extraño, en la forma del pañuelo saliendo del bolsillo de la americana, en los grandes cuadros insólitos de sus camisas, durante años, como si hubiera traído de América ropa destinada a sobrevivirle. Se trataba muy poco con los vecinos. En cambio, con cierta frecuencia recibía correo de fuera de España, y no sé por qué me entregaba a mí con un gesto predilecto y rápido los ángulos recortados del sobre, para la colección de sellos.

«¿Quiere usted venir conmigo a la viña?», me dijo un día sin apearse del borde de la barandilla del puente donde solía estar sentado por las mañanas leyendo, con susto para quien viera por primera vez aquel número de equilibrista. Me lo dijo con una voz uniforme, sin poner ningún signo de interrogación. «He recibido unos periódicos», añadió; «aunque las estampillas de los impresos valgan menos que las de las cartas».

Marchamos los dos juntos sin hablarnos una palabra, y había en la cabaña sellos de distinto valor facial. Cuando Gayoso no estaba sentado y enganchado por los pies en los hierros del puente es que había marchado a su viña, aunque eran ganas llamarle a aquello una viña. Allí se metía en la cabaña y nadie ha podido saber –salvo yo, después de su muerte– los quehaceres o vicios que ocupaban a un hombre tan solo e independiente. No era posible que se le perdonara en una villa de unos miles de almas. Donde no podían entrar los ojos y los pies entraba la fantasía, también es verdad que la finquita limita por poniente con el cementerio, y solo a dos pasos se alza el ábside carcomido de San Benito de Nursia, con la fama de los cien esqueletos de la francesada y los ruidos y esas cosas que se sienten algunas noches del año.

Gayoso, a lo largo de confidencias más bien lacónicas, se revelaba contrario o por lo menos indiferente para su parentela de la montaña. Pero ha prevalecido el tirón de la sangre y, ahora que el hombre ha muerto, los llamados a heredarle son Gayoso, Gayoso Pedregal, Remolanes Gayoso. Bajaron en un Land Rover pagado a escote, pero luego han ido volviendo a verme por separado, en sus caballerías. Yo, el albacea, les explico las cosas de la mejor manera. Una casa en esta villa sita en la calle Padre Sarmiento número 16, de alto y bajo con un patio a su espalda, ningún problema. Una huerta en esta villa al sitio de Caparrós, de una cabida de ocho áreas y no sé cuántas centiáreas, ningún problema. Y lo mismo los demás bienes. Es la viña la que me viene trayendo de cabeza para contentarlos en el reparto, el que de todo el capital sea eso, precisamente eso lo que encandila a los parientes del muerto. Total cuatro cepas con la cabaña y el pozo, en un paisaje, esto sí, que es una gloria para la mirada.

Pero no creo que a esta gente les interese el paisaje. Todo fue desde que vino Balbino, el que está casado con la más ruinzalla de las sobrinas de Gayoso, que aunque se puso a fingir no supo sostener el tipo por bastante tiempo, de manera que fue notársele el interés y encapricharse todos con esa hijuela. Empezó a crecer el deseo como si fuese un fuego. Desde fuera les alimentan el fuego a los interesados. El forense, que nunca se sabe si habla en serio o en broma, dice que Baltasar es nombre asirio y significa «el que guarda

el tesoro». De mí mismo puedo decir que unas me iban y otras me venían hasta que vino a resolverlo la carta. Porque a qué acudía el señor Gayoso a la cabaña a las horas menos corrientes, por qué un hombre con idiomas y tantos viajes iba a estarse allí de gratis y bajo cerrojos, cuando ni siquiera se le conocía apañó con alguna mujer. Y sobre todo, la ocurrencia de mandar hacer la cabaña de manera que el pozo se quedara dentro, en el centro justo del recinto como si fuera un altar o algún monumento. Minas, alijos. Las riquezas enterradas de los romanos. Pero yo no quise profundizar allí por mi cuenta, ni que nadie meta las manos mientras no se haya rematado la testamentaria hasta el último pelo que manda la Ley.

En esas estábamos cuando ocurrió lo de la carta que digo. Llegó el cartero con la correspondencia, y entre mis propias cartas, como si fuese la cosa más natural del mundo, me había dejado un sobre del extranjero, dirigido con letra clara y alargada a *Mr. Baltasar Gayosso*. Esto de las dos eses me pareció una ortografía ennoblecedora. Las señas de Gayoso, a continuación, venían perfectamente correctas. No traía remite, y todo hacía pensar en un asunto personal y privado.

«¡Eh, Óscar!», quise detener al cartero.

No habla Óscar, no saluda, tira los objetos postales en donde puede y ya está en el final de la calle haciendo él solo el trabajo de cuatro repartidores.

Hace unos días hubiera ido yo a consultar. Pero a Lamela el abogado lo noto harto, y en el propio juzgado me han despedido casi con enfado cuando repetí preguntando esto y lo otro. Si se puede romper el candado de la carbonera anegada en la casa. Si procede recoger los boletines de la Sociedad Geodésica Mexicana que vienen contra reembolso.

Francamente, según fue creciendo el día pensé que no me disgustaría saber el contenido del sobre, al que le encontraba ese olor a mar que tanto nos gusta a los hombres de tierra adentro. Esperé a quedarme solo. Todavía esperé un poco más hasta verme en la impunidad de mi noche, que ahora suele ser una cueva de insomnio. Entonces rasgué el borde desalentadamente, increíblemente a riesgo de estropear unos sellos gloriosos con el escudo de New Zealand y el centenario de Cook, el señor James Cook desembarcando de punta en blanco en una playa desierta. Sin ninguna lógica había echado la llave en la cerradura de mi dormitorio. A la luz del flexo de la mesa la carta apareció firmada por una mujer, Margaret, aunque al final venía con la dirección el nombre completo, Margaret Campbell. Empecé a traducir despacio, con un esfuerzo que iba siendo vencido por el interés, a medida que los párrafos avanzaban:

«Cómo no voy a aceptar gustosa y hasta emocionada su gentil propuesta de que nos tratemos por nuestros nombres de pila (*Christian names*)».

Ciertamente, en el encabezamiento hay un «Querido señor Gayosso», inmediatamente corregido: «O sea, querido Baltasar». Y sigue:

«Ha sido un regalo su última carta, esperada semana tras semana en el ferry que trae el correo desde la isla principal. Pero no exactamente una sorpresa. Yo esperaba este evento porque nunca jamás, ni en vida de mi difunto y recordado Mr. Campbell, llegué a sentir la noción cálida de cercanía que casi me sofoca al saberle a usted ahí, comunicable y concreto. Yo creo que ni una vida sumamente larga bastaría para mi agradecimiento a

la Providencia, pero también a quienes fueron sus instrumentos: el Department of Lands and Survey, la cátedra de Geografía de nuestra University of Otago... Y por supuesto la tenacidad amistosa de la Esoteric Fraternity, que consiguió afinar hasta el punto exacto las mediciones. Oh, amigo mío, cuán hermoso es enlazar los designios de dos seres tan en apariencia alejados». (*En apariencia*, viene subrayado en la carta.) «Yo no era más que una niñita de cinco años cuando mi padre el reverendo Marlyle me sorprendió tendida sobre el césped junto al presbiterio con los ojos enrojecidos de querer perforar la tierra, los oídos tensos por la auscultación de las profundidades. Después, en los años del internado de New Salford que acoge a las huérfanas de los hombres de iglesia (*orphans, daughters of clergymen*) la manzana del postre se convertía en globo terrestre, atravesado por el largo alfiler cuya cabeza de color rojo era yo misma; cuya punta, pasando por el centro de la esfera, alcanzaba a un ser opuesto pero igualmente a la escucha... Ahora poseo la exacta situación de usted, en grados, minutos y segundos. Pero lo que me fascina es el terreno rojo de su *viñedo*...»

Evidentemente, el señor Baltasar Gayoso le había contado de su viñedo, y la señora Campbell le correspondía con el mismo término exagerado, así es como viene escrito en la carta.

«Su viñedo, imaginado desde este islote del Pacífico donde la vid y el vino son solo frases de la Biblia, *Lavará en vino sus vestidos y en la sangre de las uvas su ropa*, Génesis, 49, 11. Y sobre todo la boca del pozo cuyo frescor me alcanza como si estuviera a solo unos metros de donde le estoy escribiendo... Estoy sentada en la hierba, debajo mismo del sicómoro. La luz del día se está alejando poco a poco hacia el mar de Tasmania, pero habrá luna llena y a su luz yo podría seguir hilvanando palabras. No olvide que nuestras latitudes son idénticas pero de signo contrario, y que las estaciones y las horas están rigurosamente invertidas.»

Ahora soy yo el que no lo olvida. Van varios días y noches de mirar a cada paso el reloj, pensando en la correspondencia de las horas y de las estaciones en los continentes. Como si yo tuviera algo que ver con toda esta novelería.

«De manera que en este tiempo las noches de Oceanía son bellas, bellas hasta doler si una mujer está sola y siente. Pongo mi mano abierta sobre la tierra cálida y húmeda de neblina. Es muy excitante esta certeza de una línea recta que rompe la corteza del globo, luego son mantos de níquel resplandeciente, quién sabe si hermosuras magnéticas alumbradas por colores distintos a los conocidos del arcoíris, y en el centro de la tierra lagos tranquilos como nuestro Wakatipu y músicas ambientales... Oh, Baltasar. Perdóneme estas fantasías un poco idealistas. Pero lo verdadero y seguro es que al cabo de 6000 kilómetros –apenas nada, el salto que hacemos en avión para la boda o el funeral de un allegado–, está usted en este mismo instante al otro extremo del cable ideal, mi único correspondiente entre todos los seres de la creación. Le pienso. Le imagino. Le veo asomado al brocal determinado sin error por la ciencia, tanteando con su mano probablemente nervuda el comienzo ¡y el fin! de esa distancia que a su pozo no lo separa de mi sicómoro, porque los une pasando por el centro de la esfera... »

Son cinco hojas escritas por las dos caras, así se comprende lo de los varios sellos para

el franqueo aéreo. Las he leído no sé cuántas veces, y en medio de los sentimientos digamos íntimos, la carta trae detalles que no dejan de tener interés, pienso que hacemos mal en no pararnos a pensar en esos archipiélagos tan perdidos del mapa. Ahora sé que el Día de Nueva Zelanda lo celebran el 6 de febrero, y que tienen un médico por cada 730 habitantes y un enfermero por cada 200. Todo tan romántico y bien redactado que parece que se está viendo y tocando a la mujer que lo escribe, también me había interesado en tiempos la grafología, estas eses ondulantes, la calidad del trazo y el vuelo tendido de las uves (*Very exciting*) como gaviotas. Así hasta los saludos finales, en espera de una respuesta de Baltasar Gayoso. Una respuesta que el barco correo no podrá llevar, nunca, hasta la pequeña isla olvidada de la señora Campbell. Creo que deberé ponerle unas letras de cortesía a la señora Campbell.

«Usted puede hacer todo lo que haga falta en la herencia yacente», me riñe el juez. «Propiamente como si fuera usted mismo el difunto.»

El caso es que el sábado que viene es la feria mensual de ganado. Bajarán a la villa los Gayosos y voy a llevarlos allí para que se dejen de fantasías y vean que no hay nada de valor, pero sin calentarles más la cabeza, porque sabe Dios cómo les sonaría a estos de Caborcos de Mora lo de nuestros antípodas. Lo mejor será que me vendan a mí la dichosa viña, ahora que me encuentre en ella tan acompañado y a gusto.

El caso Tiroleone

La historia de Bruno Merotto la oí contar en la ocasión menos adecuada a semejante tema: un despacho de Lingüística de la Universidad de Perugia, o sea Perusa, entre humo de cigarros y bebidas con que se celebraba la despedida de la profesora Peterson.

Merotto había sido un niño corriente; aprendiz de confitero; un mozo como cualquier otro de una quinta del setenta y tantos. Cuentan –sobre todo ahora– que el mayor tiempo posible se lo dedicaba a la bicicleta. Pero lo de empecinarse en el ciclismo como *professionista*, no como *dilettante*, ocurrió exactamente a su regreso de la milicia.

Merotto volvió de la mili con el aire de quien acude a arreglar un asunto urgente. Con Peppo Guarnini lo tenía apalabrado, la vieja Bianchi más noventa y cinco mil liras, billete sobre billete, para pago de la que vendría de encargo, facturada en preferente desde la misma Roma. Mil veces había imaginado, en las guardias perezosas del cuartel, el irle

quitando poco a poco los listones, el cartón ondulado, la camisilla final del plástico con indicios de una parafina muy limpia.

Y así ocurrió en la realidad, idénticamente salvo que en tarifa exprés no les ponen la jaula de tabla.

Pagó y marchó pedaleando en la bicicleta nueva y ligera, derecho a casa del practicante Amadori. Cuando este acabó de poner un par de inyecciones y salía de su consulta que da al portal, Merotto se le acercó y le hizo ver la *Marzano* de competición y, en un vago gesto, los músculos de sus propios brazos y piernas.

«Me habló atropelladamente –había informado Amadori a la profesora Peterson–: "Quiero ir de jefe de fila en el trofeo Amadori, en el comarcal y en la copa Dos Valles", y yo iba a bromear con que si también en el Giro de Italia y en la Vuelta a Francia cuando justamente me llegó el periódico. Pasamos los dos a ese otro cuarto, que da también al portal, pero que como usted misma ha visto no tiene vitrina de instrumentos de cirugía menor ni mesa de curas.» En realidad es un cuarto que apenas tiene nada, un cierto olor a diferido y húmedo le había encontrado la Peterson. Amadori aquel día de marras se había acercado a la ventana y abrió la rendija justa para leer. Empezó leyendo para sí, pero poco a poco le fue ganando la vanidad:

«—...preguntamos al presidente del Club de Tiroleone, señor Mario Amadori, presidente, entrenador, comisario técnico... Veamos, señor Mario Amadori, ¿cómo funcionó la I Marcha de los Tres Días del Paisaje Umbro?

»—La I Marcha de los Tres Días del Paisaje Umbro para mi modo de ver puedo asegurar que fue un ensayo fabuloso, que arraigará en nuestra querida región gracias al gran número de participantes y al comportamiento cívico–deportivo de los mismos.

»—¿Y a qué cree usted que se debe la afición al ciclismo routier en esa localidad, superior a la que existe en poblaciones mucho más importantes?

»—En Stroncone, a dos pasos de aquí ha nacido la Nina Valmori y luego salieron muchas figuras de la canción moderna. Piediluco es el pueblo de los poetas. En Tiroleone, si no tuvimos la honra de que naciera, pasó parte de su infancia el fabuloso Brunero, y seguramente fue esto lo que promovió nuestra cantera autóctona.

»—Y ahora, gentil y caro señor Mario Amadori, para terminar: ¿Muchos problemas en cuanto a servicio mecánico?

»—Tengo entendido que los propios de una marcha: pinchazos, descentrado de ruedas... Pero debo decirle que mi cometido no es este, debidamente cubierto por nuestro directivo señor Peppo Guarnini. Mi modesta dedicación al noble deporte de la bicicleta se enfoca desde el ángulo de la verdadera máquina, que es el hombre».

Amadori, al fin, apartó el periódico para considerar al aspirante. Merotto le había estado escuchando de pie, con las piernas ligeramente arqueadas, enseñando cierta mezcla de arrogancia física y de timidez. Un italiano ni guapo ni feo, corriente de estatura, con una complexión proporcionada se deducía del retrato que nos esbozaba la investigadora, Karen Peterson, del Trinity College, en Arlington, Virginia. Se puede imaginar la llegada desenvuelta de la estudiosa a ese curioso Tiroleone con la libreta de notas, preguntando a todo el mundo, con el magnetófono colgado de sus hombros de

amazona.

«—De acuerdo —dijo Amadori cuando hubo doblado cuidadosamente el *Lazio Sportivo*—. Ahora debes declararte a ti mismo y declarármelo a mí: si estás convencido de entregarte, fíjate bien, en-tre-gar-te, al ciclismo activo-deportivo.

»—Lo estoy.

»—Si estarás dispuesto a sacrificios en el comer, en el beber... y desde luego en *lo otro*.

»—Lo estoy a eso y a lo que sea.»

Sonaba a la toma de juramento de una milicia secreta. Desde ese momento, el instructor sería un tirano para el profeso. Valía la pena porque Amadori ha sacado adelante a varias glorias locales: ahí está Tullio, el ordenanza del Ayuntamiento, que en tiempos llegó a doméstico de Bartali. El practicante sabe todos los trucos, recetas que no vienen en ningún libro, las posiciones del cuerpo según haya que correr en el llano o en subida o en los trozos de *sprint*. Luego, en fin, solo él en Tiroleone posee la llave de los contactos. A él le llegan las cartas de los organismos, a la Federación nadie más que él puede proponer candidatos.

«Conque veo al muchacho» (Amadori a la profesora Peterson) «y le saco una medición rápida y a ojo. Mire usted, señora, o a lo mejor es señorita, lo digo con todo respeto: me bastó aquella ojeada para calibrar al chico como brevilíneo. Solo había que fijarse en el desarrollo de las extremidades tanto superiores como inferiores, notoriamente menor que el desarrollo del tronco. Conozco el tipo. Lo contrario que los longilíneos, que son vivos y sueltos pero unas rosas de pitiminí, se ponen nerviosos y están perdidos. Los del género Merotto no se emocionan por nada, son lentos como bueyes para asimilar pero lo asimilan para siempre. Se lo traduje a él para que me entendiera: "De correr en pista, muchacho, este que suscribe no quiere saber nada, eso es deporte de invernadero, nos queda decidir si vamos para velocista o para escalador". El brevilíneo, mi querida señora, no es ágil, pero tiene lo que se quiera de resistente. Así que escalador. El chico renunció a las horas extras salvo los sábados y vísperas de fiesta que son de mucho apuro en la pastelería; aquí conmigo se pasaba todo su tiempo libre y en las salidas que hacíamos a las afueras. Yo le enseñé la buena posición, sin la cual jamás sería un *grimpeur* eficaz y hasta quedaría perjudicada la estética. Yo le descubrí la importancia de distribuir el peso del cuerpo, y el baricentro del cuerpo, y la malicia de oponer a la presión del aire la menor superficie posible del cuerpo. ¿Usted me comprende?»

«Le comprendo muy bien, señor Amadori —le decía la americana—, lo explica usted adecuadamente.» El caso es que Merotto llegó a entre Escila y Caribdis...

—Hermosa alianza, señorita Peterson —dijo el vicedecano, que no había querido faltar a la despedida de la profesora—, la erudición clásica y el deporte popular.

—¡Pero si es el lenguaje del señor Amadori! —protestó ella con una risa muy saludable.

Entre Escila y Caribdis se vio Merotto por culpa de un error que no había manera de vencer. La profesora Peterson trató de metérselo a nosotros en la cabeza: cuando el pedal estaba abajo, Merotto obligaba a los músculos que flexionan la pierna sobre el muslo a extenderse excesivamente. Y a pedal alto, casi peor, porque el muslo lo comprimía contra la ingle y el abdomen como en un instinto de autodefensa, resistente a

todos los consejos, a todas las prédicas y amenazas. Con lo que limitaba el movimiento de los pedales. O sea, la tensión muscular. «En fin, para que me entiendan ustedes: la fuerza del pedaleo.»

—Yo no estoy seguro de haber entendido —dijo el estructuralista Gronzzi—. Sospecho que tengo una inteligencia brevilinea.

La del Trinity College le pasó la mano a Gronzzi por la calva, entre la complacencia amistosa de todos. Probablemente tiene Karen los ojos bonitos, me parece recordar que un pelo abundante que puede caerle por la frente, si no es que le invade las mejillas y entonces se sacude la cabeza y hace una cascada rojiza. Pues eso apenas es nada. Solo complementos, accesorios alrededor del centro único que es su boca memorable, de gruesos labios fácilmente entreabiertos. La boca de Karen que no consiguen perjudicar unos dientes quizá demasiado ostensibles, un poco desiguales. Pero blanquísimos. Alguien le había hablado de «el caso Tiroleone» para lo de su tesis sobre el lenguaje ciclista. Llegó al pueblo y entró en un bar de la plaza justo cuando la televisión transmitía una etapa de la carrera París-Bruselas. Un montón de italianos y ni uno solo se volvió a mirarla a ella. Entonces pensó con preocupación fraterna en las mujeres del lugar. Pero también era la comprobación de que no la habían engañado; solo el apañar unas cuantas novedades, dijo, valía el viaje, y lo que había encontrado en aquella ciudad insólita era una verdadera mina. El *pividone* es una pieza del manillar que en ningún otro sitio la llaman así, pero aún más bonito es que a los corredores modestos y gregarios les llaman *mangueli*. Y para el acto de demarraje —son solo unos ejemplos— dicen más bien *revilvare*, sobre todo cuando ocurre en terreno ondulado de manera que el corredor y su montura parece que van dando botes...

«Merotto, muchacho —imploraba el señor Amadori—: escúchame bien, ¡por los siete puñales de la Madonna! Tienes que hacerlo repentinamente, fíjate que hasta te digo violentamente, así es como debes pasar de una velocidad moderada a una velocidad elevada si quieres salir revilvando.» Y venga de repasar las tablas sagradas de los teóricos, como no había tenido que hacer con ningún otro educando. Elevó el sillín. Bajó el sillín. Emplazó el sillín a la altura justa para que colocando la punta de la zapatilla en el calapié, a pedal bajo, la pierna hiciera un ángulo de 175 grados. Pero el muslo. Pero la ingle. ¡Pero el conflicto del muslo y de la ingle de Merotto con el sillín! Entonces fue cuando decidió el masaje.

«¿Desnudo hasta abajo?», se inquietó Merotto. «Igual que te parió tu madre», sentenció Amadori, y ya Merotto se iba quitando los guantes de dedos libres, las zapatillas ligeras y los calcetines de lana, el maillot pegado al cuerpo por el sudor a chorros. Al fin, el calzón deportivo, públicamente reforzado con piel de gamuza. «¿Listo?», preguntó Amadori con desabrimiento. Estaba cansado Amadori. En los primeros días se había ido del pico, por los «círculos especializados» —como escribe *El Lazio...*—, deslumbrado por la fortaleza de aquel futuro rey de la montaña. Y por otra parte, la confianza ciega que se depositaba en él, en Amadori el preparador: la mirada incondicional del confitero que le seguía todos los movimientos como un perro fiel y, sin embargo, orgulloso. «Tranquilo, muchacho, respíreme bien relajado, sin ruido, que no le

oiga yo la respiración. Dejé de oírle la respiración y ni el vuelo de una mosca –dice Amadori–. Yo estaba de espaldas a la mesa, escogiendo en los frascos de esa vitrina facultativa: tengo alcanfor, tengo aceite de oliva, tengo trementina; recuerdo que por fin el aceite de oliva, hasta que me di la vuelta para encarar a Merotto, el bueno de Merotto en pelota, con perdón.»

Amadori lleva toda su vida enseñando a otros a controlarse, pero él mismo se sobresaltó. Cogió una toalla y, como al desgaire, la echó sobre el lugar conflictivo. Luego masajeó un poco los músculos del tórax, de las piernas y de los brazos, como quien cumple un trámite sin esperanza.

–Estaba el secreto profesional de Amadori jurado según Hipócrates –dijo Karen, que parecía haber entrado en una vaga ternura.

Titubeó antes de seguir.

Claro que, la revelación, había acaecido más que ante el practicante Amadori, ante el comisario técnico Amadori. Y a este le resultaba duro, hay que reconocerlo, el descrédito frente al club por un fracaso tan ajeno a sus responsabilidades. A Guarnini al menos había que decírselo. Y luego Guarnini... El pueblo entero se puso a rebuscar claves y señales. Los mozos de la edad de Merotto no recordaban a Merotto como un superclase en los vagones de la vía muerta, donde los chicos ociosos apostaban a medírsela con monedas puestas en fila. Ni en el río, cuando se bañaban sin taparrabos. «¿Y en el baile, pero es que las chicas no le notaban esa impedimenta en el baile?» El oficial de la pastelería no bailaba, si llovía demasiado para la carretera se metía en el cine... Es verdad que ahora las mujeres lo miran golosas al cruzarse. Las peores –lo confesó el propio Merotto, cuando la investigadora Peterson hubo ganado al fin su confianza–, las más descaradas son las casadas jóvenes. Pero él anda apagado y triste porque para un hombre de Tiroleone esa prepotencia viril no es comparable al hurra clamoroso, al acoso de los fotógrafos cuando la rueda delantera del líder avasalla la meta. Y el señor Mario Amadori lo ha desengañado sinceramente. Definitivamente:

«Pero cómo ibas a hacer el ángulo correcto, criatura; lo que no sé es cómo no se te salía esa cosa por la pernera del *culotte*...».

El vicedecano, los profesores y los doctorandos que estábamos en el despacho, todos nos reímos.

Pero más de una vez tengo observado yo que las risas de los hombres son risas de conejo cuando se habla de nuestras medidas íntimas, por eso no me extrañó que al cabo de algunas bromas se cambiara de tema. Karen, que no conseguía disimular una interior ausencia, miró de pronto el reloj con una expresión americana de sorpresa y empezó a desplegar su cuerpo como una bandera hasta ponerse de pie. Era el adiós definitivo, y nos acogió a todos en una sonrisa muy ancha. Regresaba a Virginia con su disertación en el portafolios flamante, pero dijo que aún pasaría por «ese piccolo Tiroleone»; a saber qué idea llevaría la lingüista.

Una novela brasileña

O Capitao do Exército Agenor Araújo de Medeiros, 39 anos, foi assassinado no final da noite ao tentar reagir a um assalto na Rua Bertolini, próxima a Praia Branca, em Guanabara. O militar estava no seu carro em companhia de Palmira Fernandes Oliveira quando dois criminosos surgiram de arma em punho. Agenor morreu antes de ser socorrido no Hospital Bom Jesus da Estrela. Era casado com Fernanda Valéria Martins Costa com quem tinha uma filha de sete anos. A ocorrência ficou registrada.

La venganza

Que un hombre que está en la fosa, o sea en el panteón, se siga riendo de uno no hay cosa que me dé más rabia, todavía estoy viéndole la cara de chivo a don Máximo Narayola, y en la cara los ojos como brasas que se comían a Rosalía. Ahora aquellos ojos se los habrán comido a él los gusanos, pero yo sé que siguen riéndose esas veces aunque no sean todas gracias a Dios, cuando estando en la cama con Rosalía me recuerdo y entonces no hay nada que hacer, por mucho que la Rosalía...

—Pero qué te pasa a ti, hombre, así sois todos que en seguida se os pasa el capricho.

Yo, callado.

—Claro, ahora los hombres las que queráis, a saber las ocasiones que tendréis cada día los conductores de un coche de línea.

Los cobradores, puede ser. Pero callado.

—No seas bobín, anda, toma esto, pues no te ponías tú bueno con solo por el escote.

Rosalía fue la mejor hembra de nuestro pueblo y todavía las puede a muchas de casada, eso es un orgullo para el hombre que se lleva el gato al agua pero también acaba trayendo cabreos: el fantasma de don Máximo, con su perilla recortada y canosa, que de vez en cuando se me pone delante del parabrisas o se aparece en el papel con flores que le hemos puesto a la habitación para olvidarnos de que es una habitación heredada.

Apuesto cualquier cosa a que el tío descubrió pronto lo de Rosalía. Que nada más verla

de niña. Don Máximo sería un cabroncete fisgón pero todos dicen que más listo que Dios, nada más echarle el ojo a la Rosalía tuvo que verle por los andares el desarrollo que iba a tener cuando se hiciera mayor. La tiene que haber mirado cantidad de veces al pasar la chica viniendo de la Presa, con esa mirada suya que si no le han partido la cara es por lo que fueron en tiempos los Narayolas y también por lo de solitario y un pobre loco.

Rosalía jura que jamás en la vida cruzó una palabra con ese señor.

—No tiene usted que jurar nada, señora —le dijo el juez, y eso que Rosalía era todavía una chica soltera—, lo único que tiene usted que hacer es ratificarse en la diligencia.

Esos términos de los jueces y los abogados. Yo me hubiera echado para atrás si no estuviéramos amonestados del domingo anterior, compuesta y sin novio la hubiera dejado. Otra cosa sería que uno tuviera un oficio más oculto, y no el de ir y venir por donde te conocen todos, sentado en la cabina del Pegaso como quien está de exposición en un escaparate.

—A mí no me importa nada en teniendo la conciencia tranquila —dijo ella, con esa afición suya de hacer la cruz y te lo juro por estas.

—Pero ¿y los demás?

—A los demás que les den por ese sitio.

Bueno. Ella lo dijo más claro, o sea, el sitio con todas las letras. La lengua de las Martechas de junto al río.

«Se prohíbe hablar con el conductor.» Pero la gente no sabe lo mucho que habla el conductor de un coche de línea para sus adentros. Fue un tole tole, aunque a mí no se me dirigieran bien sabía yo de lo que iban los comentarios. Exageraban sobre todo en cosa de alhajas y del dinero. Yo pude ver y tocar el capital porque ya se me respetaba como a un marido, y luego los papeles llenos de firmas de los testigos y de pólizas, era un tarro que fue de ciruelas en almíbar conteniendo 8530 pesetas, cantidad de ellas en moneda fraccionaria, más un saldo en la libreta del Banco. Pero es de locos lo que cuesta el sepelio, y más si es un arcón de castaño con los apliques. Todo estaba en el inventario, estantería con más o menos ochocientos libros, mesa escritorio provista de quinqué y escribanía, pistola antigua que no puede considerarse como arma útil, así mueble por mueble y cacharro por cacharro, aquí en la memoria se me quedó por la manera que tiene esa gente de escribir las cosas.

—Yo no firmo nada sin que tú entres conforme —Rosalía haciéndose la mística.

—Tienes padre y madre —dije yo—, a mí en esto no me toca ningún cuidado.

—La interesada es mayor de edad —dijo el juez—, ella no necesita de ustedes y puede obrar como quiera.

Lo que yo no acababa de entender es el porqué de que nos hubiera caído a nosotros, o sea, a la que iba a ser mi mujer. Y que no haya alguna ley castigando que se use el nombre de otro sin el consentimiento. A don Máximo Narayola o de Narayola, lo llevé una vez de pasajero, una sola en los años que estoy en la Rápida. Me recuerdo porque fue subirse él y quedarse en silencio el autobús, cuando de continuo es un gallinero en estas líneas donde todo el personal se conoce. La historia de los Narayolas dice don

Jaime el corresponsal de *El Faro* que es el mismo caso del venir a menos de España. Los antepasados del difunto, en tiempos, mandaron hacer el altar dorado de la parroquia, otros trajeron la escuela de sordomudos y la de artesanos, pero después ya andaban en hipotecas y en almonedas hasta dar en este último Narayola donde se les acaba la raza, si sigue viviendo un poco más ya no hubiese tenido donde caerse muerto. Bueno, en eso es previsora esta gente, que aunque no coman siempre tienen a mano sus buenos mármoles. Pero sigue royéndome aquí en los sesos lo de Rosalía. Y además. ¿Cómo pudo saberle el tipo el segundo apellido? Si no lo había sabido yo, después de años de relaciones. Lo del papel de puño y letra hay que reconocer que tiene buena redacción y el detalle del sobre lacrado a su señoría, el señor juez que intervenga en la causa. Cien veces me lo he leído todo, porque si alguna pista o sospecha afecta al interesado, marido de la interesada, tiene que estar ahí entre los conceptos de un hombre que está pensando en la muerte. Lo primero es la plena posesión de las facultades mentales, pero eso lo dice cualquiera, hasta un loco de atar piensa que los locos son los otros. O sea que hallándome en la plenitud, etcétera, la casa número 17 de la calle Real. Todos los bienes muebles y valores que pueda haber de puertas adentro en la susodicha casa, más la libreta del Monte de Piedad, más dos títulos de la Deuda depositados en el mismo establecimiento de crédito, y aquí el nombre completo de la Rosalía, se da usted cuenta, doña Rosalía Martecho González, y nada más la condición de las dos docenas de crisantemos todos los años en el día de San Máximo Obispo que cae el 7 de enero, eso es lo que decía pero con más ringorrangos.

—Algo tiene que haber aquí, te digo —le decía yo como un martillo pilón a la que iba a ser mi señora.

Y ella:

—Pues a ver tú, que eres tan listo, a ver si sacas el acertijo.

—¿Pero es que nunca habías tenido confianzas con él, que nunca tienes entrado en su casa, a lo mejor para hacerle un recado?

—No estarás pensando alguna gochada. Además que podía ser de sobra mi padre.

Me vino como un rayo de luz esta palabra. Hay que reconocer que sería lo más propio, según ocurre en cualquier historia de testamentos. Se lo dije a Rosalía. Ella se echó a reír casi encima de mí, con sus pechos subiendo y bajando a dos centímetros de mi boca. Se paró de repente, y con cara de guardia me dijo que no fuera a enterarse su madre, a no ser que estuviera yo con ganas de dejar este mundo. Tanto, no, pero sí un poco harto de las coñas, y «Que sea enhorabuena», «Eso sí que es un regalo de boda», «¡Y de un invitado que no va a hacer gasto en el banquete!». Lo de que fuera un regalo estaba por ver, las pagas extraordinarias y a veces las otras se nos van en papeles para el registrador o el notario, los impuestos por aquí y por allá, todo por una casa vieja y de poco servicio que ni siquiera puede obrarse porque no dejan los de Bellas Artes. Los libros vino uno de fuera y los compró al peso. Los trajes y demás indumentos e incluso las navajas de afeitar yo ni tocar por nada del mundo. Solo me avine en coger los gemelos y esto por no exagerar los desaires contra un difunto. Mi señora parece que habla de él hasta con un poco de cariño, usted qué me aconseja, ahora estoy viendo que se echa encima el día del santo y el papelón de ir ella sola con las flores a la capilla donde está el viejo con todos

los Narayolas, es lo que se explicaba ce por be en los papeles ológrafos.

Claro, comprendo que a usted le sea difícil darme el consejo y que tendré que arreglármelas yo mismo. Mire. Desde que empecé a ser novio de Rosalía, siempre que pasábamos por delante estaba don Máximo en su puerta bajo el escudo medio vencido, como si estuviera a la espera. Aquí soy yo el que tengo que confesarme. Me gustaba pasársela por delante de las narices. Me parece que esto no se lo he dicho a nadie pero hacía por que nos parásemos un poco, para yo encender con cachondeo un cigarro, y me daba gusto ser joven y fuerte, y del barrio de abajo, frente al último aristócrata de la calle Real. Con ella yo no hacía ningún comentario. Pero sé que me lo adivinaba. Andaba más provocadora que nunca, a las mujeres les gusta jugar con fuego. Una vez, al fin, lo vi a él tan entrometido, con aquellos ojos como garfios, y una mirada tan golosa que no pude contenerme y delante mismo de su barbita afilada le hice ese corte que ningún hombre que sea hombre puede aguantar. Él lo aguantó, y pensé que todo lo que le echaran. Pero me miró con el mismo orgullo que tiene el Narayola de hace mil años que está en la estatua de la plaza, y todos los otros Narayolas, en los retratos de la escuela de artes y oficios. Luego echó una risita corta como un puñal que jurara vengarse, pero qué miedo iba a tenerle yo por entonces a sus venganzas, si me respondía la hombría con solo que Rosalía se me arrimara. Me recuerdo de Rosalía tirando de mí, de manera que lo dejé al don Máximo Narayola porque yo no sabía de herencias póstumas, la culpa es mía por olvidar que hasta arruinados o muertos siempre quedan por encima los mismos.

Clara y el Romano

—Espera —se le ocurrió a ella cuando llevaban un rato hablando.

Con una de sus manos sostuvo el escudo de la sábana contra los pechos no del todo desnudos y el otro brazo lo alargó hasta el interruptor de la lámpara, en el dormitorio burgués donde le inquietaba sentirse mirada por los retratos. Se quedaron en una media luz. Los testigos se fueron borrando.

—Ya te dije que hubo un hombre, el primero, pero poco va a servirte para esta manía tuya de saber mis secretos. Si ni siquiera llegamos a tocarnos.

—Os escribíais.

—No.

–¿Entonces?
 –Él era mucho mayor.
 –Como quien dice, tu padre.
 –Tanto no. Pero a aquella edad nuestra se notaba mucho.
 –A las chicas les gustan los hombres mayores.
 –Fue un amor solo mío, apuesto a que él no lo supo nunca.
 –Tu amor platónico.
 –Yo estaba muy piadosa, por entonces saltábamos de una devoción a otra. El bautizar chinitos que les poníamos los nombres que nos gustaban, Orlando, Fabrizio, empezó a parecernos impropio.
 –¿Impropio por qué?
 –Ahora que llevábamos medias.
 –De colegialas.
 –De verdad. Medias de nailon.
 –Y bien.
 –En el apostolado de la oración daban a escoger entre un credo los siete días de la semana y un rosario cada semana y no sé qué otra mortificación al mes. Pero lo máximo era lo de joven reparadora.
 –¿Reparadora?
 –Lo máximo en el siglo, nos decía el capellán don Vittorio, para las que no alcanzásemos a hacer los votos. María Rossi, precisamente la hermana de Luigi Rossi..
 –O sea *él*.
 –Sí. María Rossi era una niña muy alegre y quería ser bailarina o monja, animaba a que nos metiéramos a monjas si lo hacíamos todas en el mismo convento y en el mismo día.
 –¿Y tú?
 –Si no fuera el tener que ducharse con agua fría. Quién sabe si no poder ni siquiera ducharse. Lo de pasarme de rodillas unos ratos larguísimos, sí, eso yo ya lo estaba haciendo.
 –En el reclinatorio.
 –Y contra el mármol, en las tardes más pecadoras de los domingos. Lo más hermoso era la sensación de cosa inmediata. El que estuviéramos reparando los pecados que se cometían en aquellos mismos momentos.
 –Pero ¿en qué pecados pensabais?
 –Eso no había que pensarlo. Todo lo que hacía sufrir al Señor.
 –¿Y ese Luigi?
 –Fue aquel otoño cuando se produjo la llegada del ingeniero Capucci. Un acontecimiento, yo no sé si tú sabes lo que es un pueblo. De un furgón de mudanzas bajaron muebles, un columpio para el jardín de la casa alquilada y baúles con vestidos que luego irían saliendo poco a poco, como para morirse de envidia. Eran cinco niñas Capucci.
 –Por ejemplo.

–Todas rubias, todas altas para la edad, empezando en los diecinueve años y terminando en las dos pequeñas gemelas. En mi clase entró la segunda, Olga, la menos guapa de cara. Pero traía también el acento elegante del Véneto, y aquella manera simpática de sentarse como un chico, de pillar al momento las manías de los profesores para imitarlos.

–La mayor sería una mujer.

–Roxana. Se hizo novia en seguida de Luigi Rossi. A todos les pareció natural.

–Menos a Claretta –y la mujer se estremeció al oír su nombre de niña.

–Casi hubiera sido un contrasentido –dijo ella– que Luigi tan deportista y elegante me prefiriese a mí, que el chico más guapo del pueblo y la primera de las Capucci con aquel aire de princesa no se hicieran novios. Yo no sentí, entonces, ninguna puñalada en el corazón. Sentí un arañazo que me daba un gusto muy dulce y me hacía sonreír por dentro, orgullosa de mi fortaleza.

–Eso te lo creo.

–Yo no te miento nunca.

–Si voy y vengo para verte es por algo. Conque cinco princesas rubias.

–No, las otras no tanto. Olga además de sentarse como los chicos era mandona. Disfrutó de las ventajas de ser una novedad en el pueblo, pero esto se iba pasando al cabo de unas semanas, le había cogido el gusto a ser la protagonista en todo y se puso a hacernos confidencias, yo creo que quería asombrarnos y exageraba.

–¿En qué crees que exageraba?

–En la experiencia, sus líos por todas las ciudades donde había vivido. La verdad es que estaba muy desarrollada de cuerpo, o mejor dicho, estaba desarrollada de una manera diferente...

–¿Diferente?

–Bien, sí, como de haber pasado por las manos de muchos chicos. Yo creo que eso se nota.

–¿En qué?

–No sé, en el repuntamiento mismo del pecho.

–Una buena pieza.

–En Roxana no cabía ni imaginar esas cosas, andaba por la calle y parecía que llevase un poco de sol en el pelo.

–Sois románticas las de Umbría.

–No debes burlarte. Los romanos sois un poco... no sé. A veces te veo una mirada tan fría.

–Eres hermosa –y no es difícil que el hombre fuese sincero.

Podría haberle pasado la mano por el pelo reciente. A un romano lo conmueven los cuidados que una mujer tiene para dedicárselos al amante, la abnegación de acostarse y arruinar el peinado después de una mañana de peluquería.

–Seguro que para Roxana Capucci el amor no era hacer marranadas en el portal o en el cine, eso era lo que todas pensábamos de Roxana.

–¿Y besos?

–Bueno, besos, sí. Pero no el truco que nos enseñó Olga, para que un beso no sea un beso corriente.

–Jugabais.

–Cómo no íbamos a jugar si éramos unas niñas.

–Tú me has dicho que fuiste mujer muy pronto.

–Las niñas reparadoras nos habíamos quedado en un grupito muy pequeño. María la hermana de Luigi, yo y dos o tres más. Sería precioso que se hubiera apuntado Roxana, si parece que con su tipo estaba pidiendo el uniforme blanco. Yo, en cambio, creía que de aquella piedad no iba a apartarme nunca. Al final de la tarde nos encerrábamos en la capilla, rezábamos deprisa para que nuestra oración no llegase más tarde que los pecados que se estaban haciendo en París o en Río de Janeiro y en sitios así, los sitios más perdidos del mundo. Olga nos estaba esperando un día. Habría agotado ya el recuento de sus propias hazañas, es lo que pensé cuando empezó a contar de Roxana y de Luigi. Como un relámpago comprendí que tenía que decidir entre escuchar a Olga o marcharme, que según lo que escogiera me iba a alegrar o arrepentir durante toda la vida.

–Y te quedaste.

–La noche pasada, nos dijo Olga, se le había ocurrido a ella bajar al pabellón de entre los sauces, donde guardaba su padre las muestras de los minerales y las plantas. El lugar lo conocíamos todas las niñas desde que habían venido los Capucci. La mamá era una señora muy distinguida. Roxana se le parecía mucho, la señora Capucci nos invitaba a merendar el té con tostadas pero sin entrar en la casa, solo en el jardín donde habían instalado los juegos. Pues allí encerrados en el pabellón estaban los dos tórtolos haciendo sus cosas.

–Eso es muy vago. ¡Sus cosas!

–Y la blusa roja de Roxana, la de seda salvaje, precisaba Olga, muy colocadita encima de la bombilla que daba como una luz indirecta por todo el cuarto.

Ahora el Romano no dijo nada.

Ella no dijo nada, como si no hablase más que pinchada por las palabras del hombre.

Era una tarde lluviosa y lenta, la alcoba debía de mirar al norte y estaba un poco fría, pero la ropa de la cama empezaba a sobrarles, bordada y limpia. El hombre se alcanzó el cenicero que ya tenía prendido, *Ricordo de Nápoli*. La felicidad del cigarrillo le recordó los bombones de la estación Términi que siempre le traía a su amiga. Pero uno solo, suplicó la mujer, ¿no encuentras que estoy engordando? Tomó un bombón, repitió, recaía una vez más como una criaturita golosa.

–Yo no había podido marcharme –y el hombre tardó en comprender que ella volvía a la historia lejana.

–Creí que habías acabado con eso.

–Tenía las sandalias pegadas a las losas del atrio como clavadas con clavos y seguía escuchando a Olga.

–Vosotras dos solas.

–No, no. Las reparadoras. Y lo peor es que estaba María Rossi, con los ojos como platos y sin perderse una coma. Yo le hice señas a Olga, por si no se daba cuenta de que

estaba hablando de Luigi Rossi.

—¿Y Olga?

—Ni caso. Me atreví a decirlo muy claramente, que aquella coincidencia me parecía como un sacrilegio.

—No lo entiendo. Un sacrilegio.

—Algo turbio, quiero decir, el que le cuenten a una secretos tan horribles de su propio hermano.

—¿Tan horribles?

—Y más.

—Conque María Rossi.

—Se burló sacándome la lengua y que me metiera en mis cosas. Olga siguió ce por be recreándose en lo que había visto desde el escondite. Visto y escuchado.

—Por ejemplo —tanteó el Romano con la voz más indiferente que puede sacar un romano.

La mujer se volvió hacia el hombre, se acercaba, y en sus ojos se dejaba leer una súplica. Pero él no habló, no se movió ni un centímetro, así es como le gustaba obligarla.

—Cosas. Posturas. La manera de quejarse Roxana, como si le estuvieran haciendo algo que no pudiera resistirse.

—Las mujeres resistís mucho.

—Ahora que estás haciendo de mí una mujer enseñada, te aseguro que sus juegos quedaban a bastante altura. O sería que Olga era tremenda contando, la misma manera detallada que don Vittorio las penas del infierno, solo que ella el placer. Yo desde aquella tarde empecé a esquivarla, aunque con cuidado de no ser una maleducada. Con la pérdida de Olga me quedé también sin la pequeña María Rossi, que estaba cambiando a ojos vistas. El mundo entero estaba cambiando. Ahora las ofensas que había que reparar eran las que se hacían a Dios allí mismo, ¡en nuestro propio pueblo! Daba como un sofoco el saber exactamente cómo se le hacían y en dónde, el que los pecadores, *él y ella*, tuvieran por primera vez una cara y unos cuerpos que a cada poco tropezábamos en la calle. Pero yo seguía en mi puesto de la capilla, cada tarde...

—A la hora oscura de los encuentros.

—O no tan oscura —corrigió ella—. Ya ves que te cuento todo, siempre sacas de mí lo que quieres.

A él le pareció que ya debía besarla, que tan malo es adelantarse como pecar de lento.

—No niego que el asunto empezó a trastornarme. Cada vez más. Me quemaba pensarlo de día en medio de la gente, y sobre todo al quedarme por la noche en la cama.

—Jugabas contigo misma.

—Por favor.

—Y después rezabas.

—Quería ser buena.

—Reparabas tus propios pecados.

—Yo había sido una niña muy pura.

—En una camita vestida de blanco, niquelada, y con postales bonitas en las paredes.

–Sí. Con estampas y una foto de Gregory Peck –reconoció admirada–. A veces pienso que me preguntas lo que sabes mejor que yo misma.

–Sigue de todos modos.

Porque estaban rozando el momento en que las palabras ya no bastarían.

–Lo que me desazonaba por todo el cuerpo...

–Pero di por dónde.

–Que me ponía hormigas en los muslos, y en las manos inquietas, no eran los juegucitos que nos detallaba Olga.

–Pues el qué.

–La ocurrencia aquella de la blusa, ¿te imaginas?

–Sí, pero acaba de una vez.

–El pensar si habría sido idea de la princesita rubia o las manos grandes de Luigi Rossi quitándosela botón a botón para colocarla encima de la bombilla y que la luz roja por la seda lo idealizase todo. Anda. ¿Quieres?

El otro y yo

No sé si debo escribir una historia cuya gracia es dudosa, y que además me deshonra un poco. En la carretera que va de Roma a Perugia, ya cerca de Assisi, funciona un parador que se llena todos los días al terminar la tarde, para vaciarse con idéntica seguridad a primera hora de la mañana. El paisaje umbro era hermoso desde la ventana de mi habitación y no había movimiento durante el día, de manera que me quedé algún tiempo. A nada que la suerte ayudase, sería la conclusión de mi estudio trabajoso sobre Guinizelli.

Una mañana en que madrugué más que de costumbre, supe que mi aseo personal estaba coincidiendo con el del huésped de al lado. No se había dado esa circunstancia en los días que llevaba alojado, cómo podría imaginar que el tabique de azulejos limpios y claros del baño tuviera esa miseria de construcción. Era reconocible la *toilette* bronquial del fumador. Después el aguacero de la ducha. Después el zumbido de la máquina de afeitar.

Bueno, en realidad, yo podía esperar.

Me tumbé sobre la cama deshecha. Encendí un cigarrillo, con la experiencia de que

pronto en el parador no quedaría otro acompañamiento que el de los pájaros.

Terminé de fumar y volví al cuarto de baño. Es la ocasión en que más estimo la tranquilidad, el que no me interrumpen, el que no haya ruidos. Empezaba a disfrutar de estos beneficios cuando al otro lado sonó un pedo fenomenal. Seguro que me sonreí. Es idiota, pero nos han enseñado que un pedo es una cosa cómica. También ocurre que es un fenómeno que raramente se presenta aislado. Como en los seísmos, el primero suele anunciar al segundo. El segundo llegó. Fue más amplio, inequívocamente viril, y estuvo seguido por una risotada, viniendo a través de la pared. El tercero, recuerdo, se demoró un poco. No fue uno sino una escala de tres o cuatro notas, con ese embromamiento que no siempre pueden evitar los instrumentos de viento, incluso si interpretan una obra delicada de Mozart o de Beethoven. Aquí, sorprendentemente la risa que estalló fue una risa doble. O sea dos risas sincrónicas, pero discernibles, la risa fija de un hombre y la risa femenina y cómplice que parecía trasladarse de un lado para otro, seguro que un matrimonio con muchos años de convivencia.

En la explanada del parador esperaba el último autocar de aquella mañana, yo lo había observado desde mi ventana, con su pancarta en que «la cuna de San Lorenzo de Brindisi» saludaba a «la cuna de Nuestro Padre San Francisco»; el autocar se iba llenando de gente animosa: un grupo de viajeras sin hombre se agrupaban adictas alrededor de su fraile, y parejas maduras ayudándose mutuamente para los bultos de mano, empujándose como chicos y bromeando. De manera que pronto se habrían marchado todos, y por supuesto mis vecinos excursionistas, para no volver por aquí jamás.

Ahora llegamos a mi vergüenza.

Esta es una confesión odiosa, que empalma con mi juventud de chico de pueblo. De un pueblo en que el jefe de la Oficina Postal le pedía cada noche la llave a la patrona con un estampido y la patrona le tiraba la llave por el balcón. En que al abogado Camogli, con unas copas de anís, le salían bordadas las primeras notas del *Avanti camerati!*... Donde hubo que dar tres puntos de sutura a un ferroviario, que se esforzó en una apuesta... Ellos, los de al lado, tenían que estar recogiendo los últimos chismes del aseo, ya se habían apagado sus risas. Entonces sentí el orgullo de un italiano del norte, frente a esta gente de Apulia.

Me concentré.

Una afirmación solemne, un acto de presencia y de desafío es lo que lancé al aire en nombre de los míos y en el mío propio.

Se hizo del otro lado un silencio, se me ocurrió que era un silencio estupefacto. Pero en seguida estalló la risa de antes, o sea, las dos risas. Pensé que perderían el autocar. Un duelo ciego y al mismo tiempo jovial se entabló entre los dos baños vecinísimos, indecente pero caballeroso, donde a los combatientes no nos quedaba fuelle para reírnos y ya era solo la risa de la mujer, una risa neutral y repartida, eso tengo que reconocerlo.

A media mañana me había olvidado yo de toda esta historia, en la obsesión de unas canciones amorosas del siglo *VT*. Había aplicado mis análisis a la tantas veces analizada *Al cor gentil ripara sempre amore*, con alguna excursión investigadora por el *Purgatorio*

de Dante. Las empleadas habían hecho la limpieza y todo estaba en silencio. Ahora veía desde la ventana el aparcamiento y debajo de uno de los sombreros estaba casi solo mi coche. Al fondo se extendía el campo verde y sereno, con ondulaciones que no llegan a montañas y que me estaban llamando para una caminata que solía ser lo más estimulante del día. De manera que adiós el exquisito Guinizelli, la amada angélica y los amantes que nunca conocían las miserias del cuerpo.

El pasillo olía a quieto y a limpio. Las puertas todas aparecían alineadas y obedientes como las celdas de un convento, y así seguirían hasta que el atardecer volcara su nuevo cargamento de viajeros. A mitad del pasillo me di la vuelta por comprobar una vez más las luces y los grifos del agua, exactamente como si estuviera en mi propia casa. Las luces estaban apagadas y los grifos cerrados, de sobra lo sabía yo. Y otra vez silbaba dejando mi cuarto, no sé qué musiquilla, como dueño feliz y único de aquel mundo.

Cerré mi puerta. Una mujer, en el mismísimo momento, estaba cerrando la puerta de al lado. Las dos puertas se tocaban casi. La mujer y yo no nos habíamos visto nunca. Nos *reconocimos*.

—*Buon giorno, signora.*

Ella me contestó con una cortesía azorada.

—*Oh, buon giorno, signore.*

Yo podía retroceder fingiendo un olvido. Ella no sé lo que pensaría. Lo que hicimos fue echar pasillo adelante; no en pareja, yo siguiéndola a dos pasos avergonzados. El pelo le flotaba al andar, era un andar joven pero un poco estirado, como si quisiera ser digno por encima de todo. De la misma manera bajamos la escalera alfombrada. En el desembarque mismo de la escalera nos vimos reunidas cuatro personas, sin tiempo para mi huida al campo, donde ahora quisiera perderme.

—Les gustará conocerse —ofició el administrador del parador—: el doctor Brunerer de la Universidad de Berna y la señora Brunerer; el señor (aquí mi apellido), que trabaja en la literatura.

—Me alegra —dijo Brunerer—. Llegamos anoche y esta mañana pareció que no quedaría nadie...

La señora Brunerer miraba inquieta al doctor Brunerer. El doctor Brunerer es vigoroso y calvo, con unos ojos sonrientes detrás de las gafas de montura sólida. Debe de haberse casado con su secretaria, quizá su alumna.

—¿Y en qué se ocupa usted concretamente? —quiso saber.

—En Guido Guinizelli.

—Ah, querida, he aquí un amigo —y a mí—: mi esposa tiene ascendientes en la Toscana, qué poetas más espirituales los poetas del *dolce stil novo*.

Ella me agradeció, con una inclinación de cabeza.

—Usted no entenderá el motor de un Volkswagen —dijo ahora Brunerer. Pero no esperó mi respuesta—. La verdad es que no me apena mucho el quedarme.

—El señor lleva ya unos días con nosotros —dijo el administrador señalándome con orgullo.

—También yo traigo algo en que trabajar, el hotel es grande —comentó el de Berna con

buen humor—, sería mucha casualidad que nos oyéramos el teclear de la máquina.

La señora se había vuelto definitivamente pálida, una blancura muy atrayente alrededor de la boca encarnada y fresca. Estaba claro que necesitaba un aparte con su marido y no encontraba la solución airosa.

El bravo profesor suizo *aún no sabía*. Ella, de la misma manera que yo, *sí sabía*.

Lo decidí en el acto:

—El caso es que he equivocado mis cálculos y tendré que marcharme antes de lo previsto. En realidad, debo partir ahora mismo, bajaba a que me preparen la cuenta. De verdad que ha sido un honor.

Solo debo añadir que, por una elemental delicadeza, el apellido Brunerer es inventado. También yo agradecería ver cambiado el mío, en el caso nada improbable de que a él, a Brunerer, se le haya ocurrido contar la misma historia pero desde el otro lado de la pared.

Las peras de Dios

Un día, la abuela dijo que iba a transformar en perales todos los membrillos de la casa de Arganza. La tierra allí es muy buena. Como además los injertos habían venido de los mejores viveros, y las podas se hacían bajo la mirada de la propietaria, a nadie debería haberle extrañado el cosechón de peras de aquel verano.

Por fin en la casa de los abuelos iba a hacerse algo rentable. Después del litigio de las colmenas, de las minas de carbón en Fabero; terminados los trámites y los edictos inocultables de la quiebra de la fábrica de cemento. Ahora iba a ser la riqueza al por mayor de la peraleda, los disciplinados árboles que la abuela bajaba a revistar mañana y tarde, más apagado cada fruto por el lado de la sombra, con indicios prometedores en la cara del sol. Había que acertar con el momento para la recolección. Una decisión que solo podía corresponder a la abuela Társila. Ni siquiera Pedro, el hombre de la huerta, porque una cosa era la huerta de antes y otra cosa la explotación comercial. Y mucho menos el abuelo Criso.

Una mañana cálida en que ni siquiera se había notado rocío, la abuela arrancó la unidad primera de la cosecha, en un gesto que empezaron a seguir una cuadrilla de temporeras. También los chicos, mis hermanos y yo con los primos de Camponaraya nos pusimos a la tarea. Las arrancábamos con su rabillo, y parecía increíble que las peras

fueran tan sensibles que un pequeño golpe las manchase con un cardenal, una especie de estigma que acaso les quedaría para siempre. Luego las colocábamos en el sitio más seco del almacén y allí se quedaban para que les diera el aire, o sea, la corriente de aire. Justo el peligro que más temía para su salud el abuelo Criso, no la abuela Társila que siempre dijo que lo de estar entre corrientes son gaitas. El abuelo, cada vez más menudo, jamás se ocupaba de las empresas prácticas. Él pasaba las horas en su especie de torre haciendo cosas con sus papeles y sus pájaros que nadie sabía exactamente qué cosas eran, salvo cuando tocaba el violín, que hasta los gatos sabían que eran las czardas de Monti... En fin, pronto se cayó en que la recogida hubiera debido hacerse unos días antes, en el momento mismo en que empieza el cambio de color, para que el fruto separado madure de por sí y resista para la venta.

«Y ahora el colmo –la abuela arrojó el *ABC* que acababa de llegarle–, los del Ministerio que van a traer las peras del extranjero. Diez mil toneladas de peras para que los otros nos compren zapatos.»

No era fácil el asunto. Pero el orgullo de la abuela lo convirtió en imposible. Mejor regalarlas, decidió sin esperar a razones, solo que las Hermanitas de los Ancianos en la ciudad rechazaron la donación porque las peras no se les entregaban a portes pagados y la abuela Társila redobló su desdén y dijo que mejor comerlas. Por la mañana, en el desayuno, hubo una «indicación» sobre la costumbre de empezar el día con fruta, propia de las naciones más adelantadas. El primo Carlos lo corroboró, y con aquella unción un poco cínica de seminarista bendijo la fuente donde alternaban escasas manzanas con un puñadito de aceroles y una colección generosa de «lo de casa». A mí la experiencia de la fruta me resultó agradable, y solo sentí que a los dos o tres días desaparecieran las otras variedades para dejar en solitario a las peras. Menos mal que las peras –la abuela lo leía en voz alta– «contienen sales minerales muy buenas y hasta proteínas (un poco más si son peras de San Juan), además de ser diuréticas y refrescantes para el organismo...». Vivíamos la aventura del verano. Y una vez más éramos muchos a vivirla, después de haber ido distribuyéndonos por las alcobas innumerables según el reparto variable que imponía la autoridad de la casa. Pero también eran muchas las peras. La mermelada de pera está bien con el pan tostado. Se terminaba pronto el pan tostado, y nadie hubiera podido imaginar que la mermelada de pera puede extenderse sobre un trozo mondadito y natural de pera... La abuela decidió que era una guerra suya. Se hizo traer libros, incluso franceses, porque ella se educó con las Esclavas en Valladolid. Y ya no fue solo el desayuno. Las peras al gratén aparecieron como sustitutas del pescado o la carne en la comida del mediodía y en la cena. También hay peras a la Colbert, parece mentira que sean peras rebozadas, empanadas y fritas. Y timbal de peras. Y arroz, pero poco arroz, con peras, pero muchas peras...

Sucedió, entonces, que las peras empezaron a ser más que peras. Sucedió el verano de las tetas, ya no sé si estas eran un símbolo de las peras o las peras una metáfora de las tetas. «Las blanquillas son un fruto deleitoso, algo alargado y con la piel muy suave y perfumada alrededor del pezón.» «La mantecosa francesa es en disminución hacia el pezón y allí se termina en punta, no así el pezón de la mantecosa dorada que es grueso y

protuberante...» Yo no creo que muchos adolescentes en el mundo se hayan escondido con el catálogo de unos viveros entre las manos pecadoras. Y era imposible tropezarse con una mujer sin entrar en las equivalencias. A las primas les vigilábamos el escote. Yo había calculado por mi cuenta que deben de ser muy hermosos los pechos de las primas temblando en los desvanes, pero el primo Carlos aleccionó que nunca puede adivinarse cómo los tienen y que mejor aun que la realidad era la duda. Hay unas peras de Donguindo en tronco de cono y, según mostraban las ilustraciones del catálogo, «con el pezón graciosamente salido». Justo como la profesorita que venía de ayuda para los suspensos en junio, cuando le orientábamos el ventilador hacia la blusa sin que ella se maliciase de nada. Pero la Gran Duquesa de invierno. La Gran Duquesa de invierno a una doble página del catálogo era muy ofrecida por su fruto voluminoso. El pezón de la Gran Duquesa bajo palabra de los viveros de Aranjuez, con medalla en varias exposiciones, es «delicadamente moreno»...

«¿Y para confesarse?», le preguntábamos a Carlos.

«*Exorna, Dilecte mi, virtutum floribus animam meam.*»

O sea, es lo que entendimos, que igual que imaginar un jardín o un paisaje muy bello. Yo no sé adónde nos hubiera llevado aquella obsesión si no hubiera sobrevenido lo del abuelo Criso. Entonces fue cuando desaparecieron. Quizá fueron arrojadas al desperdicio, quemadas, yo no lo sé. O acaso el suceso ocurrió cuando justamente habíamos alcanzado a comerlas todas... Lo del abuelo Criso no se lo esperaba nadie. La abuela creería conocerlo bien: sin perjuicio de las dos comidas principales (con peras) que el abuelo hacía todavía en el comedor, al propio escritorio abuhardillado le mandaba para entre horas su compotita de peras. Como que ahí le iba al solitario el halago del vino tinto y la canela. Pero son terribles los tímidos cuando se destapan:

«¡Las peras de Dios!», gritó a media mañana como un loco, desde el descansillo de la escalera junto a su puerta.

Y esta primera vez que gritaba en su vida llevó su voz retumbando a toda la casa, plantó como estatuas de sal a todos sus habitantes que no nos atrevíamos a movernos, hasta que la abuela Társila marchó a encerrarse con unos pasitos mudos y envejecidos de repente, y a encender como en las tormentas la vela del Jueves Santo. Luego cogió –el abuelo– el violín y un envoltorio pequeño y se marchó de casa con un portazo, hasta que lo sacaron del fondo de la reguera todo empapado y tiritando... Al primo Carlos se le vio crecer, como crecía el médico del pueblo cuando había que llamarlo para las diarreas o el electricista si nos quedábamos sin luz. Era el nieto predilecto, cuando aún no lo habían expulsado del seminario de Comillas, y pudo tranquilizar a la abuela con que dejando aparte el tono enfadado, la frase del abuelo no era blasfema, y hasta podría decirse un reconocimiento de la munificencia divina. Él mismo repitió despacio las palabras, «Las peras de Dios», y es verdad que en sus labios parecían una jaculatoria.

La abuela le pidió que aun así no las repitiera.

«Digamos que todo lo más la irreverencia del nombre del Señor pronunciado en vano –concluyó Carlos–, y en un arrebató del abuelo», en resumen nunca llegó a aclararse por qué aquel día se las habían puesto con leche en lugar de con vino.

El atestado

Por qué las chicas que se escapan de casa van siempre hacia el sur. Por qué siempre que van a dar las noticias en la radio estás entrando en un túnel. Por qué los del camión somos distintos de los otros oficios. Aunque también los marineros y los viajeros.

Preguntas tontas en la soledad del cuarto, que era el lugar de detención, con unos barrotes descuidados y rotos.

Ni siquiera sabía el nombre del pueblo. Podía haber elegido un turno más cerca. Él era el más antiguo, tenía mujer y una hija y casi la edad de ser abuelo, podía haber cogido el Zaragoza o el Burgos donde los que te piden un sitio en la cabina son soldados o un cura de pueblo, alguna vez una madre con su niño de pecho y es una pasajera sagrada.

Encendió un cigarro. Y por qué en los nervios de un atestado te ponen lo primero en la boca un cigarro, estos señores casi un paquete, se lo quede. En cambio había tenido que pagarse él mismo la conferencia.

«La carga sin novedad, solo un poco de retraso.»

«Me gusta que me llames para lo que sea...», se le recordó en la oscuridad la voz de Teresa.

Es lo que tiene el pasar fuera de casa trescientos días del año. Que las mujeres agradecen que les tengas cualquier atención. Esto y que libras en día de diario, aprovechando que hay colegio te quedas con tu mujer sin que la niña ande interrumpiendo, sin el miedo también de los tabiques que por las noches son como el cartón de las cajas del vino. Cajas, las de antes, con el sello de la marca sobre la madera, con el año verdadero de la cosecha. No hay como la verdad y les juré que lo diría todo. Desde el principio. Pero el principio, parecía que los impacientase. Vienes oyendo las canciones que te gustan o los concursos con las llamadas de los oyentes, pero si van a dar las noticias es que estás entrando en el túnel de pago de Guadarrama o entre los postes metálicos que no te dejan oír como es debido. Esta vez era temprano por la mañana, lo mejor porque los nombres y los sucesos están frescos, antes de que empiecen a repetirse y a enranciarse de hora en hora. Tocante a los mensajes de socorro yo siempre los escucho, a mí mismo me localizaron hace años por asunto familiar grave, aunque fuera tu suegra tú la querías como a una madre, la madre de Teresa, seguro que no te acordaste de que también era la abuela de tu hija Chari... Aquí lo del señor me lo cobra usted a mí, se determinó el cabo aquella vez. Perdone, cabo, había dicho el hombre del mostrador, pero gusta tener una atención con el cliente cuando es por causas humanitarias. Era el bar de una gasolinera donde no había parado nunca, pero yo soy de los que creen que todavía queda gente buena en el mundo, en el asunto de recibir un trato no debe de ser de los peores empleos el nuestro. Paras y somos siempre los mismos, los de casa, y aunque te pongan en el comedor de todos, puedes decir que

comes en la cocina, las chuletas de cordero, las alubias estofadas sin nada, los huevos fritos que son cosas propias para un hombre que tiene que seguir bregando. Y el vino propio de cada tierra, sin reparar en que atrás en la caja del camión van muchos miles de duros embotellados hace media docena de años... Pero volviendo a lo de ahora. Justamente al salir de ese tiberio de los transformadores de Iberduero estaba terminando el parte de las diez de la mañana, lo de siempre, uno se lo toma como después del llano viene la montaña, luego otra vez el llano, el rincón de la cuneta donde arrimas y paras a orinar en cada viaje como si no hubiera más árbol en toda la ruta. Y es lo mismo pasarse la vida repartiendo por las provincias que si te mandan a Francia con el tráiler. La primera vez de internacional, a quién se le ocurre, Teresa me dijo que ella andaba bien de ropa y que yo tenía que empezar a fijarme más en la niña, pero esa mocosa para qué quiere un sujetador, compréndelo, el capricho de estrenarse de mujer con una cosa de París.

—Apriétese usted, amigo. Que nos quepa todo en la hoja.

Y es que al decir que lo estaba declarando todo, de verdad que allí estaban los hechos sin ocultación. Pero solo los hechos, porque las cosas de la familia son de uno. Y también son de uno los sueños. Igual que la ruta de las comidas hay la ruta de las hembras, no son igual las de los puertos de montaña que las de junto al mar, ni las que están trabajosas en las cocinas se parecen a las que dan la cara día y noche en los mostradores. Veinte años y aparte de bromas y retozos, él no le había faltado gravemente a Teresa. Llegaba a casa de regreso, a la cama con Teresa. Se echaba como un animal cansado y feliz y cuando después de cumplir con la mujer entraba en el sueño era siempre por la derecha en el sentido de la marcha, rasantes, adelantamientos, luces de cruce en la boca de lobo de la noche, hasta que el mundo empezaba a embrollarse y era otro el que conducía, podía verse él mismo de pasajero en la cabina pero jugando con una o con dos mujeres estupendas, sueños así, y de repente por la radio nacional de España su nombre. Entonces se despertaba y abrazaba a Teresa, ahora no puede recordar si en esos casos pensaba también en la pequeña durmiendo en la habitación de al lado... O sea la radio, es lo que servidor les había empezado diciendo. Lo estuvieron dando durante todo el día, pelo castaño y muy corto, estatura uno cincuenta y ocho, pantalón vaquero y botos con los demás detalles de la ropa, más un bolso en bandolera con la cosa de los Mundiales. Dieciséis años, la edad misma de Chari. Se cree que se dirige a las costas del sur... O acaso la Chari haya cumplido en mayo los diecisiete. Preguntas en casa por decir algo, a ver, a qué hora ha vuelto anoche esa chica, o las evaluaciones de los profesores, aunque qué sabes tú si nunca te acercaste a verles la cara a los profesores. Preguntas porque Teresa no para de recriminarte, sin entender que lo que un trabajador del camión tiene que cuidar es el vehículo en que le va la puntualidad de la entrega, de estar él mismo sereno y disponible a todas las horas del día y hasta de la noche. Lástima que la Chari creciera. Había sido una criatura corriente y él había sido un buen padre, no recordaba ningún problema y eso será como un órgano del motor que si no da señales malas ni buenas es que marcha como corresponde. Pero casi de repente, la niña y los cigarrillos escondidos. La niña y la discoteca. Ella y las noches dudosas,

aunque la madre, después de ponerse a encizañar, se contradijera disculpando que estamos en fiestas y es mejor por las buenas, así no hay manera de que un cristiano acierte con la conducta. Pero por qué las chicas que se escapan van hacia el sur. Acaso fuera el calor de la meseta metiéndose por las ventanillas abiertas, el sol tostándole la piel apenas cubierta por la camiseta de tirantes lo que a través de los boletines machacones le había ido completando el retrato robot con la precisión del metro cincuenta y ocho, es fácil imaginar una mocita proporcionada si se sabe que el pelo es de tal color y cortado a lo chico, la blusa amarilla, la tela suave de la blusa, pero luego el pantalón fuerte y como remendado, apretado, y en el bolso qué puede llevar metido una cría que huye...

—Lo que tiene que precisar es si ella fue consentidora. O sea, si usted se valió de la fuerza.

Te sonreíste, sin ninguna intención de faltar al respeto a los guardias. La luz que se colaba por las persianas verdes de la dependencia te daba en los brazos que hubieran podido levantar en vilo la mesa y a los que te estaban interrogando. No, no habías empleado ni un músculo. La pequeña desconocida se había subido de un salto y a ti no te habían faltado las palabras para que ella misma se convenciera de bajar en una cabina de teléfono, razones de padre que a veces habías pensado para tu propia casa. Y luego, el cansancio, o la torpeza, o eso... La cosa de un hombre que no come ni habla a diario con su gente. Que puede ver crecer a su propia hija como si fuera la hija de otro, llegar de un viaje de nada más que días o semanas y sentarse a la mesa y tener que disimular porque la niña ha enreñado en el pecho y uno no quiere mirar pero no puede dejar de hacerlo.

«Eres un tío muy fuerte, sabes.»

La mano pequeña de la desconocida le cosquilleaba en los tendones del brazo, seguía al brazo cuando este bajaba a la palanca del cambio y él le decía quieta.

«Si quieres me llevas por media España, ya tengo los dieciocho, te enseño el carné.»

Y peor cuando la mano pequeña se puso a enredar con el vello que le salía por la escotadura amplia de la camiseta.

«Qué gozada, jo, un tío moreno y después pelirrojo por todo el cuerpo.»

Desvió el camión hacia unos olivos por donde iba la carretera vieja. Uno al fin no es de piedra, ustedes deben comprenderlo. Luego fue algo horrible que no confesarías aunque te arrancaran la piel, primero la carne prófuga y ajena y en seguida la figuración de tu propia Chari, claro que también los guardias andan fuera de casa, ahora que lo piensas los guardias cuando andan destacados acaso sean como los del transporte y los marinos y los viajeros.

El sitio del inglés

—No hay cosa que más me amole que me vengas preguntando la hora cuando estamos en esto.

En el club recién estrenado con todos los adelantos de las luces y del sonido andarán ahora divirtiéndose las otras parejas. El Barco de Valdeorras, una villa sin industria grande si no es la fábrica de camisetas, y van y abren el local más moderno de toda la provincia. Después se meterán en los coches, a veces dos parejas si son muy amigas en el mismo coche. Y los que solo podrán ir a los solares de don Claudio, o por la orilla húmeda del malecón. Ellos dos, en cambio, parecían un matrimonio corriente puesto que por un rato tenían casi una casa. Habían llegado furtivos, como de costumbre, y en seguida estuvieron acostados muy juntos en la cama de plaza y media, nunca desvestidos del todo porque daría un repelús meterse sin nada entre la aspereza de las mantas.

Magdalena buscó en la muñeca del hombre el reloj luminoso, volvió a arrebujaarse, estornudó. Además de las mantas había el somier numancia con el colchón, que una mano ladrona había aligerado de lana por un descosido, más la colcha, que Magdalena no quería mirarle los manchones confusos, si en los grifos abandonados saliera agua ya le habría dado ella varias manos seguidas con detergente.

Las acacias del parque allá abajo y de los paseos no habían terminado de soltar su polen, todavía era primavera; pero la tarde había estado caliente, y la noche amenazaba tormenta. También los cuerpos se habían inflamado como la estopa. Quedaba el cansancio de después del asunto, que en el hombre era siempre un cigarrillo orgulloso. Ahora, en la oscuridad, les costaba trabajo desatarse de la pereza.

—No es que me riñan si llego tarde —dijo Magdalena—. Pero esto lo sabes de siempre, a casa tengo que volver a dormir.

Cuando, semanas antes, Avelino Sanjuán había cogido por el brazo a Magdalena y le dijo, anda, sube, ella aceptó subiéndose a la furgoneta, un encierro con sopletes y otras herramientas, y en los cristales mujeres a todo color que habría que expulsar un día u otro, ahora que empezaban a ser como si dijéramos novios. El conductor enfiló la vieja carretera postergada por la autopista, sin preguntarle nada a la compañera. Tiempo habría, cruzó por la cabeza femenina, teñida y peinada a lo afro, para las fotos ya sentenciadas y para escoger ella misma los paseos. Y también que da gusto que la lleven a una. Ningún día repetía Sanjuán el itinerario. Hasta una tarde al oscurecer que buscando sitios subieron como de broma a lo del inglés, y ni puto caso omiso, dijo Avelino refiriéndose al cartel de camino privado comido por años de viento y de lluvia. Y desde entonces, ya ningún otro sitio, porque aquello era una bendición. El porche los abrigaba, lástima el frío de la piedra en el banco contra la pared, hasta que un día la manta del coche... No, no, esto no lo hace nadie, Avelino, esto sí que no. Magdalena pensaba si no sería más decente que lo hicieran hasta el final y por lo sano, mejor que aquellos juegos que la dejaban nerviosa. En alguna tregua rondaban alrededor de la casa cerrada y casi sin dueño, administrada, se cuenta, por el procurador Mari-ñas que es como si dijéramos abandonada. Sanjuán encontraba el símbolo mayor de ese abandono en una humedad que había desconchado un trozo de la pared, seguro que en tiempos pasaba por ahí una bajante. Magdalena dijo que a ella, lo que más, la grima de la

persiana caída desigualmente, te juro una persiana así el efecto horrible que hace. Un día, o sea una noche, Avelino además de la linterna que siempre sacaba del coche traía en la mano una caja con la herramienta. Tardó un poco, pero la persiana de la planta baja obedeció a la pericia hasta quedar bien igualada, arriba, abajo, arriba, abajo. Una de las veces que a la persiana le tocó estar arriba Avelino la dejó así y enfocó la linterna para la habitación. ¡Mira!, llamó a Magdalena, como si ella no estuviera pegada a su costado. Observaron a través del cristal borroso, sin saber que la ventana estaba prácticamente abierta desde que se alzó la defensa dudosa de las tablillas. Fue saberlo y estar con medio cuerpo dentro, en seguida un saltito y el cuerpo entero, los ojos mirando las cosas pero sin mirarse ellos mismos el uno al otro. Se marcharon sin tocar nada, sin tocarse. Y esta noche:

—No me digas que estoy pesada, pero sabes lo que te digo.

—Llevas dos horas dando vueltas, que te estás quedando sin manta.

—No sé qué tengo esta noche. Te digo que tengo aquí en el pecho como una losa, tócame.

—Tocar te toco. Lo que tienes, son ganas de que uno esté pendiente de ti.

—Como si esta noche fuese distinta de las otras.

—Hasta ahora ha sido más o menos lo mismo. Pero si quieres igual invento hacerlo por otro lado, pide por esa boca.

—Bestia. Lo que quiero decirte es de cosas más serias, pero es que ya tenemos que marcharnos.

—Venga, suelta el rollo.

—De las manos que tienes para tu oficio, Ave, que todo el pueblo lo dice. Sanjuán para la fontanería. Sanjuán para las antenas de televisión. Si hasta para los aparatos del ambulatorio. De oro te harías si supieras cobrar para que te respetaran.

El hombre se desperezó en la cama, como si fuera a incorporarse. El somier crujió en el silencio. Magdalena sí empezaba a levantarse, ella siempre tarda más en vestirse y quitarse las señales que quedan. Pero, esta vez, el hombre la fue doblegando con una mano, llevándola con suavidad a caer de espaldas. Alargó la mano hasta la cazadora de cuero.

—Di si quieres o no quieres fumar.

Magdalena se alegró porque esta vez lo que él había recogido en lo oscuro era el tabaco. Odiaba aquellos momentos horribles, cuando Avelino le decía espera no vayamos a armarla, pero dónde habré metido yo los globitos.

—A mí me parece que nos vigilan —se quejó ella.

—Quién.

—No sé, alguien, las cosas mismas de este cuarto, el retrato.

—Lo que faltaba. Fuma y cállate ahora.

—Estarán todavía en la discoteca —imaginó Magdalena con una voz indecisa.

—Sin eso me paso yo bien —aseguró Avelino—. Lo que echo de menos, si acaso, es la consumición. Pero no creas que yo es el vicio de la bebida. Aquí mismo tengo el botellín

de coñac y no es cosa de trincármelo solo.

—Con la tónica es como me gustan a mí los tragos, y el hielo haciendo tin, tin, en los vasos grandes.

—No estoy diciendo que el coñac tenga que ser solo, ni con leche. Digo que yo no sé beber sin compañía, y eso es cosa que a mí me viene de herencia. ¿Llegaste tú a conocer a mi abuelo?

—¿Al señor Sanjuán el capataz de las carreteras?

—No. Al por parte de madre, o sea el abuelo Romano que tenía la nariz muy grande y colorada, lo mismo que mi bisabuelo. Al bisabuelo lo llamaban de mote *Romanones*, pero al abuelo Anselmo se lo dejaron en *Romano*.

—Yo solo me acuerdo del capataz, hasta del uniforme de pana que llevaba.

—Pues el viejo Romano había vivido desde los veinte años a los setenta y tantos envasando cada tarde dos litros de tinto en cinco o seis paradas. Le dijeron que se jugaba la vida pero como si nada. Hasta que se partió la cadera, y el mismo día que no pudo salir a la calle aborreció el vino para siempre, le ponían la botella bien a la mano pero a él le entraban unas bascas horribles de pensar en beberlo a solas.

—Me gusta cuando hablamos, cuando te paras a contarme de tu familia. Además, tampoco es que estés solo ahora, si te apetece tomar una copa yo te acompaño.

—Eso está bien. Pero solo hay coñac purito.

—A mí el coñac me gusta si por lo menos tengo un bombón para acompañarlo.

—Hay galletas pero están en lo alto de la estantería, el coñac está aquí, las galletas hay que levantarse por ellas.

—Anda, Ave, a ti qué trabajo te cuesta.

—En hablando de trabajo... Di si lo hice o no como Dios manda. Sobre eso nunca dices nada y uno no sabe si te ha dejado vendida.

Margarita es la más lanzada de las compañeras de la fábrica. Margarita es diferente o Paco Díaz el practicante es diferente o es que Margarita tiene esa manera suya de explicar esas cosas. Dice que un rayo que la deja ciega. Que un grito que le sale del fondo de su naturaleza. Dice que si la dejaran a ella colgada a mitad del asunto se subiría por las paredes.

—Estarán Paco y Margarita.

—Esos sí. Y Lorenzo y Concha que son la leche resistiendo en el baile. Igual estás arrepentida y preferías estar en ese tomate.

—Por un lado qué quieres que te diga.

—Cuando no quieres aclararte, no te entiende a ti ni la madre que te parió.

—Arrepentida no lo estoy.

No iba a dejar que la tomaran por una romántica, ni Margarita su amiga principal comprendía aquella ilusión absurda de recibir cartas con buena redacción y educadas de un chico pensando en ti y que viene a verte por el Cristo. Lo de salir con los de siempre, a bailar y a beber unos tragos en la discoteca, no es que te vayan a decir te quiero. Pero algo más propio sí parece, que venir a encerrarse en estas cuatro paredes. Claro que luego tenía razón Avelino:

—Ellos sí que se cambiarían por nosotros —como si le hubiera adivinado el pensamiento—, no tienen un sitio, ni siquiera un mal jergón donde ponerse a gusto.

Lo de Margarita era aparte, era como el premio gordo de la lotería. Paco y ella habían estado probando sitios hasta dar con la mesa articulada de curas, gracias que nadie más en toda la fábrica sabe que se meten en el botiquín.

—Lo que tengo es una gana así de seguir arrimada a ti, pero como hermanos.

—Pues acuérdate, la copla que cantaban aquellos de la rondalla de Astorga.

—Cuál.

—La de que es imposible ser buenos...

—Es verdad. Y quererse como hermanos.

—Si tú no tuvieras senos.

—Si yo no tuviera manos.

—Pero que muy bien traído.

—A mí me parece una canción bastante fina y ellos también lo eran, no como otras bestialidades.

—Eres una antigua, una novelera, por eso te gustan a ti los de Astorga, a mí el llamarles senos a estas cosas tan cachonditas y tan ricas me parece como de novela.

—Quieto. No sé ni cómo se te apetece después de que lo hemos hecho.

—Te voy a decir yo otra copla que cantaba el cabo en León en el regimiento, ya que prefieres que hablemos.

—Gracias. Lo que yo tengo es un nudo que daría algo por echarme a llorar.

—Pues llora, tía, llora.

—Vete a la mierda —estalló ella, sabiendo que solo era una manera de decir.

Cuando pasados dos o tres días sin volver a aquel lugar después de lo de la persiana, la furgoneta tomó el camino, que parecía que nadie se lo mandaba, ella sentía calor y frío al mismo tiempo. Llegaron, se apagó el motor, y los matojos que van a llegar un día a invadir la casa crujieron bajo los pasos fuertes del hombre, seguidos de los más finos pero también directos de su pareja. Los dos cuerpos se conocían por las mutuas hipocresías, los recalentones. Pero cada cosa tiene su tiempo. Y fue ella misma, Magdalena Qui—roga ante el asombro callado de Avelino Sanjuán la que después de hacerse empujar hacia el cuarto, esto sí, como en un rito inútil pero irrenunciable, empezó a aligerarse con naturalidad. Los botos camperos que son la última moda salieron después de un poco de forcejeo. En cambio los vaqueros apretados que llevaba deslucidos adrede cayeron como fruta madura. En lo más íntimo, coronando la sólida construcción de las piernas, quedó un triángulo de color vivo que a Avelino se le representó como reflectante. Avelino apartó la linterna. Entre los dos se apresuraron a quitar unos trapos, botellas vacías que estaban en desorden sobre la cama, y un montón de periódicos agrisados de polvo. Magdalena estornudó. Tápate pronto, dijo su compañero con una blandura nueva. Se notaron bajo la manta los movimientos un poco agachados de la mujer, ahora se está quitando la braga, o sea el slip, el jersey se lo dejó puesto pero en cambio manipuló por adentro de la lana y se quitó el sujetador, probablemente para esconderlo debajo de la almohada sin funda. Magdalena se dio sin

memeces, sangró un poco, todo era natural como el mundo. Quizá también era natural lo de unas lágrimas que no parecían venirle de ninguna pena, tampoco de ningún goce que no hubiera sentido antes, cuando solo jugaban.

A veces pensaba ella, Magdalena, que el trato y la confianza que se habían cogido desde entonces tiene cosas buenas pero también otras malas. Como ahora mismo, este Avelino:

–Da gracias que tengo ganas de mear, que si no a por las galletas iba a levantarse tu tía.

Era pronto para las tormentas grandes del verano, pero nunca se sabe y años hubo en que aparecieron adelantadas, trayendo el polvo rojizo de las Médulas. Cuando el aire se carga para traer esa tierra, que dicen que es de los huesos molidos de los esclavos, la gente de Valdeorras y del Puente de Domingo Flórez se pone con dolor de cabeza y ninguna gana de mover ni un dedo.

–Hoy es sábado –advirtió Avelino Sanjuán. Miró para el calendario abandonado–. Después voy a mirar por gusto qué día de la semana era el día de hoy en ese año. Fíjate, 1960.

–Hoy es domingo puesto que ya pasan de las doce –advirtió Magdalena.

–La noche del sábado la hizo Dios para estas cosas, ¿no te parece a ti?

A lo largo de este tiempo, siempre pasaba que Avelino cantaba o silbaba conduciendo la furgoneta de vuelta para casa. Magdalena volvía que no sabía explicarlo, como una cosa muy tonta. Pero esto no iba a decírselo a él. Lo otro, sí, el que hasta sin tener encima el peso del otro cuerpo le faltase el aire en el pecho.

–Eso son neurastenias. O a lo mejor es el retrato –aceptó Avelino con sorna.

Además del calendario y de unos paisajes escoceses, había algunas fotografías de personas, y todas eran inventores, estaba Edison con el fonógrafo, Isaac Newton, Pasteur con la bata blanca y las barbas. Pero decir el retrato era hablar del marquito y la foto con el perro grande y hermoso del inglés –*Daisy, 21th April 1959*–, se ve que al marcharse había querido que el amigo fiel siguiese viviendo siempre en aquella copia. Detrás del perro, pero Avelino apostaba a que era una perra, podía verse en sombra al mismísimo inglés, con los bigotes grandes y en punta. Magdalena decía que el amo había puesto al animal de pantalla y que el inglés era un mirón vigilándolos y pasándose la lengua el asqueroso por el bigote mientras ellos estaban en la cama. Un mirón y un escuchón. El somier metía demasiado ruido. Magdalena volvió a machacar sobre el tema:

–El piso de mis tíos de Monforte tenía los tabiques de cartón, era una cosa que me ponía mala oírlos algunas noches.

–Pero qué edad tenían ya tus tíos para el asunto.

–Los cuarenta y cinco o los cincuenta. Una vergüenza.

Y que no haría nada de más, él, Avelino, tensando los muelles locos, para que no fuera esto de darse la vuelta para el otro lado y armar un escándalo.

–Ahora salimos con eso, a ver si no he arreglado ya los largueros de la cama. Y la balda para que pongas tus chismes y el invento para traer este poco de luz. O te crees que la casa la vas a heredar.

El inglés, como saben en toda Valdeorras, vino un día a estudiar los vinos y se

enamoró de aquel lugar caprichoso, y mandó hacer la casa contra el consejo de los entendidos en el soplar de los vientos. Le acabaron la obra y se encerró sin que la gente pudiera meter las narices a ver lo que hacía, de manera que todo tuvieron que inventarlo. La fuente del invento, como si dijéramos, estaba en el casino de los señores, y desde allí iba llegando el agua cada vez más turbia igual a las tiendas que al mercado que a la Acción Católica, hasta la última mulleriña que se santiguaba sin haberse enterado mucho. Luego, lo mismo que vino se marchó el individuo, y a don Paco Mariñas el procurador le escribió que no iba a regresar nunca y que don Paco vendiera sus cosas por lo que quisieran darle. Era decir que lo daba por poco, pero aparte que es un sitio de locos, siempre sería mejor esperar para ver si se consigue por menos que poco.

Avelino fue y le dio la vuelta al retrato del inglés. Magdalena estornudó todavía, pero ahora el cuarto parecía más grande.

Hace un rato Avelino se había levantado para orinar. La primera vez había sido lo que se dice un drama. Fue peor incluso que la vergüenza de verlo un día con el calzoncillo, y también peor que estar a su lado cuando devolvió el pobre hasta la primera papilla porque se había excedido en las copas, pero esto del vómito sí que le pasa a cualquier chica el tener que aguantárselo al novio alguna vez. Por lo menos, no se dirá que ella no hiciera por evitarlo, lo de que orinase delante. Pero hombre, es que no puedes aguantarte si ya nos vamos, también podrías esperar a hacerlo a campo raso. Menos mal que salía él a la ventana, se ponía de espaldas a la habitación y apuntaba hacia fuera como quien está regando tranquilamente la huerta. Pero lo horrible es que ahora esa necesidad se le avecinaba a ella misma. Debía de ser bastante tiempo el que llevaban juntos, esta vez, porque tampoco iba a serle posible resistir hasta que se separaran. A pasos agigantados se acercaba el desastre, más deprisa cuanto más la atormentaba la idea por la cabeza.

—Me parece que he dejado el chaquetón en el porche.

—Y para qué quieres ahora el chaquetón.

Salió a un rincón junto al muro exterior, ajena a la aprensión de otras veces por los espinos y los rastrojos que en muchos años no había cuidado nadie, y qué horror ahora el ruido del chorro, además que no se acababa nunca. Volvió para dentro con un escalofrío en el cuerpo. Estaban empezando a caer unos goterones, grandes y separados unos de otros, y alguno la había golpeado en la espalda medio desnuda.

—¿Y el chaquetón... ?

Por la sonrisa de Avelino, comprendió que había hecho ella un misterio inútil.

—Me parece que no lo saqué de casa —porque ya era mejor continuar fingiendo.

Ahora estaba la pequeña luz que tomaban de la batería de coche, y bastaba apartar el cable para quedarse en la penumbra. Agua no había, pero el frasco de la colonia.

—Anda. Vuelve.

Él le hizo sitio y ella fue y él le pasó a ella la mano por el pelo, una caricia que a Avelino Sanjuán se le ocurría pocas veces, eso si acaso se le había ocurrido alguna. Pero eran ganas de estropearlo todo:

—No sé cómo os aguantáis las tías hasta volver a casa, claro que es darse el morro en el

portal y salís zumbando como locas.

–No me gusta hablar de esas cosas.

–Como si no lo hicieran las artistas y las reinas y todas las hijas de su madre. ¿Te gustaría un cuarto de baño?

–Anda. Y la calefacción central.

–También la calefacción. Pero no es una broma y te estoy diciendo el baño, fíjate, metido en la habitación pero independiente. Con bidé.

–Me vas a decir tú que no soy una mujer limpia.

–Quién dice eso. El bidé, con ducha. ¿Tú sabes que algunas tías se dan gusto con la ducha del bidé? Pero a lo que íbamos. Igual los hay en color azul marino que en color fucsia o que en terracota, el lavabo doble Venus referencia 230 y la bañera Repos con las agarraderas doradas...

–Ahora es a ti a quien te da por las novelas.

–Nada de novelas, te hablo por el catálogo pero fíjate bien que ya está instalado y funcionando. Tú tendrás el carné de identidad, no.

Cada vez son menos exigentes en lo de pedirles a las chicas la edad para el baile. Pero otra cosa tiene que ser lo de entrar en el motel si no es al bar de abajo a tomar una copa, seguro que a los chicos de El Barco ni se les ocurre que pueda pedirse una habitación. El motel está a ochenta kilómetros por la general. Dicen que vienen las parejas de fuera, incluso de Vigo. Magdalena había visto una vez a dos parejas que entraban con muchas risas y confianzas, lo que se le quedó en el recuerdo fue el neceser de piel que llevaba cada una de las dos mujeres, seguramente con sus cosas más íntimas.

–Dormir uno como un cristiano con una mujer al lado. Y te lo voy a decir de una vez el mayor deseo que yo tengo: entre sábanas.

Es verdad que entre sábanas se estaría bien. Pero Magdalena, o sea el pensamiento de Magdalena, abría el pequeño maletín lujoso junto al espejo bien iluminado e iba colocando cremas, clínex, algodones en bolas de todos los colores, todas las cosas en su sitio y como suele decirse un sitio para cada cosa.

Hasta que un relámpago y el trueno consecutivo la devolvieron a la realidad escareada del cuarto:

–Tú crees que ese tipo, el de los bigotes, ¿crees que habrá dejado pararrayos?

–Aquí no ha quedado cosa que funcione, a no ser que se ponga a arreglarlo uno que tú conoces.

–Con lo que atrae el hierro, ahora no te dejo ni tocar un destornillador.

–Entonces, mejor rezas lo que sepas o te aprietas bien contra mí.

Magdalena rezaba pero eran jaculatorias más que oraciones largas, porque en estas se equivocaba siempre, y vuelta a empezar, y a la fortaleza masculina del compañero se agarraba con la codicia del náufrago. No había que entender de nubes y de tormentas para imaginar que se anunciaba larga la fiesta. El recurso de la iluminación les había fallado seguramente por la lluvia sobre el cable exterior y los relámpagos eran trallazos de luz que entraban sin que valiese de nada la persiana.

–Sagrado Corazón de Jesús en vos confío.

Luego era el golpe seco del trueno, seco en la desolación de la colina y en seguida rodando abajo por entre la garganta del Sil, el río que es como el padre o tutor de toda la comarca.

–También es mala suerte, tú.

Magdalena quería hablar de lo que fuera. Pero Avelino panza arriba. Avelino con los ojos cerrados y el cuerpo muerto. Avelino fuera del juego y del mundo.

–Mala suerte, te digo, que nosotros llevemos el agua y el Miño lleve la fama.

Era un bonito gesto, a que sí, identificarse con el agravio secular del río. Pero tampoco tuvo respuesta.

–Lo que yo no sé, es si traería tantas pepitas de oro como decían aquellos antiguos.

Silencio.

–No te duermas ahora, Ave, por favor te lo pido.

Una pedrea extensa de granizo golpeaba contra la ventana. Y también arriba, por encima de las habitaciones no violadas, tamborileaba en las pizarras que milagrosamente, lo que más en la casa, aguantaban el paso del tiempo. Magdalena acercó la oreja al pecho peludo del hombre. Respiraba. Despacio, pero respiraba. Un horror que venía a ser como la furia reunida de unos cuantos horrores anteriores estalló encima, exactamente encima de sus cabezas.

–Rogad por nosotros que recurrimos a vos.

Y en seguida:

–Eso fue en el gallo que dejaron de la veleta, Avelino. Avelino. Háblame. Que sepa yo que no te duermes y me dejas sola con este castigo.

Todos saben que lo peor es cuando una tormenta sale al encuentro de otra, pobres los que estén debajo del sitio en que las dos tormentas se encuentran. El sitio del inglés.

–Si quiere Dios que no nos pase nada esta noche será un aviso de que tenemos que cambiar de vida. Tú cuánto hace que no te confiesas.

Ahora fue del lado de la carretera de Córrego.

–Siempre que hay tormenta cae algo en ese transformador y viene el apagón. Di, será muy malo ser el guarda de las fábricas de la luz. O del polvorín. De confesarte, digo.

Era como hablarle a una piedra.

–Yo tuve una época muy maja de club parroquial, no creas que es como antiguamente, además de futbolines hay curas jóvenes que nos animaban a ser responsables y divertirnos juntos los chicos y las chicas. Una vez oí yo que es difícilísimo hacer un pecado mortal porque hay que tener verdadera intención de ofender a Dios. Figúrate tú. Si yo estoy a gusto contigo, Ave. ¿Por qué iba a tener intención de ofender al Señor? Y monja, quise ser una vez. Cuando se marchó aquel chico de la extensión agraria, ya ves que no me importa contártelo ahora que sabe Dios lo que nos espera, también tú me deberías contar a mí, me vas a negar que tuviste tus aventuras.

Esperó.

–No te voy a decir que sea celosa. Pero me mortifica que en los casos verídicos que salen en esas revistas, ya sabes, muchísimas veces son chicos fontaneros y de las antenas

de la televisión que van a las casas a la hora en que las mujeres están solas sin sus maridos. ¿Tú crees que es verdad que se dan tanto los casos? También lo del suegro que se lía con la nuera, a mí esto me parece ya una manía de quienes escriben las historias, ¿qué crees tú.

Aunque hubiera habido respuesta, el fragor que vino de arriba haría inútiles las palabras. Magdalena sacó su brazo lo mínimo para santiguarse, pesarosa de no estar vestida del todo.

—¿Has dicho algo? Está bien, allá tú si no quieres sincerarte en un momento como este, Ave, pero podías hacer un acto de contrición para tus adentros. Yo de las revistas creo que ni tengo que confesarme, al principio eran una novedad en los vestuarios pero ahora ni caso. A que no sabes adónde mandamos las camisetas para el remate cuando en la fábrica no podemos con los pedidos... Es bonito que El Barco sea famoso hasta fuera de España por las camisetas, miles y millones de camisetas de colores que ponemos Cadaqués, o Formentor, o la cara de Humphrey Bogart. A las monjas de clausura se las mandamos. Fíjate, a las monjas hasta de Mondoñedo. *I love you*.

Arreciaba la lluvia; y también el aire, si hasta pareció que se habían movido las cosas del cuarto.

—Estaría bueno que fuera una venganza que nos manda el tipo porque le hemos puesto a él y al perrazo, o la perraza, contra la pared, ¿tú crees en esas cosas?

Magdalena tuvo un arranque. El retrato quedó redimido de su condena, Magdalena sintió como si hubiera restituido una cosa robada y corriendo volvió a meterse en la cama. Se quedó callada, perdida la cuerda para seguir el monólogo desesperado. Avelino entonces para no perder las rentas de su disimulo pegó una sacudida y un grito como de cadáver que vuelve de repente a la vida:

—Esto sí que es un pararrayos, ¡*agarra e palpuxa como está o ferro!*

—¡Mal rayo te parta! —gritó también Magdalena—, que me has asustado, mira cómo me late el corazón.

Y saltó un centellón de mucha braveza.

—No, Avelino, Ave, un rayo no. No he querido decirlo, Ave. Pero qué barbaridades le vienen a una a la boca.

Tres, cuatro, acaso cinco horas después, la mañana se colaba en la habitación por la persiana entreabierta. Sanjuán se había dormido como un madero al terminar su última faena de la noche. Ahora se sentó en la cama, se estiró en un bostezo inacabable, ya solo falta que le vengán a uno con el desayuno en bandeja:

—A ver, maestra, un café calentito con churros.

Magdalena estaba de pie, vestida y arreglada como una mujer de casa madrugadora. Le andaba en los ojos, en los labios, una sonrisa satisfecha y nueva, pero acaso hubiera que mirarla de más cerca para conocerla y Avelino Sanjuán estaba frotándose los ojos como si aún no reconociera el lugar en donde despertaba.

El hombre se sobresaltó:

—Me parece que la hemos pringao. A pelo, sí señor, a que nos den el libro de Familia.

Anoche, el cese de la tormenta había ocurrido de repente. Pero la furgoneta flotaba casi sobre un lago que había empapado sus mecanismos, el delco es lo que dijo Avelino jurando. Abajo, en el valle, se adivinaba la ciudad sin una sola luz hasta que los de Fenosa acertaran con la avería, y una última culebrina inofensiva certificaba la paz a lo lejos, ya por Viana do Bolo. «¿Tú crees que podemos bajar a oscuras?» Magdalena se extrañó de sí misma, de no desmayarse cuando le contestaron que no. A Magdalena Quiroga, en el fondo, se le quitaba un peso de encima. Alguien o algo había decidido por ella. Decidido para toda una noche.

Avelino se desperezó del todo, encendió el primer pitillo del día, Magdalena le acercó el cenicero de propaganda para que no manchase con la ceniza.

—Venga, mamá, ¡aporta una copichuela si se acabaron los churros!

Mamá no dejaba de sonreír. El sol de junio lo iban alzando poco a poco sobre la cresta del monte como la custodia en la fiesta del Corpus, ya ahora estará despertando el sol a la gente abajo en el pueblo entrando por los cristales de las galerías el sol barriendo la sombra de las aceras qué bonita pero qué bonita es esta villa principal de día con sus jardines llenos de árboles altos y fuertes que llaman laurelmos una suerte que esta casa del inglés pertenezca al Barco y que hoy sea domingo y mañana lunes haya trabajo en la fábrica para que la gente ande por el mundo con esos letreros en las camisetas. A Margarita voy a cogerla aparte cuando el bocadillo, por qué me habrá ocultado esa necia lo de los colores.

O sea que no una hora, ni dos horas. Ni que te dejaran tres horas que es lo que viene durando el baile del sábado.

Lo que hace falta es que nada ni nadie te esté esperando en el mundo. Echarse con el hombre y ponerse a pensar en el mar que no se acaba nunca, en prados que se repiten verdes después que subes a una montaña y a otra montaña. Entonces todo se le desata a una y ni estornudos ni nada, te viene un relámpago pero que no anda perdido por otras partes del cuerpo, además que en vez de una cosa blanca son muchos colores como un jardín en el aire... Los paisajes de las paredes serían menos grises si se cambiaran para la luz contraria, la colcha podría llevarse para darle un lavado en casa, ahora la joven Magdalena Quiroga se va a poner a limpiar con cariño la habitación y nunca ha sido más triste y fatigado el derecho del narrador, saber que a esta misma hora en Southampton el ferry que viene a España, y el inglés, y la *Daisy II* facturada con todas las vacunas en regla, faltan tres días escasos.

Los brazos de la i griega

No quisiera volver al valle alto del corazón del Nepal, ahora que sus hoteles se parecen a los grandes hoteles del mundo.

Hace años, aquello era otro mundo. El celo de los países cerrados en sí mismos gobernaba el barracón que era entonces el aeropuerto de Katmandú. Ya el trabajoso visado nos había servido de advertencia, con su letra apretada y el sello enérgico, como grabado a fuego sobre una página entera del pasaporte. ¿Pero no era eso lo que habíamos venido a buscar, la emoción de lo diferente? Los árboles del valle desplegaban formas y matices extraños, las flores reunían olores que eran al mismo tiempo funerarios y alegres. Una estatua de elefante plantada en la plaza de pronto nos sacó del engaño y se puso a marchar con toda su majestad perezosa. Los mendigos no eran mendigos aunque no le hiciesen ascos a las monedas, bardos de una casta musical que se sucede en la melodía de los violines elementales. Y no había perros callejeros que nos siguieran sino monos callejeros que nos asustaban de broma para reírse. También nos miraban los nepaleses, nos sonreían, creo que se burlaban con mesura de nuestra fealdad extranjera.

—Todo esto cambiará pronto —prometió el señor Randa Gauti Shama, sin saber que en el fondo nos desconsolaba.

Su sonrisa de intérprete era infatigable. La verdad es que la gente era hospitalaria. Nos dejaron entrar a la casa donde habita la diosa viviente, una niña elegida y gordita que se acercó a la ventana de celosías miniadas y nos miró y se dejó mirar, hasta emprender una huida de pájaro al solo intento de una cámara fotográfica. Y en cualquier calle de maderas y de panes de oro nos salían al encuentro las procesiones.

A los fieles no les bastaban sus altares, los oficios tempranos con las ofrendas de magnolias o hibiscos y bastones de incienso. Había que mover y trasladar las imágenes y los estandartes que las preceden. Marchar de un templo a otro con la divinidad a hombros, cuando no en carros enormes, por en medio de las calles estrechas.

Yo podría muy bien haberme ahorrado el asombro. Porque al fin y al cabo, en otro valle que yo me sé, el año empieza con el Santo Tirso llevado en andas y sigue con las Candelas y los dieciséis desfiles de la Semana Santa, y el día que no sale la Divina Pastora es porque hay alfombras y ramos para la carroza del Corazón de Jesús...

Todavía estábamos en la capital del reino de Nepal, antes de que en el santuario de la montaña pudiéramos escuchar que Todo es Uno como Uno es Todo e idéntico...

Ahora pienso si debo seguir adelante con una historia que me prohibí a mí mismo, temeroso de la incredulidad irónica de los otros. Pero quizás haya llegado el tiempo en que hay que contar lo que no queramos que se disuelva del todo con nuestros propios huesos... En Daksin Kali el lugar está consagrado a la diosa que significa la victoria del bien sobre los demonios. Los sábados se arraciman allí los fieles para sus letanías, para sus ofrendas apremiantes después del sacrificio de los animales indefensos. La carretera arranca del altiplano que es Katmandú y va trepando suavemente, después arrecia contra el fondo no demasiado lejano de los Anapurnas, codiciados por todos los escaladores del mundo.

—Este pueblo es Chobar —detallaba Randa.

Mis ojos iban atentos, descansados y lúcidos, mirando por la ventanilla sin cristales de

un ómnibus viejo.

—Ahora pasamos por Kirtipur.

De tiempo en tiempo, Randa Gauti Shama nos hablaba de su vida. Su primer nombre le había sido dado por el brahmán, por mandato de los horóscopos. El segundo, sí, había sido el capricho venturoso de los padres. Shama era el verdadero apellido, el símbolo del clan que se transmitía de padres a hijos.

—Ahora al subir la cuesta veremos Sheshnarayan.

Debí de tener un sobresalto perceptible, porque Randa me miró con sorpresa. Se sorprendió más cuando le dije que íbamos a entrar en una curva peligrosa. Yo no podía evitarlo. Era una sarta de premoniciones interiores, que apenas sin tiempo para dudar se convertían en evidencias. No pude dejar de anunciar en una voz no muy alta, pero segura, que luego aparecería un molino aprovechando la fuerza del torrente que cae desde las escarpaduras; que más allá encontraríamos un grupo de pallozas, con sus techos de paja entrelazada.

Randa se sonrió brevemente, por un momento temí que lo comentara con los otros de la excursión.

Pero en seguida volvió a la seriedad, y luego, de pronto, le vi una reverencia emocionada hacia mi persona cuando profeticé la cercanía de una tienda mixta, con calderos de chapa negra y zuecos humildes y sacos de pimentón y refrescos.

Fui yo mismo el que le quité importancia al asunto: una carretera que va del valle a la montaña debe parecerse a cualquier otra que vaya a la montaña desde el valle... Cuando el coche atacó el último repecho, a mí no me quedaba de todo aquello más que el sabor de una broma, la impresión de un juego que pareció borrarse definitivamente cuando nos sumergimos en el turbión de colores y de sonidos que era el santuario.

Los creyentes acudían a manadas, bajaban de aldeas que no conocían la luz eléctrica. Por entre el eterno comercio, que aquí cambiaba por rupias la mantequilla fresca enrollada en hojas de berza o la menuda semilla del repollo o los aperos de la agricultura, pasaba y repasaba todo un rosario de parroquianos con cirios y flores hacia el camarín de la deidad impávida. Había que arrimarse hasta la dispensadora para que ella «viera» con sus ojos de piedra preciosa y tomara nota de quién es quién, y de la generosidad o la tacañería. Al fin y al cabo, debía de estar en juego la forma bajo la cual volveríamos todos en una reencarnación diferente, más alta o más baja según nuestros actos. Se oía recitar los libros sagrados, las cosas de sobre la tierra son irreales y engañosas. Todas las cosas salvo el Brahma, el alma universal, que comprende cuanto está creado e incluso por crear. Porque Dios es Todo, y Todo es Dios. Nos abríamos paso entre el olor confundido de la santidad y de los cuerpos sudados...

No sé cuánto tiempo pasó, pero debí de quedarme inmóvil, en el atrio del templo, perdido de mis compañeros, embobado en la melodía obstinada de un tocador de *sarangi* que a su vez estaba embobando a una serpiente apacible. Me empujaron con suavidad. Yo dije instintivamente «*Sorry*, perdone». Me aparté y miré el rostro del hombre, sin saber si quería pasar o pedía limosna o me bendecía. Se parecía al señor Adolfo el de Ambasmestas. Hay quien tiene la manía de los parecidos. Dicen que es

propio de los que padecemos astigmatismo. El señor Adolfo el de Ambasmestas era un campesino que bajaba al mercado de Villafranca, hasta que se murió de aquella muerte tan tonta. Tenía una tartana preciosa, y mi corazón guardaba para él uno de esos amores radicales con que un niño distingue a uno o dos adultos, no más, durante toda su vida de niño. El señor Adolfo el de Ambasmestas era un paisano honrado, y a mí me llevó a alguna fiesta; los días de mercado me dejaba subir a su tartana hasta las cercanías de Pereje, allí me regalaba una manzana y yo venía mordiéndola a trozos pequeños para que me durara los dos kilómetros jubilosos del regreso. Se comprende que fuera mi primer dolor de hombre, porque la del señor Adolfo el de Ambasmestas fue la primera de todas mis muertes. En Villafranca, delante de nuestra casa, lo tiró un coche contra un charco en el suelo y él sangraba despacio, nada más una brecha entre la muñeca y el codo que mi madre le lavó con agua oxigenada y todo el cuidado. Ya limpia de tierra, de barro, la herida era una Y mayúscula, con los brazos abriéndose como dos regueros dibujados hacia la sangría... En el Nepal también reside en la cabeza de las mujeres la fuerza para los pesos; vi a una mujer llevando su feixe de leña, solo que no iba vestida de paño negro y sí con una tela viva de colores. Tampoco el hombre aquel que me tocó con la mano iba trajeado de pana oscura; llevaba una chaqueta de lana espesa y a cuadros, con botones que acaso fueran piezas de monedas gastadas; llevaba un gorro o bonete de punto, una faja de seda rodeándole la cintura y allí un puñalito curvado que más parecía de adorno. Me fue imposible apartarme de su cara, donde parecían dibujarse los rasgos de una edad inmóvil. Yo no había pensado nunca en los ojos del señor Adolfo el de Ambasmestas, quiero decir en su forma, o en su color. Los ojos no son ellos mismos, son la mirada. Estos de ahora me miraron derechamente, con toda la lentitud de Asia, y en aquella eternidad estuve seguro de que querían decirme algo. Sus labios, en cambio, no se movieron. Cuando fuimos impelidos y separados por la multitud, que trenzaba alrededor del templo la forma del círculo, sentí que todo empezaba a ser diferente. Evoco un malestar que algo tenía de dulce, el vuelo de los sentidos contraponiéndose a la pesadez creciente de los pies. Acaso solo estoy describiendo el enrarecimiento del oxígeno en el aire, lo que nos habían prevenido del mal de altura... No sé si he dicho ya que el señor Adolfo el de Ambasmestas me convidó un año al santo milagro del Cebreiro, la fiesta grande de la cordillera. En el Cebreiro hacía sol. En cambio, era un día de mucha lluvia cuando estalló el coro de las lamentaciones porque cómo podía morirse por una pequeñez así un hombre como un castillo; si pensáramos en el tétanos habría que estar poniéndose inyecciones toda la vida; tú viste la herida desinfectada, me decía mi madre todavía incrédula, y es verdad que yo la había visto con todo detalle y la seguía viendo y la vería toda la vida. El señor Adolfo el de Ambasmestas peleó durante días y noches en una habitación cerrada, enclavijado, sin poder masticar ni moverse. Todo lo que sea recordar o hablar de enfermedades me acelera el pulso, estábamos a muchos metros sobre el nivel del mar y el suelo que pisábamos en Daksin Kali era una tierra negra y grasienta, salvo donde estaba cubierta de algún estiércol, seguramente lleno de microbios. Pensé que podía morirme aquí mismo. Comprendí que el remedio era moverse, seguir a través de los gritos y los pregones. Nosotros habíamos viajado a Nepal

por curiosidad, pero yo sentía como una llamada antigua que no acababa de explicarme. Solo faltaban unos pasos para completar el círculo que debe recorrer en Daksin Kali un peregrino devoto. En el final del círculo estaba *él*, otra vez mirándome con sus ojos de cobre. Mirándome a mí, el único, entre toda la humanidad. Esta vez esbozó una sonrisa mostrando la masticación de la droga suave que le oscurecía los labios. Escupió con decoro el jugo del *betel*. Y habló:

–*Bhagemani hunuhoz, namaste, namaste.*

Randa me tradujo estas palabras en la cantina del aeropuerto, cuando ya estábamos despidiéndonos: «Suerte, suerte. ¡Saludo al dios que hay dentro de ti!».

Pero no le dije al guía en dónde las había escuchado. Tampoco hasta hoy le había contado a nadie que el nepalés de las montañas se subió un poco la manga de su chaqueta de lana, lo justo para enseñarme una cicatriz como es imposible que haya dos en el mundo.

El síndrome de Estocolmo

(1988)

«...que por mucho que saques de ti una historia, siempre pones
cuatro o cinco hilos de verdad, que quizá sin darte cuenta llevas
en la memoria.»

A. Cunqueiro, *Merlín y familia*

El síndrome de Estocolmo

A Ricardo Gullón

En una de mis vueltas por Puerto Rico (a quién se le ocurre haber ido cinco veces a Puerto Rico y no conocer Ribadeo) dejé que mi mujer fuera conmigo. A ella le gustó el viejo San Juan. Paseaba por calles en sombra como las de Trujillo o Santillana del Mar. Visitó museos, la sala de Juan Ramón y Zenobia; en el museo de Pablo Casals había un concierto de violoncelo. Luego pensé que mi mujer no merecía que le ocultara mi amistad con Nilita.

—Puedes acompañarme —le dije—. Nilita vive en una casa de planta baja, con un jardín muy verde de mangos y aguacates.

Conque llamé por teléfono y fue la voz de siempre tan atrayente y tan joven, «ya

usted conoce, solo tiene que tocar la campana».

Era de noche. La escritora abrió ella misma la puerta y nos mandó pasar sin zalamerías. Luego se sentó, o sea, se encaramó a un sofá y allí se ovilló graciosamente, sin dejar que sus pies de muchachita se salieran del territorio mullido.

—Yo me he pasado la vida entre libros, y así sigo, solo que ahora con espejuelos. Ustedes deben saber que he cumplido ochenta años.

—Pero qué maravilla, Nilita, poder cumplirlos así.

—¡No es ninguna maravilla! ¡Tener ochenta años es un asco! Yo, de niña, he sido muy enfermiza... Me enamoré del uniforme del colegio de las mayorcitas, esto ocurría en La Habana. Le dije a mi mamá que yo quería ir al colegio. «Pero mi hijita, adónde va a ir usted tan poca cosa, si es talmente un merengue, y además, que hay que saber leer.» «¿Ah, sí? Pues ahorita mismo lo voy a arreglar.» Aprendí en mi casa, en un mes. Aprendí leyendo *Los miserables*. Desde entonces para mí todos los policías son Javert, todos los desdichados son Valjean.

Nilita fue al colegio, tuvo su uniforme y terminó rebelándose.

—Pero no me fue mal, y además me regalaron un teatrillo...

En el interior muy blanco, preparado para el trópico, la voz de la dueña parecía revolotear como un pájaro de libro en libro, de una escultura a una flor.

—Ah, *El mercader de Venecia*. Mi amiga Elvira y yo hacíamos todos los personajes. Delante del teatrillo nosotras ubicábamos al público, o sea, todos nuestros muñecos y muñecas. Era un público de lo más distinguido, verán: los que asistían a la función eran Eugenia Grandet, Cagliostro, Josefina Bonaparte... Si a una persona de mi mundo yo no podía asemejarla a un personaje concreto de novela o de drama, esa persona *no existía* para mí...

Había ido llegando más gente a la casa. No es que fueran confianzudos, pero tenían la leve superioridad de los habituales; se ve que conocían los sitios y el tono deseable de voz; algunos poetas, un concertista de piano, una pintora o escultora de la que recuerdo unas manos grandes, pero armoniosas. La conversación se hizo general. Mi mujer estaba encantada. Se habló de la traducción y ella aludió discretamente a su *Tartarín* y sus cuentos de Wilde, yo reconozco su tenacidad laboriosa. Bebimos algo, y no había esa petulancia con que se agitan los altos vasos en los hoteles cosmopolitas de la playa. Fue una ocasión hermosa, hubiera sido redonda si no fuera por el tropiezo que nos estaba esperando. Porque esta historia de una noche en San Juan de Puerto Rico debería haberse cerrado en el regusto de la amistad, con la sinfonía del coquí sirviendo de música de cámara desde el jardín de Nilita. Hubiera bastado que nos dejáramos aconsejar, la *Meyer* es un teléfono fácil de recordar y en unos minutos te pone un taxi a la puerta, esto si no queríamos que algún contertulio nos llevase en su coche.

Pero no, no, muchas gracias, a nosotros nos gusta pasear a estas horas, y los adioses, y algunas tarjetas y promesas.

Ciertamente, mi mujer y yo echamos a caminar por el más seguro de los mundos, ya pasada la media noche. En las casas quedaban algunas ventanas encendidas, y aunque las puertas y los huecos estaban enrejados, había enredaderas de ramas y de flores que

mitigaban la fiereza de los hierros. No había perros que nos ladraran. Solo el tótem de la isla, el animalito sagrado. Desde todos los rincones seguía acompañándonos el coquí, yo había imaginado al cantor o instrumentista invisible como un ave ostentosa, nunca como la modesta ranita que es. Bastarían unos minutos para llegar a la parada de las guaguas, que nos llevarían al hotel. Pero marchamos en la dirección contraria, guiados por un aroma de tierra recién regada. El mar se hacía sentir y respiraba muy próximo, el mismo Atlántico que resuena en Huelva y en La Coruña... Debíamos de estar a punto de desembocar en su azul nocturno cuando sucedió. Eran dos hombres, y no consigo recordar sus primeras palabras. Me inclino a fiarme de mi mujer, que declara que no hablaron nada hasta que nos tuvieron dentro del coche. En el coche nos hablaron poco. Y cortante y claro.

—Tengan calma, a ustedes no les va a pasar nada que no tenga arreglo. Solo nos van a dar una colaboración.

Y el más agrio:

—Esto, si ustedes se portan bien.

Su acento era de por aquellos mundos, me pareció que venezolanos. Llevaban trajes con brillo, camisas oscuras.

—Las manos quietas, en las rodillas —me ordenaron ahora—, que no vea yo que mueve ni un dedo.

No, ninguna novela se me ocurrió —lejana Nilita— de la que hacer personajes a estos sicarios.

Pero existían.

Su corporeidad me ofendía, sus brazos y sus hombros prepotentes robaban mi ración de aire —de libertad—, ocupaban un espacio del mundo que no les pertenecía.

Entonces me vino la idea de esa novela diaria de las páginas de sucesos, y la angustia de calcular que algo podría ocurrirnos a tiempo de que nuestros nombres alcanzasen las ediciones de la mañana. Lo vi en primera a tres columnas y vuelta a página interior, «las autoridades judiciales», «se juraron denuncias», conjeturas como «todo hace suponer que el más bajo de los agresores fue quien haló el gatillo»...

Pensé que debía decir algo:

—Supongo que habrán medido ustedes las consecuencias —dije con severidad—. Esto es un atropello que les puede costar muy caro.

Para la acción era demasiado tarde. Deberíamos haber actuado antes, en el instante mismo del abordaje, allí en plena calle podíamos haber escandalizado con decisión en lugar de dejarnos empujar hasta el coche. Pero estas cosas es más fácil decir las que hacerlas. En el Estado Libre Asociado de Puerto Rico —decían— no hay que perder el tiempo en gritar ¡Socorro!, porque no se asoma ni un alma; conviene gritar ¡Fuego!, que con esto no quiere bromas la gente.

El caso es que no podía saberse adónde íbamos. Ahora circulábamos por una zona de calles geométricas. Entrábamos por una calle y pronto parecía que desandábamos el camino rodando en sentido inverso por una calle paralela. Y aunque mirando por la ventanilla parecía que huyéramos, la acción resultaba lenta hasta la agonía en el interior

del coche, como en una película de miedo.

Me sobraban las manos, los brazos, de tenerlos así, en una postura modosa, como si hubiera vuelto a ser niño y me castigaran en el colegio. A mi mujer no le habían mandado nada. La pobre. A veces se removía con cautela, como si quisiera pasar ignorada de los otros pero que yo la supiera cercana. Era ella la que me dolía. Pegado a su costado me llegaba la idea tan vulgar, tan verdadera, de que si yo le tocaba una pierna era ciertamente como tocarme la mía, pero que si a mi mujer le cortasen una pierna sería como si me la cortasen a mí. Me pesaba de todas las horas que había vivido a mi aire, de la infidelidad más grave que un hombre le pueda tener a su mujer, que es la del egoísmo. Tuve tiempo de recordar, y de arrepentirme para mis adentros y de prometer. La vi en las largas vigiliassobre su máquina de escribir y sus diccionarios, me volvió el olor de sus caldos en mis convalecencias... Hasta que el coche llegó a un punto en que dejó de callejear, y estábamos bordeando la masa arbolada de un parque, cada vez más escaso de luces.

—Creo, señores —midiendo mis palabras, para no alcanzar puntos sin retorno—, yo creo que ya está bien, verdad...

No me desanimé:

—Mi señora y yo —aunque jamás digo mi señora— somos unos turistas corrientes y vamos de paso...

No hubo ninguna respuesta.

—Estamos de paso en la isla, si lo que esperan de nosotros es algo de lo que llevamos encima lo mejor sería arreglarlo y terminar con esta situación, yo comprendo las pretensiones de ustedes y aquí no ha pasado nada y todos tan amigos.

—Españoles, ¿verdad? —dijo, al fin, el hombre que conducía el coche.

—Sí, sí —me apresuré, porque aquí le caemos bien a la gente. Y un poco tontamente—: españoles de España.

El del volante era un tipo como de cuarenta años, de piel tirando a oscura, aunque también podía tratarse del bronceado profundo que exhibe un *play-boy* maduro por estos viveros soleados. El otro hombre era mayor, desagradablemente mayor. Sus cincuenta y cinco o sesenta años aparecían bajo una impúdica voluntad de disimulo, con el remate de un pelo absurdamente lustroso y negro, a lo mejor un peluquín.

Volvió a hablar el del volante, con una voz indiferente y plana:

—¿En qué hotel se hospedan los señores?

Comprendí que el bienestar iba a subirnos el precio de la aventura.

—En el Hilton. Pero ya nos marchamos mañana.

—Ah, el Caribe Hilton —se animó la voz—. Es lindo el mar desde el Condado, verdad. Un hotel muy exclusivo.

Qué más daba. Yo ya había calculado entregar lo que llevábamos y salir cuanto antes del pozo. El reloj, trescientos o cuatrocientos dólares en billetes, algunas joyas de familia de mi mujer, menos valiosas de lo que ella cree...

—Podrían dejarnos por aquí, se quedan con todo, luego nosotros mismos nos arreglaremos.

El hombre del volante conducía con una elegancia afectada. El reviejuzo era de poca estatura y zafio, y tenía una actitud apremiante. Iba en el asiento de atrás lo mismo que mi mujer y yo, y menos mal que a mí me habían puesto en el medio.

—Por Dios —habló por primera vez mi mujer—, tengan un poco de consideración, me parece que estoy poniéndome enferma.

Yo sabía que el conductor nos iba observando todo el tiempo por el retrovisor, pero a estas palabras de la viajera se volvió ligeramente hacia atrás:

—A la señora le sentará bien un *drink*. Este carro está surtido.

Chasqueó los dedos, a la manera de quien pide la atención de un subalterno.

—¡Sí! —oí como si se cuadraran a mi lado.

—Ofrécele un trago a la señora.

Me pareció un mal menor que de los dos individuos el de delante fuese el jefe. Ella rehusó con educación:

295

—No podría pasar ni una gota, por favor, pare usted de una vez.

Al contrario. El hombre que manejaba se lanzó ahora a una carrera que sospeché decisiva. Rodábamos por grandes avenidas de tráfico veloz pero no muy denso en aquellas horas, y pronto empezó a notarse el pulso discontinuo de las afueras, con algún palacete encorsetado en tupidas protecciones, chabolas, y de pronto un condominio con pequeños bares cerrados, exposiciones de sepulturas de mármol (la proximidad de los cementerios), el anuncio excesivo, incluso luminoso, de un dentista exiliado del centro. Pasábamos junto a largos tramos de vegetación confusa, y al fondo, cada vez más cerca, parecía adivinarse el campo total, el bosque... Observé que el conductor seleccionaba el carril de la autovía que indica Aeropuerto Internacional. En los aeropuertos suelen ocurrir aventuras muy dramáticas, pero siempre sería menos malo el cemento y la luz que el mundo de la selva donde además de bandidos puede haber alguna culebra. Sería horrible que a mi mujer la asustasen con las culebras.

Me alegré por ella cuando el coche se detuvo inesperada, pero no bruscamente; la verdad es que se detuvo con una suavidad amistosa. Estuve a punto de dar las gracias. He leído que a veces los secuestrados se encariñan con los secuestradores, eso que llaman el síndrome de Estocolmo. Pero me rehíce. La presencia de mi mujer ayudaba a mi dignidad, ella es de una familia con muchos principios, registradores y gentes del Derecho.

—Me parece que ahora —dijo el hombre principal, el hombre más poderoso de la tierra—, al caballero le ha tocado actuar.

Como primera entrega fui a quitarme el reloj de acero, justo andaba pensando en comprarme uno más ligero, de cuarzo. En el coche parado había un silencio acolchado y todos, los cuatro ocupantes, debimos de oír el clic del broche de mi pulsera metálica.

Pero el hombre hizo un gesto de rechazo, con un esbozo de sonrisa donde bailaba una miaja de burla:

—No, no, mi amigo. El reloj le hará falta a usted. Y de usted depende que le siga marcando las horitas de la vida, cuanto más felices mejor. Escuche. Escuche bien, es

mucho lo que les va en ello; y tratándose de un caballero tan respetable –pero no me sentí halagado–, el truco no le va a dar sospechas a nadie...

También habló el otro, el del peluquín. Me puso en la hombrera de mi camisa de seda su mano sudada y ácida (la acidez se la supuse) y me obligó hacia el respaldo del conductor:

–Apréndase bien lo que le diga el jefe.

Era fácil de aprender. Había una llave, o una tarjeta que hacía de llave electrónica. Con aquello tenía que abrirse un compartimento de la consigna de equipajes en el aeropuerto, ese mundo de mostradores y letreros y escaleras rodantes. Ir yo solo, sacar un pequeño bulto de mano y traerlo hasta el coche tranquilamente, legalmente, sin precipitación...

–No me gusta –les dije, como si estuvieran pidiéndome una opinión–, no me gusta lo que se dice nada.

–Pero eso no importa, mi amigo, y además no tenemos tiempo para conversarlo. Tenemos otras razones, y buenas, para convencerlo de que se deje usted de sonseras.

El jefe había endurecido la voz. Lo imaginé un hombre musculoso, en el trampolín de alguna piscina. Entonces dio marcha atrás con el coche, hasta dejarlo en un espacio oscuro de la explanada.

Allí, otra vez en un gran silencio, hizo una seña al esbirro.

Este asintió con la cabeza y al momento se llevó la mano derecha al bolsillo, con ese ademán que solo puede conducir a la exhibición ominosa de una pistola.

Pero no llegó a enseñar ningún arma. Me metió el codo con fuerza en el costado, y arqueándose por delante de mí alargó una mano hacia mi mujer. Creo que no la tocó. Le arrebató el bolso blanco, íntimo, que ella llevaba todo el tiempo sobre el regazo. Fue un esbozo de registro que me estaba doliendo más que el golpe del que se quejaba mi propio cuerpo. Ver que el tipo metía sus viscosas manos en eso tan personal que es el bolso de una señora me pareció una violación. Por la mañana me había entretenido mirando en el hotel la guía telefónica, y junto a las urgencias de los bomberos, de la policía y de los hospitales, figura un número siempre a la espera, nada más que para los casos de violación...

–¡Vamos! ¡Concéntrese! –me alentaron. Como a un equilibrista en el trapecio–: tiene diez segundos para que lo veamos andando.

Habían buscado que a nosotros no se nos viera pero nosotros teníamos delante un exterior bien iluminado, las rayas amarillas señalando los lugares de aparcamiento, un autobús de las líneas aéreas a la espera de los pilotos y azafatas, el corto retén nocturno de los taxistas charlando y gesticulando alrededor de sus máquinas. Un mundo indiferente y ajeno, del que no podía esperarse nada.

Mi mujer se quedaría de rehén en el coche, junto a dos desconocidos siniestros. Me apretó una mano como se entrega un mensaje. Pero no entendí si el recado era aceptar o resistir al precio que fuese.

Decidí aceptar. El jefe seguía en su puesto junto al volante, y el sicario de atrás echó pie a tierra para dejarme paso. Me apeé con dignidad, y puede que con gallardía. El soplo de la noche fue una liberación, porque el interior tapizado y hermético había estado

cargado de electricidad y amenaza. Increíblemente, no sentía ni sombra de miedo. Veía bien, el oído lo tenía fino y alerta. Mis nervios estaban templados, y eso que me había pasado el día tomando cafés. Todavía oí a mis espaldas:

—¡Adelante!

Eché a andar los primeros pasos.

Parecía como si al asfalto le faltase firmeza. Pronto entendí que eran mis piernas, claudicantes, cuando siempre he podido escalar montañas. Pero debo ser justo. Era la pierna izquierda, precisamente. Su rebelión que la independizaba de mi voluntad e incluso de la otra pierna. Odié individualmente, odié ferozmente a mi pierna izquierda.

Entonces fui sustituido.

En las situaciones más inesperadas se pueden presentar pensamientos imbéciles. Cómo, si no, se me hubiera ocurrido representarme un partido de fútbol en que un jugador chambón es enviado a la caseta, reemplazado en el acto por un reserva fresco y a estreno, que acaso lleva una vida entera esperando su oportunidad.

Fue ella, mi mujer, la que saltó al campo.

Ya no era mi pata, mis manos temblaban de impotencia y rabia. Hubiera querido jugarme la vida, sí, cualquier cosa me parecía mejor que haber sido devuelto a mi asiento trasero, humillado, olvidado por nuestros extorsionadores, que también desde el interior del coche seguían el avance de la enviada.

Me pareció que la aprobaban. Luego, estaba bien claro que la admiraban. Se la veía avanzar sin titubeos, la brisa húmeda del Caribe hacía que el vestido pegado al cuerpo revelase la figura todavía esbelta, con algunas anchuras bien asumidas y firmes. Después de la sorpresa, no sé si sentí envidia de su fortaleza de mujer sana y decidida o si prevaleció mi propia admiración, más bien el orgullo del propietario... Lo que ya no quedaba era sitio para la inquietud. Ellos y yo sabíamos que «lo haría». Que todo lo haría bien.

—*Okay!* —rompieron su espera mis dos guardianes, cuando las hojas automáticas de la gran puerta del aeropuerto nos devolvieron la visión femenina y clara, ahora de regreso con un pequeño bulto en la mano.

Caminaba hacia nosotros con naturalidad, graciosamente esquivaba un charquito de lluvia de un chaparrón reciente, la veíamos eludir la oferta de uno de esos «ganchos» de autos de alquiler y de hoteles...

El jefe se preparó con el motor encendido. Los tres hombres estábamos al tanto, vagamente compañeros. Llegó la esperada y el jefe mismo abrió desde dentro la portezuela, o sea, esta vez, la portezuela de delante. Ella entró ágilmente y se acomodó en el asiento junto al conductor, mientras el coche arrancaba con toda la fuerza de sus caballos americanos. Nos dejarían en un lugar conveniente. Estábamos volviendo a San Juan, que tiene museos y conciertos de arpa y tertulias como la de Nilita. A unas cuerdas de nuestro hotel nos dejarían, por precaución, con todas nuestras pertenencias intactas.

—¿Un cigarrillo?

El jefe se había vuelto hacia mí, ofreciendo.

—No, gracias.

—¿La señora?

—Tampoco —me adelanté—, ella no fuma en absoluto.

Pero resultó que sí, que ella sí fumaba.

El encendedor del venezolano o lo que fuera el hombre dio una llama alargada y yo vi iluminarse los rasgos, el pelo rojizo, la mano de mi mujer, que me pareció una mujer bastante interesante. Luego le he oído contar, un poco soñadora, que aquellos señores no se habían portado tan mal.

La escalerilla

En el noroeste de España se honra a los muertos pero no es costumbre que los parientes vayan de etiqueta. Decentes sí, con sus buenos trajes y sus corbatas negras. Los hijos y los nietos de este difunto venían de Barcelona y del extranjero y se presentaron de chaqué, como si fueran los testigos en una boda sonada. Hicieron pocos lloros, y en esto sí que se nota un entierro de categoría. Después de las condolencias hubo grupos perezosos y la gente recordaba el poderío del difunto. Lo más chocante eran sus comienzos como financiero.

Cuando vino la guerra del 36, el personaje era un hombre en buena edad, y militaba en el sindicalismo obrero de Ángel Pestaña. Los dos habían nacido en un barrio de la ciudad. Los dos habían ido juntos a la escuela y a luchar contra la propiedad atracándose de fruta ajena. El sindicalista raso no se unió a los mineros revoltosos ni estuvo en el asedio al cuartel de la Guardia Civil, pero aun así fue milagro que saliera sin temporada de cárcel, solo con corte de pelo de fantasía y barrido de calles. Todo era sombrío, menos la estación. En la estación del Norte los trenes iban y venían. Donde hay movimiento está la vida. La estación fue su lugar de trabajo. El acarreo de maletas, el rumor y el consejo, la obtención de billetes por la puerta falsa y el soborno menudo para facturar un jamón carente de guía son datos para entender aquel desempeño borroso.

Los trenes andaban abarrotados. Pero el tren es siempre una fiesta. La gente comía poco pero bebía de las botas alegres, la gente se sentía apretada pero cantaba. La angustia venía de si un cristiano podría salirse a través de la barrera humana que atascaba las plataformas de los vagones. Quedaba el recurso de las ventanillas, demasiado azaroso para los viajeros que no fueran equilibristas. Aquel hombre que nunca fue ferroviario,

pero que en las gradas de lo ferroviario había encontrado su vocación, vivía pendiente de su clientela de llegadas, normalmente de la tercera clase.

Como suele ocurrir con las ideas decisivas, quizás intervino la casualidad. Es posible que un día, para un desencoche apremiante, el auxiliador haya arrebatado en el andén agobiado unas cajas, unas tablas, el recurso de unas cuerdas como se toman en el incendio o en el naufragio. Tal pudo ser el origen de la escalerilla de evacuación, adecuada de altura y bien estudiada en la separación de los travesaños. Desde entonces, su inventor la explotaba para sacar de apuros, o sea del tren, al viajero que se desesperaba en el hueco de la ventanilla imposible, ya en su lugar de destino, pero amenazado de seguir y seguir en un tren infinito...

Una noche el correo de Galicia venía con un retraso de horas. El concesionario de las minas tenía que tomar el correo de Galicia si quería estar en Madrid a la mañana siguiente y entrevistarse con algún director general o subsecretario y firmar un contrato importante con los alemanes. El concesionario quería. Estaba cerrado el puerto por carretera, y el concesionario tenía plaza en el vagón que vendría al final del convoy, un coche en que la mitad eran asientos de primera y la otra mitad coche-cama. El tren entró en agujas, casi no se le veía el negror del hierro, solo el personal rebosándole. Y de pronto la confusión, la explosión de los mil dramas que tenían que desenlazarse en cuatro minutos. El viajero, billete en mano, se fue abriendo paso hasta la cola del tren, con la tranquilidad de quien acude a un acto numeroso y sabe que tiene su sitio en la presidencia. El vagón estaba allí: el vagón legendario, con su lujo asiático (se decía) de alfombras y de espejos, y avisos internacionales –en español y en portugués–, y un orden asegurado porque en los trasportines del pasillo dormitaban a ratos los de la secreta. Pero esta vez (y vendrían muchas más veces) ni los policías ni la pareja de escoltas habían podido impedir la ocupación. Solo exterior, la ocupación, no faltaría más. En las plataformas y los estribos, como si fuera un vagón cualquiera, había asaltantes prensados, como parásitos. El primera-camas venía brotado. De nada valieron las órdenes apresuradas, las amenazas.

–*O tren tamén é noso.*

Y quietos.

–El tren es de todos.

Y se apretaban como piedras de una muralla invencible.

Era demasiado retraso, un minuto más y habría que darle la salida al correo, que es un tren de lo más sagrado. ¡Y el concesionario de las minas! Entonces, el jefe de estación –no hay error, el jefe de la estación del Norte con su gorra y su banderín de órdenes– asumió el reconocimiento de la escalerilla oficiosa. Él mismo requisó al que con el tiempo sería el rey del vino y de las castañas y de la madera de media España. El reclamado se apartó de su parroquia modesta y acudió con el ingenio portátil, lo dispuso en cuestión de segundos, y el nuevo cliente, algo corrido, pero sin soltar el puro de la boca, ascendió y fue tragado por la ventanilla para dar en los brazos de los empleados de *Wagons-Lits*.

No fue difícil saber que el antiguo sindicalista rehusó la propina. Pensativo de que el tren es mismamente como la vida y una escalerilla sirve para trepar, al menos tanto como

para bajar, empezó a cuidar el acomodo de los viajeros ilustres, y por los peldaños alentadores, barnizados ahora, fueron ingresados en los correos y los expresos atestados el abogado número uno cuando marchaba a informar a la Territorial, la administradora de la Tabacalera, el abad mitrado de Carracedo... Se hizo el hombre con amigos y consiguió influencias. Se hizo influyente él mismo. Lo que viene después es una historia como la de un magnate en Norteamérica. Solo que allí hacen discursos en los entierros y nosotros no.

Casa de niñas en Acapulco

En la avenida principal de Acapulco había muchos taxis ociosos, mientras pasaba la competencia trotona de las «calandrias», adornadas con globitos de un jueves perpetuo y alegre. El forastero miraba con curiosidad.

—Esta es buena tierra, señor —alabó a su lado una voz capciosa—, con cosas muy lindas para un forastero.

Una excursión en barca con el fondo de cristal para ver los peces, no, gracias.

—Entonces, quizás el caballero prefiera una cosa de más emoción.

Tampoco el riesgo de la vida ajena, un restaurante nocturno donde entre el pescado y la carne sirven el plato fuerte de un hombre—antorcha arrojándose al agua desde unas peñas altísimas.

—Más duro es no tener para cenar, señor...

No, no. Nada. Y ya con fastidio, cuando a su costado culminó el repertorio del tentador, que muchas gracias, que *hoy* no necesitaba ningún relax especial.

El hombre de Acapulco se llevó la mano al sombrero, se inclinó incluso ligeramente. No parecía mexicano del todo su acento, tampoco debían de serlo su sombrero y su ropa. Era un tipo delgado, con el rostro bien afeitado; vestía como alguien que hubiera estado en la cárcel o en el hospital y regresara a ponerse el traje de verano «de antes», los viejos zapatos de punta estrecha combinados de marrón y blanco. El forastero pensó si no habría estado demasiado cortante, y casi se alegró cuando el desconocido vino de nuevo y le tocó en el brazo con delicadeza. Para decir que no se había explicado bien.

—Aquí tenemos masajes, señor, el masaje tailandés, el masaje griego. Pero lo que yo le proponía es otro tipo de relax, permítame la molestia.

—No se preocupe, por qué me iba a molestar.

—Le decía yo *una casa*, usted me entiende. Una verdadera casa de categoría como las casas de siempre.

Iba entrada la noche cuando el taxi remontaba la colina, un Ford largo con vírgenes y santos adornados y bamboleantes, conducido por un taxista indiferente, ligeramente irónico. El coche disponía de aire acondicionado, pero no funcionaba y el calor concentrado y húmedo de la ladera se metía por las ventanillas hasta los huesos. El guía inevitable iba en el asiento junto al chófer, el forastero lo veía enfundado en su traje marchito, con la americana abrochada, uno de esos hombres muy flacos que parecen condenados a tener frío en cualquier clima del mundo... Así fueron rodando por entre las ceibas copiosas, junto a las frondas que habían convertido el camino en un bosque temeroso. Pero ya llegaban a un portón como de gente acaudalada, y estaba entreabierto, parecía que a la espera. Cuando el guía se asomó por la ventanilla y habló dos palabras con alguien que controlaba la entrada, el portón se abrió francamente, con rápida tolerancia. Allí se apearon los pasajeros, y el del taxi se ocupó de aparcar junto a otros coches que también eran exagerados de largos. Había un paseo. La gravilla rechinaba bajo las pisadas, un poco menos según los pasos se acercaban a la música de la orquestina, todavía invisible. Y de pronto, aquella recepción casi ceremoniosa, la señora de traje largo que a lo mejor espera que se le bese la mano, y vienen mujeres morenas y sonrientes, y el alcahuete esfumándose con la discreción de quien conoce su oficio...

—Bienvenido a la casa, señor.

Cuando el forastero era un rapaz, y las palabras ya lo inquietaban, burdel sonaba a lugar sin orden. Lo del lenocinio arrastraba una ferocidad de selva. Casa de niñas, era hospitalario y rosa... Cuarenta duros era el precio en la casa de la calle las Fuentes. En la casa del Torreón hacían francés (seguro que en Francia lo llaman hacer español) y cobraban hasta quinientas pesetas, más otras cincuenta en los meses de calefacción oficial... La tarifa de la casa del Torreón no venía de las prácticas perversas sino de que el salón tenía piano. Era un Pleyel de media cola, y su sola presencia muda y brillante le daba al establecimiento un tono de dignidad desusado. En la casa del Torreón se hablaba en tono más bajo que en las otras casas y era por el piano Pleyel, colocado en la pieza donde se hacían las esperas y por donde se subía a las habitaciones. Nadie supo cómo había llegado el piano hasta allí. El forastero sí sabía cómo desapareció de la casa, porque el oficial del Juzgado era su compañero de pensión, y a él le tocó el turno, como a quien le toca un fusilamiento, de la áspera ejecución del embargo.

Pero no hay nada más contrario a la sordidez del papel de oficio que una casa de niñas en Acapulco, sobre todo para el que viene de lejos. La alegría le venía del aire libre. Era un patio interior, penumbroso a pesar de las bombillas de colores, con divanes mullidos donde te enlazan brazos de carne como lianas del trópico... Qué parentesco podría haber con aquellos cuartos donde los pecados de juventud se agravaban con los olores cerrados del invierno.

—Yo soy muy católica, señor. No soy de esta costa que soy de las montañas de Zacatecas, pero todos los mexicanos y las mexicanas creemos en el mismo Nuestro

Señor y en la misma Virgen. Mírela aquí, en mi escote, la Madrecita de Guadalupe. Pero no me la mire tanto que me la va a gastar con esos ojos... Pues llegué hasta aquí pasando por muchos dramas en Durango y en Aguascalientes, sobre todo en Aguascalientes, pero a lo mejor usted ni sabe hacia dónde caen esos lugares.

El forastero no había ido a la casa de niñas para pecar. O no para pecar demasiado. Miró a su alrededor y abundaban los clientes talludos, gente curtida y saludable, como llegados desde sus haciendas. Los hombres bailaban con las muchachas, se bromeaba alrededor de los vasos de whisky, o de tequila. Cuando la cosa estaba madura, el caballero apartaba a su preferida y juntos subían las escaleras de caoba reluciente, hacia las alcobas... En el aire caliente y oloroso a plantas desconocidas quedaba la promesa de las ocurrencias y variaciones de los cuerpos. El mexicano más alto y fornido, trajeado de pana lindando con el terciopelo, escogió lógicamente a la más chiquita, fornido y grande como aquel cazador de caballos salvajes de Fonsagrada que solía llegar y tendido sobre la colcha con sus botas ferradas se enfrascaba en el periódico como si supiera leer, salvo para breves (aunque precisas) indicaciones técnicas a la moza. Los cortos de talla, en cambio, amaban a mujeres inmensas, un enano hubo de Becerreá que se cobijaba entre los pechos más altos de toda la casa, las propietarias de los pechos enloquecían bajo las manitas relojeras hasta que «Hala, me voy para abajo», despidiéndose como quien marcha a las playas del sur...

—Pero no tiene que preocuparse, señor, yo sigo a su verita nada más que conversando o mirándole cómo piensa, esto también es de nuestra incumbencia si usted me hace un regalito y bebemos.

Lo que no se entendía bien era la ruina de la casa del Torreón. Bouzas, el oficial mayor, contaba que fue uno de los trámites más tristes de su oficialía, aparte de la dificultad del piano en las puertas estrechas. En el Juzgado tuvieron la delicadeza de buscar la hora menos violenta. Por la mañana no es que hubiera obligación de respetar el sueño de algún empecinado que se quedara de dormida, pero sí el descanso de las trabajadoras, y a media tarde ya estarían acudiendo las personas de orden que no querían faltarles a sus señoras para la cena. De manera que la ejecución fue en seguida de la comida del mediodía, el mandamiento en regla, ninguna resistencia ni una palabra más alta que otra se oyeron en toda la casa.

El forastero le dijo a la chica de Zacatecas una disculpa para marcharse, la misma que le repitió a la madama, solo que a esta se lo dijo con una voz encogida. Es verdad que se puede ir a una casa nada más que por beber unas copas. Pero aun así lo despidieron con un poco de sorna, después de que pagó y dejaba buena propina. El cómplice vino a recogerlo con diligencia, resultó italiano, de Pescara, se le vio soltarse de una chica que un poco aparte le daba su compañía en plan familiar, como en las cocinas de los castillos les daban de comer y beber a los escuderos.

Pescara no debe de ser mucho más que Lugo, salvo lo de puerto de mar. El caso es que en la casa del Torreón en Lugo había un cliente, en el mejor de los cuartos que miran a la catedral, a quién se le ocurre a las tres de la tarde. Algo debió de fallar porque el cliente bajaba desprevenido, justamente bajaba de su cita cautelosa cuando el piano

embargado lo habían conseguido mover hasta el centro de la sala. Aquel aparecido se quedó como una estatua en mitad de la escalera, con el aire desdichado de quien lleva una ropa prestada. Luego bajó los últimos escalones y fue andando hacia la salida, arrimándose a las paredes decoradas con mitologías desnudas pero sin levantar los ojos del suelo. En la puerta pareció que titubeaba. De pronto volvió para dentro, arrastró el taburete y se puso a tocar una música clásica como los propios ángeles. Hubo lágrimas de despedida para el noble instrumento; luego el huésped bajó la tapa del piano y cuenta Bouzas que la dueña de la casa se acercó a besar la mano del personaje como se besa una mano venerable, todo esto lo iba recordando el forastero en Acapulco mientras quedaba atrás el sonido del xilófono y de las guitarras.

El happening

Eras Eugenio Santallana, un nombre en el periódico más influyente. El periódico era tu casa: no hace mucho subías y bajabas de planta a planta, ordeñabas el café dudoso pero caliente de las máquinas automáticas, palmeabas a los compañeros. Regresar y que te paren en Recepción es como pleitear con tu mujer y que ella te trate de usted... En la sala de las visitas había ejemplares del periódico del día, que corre con abundancia por todas las dependencias, con un frescor que nunca conocerán los lectores de la calle. Lo ojeé y ni una línea de mi última crónica. Y eran ellos los que me habían mandado: «Una ciudad que celebra los 2000 años, un asunto a tu medida, Santallana, enviado especial».

Llegué a la ciudad y parecía los exteriores de una película histórica. Costaba trabajo descubrir las antenas, los aparatos del aire acondicionado. La A de la ciudad con hojas de roble lo llenaba todo; se veía en los carteles y en las camisetas, estaba sobre las aceras recién reparadas y en las envolturas de las cajas de mantecadas. Por menos de nada había recepciones, hermanamientos con otras ciudades, reparto de separatas. En algunos casos salía el Confalón. Yo no sabía lo que era el Confalón, pero la palabra sonaba como a tropa en uniforme de gala.

—El hotel principal está reservado para las embajadas extraordinarias, podemos darle otro alojamiento, en una casa particular.

Me dieron un boleto para una casa de dos plantas, situada en medio de caserones que fueron palacios. Entonces conocí a Marianita. Es como si fuera ella mi patrona, porque la

madre estaba inválida y no contaba para nada. Me dan pereza los retratos. Marianita era una chica joven y monilla, una de esas caras que dicen de Virgen. Andaba un poco encogida, entrepechada. Me pareció que si se pusiera derecha le saldrían unas tetitas bien puestas. Al fin se estiró, para alcanzar una manta que estaba encima del armario de luna. Le dio mucha vergüenza cuando tratamos del precio. Yo hubiera preferido tratarlo con su padre.

—Él trabaja en el Registro —me dijo Marianita, y yo me figuré un señor vestido de oscuro—, pero con estas cosas... Lo de él son los simulacros.

—¿Y eso?

—Mañana es domingo, verá qué buen día y qué bonitos resultan los simulacros.

—¿Y qué es lo que va a simular usted?

—¿Yo? —Marianita se sonrió con modestia—. A mí me toca quedarme en casa, no se puede estar en tantísimas cosas... Pero es como si el tiempo fuera para atrás y volviera la gente de hace muchos años.

Es verdad que la ciudad amaneció muy movida. Por estas tierras anduvieron los burbios y los celtas, pero, sobre todo, los romanos fundadores de la *polis*, y luego los visigodos, y los moros, y los franceses... Los burbios y los durmunios de la fiesta vestían pieles sin trabajar, pero coquetonas, los moros sus turbantes y los napoleónicos sus morriones, pero ni estos ni las damas del Renacimiento podían competir con las patricias, relucientes de torques y brazaletes. Lo escribí en mi primera crónica y me ocupé de telefonarla. La telefonista de la redacción toma los textos y no se mete en nada, solo pregunta qué tal está el tiempo por ahí. El tiempo bastante bueno. Ella me dijo *OK*.

El lunes abrieron los bancos. Los chicos fueron a la escuela, los comerciantes estaban en sus tiendas. Pero me pareció que la ciudad era un espejismo. Una peluquería en la capital puede estar en el último piso de unos grandes almacenes, en un módulo entre las flores de plástico y la ortopedia, y no se habla de nada. En la ciudad memoriosa fui a la barbería y hablaban de hachas. Seguí oyendo hablar de hachas (con aprensión) cuando la navaja del oficial me rondaba el cuello. Hachas de cobre de Moravia, o con el filo semicircular de los helvecios, hachas con la ataujía de oro. Salí a un aire que parecía detenido y sereno. Seguro que en la carretera de circunvalación seguían zumbando los camiones y los coches, pero en la ciudadela estaban mal vistos. La hamburguesería tenía medio tapado un letrero estilo MacDonal'd's y despachaba pan de hogaza y huevos y pollos de corral. El café Central era un café y el camarero era un camarero, y la infusión en la taza tenía el color conveniente. Las cafeterías olvidan que al café hay que dejarle un color dorado: el caballero Grimod de la Reynière dictó que un color tirando más a rubio que a castaño, pero negro jamás. Luego, al atardecer, fui al Museo Arqueológico y como les ocurre a las beatas con las misas oí una conferencia entera y la mitad de otra. Recorrí tabernas, hablé con la gente. La gente terminaba en hospitalaria, pero uno se desorientaba ante su calma orgullosa, un poco irónica. A unos bebedores les oí celebrar el auge de las bordadoras porque había vuelto la moda de que las chicas se pusieran bragas y combinación y las querían con vainicas... Cené en un mesón, solo. Y por supuesto, dormí solo. En la casa no había otros huéspedes. Los habitantes de la casa debían de ser

ordenados en lo de acostarse y no dieron señales cuando llegué con el llavín que me habían prestado. En la noche daban gusto las calles, desde un bando para que se dejaran iluminadas las salas.

—Acaso haya que prorrogarlo por un año más —le oí al presidente del Bimilenario.

Un día, que precisamente tocaba lucha vernácula, apareció un pequeño grupo de gente del cine. Se repartieron por las casas, y a la mía, o sea la casa de Marianita y de su madre y del funcionario, vinieron a parar dos italianos, y uno de ellos era el director de la película o de lo que vinieran haciendo.

A este sí tengo que dibujarle los rasgos. Era un hombre en buena edad, de unos 35 años si hubiera que afinar el dato, de mediana estatura, pero de planta fina y proporcionada que lo hacía parecer más alto. Tenía una palidez natural, o sea que no era una palidez de enfermo: una blancura casi luminosa —de friolero, esto sí—, exagerada en las manos delgadas y largas y en la frente y en la parte de las mejillas que no estaba cubierta por una barba de color castaño y no demasiado tupida. Sus ojos brillaban. A veces tenían una marca enrojecida y tenue, como de ser delicados los lagrimales. El pelo lo llevaba corto y peinado sencillamente, pero con una discreta voluntad de estilo, y su ropa quería ser modesta y casi mendicante y a saber en qué *boutique* —de Zurich, de Milán— puede encontrarse una estameña tan apropiada, unas sandalias trenzadas así... El otro hombre parecía mucho más fuerte, pero era inútil que su recia cabeza como infantil y alocada sobresaliese, siempre se le veía de segundo.

—Nuestras habitaciones son contiguas —me hice el contradicho—; he venido a las celebraciones pero llevo ya unas semanas y acaso les pueda ser útil.

—Nosotros vamos de paso —el director dio las gracias sin excederse, no dijo su nombre—, nos quedaremos lo indispensable para hacer unas tomas.

—Quizá le interese la lucha.

—¿La lucha? Oh, no... Prefiero la paz, la naturaleza...

Sería uno de esos pacifistas, o un ecologista; lo tranquilicé diciéndole que era una lucha gímica, sin armas: dos hombres se agarraban por el cinturón y ensayaban una serie de mañas, hasta que uno caía de espaldas.

—Y ni siquiera hay vencidos —le dije, porque tenía estudiado todo este asunto—. Aquí la regla es que los combatientes se repartan por igual la victoria.

—Como Ulises y Ayax —dijo él—, cuando Aquiles hacía de árbitro.

Yo cumplía con el periódico. Ellos tienen su Libro de estilo, por supuesto que nada de fantasías. Pero el Confalón, y los druidas y las citanias, qué culpa tenía yo de la prosperidad de las palabras. A veces, si en el programa no había más que danzas córicas o *jumelage* de poca monta, hacía investigaciones por mi cuenta. Una mañana fui al Registro Civil. Pregunté por el padre de Marianita. Era un tipo severo, y ciertamente vestía de negro. Habíamos hablado un par de veces y la última vez me dijo que él era un hombre casero. Todas las tardes, al oscurecer, salvo que tuviera procesión cívica, bajaba a la cueva de la casa y se encerraba, creo que con unas botellas de clarete. Ahora me atendió como si no me tuviera de huésped, como si no me hubiera visto en la vida... Según el tomo foliado y sellado, a las neófitas las bautizaban con nombres corrientes

hasta que empezaron las celebraciones. Ahora era una cohorte aureolada, Julianas, Adosindas. Egerias vi dos, nacidas en los últimos días...

Volvía de la gestión y el director y su ayudante estaban junto al portón de la Orden de los Observantes, esta gente del cine siempre anda buscando detalles.

–Buenos días –saludé al pasar por su lado.

–*Buon giorno a voi!* –gritó el ayudante muy expresivo.

El jefe era más apagado:

–*Buon giorno* –y siguió con su apariencia pensativa.

Los dos italianos esperaban el caldo que se repartía en el convento a quienes lo pidieran. La ciudad me estaba cambiando por dentro. Yo me había hecho al *happening* permanente y ya no me extrañaba por nada. Comí en la taberna de siempre. Al final de la comida ponían un porroncillo con orujo; podías servirte la cantidad que quisieras, pero la estrechez del pitorro no dejaba abusar... Luego fui a echar mi siesta. La casa estaba fresca y limpia, Mariani–ta era hacendosa, admitía camisas de caballero para planchar, no sé por qué al hablar de Marianita decían la pobre.

Las dietas me llegaban al banco y casi no me importaba que ellos retrasaran mis crónicas. O que las recortaran. Lo que no podía arrancarme era la obsesión por el director de cine, que se estaba quedando más tiempo del que había dicho. Yo dormía hasta entrada la mañana pero temprano me despertaba un momento para orinar, y la casa no tenía comodidades y había que salir al corral para encontrar el servicio. El director estaba en aquel corral o huerto trasero, siempre en el mismo sitio junto a la parra, recibiendo los primeros rayos del sol como quien disfruta de un regalo personal. Le vi que amaba mucho las cosas, lo mismo animales y plantas que si eran objetos sin vida. Como si le pusiera alma a todo lo que tocaban sus manos. Siempre había en sus manos una manzana, una hoja de la parra escasa, una jarrita de barro, y parecía que lo enamoraban. Una mañana hablamos de arte.

Le dije que yo no siempre escribía para el periódico, y que cuando escribía mi obra de creación (sé que es una manera de hablar), estaba con mucho temor y respeto frente a la cuartilla en blanco.

–A mí, en el cine, hubo un tiempo en que no me gustaba rodar, lo que me gustaba es haber rodado.

–O sea... –lo animé.

–Quiero decir que no hubiera querido vivir haciendo otra cosa, pero que el momento de la creación es doloroso. Llegué a pensar que debía dejarlo, que no hay que fingirle amor al arte. Luego comprendí que no somos desleales porque cumplamos una tarea con dolor; solo cuando hacemos el trabajo sin alegría.

–Pero no es nada fácil estar sufriendo y estar alegre.

–No, no es fácil... –dijo como ausentándose.

Estuvimos callados un poco, el tiempo de que yo le ofreciese un cigarrillo y él rehusara con la cabeza y yo terminase casi de fumarlo. Fue él quien volvió con aquella suavidad que no era afeminada, y ni siquiera afectada:

–A veces tengo envidia de los que fuman, cuando se les ve el placer del tabaco en la

cara. Debe de ser un estímulo para imaginar.

Le confesé:

—A mí me ayuda en ese momento que es el más jodido, cuando tengo que elegir entre dos soluciones.

—Oh, no, entre dos posibilidades está claro que hay que elegir la más difícil.

—¡Pero no siempre se sabe cuál es la más difícil!

—La que a uno mismo le dé menos gusto en ese momento, la más molesta, esto sí es posible saberlo.

Entonces cayó un bicho verduzco desde una rama, le cayó encima de la camisa arrugada de lino y él arrojó el bicho con un horror instintivo. Pero con idéntico impulso se arrepintió y se puso a buscarlo. Lo recogió del suelo, lo tuvo delicadamente pinzado con dos dedos, lo colocó sobre la hoja ancha y abierta de una berza. A mí me pareció que este bichito no era el mismo de antes, pero no quise decepcionar al hombre... Yo había visto antes aquella cara, los ojos, la boca, el aire todo del personaje...

Ahora había tranquilizado su conciencia respecto a la lagartija o lo que fuera:

—El artista verdadero sería capaz de renunciar a su propio disfrute de la belleza para que la gocen los demás... Si quieres encontrar lo sublime no lo busques. Si quieres ver la secuencia ideal de la película ideal cierra los ojos... La mejor sinfonía te puede llegar tapándote los oídos.

Y todavía:

—*Carissimo* —pero lo rebajó, sonriéndose—, amigo mío... acaso la belleza no sea más que la búsqueda de la belleza...

La noche de aquel mismo día hubo una luna como yo no había visto en mi vida. Primero fue un disco rosáceo que vi reflejarse en las piletas de las fuentes romanas, hasta resolverse en un inmenso derrame que bañaba las murallas, las viejas termas y el palacio del obispo, todo era de plata en la catedral y en las fachadas de los mesones y hasta en los paredones viles de la plaza de abastos. La ciudad estaba de serenatas, entregada a los amores galantes. A la puerta del Urogallo Verde había un grupo de mozos que ensayaban en sus instrumentos de cuerda para acudir ante las ventanas de sus novias, y no lejos advertí al director de cine, solitario, imagen de melancolía. Su compañero de hospedaje, el altón, estaba fresco y natural junto a los jóvenes músicos, pero sin mezclarse del todo con ellos. Yo observaba como un espía. Ocurrió que el director salió de su ensimismamiento, y avanzó como un niño que va atreviéndose, y al fin se lanzó con unas zancadas. Tomó la bandurria de uno de los tocadores y se apoyó contra la pared del mesón. La bandurria no dice gran cosa, pero el director, mirando para sus dedos que hacían temblar la púa, sin levantar la cabeza, le arrancó al instrumento unos adornos que sonaron diferentes y antiguos. Luego cantó con poca voz y bien entonada una canción que hablaba del amor y de los pájaros... Una hora más tarde me lo encontré en el huertecillo de la casa. No estaba solo, ni callado. Esta vez estaba hablando con Marianita. La luna seguía dispuesta a resplandecerlo todo, de manera que la pareja quedaba tan a la vista como en un mediodía claro. Pero yo traía el corazón grabado de endechas y sería imperdonable que allí no hubiera un secreto entre hombre y mujer. Mirándolo bien,

Marianita era una moza aprovechable, con la propina de lo virginal, yo llevaba tiempo sin una mujer que llevarme a la cama...

La mañana siguiente el director estaba muy temprano en el huerto, en su sitio de siempre. Lo encontré con los brazos ciñendo el tronco del arbusto, con la cara contra la corteza rugosa. Debió de sentirme y se volvió azoradamente, como si lo hubiera pillado en una falta. Yo le noté más que nunca aquel cansancio elegante, o como si sufriera en los huesos y se reprimiera.

—Hoy no va a visitarnos el sol, pero todo es sabio en la naturaleza —dijo comentando el cambio del tiempo—. Me gustaría rodar unos interiores.

Me hice invitar.

—Está bien, pero hace falta paciencia para aguantarnos a los de nuestro oficio.

La ciudad la plantaron en el camino de las grandes movidas históricas y los del cine querían evocar un tiempo de arrepentidos y de pestes, por esto escogieron la pequeña iglesia junto al Aljibe, metieron unos focos, ponían paños negros en las ventanas y quedaba fingida la noche.

Luego vino un momento palpitante:

—Atención, *prego* —se oyó la voz consabida, casi litúrgica.

Estaban el otro italiano y un francés de Aviñón y algunos españoles con aire de mañosos más que de técnicos consumados, hasta una docena de personas, y todos tenían algo de fraterno con el hombre que los dirigía.

—¿Preparados? Silencio, *prego*. ¡Motor!

Y el de la claqueta:

—*Camino de los milagros*, A, cinco, segunda.

Una tos, ahora, sonaría como una blasfemia.

—¡Acción!

Apenas había acción, solo la anécdota de un romero (un extra que apareció voluntario) pidiendo al Señor que le diera fuerza en el corazón y en los pies, y la cámara aprovechaba para recorrer la techumbre de madera vencida pero todavía noble, los restos de decoración en la piedra carcomida de los capiteles...

Fue, sobre todo, la ocasión mayor de que nos conociéramos. Cuando terminó la tarea, el director y yo nos quedamos solos, con un sonreír divertido y cómplice, como si fuéramos dos muchachos.

Me dijo que le gustaba el país porque le recordaba su tierra. En Perugia hay una fontana etrusca que él recordaba cada vez que pasaba aquí junto al chafariz de Júpiter, las casonas de esta ciudad repetían el recato de los *palazzos* de Spoleto... Y los frutales, y el vino, bastaba ver el reflejo de la luz en un vaso de vino humilde para evocar el sol de Rieti... Alguien había dejado sobre un banco desvencijado de la iglesia una bota mediada de tinto, y a mí me apeteció darle un tiento pero antes se la pasé a mi acompañante. Él recorrió con sus manos la forma artesana del pellejo, con aquella manía suya de recrearse en lo recto y lo curvo, lo liso y lo rugoso, como un palpador devoto de todo lo creado. No bebió, y cuando yo terminé mi trago cogió de nuevo la bota y me dijo:

—Ahora vamos a ver una de las virtudes del vino.

La iglesia estaba desconsagrada y esto permitía dejarse de reverencias, había restos de altares y un san Antonio de madera sin lustre, aunque el niño que el santo tenía en los brazos estaba bien conservado. El director se acercó y se puso a lavar con vino la imagen; fue un gesto familiar y tierno; era divertido observar cómo aparecían unos ojos latinos, la tez clara del santo, las facciones regulares y cándidas.

—Este de Padova —al director le entró un poco de risa—, además de que sabía mucho era bien parecido.

Después de aquel vino peleón pero tan gustoso me era indispensable el cigarro. Esto fue en el atrio, y me sorprendió la mano que se adelantaba a pedirme, más bien me los quitó, el pitillo y el encendedor:

—Déjame probar, nunca supe hacerlo si sopla un poco de aire.

Pero sí supo encenderlo y hasta dio una larga calada.

Entonces me pasó el cigarro chupado y sin pensarlo me puse a chupar.

Había que devolver las gruesas llaves ferrugentas a la mujer que vive al lado de la iglesia. Yo le di una propina a la mujer. El director no hizo la menor intención. Regresamos emparejados, despacio, hacia el centro de la ciudad. Era un día nublado, pero caluroso. La calima desdibujaba las cosas. Nos cruzamos con unos fenicios, él iba distraído, se paraba ante una puerta humilde, en un rincón o junto a un palacio tronado. Más que ver, parecía que comprobaba...

Íbamos por la calle de los Escudos cuando le noté que apresuraba el paso, y también una emoción en la voz al decir que quería respirar el olor de las lilas en un jardín que tenía espesas las tapias.

—Ya ha pasado el tiempo bueno de las lilas —le dije—, me parece que te equivocas de época.

Él insistió en que encontraríamos un callejón, una especie de servidumbre de paso que atravesaba la manzana y dejaba salir a un camino que llaman el Sucubo, y que allí estaba el jardín de las lilas más olorosas.

Sospeché que habría venido a la ciudad alguna vez anterior, porque se detuvo en un punto exacto.

—¡Aquí! ¡Aquí!... —se lamentó frente a la pared indiferente y ciega.

Desde hacía rato traía en su mano una vara que había recogido del suelo y con ella se puso a golpear en la piedra encalada, luego golpeó con las manos hasta lastimarse, como si las cosas no le cuadrasen en la cabeza...

Esa vez me desperté a medianoche. Yo dormía como un tronco, pero me despertaron los truenos de la tormenta que había estallado como una liberación, y un murmullo de voces venía desde el pasillo. Aquella era la casa más pacífica de la tierra, la madre no se movía de su silla de inválida salvo con los ojos que eran inquisidores pero resignados, el cabeza de familia se encerraba a beber en el sótano pero sin hacer daño a nadie. Marianita planchaba de brillo y era una santa... Las voces subieron de tono, y entonces me levanté por si alguien me necesitaba.

El pasillo tenía encendida su bombilla colgante y de ella caía una luz que oscilaba y a las figuras las hacía dramáticas y fantasmales. Vi al director de cine que acrecentaba su

estatura para tener sujeto al amo de la casa, lo zarandeaba, quién lo hubiera esperado de aquel predicador de la no violencia:

—¡Usted tiene que marcharse, usted tiene que abandonar para siempre esta casa!

La idea era descabellada y pensé que el alojado había perdido la chaveta. Pero le oí jurar en italiano, como si solo en su lengua pudiera desahogar la indignación y el escándalo:

—*Porca miseria!*, lo he visto el primer día en sus ojos, vi que usted mancillaba a esa criatura, la pobre —lanzó la dura sentencia—: No habrá perdón ni en los cielos ni en la tierra, ¡esa pasión por una mujer que es sangre de tu misma sangre!

Él mismo debió de asustarse de la maldición porque soltó su presa y suspiró como si le abriesen en canal el alma. El ayudante del director había aparecido y se hizo cargo del inculcado, sin ninguna invectiva, pero sujetándolo con más eficacia que su jefe.

—Suelta a ese desdichado —dijo el director con una voz desangrada—, yo no soy quién para condenar a nadie.

Lo dijo y ahora sí que empezaron a correrle las lágrimas. Aquella permanente debilidad en sus ojos sería porque este hombre era de mucho llorar, por él o por los otros, por el arte o por lo que fuera... De alguna manera, supe que algo grande estaba aconteciendo en aquel pasillo perdido. Y el protagonista era el director venido de Umbría, solo él, con su pelo recortado que ahora le caía sobre la frente sudorosa, los ojos negros y febriles que yo había visto dónde, ¡dónde!

Lentamente fue arrimándose a la pared, y la luz pobre y artificial respondió siguiéndolo, realzándolo, estampando su figura en un mural espontáneo.

Fue como si me arrancaran una venda. No los ghirlandaios ni los rubens ni el personaje arrodillado de Zurbarán que mira a lo alto, el Greco nos lo dio escuchando voces secretas, otros lo vieron ascendiendo a las nubes y qué improbable en San Marcos con el moldeado de peluquería y la barba ondulada, fue caerme la venda de los ojos y apareció esclarecido un cenobio que visité en las afueras de Asís, la pintura lo representaba domesticando unas tórtolas salvajes nada más que con sus ojos de compasión, podía ser de Giotto pero no era de Giotto, solo de uno de esos discípulos que no alcanzan a sus maestros pero los empujan y yo me entiendo...

—Deja libre a ese hombre —dijo el santo a su compañero, que ahora sí soltó al pecador.

Entonces se soltaron también los lazos que nos habían unido a quienes estábamos en la escena, y aquella misma madrugada mandé una crónica como a ellos les gusta, así de objetiva, 2000 palabras porque no siempre se tropieza un reportero con un suceso como para sacar una edición especial. Pero fue llegar a su mesa el original y ya ellos lo rechazaban y me llamaban al orden. Luego, también es cierto, se portaron como compañeros. Que no querían perderme del todo, que de vez en cuando podrían publicarme algo en el suplemento literario, lo que a ti te va, Santallana, es ser escritor de cuentos.

Obdulia, un cuento cruel

En materia de flores, nunca me impresionó tanto la demasía como en la casa de Arganza, cuando las camelias para Obdulia. Ahora sé que no hubiera podido ser de otro modo en un mundo gobernado por la abuela Társila. Todavía no había llegado el tiempo en que la abuela Társila mandó plantar de perales toda la finca y nos obligaba a comer peras en las tres comidas, más en la merienda y entre horas, peras empanadas y al gratén y a la Colbert, rebanadas de pera untadas con confitura de pera...

Aquel verano, Obdulia fue de los primeros en llegar, y llegó como pálida y cansada, casi más guapa que otras veces. Obdulia era la más pequeña de las tías, una vez oí que había nacido tardía, como un trigo que llaman seruendo. Hubiera sido más propio que la tía Obdulia fuese mi prima. Pero aquella manera suya de mirarte desde su altura, y la falda pantalón y la bicicleta cromada... Decían que fumaba y que lo sabía la abuela. Llevábamos pocos días de las vacaciones y una tarde se rompió el silencio de la siesta como si le hubieran dado con un palo a un jarrón. Y la abuela, que nada, aquí no ha pasado nada, a veces se le soltaban a alguien las narices y el chorro se paraba con una ramita de perejil, sería eso lo que había manchado unas toallas con sangre.

La sangre es mala de ocultar y Obdulia no volvió a salir de su habitación. Oímos decir que una congestión. Que una pulmonía. Que una pleuresía. La abuela se concentró en cuidar a la enferma; mandó acondicionar el ala más soleada de la casa; al médico le exigía, le ordenaba, le daba plazos para la curación de Obdulia.

Fue en mis años más niños, después de una pesadilla que tuve una noche, cuando empecé a verle a la abuela Társila el parecido con el castaño de indias del patio, tan fuerte y descarnado por el rayo de una tormenta de agosto. Ella misma le subía a Obdulia los caldos, siempre estaba subiéndole caldos, ponches y brazadas de sábanas para mudarle la cama. Me pareció que a la abuela se le estaban cayendo un poco los hombros. Todos los nietos le dábamos las buenas noches con un beso protocolario, y una noche la abuela Társila tenía una lágrima. Era una lágrima helada y me horrorizó la idea de que acaso son frías las lágrimas de los viejos.

Así iban las cosas cuando un día nos mandaron a jugar y a hacer lo que quisiéramos a casa de los primos, y supimos que en la casa de Arganza iba a haber una junta de médicos. A lo largo de aquellas semanas habían visitado a Obdulia todos los médicos del país, pero ahora venía uno de Madrid en un auto alquilado. Cuando regresamos al anochecer supimos que Obdulia se moría. La gente del campo sabe de todo y a una lechera le oímos que lo de Obdulia era galopante, lo oías y pensabas en la espuma de los caballos en una batalla perdida. Yo estaba atento a la reacción de la abuela. La abuela tenía mucha ilusión con que Obdulia hubiese logrado las cosas que ella no había podido hacer en la vida, por ejemplo hacerse ingeniero agrónomo. Pensé que sabría descubrirle

un temblor, a lo mejor un descuido en la coquetería de los cuellos blancos y planchados con que remataba sus vestidos de viuda, aunque el abuelo vivía, a su aire, en el estudio de la buhardilla, con su violín y los gatos. Fue todo lo contrario. La mañana que siguió a la consulta estaba la abuela más erguida y autoritaria que nunca. Tenía que organizar el entierro, porque lo de Obdulia era cosa de horas. Preparaba las habitaciones para los parientes de lejos, tomaba previsiones en la despensa, tenía hechos dos o tres borradores para las esquelas. Y aquella voz tan suya por el teléfono:

—La casa de Arganza. No, no quiero manzanos de Golden, los llamo para que manden un coche urgente con camelias, ¡pero muy urgente!... Camelias blancas y rojas, bien combinadas... Eso ustedes verán, todas las que quepan... Yjaspeadas.

La camioneta de los viveros apareció a última hora de la tarde. El chófer se extrañó de que hubieran hecho un encargo tan grande de flores para una casa rodeada de claveles y de rosales. La abuela no dijo nada. Primero aparecieron muchos fajos de verde, ramas verdes y duras que parecía que acabaran de sacarles el brillo. Luego vinieron pilas de cajas de cartón y cada caja traía cuatro docenas de camelias. La abuela decidió que su hija pequeña tendría el entierro más sonado de todo el país, y es verdad que la tía Obdulia era una criatura excepcional y moría joven, como los elegidos de los dioses y esas cosas que dicen. Pero camelias, esas flores en que lo bonito es el nombre, unas flores que ni siquiera huelen.

—Todo está en orden —decretó la abuela cuando terminamos la cena—, que cada cual se vaya a la cama. Mañana será otro día.

Fue otro día y otro día y fueron más días. Por primera vez en la vida, la abuela no tenía una empresa entre manos. Esperar. Solamente esperar. Un enfermo da quehaceres pero deja casi de darlos cuando se ha serenado ante las puertas mismas de la muerte, ahora lo sé, y a la abuela se la veía desorientada, con los ojos perdidos por los relojes.

Yo miraba a la abuela con pena. Pensé que así como Obdulia era su preferida entre todas mis tías acaso fuese yo el preferido entre los nietos, aunque ella fuera tan seca para tenerle a uno cualquier detalle. A lo mejor me necesitaba, me puse a seguirla, y ella no me espantaba de su lado. Incluso cuando el viaje era a la bodega. La bodega es el sitio más fresco de la casa, y allí estaba el verde en unos baldes con agua, mientras las camelias luchaban a su manera (pensé yo) por sobrevivir en las cajas. En una de las visitas la abuela no pudo resistir la tentación de alzar una tapa, aunque el hombre de las camelias había dicho que no tocarlas, y mejor ni mirarlas. Me chocó que fueran capullos, cada uno en su departamento, y protegido por una guata enrollada. La abuela llegó a sacar un capullo de su caja. Cogió alambre de la tela metálica de cerrar las gallinas, lo trenzó como si fuera un tallo y así se unía el capullo a una rama del verde, como si estuvieran unidos de veras. Luego abrió con cuidado las hojas. Se desplegó la flor. La abuela suspiró. Pero no hizo nada más. A las flores no había nada que hacerles. A los baldes sí les cambiábamos el agua. Luego subíamos a donde los otros, y ni ella ni yo decíamos una palabra.

Los telegramas no se habían enviado, por supuesto, pero estaban redactados para cuando llegara el momento. El que sí había llegado era el novio de Obdulia. No era gran

cosa sin el uniforme. Obdulia tiene novio, habían dicho el verano pasado. Yo la aceché entonces, junto a la alberca, cuando todo el mundo andaba a sus cosas, y le pregunté si tenía una fotografía. Ella se rio con aquella boca tan roja que tenía, y los dientes un poco salidos, «Para qué la quieres si él mismo va a venir a verme cualquier día». Pero esta vez, fue a buscar la foto como si se lo hubiera pedido una persona importante y yo sentí una cosa por dentro, creo que nunca había sentido la idea de la familia. Obdulia sí era de la familia. Pero un novio no es nada y ahora me alegraba de que lo mandaran a una fonda de la ciudad a esperar el suceso, además de que estaría mal visto dormir él bajo el mismo techo que Obdulia no estando casados. Y las camelias allá abajo, que no iban a resistir, porque la abuela hacía muestreos cada día, por no decir cada hora, y ya los capullos estaban en las últimas.

Fue en la bodega. Ella había bajado delante, con sus pasos menudos, que ya no marchaban con aquella seguridad implacable. Que me traigan un lápiz y podría dibujar los toneles de madera oscura, los estantes de botellas tumbadas y ordenadas, las herramientas, y hasta un rayo de polvillo de sol que entraba por la rendija de una ventana enrejada. Nos quedamos en la penumbra. Yo ya empezaba a entender de camelias y me pareció que no pasarían de aquella noche, las pobres. La abuela se sentó sobre un cajón de botes de almíbar, junto a aquel capital de flores. Me impresionó porque siempre que había visto a la abuela sentada, estaba ella cosiendo o escribiendo o regañándole a alguien. Ahora estaba con los codos en las rodillas, la frente apoyada en las manos. Quieta. Me hubiera acercado un poco, pero a lo mejor ni sabía que yo había bajado con ella. No sé cuánto tiempo estuvimos así. Yo tenía frío, aunque era un día de bochorno que daría en tormenta. De pronto, algo debió de ocurrir en los pisos de arriba, hasta ese momento silenciosos. La abuela se levantó como un rayo: «¡Obdulia!». Siguió los gritos y carreras de toda la caterva de tías. Absurdamente, se oyó el violín del abuelo, unas notas sueltas y un poco locas. La abuela había dado ya las luces de la bodega, las dos bombillas eran de bastantes bujías, y en un santiamén tenía destapadas las cajas de camelias, una inmensidad de capullos, salvados por un tris. Entonces me cogió con fuerza, apartó el pelo que me caía sobre la frente y me dijo:

—¡Vamos!

Palabras, palabras para una rusa

Pocas veces he tratado de cerca a una rusa. Pero una vez, en Moscú, tuve una relación tan íntima que no he llegado a olvidarla. La historia empezó con la llegada de unos turistas argentinos.

Regresaban al hotel a medianoche, alborotando delante de la gran puerta de cristal, y bastó que supieran que era español para molerme con sus abrazos. Les advertí que en Rusia no se anduviesen con bromas. No acababa de decirlo cuando apareció una pareja de milicianos. Los gauchos cantaban, bebían de botellines que llevaban en los bolsillos de sus abrigos demasiado delgados, un bailarín arrastraba los pasos de un tango brindándoselo a los rusos. Vino un coche patrulla. Los policías rusos se mantenían a una distancia que me pareció diplomática. Siguieron observando, pero no llegaron a intervenir.

Los argentinos venían a Moscú para un partido de fútbol y a la mañana siguiente los encontré en el desayuno, perfectamente sobrios y correctos. Me tocó desayunar con un matrimonio joven y con un profesor de Tucumán que sobre la mesa había puesto una cajetilla de tabaco de su país y un ejemplar de *La Nación*. Fumamos después del café. La lejanía y el comentario de las noticias nos dejaron unidos, y de allí salió la idea de que aquella misma noche nos fuéramos a un restaurante para continuar la amistad. Yo llevaba en la ciudad más días que ellos. Los guías me habían hablado de un lugar donde nunca faltaba el *stérliad*, una variedad famosa del esturión, de manera que les hablé a los argentinos del *stérliad* como si a mí me hubieran destetado con ahumados y con caviar.

Fue en la avenida Kalinin. En el guardarropa inmenso parecía que no iba a caber un abrigo más. Pero no dejaba de ser interesante aquella fiesta numerosa donde acabábamos de caer, mientras por fuera de los ventanales caían cortinas de nieve.

No una, sino tres o cuatro fiestas.

Al fondo del salón comía y bebía la gente porque un camarada profesor de Conservatorio había llegado a la jubilación. En otra zona, apenas marcada por unos biombos, se comía y bebía porque a un camarada obrero especializado lo habían condecorado con una medalla. A nosotros nos colocaron casi en una boda rusa, parecía que aquella noche no estaba previsto que llegara nadie a cenar a su aire... Pegando a nosotros teníamos las mesas adornadas y alegres del casorio, con gentes que se conocían y hablaban y bromeaban de mesa a mesa. Si no fuera por esas diferencias ligeras pero inevitables en los trajes, en el corte de pelo, nosotros mismos hubiéramos podido pasar por invitados o parientes, un poco tímidos y lejanos. No nos pusieron el adorno de flores rodeadas de muérdago, que nos hubiera integrado definitivamente. Pero el caviar de esturión y el caviar rojo, los pescados fríos y a la parrilla, el lechón rodeado de rabanitos silvestres y los pasteles que iban llegando a nuestros manteles, todo el menú yo creo que provenía de aquel Caná espléndidamente regado, aunque luego nos lo cobraran en nuestra cuenta...

No se puede vivir una situación así a cara de perro. Nadie sería capaz de comer y beber en un banquete o en sus aledaños sin prestarse a concelebrarlo para los adentros del alma. Yo no sé cómo caí en la ocurrencia de sacar mis sentimientos al exterior. A medida que progresaba la sucesión de los platos, y principalmente de las bebidas, los

rusos y las rusas arreciaban en sus brindis sencillos pero que sonaban a sincero y noble.

—*Priviet! Priviet!* —se escuchaba a nuestro alrededor como una consigna.

En el local había una temperatura ensoñadora, como de noche de Nochebuena en nuestra casa lejana... Afuera era la estepa y unos grados por debajo de cero y las calles por donde habían transcurrido las comitivas de los zares y las avanzadas de la revolución... De manera que yo copié el brindis sacramental y levanté mi copa (no sé qué número hacía esa copa), en un estado de ánimo que casi me traía lágrimas a los ojos:

—*Priviet! Priviet!*

Me había olvidado para siempre de los argentinos, che. A mí me interesaban los rusos. Yo quería que los rusos y yo y el mundo oriental y el occidental fuésemos felices, me hubiera puesto a besar a todos aquellos hombres y mujeres de aspecto trabajador, generalmente coloradotes... Entonces, con mi copa todavía en alto, me llegó de la mesa de enfrente una simpatía fugaz. Instintivamente supe hacia dónde tenía que mirar. Encontré una sonrisa que ya se estaba cerrando con un gesto temeroso de arrepentimiento, unos ojos que jugaban al código universal de la mujer que quiere y no quiere. Juro que me replegué con prudencia, convencido de que hay en el mundo suficientes mujeres como para no tener que buscar a las que ruedan acompañadas. Esta de ahora estaba visiblemente asociada a un marido de cara sana y honrada (o sea, una cara de marido), y yo siempre he sentido un gran respeto por este tipo de hombres.

Luego, el ambiente siguió cargándose. Mis ideas eran menos claras, pero al mismo tiempo eran más cabezonas. Los gruesos cigarros de Crimea extendían sus velos de paraíso artificial sobre el espíritu de los alcoholes, y yo me sentía ensimismado, pero también exaltado, con el sonar nostálgico de las balalaicas. Porque supongo que serían balalaicas aquellas guitarrillas triangulares que con tan pocas cuerdas nos bañaban en un río de olvidos. Cuando los comensales más folclóricos se habían desfogado con las danzas típicas y la orquesta de señoritas (o de matronas) empezó con los bailes de sociedad, cuando vi que salían al ruedo parejas de chica con chica como en mi pueblo y me aseguré de que era costumbre el cederse la pareja o sacar a la mujer del vecino, todo tan bien intencionado y fraterno, no supe resistir el embrujo lento de los violines y como si llevara a un extraño dentro de mi traje cruzado a rayas me vi marchando hacia la mesa de la desconocida, que acaso había decidido olvidarme...

Todavía tuve un amago de reflexión.

Fue cosa de unos segundos. El pensamiento que me vino fue el de pedir fuego para el cigarro, la más estólida y universal de las aproximaciones. Ahora estaría contándolo con mucha vergüenza. No pedí fuego sino que esboqué un saludo que abarcase a los diez o doce convidados del grupo, que no sé si serían del novio o de la novia.

—Buenas noches, con permiso —algo así les dije a los camara—das invitados, en el mismo castellano que si le hablara a gente de Madrid.

Los vi callarse en seco. Los vi mirar hacia cualquier parte, una señora se echó el chal sobre los hombros como si acabaran de abrir una puerta que diera a la calle. Yo sostuve el tipo como un caballero español que no tiene nada que reprocharse. Esto hizo que los rusos reaccionaran, hubo sonrisas tímidas, luego fueron caras divertidas y hasta

bondadosas. Es verdad que los rusos son reservados con los extranjeros. Pero serviciales. Recuerdo una viajera que en la estación de Mayakóvskaya me sujetó para que no me partiera los huesos en una escalera rodante:

–*BERENGUIS! BERENGUIS!* –o un aviso parecido que yo imaginé en letreros con letras rojas y mayúsculas.

Aquella del Metro vestía un traje sastre algo varonil, y la fuerza de sus músculos no viviré yo bastantes años para agradecerla... Pero me estoy alejando de lo suave y lo dulce que iba a tener en mis brazos, al compás de un *blues* o como se diga en ese otro mundo de los comunistas, tan diferente, tan parecido al nuestro. Ya he dicho que los de la boda empezaban a mirarme bien. La mujer de mi obstinación se había quedado perpleja cuando después de la cortesía general al grupo me incliné mirándola en una petición inequívoca. Casi aterrada, pero conmovida, así es, discretamente conmovida, esbozó una negativa cortés. Entonces ocurrió el gesto abierto y civilizado del marido que la autorizaba e incluso la animaba con una afirmación de la cabeza que no necesitaba palabras.

Accedió perezosamente. Se puso de pie, y un momento sonrió a sus acompañantes como diciendo qué otra cosa puede hacerse con un forastero. Llevaba un vestido sedoso y negro, modesto pero distinguido, se me ocurrió que no procedía de los almacenes del Estado y que acaso se lo hubiese hecho ella misma. Entonces la conduje hacia la pista, tan llena que apenas podía verse el mármol suntuoso sobre el que bailaban las parejas. Nos enlazamos con cautela. A mí me bastaron los primeros pasos para saber que la mujer era falsamente delgada, honesta, y probablemente sensible. Bailábamos como quería san Ambrosio, o sea que un carro cargado de hierba pudiera pasar por entre nuestros cuerpos. Podía mirarla a la cara, pero la rusa, entonces, sentía una curiosidad urgente por las otras gentes o por las lámparas o lo que fuera, con tal de no tropezarse con mis ojos. La verdad es que yo no tenía más deseos que la admiración decente de aquella belleza delicada, cómo iba a imaginarme que llegaríamos a lo que luego llegamos.

Me parece que empecé hablándole de la concurrencia tan alegre del restaurante, del frío que había llegado de repente a Moscú, de cosas sin importancia.

Le hablaba despacio. Le hablaba reclaro. Ella enseñaba una sonrisa cobarde y ladeada, y con un movimiento de la cabeza negaba toda posibilidad de entenderme. No importa, le hice saber no sé de qué manera.

Poco a poco dejé de negar y yo vi que empezaba a prenderse en el hilo de las palabras. Alguna vez me han dicho que tengo una voz grave y sonora, próxima a lo abacial –no sé si me elogian–, incluso a lo enfático. Yo no sabría decirlo, porque nadie escucha su propia voz. Luego, en el excitante ambiente del lugar bastaba una leve intención artera para que las palabras se vieran realzadas por el misterio... Sin forzar las cosas, nuestros cuerpos mortales se acercaron un poco, pero sin llegar al protagonismo.

Fue entonces cuando empecé a ser claramente consciente de mis armas. Me puse a inventar cadencias; explotaba las pausas entre frase y frase, como se gobiernan los tiempos del amor cuando se tiene a una mujer para toda una noche hermosa. Nadie en el mundo que nos viera bailando hubiera podido tacharnos de promiscuidad, ni siquiera de

inconveniencia. Pero yo veía subir a mi compañera por una escala de emociones que se le reflejaban en el rostro huido, en el ritmo de la respiración sofocada... Ahora me convenía descuidarme totalmente de los significados de las palabras, concentrarme en el hálito que se desprendía de las palabras como una caricia o un veneno. Se me ocurrió recitarle la Salve, que es la única oración que recuerdo de cuando yo era bueno: «Reina y madre / de misericordia... / vida y dulzura... / esperanza nuestra...». Jamás hubiera sospechado la eficacia de este invento piadoso. Mi amiga, mi dulce amiga, no podía descifrar «en este valle de lágrimas», y sin embargo sus ojos verdosos se humedecieron. Yo le enseñé a que nos comunicáramos con la presión solapada de las manos, y me alegré porque la orquesta no hacía ninguna pausa, era como nuestras orquestas de los veranos que tocaban series muy largas. El caso es que no se me acabara la cuerda. Hubiera querido recordar todas las oraciones de la catequesis. Debí de asociar la catequesis con la escuela y encontré como un tesoro la tabla de multiplicar –tres por una es tres; tres por dos, seis; tres por tres, nueve–, y ella dejándose mecer –cinco por cuatro, veinte; cinco por cinco, veinticinco; cinco por seis, treinta...–, hasta que me atasqué en la tabla del siete.

Aquel desfallecimiento lo empleé en hacerme figuraciones sobre esta mujer, porque me moriré sin saber su nombre, su profesión, el origen de aquella tristeza vaga de sus ojos. En vano intenté ponerle el guardapolvo de una fábrica, la bata blanca de un laboratorio, porque nada podía quitarle su aire de dama romántica de una novela de Tolstoi o de un poema de Pushkin.

¡Pero cómo no se me había ocurrido antes lo de los poemas! La inspiración me llegó en el momento justo, cuando la Karenina o como se llamara recuperaba la tibieza inicial y un aflojamiento de su mano me estaba diciendo que debíamos volver a nuestras mesas tan separadas como nuestros mundos. Yo no la solté. La orquesta tocaba las mismas piezas sentimentales que se oían en Pasapoga en los años cincuenta, y despacio, sobre la música de fondo, empecé con «La casada infiel». Volvió la tensión oculta a soldarnos con más fuerza que antes, ahora angustiosamente, como si ella y yo supiéramos que esta locura estaba a punto de terminar. Menos mal que sé poesías de Lorca, de don José Zorrilla, de Garcíasol... Mi compañera entornaba los ojos. No habíamos llegado al clímax, pero yo lo auguraba próximo, gracias a esas antenas erectas y sensibles que son cualidad del amante...

La llave la tenía un poeta que se llama Crémer.

–«Qué cercano a las nubes ese límite de fuego» –me escuché decir, imparable en mi determinación–. «Bajo la bóveda sombría arde la catedral. / Cuatro farolas la guardan / con verdes ojeras de soledad / y lentos ríos de sombra / avanzan por calles de cristal / con lunas como cuchillos / resplandeciendo en el fondo del mar.»

Con la lucidez de un viejo sátiro que experimentara sobre una doncella llegué a advertir que mi pareja me clavaba sus uñas afiladas al caer de los versos pares, allí donde el acento hace agudas como lanzas a las palabras. Y cuando «Un desnudo viento arranca / hebras de serenidad / a los rostros de piedra y de lluvia / de san Pedro y de san Juan», mi rusa, mi amor, entregó ese gemido anhelante de la hembra que ya no puede más.

Entonces rompió su silencio de palabras y yo escuché la súplica que me sonó como un grito, aunque ella lo dijera como un susurro para mí solo:

–*Niet, niet.*

O sea –era fácil de traducir–: «No, no, basta ya, por favor, usted y yo hemos ido demasiado lejos».

Se soltó de mi abrazo, que no había dejado de ser un abrazo de salón a los ojos de todos, y yo la seguí hasta su mesa, adonde llegó astutamente recobrada de su aventura y con el rostro más inocente del mundo. Deseché el *továrisch* (camarada) que me habían enseñado en ruso.

–*Gospoyá...* –o sea, señora, agradecí inclinándome como si estuviéramos en el casino de Palencia.

Y al marido:

–*Gospodín...* –que quiere decir señor.

Poeta en el Sheraton

Cuando los violines invocaban al Destino (esas cosas de la música programática), filtrándose por entre los tapices que representaban escenas de *Os Lusíadas*, António B. enderezó con la puntera de su bota el tendido de los cables sobre la alfombra total.

–Tengo que ir un *bocadinho* al Sheraton, después iremos a la reunión con los compañeros –había dicho con sigilo, cuando nos encontramos en el café.

Sería estar entre camaradas.

–No, no, por la entrada de personal –corrigió cuando yo tiraba hacia las grandes puertas del hotel, guardadas por porteros de guante blanco.

Podría completar el nombre y apellidos de António B. sin que el personaje sea identificado más que por unos pocos eruditos. Sería inútil buscarlo por su nombre civil en las antologías, aunque no hay una donde no figuren sus versos. Los poetas portugueses nacen en feligresías apartadas, a veces cambian de nombre o se propagan como en los espejos haciéndose sucesivos poetas, cada uno con varios nombres... Este António B., ahora que estábamos en el salón ambientado por la música y los perfumes, puso en orden los cables y se subió a una escalerilla tapizada a juego con el salón del hotel. Sus manos un poco temblonas me señalaron una butaca.

Me acomodé en la butaca, todavía perplejo. Las manos de mi anfitrión (o lo que fuera) se hicieron más seguras y ensayaron el giro de la cabeza metálica del proyector de luces, como quien cumple un cometido sin entusiasmo, pero sin desdén... En el Sheraton de Lisboa se veían señoras con melenas de peluquería reciente, peinados de azabache, de platino fingido, caballeros que uno juraría haber visto en los anuncios de la televisión... Y el António B. alzado como un puño, como un cartel por encima de todos. Llevaba un jersey indiferente, de punto grueso que podía haber sido tejido en casa, un poco ancho de hombros para un cuerpo que se adivinaba ascético...

Lo primero fue una presentadora, ya con la sala oscurecida. Bajaron el volumen de la música. Entonces el hombre de las luces enfocó la aparición y todos vimos realzada la figura de la mujer. Se oyó la voz persuasiva de la mujer. Por entre las eses de un portugués amoroso se iba deduciendo que la moda última viene con mucho encanto; que no son tiempos de joyas de oro; se oía profetizar que el porvenir inmediato está en volúmenes de bisutería noble sobre telas glamurosas que huyen hacia delante sin renegar del pasado... Una luz blanca, impersonal, tachó la figura de la pitonisa. Miré para donde se encontraba el aparato y ya no pude más que intuir el bulto de quien lo gobernaba, como un poder en la sombra. Desde allí se dio la entrada a las modelos, con una ráfaga de fulgor apremiante. Una mujer alta y delgada con un traje o conjunto blanco, la chaqueta es recta y sin botones visibles, la falda también recta, el collar más los pendientes y las pulseras son de cuadros blancos y negros y todos estos complementos hacen juego, guantes de cuero blanco. Otra mujer alta y delgada trae chaqueta de rayas gruesas deportivas con una falda plisada y blanca, collar negro y blanco, hecho de triángulos colgantes, guantes blancos y cinturón casto de cuero blanco. Suavidad de angora promete el jersey descuidado por encima de los hombros con sus mangas anudadas delante del pecho, presto para calentar la joven camisa de seda blanca, todo esto en la tercera mujer, delgada y alta, pronto se vería que la cadencia es una mujer, otra mujer, otra mujer, sucesivos comandos de tres mujeres delgadas y altas con variaciones sobre un color dominante, que luego es destronado y sustituido por otro color dominante... Aquellas meditaciones preparatorias de los violines habían dado paso a un movimiento brioso donde entraban trompas, timbales, las luces giraban. Las criaturas selectísimas aparecían allá al fondo; por unos momentos se paran en la postura más cuajada de gracia, bajo el frenesí de los fotógrafos que derrochan sus flases. Luego avanzan hacia el estricto cauce de la pasarela y sus ropas toman un vaivén de roce, de ola, de invitación y ánimo. La racha cegadora de los rojos diversos, el tándem de los blusones con las faldas vaqueras. Un abrigo de lana de color cálido y recto y gracioso de hombros, sentirlo en una mujer compañera, en cualquier madrugada callejera y fresca... En el puesto de mando, el humo del tabaco —ahora que mis ojos se habían acostumbrado— hacía una aureola sobre aquella cabeza un poco anarquista, luego se alejaba del proyector. Las luces del proyector no solo ordenaban la rotación de aquel mundo, también lo examinaban y censuraban. Un vestido estampado, con sombrero de paja aldeana, le arrancó, lo afirmo, un destello de conformidad al operador. Un vestido en seda brillante con capelina rosa y azul fue fustigado con la ironía de unos haces

parpadeantes, sospeché que el artista empezaba a impacientarse. Un *bocadinho* es un rato, más bien un ratito... En una taberna del barrio alto de Alfama nos estaba esperando el vino de la amistad. Yo la imaginaba una taberna cautelosa, todas las reuniones de los poetas portugueses tienen una grandeza clandestina y sectaria aunque solo se hable de octavas reales. Ahora se precipita la catarata (*allegro vivace*) donde ya no caben los trajes *sport* ni los de ir de compras a Marqués da Fronteira o a un almuerzo informal, todo quedaba proscrito salvo la apoteosis de la ropa de gala, capas fucsia sobre corpiños azul y plata, vestidos largos de otomán y lamé, y de guipure (subrayan los altavoces), al mezclador o mistificador de las luces se le exigía para el acorde final una lluvia de polvo de estrellas.

Llovió polvo de estrellas en el Sheraton.

Luego bajamos por la escalera de servicio y el António B. cobró desganadamente unos billetes eventuales, después de haber firmado en un papel amarillo, a saber con cuál de sus nombres. El coche lo tenía mal aparcado, un volkswagen viejo como de veinte años. Le costaba arrancar. Un periódico que estaba en el salpicadero era el *Jornal de letras, artes e ideias* que aparece las *terças-feiras*, y traía un poema de mi amigo dedicado al centenario de Marx.

Si me lees te leo

Era la plenitud del verano en el hemisferio austral. En su casa de la larga calle Maipú – unos edificios más y sería el número 1000...– habíamos tenido un frescor de persianas, el aire acondicionado. Ahora estábamos sentados el uno enfrente del otro, él inquietándose con sus grises ojos parados, mientras la camarera o mesera nos servía unos vasos altos y frescos de zumo de pomelo, en una confitería de la calle Florida.

«Aquí», dijo él, «una confitería puede ser desde luego una confitería, pero también un bar, una cafetería, un pequeño teatro, o acaso un salón de baile. ¿Sigue habiendo en España buenas confiterías, de las de ustedes?».

Yo apenas hablaba, estaba recogido y ansioso por escuchar aquella voz opaca, y sin embargo cálida. Le oí seguir:

«Sí, yo conservo bien la memoria, pero no retengo la cronología de los sucesos. Ahora he viajado a varias ciudades japonesas, las recuerdo claramente, pero no sabría decir en

qué orden las recorrí... ¿Conocía usted Buenos Aires? Ya ve, ha venido cuando es pleno invierno en su país y aquí estamos pasando una ola de calor insufrible...». Alcanzó el vaso sin vacilar. «He entregado a mi editor un cuento. No le referiré el argumento. Se trata de un sueño que tuve en Norteamérica. Pienso que es vano gastar muchas páginas en una idea cuya perfecta exposición cabe en pocos minutos. Pero acaso esto sea por mi pereza. Sí, los relatos de Kipling más breves, los más directos, postulan la perfección. Yo nunca he sido un gran lector de novelas. Conrad, Dickens, Tolstoi. Cervantes, por supuesto... Mi pereza, le decía, y también la obligada sumisión a los otros. No le haré declaraciones tediosas, pero carezco de medios para permitirme un secretario a quien dictar. ¿Podrían traerme un poco más de hielo? El pomelo es refrescante, es muy lindo el nombre español de toronja. ¿Se recuerda en España a Cansinos-Assens? En todo caso, algo más que a Bartrina, verdad. Usted conoce, sin duda, el poemita de Bartrina donde el amante ve el techo de la alcoba reflejado en los ojos de la amada.»

«Sí» (mentí): «como si se hubiera detenido el tiempo» (esas cosas se pueden decir de cualquier poema).

«El tiempo no se detiene nunca», sentenció el maestro con lejanía. «En un parque de Londres hay un reloj con esta inscripción terrible: *It's later than you think*» (y yo traduje para mis adentros: «Es más tarde de lo que crees»), «siempre nos quedará obra por hacer, enigmas que descifrar... Esa joven que se ha acercado traía cierta fragancia, verdad... Sospecho el color de sus ojos pero sé con certeza que su vestido era amarillo o ámbar, a rayas muy anchas».

La chica se había acercado al maestro, con devoción. Era de Córdoba (de Argentina), era intérprete, dijo, de Arturo Capdevila. Cuando ella se alejaba, el maestro dijo que Capdevila era muy feo. Yo dije que entonces la intérprete no se parecía al autor. En realidad, yo apenas decía nada. Bueno, recuerdo que le hablé del verbo *fatigar*.

«Ah, sí... No es un invento mío, eso de fatigar las aceras, fatigar las páginas de un libro», se excusó con vaga modestia. «*Aspera Iuno*... Usted recordará los versos de Virgilio...»

«Sí, claro» (pero no creo que lo engañase).

«*Aspera Iuno, quae nunc fatigat metu mare, terrasque caelumque...*»

En el local habían encendido las lámparas. Corteses —o entusiastas— saludadores se acercaban unos momentos, le estrechaban la mano, quizá se la apretaban con exceso y un repliegue crispado, una impaciencia casi dolorosa se marcaba en el tallado rostro. Pero pronto volvía a la serenidad y hablábamos. (Me hablaba.) De países tan raros como Islandia. De escritores como De Quincey, Browning, Dante Gabriele Rossetti. Y, sobre todo, de sí mismo...

Hasta que otra vez nos vimos sobre el asfalto ardiente de la calle Florida, con mi promesa de devolverlo sano y salvo a su casa. Estaba hermosa y alta la noche del Río de la Plata. Él había recogido en el café o confitería su bastón chino nudoso, el otro apoyo era mi brazo. Con la avidez mimosa del convaleciente, paseaba su voz pródiga, fingidora de algunas vacilaciones. Habíamos cruzado Lavalle —«Nadie rebaje a lágrima o reproche esta declaración de la maestría de Dios, que con magnífica ironía me dio a la vez los

libros y la noche»–; Tucumán –«El doctor Francisco Laprida asesinado por los montoneros de Aldao piensa antes de morir»–; habíamos vencido la razonable anchura de la avenida de Córdoba –en su inglés, tan sonoro, «*I offer you lean streets, desperate sunsets, the moon of the ragged suburbs*»–, cuando alejados de testigos en el laberinto del pasaje del Este, decidí que nos detuviéramos.

El recitante acusó con sobresalto la rebelión inesperada y brusca. Colearon apenas unas palabras de «El general Quiroga va en coche al muere».

Ya en silencio, me miró a su manera, preguntando.

No me di tiempo a formular –si me lees te leo– la ley sagrada de las tertulias de mi país. Eché mano al bolsillo de la americana y saqué mis versos, y con la desmesura del autodidacta cuando se suelta empecé por *Memoria del viento* y en mi voz debió de anunciarse la determinación de seguir y seguir, porque el ciego genial mostraba ahora la confusión de un niño perdido; tanto que, en una pausa, imploró que lo condujese hasta Maipú 994 donde había quedado en verse con Borges.

Los ojos luminosos

Fue en Brasil, en el mato. ¡Por qué laberintos puede llegar uno a los rincones de la tierra! A mí me habló de Lêdo Ivo un librero de Recife. Luego, en Río, dudoso de si aquella parte correspondía a Flamengo o a Botafogo, busqué la casa y fui recibido con circunspección, por no decir que con recelo. Ivo trataba de examinarme, para ver si la visita valía la pena; el escritor anda por una edad en que el tiempo empieza a ser un tesoro. Las cosas fueron bien, porque al poco rato me dijo que iba a tomar un baño y me dejó en el salón con sus libros. La mañana carioca entraba en oleadas por la cristalera abierta de la terraza. Era estar en la intimidad de uno de los grandes de la literatura brasileña, mientras afuera vibraba y zumbaba la capital más viva del mundo. Volvió Ivo y me animó a que me quedase a comer:

–Tengo un poco de ensalada, señor Lêdo, y queda un huevo en toda la casa –dijo una criadita. Le vi una mueca divertida, un poco insolente.

Lêdo Ivo estaba impaciente por que yo le contase; todo lo preguntaba con palabras pero también con los ojos y las manos nerviosas. «¿Y pan?», interrogó distraídamente a la muchacha.

—¡Tengo pan! —declaró la chica, como si le fastidiara que el desastre no fuese completo.

El señor de la casa sentenció que el huevo sería para el invitado, y la ensalada para los dos. Era un día en que todo estaba preparado para marchar al campo. Allí, en el campo, podría darme mejor hospitalidad si gustaba de pasar el fin de semana. En el coche de Ivo empezamos a dejar el mar a nuestras espaldas, a meternos en el interior. Rodábamos por la gran *estrada*, y llegamos a un punto en que las nieblas alternaban con ráfagas de un sol plateado en las estribaciones de la montaña.

Así fue como me vi en el mato. *O mato do Brasil*. A mí me sonaba a un enredo de plantas y animales donde todo es mucho, donde todo es grande. Cuando dejamos la general y entramos en las carreteras comarcales, las ramas venían hasta las ventanillas del coche como si quisieran sofocarnos con su abrazo. Algo había oído yo del *sipó* matador, que ahoga lentamente a sus víctimas y se le llama la liana asesina...

En medio de aquel hervor nos estaba esperando *Sítio Sao Joao*.

—No es gran cosa —dijo Ivo—, y dijo no sé cuántas hectáreas.

Cruzamos el portón. Sobre la grava del camino privado, o carro avanzaba con esa majestad que adquieren los coches grandes al entrar en una hacienda prestigiosa. Unos perros se acercaron a oler obsequiosamente a su amo, a amenazar al intruso.

—¡Quieta, *Helena*! ¡Aquí, *Menelao*!

Vinieron los guardas, o caseros, si es que no se dice los moradores. Uno de ellos es hombre de 35 o 40 años que sonríe bajo un bigote arrogante y lleva botas de montar, sombrero amplio con cordón de barbuquejo cerrado por un broche de plata. Viene una criada *preta*, no muy bella de cara pero con un cuerpo armonioso.

—Si trae sed le puedo servir una bebida fresca al señor.

Dijo que iba a enseñarme mi habitación. Ella marchaba delante. Su andar no era indecente, probablemente andaría así para ir a los recados o al paseo, incluso para la misa, pero las brasileñas no saben moverse sin decir cosas con el cuerpo... Recorrimos estancias, galerías, con algún escalón que le daba gracia a la casa. Llegamos al cuarto de huéspedes y la chica se inclinó, de espaldas a mí, y destapó el embozo de la cama preparándolo para la noche.

—Si el señor necesita algo no tiene más que pedirlo.

Abrió el armario del baño y me enseñó ese lugar donde nosotros solemos tener las aspirinas, la sal de frutas... Había unos frascos con sus etiquetas. Eran antídotos: contra las mordeduras traidoras; contra el veneno de las lenguas largas y reptantes. Suele decirse un sudor frío y yo sentí un miedo ruboroso, el reproche por haberme entusiasmado demasiado pronto con aquella aventura exótica —en algún momento me había venido la idea de estar viviendo una escena de telefilme...

Iba vencida la tarde cuando me vi sentado con Ivo en un banco de piedra fresca, en el *terreiro* o plazoleta de la finca. Él mismo me había dicho que anduviera a mi aire. Anduve los paseos cuidados, que alternaban con sendas mullidas por las hojas caídas del eucalipto. Era un terreno doméstico, pero yo me había hecho con un palo, como un bastón con el que jugar, y en las hojas amontonadas del suelo tanteaba con precaución, también con el secreto deseo de que si había *algo* no llegara a encontrarlo... En las

cuadras asomaba la cabeza de un buen caballo, había establos con cerdos.

—A algún cerdito o a algún potrillo que nazca le pondremos el nombre de usted — prometió ahora el dueño, para obsequiarme.

Yo preferí un potrillo. Tampoco me hubiera deshonrado que un marranín gracioso llevara mi nombre en un lugar donde han crecido y engordado *Murilos* y *Haroldos*, quizá algún *Arthur*, porque allí se quiere mucho a Rimbaud.

Ivo propuso que bebiéramos algo. Comprendí que no aludía a tomar un refresco, más bien a ese trance ritual que ocurre entre dos hombres cuando se ponen a hablar de las cosas más verdaderas. No es que estuviera mal una botella de tinto, eso fue lo que eligió el patrón de la casa. Era un vino de Chile que habría viajado a través de los Andes. Pregunté por las bebidas del país, y el nordestino que es Lêdo Ivo mandó a buscar para mí una garrafillo traída de su estado de Alagoas.

—Es una buena *cachaça* —me dijo—; si usted no la ha bebido nunca cuide de no quemarse la lengua.

A veces basta beber muy poco. Había sido un sorbo y ya un fuego extendido y tolerable remoloneaba en mi paladar. A lo mejor el mundo estaba bien hecho. No siempre se bebe con alguien que sabe escuchar y merece ser escuchado. El poeta es un hombre de complexión recia, de mirar de vigía. Pero me importaba sobre todo su voz cuando se puso a predicar su *Elegía didáctica* en aquel monte de las bienaventuranzas naturales. Noté que aumentaba mi percepción de las cosas. Al bosque le llaman la floresta, es un nombre tranquilizador, pero modesto para aquellas formas góticas y rezumantes de humedad cálida que parecían rozar con el cielo. Enfrente de nosotros había como tupidos muros catedralicios donde la piedra fuera usurpada por las ramas entrelazadas del pangelín y el ficus, por las maderas incorruptibles del cedro, el llamear del flamboyán. Había bóvedas resonantes, y mis ojos descubrían los tubos de órganos gigantescos aunque no se oyeran fugas de Bach, sino la salmodia casi gregoriana, que ahora recuerdo en mi lengua: «Piensa en la lluvia cayendo sobre los huertos hipotecados, y en los frutos de las granjas tocados por la euforia del sol del verano...». Cuando insistí en el aguardiente, se confirmó la agudeza de mi mirada. La luz natural se había ido quedando en un rescoldo. ¿Por dónde iba el sol, qué había más allá del bosque, qué hombres penaban y amaban del otro lado del verdor? «Piensa en los caminos intransitables, cerrados a la promesa de los viajes y en los hombres y las mujeres que van a morir escuchando los vientos.» Fue vano mi intento de pensar en un mapa. La precisión con que mis ojos advertían los nervios de una hoja, el cráter de un hormiguero, las rendijas de una estaca clavada a bastantes pasos, chocaba con mi torpeza para representarme un más allá del mundo inmediato... Cayó la noche del trópico casi de repente, como cae el telón a la terminación del espectáculo. Luego fue un silencio como no he conocido nunca. Lêdo había cerrado el chorro lento de sus versos, debía de estar en una de esas meditaciones que acontecen de vez en cuando, y yo me sentía solo frente al misterio total.

Entonces ocurrió lo de los focos brillantes. Eran ojos. Eran inequívocos. Si yo cambiaba la dirección de la mirada allí me esperaban otros ojos iguales, como si ellos se

hubieran desplazado a la misma velocidad que mi designio. Iba a hablarlo con mi compañero. Advertí con temor que se había ausentado de veras, sin hacer ningún ruido. Los ojos estaban derechamente frente a los míos y ya no había catedral gótica ni nada, sino la presencia negra de la selva.

Fue, pero con más fuerza, aquella aprensión ominosa que quería arruinarme la fiesta. Yo no había pensado en el nombre portugués, o sea, brasileño, de la que todos evitan nombrar. Un día me las enseñaron vivas y coleando en un criadero: la de cascabel (*Crotalus terrificus*); la jararaca, que por donde se arrastra va llevando el espanto; la sururucu gigantesca, si se puede llamar gigante a lo que no se alza del suelo... Me levanté de mi asiento tiritando. Retrocedí unos pasos sin atreverme a volver la espalda. Luego giré en redondo y eché a correr hacia la casa iluminada, con corto escándalo de los perros.

Cenamos (una mesa nutrida, esta vez sí), tomamos tazas de café, Lêdo hablaba y sabía colocar esas pausas de los conversadores inteligentes. A veces me miraba con sus ojos picassianos, cuando yo caía en la preocupación o el desánimo. Me preguntó si estaba cansado... Mi habitación quedaba un poco aislada, en el otro extremo de la casa, y al retirarnos el anfitrión me condujo por los pasillos temerosos, un poco adelantado para ir dándole a los interruptores de la luz.

—En esta alcoba —me dijo—, en la misma cama de casal donde va a dormir usted, tiene dormido o *Cabral de Melo Neto*.

Luego, entre bromas y veras, que me iba a dejar a mano en la mesilla de noche la *garrafinha* de Alagoas por si quería librarme de los fantasmas. Como hacen los sertanejos.

El catre histórico era un honor pero sentí nostalgia de mi casa, que si no tiene flamboyanes tampoco la acechan sorpresas... Me metí entre las sábanas sin desnudarme del todo. Por los cristales del balcón se presentía como un asedio. Seguro que había una persiana que pudiera bajarse, una cortina piadosa, pero a ver quién se levantaba y andaba aquella distancia desde la cama. Entonces alargué el brazo, tanteé en la oscuridad, alcancé la botella. Es verdad que a los primeros sorbos aparecieron, tercos y brillantes, pero la pronta insistencia en el elixir me puso al borde del sueño y en seguida en el sueño profundo...

Ahora me alegro de haber escuchado el consejo, «Si por casualidad viera usted alguna, no lo crea... o cállesele». Alguna, o los ojos de alguna. Tampoco yo pronunciaré su nombre.

El pasajero recibió la sonrisa de la azafata y la oferta neutral de los periódicos de la mañana. Era un suscriptor fiel. Tomó el mismo periódico de cada día, el que ojeaba en su despacho y luego leía en casa pausadamente, en las tardes hechas de conformidad y deber cumplido. Comprobó el cinturón de seguridad. Los asientos de primera clase son amplios, nunca había viajado en la primera clase de un avión. El vecino de al lado era una pasajera. Ella prefirió una revista de colores. Ofrecieron champán.

—¿Señor?

El pasajero sintió en la garganta el deseo de la bebida fría, y más abajo, en otra región de su cuerpo, la sensación de un aviso borroso.

—No, gracias. Si pudiera ser una taza de té. Con un poco de limón.

Su diario era el más cómodo de manejar. Estaban las fotografías de la actualidad en las páginas de color sepia, el anuncio de una subasta de arte, por qué habrá siempre un cuadro de monaguillos en las subastas de arte y una escultura de Hugué. Barajas había quedado atrás, abajo. El aparato se había instalado en el aire, con ese zumbido de normalidad que envuelve como una seda —él sentía la seda— a los pasajeros de los aviones. Todo aquello era nuevo en su vida. No era la primera vez que en su lugar de trabajo se distraía escribiendo sobre temas de su profesión, ni su única colaboración en el *Anuario de Derecho Civil*. La invitación sí había sido una sorpresa, la mayor satisfacción (después de ganar las oposiciones), salvo las ocasiones familiares, por supuesto, la previsible felicidad de la boda (que, a veces, recordaba como en un álbum), el nacimiento de la niña y de los gemelos. Mira qué bien les sienta a los niños, el té con limón te digo que es mano de santo. Y por supuesto, el honor del cargo, sentido como una túnica sobre los hombros. Estaban los titulares en las páginas de tipografía, las cartas de los lectores, los artículos de opinión.

—*Pardon, monsieur*, ¿le molestará si fumo un cigarrillo?

La pasajera tenía la revista entre sus manos cuidadas, se la veía ojearla de tiempo en tiempo, con dejadez.

—No me molesta, por favor —animó el pasajero a la pasajera, que ya tenía el paquete de cigarrillos y el encendedor encima de la mesita extendida.

La pasajera tomó el paquete, hizo un gesto mínimo de ofrecimiento.

—Se lo agradezco —dijo él—, pero yo lo he dejado hace tiempo.

La pasajera se dio fuego:

—Esa es una medida... *bien sage*—debía de ser francesa, alternaba el francés con un español discreto.

Debería sentirse a gusto. El hombre se sentía casi a gusto, en la mañana de nubes soleadas que flotaban como algodones junto al cristal inmediato. Solo aquella aprensión, la desazón de verse con el paso cortado, de que en una necesidad urgente no pudiera salir a tiempo. Como en el trance de los exámenes. Ahora examinaba (interrogaba) él a los demás, conocía la palidez, el disimulado temblor, el sudor en los rostros y las manos de quienes llegaban emplazados ante su autoridad, incluso los inocentes. Sobre todo los inocentes. A él no le había gustado, nunca, entrar en un sitio sin mirar si se puede salir.

—Perdón, señora, quizá prefiera usted la ventanilla —como si fuera un gesto galante.

—Oh, no, *monsieur*, he hecho el viaje muchas veces.

El pasajero volvió a su diario, con un rubor como de haber sido desairado en un baile. Las noticias nacionales, por supuesto. Internacional. Le gustaba darle una pasada al periódico entero, en espera de volver sobre sus pasos y detenerse bajo la promesa de un título, sobre una firma de la Real Academia.

—A no ser, *monsieur*, que usted necesite el pasillo... Si usted se mareo o se encuentra mal.

—Nada de eso, afortunadamente. El vuelo no es largo —se tranquilizaba a sí mismo—, sin darnos cuenta estaremos viendo la torre Eiffel.

—*Et bien...* —dijo la pasajera—, yo no recuerdo haber visto desde los aviones la torre Eiffel —con un gesto de la mano aludió al compartimiento de primera—: Al cabo del tiempo, *n'est-cepas*, una tiene la sensación de que conoce las corbatas, los mismos bolsos de Chanel o de Gucci. Juraría que usted es nuevo. *La Communauté?*

Él pensó en el nudo de su corbata, como si lo estuviera componiendo frente a la luna del armario. Se había acostumbrado a la corbata negra y a veces se olvidaba de cambiarla después de quitarse la toga. Esta vez la corbata era azul, azul marino, la que le habían dicho en casa, te va muy bien con el traje oscuro de rayas.

—La verdad es que no viajo mucho, quiero decir, por el extranjero.

—Cada vez es menos el extranjero. ¿Le esperan a usted en París? —la mujer miró su reloj, que parecía a juego con el encendedor—. Hemos despegado con retraso.

—¿En París? No, yo sigo viaje a Estrasburgo.

—¡Ah! —la mujer pareció divertida—. Todos viajamos mucho a Estrasburgo.

—¿Usted también hace el transbordo en París?

—Oh, no. Era una manera de hablar. Pero es verdad que todos viajamos a Estrasburgo, a Bruselas, a Luxemburgo. ¿Está usted en la política?

—Voy invitado por los juristas. Una conferencia un poco técnica, el Derecho matrimonial.

—Divorcios y eso, *n'est-ce pas?*

—Pero yo no soy, como si dijéramos, un estudioso. Escribí unos artículos, más bien por afición. Yo vivo en una pequeña ciudad, mi función es la de magistrado.

—¿Un juez?

—Sí, eso es.

—Es usted muy... no quisiera halagarle. ¿Interesante? Para ser un juez. No será usted de esos jueces que meten en la cárcel a las parejas que se acarician —otra vez miró la pasajera su reloj—. Han suprimido vuelos, la *grève*, ya sabe usted, prepárese para esperar unas horas.

El juez miró de lado a su compañera de viaje, sin severidad. Era desenvuelta y hermosa, una mujer de lujo.

—Los jueces aplicamos la Ley.

—*À la lettre?*

—Bueno, prefiero decir que la interpretamos. Tengo fe en la creación judicial del Derecho.

Entonces se encontró incómodo, con la impresión de haber hablado fuera de lugar.

—Eso es bonito. No lo entiendo del todo, pero me gusta.

Había tratado a pocas mujeres así. A pocas mujeres, en realidad. Le pareció que la mujer se le había acercado un poco, y todo en ella era satinado, perfumado, probablemente muy caro.

Entonces, sin saber claramente el motivo, se alegró porque la pasajera no le incumbía. No era su jurisdicción. La usuaria de la compañía de aviación podía hacer lo que fuera, por ejemplo, abrirse aún más el escote lateral por donde se le iba a escapar un pecho al menor movimiento. Como si quería quedarse *in puris naturalibus*, él no tendría ninguna diligencia que cumplir. Pero también, si él hiciera algo (aunque qué podría hacer él), sería el acto de un ciudadano corriente, no de un juez. Se relajó en la butaca, alejadas sus aprensiones. El camino hacia los lavabos, en el peor de los casos, tampoco es que fuera para tanto. «Permítame, señora», o en francés incluso se lo diría, «*Excusez-moi, madame*», sin precipitarse, qué ocurrencia el atracón de fresas tempranas marchando de viaje.

Dedicó un rato a los sucesos, a las esquelas. Algunos anuncios por palabras. Ahora faltaba la tercera. Un buen lector del periódico (no hace falta decir la página tercera) sabe que está al principio pero se deja para el final. El articulista, esta vez, hablaba del culpable y de la culpa, de la tolerancia... En el pequeño recinto había una brisa que se había vuelto excesiva, la pasajera debía de saberse todos los trucos y alzó el brazo suave, con la sisa de lado, hasta los mandos que graduaban el aire... Los articulistas suelen adornar sus artículos con alguna cita de los poetas. La cita estaba allí. El lector parpadeó, como herido por una luz repentina:

—*Par délicatesse...*

Sin voz, sus labios formaban las palabras:

—*Par délicatesse, j'ai perdu ma vie.*

Tan pocas y tan eficaces, las palabras. No importaba por dónde hubieran venido a cuento. La cita brillaba entre el realce de las comillas, como una banderita de seda clavada en un mapa. «*Par délicatesse, j'ai perdu ma vie.*» Como si los versos de Rimbaud hubieran sido traídos nada más que para dejar al viajero un recado personal, un recuerdo, a diez mil metros por encima de la vida corriente.

O sea, como si Julia hubiera entrado por el pasillo alfombrado, qué vestido llevaría Julia ahora, si viajara en aquel avión a París. Las primeras medias de cristal, estiradas bajo la falda plisada, el abrigo de paño azul de Julia que aquel año le habían dado la vuelta. Pero qué habría sido de Julia, tan diferente de todas. Se volvieron a ver unos años después, cuando ya los dos caminos se habían alejado cada cual por su lado. Fue en Madrid, en un café de gente de paso. Él y sus primeras canas, «¡pero si te pareces a Spencer Tracy!», Julia con su pequeña sonrisa amarga. De Madrid salen los trenes y los autobuses con prisa. Se miraban sin palabras y de pronto rompieron a hablar como si el mundo fuera a acabarse. «Yo te deseaba mucho, Julia.» «Yo también a ti, acuérdate de aquella vez en las cuevas, a poco que hubieras insistido.» «¡Pero tú llorabas, Julia!» «A poco que hubieras insistido.» Los dos se habían recitado (murmurado) la canción de la

Torre Más Alta en los pasillos del instituto, en los soportales del poblachón que vivía con mil ojos para meterse en lo que no le importaba. Ella y él, torpes y cohibidos para los gestos del amor, ensayando la traducción, «Ah que llegue el tiempo / de amar como el fuego. / Juventud ociosa / de todo cautiva, / por delicadeza / yo perdí mi vida». Pero era inútil, la poesía pedía sus palabras únicas, «*Oisive jeunesse a tout asservie, par délicatesse j'ai perdu ma vie*». «*J'ai perdu ma vie*.» Y qué pasaría ahora en su vida, si Julia fuera en este avión a París...

El periódico lo abandonó en la rejilla. Miró hacia fuera por el cristal. El aparato se perdía en un montón de nubes, durante un tiempo viajaba ciego y luego salía a cielo limpio marchando con firmeza hacia su destino marcado. Vinieron con otra ronda, como en una fiesta. Naranjada que la pasajera de al lado (podía llamarse Chantal) pidió completar con un chorrito de vodka...

—Whisky, gin-tonic, lo que usted prefiera, señor.

Y por qué no. El vuelo seguía. Los movimientos y las conversaciones se animaban. La tierra parecía cada vez más ajena, costaba imaginar que abajo hubiera plazas de pueblo, carreteras comarcales para pasear con los notables.

La pasajera se levantó —esta vez de cuerpo entero— y definitivamente tenía un cuerpo esbelto, flexible como en un anuncio fugaz. Volvió de retocarse y traía un aire de libertad contagiosa, la boca franca y saludable. Estamos aproximándonos a Orly, «*Messieurs lespassagers, Ladies and Gentlemen...*», todavía hablaron de cosas, el retraso de los aviones y la *météo*. La mujer le dijo al hombre derechamente:

—Yo estoy sola y tengo unas horas libres. ¿Quiere usted descansar en mi apartamento en Neuilly?

Teoría y práctica de las islas

En Palencia hay poetas muy buenos, de lo más sano de España. Como se apegan al interior, resultaba extraño encontrar a Longinos Cervera en San Juan de Puerto Rico, con un saco de tela marinera al hombro. Parecía enfermo, miraba nervioso para todas partes, como si llevara encima un secreto.

—No aguanto más, quiero volver para allá y andar por una carretera de tierra firme hasta deshacerme los pies.

–Dime si necesitas algo –dijo el otro con precaución, porque los de Palencia son muy suyos.

–Acabo de desembarcar del *Liberty* –dijo Cervera– y ya no sé si anduve por el mar dos semanas o tres semanas, o muchas semanas idénticas.

El poeta Cervera había llegado a Puerto Rico algún tiempo atrás, llamado por un editor que preparaba una enciclopedia. Fue bajarse del avión y enterarse de que al editor lo habían enterrado aquella misma mañana. Vio a la viuda y ella dijo que cerraba el negocio de libros. Cervera fue al banco, traía una carta de España para el director. Debía de ser una carta influyente y Cervera se vio comiendo en un restaurante de lujo. El director del banco llevó también a comer a un griego.

–Estuve despistado cuando me presentaron a aquel señor insignificante. Era un jefazo de la Livanis, habrás oído hablar de la Compañía marítima.

–Naturalmente –dijo el otro.

–En la sobremesa resultó que el señor Tasos Karamanos era de la isla de Andros. ¿A ti te llaman las islas?

Cervera no esperó la respuesta.

–Yo creo que dejé los curas porque me pasaba el tiempo soñando con las islas. Hay que ver lo que son las islas si un chico las piensa en un pueblo de adobe...

»El señor Karamanos me escuchaba. Por no hablar mucho de mí mismo saqué a relucir a Cortázar, ese cuento que se llama «La isla a mediodía». Un camarero de un avión ve una isla por la ventanilla y la vuelve a ver en el vuelo siguiente a la misma hora, y en todos los vuelos, una isla que ni se nota en el mapa, y el camarero termina enamorándose de la isla hasta llegar a un final atroz... Al señor Karamanos le gustó la historia, ahí fue donde empezamos a congeniar. El director del banco dijo que yo había tenido premios como poeta. «¿De verdad es usted poeta?», me dijo Karamanos. Y nos vimos hablando de poesía. A él le llegan de vez en cuando libros y revistas de Grecia. Yo le hablé de Varnalis. De la poesía social y la poesía de la resistencia. Él abría unos ojos como platos. Salió el nombre de Yannis Ritsos y le recité la traducción de unos versos: «Dos años enteros hemos sufrido por la sequía / ni una hoja verde ni un pájaro, / ni un saltamontes de Beocia...». El griego tiene algún cargo en la Comunidad Ortodoxa de Venezuela, porque él vive en La Guaira parte del año. Estaría bueno, Longinos, que te vieras invitado a una *tournee*, como los poetas de Cultura Hispánica. Lo que me propuso fue un viaje por las Pequeñas Antillas. «Y más de un viaje, para que cumpla usted esa ilusión por las islas...» Me dijo que podía enrolarme de bibliotecario en el *Liberty*. Yo le dije que estaba libre por varios meses. Se lo dije cegado, como si llegas con hambre a un restaurante y de cara te lanzas a pedir demasiados platos.

«Como si vas con una para toda la noche y luego te pesa», pensó el otro. Pero no se atrevió a decirlo.

–Todos los cruceros son idénticos. Los lunes está la llegada de los pasajeros; los ves subir contentos por una escala, se retratan junto a las azafatas del barco. Luego viene la bienvenida, pero esto es ya sobre alfombras con oficiales de punta en blanco. De repente todos quieren saberlo todo. La clientela se repite mucho. Siempre hay una señora mayor

que comparte el camarote con un sobrino, hacendados de Puerto Rico o de Venezuela, los yanquis. Y los mexicanos encabezados por un gracioso, eso no falla. El martes es la cena de gala del capitán, el miércoles es la cena francesa, el jueves la noche de las damas, el viernes toca la gran parada del Carnaval, el sábado la fiesta del pijama. El domingo hay pasajeros que odian a otros pasajeros y son fielmente correspondidos, pero el lunes se renueva la población y embarca una señora con su sobrino y secretario, todo igual y lo mismo.

»Lo de la biblioteca era un decir, un puñado de novelas y poco más. Eso no era un trabajo. Era como si el griego me hubiera dado una pensión con delicadeza. Cinco comidas al día. Pero yo vivía con el ansia de las islas. Madrugaba y subía a cubierta a ver cómo nos acercábamos, «la isla del día». A veces era una isla por la mañana y otra por la tarde. Ahí tienes, poeta, lo que metías en tus poemas, que siempre aparecía una insula. Con sus playas de arena fina cuajada de palmeras, las colinas tan suaves de orquídeas, el mercado con los mismos olores que en una novela de Carpentier.

»Al cabo de unas vueltas a la noria, yo sabía adivinar que estábamos llegando a San Martín; sabía que después de la Martinica vendría Santa Lucía, y que la costa de Antigua era cuando habíamos dejado atrás las torrenceras que cortan la vegetación de Barbados. De la tripulación yo era el primero en bajar a tierra, cuando ya no quedaban pasajeros en la cubierta. Unos decían la cubierta y otros el puente. A lo mejor tú entiendes de cosas del mar.

—No mucho —dijo el otro—, pero qué más da ese nombre o aquel.

—A bordo me admiraba la precisión de las cosas del mar. Quise comprobar eso de la eslora. Los 600 pies de eslora que dicen los folletos del *Liberty*. En el diccionario la eslora es una longitud que va desde el codaste a la roda. En codaste se aludía a la quilla. Desde la quilla te mandaban al armazón. Un marinero portugués me dijo que la eslora es lo que uno puede pasear todo para delante por la cubierta principal.

»Pero no me paré a medirla. Casi estábamos atracando en Fort-de-France. Una vez más en Fort-de-France, y los mismos golfillos con sus cuerpos negros y desnudos, nadando a babor y a estribor y por el aire las monedas que les tiran los turistas. En Fort-de-France me reconocían los libreros. En Saint John's me saludaba el guardia de la circulación del cruce saliendo del puerto. Un pañuelo de seda que decía *Nostalgie* estaba secándose en un corredor en una isla y a la semana siguiente en el mismo corredor estaba secándose el mismo pañuelo...

»Yo no me cansaba de la noria. Se me habían presentado unos dolores de cabeza, a veces eran mareos y zumbidos en los oídos, pero el médico del barco me daba un vistazo, no es nada, eso es del navegar y se le quita con la costumbre. De manera que a estas horas seguiría en las islas, si no hubiera sido por la isla de St. Thomas...

»En la capital de St. Thomas hay buen comercio, aunque la isla es de las más pequeñas. Precisamente quería yo comprar un tintero. El *Liberty* es un barco capaz para mil almas y lleva tiendas, allí puedes comprar cualquier cosa, pero no se te ocurra pedir un tintero. Luego, ya en las calles de Charlotte Amélie, los comerciantes me animaban a que comprase un bolígrafo de lujo. Pero yo no quería un bolígrafo. Tintero para la

estilográfica, mejor si era de azul-negra fija. Para la estilográfica tenían cartuchos, como si la pluma fuese una escopeta. No, gracias, tinta para cargar la pluma como se hizo siempre, tin-te-ro...

Era en un bar abierto sobre la playa puertorriqueña y tranquila. Los changos son unos pájaros familiares que van de mesa en mesa picoteando en los restos de los cócteles abandonados, y se emborrachan. El otro se distrajo mirándolos, si uno se fija los changos son unos pájaros listos que huyen de los camareros viejos.

—¿Me sigues lo que estoy diciendo? Cada cual tiene sus manías para escribir. Y además no lo cuento por el tintero. Es que todo empezó en St. Thomas, cuando volvíamos al barco con la excursión.

»Yo iba al lado del chófer, como siempre. El hombre me lo avisó a mí, que nos habíamos quedado sin frenos, y el bicho aquel embalándose cuesta abajo hacia el mar. Algunos pasajeros empezaron a sospechar y se oyó el cacareo de las mujeres. El negro sonreía con toda su dentadura. Yo lo conocía de otras veces y parecía un buen mecánico. Al final de la colina hubo ciclistas que se subían a las aceras, peatones que nos amenazaban a los viajeros del autocar desbocado en lugar de compadecernos, menos mal que en las islas hay pocos coches. El negro metió las marchas más cortas, pero solo nos paró un paredón cuando ya entrábamos en el puerto. El negro besó el Corazón de María del parabrisas. Lo que a mí me asustó no fue el golpe de la cabeza, el médico del barco no me vio más que un poco de insolación. Fue la rapidez endiablada con que nos acercábamos al borde del mar. O sea, a ver si te lo puedo explicar, porque aquí está el nudo de la historia: como si más que ir nosotros echando centellas la tierra fuese mermando y se quedara más corta de lo que ponen los mapas.

Cervera levantó y posó la copa con precaución. Estiraba una pierna y nerviosamente la recogía como si quisiera ocupar poco sitio.

—Aquello cambió las cosas. Porque cómo podría seguir tranquilo, dime tú, ahora que sospechaba lo que les pasa a las islas.

»El médico no tenía aparatos. Ahora salió con que acaso fuera algo más que una insolación. Empecé a tomar pastillas para los nervios. Me quedaba en el puerto donde hacíamos escala, cuando antes aprovechaba los autocares de la excursión por el territorio. Curioseaba en las tiendas menos alejadas de las aduanas, bebía a solas en alguna taberna de marineros. A veces me animaba y echaba a andar isla adelante. Pero pronto me entraba el miedo de pasarme, de llegar a la esquina y encontrarme con el final a pico de la tierra.

»Entonces volvía al barco, que se quedaba casi despoblado. El barco era mi casa. «Tu casa es tu castillo.» ¡Valiente castillo! Una de estas mañanas se me ocurrió medir con mis pasos el largo de la cubierta del *Liberty*. Es menos de lo que dice la propaganda. Las mañanas siguientes volví a hacerlo y cada vez me iban saliendo menos pasos... Ahora tengo la seguridad de que los barcos y las islas encogen. Tú me crees, ¿verdad?

—Naturalmente, Longinos, cómo no voy a creerte.

En estos climas da pereza cavilar. Y además, qué voy a saber yo, si también soy de tierra adentro.

El gobernador

Yo he sido gobernador civil de Ciudad Real. Cuando Franco me mandó recado para que me presentara a verle, el emisario me recomendó que no lo comentase con nadie. Yo era abogado pero no ejercía, y veía a Franco por los veranos. Seguro que él tenía jardineros y hasta ingenieros agrónomos, pero a mí, como ustedes lo están oyendo, a mí me consultaba sobre los híbridos más raros que se le ocurrían en asunto de plantas. En El Pardo me llamaron al final de una mañana de audiencias. Entré a su despacho y me preguntó si me gustaría ser gobernador civil, de una provincia de tercer orden.

A ustedes les parecerá absurdo que me lo dijera el propio jefe del Estado. Pero en España mandaba quien mandaba, aunque luego salieran los acuerdos en el consejo de ministros. Me dijo que fuera al subsecretario. «Traerá usted la fotografía, supongo», me dijo el subsecretario. Yo le enseñé una fotografía de carné. «No creo que reproduzca bien, mejor se hace usted una foto de estudio.» En *ABC* y en el *Arriba* salió clara, pero pequeña, éramos cinco gobernadores nuevos. En el periódico de Ciudad Real fue la mía sola, la ampliaron hasta casi ocupar la primera plana. La gente me miraba en el comedor del hotel los días que pasé de huésped estable, hasta que mi antecesor se llevara sus cosas. «Es el gobernador», decían bajito, pero yo notaba aquella adhesión, aquel respeto del pueblo sano. En una mesa junto al torno por donde pasaban los platos comía el secreta que me habían puesto, aunque qué peligro iba a haber entonces en Ciudad Real...

Yo trataba de cumplir lo mejor posible. Observé un poco y vi que lo mejor sería no entorpecer el cumplimiento de los demás. Las cosas de policía las arreglaba a su manera el comisario jefe. Abastos tenía sus buenos jefes adictos y mecanógrafas de sobra. Los alcaldes llevaban tiempo en el cargo y cómo no iban a bordarlo, y al teniente coronel de la Guardia Civil le oía yo cada mañana un «Sin novedad, señor gobernador» que incluso haría ofensiva una intervención mía. Entonces me acordé del compañero de Valladolid, que había estado en Huesca de gobernador de entrada y ahora lo habían ascendido en la misma combinación de mi nombramiento. Paco Verdú me inició en que el protocolo es la base de un buen gobierno. Cuando llegó él a Huesca, tenía que presentársele el capitán de la Policía Armada, y el secretario del gobernador le previno al gobernador de que el compareciente venía de paisano, era un tipo bien parecido el capitán, y Paco Verdú que le dijeran al capitán que había olvidado una hombrera o los guantes o algún detalle del uniforme y que se fuera a casa a ponerse completo. También le pareció mal a Verdú que los de puertas estuvieran con guantes pero sin manoplas. «¿Dónde están las manoplas?», preguntó al intendente de los servicios. Pues que fueran en un coche ligero al almacén de Zaragoza para traerlas. A mí, en Ciudad Real, me daba reparo el que la guardia formase cada vez que yo entraba o salía del edificio, ¡Guardia, a formar!, pero comprendí que había que vestir el cargo. Es falso que una autoridad que se mantiene a distancia no

pueda ser popular. Al contrario, lo que al pueblo sano le gusta es que el gobernador parezca un gobernador.

Algún tiempo después de mi toma de posesión llegó el acontecimiento importante, y es que Franco venía de paso para Sevilla. Me advirtieron que estuviera esperándolo en el límite de la provincia. Allí estaba yo, y Franco me invitó a que subiera a su coche. El que Franco era muy trabajador no se atreverá a negarlo nadie, jamás atravesaba una provincia sin despachar en el coche con el gobernador correspondiente. Seis o siete gobernadores, se dice pronto, entre Coruña y Madrid cuando volvía del veraneo. Me senté a su lado con mi gorra de plato sobre las rodillas. Lo reglamentario era esperar a que él te hablase. Me habló sin mirarme, con el aire de quien va distraído y no se entera de nada. Sí, sí... ¡distráido! «Y bien, gobernador, qué me dice usted del pedrisco que cayó en Santa Cruz de Mudela.» «Gobernador, explíqueme usted qué ha pasado con la compra de tractores para Villanueva de Franco.» «Y ese catedrático un poco torcido de Tomelloso, gobernador, supongo que no habrá vuelto a las andadas.» Pasábamos por los pueblos y la gente nos saludaba, pero Franco sabía que a aquella velocidad nos merendaríamos pronto la provincia y él quería acabar de examinarme antes del límite de Santa Elena. «Gobernador, esto», «gobernador, lo otro», ceñido y concreto como quien domina el terreno que pisa. Yo le contestaba lo mejor que podía. Que todo marchaba perfectamente, y era verdad, que el asunto (el que fuese) estaba en las mejores manos.

«¡Pero en manos de quién, señor gobernador!», fue la única vez que levantó la voz, cuando yo no le supe de memoria el presupuesto para las escuelas de Valdepeñas.

Me eché a temblar cuando me dijo *señor* gobernador. Como un chico a quien el maestro justiciero empieza de repente a tratarlo de usted, venga usted aquí, pollo, usted y yo vamos a vernos las caras... Y entonces ocurrió la tragedia...

Rodábamos por entre un mar de viñas, ya cerca de Despeñaperros. Franco se había callado y su silencio era peor que el reproche. Comprendí que no lo podría soportar, perder la confianza de Franco, pero tampoco era fácil morir. Ponerse al borde de la muerte, sí. Había madrugado yo con los preparativos, quizá fueran los churros del desayuno. El caso es que un sudor helado me empapaba la tela del uniforme, que era el de gala con guerrera blanca, y las piernas las apretaba una contra otra como si así pudiera evitar la catástrofe que iba a estallar en mi cuerpo. Pero no hubo propiamente estallido. Solo una triste fuga que yo pensé que no se sabría nunca. Franco no dijo nada, dicen que todas las cosas se entretenían en pensarlas dos veces. No sé si al cabo de cien metros o de cien kilómetros, le mandó al chófer por el telefonillo: «Sargento, el señor gobernador se ha indispuesto y va a apearse un minuto». Sobre el asfalto recién bacheado se clavaron cuarenta coches, los coches de respeto, vehículos de escolta, las cocinas y el quirófano de emergencia, la asistencia religiosa y los sumilleres. Era en un altozano que dejaba una visión panorámica de la carretera, toda cubierta por un silencio y una perplejidad hasta en los pájaros. El tiempo y la historia se habían quedado detenidos. Y yo buscando un abrigo entre los zarzales...

Terminé y volví al coche insignia. Me senté lo más lejos posible de Su Excelencia, encogido junto a la portezuela. Pero él era un gran señor y volvió a tratarme con

humanidad, como en el pazo cuando hablábamos de los injertos de escudete o de canutillo: «Couceiro, Couceiro, a usted lo que le haría falta es casarse». Unos días después me llegó el cese, y casi al mismo tiempo me nombraron inspector del butano.

Visita impía del Gulbenkian

Me acuso de haber profanado el Museo Gulbenkian.

Lo dijo don Manolo Cajide y hubo un momento de estupefacción, porque todos tenemos al profesor de Geografía e Historia por el hombre más incapaz de profanar nada, y mucho menos un templo del arte.

—En Lisboa me interesaba visitar el Gulbenkian. El señor Calouste Sarkis Gulbenkian me cae bien porque tuvo la buena idea de vivir de fonda, lo mismo que yo. Solo que él tenía una fortuna inmensa. Ahora he profanado el lugar con el pensamiento —suspiró don Manolo—. Y por culpa de un escultor de vírgenes.

Entonces vino la confesión:

—Si ustedes son unos visitantes inocentes del Gulbenkian, podrán disfrutar a placer en la sala de los egipcios. Los sacerdotes y los faraones siempre dan un silencio como embalsamado, y te vas dejando llevar por un soplo misterioso, aquí un collar antiquísimo, allí una cosa de afeitar que acaso le sirvió a Ptolomeo. Hay piezas de marfil parecidas a conteras de baúles o cofres lujosos, y barcas solares, y fríos gatos de bronce. Hay estatuillas de vidrio azul, la belleza de las doncellas nubias... Pero no era la emoción del arte lo que me inquietaba. Era la confidencia del escultor. Mi mirada buscaba rincones discretos, tenía que haber por allí algún recodo, probablemente entre cortinones. Pero no había más que lisura. Todo tan claro y a la vista... Ahora venían otras estancias. Lo que más abundaba en la sala greco-romana son las colecciones de monedas. A mí no me atraen mucho las monedas, no puedo evitar la idea de un placer avaro y nocturno. Lo que me gusta es leer las cartelas: *Nereida cavalgando monstro marinho*. O a lo mejor: *Alexandre Magno a cavalo acometendo com langa inimigo por terra*... De la Mesopotamia y de Persia había urnas y azulejos. Luego, los visitantes se paraban en las encuadernaciones de los libros, de cuero dorado, de cuero con filigranas. Los manuscritos tenían una caligrafía preciosa. Sobre el pergamino del Gulistan y del Bustan de Sa'Di (el número 100, demasiado redondo para no recordarlo) los guerreros danzaban

mientras arriba en unas celosías se entreveían mujeres mironas y ociosas. Una leyenda del libro decía que la ociosidad es la madre de todos los vicios. ¡La imaginación sí es la madre y el padre de todos los vicios!, yo lo estaba notando en mi propia sangre... En China estaba la dinastía Ts'ing. El Japón era un mundo de cajas y cajitas, las hay de lacas para los cosméticos, de jade, para los filtros de amor y las pastillas de incienso. Y más jades, y más sedas, y bordados de oro y piedras preciosas... Una riqueza inmensa. El caso es que el señor Calouste, en el hotel de Lisboa lo recuerdan, pocas veces cenaba más de un huevo y un poco de jamón dulce. Sería varón de castidad, digo yo, porque lo suyo era reunir colecciones, y pasiones así no se pueden tener varias en una vida. ¡Y ahora aquel punto negro en medio de la pureza, el sacrilegio de un vigilante de la propia Casa! Porque ya mismo les explico a ustedes. En aquel momento me atraían las mujeres de Rubens. El retrato de hombre de Van Dyck, las destrezas de Fragonard. Una música de Vivaldi se filtraba por alguna parte. Me quedé un tiempo pensando en el arte, en la vida. Y pensando, sobre todo, en *lo otro*, que es el quid de este reconcomio que todavía me persigue. *Lo otro*, cometido en un lugar como este, era un auténtico desafuero. Pero ni allí ni donde los paneles de los impresionistas (Teodoro Rousseau, una «*madame*» de Renoir...) ni alrededor de la Diana de Houdon parecía sitio para un desafuero *completo*. No sé si ustedes me entienden.

A don Manolo Cajide no le urgía que le entendiésemos, y en el café hay que echar la tarde, amortizar la consumición.

—La historia me la había metido en la cabeza el imaginero. Lo conocí en un figón del barrio alto, una de esas «*casas de pasto*» donde a veces hay que compartir la mesa. Dijo que hacía vírgenes y santos para las parroquias. Él mismo parecía un santo, y rezó antes del caldo verde. Hablamos del museo. El imaginero hablaba en falsete, a pesar de su apariencia tan varonil. Entre trago y trago de aguardiente, ya de sobremesa, me había contado el caso con una indignación religiosa. Yo, ahora, seguía ojeándolo todo, a punto de terminar mi visita. Secretamente calculaba las posibilidades, el riesgo de unos pasos acercándose en las horas en que un museo vacío es como un teatro vacío o una catedral sin un alma. Conque dejaba los cuadros de Monet, o de Manet —a ver quién no los confunde—, cuando oí la voz de la guía, que era una tía estirada y seca:

«*Os melhores tapetes do mundo*».

El idioma portugués lo llena a uno de sugerencias. Os tapetes son las alfombras, y la sala a la que ahora llegábamos tenía las paredes cubiertas de alfombras. Poco a poco, a medida que uno seguía, el lugar se iba haciendo recogido, como más blando y confortable. Había que demorarse en las finuras del color, en la contemplación de las escenas y los arabescos. Era todo un recital de alfombras.

«*O tapete Kouba*».

Y del Cáucaso:

«*O tapete dos Dragos*».

Las alfombras persas habían venido de una casa imperial. De la India musulmana hay lanas fuertes pero flexibles, y también alfombras de seda. Así llegamos a una alfombra que debía de ser la más importante. No estaba colgada sino extendida en el suelo,

disponible, viva, apenas protegida por un cordoncillo trenzado. Su prestigio se multiplicaba en unos espejos, que también copiaban las posturas de quienes se acercaban... La guía puso toda la carne en el asador:

«*Tapete de oração, veludo século XVIII*».

El portugués lo llena a uno de ideas. No suena igual alfombra que tapete, echarse no parece la misma aventura que *deitarse*... *Deitarse sobre um tapete*. En el mullido de la alfombra de oración me pareció ver como un guiño. Como si la alfombra supiera. A ojo calculé las medidas, 2 metros de largo por 1,50 de ancho, y pensé que eran unas medidas muy adecuadas... ¡Qué barbaridad la mía, «unas medidas muy adecuadas»! Entonces me puse a imaginar las proezas del vigilante del museo y presunto prevaricador, con su presunta cómplice y beneficiaria, que al parecer era una turista alemana. Me lo imaginaba hasta con detalles, ya me dirán ustedes, una cosa así cómo se puede confesar a mis años. Después de contar, Cajide pareció aliviado: –Y pensándolo bien. A saber si el de los santos era un hombre de fiar o un borrachín.

El carisma

No sé por qué me dejé la barba para aquel viaje. Cuando me presenté en la embajada ya iba vencido el plazo en que la gente duda de si estamos cultivando una barba o si somos un poco dejados. Parecía una buena barba. Un secretario me atendió mejor de lo que yo esperaba:

–Si está decidido a investigar en las fuentes, más vale que olvide el mar y se marche al Cibao.

Tenía razón. Qué folclore se puede estudiar en una costa de millonarios.

–Nosotros –interpreté que él mismo, la Embajada de España, la Patria– podemos darle unas letras para el vicario de Santiago de los Caballeros, es casi un compatriota.

El Cibao está hacia el centro de la República Dominicana, lejos de la desembocadura del Ozama con sus yates y de las playas. Llegué a Santiago conduciendo un coche de los que se alquilan sin chófer y a veces sin frenos y qué alivio soltar las llaves, firmar y quitarse de preocupaciones. Santiago de los Caballeros es una ciudad coloreada. Se compran y venden muchas cosas. «Carbón muy bueno, carbón.» «Papaya, la rica papaya fresquita.» Oí pregonar «huevos distinguidos de las estancias». Una dama se

paró a comprar los huevos distinguidos y llevaba una mucama oscura que cargó con la compra, y un barquillero les iba detrás ofreciendo muy dulce:

—¡Doña, embarquéllese! ¡Doña, embarquéllese!

Hubiera seguido anotando pregones, pero llegaría tarde a la Curia. Pregunté por monseñor Fidalgo y en cuanto terminara de conferenciar por teléfono. Había maceteros con begonias, un retrato de León XIII. Apareció monseñor y traía una sotana con botones encarnados de arriba abajo. Moviéndose por América puede uno encontrarse con curas y monjas españoles, y es fácil que los curas sean administradores apostólicos, incluso obispos.

—Así es, por designio de Nuestro Señor —corroboró el clérigo—, pero un servidor no ha llegado tan alto... Además, yo he nacido no lejos de aquí, en la común de Valverde; los abuelos sí nacieron y murieron allá...

El curita o seminarista que le hacía de secretario trajo una bandeja con refresco y un par de vasos. Monseñor dijo que él mismo escribía «cosas», porque la cura de almas no está reñida con la erudición. Me llenó de recortes, separatas con sus artículos sobre el teatro del Siglo de Oro en la isla. Otros trabajos los guardaba inéditos, «por frívolos»: un repertorio de apodos clasificados en apodos anatómicos, apodos políticos, apodos de cosas que se comen, y además los tenía puestos por parroquias. Sería entonces cuando me habló de Encomienda.

—¿Hacia Jánico? ¿Por San José de las Matas?

—En un valle escondido y que apenas visita nadie, ya en el camino para Monte Cristi —me dijo.

La carta que preparó monseñor Fidalgo para el cura de Encomienda era cortés en sus palabras, fraterna en Jesucristo, pero sonaba imperiosa cuando el propio firmante me la leyó antes de meterla en el sobre.

—Es dura —sentenció—, es dura y solitaria la tarea de nuestros pastores.

A Encomienda llegué con las primeras oscuridades de la noche, que cayó repentina, porque llegué a tiempo de observar los colores chillones de los primeros bohíos, rojos, azules, amarillos, y en cambio apenas si se distinguía el verdinegro de los árboles cuando la guagua entró en la plaza. Me pareció que no eran horas para visitar al cura y fui directamente a la fonda. Había algún otro hospedaje, pero el del señor Trino Marqués es «la fonda» sin más. El señor Trino Marqués me llevó a mi cuarto, el mejor y más amplio de la casa según me dijo. La cama era ancha y vestida de limpio, y había una mesa grande de despacho, o posiblemente de comedor. En el armario de luna, en cambio, apenas quedaba sitio para la ropa. Lo ocupaban paquetes de algodón hidrófilo, tubos de pomada, utensilios como de cirugía menor. También un flexo eléctrico que el señor Trino Marqués me sacó para que pudiera leer de noche, porque bien se veía que yo era huésped de leer de noche y la electricidad llegaba escasa al *bombillo* del techo. Con el flexo ya colocado, el señor Trino Marqués insistió en que era la mejor habitación y que yo podía disponer de ella salvo que cuadrara un primer viernes de mes.

—¿Y cómo es eso? —le pregunté.

—El primer viernes de mes, el doctor Levingstone viene desde Puerto Plata a pasar su

consulta; en esta habitación la pasa.

—Un dentista —supuse yo.

—No señor —dijo el hostelero como ofendido—, el doctor Levingstone es un especialista, lo suyo son las varices y las hemorroides sin operación... ¡El doctor es un inglés de barlovento!

Ya solo, imaginé la relación del flexo con las inspecciones oculares del médico, la utilidad de la mesa grande para cualquier postura en que hubiera que poner a un cristiano. Hubo ratos en que la idea me molestaba. Desperté por la mañana y me encontré con que la habitación 109 (o sea, la 9) tenía un balconcillo con su mecedora. Desde el balcón se veía la plaza. También daba a la plaza el cuartito con el W. C. y la ducha. Me miré en el espejo y me gustó mi aspecto. No sabemos cómo va a declararse la barba cuando uno empieza a dejársela. A la barba hay que tenerle amor, ella sabe descubrir si se lo fingimos. Por eso está unos días sin decidirse abiertamente a prosperar; luego se convence de que va en serio, de que no vamos a seguir con la costumbre de la navaja o de la philips y se pone a sorprendernos por las mañanas con un remolino, cualquier reflejo, hasta poblarse como un bosquecillo amoroso. Y la camisa con tantos bolsillos, aquel sombrero de tela clara, como de misionero... Era temprano y ya andaba camino de mi trabajo. Sobraba mucho sitio en la nave única de la iglesia. Conté una docena y media de almas. Preferí quedarme atrás, pero me adivinaron y no quedó ninguna cabeza sin volverse más pronto o más tarde. Una muchacha inválida maniobró descaradamente su silla de ruedas; me clavó su mirada; aún no podía saber yo que se llamaba Dolorita. Y el cura. El cura no tenía que volverse. Estaba diciendo el evangelio:

—Así como quieren que los hombres les hagan a ustedes, hagan de igual manera a ellos. Y si ustedes aman a los que los aman, ¿de qué mérito les es a ustedes? Porque hasta los pecadores aman a los que los aman a ellos. Y si hacen bien a los que les hacen bien, realmente, ¿de qué mérito les es a ustedes? Hasta los pecadores hacen lo mismo.

Creo que mi llegada le produjo al cura un sobresalto, cosa de un instante. Celebraba con dignidad, con cuidado en la pronunciación de las preces.

—La bendición de Dios todopoderoso descienda sobre ustedes.

—Amén.

—Pueden ustedes ir en paz.

Quería quedarme el último. Remoloneaban los fieles. En lugar de salir anduve hacia el presbiterio, mirando las uvas y las espigas del altar barroco y un san Rafael y una Purísima como los puede mirar un turista. El cura estaba en el presbiterio, ya sin la ropa de la misa, pero en sotana. Estaba arrodillado y murmuraba una oración que me pareció en latín, probablemente de acción de gracias. Terminó de rezar y me preguntó en voz baja, sin que yo le hubiera dicho ni una palabra:

—Usted dirá en qué puedo servirle.

Pero no esperó la respuesta. La inválida se había quedado en su carro cerca de nosotros y nos miraba con unos ojos que no tenían intención de apartarse.

—Venga usted, estaremos mejor en la sacristía.

Le di la carta. El cura miró el sello del Obispado estampado vivamente junto a las

señas y abrió el sobre con sus dedos abrasados de nicotina. Cuando terminó de leer se soltó unos botones de la sotana y metió la carta en un bolsillo invisible. Me vino el temor de que este hombre fuera a seguir la cadena enviándome a otro. Pero no. Allí iba a hacer yo parada y fonda. Ahora sé muchas cosas del Cibao y de la Hispaniola. Para las fiestas de la Altagracia, de San Antonio y San Santiago hay vísperas que llaman noches de velación, donde se reza y se baila y se peca un poco. Se peca menos que en el vudú fronterizo, ¡Eh, eh! ¡Bomba, hen, hen! Si un ánima en pena anda por las yaguas de la techumbre hay que tiznar con carbón una cruz en el suelo. Si una tapia amenaza ruina la riegan con agua que haya servido en el bautismo de un primogénito. Conseguí las fórmulas de declararse los novios, las claves variables del toque de las campanas. Y un vocabulario con los nombres que les dan a esas cosas, que también allí son nombres del género femenino para la cosa del hombre y masculino para la cosa de la mujer...

—¿Ha tenido usted buenos sueños? —me preguntaba la criadita de la fonda cada mañana.

Empecé a ser un vecino del municipio. Seré franco. Empecé a ser uno de los notables, como el alcalde y el comandante de la Nacional, y había quien me daba por más instruido que el director del plantel escolar, por más virtuoso que el párroco. Mi aura venía del pueblo. La sentía a mi alrededor envolviéndome como una seda. Arrancó de un suceso del que no voy a gloriarme. Salvar a una criatura de una caballería desbocada y loca es un azar que sucede en una fracción de segundo, ya estuvo bien que una caterva de mujeres me alabara a coro. El día siguiente de aquello me llevaron una muchacha a la fonda. Llevaba la cara hinchada como de mil picaduras y algo opiné sobre el caso, incluso presté un poco de algodón del armario. Pero bien claro les dije que yo no era el doctor Levingstone. El médico del pueblo era un soltero viejo, comía en la fonda el sancocho invariable del mediodía y empezaba a mirarme con malos ojos. Empecé a conocer a la gente del pueblo, a algunos por sus nombres. Aprendí el nombre de Dolorita. Dolorita tenía su cochecito de inválida que subía y bajaba las cuestras, vencía las escaleras y los atrios, aparecía por las bocacalles más impensadas. A mí me admiraba su ubicuidad. Como un testigo silencioso que vigilara la vida del pueblo y los pensamientos.

—¿Ha tenido buenos sueños, doctor? —me preguntaba el señor Trino Marqués.

El señor Trino Marqués me pedía favores para la gente. Se había corrido la noticia de mis búsquedas y me traían figurillas de barro pintado, papeles impresos o manuscritos con historias de crímenes y oraciones, de la oración del Justo Juez llegué a tener una docena de copias. Pero se daba la casualidad de que traían también las partijas de una herencia. O dudas sobre la conveniencia de un matrimonio. Yo los escuchaba en mi cuarto. Escuchaba sin impacientarme. Solían entrar con reparo, a saber si ya habían estado para las varices. O venía una mujer sola, y hermosa...

Pero esto de la mujer sola y hermosa ocurrió solo una vez. Fue por la tarde. No supe si era del pueblo o forastera. Ni si venía de verdad a consultarme sobre su viudez atormentada por los espíritus o si sabía más de lo que le habían enseñado. El habla del Caribe puede hacerse muy dulce y líquida en los labios de una mujer que teme que las

paredes oigan. Me hablaba muy de cerca. Era una tarde de viento sur. Me levanté y fui al armario y cogí un hervidor del instrumental que estaba en depósito. Preparé unos cafés instantáneos. Sin beber el café, ella empezó a besarme las manos. Nunca tuve una mujer que empezara con semejante trámite. Era una tarde caliente y cargada de electricidad y yo llevaba semanas sin casi acordarme del asunto... Cuando quedé a solas con mi conciencia, me asomé con cautela, y ni rastro de aquella mujer que no dejaba nada en mi vida, ni siquiera su nombre. La plaza estaba cuajada en la siesta total: solo el cochecito de Dolorita plantado de cara a mi balcón, y de pronto, girando, huyendo por la primera esquina.

No me quedé nada alegre. No era la consabida tristeza de *después*. Era como un deshonor profesional. Justo el día siguiente me avisaron de que venía a verme el padre Orlando, el párroco.

Me avisaban de todas las visitas, pero el cura ya estaba con sus grandes zapatones en el umbral de mi cuarto. Levanté los ojos y encontré unos pantalones grises y farfollones, una camisa también gris con un remate blanco y sobado. Apenas habíamos tenido relación desde el día de mi llegada, y bien poco se había molestado este padre Orlando por mis cosas.

—Quisiera hablar con usted —me dijo—, si no tiene mucha tarea.

Lo malo fue cuando corrigió o amplió su deseo:

—Quiero confesarme con usted.

—No comprendo —le dije, por no preguntarle si se había vuelto loco.

—No hablo de la confesión sacramental, por supuesto: usted habrá leído a san Agustín, lo que yo necesito es confesarme con un hombre.

Mandé subir una botella de ron. Al cabo de un par de horas la botella estaba casi vacía. El cura me hablaba con respeto. Es verdad que la barba me hacía más viejo.

Ahora debería marcharme de Encomienda, pero me demoraba; me halagaba aquella indecible atmósfera de prestigio que no había conocido en mi vida. Yo mismo empezaba a creer en mis fuerzas. Si tocaba con voluntad a un hombre o a una mujer, el tocado se encontraba mejor. Una mañana en que lo comprobaba junto al seto de un bohío con un viejo mestizo que llevaba semanas sin alcanzar una sola hora de sueño, me acordé de unas palabras de Zeffirelli sobre su película de Jesucristo:

«Cuando Él colocaba su mano en un hombro amigo, ese gesto era fatalmente un acto sagrado».

El libro de Zeffirelli lo tenía en la fonda, una de esas lecturas de aeropuerto que luego hay que abandonar para no recargar el equipaje.

«Si partía el pan, si Él acariciaba la cara de un niño, esas acciones eran *además* otra cosa...»

Empecé a estar inquieto por el día. A dormir mal por las noches. Decidí que hay cosas con las que es peligroso jugar. Ahora debía procurar que no se supiera mi marcha. El señor Trino Marqués me prometió, a regañadientes, que no saldría a despedirme ni siquiera a la puerta. Al amanecer de un jueves —mañana era el día del doctor Levingstone, eso me sirvió de consuelo— me vi esperando en la plaza el coche de línea

que me llevaría a Santiago. Otros viajeros merodeaban alrededor del motor. Dictaminaban sobre las causas de que no respondiera.

—Será la electricidad del arranque, o la magneto —dijo alguno mirándome a mí, y yo me apresuré a decir que no entendía de mecánica.

Yo quería desentenderme. Me puse a ver unos papeles personales, mi anterior fotografía lampiña. Era una manera de no levantar los ojos, de evitar el encuentro con quienquiera que pudiese pedirme *algo*. Aunque mi asiento era numerado, tendría que viajar con un gallinero. Menos mal que parecían unas gallinas sanas. ¡Como si yo tuviera que responder de los animales de aquella tierra! Y una mujer algo india, con un niño demasiado grande en los brazos. Respiré cuando la oí que al niño lo tenía consentido, que no es que lo llevase al médico o al curandero...

Entonces apareció Dolorita por la calle que viene desde la iglesia. Venía hacia nosotros, a toda la velocidad de su cochecito «todo terreno». Los brazos de Dolorita han echado musculatura, lo único en Dolorita que no sea femenino y suave como una rosa. Esta vez el artefacto estaba más brillante que nunca, adornado el manillar con unas flores de plástico. Se acercaba: Dolorita, que tantas veces me había seguido, o esperado, y que en todo aquel tiempo no me había pedido nada. El autobús seguía sin arrancar y habían cesado sus conatos breves y roncós. Todos dejaron la mecánica y estaban pendientes de nosotros dos cuando ella llegó delante de mí. Dolorita me miraba, me miraba; yo no sabía para dónde mirar; el mecánico tenía en la mano un puñado de hilas grasientas pero no le importaba su máquina. Toda la creación se detuvo, incluso los pájaros de la plaza. La inválida no dijo nada. Yo escuché una voz interior, sin acertar si me soplaban el espíritu de Dios o si estaba tentándome aquel que en una altura le propuso a Dios no sé cuántos dominios. De todos modos, alargué mi brazo con lentitud, extendí la mano, estaba empezando a acercar mi rostro profético con la esperanza y el temor horrible del prodigio. Entonces el motor de la guagua se echó a girar con estruendo y la pausa sagrada se deshizo en pedazos. Rápidos y egoístas nos subimos los viajeros al coche. Mi boleto era de preferente y el cobrador corrió la mampara que me aislaba del paisanaje y de las gallinas.

La hija del general

En Oviedo, en una noche de setiembre, conocí por primera vez una mujer desnuda, y a la mañana siguiente supe el color del mar. Al doble descubrimiento llegué en un tiempo de desgracias mundiales pero yo me recuerdo inquieto por si el pantalón debía ser con vueltas o sin vueltas; dos mil aviones de Hitler machacaban Londres, y yo odiando la eterna espinilla que solía embravecerse justamente para el domingo...

Las mañanas de Oviedo eran muy ricas para vagabundear por el Campo de San Francisco, para llenarse uno el ojo con las asturianas que viniendo de la estación atacaban la calle de Uría con su alegría un poco descarada, buenas mañanas para cualquier cosa que no fuese ponerse sobre los libros de texto. Otros libros sí. Por supuesto, sí. La oficina de Regiones Devastadas, donde tenía su empleo un paisano mío, no resultaba mal expediente para matar algún rato. Me fascinaba aquel olor hecho de tabaco, de la virutilla de los lápices y del papel carbón arrugado en las papeleras. Pero más aún, el que hubiera algunos libros de literatura.

Un día, mi paisano me animó a que lo acompañase al Naranco:

—Anda, me ayudas con las miras y luego sé un sitio donde si cuadra nos comemos unos conejos.

—Pero qué es eso de las miras —aunque yo estaba disponible para ir y venir como un pájaro.

—Esas reglas graduadas que están contra la pared, no pesan gran cosa.

No pesaban, y además eran suaves y barnizadas. Antes de salir me llevé algo para leer. Era un libro de versos. El libro estaba mutilado. Tenía unas tiras del papel engomado de los estancos, como esparadrapos.

—Ha hecho media campaña conmigo —dijo el topógrafo—, lo apañé en una casa del frente de Córdoba.

Pero no se quedaba a gusto:

—Solo un libro, qué quieres. Hay quien se ha hecho con colchones, con máquinas de coser, querrás creer que he visto levantar un tejado en Tamarite de Litera para sacar por arriba el piano.

Era poco mayor que yo. Solo tres o cuatro años mayor que yo, pero la diferencia parecía enorme. Hasta Juanito Ramón, que se preparaba para notario, había vuelto de la guerra con una sombra en la cara, y eso que era la cara más aniñada de nuestro pueblo. Mi amigo de ahora me miraba como si fuese mi padre, me daba tabaco como si fuese un tío mío tolerante, me preguntó si alguna vez había andado yo en mediciones por algún terreno.

—Y las áreas, sabrás por lo menos el área del rectángulo, aunque te haya dado por estudiar letras.

—El rectángulo, sí. La base multiplicada por la altura.

—¿Y de un polígono regular, pentágono, hexágono, octógono?

—Eso ya no, eso me parece lo más difícil del mundo. Bueno, lo peor es el problema de dos trenes que se enfrentan a distinta velocidad, calcular en qué punto van a pegarse la torta.

El de Regiones se reía. Él y yo íbamos delante, disfrutando del lujo de la cabina.

Detrás, en la caja de la camioneta, viajaban unos peones disciplinados. La camioneta era una Chevrolet probablemente requisada, que daba botes a cada paso, pero yo tenía los huesos a estreno, tampoco me importaría que saliera, de errata, los huevos a estreno, esa parte que ahora me parece tan delicada en los viajes. Además del vehículo muy trabajado, estaban las heridas del suelo de aquella ciudad, que entonces llamaban la ciudad mártir, y a mí me parecía la capital de lo nuevo y resplandeciente.

Además de las reglas de colores vivos y de otros instrumentos del oficio, los de Regiones Devastadas llevaban unos prismáticos. Fue fascinante, sentirse en aquella altura y acercar hasta el monte la catedral. Pero también las calles rectas y orgullosas, el emporio dorado del Banco Herrero —«Don Policarpo Herrero, opulento banquero, ha pasado por nuestra estación camino de Málaga», le había oído leer en el periódico a mi padre.

Quienes entran en la juventud respiran la creación del mundo. Mucho más si esta entrada ocurre al terminar una guerra. Era otoño, y sin embargo yo sentía crecer los árboles y las plantas. Ahora no sé por sus nombres qué árboles ni qué plantas, serían helechos, pinos silvestres, también algún roble suelto.

Y sobre todo, los eucaliptos.

Había tantos, tan eficaces, que era oler el Pulmogrey: el mismo vaho balsámico de aquellas inyecciones piadosas contra el fantasma que no se nombraba, o que se decía «un catarro mal curado», todo lo más «una cosa de pleura»...

De pronto, y como llevado por la asociación de las ideas, vi la tumbona y la manta de colores a rayas. Vi una melena desparramada y rubia. Y entre la manta y el flequillo rebelde de la frente, las gafas ahumadas que casi llenaban una cara de mujer adoradora del sol y del aire.

No sé cómo llegamos a hablarnos.

—Es genial —dijo ella—, se ve como si estuviéramos paseando allá abajo entre la gente, pero estoy abusando, ahora le toca a usted.

Y al día siguiente:

—No, no, deje, hoy me he traído unos prismáticos de campaña de los de mi padre, a lo mejor le gusta a usted comparar.

Y algún día más tarde:

—Me llamo Lina. Paulina. Te puedes sentar un poco, hasta que venga Dolores.

Dolores era la criada que la acompañaba. Era una mujer servicial y alegre, abrigaba en la tumbona a su señorita y enseguida se apartaba paseando hacia el lugar donde estaban los peones del Observatorio en obras. A Lina le mentí en la edad. Creo que me inventé un curso (de Derecho), por no decirle que el examen de Estado. Aun así, me pareció que ella podría aspirar a un estudiante de quinto de carrera, incluso a un opositor. Yo me dejaba caer por lo de Regiones. Siempre era fácil que subiera algún coche. Y no me olvidaba de coger algún libro, preferible de versos, creía yo que el llevar en la mano un libro de versos ayuda con las mujeres, y a lo mejor es verdad.

Me dijo Lina:

—Me parece que tú mismo tienes algo de poeta, a que sí.

Pasé un poco de vergüenza.

—Lo que no entiendo es que te guste venir todos los días, al principio creí que de verdad trabajabas con los ingenieros. No entiendo que vengas y te quedes a estarte las horas conmigo.

—Si te molesto no vengo.

—No me molestas, no te pongas así. Pero habrá por ahí tantas niñas monas... guayabos...

—Esas chicas que tú piensas son bastante tontas —y es verdad que no me interesaban mucho. Me lancé, pero mirando para cualquier punto del mundo que no fuese Paulina—: Tú sí que le puedes interesar a cualquiera.

—Pues no sé qué me verás tú. ¡Si apenas has podido conocerme más que tapada!

—Pero no todo tiene que verse con los ojos.

Sin mirarla derechamente observé que con un movimiento caprichoso derramaba todavía más su cabellera abundante sobre los almohadones, debía de estar muy satisfecha de su pelo limpiísimo. A veces se retocaba la pintura de los labios. A veces se entretenía en arreglarse las uñas sin alterar la inmovilidad del cuerpo acostado.

—Si te intereso un poco será por lástima.

—¡Por qué iba a tenerte lástima!

—Te advierto que ya no me importa lo más mínimo, al principio te confieso que sí. Ya sabes por qué estoy a reposo, esto no hace falta decirlo.

Le dije yo a mi manera:

—Tampoco tiene tanta importancia. Eso se cura, hay la tira de gente que lo ha pasado.

—Bueno, lo que sí es verdad es que no es tan malo como parece. Por lo menos no tienes dolores, ni los médicos te hacen ningún daño, lo ven todo por las radiografías. Al principio te parece que se te viene el mundo encima pero luego te acostumbras a la soledad, todos los libros y revistas que quieres, y pensar, ¿a ti no te gusta ponerte a mirar para un fuego o el mar y estar mucho rato pensando?

—Según qué cosas.

—Recuerdos. Bueno, me parece que tú no habrás podido juntar demasiados recuerdos.

—A lo mejor sí.

—Solo unos días antes de que me empezara esto, fue el viaje cultural a Alemania, no me dirás que no lo viste en el Nodo. El tren hasta Bilbao, el barco todo engalanado de banderas, ya puedes imaginarte cómo nos agasajaron en Alemania los ministros y todo. ¿Tú qué ciudades españolas conoces? Para mí de los recuerdos mejores, los de Zaragoza. De las cosas que me ponen más emocionada es oír una música de noche por el balcón abierto, como las serenatas que nos daban los cadetes en Zaragoza. Anda, si me acercas el termo tomo esa leche odiosa y no tiene que venir Dolores.

Paulina estaba delgada, la leche del termo se la cargaban de yemas de huevos frescos. Un día pude enterarme (mis dedos) de que su piel era muy suave. Fue ella misma, y no iba a ser la última vez que una mujer me enseñara:

—Dame tu mano, a ver si te parece que tengo fiebre. Luego, todos los días, mientras ella parecía estar en las nubes y no enterarse de lo que pasaba en el mundo, yo le

tanteaba la temperatura por debajo de la manta. Paulina se quedaba muy quieta, sin romper el reposo sagrado. A veces suspiraba, se removía un poco como si necesitara cambiar de postura. Mi mano y la suya terminaban encontrándose en aquel refugio caliente, me la apretaba. Entendí que ella me sujetaba para que no fuera a estropearse una amistad tan bonita, y que al mismo tiempo me retenía para que no me retirase del todo. Yo no iba con malas intenciones. Yo era un chico romántico (aunque ya me hubiera acostado con una mujer, pero eso era otro cantar), y para aquella afición mía por Paulina le sobraban a mi alma las exigencias del cuerpo.

—Me gusta estar contigo, así, porque eres un caballero. A Paulina le habían mandado que no fatigara los pulmones hablando, pero se olvidaba y hacía lo que le daba la gana. Había nacido en Melilla. Los estudios no le habían gustado mucho. De la guerra tenía una experiencia de muchacha festejada y feliz, me contaba de las cuestaciones y de vagos idilios en los hospitales de sangre. El tiempo se nos pasaba en un vuelo. Todos los días, ya cerca de la hora de la comida, oíamos aproximarse el coche negro y largo, que traía un banderín enrollado. Todavía le faltaba subir por algunas revueltas, hasta llegar al repliegue del monte donde Paulina se curaba de las nieblas crecientes de abajo. Pero Dolores era previsor y empezaba a levantar el campo. El coche llegaba, conducido por un cabo, y alguna vez vino también un ayudante con cordones sobre el caqui de la guerrera a ayudar a la hija del general. Hasta la mañana siguiente:

—Pero cuéntame alguna cosa, no te quedes ahí tan callado. De las diversiones. Seguro que lo pasáis brutal los chicos y las chicas.

—No creas —le mentía yo—. Oviedo es como un pueblo, todo está de lo más aburrido.

—¿Y el cine?

—Dan muchas españoladas.

Y un día, ella:

—Oí por la radio que están poniendo una película muy buena. De esa artista que llaman la Jana.

No era una película, eran dos o como si dijéramos una historia en dos partes, una tarde daban *La tumba india* y la otra tarde seguía *El tigre de Esnapur*. Yo había visto embelesado la historia completa, después de perder mucho tiempo en la cola. Pero no me importó jurarle a Paulina que eran un tostón aquellas cosas de Asia.

—Creo que van a prohibir que se fume en las salas —dijo ella—. Con eso a lo mejor me dejan que vaya al cine dentro de unas semanas, ahora no me conviene ese ambiente cargado.

Para mí el descubrimiento de la hombría y de la libertad consistió en el tabaco, cuando ya podía disfrutarlo delante de un profesor, de un cura, incluso de mi padre. El café cantante transcurría entre el humo de las cajetillas racionadas, en los billares dábamos nuestras tacadas elegantes con el pitillo en la boca, un mismo cuarto de la pensión lo compartíamos tres fumadores, siempre con la ventana cerrada... Y sin embargo, yo me olvidaba de fumar cuando estaba haciéndole compañía a ella. Empezaba a gustarme el aire puro del monte, como si fuera yo mismo el tuberculoso.

—¿Sabes que estás poniéndote muy moreno? Ya me gustaría a mí que me pasara lo

mismo.

—A mí me gustas así.

Paulina tenía mucha coquetería de mujer, y como escasamente podía lucir la ropa, salvo en el breve trecho hasta meterse en el coche, lo que variaba casi todos los días era la manta. Recuerdo la del primer día, un cobertor muy fuerte con franjas ásperas de color rojo o granate y otras franjas amarillas y también de marrón oscuro. Otras veces lucía sobre su cuerpo acostado una manta de viaje a cuadros escoceses, con flecos que ella se entretenía en trenzar y destrenzar con sus dedos largos y ociosos...

Un día que la encontré con manta de piel, como un gran abrigo de visón que hubieran desarmado para quitarle la forma, Paulina estaba mirando papeles, el contenido de un sobre grande.

—A ver qué te parece este parque.

—Precioso —dije mirando la fotografía de un parque cuidado, con bancos de trecho en trecho. Se veía alguna gente sentada, o paseando con aire feliz.

—¿Y ese salón de estar?

—Me parece un hotel de lujo —aunque yo nunca había puesto los pies en un hotel de lujo.

—¿Y las terrazas? —porque los papeles o cartulinas del sobre eran una colección de fotos a buen tamaño—. Fíjate en las terrazas, todas orientadas al mediodía.

Sí. Era una larga galería abierta donde había una serie de tumbonas con gente tumbada y abrigada como lo estaba Paulina. Se veían algunas enfermeras. Hombres apuestos de bata blanca, que se podían adivinar solícitos. Entonces comprendí lo que era aquella propaganda y pregunté, tristemente, por qué.

—Por qué —le dije a Paulina, y temí que ella no iba a entender mi pregunta un poco dolida.

—¡Porque quiero curarme de una vez! En un sitio donde nadie a mi alrededor tenga que mirarme como a un bicho raro. Comprendes. Un sitio donde todos estén como yo.

Decidí que debía desaguiarla. Que yo y el mundo entero le debíamos a Paulina una reparación. Me acerqué a su cara, a buscar en su boca el contacto más íntimo y contagioso que puede haber entre un hombre y una mujer. Casi la vi aceptar. Pero puso la mano sobre sus labios entreabiertos, una mano adelgazada, pálida, transparente, y a través de aquella frontera de venas y de huesos ardientes nos besamos con furia, ella y yo buscando el sabor imposible del otro.

Fue el momento cumbre de aquel otoño: ahora, todo empieza a ser descendente. Los días se acortaron y los murmullos de la naturaleza eran menos audibles. Dolores nos amenazaba con que «mañana tiene que llover» —mañana, mañana—, y mi corazón estaba lleno de presagios.

Una mañana, sin embargo, tuvimos un sol espléndido pero que traía un no sé qué de insidioso, el veranillo de San Martín. Volaban algunos moscones enloquecidos, y Paulina me pareció nerviosa y necesitada de aquellos cuidados míos. Esta vez sí que era ella la que guiaba mis manos, y encontré que se había puesto cómoda por debajo de la manta. En esos juegos anduvimos un rato. En un momento, Paulina se estremeció toda, esta vez

tenía de veras fiebre. Yo me sentí un poco culpable. Ella quiso darle la vuelta a la manta de lana de los Pirineos, que igual servía por el revés que por el derecho. Pero antes estuvo recomponiéndose, abrochándose a tientas la ropa que había dejado suelta. Desapareció el lado oscuro y de pronto la manta fue blanca, blanca y pura como la nieve.

El auto oficial se estaba aproximando por las revueltas del Naranco con su rugido familiar mucho antes de la hora de siempre. Esta vez eran el cabo conductor y un oficial con las insignias de capitán médico. El capitán se llegó a donde estábamos y saludó llevándose la mano enguantada a la gorra de plato, mientras Paulina se incorporaba un poco, para presentarnos:

–Mi prometido –dijo por el capitán médico.

Y acerca de mí:

–Aquí un muchacho estudiante.

Todavía puedo verlos en aquella escena final de acercarse al coche sin volverse a mirarme, Paulina llevada en brazos por el capitán que caminaba sobre los hierbajos con sus altas botas relimpias. De manera que volví a los cafés acogedores y viciados de Oviedo. Si no sufrí más fue porque eso de «Mi prometido» era un poco cursi, la verdad, también que en el transporte galante se le había volado al capitán la prenda de cabeza y el cabo y Dolores corriendo para alcanzarla, se habría levantado un poco de aire.

Truman Capote cuenta un cuento

A Truman Capote llegué a conocerlo a tiempo, y para mí sus historias son ahora lo que son y además «otra cosa», como si al leerlas me llegaran vivas y coleando desde sus labios irónicos.

Lo conocí con una camiseta blanca pegada al tórax sólido, como de camionero, y encima llevaba una chaqueta a rayas vistosas. En el Antoine de Nueva Orleans (pero a él no le gustaban los restaurantes de su ciudad) dijo que iba a contar una historia exótica, el caso de la iglesia borrada.

–Fue en Moscú –dijo el novelista sureño–, en un viaje *muy personal*, ¡al diablo las entrevistas y los editores! En Rusia el hotel es igualitario, puede ocurrir que las habitaciones de todo un hotel sean idénticas. Y con menos pamplinas que los Hilton o los She-raton. Vas y te encuentras con lo necesario para un tipo que va de paso: una cama

abrigada, una mesa sólida para los papeles; y en el baño los grifos son prácticos, no te resbalan las manos enjabonadas. La camarera me aleccionó por señas: las luces, la calefacción graduable... Quieto, muchacho, en Rusia está feo palmeo un culo de funcionaria. ¡Un bonito culo moscovita! Ella se fue muy digna. Yo me quedé solo y me tumbé sobre la colcha de la cama, es un acto de toma de posesión que se debe cumplir en cuanto se llega a cualquier hotel del mundo, tanto da socialista como capitalista. Sospecho que me eché unos tragos, llevaba mi «botiquín» en el equipaje. Luego distribuí mis cosas por los estantes y cajones, y luego me acerqué a las cortinas de la ventana. Eran unas cortinas pesadas. Tiré del cordón con indiferencia, lo mismo que pude apretarme los cordones de los zapatos. Fue un susto, la belleza puede sobrecogernos tanto como el horror. Mi habitación daba a una calle estrecha y, enfrente mismo, habían plantado *una iglesia*. Casi se la tocaba con alargar el brazo. La iglesia era polícroma y resplandecía bajo la luz última de la tarde. Toda la fachada estaba bañada de oro, y un largo zócalo la recorría, con adornos corintios. Abrí la ventana de cristales dobles. Te asomabas mirando hacia arriba y allí tenías las torres en forma de cebolla, las cúpulas azules, verdes, doradas. Me senté a mirar como desde un palco, sin pensar que podrían sacarme de allí convertido en estatua de hielo. Luego, de pronto, me eché escaleras abajo, sin hacer caso de los ascensores, con miedo de que se hiciera noche cerrada. ¿Saben ustedes para cuántas almas hay cama en un hotel de Moscú?

Capote tomó un bocado. Bebía tragos cortos y frecuentes de sauternes muy frío, pero comía frugalmente, poco más que una tortilla francesa.

—O para cuántos cuerpos, ja, ja, las camas le hacen mejor servicio a los cuerpos —y en los ojos azules le brilló una breve malicia—. Abajo estaba la gran explanada con autocares, taxis, gentes de a pie, y también el Moscova allí al lado, con barcos y barcazas empezando a encenderse. Pero no aparecía ninguna iglesia. «*Church, tempel, prostitie, prostitie*», y la gente me señalaba hacia San Basilio el Dichoso, las catedrales del Kremlin. «No, ¡diablos!, estoy diciendo una iglesia por aquí mismo.» Y ellos: «*Niet, niet*». Habría sido una alucinación, aunque por entonces no probaba la *hierba*. Estaba agotado de escribir, esto sí, cansado de vivir. Había horas en que sentía la vida como una cortadura en el rostro, como si me lo cruzaran con un látigo. Algo me fue empujando alrededor del hotel, le di la vuelta a la mole inmensa, hasta un callejón donde yo era el único transeúnte. La iglesia estaba dentro del callejón. Y allí, definitivamente, me enamoré. Un amor furtivo. Pronto viví como un moscovita, distinguía al tacto entre una moneda de 50 kopeks y la de un rublo, si veía a dos personas una delante de otra sabía que tenía que ponerme el tercero y ya éramos una cola. Vi teatro en el Mayakovsky y en el Bolshói, husmeaba en los libros de lance de la calle de Kachálov... Pero todas las noches volvía al hotel con una idea fija.

Se golpeó con la mano en la cabeza, me pareció que se excedía en el golpe.

—Una obsesión aquí, en esta cabeza infestada de fantasmas. Pasaba por las puertas bien vigiladas, los vestíbulos enormes, tomaba los ascensores, me cruzaba con rusos europeos, mongoles, chinos. Cuando llegaba a mi piso le hacía una pequeña reverencia a la controladora y en seguida le pedía la llave. Me metía en la habitación mercenaria como

si un cuerpo cálido me estuviera esperando. Descorría las cortinas, despacio. Y ciertamente, *alguien* me estaba esperando. La iglesia no estaba iluminada, no había focos ni reflectores. Nadie parecía acordarse de aquel monumento disidente que solo esclarecían los faroles de la calle, y a veces la luna fría...

Se le vio que bebía un poco más deprisa. Me hubiera gustado estar más cerca del narrador, pero éramos demasiados a la mesa. Por el balcón del reservado del restaurante se colaba un fondo no muy lejano de *jazz*, la noche cálida de Luisiana. Y un olor a café y a plátanos un poco pasados.

—El amor es un ejercicio de la paciencia. Yo le iba descubriendo a la iglesia rusa sus atractivos, y también sus precariedades, que aún me la hacían más allegada. La construcción no tenía la riqueza de piedra de las catedrales. Era un ladrillo que encubría su modestia con las vivas coloraciones asiáticas, y había zonas en que la pátina había sido derrotada por una inclemencia de siglos. Pero aquella iglesia llenaba el mundo, y era extraño que a nadie se le ocurriera compartirla conmigo o arrebatármela. Pasaba poca gente por el callejón, aunque estuviera en el corazón de la ciudad, y los pasos resonaban como las botas claveteadas de los boyardos. ¿Se dan cuenta? Los boyardos. Y los popes de barbas blancas y ortodoxas... No sé si ustedes han tenido de chicos un libro prestado, con iglesias como la que digo. Yo tuve ese libro a mis doce años y daría algo por saber si sigue en la granja de mis tíos los Carter, si es que sigue la vieja granja, ahora que están criando malvas mis viejos tíos... Un libro así no se olvida nunca: junto a las estampas a todo color estaba la fascinación de los caracteres extraños, y luego se descendía, ¡lástima!, a una escritura sin misterio: «*Red Square, St. Basil's Cathedral*». «*The Kremlin, The Assumption Cathedral*.» Eran hermosas las iglesias rematadas en bolas y crucifijos de oro. Yo me extasiaba mirándolas en un granero de Alabama, y les puedo jurar que las iglesias tenían movimiento, que las cúpulas avanzaban hacia mis ojos como una procesión de cruces alzadas y de ciriales...

El hombre que escribió *A sangre fría* tiene la voz punzante, cortante, pero ahora su inglés norteamericano sonaba grave. Duró poco, y volvió a oírsele el desenfado:

—La víspera de mi salida se descubrió un error. Mi pasaje de avión era para el lunes y la habitación del hotel tenía que quedar libre el domingo. ¿No podría arreglarse el asunto? No, no podía arreglarse, llegaban los camaradas delegados de no sé cuántas repúblicas soviéticas... Luego, de repente, alguien concedió que no me preocupara. «*Spasibo, spasibo*», yo lo agradecía mucho, con ese celo que pones en dar las gracias en el idioma de los otros. Me acompañaron unos muchachos jóvenes. Al final un solo muchacho... Volví al hotel muy colocado... Los pasillos estaban animados, idas y venidas, gentes serias con la identificación colgando de la solapa. La jefa del área andaba al tanto, sonrió comprensiva (de las ciudades hay que despedirse bebiendo), y me llevó por el largo camino de puertas y de habitaciones en serie. Ella misma me abrió la puerta. «*Spasibo, spasibo!*» Y qué detalle, la maleta me la tenían casi terminada de hacer. La ropa que había dejado en las perchas estaba doblada dentro de la maleta. Alguien había andado en mis cosas de aseo. Qué más daba, yo sabía muy bien lo que quería en aquella última noche. Pero no separé las cortinas crujientes. Me tumbé pensando en el placer de

esperar, ja, ja, como en el amor. Lo haría a la luz del amanecer, fingiéndome a mí mismo que por primera vez veía el espectáculo maravilloso...

Capote había lanzado el anzuelo, y todos lo habíamos mordido y esperábamos.

—Me pareció una noche muy corta. Llamaron y este pobre Tru-man no podía con la resaca. Ya tenía el abrigo puesto y un horrible gorro de astracán cuando me decidí al adiós. Las cortinas corrían peor que otras veces. Miré. Como en el día de la llegada, me dio un vuelco el corazón. Pero esta vez era un susto distinto, a unos metros estaba el lienzo de una pared suplantadora y ciega, ¡cómo podían haberla levantado en una noche y que mi iglesia hubiese sido borrada! Cerré los ojos. Los abrí con cierta esperanza pero el maldito muro seguía allí, tan próximo como si quisiera aplastarme. Aquello era *fantástico*. Yo tenía conciencia de haber bebido demasiado, pero me pregunté mi nombre, mi filiación, mis dos números de teléfono en Long Island, y todo me funcionaba. Insistían llamándome, «¡Herr Capote!», «¡Míster Capote!». El taxi estaba esperando y yo miraba y miraba, y aquel desconsuelo creciéndome en el estómago, pero ya no había tiempo para vomitarlo. Solo al final, al devolver la pesada llave numerada, comprendí que los puñeteros rusos me habían cambiado de habitación. Ja, ja. En esos países exóticos nunca se sabe.

A T. C. lo vi dos o tres veces más en mi vida. Me dolía que no retuviera mi nombre, que siempre me preguntara si no nos habíamos visto antes. Contaba historias lejanas, nunca le oí contar un cuento de jugadores de cartas en los barcos del Misisipí, o de blancas damas en mansiones servidas por negros.

Picassos en el desván (1991)

Así empezó Lourido

Una vez estaba en la tertulia Paco Lourido, escritor de mucha obra inédita, y esto fue antes de que al pobre le negaran la entrada en el café y en el Círculo y en las presentaciones de libros porque les soltaba los botones y los lazos a las señoras. Todavía no había entrado en barrena, solo algunos indicios, y se puso a contar de Río de Janeiro, adonde había emigrado unos meses sin que se sepa claramente el porqué.

Lourido hablaba de un cabaré de mulatas. Las describía. Aquella noche se presentó en el cabaré de mulatas un cliente bien apersonado, con su séquito ni grande ni escaso, como sabe hacerlo un personaje con clase.

—¿Y a que no sabéis quién era el personaje? Pues era mi paisano Camilo. «Pero hombre —me dijo Camilo—, los de Las Mariñas estáis en todas partes.» Y luego: «Si no tienes cosa mejor que hacer vete mañana a la Cámara de Comercio, que doy una conferencia y nos dan un vino de Rioja».

Lourido sacó la única camisa que tenía de cuello cerrado y se puso corbata aunque la conferencia era por la mañana. Se gastó unos cruzeiros en un taxi y estuvo haciendo tiempo por las calles del centro, qué hembras por las calles de Río, como si fueran bailando sambas. En la antesala de la conferencia había unas cuantas damas que tampoco eran mancás. Dos, al menos, como para un concurso de *misses*. Lourido decidió elegir a una, no por nada, decía, solo porque el problema mental le quedara resuelto.

—«El señor Ruisánchez, de la embajada de México.» Y yo: «Francisco de Lourido, para servirle». No sabéis qué ambiente en la Cámara de Comercio. Conque me presentaron a mi *beleza*. De cerca estaba todavía mejor. «La señora de Bandeira.» Y yo: «Francisco de Lourido y de Castro, a sus pies».

La señora de Bandeira había venido desaparejada. Dijeron que Bandeira era un magnate del algodón y Lourido se lo imaginó como quiso. Sería un moreno fornido, buen garañón, pero descuidado de todo lo que no fueran sus tierras inmensas allá por Pernambuco o en Ceará. Con alguna querida *preta* que ni idea de lo que es una

conferencia o un concierto...

A la Cámara de Comercio de Río de Janeiro le gusta invertir los fondos de su patrimonio en retratos al óleo y tapices, en bustos presidenciales y en alfombras y pulidas caobas. El marco resultaba solemne. Iban pasando entre reverencias y a Lourido lo alivió que el salón de conferencias fuese más ligero. Había unas sillas como coloniales, con su respaldo abierto y aireado. Lourido dudó un instante, evitó la primera fila, se sentó en la segunda fila por si el protocolo. Así fue como tuvo delante, exactamente en el lugar delante del suyo, la melenilla corta y un poco insolente de aquella mujer, su espalda con la chaquetilla resbaladiza sobre los hombros, eso que llaman un bolero. Pero ya empezaba la presentación. El presentador hablaba un portugués menos melancólico que el de los portugueses. Y luego:

«Doy las gracias al profesor...», correspondió Camilo con ese vozarrón.

Comenzó el discurso de Camilo. Lourido oía las palabras del discurso, pero no lograba entrar en las ideas. Porque qué pensaría una mujer así sobre esas filosofías, y sobre Tocqueville. El conferenciante estaba cerca, pero su voz sonaba muy al fondo, como un rezo de catedral o una música... Los conciertos, los recitales de poesía, los sermones estimulaban sin remedio las ensoñaciones de Lourido. Esta vez se puso a tramar su propia presencia en un mundo de azúcares y cafetales. La mansión de columnas en la fachada, los interiores con sus tules y ventiladores en el techo, con loza inglesa y cristales de Bohemia y libros importados en barcos hasta Recife para luego seguir en las canoas por ríos muy anchos. El silencio de las largas siestas lo escuchaba Lourido. La brisa cálida de las noches nordestinas sabía sentirla Lourido. Y él, Lourido y de Castro, como hombre de cultura y confianza, preceptor de la dama sensible y a medias abandonada... En esto, la chaquetilla que se sostenía sobre los hombros suaves resbaló un poco, y la brasileña, con mucha discreción, se quitó la prenda para mantenerla sobre el regazo, sobre los muslos, que Lourido calculó largos y proporcionados.

Fue una situación nueva. Todo había cambiado en la Cámara de Comercio. Lo que Lourido vio desde ese momento, lo que tendría que ver durante toda una hora, era una espalda de mujer solo velada por una blusa delgada como el aire. Allí se declaraba una hermosa piel de color canela. Con su lunarito y todo. Pero no era el lunar ni la chicha lo que estaba empezando a inquietar a Lourido. Los ojos de Lourido se habían hecho a la luz tamizada y descubrían detalles. El color rosa de corsetería de lujo. Esa tira trasera que deja sujetas las tetitas de una mujer. Y luego, en fin, el brillo de la presilla, como un fetiche, que parecía de plata...

El conferenciante debía de seguir hablando. Y Lourido con la camisa de vestir pegada al cuerpo por un sudor insidioso. Y las manos, sobre todo las manos. Dice que probó a pensar en pústulas, en perros policía, en el deshonor. Recordó, como uno se encomienda a un santo, a la hermana que se les fuera a Orense de monja. Si la brasileña se removía un poco era para hacer más fuerte la tentación horrible. Lourido se aferró con el pensamiento al *bandeira* o *bandeirante* de la caña y el algodón. Lourido fomentaba ahora la imagen fiera y disuasoria de un marido celoso como esos de los sertones, que además suelen ser coroneles eméritos... Con sus largas escopetas. Y sus «*capangas*» –

Lourido ya iba conociendo el idioma: «*Caceteiro que por dinheiro se presta a maltratar alguém*»; *caceteiro* es el que lleva *cacete*, *cacete* es una estaca «*curta e grossa*»...

El peligro puede aclarar las ideas. La voz académica y grave del de Padrón estaba volviendo al primer plano, Lourido pensó oscuramente en el botón de un aparato que alguien hubiera manejado para aumentar el volumen. Oía hablar de libertad, pero la libertad estaba en la calle, no en las palabras. Lourido usaba buenos modales, se ajustó el nudo de la corbata y salió de la sala con infinito cuidado, con inclinación de cabeza a la presidencia. Fingiendo un poco de tos.

—El artista —decía Lourido— no debiera luchar con las manías, que es perder un tiempo precioso. Y además, tampoco es un crimen pillarle a una señora el elástico del sostén, tirar de la gomita, soltar de golpe y ya está.

El tendadero

En la noche del 17 de setiembre de 1858, la Reina Isabel II con su séquito entró por las calles de esta villa. El pernocte fue en casa de los Orosa y algo tiene que ver con el asunto de Paulino de Oro—sa, ahora, después de casi un siglo y medio.

Paulino de Orosa tuvo un solo asunto de faldas que valiese la pena, y por uno de esos gestos de orgullo lo echó a perder. Marchó a Madrid y al cabo de unos días decidió que la vida que estaba viviendo no era la suya. Una cosa era compartir la chica con otro hombre (quizá con más de uno) y otra que el revoltijo se hiciera bajo el mismo techo.

—Por muy libre que sea esta gente del cine.

Se les había visto marchar a él y a su perro en el Dodge Dart, una mole que ya no circula por el mundo, tirando gasolina y aceite. Y todos supimos a qué iba y con quién iba a estar en Madrid, porque el plan se lo habían traído en bandeja. Lina llegó al pueblo con el equipo que iba a hacer la película. Paulino de Orosa no supo negarse a que entrasen en el caserón con la impedimenta, pero estuvo a punto de arrepentirse cuando metieron un transformador como si fuesen a instalar una industria. Luego resultó que los del cine lo llenaban todo de juventud y de vida.

—Daría usted el tipo exacto para el personaje —le dijo el director de la película a Paulino de Orosa, cuando temieron que no llegara el actor que iba a hacer de anfitrión de la Reina.

El director ya no era tan joven, se movía con más respeto que su tropa:

—No sé cómo pedirselo después de tanta hospitalidad. Sería solo una escena y muy poco molesta.

Lina estaba siempre al lado del director y dijo que sí, con poco que la peluquera y el maquillaje ayudaran.

—Ni un pelo de la cabeza y menos aún de la barba —fue la condición que puso el dueño de la casa.

Los Orosa incluso a cierta edad son de mucha abundancia en el pelo, la barba recia y rojiza. Ni aunque los tiempos cambien dejan de ser señores. En el coche este Orosa parece un caballero antiguo compenetrado con su caballo, y no le falta el compañero leal, enseñando su orgullo de podenco siciliano en el asiento de atrás. Paulino de Orosa sigue renovando su carné de conducir, que le sirve para circular por este mapa pequeño de ferias, de médicos, de visitas a parientes que se le van extinguendo. Seguro que fue a Madrid rodeando por las carreteras más secundarias, y lo mismo a la vuelta, llevando el volante con guantes de cabritilla por en medio de dos hileras de árboles.

Aquella Lina manejaba mapas, papeles, el guion de la película. En el guion de la película, la comitiva regia había llegado al pueblo con mucho retraso y fatiga. La Reina manda descorrer las cortinas del balcón principal y saca al principito de Asturias para que sea visto por la población. Castiza la Reina, que le frían unos huevos con jamón, y se la vería golosona en un plano medio. Lina llevaba un cuaderno en la mano y el rotulador. Lina era la *script*.

—¿Y eso? —le preguntábamos a Orosa

Al hombre le habían cambiado la vida. No le dejaban leer y casi no venía al casino. La *script*, el *racord*. La preocupación por que hubiera *racord* traía a Lina por la calle de la amargura, y eso se contagiaba. Se está rodando una escena y hay que continuar el rodaje al día siguiente, pero el espectador va a verla toda seguida, de manera que ojo a los detalles, que la barba de los hombres esté igual de crecida; ni los calcetines pueden cambiarse.

Era una manera de hablar, porque no hay calcetines en las películas históricas, las cajas atascaban los pasillos y corredores del caserón y traían calzas mediadas y calzas bermejas, jubones, gorgueras, roquetes y bonetes de cura. Cuando hubo necesidad de una mitra de época, salió un taxi a que la prestasen en el museo diocesano. Para el cine son todo facilidades. Orosa (como todo el mundo) creía que los del cine son de mucho acostarse entre ellos. Pero solo se les veía de camaradas, ningún manejo ni ninguna hambre de cama.

El equipo terminó de rodar. Levantaron el campo, y que a ver cualquier gasto que se hubiera causado. El de Orosa —de la rama bretona— no iba a rebajarse cobrándoles la luz. Doña Isabel II y todas las mujeres del reparto lo besaron al marchar. Lina también, pero nada que fuera especial.

—No creas, por entonces ya había algo —le decía Lina, pero eso vendrá después—, por lo menos sentía una curiosidad.

La casa grande quedó vacía como queda el pueblo al día siguiente de las fiestas. Orosa

sentiría lo mismo que de chico con el circo o la farándula de la feria, que no ibas a olvidarlos nunca pero se iban borrando hasta desaparecer.

Los del cine parecían haberse borrado del todo cuando una noche, entre las ocho y las nueve, *Capo* avisó. Los sicilianos son perros informadores, sus ladridos son cortos pero insistentes. Alguien se acercaba por la calle casi siempre desierta. Las nueve de la noche en una villa como esta es la hora de emborracharse o pegarse un tiro, también es mala para los perros señoritos. El amo acarició el pelo corto de color canela, sujetó el cuello leonado del mejor podenco de la provincia. Golpearon con el aldabón de la puerta de abajo y Paulino de Orosa tuvo una adivinación. La chica del cuaderno había advertido al director de la película sobre las tomas del exterior del palacio, no fuera a salir en pantalla el portero automático. Volvieron a llamar con la argolla de hierro y Paulino de Orosa entendió que era una llamada cómplice. Por la noche no había criada en la casa. El señor se levantó hasta el telefonillo, pero no llegó a coger el auricular. Sin ninguna indagación bajó la escalera renacentista y abrió.

—Pasaba por ahí —dijo ella, como si este pueblo no estuviera en el fin del mundo—, y bueno, en fin, ya está.

Estaba plantada en la media luz, con sus pantalones bien ajustados a las piernas muy largas y abiertas, y ese aire de las chicas de ahora, que aunque se estén quietas y modosas son insolentes. No hubo beso como en la despedida de hacía dos años, ni siquiera la mano. Un poco sí adelantó ella una bolsa de lona que parecía ligera y el dueño de la casa la recogió.

Ya estaban arriba y tardaban en soltarse a hablar.

—No he visto la película y no he sabido que se hablara de ella —dijo el de la casa, por aludir a lo único que los unía entonces. No había llegado a cuajar lo de actor, pero le gustaría ver los interiores, a qué habrían conducido tantas horas de focos y las muchas repeticiones cansadas.

—Bah —se encogió de hombros Lina, como si fuese normal el que las cosas del cine fracasen—. Han pasado algunos desastres —se señaló a sí misma—: ya me ves.

Estaba más delgada, a Orosa se le ocurrió que más usada. Pero era de esas mujeres que lo enganchan a uno. Paulino de Orosa es un hombre normal, aunque nunca se haya apuntado a las escapadas de los solteros, cada cual se arregla como puede, algunos con el propio servicio doméstico. Ningún hombre normal podría fijarse en los labios abultados de la forastera sin maquinar indecencias con la imaginación.

—Le conviene descansar —disimuló el hombre. La hospitalidad es sagrada, el honor de los apellidos y todo eso.

—Recuerdo bien el palacio —dijo ella—, si a ti te da igual me gustaría un dormitorio de los que miran para el naciente.

La casa tiene estancias para escoger, es verdad, a Paulino de Orosa no le gusta decir palacio, aunque figure así en los folletos para turistas. En la casa o palacio se dieron más bien las vocaciones solitarias, por eso choca que bastantes cuartos tengan cama de matrimonio. Muchas alhajas atestiguan la nobleza, y en la ropa blanca, sábanas, pañuelos de bolsillo, mantelerías, ropa interior, cada pieza lleva el escudo de los Orosa. Lina

estiraba las sábanas asombrada de su textura. El señor de la casa la dejó en la intimidad de la alcoba. Volvió al cabo de un rato y como si tuviera hospedada a una Infanta de España traía en una bandeja de plata un vaso de leche caliente. Desnuda como estaba dentro de las sábanas, Lina se incorporó, y parece que casi no tenía pechos, pero los pezones se le veían en un primer plano, ella tenía la costumbre de realzarlos con el lápiz de labios. Con todo el morro del mundo dijo que tenía ganas, que ya cuando había llegado la primera vez pensó que le gustaría tirarse a un templario.

—¿Con esas palabras?

Y por la mañana:

—Como si anoche hubiera llegado virgen y tú fueras un guerrero. ¡Y qué fierro, tú!

Hasta un Orosa tiene que hacer confidencias para no ahogarse. Sobre lo de Madrid, se sabe que vivían en un apartamento, algo sofocados de espacio aunque era un dúplex. Paulino de Orosa estaba enviciado con aquella mujer. Acaso seguiría allí si no hubiera sido por los ladridos delatores de *Capo*, las camisas bordadas del amo, mezcladas con las mudas de un argentino en el tendedero.

El escultor

En el orden del día de la Comisión de Gobierno iba a considerarse el *boom* del burgo viejo, la subida de los impuestos en la zona, y no era extraño que en los pasillos y antecorredores del Ayuntamiento se hablase de Domingo Filgueira. De cuando apareció en la ciudad como quien vuelve del destierro.

—Pero qué idea del tiempo tendría Domingo Filgueira, presentarse a tales alturas como un exiliado.

A su llegada había declarado que «muchas veces había pensado en el regreso. Siempre esperando a que se aclarase la situación». «Pero qué situación», le preguntaban los periodistas más jóvenes.

En esta ciudad textil la noticia que se tenía del escultor era muy vaga. Algún recorte de periódico atrasado, un reportaje de Bolivia lleno de adjetivos con motivo de una Santa Cena del español Filgueira. Uno de esos lectores que siempre escriben «Cartas al Director», criticaba cada año en el periódico local la ausencia de por lo menos una obra de Filgueira en su ciudad de nacimiento. En la Corporación predominamos los forasteros.

La ciudad se ha ido desplegando en ensanches y polígonos, demasiados problemas en que pensar. Y luego, que nunca se había visto un gesto de su parte, ni una adhesión, y mucho menos un donativo o una figura con su firma para subastas benéficas. Por esto chocó que de repente apareciese en persona, sin tener familia ni amigos. Ni siquiera podía tener recuerdos, si estaba en pañales cuando se lo llevaron de aquí.

El viajero no se hospedó en el hotel principal, en la misma estación mandó que lo llevaran a la fonda del Campo.

—Viene en las guías la fonda típica del Campo.

—Pero también vienen los hoteles de tres estrellas, para una personalidad sería lo más propio.

Fue hacerse cargo de la habitación y marchar con su aire arrogante por esas cuevas hasta la plazuela en la parte vieja. Llevaba anotadas las señas de la casa, una casa deshabitada, poco menos que en ruinas.

—En ruina oficial, y una casucha pequeña. Se la dieron por menos de lo que cuesta un coche de segunda mano.

Domingo Filgueira preguntó si en la casa había vivido un pintor de rótulos. La gente se contradecía. Luego, en los días siguientes, el recién llegado recorría las calles altas donde en tiempos vivieron los menestrales y los obreros.

Pronto se vio que venía buscando el rastro de su padre. Hay un guardia jubilado que sigue viniendo al Ayuntamiento, se sienta y le gusta mirar a la gente que entra y sale:

—Cuando supo que yo era de las quintas más antiguas, me preguntó dónde podían estar los camaradas de su padre, más de uno tenía que estar vivo según las cuentas que él hacía. Yo le dije que a lo mejor el que fue maestro herrador, pero este hombre tiene una sordera imposible.

Filgueira dijo entonces que se acercaría a ver al herrador y el guardia jubilado se ofreció a acompañarlo.

—Al herrador le puso delante de los ojos un carné antiguo, la misma cartulina deteriorada que me había enseñado a mí, allí estaba la foto de un hombre joven con bigote y encima de la foto un sello de tinta donde aún se notaba un puño levantando una hoz. Pero lo del herrador no es solo la sordera, está ido y al ver la cartulina no dijo ni mu.

El hombre de la fotografía era un señor Francisco Filgueira que al parecer había tenido un taller de pintura en la plazuela de los Caños, era el padre de Domingo Filgueira, se había quedado viudo al nacer Domingo, militaba en un partido que se llamaba Federación Anarquista Ibérica, lo habían sacado de su casa en las primeras semanas de aquella historia de guerra. Domingo quería saber. Pero no encontraba nada ni nadie que le confirmase los datos que había conseguido, oídos de boca de otros paisanos de aquí que rodaron por esos mundos, a saber dónde estarán criando malvas.

Desde los años del desarrollo, esta ciudad manufacturera se ha venido llenando de ingenieros, después de los ingenieros vinieron los promotores, los arquitectos, la ampliación de las notarías, los médicos de la Residencia. Se hicieron más institutos y esto trae cultura y profesores de Historia del Arte. Tenía que gustarle a Domingo Filgueira.

Pero él no daba ningún paso de acercamiento, obsesionado con sus investigaciones inútiles. Una vez pasaba por la calle Millán, esa que ha quedado medio perdida entre la Sinagoga y la ampliación del puente. Todos la llamamos la calle Millán pero Filgueira se fijó en la placa completa, calle de Millán Astray. Se animó mucho, y eso que era el nombre de un militar, y de los que fueron enemigos del pintor de rótulos. Pero no fue comparable a cuando los albañiles rasparon el encalado de la fachada donde hubo una barbería y debajo de BARBERÍA estaba la firma, ¡la firma de «F. Filgueira»!, una satisfacción como si fueran las pinturas de Pompeya.

—Esta vez la casa le costó algo más, porque le habían notado el interés.

—Poco más que una merienda.

La constancia escrita, por mínima que fuese, pareció tranquilizar al exiliado. Había que comprenderlo, un hombre tiene que tener padre, y un pueblo adonde volver. Aunque no tuviera amigos ni conocidos. Se le veía con la melena romántica, con toda la pinta de un artista. Las calles olvidadas que no pagaban contribuciones, pero ahora también los bulevares de casas de muchos pisos, todo lo iba llenando con su figura. Esto no le estorbaba a una ciudad como la nuestra, y casi nos parecía una restitución que hacíamos.

Un día, pero es difícil precisar la ocasión exacta, resultó que se había establecido la comunicación. Aunque la mayoría del censo se haya hecho con los últimos aluviones, algo queda del espíritu de las viejas familias. Por esto somos una ciudad hospitalaria. Hay quien dice que un poco ingenua. Pronto empezamos a ver a Domingo como llovido del cielo.

—El director de las Hilaturas del Noroeste quería llevarse a Filgueira a vivir en su finca.

—Y si fuésemos capital de provincia, se lo querría llevar el gobernador.

Seguía viviendo en la fonda, pero en cuatro días le habían montado un baño privado. La mejor gente de la ciudad se lo disputaba. De qué cosecha el vino para don Domingo. De qué prefiere las empanadas. Sabía ser afectuoso pero distante, él no entraba jamás en el tema cuando se hablaba de escándalos o de especulación. De su padre el pintor de rótulos, de aquella guerra famosa, ni una palabra más. El artista les gustaba a las mujeres de sus anfitriones, pero tanto o más les gustaba a sus hijas, a las chicas no les importa la diferencia de edad. Las casas más ricas no son las que se han decorado con mejor gusto y la influencia del artista las iba cambiando, «este color de las paredes no va, aquí iría bien una de mis terracotas, lo malo de este arte es que no podemos venir con la obra ni con el taller a cuestas».

La verdad es que nadie había visto las terracotas. Y menos aún las fuentes alegóricas y los bustos cívicos y las estatuas ecuestres que mencionaba Filgueira. Pero qué importaba. Quizá Filgueira estaba ahora en una etapa de larga meditación, esto debe de ser frecuente en la vida de esta gente. Su autoridad seguía creciendo y no se reducía a los interiores. Le dolía el burgo viejo de la ciudad —decía—, las calles donde sus antecesores proletarios habían vivido y luchado. Empezaron a ofrecerle las casas. Poco a poco. Las compraba, y todos pensábamos que casi hacía una obra de caridad, que más bien habría que pagarle a él por rehabilitar esos tejados sin tejas, las tablas hundidas, las medianerías problemáticas.

Una tarde (y no es baladí en toda esta historia) quiso ver esa bodega que malamente sobrevivía junto al Rastrillo, y cuando el bodeguero le dio a beber en el vaso que se lava en el agua común del balde, Filgueira no vaciló. Los acompañantes hicimos lo mismo. De qué manera puede nacer una norma. Todos los que somos algo en la ciudad abandonamos los tragos largos de los hoteles y casinos, todos a la costumbre de los baldes con los vasos del vino, pronto ya no fueron una ni dos, el barrio entero lleno de bodegas. Con las bodegas llegaron los mesones típicos y los *pubs*, los alquileres altos y los traspasos millonarios de Domingo Filgueira Ovalle. El escultor, todavía se oye decir.

La aventura

En el puesto de salida de Israel, la funcionaria era una israelí muy joven, o sea, una *sabra*. Al alcance de sus manos de uñas cuidadas tenía un bolsito por donde asomaba un peine, pero también estaba su fusil automático.

La israelí examinó con cuidado mi pasaporte y todo estaba de conformidad. Yo me demoré un momento. Ella me deseó la paz en un tono como personal, no es lo mismo un verdadero viajero (a los de por aquí nos gustan los viajes, y es por contarlos al volver) que uno de esos peregrinos que van en rebaño con los frailes.

Pero a ver si sé explicar los pasos que siguieron, cuesta trabajo explicarlos bien.

Cuando se va a salir del territorio judío, lo primero es el puesto de policía de los israelíes. Segundo es el puesto militar de los israelíes. Tercero te encuentras con el *Allenby bridge* sobre el río, que no es de nadie. Cuarto, al salir del puente, el puesto militar de los jordanos. Y dos kilómetros más allá, quinta y última estación, el control de fronteras de Jordania.

«¡Por fin!»

El controlador jordano, al otro lado de la ventanilla, miró mi cara y la comparó con el pasaporte. Aprobó con benevolencia. Luego empezó a pasar las hojas del librillo, «para todos los países del mundo», que yo le había tendido confiadamente, casi con altivez.

—*I am sorry, sir*—y siguió en un inglés económico. Más o menos—: su documento no correcto para ingresar a Jordania.

—Verá usted —le dije serenamente al hombre, despacio, buscando yo también el inglés de las frases cortas—, me han asegurado que todo estaba en regla. Todo *okay*.

–Lo siento, señor, no *okay* –y dijo el nombre entero–: no para Reino Hachemita de Jordania.

–En este caso, podrá decirme la causa, *please*.

–Usted viene al Reino Hachemita de Jordania desde un lugar que no existe, señor.

–Vaya –me tranquilicé al ver que se trataba de una broma.

Yo lo miraba amistosamente y un poco servilmente, como se mira al más modesto funcionario cuando nos vemos lejos de nuestras bases. Yo lo miraba y el polizone me sonreía, aunque fuera un poco de lado. Evidentemente una broma.

–Está bien que usted haya comprendido las razones del Reino Hachemita de Jordania, señor –pero no me selló el pasaporte. Me lo devolvió–. Lamentablemente, usted debe regresar a... su procedencia.

–Yo voy a Amman –supongo que la voz me estaría cambiando–, tengo mi visado de entrada...

–Pero nadie puede entrar en el Reino Hachemita de Jordania si procede de un lugar que no existe.

–Entonces, digamos que todos los que esta tarde han estado cruzando el puente vienen de un país imaginario. Y ustedes los están dejando pasar, lo estoy viendo con mis propios ojos.

Es verdad que pasaban los de la ventanilla de al lado. Viajeros agrupados bajo la tutela obsequiosa de sus guías, una expedición de italianos que hasta llevaban su obispo y una virgen medio tapada con la tela de un estandarte, grupos de japoneses disciplinados... Todos, menos yo. Los que me seguían en mi fila empezaban a levantar murmullos. Algunos se salieron de la fila y vinieron a ponerse a mis costados, para ver si se enteraban de lo que estaba ocurriendo.

–Por favor, quisiera hablar con su superior –decía yo con el mayor respeto.

Pero fue decirlo y acentuarse la pachorra del funcionario.

Insistí:

–Porque tendrá usted un superior jerárquico.

–Desde un lugar que no existe, no se puede entrar en el Reino Hachemita de Jordania. Y en cuanto a estos que, según usted, vienen de allá, nosotros no lo sabemos.

–Sí lo saben –protesté–. Ustedes saben que por el puente no se puede venir más que de *allá* –pero ni yo ni el otro decíamos claramente *de dónde*.

Un reloj como ferroviario marcaba casi las cinco, que en estos sitios es muy tarde.

–Oh, no, señor. Eso, nosotros no tenemos por qué saberlo. Cómo podría saberse que alguien viene de un determinado lugar, si ese lugar no existe.

–Pues será que he venido volando por el aire como un pájaro. O que he surgido de las aguas del río por generación espontánea.

–*Oh, yes, sir* –me admitieron ahora, casi con entusiasmo–. Eso sí puede ser.

Respiré.

–Eso lo hubiéramos aceptado, si usted nos lo dice. En realidad, es lo que pensamos de todos los que vienen de aquel lado del puente.

–Pues, por favor, delo usted por dicho y confesado.

El hombre denegó con la cabeza, como si lo sintiera en lo profundo de su alma islámica.

—No. Usted trae su pasaporte marcado.

—¡Marcado!

—Véalo usted mismo, señor —volvió a tomar el pasaporte, buscó la página y su dedo rígido y adornado con un gran anillo de oro señaló al candelabro israelita, estampado en tinta morada...

—¿Y los otros? ¡Sí, toda la gente que he visto pasar con sus papeles en la mano!

—Los otros..., no marcado el sello de un país que no existe.

Al reloj aquel como de estación de Venta de Baños le faltaba muy poco para la hora fatal del cierre, los de aduanas estaban con los últimos equipajes, los funcionarios del Estado Hachemita se intercambiaban —estoy seguro, aunque no pudiera entenderlos—esas despedidas finales de la jornada...

—Dígame, se lo ruego, ¿por qué me han puesto el sello... a mí?

—No lo sé, señor, eso nosotros no lo podemos saber.

Y definitivamente:

—*I am sorry, sir.*

No solo habían desertado los de mi fila cambiándose de ventanilla. Es que ya no había viajeros, yo era el último, yo era el único, el separado. Me invitaron a subir a un *jeep* descubierto, que volvía para el dichoso *Allenby bridge*. Eché para dentro las dos bolsas que llevaba y me metí yo mismo en el *jeep*. Algún retazo de película debió de resonar en mi memoria y pensé que iban a ofrecerme un cigarrillo. Me lo ofrecieron. Solo faltaba que me lo pusieran encendido en la boca como siempre se hizo con los prisioneros orgullosos. Pero yo llevaba las manos libres, esto tengo que reconocerlo... El trayecto era corto, ya estábamos en el puente, pero llegamos a las barreras opuestas y el conductor jordano juró en su lengua porque los guardiñas israelíes acababan de cerrar sus verjas. A saber si electrificadas.

En el puente no podía quedarse nadie.

Mis jordanos empezaron a interesarse mucho por la hora en sus grandes relojes de pulsera. El que me había dado el cigarrillo se empeñó en que me quedara con todo el paquete. No me pareció una buena señal. Estaba claro que querían deshacerse de mí. Y que habían tramado cómo hacerlo.

Yo me dejé llevar a una especie de huerto extenso donde había piedras largas y estrechas que parecían lápidas. Ya podía decirse que era de noche. En el lugar no había luz. Solamente, sobre las alambradas nada lejanas caía la de unos reflectores, y las sombras, como si dijéramos, alcanzaban a medias el alrededor...

Pues en aquel huerto o jardín, surgiendo de entre las piedras y los árboles borrosos, apareció el que iba a ser mi compañero de odisea. No sé si se levantó al verme o si ya estaba de pie, con aquella figura de profeta, y eso que venía vestido como del Caribe.

—Bienvenido al Jordán —dijo el aparecido. En nuestro idioma, con algo de acento cubano—. Esta es mi tarjeta, Arístides Amoedo para servirle en cuerpo y alma. Principalmente en alma.

Esforzándome los ojos leí algo de parroquia de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo. Las señas eran en una avenida de Miami Springs.

—Perdone si le pido que me la devuelva. Es lo único, la única prueba de identidad que llevo encima después de que me robaran hasta el último de los papeles. Pero seguramente viene usted con sed.

Mi anfitrión —que lo era, acepté yo, por haber llegado antes al lugar— tenía unos botes de cerveza. Me tendió el bote por donde él mismo estaba bebiendo. La cerveza estaba fresca, como la noche. El hombre tenía también un racimo inexplicable de plátanos, de tamaño como para llenar una tienda. Yo me excusé de no llevar nada para corresponder.

—Olvídelo. Y dígame cuál es su problema con esta gente.

Estaba cansado. Me dejé caer en una de aquellas lápidas y no recuerdo haber sentido el frío de la piedra en el culo ni en las espaldas. Mis cosas las puse de manera que no se me perdieran de vista. El asunto se contaba en pocas palabras. Pero la adversidad me empujaba y algo habré dicho sobre mí mismo.

—Hay que tener fe —dijo Amoedo—. En estos países nunca se sabe, pero no creo que por unos papeles nos metan en la cárcel.

Era nombrar la soga en casa del ahorcado.

—Tenemos nuestros cuerpos —lo rubricó con unas flexiones—, y sobre todo tenemos el espíritu. Nos sobran piernas y alas para llegar hasta Amman. A lo mejor no sabe usted el nombre primitivo de Amman. Se llamó Filadelfia, ¿conoce usted la gran Filadelfia de Pensilvania?, porque hay otras Filadelfias, hay una en Colombia, en la provincia de Manizales. Mi bisabuelo español había estado en Manizales trabajando en las minas de plata, antes de radicarse en Cuba. Era nacido en Riomalo en la provincia de Extremadura, no creo que le suene a usted. Bueno, si estos árabes no tuviesen la cabeza cerrada por esa kofia que se ponen, estaríamos en un hotel de Filadelfia dentro de poco. Por ahí en esa dirección.

Pero no se le habrá ocurrido a este hombre que sin haber hecho ningún crimen nos valiera la pena fugarnos.

—No, no —me tranquilizó cuando se lo dije—, no es la hora de que nosotros torzamos lo que está bien trazado.

Le gustaba hacerse el misterioso.

—Pero no le pese que estemos metidos en esto —dijo—, los héroes de la antigüedad se echaban a las aventuras para regresar y regresaban para recordar. Yo soy diácono en Florida, he viajado mucho y lo hago para tener recuerdos. Mire, hubo una vieja dama, pero todavía hermosa... No es ningún secreto de confesión, en realidad no podría serlo...

Entonces, moviéndose en paseos cortos y nerviosos, Amoedo explicó sus cosas de iglesia:

—Asisto en el altar de la misa, oficio en las bodas, con estas mismas manos voluntarias llevo la comunión a los enfermos... Pero nunca tuve el poder de absolver de los pecados. De manera que la señora Kellington, ya ve que puedo revelar su nombre, me hablaba como a un amigo, nada más que un amigo, en la residencia que era su retiro en Miami Beach. Ella me confiaba que se habría rebelado horriblemente contra lo alto si por las

noches no pudiera evocar los detalles de algunos pecados de la carne y que esos recuerdos de juventud la estaban ayudando a salvarse. Usted lo comprende, verdad.

Yo comprendí que Amoedo tenía un físico para ganarse la voluntad de señoras con recuerdos y con gatos, tenía empaque, y eso que llevaba guayabera bordada, la frente noble en medio de unos mechones de pelo entrecano y abundante, los ojos de iluminado... Sacó un periódico que podía ser el *Jerusalem Posts* y lo dispuso sobre la piedra para sentarse encima de los papeles, cerca de mí. Se sentó y en mi rodilla sentí posarse su mano, un gesto inocente, lo comprendo, pero me sobresalté. Entonces él corrió el periódico y se alejó un poco en el asiento, y a través de la tela delgada del pantalón seguí sintiendo algún tiempo aquella impresión de su mano cálida, acaso febril.

Nos quedamos así, sin otra comunicación que las idas y venidas del bote de cerveza de turno. Los plátanos estaban algo verdes. Era una cena extraña. Luego insinué que podíamos ingeniarnos para dormir un rato. Un pretexto para evitar la intimidad, porque la situación no era como para pegar ojo.

—Pero los mosquitos —alegó Amoedo.

Increíblemente, no había mosquitos junto al río.

—Y el relente —ahora se preocupaba por la salud—, para el reuma no será nada bueno.

Yo debería haber comprendido que un tipo como Arístides Amoedo no duerme ni cuando está en su cama. Anduvo cambiando de asiento. Amoedo se preparaba —y me requería, porque los insomnes necesitan cómplices— para una larga vigilia...

Hablamos de religión. No falla en una noche de velatorio o de tren, por qué no iba a salir en una noche de proscritos. Salieron católicos y protestantes, judíos y mahometanos, las religiones más antiguas y esas que se anuncian en la televisión.

Pero lo que a él le interesaba era el Oriente:

—Usted se habrá preguntado por qué todas las grandes religiones han nacido en Oriente. Yo tengo mi teoría sobre el asunto. Supuesto que a usted le interese.

Qué podía hacer yo.

—Puesto que el creador existe, lo natural es que a través de sus voceros se manifestase en los *squares* del planeta, no en despoblados donde su voz se hubiera perdido, no contra las peñas de las cavernas. A ver, en el país de usted y de mis abuelos: ¿qué había, quiénes andaban por la Extremadura en los tiempos de David y de Salomón? Incluso en los más modernos de Jesucristo. ¡A ver!

Los iberos, los celtas, pensé.

—Nada —me reprochó Amoedo—, no tenían ustedes nada.

Debió de parecerle excesivo:

—Y suponiendo que tuvieran algo. Lo tendrían allí encerrado. Sin otros pueblos a quienes comunicárselo. Mire, mejor que en los libros es vivirlo sobre el terreno. Yo ya he estado una vez en ese lado de la frontera y viajé hacia el sur, camino de la tierra de los nabateos y del puerto de Aqaba. Me detuve en un pueblecillo, su nombre es Al-Katraneh, por si a usted le cuadra pasar. Allí me reposé en un bar de la carretera y me asombró que pasaran caravanas de camiones con matrículas de diferentes países, transportando mercancías para naciones muy alejadas. El dueño del bar no entendía mi

extrañeza, me dijo que su establecimiento está ubicado «en la carretera de Egipto a la India». ¿Se da usted cuenta? ¡La carretera de Egipto a la India!

A saber lo que nos traería la noche. No podíamos hacer otra cosa que hablar. Amoedo hablaba largamente de Dios, de los santos, incluso cuando él o yo nos apartábamos un poco para mear. Qué remedio, con la cerveza. Pero era como una profanación. Amoedo volvía descansado y respiraba con el diafragma. En una de aquellas pausas empezaron a oírse los pasos de una patrulla.

—Tranquilo —me dijo—, esta es una tierra de asentamientos. Ahora es nuestra casa y nuestra nación.

Yo no estaba tan seguro. Me había levantado por instinto, las botas sonaban rítmicas y militares sobre el suelo de tierra.

—En todo caso —Amoedo mejoró su postura, se recostó ostentosamente—, nos está prometida una habitación pacífica y de confianza, Isaías capítulo 32, versículo 18.

Las botas se iban acercando, crecía su amenaza en la noche.

Hasta que aparecieron los hombres que las calzaban. Solo eran dos hombres, seguro que andaría cerca todo el piquete. Sus armas parecían muy automáticas, de esas que empiezan a disparar y no saben pararse. El que iba en cabeza, a lo mejor un teniente, se detuvo un momento mirándonos, pero siguió adelante y el otro también, y no nos preguntaron nada, ni una palabra nos dijeron. Los dos jordanos, con sus trajes a manchones para camuflarse sobre el terreno, eligieron un sitio ni muy cerca ni muy lejos y posaron sus equipos de guerra. Luego sacaron una linterna y un tablero y se hicieron como una mesa de campaña.

Yo miré para el de Florida, sin atreverme a despegar los labios. Él estaba como si nada. Se tumbó panza arriba, con la cabeza sobre la mochila gigante. No tardaría en predicar sobre lo que estaba viendo, ahora bajando la voz:

—Por allí debe andar la Osa Mayor, en esta época del año anda muy baja en el horizonte, seguro que Casiopea es aquella que nos está guiñando el ojo.

Yo apenas hablaba. De vez en cuando Amoedo hacía una pausa. Era un silencio metódico y a la espera, para engancharme a mí en la conversación.

—Casiopea, Auriga, Pegaso... Me gustaría saber cómo nos llaman «ellos» a «nosotros».

Una de las veces, debía de ser muy tarde, el recurso no le valió y yo me callé definitivamente. Todavía no sé cómo pude dormirme con aquella sensación de estar encima de un cañón.

Esta vez fueron unos sueños nuevos, creedme, donde el peligro se alternaba con la belleza. La de tiempo que llevaba sin acordarme de la Historia Sagrada. Soñé con San Juan Bautista cuando andaba por el Jordán de *pic-nic* comiendo saltamontes y miel, soñé cosas disparatadas y también hermosas como una merienda con Jesucristo y con San Lázaro, que nos la servían Marta y María y daba gusto aquella amistad. A Jesucristo le gustaba el vino y las canciones de países lejanos. Pero venían unos sayones y nos tomaban las huellas a todos, ya estaban para fusilarme...

Si a uno van a fusilarlo en sueños, se despierta, seguro. Desperté y tenía al lado un árbol, y era el tipo de Florida:

—¡Vamos, arriba!

Había amanecido y se veía crecer la luz, los ojos empezaban a desengañarse.

—¡Nos vamos a Amman, hermano, los hermanos jordanos se han levantado tolerantes!
—y señalaba para una camioneta donde unos árabes nos esperaban, con cara de buenas noticias.

Arístides Amoedo había hecho amistad con la patrulla nocturna, allí seguían un cabo y un soldado jugando a las damas. (Como jubilados.) Le dieron un elixir para que nos enjuagásemos la boca (perborato, pero mejor callarlo, un cartel anunciaba el merendero de familias y el suelo estaba sembrado de tapones de Coca-Cola). Amoedo les regaló la piña de plátanos. El mundo está lleno de aventuras.

Picassos en el desván

Una vez estaba el novelador en una ciudad lejana y prometedora de fabulaciones cuando tuvo en las manos un periódico de su propio país y en él venía la noticia breve de tres picassos hallados en el trastero del difunto párroco de Priegue en el municipio pontevedrés de Nigrán, o sea, un *gouache* de la época rosa del pintor más un retrato en madera de su prima María Ruiz más un temple sobre tela con una figura inacabada, y la adquisición tuvo lugar en 1920 (Maura sí) cuando el párroco fue requerido por su ordinario (los exhortos, las audiencias, la sagrada amatista) para que vendiera unas casas de su propiedad sitas en un barrio de Vigo poco acorde con la moral cristiana y el requerido vendió sus casas (los tasadores, el notario) y con los cuartos frescos marchó a París (Monforte, Venta de Baños, Hendaya), el cura de Priegue en el París de los hoteles con agua corriente y bidet mercando las obras por 28 000 pesetas (el fauvismo, el cubismo, el Moulin Rouge), y el novelador ni caso, busca que buscarás argumento para una novela río.

El sedentario

Cuando uno cae por esta ciudad le es difícil escoger entre tantas historias. Con frecuencia son de tipos solteros. El más soltero, por ejemplo, se ha pasado la vida mareando a los del Registro de Patentes y Marcas con inventos que nadie iba a fabricar nunca, salvo un artilugio que sí llegó a estrenarse, para cambiar bombillas del alumbrado público. Otro soltero se suicida todos los meses. Hay otro que vive en un palacio venido a menos y cuando las rentas le bajaron a la mitad prefirió vivir bien un día de cada dos, y el día que no le toca vivir se queda en la cama.

El sucedido más reciente es el de un soltero muy rico que ha muerto de verdad y dejó detrás un abintestato, que es como decir un desorden, y todavía los herederos están sudando para desentrañar el dinero y los bienes raíces.

Se llamaba Julio Bernardo. En comparación con los otros solteros, casi era normal. Además de las rústicas y urbanas, era dueño de la mejor farmacia, aunque con la hipoteca de tener siempre un farmacéutico titulado, porque él no había querido o no había podido terminar la carrera. Rodó años por todas las facultades de Farmacia de España, hasta una edad en que ya era una vergüenza decirse estudiante. Entonces volvió con una pereza definitiva, decidido a no mirar ni un libro más en su vida y se dedicó a la hospitalidad. El hotel y las fondas llegaron a quejarse. Llegabas a la ciudad y, si venías sin compañera y a poco ilustrado que fueras, podías quedarte en la casa de don Julio Bernardo, tratado a cuerpo de rey.

Le gustaba escuchar. Sobre todo en el buen tiempo, pasaban peregrinos, pintores de paisajes, estudiosos con beca escasa. Entonces la casa parecía una hospedería de otros tiempos y don Julio Bernardo no perdía ni una palabra de sus huéspedes.

—Estén como en su casa, no molestan, al contrario, es como si el mundo viniera a verme.

Disfrutaba ofreciendo los vinos de su bodega. A las botellas les raspaba la etiqueta, por no avasallar con las marcas y las añadas ilustres. Le gustaba que se lo adivinasen:

—De Rioja.

Pero convenía precisar:

—¡De la Rioja alavesa!

Y la cosecha:

—Del 70. Es un tinto robusto, se le huele el roble y el tiempo.

Don Julio Bernardo no salía de la ciudad. Ni amigos ni negocios conseguían moverlo, ni aunque fuera hasta la capital de la provincia, donde conocía a un administrador de fincas y era este el que venía con los papeles. Solo en los últimos años —y había que comprenderlo: el tiempo trae sus goteras— consintió en abandonar su casa. Pero siempre por pocos días, siempre en el mes de setiembre. Se oyó decir que si a las caldas de aquí,

que si a los lodos de allá. Volvía algo más moreno, la gente le decía que más fuerte y más joven. Él daba las gracias, reservón, y ponía en orden la casa porque el otoño suele traer a algún viajero rezagado. Verdaderos viajeros, no viajeros de comercio ni inspectores de Hacienda.

Una tarde de noviembre estaba de paso el abad de Peñalba, y a nosotros, los del cuarteto de cámara, se nos había averiado la furgoneta al bajar el puerto. En la cocina de lumbre baja de la casa antigua pero confortable don Julio Bernardo había preparado un magosto, que es una fiesta de castañas asadas. Solo la broma de un cartel ahumado junto a la chimenea –*Sra. Manuela ponga usted con frecuencia empanadillas*– dejaba pensar que en aquella casa hubiera sirvientas. Pero mejor no pensarlo. Se sentía la armonía de un mundo cerrado, todo de hombres. Don Julio Bernardo estaba como un niño. Debía de llevar algún tiempo sin gente. Movía los leños encendidos, estallaban algunas castañas, descorchó una botella de vino espumoso. Pero cuando las castañas estuvieron igual de tostadas por las dos caras bajó a la bodega y apareció con otro regalo. Casi nos prohibió el resto del vino anterior, como reprochándose a sí mismo. El sustituto era a granel, un garrafoncillo como de cuatro litros, lo que hacía pensar en un vino humilde de pasto, pero que nunca podría estar mal viniendo de quien venía. Lo probamos y el abad de Peñalba estuvo conforme.

–Y más que conforme –dijo el abad de Peñalba–. Usted, don Julito, como en el milagro del Señor en las bodas de Caná. Pero díganos de qué marca o país es este vino mejor que *bonum: optimum!*

De verdad que era un vino alegre, fresco sin llegar a frío. Lo que más chocaba era su condición tan forastera y un aroma extraño de especias. Era un vino distinto, y a don Julio se le veía en los ojos como una malicia. Arreciaron las conjeturas y lo más razonable que se oyó fue el nombre de Amandi, en la Ribeira Sacra do Sil, porque es un vino jamás maduro, muy honrado y escaso, que a los emperadores de Roma se lo mandaban en barricas de barro y lo nombra Cervantes en una novela.

Don Julio Bernardo dijo que de Amandi, no; él era incapaz de mentir. Pero no dijo de dónde venía aquel vino. Sacó unos cigarros y se habló de otra cosa. Da un poco de risa que los herederos hayan tenido que rehacer aquel viaje anual y setembrino de su pariente, el avión de Madrid a Estambul (solo que don Julio Bernardo lo hacía en tren), luego a Ankara, luego al valle del Cöreme en la Capadocia, para una viña de unos centenares de cepas.

El escalatorres

Un oficio que da muchas emociones es el de escalatorres, pero es un cuerpo en el que cuesta trabajo entrar porque ha quedado en manos de pocas familias.

Hay un escalatorres jubilado que relata su conocimiento eminente del país: los prados extendidos y los campos de mieses, las humildes chimeneas y los caserones humillados de los señores.

Pero no es lo mismo una torre de ayuntamiento que la experiencia desde cúpula de catedral. Y aun en esta, la visión del escalatorres puede ser exaltada o serena, según sea gótico o románico el monumento al que se encarama.

Con todo, lo que a él le importaba más era su facultad de descifrar la condición humana desde la altura.

Cuenta de ciudades cultas donde la escalada es como un concierto de música al que se asiste en silencio, ciudades avaras enumera donde el público desaparece a la hora de la colecta, pero también ciudades generosas y de brazos abiertos. En Osorno, provincia de Palencia, se cruzan apuestas sobre el espectáculo, sin descuidar por eso las barajas. En la ciudad empedernida (pero de esta no dice el nombre) alienta el deseo de ver cómo el artista se desprende de un saliente y se mata.

La barbera alemana

¿Se pasa usted la punta de la lengua por los labios? ¿Abre y cierra los ojos deprisa y sin poderlo remediar?

No hace falta que conteste. Con solo oír o leer estas preguntas es seguro que usted ha aumentado su secreción salivar, parpadeado con fuerza.

Pues así pasa con esto otro: si uno es varón, será raro que no se toque compulsivamente la nuez de Adán al saber por qué en esta ciudad nos llevamos la mano a esa prominencia de la gorja que nos declara hombres tanto como los genitales. Las manías tienen sus causas. En el verano de las peregrinaciones, cuando riadas de jóvenes vinieron al noroeste para abjurar de las sodomías y las camas redondas, una alemana se quedó rezagada, por culpa de unas vejigas plantares que le habían empezado al caminar por la Rioja.

En el ambulatorio tuvieron que rajarle la lona de las botas.

—Bonitos edemas de los pies —le dijo el médico de guardia, harto de aquellos días de

llagas y de atajar diarreas—. Tiene los pies grandes, ¿pero sabe usted que con la hinchazón no le veo más que tres dedos? Deme sus papeles y haré que la metan en una ambulancia.

La alemana no quería separarse de la legión andariega, donde nadie sabía el nombre de nadie ni el lugar de origen, ni importaba su vida anterior. Pasaban hombres y mujeres mezclados, viviendo como hermanos, dando vivas a la Virgen y al Papa. Bastaría con descansar un tiempo y luego incorporarse al flujo incesante. El abad le puso a la alemana el sello de fechas en un papel honorífico, que sin ningún rigor se les daba a los peregrinos. La peregrina caminó como pudo hasta el albergue que habían dispuesto las cofradías en el falansterio abandonado de la calle del Aire. Estaban sonando las campanas de Santa María. Vestida y todo se echó sobre el colchón y no llegó consciente a la terminación del toque de vísperas. Dicen que deliraba. Se agarraba con fuerza a los barrotes de la cama gritando palabras que nadie entendía. Una noche de bochorno se tiró de la cama para huir, como si fuera una presa en vez de una enferma cuidada como Dios manda.

Luego resultó que traía una insolación de morir, el sol de por esos campos se le había metido en la cabeza y de ahí la ansiedad que solo se le rebajaba con bolsas de hielo.

Cuando la alemana salió de la fiebre el mundo era un pozo de soledad y silencio, por la calle apenas si pasaba gente y eran vecinos que andaban a sus asuntos. Habían desmantelado el albergue, salvo la cama de la rezagada, y el cuarto aparecía desvencijado, con rendijas en el suelo de tablas y en el techo. La matrona jubilada se había ofrecido para aquella misión humanitaria. Dice la voluntaria que cuando la extranjera volvió a su ser no preguntó dónde estaba ni qué hora era, como suelen esos enfermos, sino que pidió una cerveza del tiempo. Después pidió aquel papel devoto que le tenían guardado y era la única documentación que llevaba. Y después empezó a limpiar el trozo de vivienda como si quisiera pagar las atenciones de aquellos días. Pero también llevaría ella sus miras. Preguntó, y le dijeron que ningún inconveniente, que podía quedarse el tiempo que quisiera, las casas viejas incluso están mejor con gente que las ocupe.

Entre el vecindario, mermado en número con la llegada del otoño, hubo quien se declaraba contrario a la ya pasada movida europea, solo por unas jardineras estropeadas, por algunos preservativos de colores que hoy aquí, mañana en el atrio de los franciscanos menores, venían apareciendo en la limpieza que nunca se acababa del todo.

Pero no se puede juzgar por diez, ni por veinte, ni siquiera por cien débiles de la carne cuando habían sido medio millón de almas. Y lo que importa: ni a los más críticos del pueblo se les ocurrió mirar con malos ojos a la alemana, que allí seguía en el falansterio, aunque advertida de que la vivienda la tenía en precario.

La alemana no es que fuese tan joven, andaría por los treinta años. El soltero Domínguez se la hubiera apropiado para su beneficio, tenía para alojarla el pabellón de caza, pero no se atrevió a intentarlo. Ahora nos parece que fue lástima no animarlo, a ver si un día encuentra la horma de su zapato.

—Esta es una villa hospitalaria —se oía decir—, acordaos de cuando recogimos al cojo portugués.

—Que no fue mal negocio para la ciudad, el medio millón de escudos que dejó a su muerte para suavizar la cuesta del cementerio.

Pero no se pensaba en el interés. Había como una voluntad comunal hacia aquella mujer, que al recuperarse tiraba a fornida, de buenas piernas y de cara sana y colorada. Los ojos los tenía inocentes, sería porque eran claros y azules. Anduvo comiendo por los conventos, por casas particulares, y la gente se adelantaba con discreción y no le faltó dinero de bolsillo para la cerveza. Le dieron unos vaqueros nuevos. No era nada coqueta y ayudaba en las labores a poco que se lo pidieran. Se hizo querer de las mujeres, y eso es como tener un seguro.

—De Westfalia —se pudo saber un día.

La gente de aquí es orgullosa y no le pregunta directamente a los forasteros. La alemana hablaba muy poco, lo indispensable, en un español que iba aprendiendo sin libros, a fuerza de observación y de oreja.

Cuando fue afianzándose su posición se vio que prefería un trabajo que no fuese casero. Un par de domingos estuvo en el cine como interina por enfermedad del acomodador y resultó un poco autoritaria, se empeñaba en acomodar a la gente por estaturas y no por la numeración de las entradas.

—Cada nación tiene sus costumbres —la disculpábamos.

—La alemana es del corazón de Westfalia.

También estuvo en el envasado de castañas y nueces mientras duró la campaña, y después en una carnicería. Para esto último no vale cualquiera. Daba gusto la decisión con que cortaba los filetes sangrantes y los aplanaba con el hacha.

Un día, de pronto, se supo que la alemana iba a hacerse cargo de la barbería de Martín. Todos lo encontramos de lo más natural, el que una alemana de Westfalia caiga por nuestra ciudad y le guste el oficio de barbera, los de la ciudad siderúrgica cuando vienen a la feria de año de todo se asombran. Martín iba ya viejo, su negocio era el último vestigio de las seis barberías relucientes que había tenido la población y al hombre le fallaba el pulso y derrochaba el lápiz cortasangre para las cortaduras. Él mismo se sometió a un afeitado y rebaje de pelo, para probar, y sin más trámites tomó a la alemana. A nadie se le ocurrió pensar en los orígenes de aquella vocación venida de tan lejos. Ni por qué una alemana llevaba camino de plantarse aquí, un pueblo ensimismado que no se anima más que por la Virgen de agosto y en los jubileos de cada siete años.

—Ciudad bonita —confesó por casualidad un día—, gente ve pasar burro volando —ella dijo caballo— y gente no se para a mirar.

Ahora, con la imparcialidad que dan los hechos pasados, procede reconocer que en los cortes de pelo no era gran cosa. Pero en el afeitado, la barbera alemana fue una revelación.

La barbería de la plazuela dejó de ser un anacronismo. Empezó a llenarse, como en tiempos las seis barberías censadas. Y no había segundas intenciones. Los solteros en este pueblo bastan para llenar ese y cualquier negocio que se abra, si les da por ahí, pero

en el establecimiento remozado, con la herramienta limpia y a punto, no sacaban otra tajada que el servicio del arte barbero. La barbera a veces tenía que arrimarse y le sentías las tetas, pero esto ella no podía remediarlo. El cepillo de la ropa se lo daba a la mano al cliente, que se cepillara él el compromiso del pantalón. Y desde el día en que estrenó la chaquetilla blanca, un arreglo de la mujer de Martín, advirtió que no admitiría propinas. Solo algún detalle, un poco de yeso o de pintura, retales de cortinas, macetas y esquejes de plantas para su refugio.

Era algo que teníamos olvidado, la barbería. Un placer inmenso, quizá el mayor para un hombre, salvado el de acostarse con una buena mujer. Empezaba en la espera, lo mismo que pasa en el amor. Con la imaginación te adelantabas al deslizamiento de la brocha por la cara con sus montones de espuma blanca. La alemana se movía alrededor del sillón, y del sillón a la mesita de utensilios, o al grifo de agua corriente, y estaba maciza de cuerpo, pero la fuerza principal vivía en sus brazos que enseñaba hasta el codo, y sobre todo en sus manos. Las manos no eran ásperas, lo sentías cuando te llegaba la vez. Pero decididas. ¡El mentón arriba! ¡La mejilla para el lado contrario! Todo esto sin palabras. O te pinzaba con dos dedos la nariz, la navaja apurando lo de arriba del labio.

—Las navajas son alemanas, como ella —decía el viejo Martín, que solía estar de tertulia en la tienda—, no hay en el mundo herramientas de corte como las de allí.

—De Solingen, serán —decía el soltero de la ferretería—, de la fábrica Konejung.

La barbera estaba a lo suyo. Y es verdad que la navaja era su instrumento de solista; ella prefería entre las navajas la más grande, larga, de hoja resplandeciente y veloz. Y tanto como el propio concierto del afeitado valía el prólogo de la afinación, aquel gesto terco y reflexivo de suavizar el acero en la correa extendida.

Con la chaqueta de Martín parecía que la nueva hubiera heredado las costumbres. De vez en cuando pasaba a la trastienda, echaba un trago y volvía con ganas al trabajo. Solo cambió la higiene final: del pulverizador de agua del grifo había pasado al alcohol de noventa y seis grados, un masaje duro en que ella se empleaba a fondo, se demoraba. Cuando un servicio estaba concluido, la artista le acercaba al cliente el espejo de mano. Tú mismo te pasabas la mano por las mejillas, como si no te bastara lo que estabas viendo. La piel joven o menos joven, tirante o arrugada; pero siempre viril como no lo puede lograr ninguna *gillette* ni máquina eléctrica. Éramos hombres nuevos. Como si nos hubieran devuelto el gusto por la obra bien hecha.

Es fácil perderse en el cálculo del tiempo. En el cine sería una música suave y hojas de calendario que pasan. Así fue llegando este febrero último, todo el mundo sabe el caso por los periódicos y revistas. La alemana era ya como del pueblo. Alguna vez se la había visto preparar monedas de veinte duros y meterse en la cabina telefónica para una conferencia muy corta, pero ya ni eso. Acudía a los entierros y a apagar los incendios, tocaba la bandurria en la rondalla, era persona con casa abierta, nadie se lo discutía, y solo faltaba que la empadronaran.

En febrero, sobre todo, no pasa nadie, no pasa nada. A las cinco de la tarde del día de autos, la sucesora de Martín se ocupaba en hacerle un completo al registrador, como

pudo cuadrarle a otro ciudadano cualquiera. Pero era el registrador. Un señor de lo más fino en el trato, exagerado de flaco, que se escapa por el cuello de la camisa. Por eso se le destacan más los relieves, la nariz, las orejas, las venas. En el sillón de rejilla se le veía como perdido, siempre con mucho paño del babero sobrándole.

La tarde estaba oscura, yo fui testigo y parece que lo estoy viviendo. Se oían algunos truenos sueltos, una de esas tormentas raras de invierno. Bajo la luz eléctrica, la barbera iba ya por los retoques de si un lunar piloso, de una hebra que sale por la nariz. Se abrió la puerta cristalera. Por fin se veía al natural en este pueblo lo que mil veces habíamos visto en el cine y la televisión. Dos tipos eran, altos, vestidos con gabardinas de cinturón igualitas y los dos con sombrero. Los desconocidos dejaron la puerta abierta a sus espaldas, y el alguacil del juzgado venía como indicándoles. Hasta el más tonto les adivinaba la profesión.

—Erika de tal o de cual —pronunció uno de los forasteros, o sea, el nombre y el apellido de la mujer y con un tono seco como en las películas policíacas.

Ella no demostró ninguna sorpresa.

—Solo un momento, por favor —parece que dijo en alemán. Sin volverse, pero seguro que estaba viéndolo todo en el espejo.

Hubo un relámpago de acero en el aire (se notó un movimiento en las gabardinas) y un alivio de los agentes cuando la navaja rozó apenas la nuez del registrador, limpiándole ese poco de pelusilla. Luego la barbera ofreció las muñecas y ellos le pusieron unas esposas que parecían estarle pequeñas. Así salió en las fotografías de sucesos, junto a esos horrores de Düsseldorf que cuesta trabajo creer.

El narrador inocente

Un paisano nuestro se convirtió en escritor de éxito, vino por aquí y se quejaba de las desviaciones de su arte. Estaba harto de las técnicas y modas y quisiera él volver al agua limpia de la fuente. Fue más o menos lo que vino diciendo. Y también:

—Con este frescor me gustaría a mí escribir —señalando para las cuartillas que se sacó del bolsillo de la chaqueta—. Habíamos salido de la aldea de los abuelos, en Fonsagrada, aprisa para alcanzar la Nochebuena en Villafranca.

»De los tres viajeros, iba yo delante, andando dos veces y a lo tonto el camino, porque

la impaciencia me animaba a dar carreras excesivas, que luego desandaba para acoplar mi paso al de *Macario* y mi abuelo. *Macario* marchaba detrás de mí, lustroso y bien cebado. Mi abuelo, a retaguardia, andaba a paso tranquilo, aunque se le notaba la gana de alcanzar el valle del Valcarce que ya nos pondría en las puertas de nuestra casa.

»Silbaba yo incansablemente, y de vez en cuando pegaba gritos para escuchar el eco en los montes de Cervantes, ya solitarios de costumbre, pero más en aquel día, cuando en el camino no se encontraba ni un alma. A veces un castaño partido por el rayo tenía formas que daban miedo. Entonces me arrimaba al burro, o aburría a mi abuelo con preguntas sobre lo que fuera.

»El sol calentaba algo, a pesar de la helada, y solo cuando el abuelo vio que en su reloj eran las doce en punto nos pusimos a la empanada. *Macario* también recibió lo suyo, pues antes se quedaría el amo sin bocado y aun el nieto del amo, que dejar al asno desmejorarse. Solo por el interés de unas pesetas consentía el abuelo en dejarlo en alquiler, pero por poco tiempo y a vecinos de buenos sentimientos.

»No nos tomamos reposo después de la comida, aunque en balde, porque los apretados cálculos parecieron fallidos, con solo ver que el sol corría como nunca a esconderse por los montes de Caurel. Vino la noche tan de repente que el abuelo se puso a cantar en voz no muy alta, y esto sí que me impresionó porque el que canta su miedo espanta. Luego decidió atajar para San Tirso donde el cura nos era medio pariente. Dijo el abuelo que solo por una criatura como yo cambiaba el plan de viaje, y porque se estaba acabando la pila de la linterna.

»Con su barrizal y sus pallozas, San Tirso nos pareció lo mejor del mundo. Fuimos bien recibidos y cenamos lo propio de una noche tan señalada, aunque pensando en la pena que tendrían los de Villafranca porque anduviésemos errantes.

»Yo tenía que hacer al año próximo mi Primera Comunión y le ayudé al cura de San Tirso en la misa del Gallo, leyendo las respuestas del cartón. Pero anduve distraído en las ceremonias. Había conocido a Jacinta. Daba pena ver qué de luto la habían puesto por la muerte de su padre. Hicimos buenas migas. Su madre vivía ahora con el hermano cura. Después de la misa volvimos a la cocina de la Rectoral. Los mayores se pusieron de conversación. Yo me hubiera dormido en seguida si no fuese por Jacinta, que me estuvo enseñando una caja llena de estampas y un libro con el Santo Milagro del Cebrero. Después me contó dos o tres historias de aparecidos que no me importaron mucho. Pero al fin me preguntó si quería oír una de amor. Ella sabría mucho de esas cosas, puesto que me llevaba a mí dos o tres años. Yo no me hice de rogar. La historia aquella de amor la escribiré otro día. Me gustó tanto que una idea empezó a rondarme hasta terminar apoderándose de mí. La mano en el bolsillo de mi pantalón de pana, palpaba yo con disimulo el duro de plata que mi bisabuela me dio como despedida. La vieja, medio tiesa en su cama, me había causado más miedo que otra cosa. Ella debió de averiguarlo con su mirada puntiaguda y acaso por esto se decidió a ganarme con aquella propina fabulosa. En el viaje convencí al abuelo de que yo podía conservar el tesoro sin necesidad de que él me lo administrara. Ahora le daba vueltas y más vueltas. Al fin, con un gesto rápido para no arrepentirme, puse la plata en la mano de la rapaza, nos rozamos las manos y

qué recuerdos le pueden venir a uno, los dos teníamos sabañones. Le mentí que la señora María, mi bisabuela, me había regalado varias monedas como aquella y que mi abuelo tenía muchas. La chica se quedó sorprendida, pero solo un momento, porque pronto escondió el duro en sitio seguro de su ropa, y con un poco de risa, que a mí me pareció a destiempo, aseguró que habíamos de vernos más veces para que ella me contase historias que yo ni sospechar podía. Me acosté oyendo aquella risa.

»Cuando amaneció, calientes y desayunados, ya íbamos yo y *Macario* y el abuelo – por orden de formación– sintiendo la cercanía de nuestro mundo. Pero yo llevaba un no sé qué en el pecho. El viejo era hombre concentrado en sus cosas, poco animador de confidencias, pero yo iba a reventar si no hablaba...

–El final importa poco –decidió el consagrado–. Por una inocencia así daría mi última novela.

Pero puede que él mismo fuese el autor del cuento, de cuando se atrevía a escribir un cuento rural, y sobre todo un tema como la Navidad.

La nostalgia

Fue hace unos meses lo del loco. Cuando el loco del Campín anunció a gritos que se tiraba de la torre si el alcalde en persona no subía a hablarle, todos le echamos la culpa a la televisión. Solo faltaba que aquí se repitiera lo del negro de Sudáfrica, ¿recuerdan?, que estuvo dos días si me tiro o no me tiro de lo alto de San Pedro de Roma. Todavía se hablaba de aquel reportaje que le ponía a uno los pelos de punta.

El alcalde, el que salió en las últimas elecciones, se disponía a subir a la torre de la basílica con el pantalón vaquero y esa pinta que lleva, el pendiente de oro solo en una de las orejas, que ni siquiera atiende a la simetría.

Entonces el suicida (porque ya lo veíamos despachurrado contra el suelo y los sesos manchando para siempre nuestras conciencias) dijo que el que tenía que subir a hablarle era Don-jesús-el-alcalde y luego, siempre a voces, de qué manera tenía que venir preparado Don-jesús-el-alcalde.

Aunque en esta ciudad todo lo tengas a mano, no se encuentra a un vecino así como así, sobre todo si está haciendo mucha falta. Don Jesús echa tiempo en las cuestas. Le cuesta respirar. Dicen que no quería prestarse, él hace años que no se mete en nada, que

fue su señora la que lo obligó por ser una causa humanitaria.

—Este loco del Campín, tenía que encargarse la Diputación.

—Es un descrédito para una ciudad culta y además conjunto monumental.

Pero, ahora, el loco estaba por encima de todos. No le distinguíamos la cara, solo el bulto balanceante, pero le imaginábamos la mirada, acaso en el lance se le hubieran aseñorado esos ojos tristes, de perro sin edad.

—¡Tolo, baja de ahí! —le gritábamos.

Debería habérsele dicho Tolo, te queremos, vuelve con nosotros. Pero en esta ciudad sería cosa de maricones. Y la mentira:

—¡Tolo, baja que están cociéndose las castañas! ¡Luego subes y las tiras tú mismo a la rebatiña!

O sea, aquella costumbre de Todos los Santos. Hace ya muchos años que se ha perdido lo de tirar las castañas cocidas con nébeda desde la torre, por cada castaña que se apañaba había que rezar un padrenuestro a las ánimas. Igual que se perdieron la hoguera de San Juan y los pichones de las Candelas y tantas ceremonias del año: el loco lleva su cuenta y en esos días señalados puede darle el ataque, dice el forense que la nostalgia.

—Pero qué nostalgia, si es un loco de atar.

—Pues sí, señores —dice el forense—, la nostalgia es a tenor de la psique del personaje, si este tiene la psique hendida sus sentimientos al pasar por su prisma somático se encuentran con ese hendimiento, la esquizofrenia.

El caso es que viniera don Jesús. Don-jesús-el-alcalde como se empeña en decir el loco.

Es verdad que don Jesús fue alcalde durante la guerra y muchos años de la posguerra, pero quién se acuerda de aquellas historias. La gente sí que venía, subían por las cuestas, hombres con mantas y mangueras como si hubiera fuego, las vecinas tirando de sus niños pequeños, los concejales de gobierno y los de la oposición, el carro de los helados. Y los frailes menores, los voluntarios de la Cruz Roja.

Pero uno no puede estar tirante todo el tiempo. El loco mismo, allá arriba, aflojaba a ratos en el vocear, aunque no en la amenaza que era su cuerpo sosteniéndose de milagro. Se hacían corrillos sobre las primeras hojas caídas en el atrio. Era la hora del fútbol y del café, pero había que acudir a aquella emergencia, también hay vecinos descuidados (o vengativos) que su propio entierro te lo endosan para el domingo por la tarde. Y como en los entierros, se hablaba de política, la eterna moción de censura (ahora al alcalde nuevo, con esa pinta que lleva), los tráfugas. El heladero se despedía bien de la temporada, que estaba un primero de noviembre muy bueno, casi el veranillo de San Martín. Y don Félix que no falla en una aglomeración, arrimándose con disimulo a tocarles el culo a las señoras.

Llegaron los de la radio de la capital, empezaban a preguntar con el micrófono a la gente, y casi al mismo tiempo se escuchó por todo el atrio de la basílica ese bramido que hace el personal cuando se acerca un tren que viene con mucho retraso. Luego fue un rumor pequeño, extendido, y el loco que arrecia en su tiranía y se desgañitaba más que

nunca, y temíamos que ahora que al fin llegaba don Jesús a lo mejor no servía para nada.

Llegó don Jesús, y pareció una película histórica. Esta vez se podía oír el vuelo de una mosca. El pueblo estaba obediente, como fascinado por la situación. Don Jesús era el centro de la situación y representaba más alto y menos encogido que en aquellos últimos años de su retiro político.

Don Jesús se colocó de forma que lo pudiera ver bien el que estaba arriba. El bulto se había quedado quieto en su altura, clavado en el sitio, hasta que fue desapareciendo poco a poco. Fueron unos momentos y pareció un siglo. El loco del Campín reapareció, esta vez en el umbral de la puertecilla de abajo por donde se sube al campanario, con el aire de si me entrego o no me entrego. Don Jesús se le acercó derechamente, lo sacó un poco para afuera, y allí delante del pueblo sano le dio una hostia, ustedes perdonen, que no cuadraba en un señor tan asmático. O acaso fueran un par de ellas. El loco se quedó como una malva y ya Don-jesús-el-alcalde se marchaba resoplando, marcharía a quitarse la camisa que se le había quedado un poco estrecha y el yugo y las flechas y el correa.

Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos

Una vez estaba en la taberna el poeta inspirado haciendo su papel de poeta inspirado. Todos lo respetamos mucho en sus esperas de la voz misteriosa, aunque nunca se le haya visto una página terminada. Vino un parroquiano de la taberna con la alegría lúcida de los primeros vasos, y fisgó el renglón que campeaba en la hoja:

Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos.
El verso hermoso, todavía único, con que iba a arrancar el poema.

El parroquiano suspiró:
—Es un buen empuce, poeta. Pero ahora qué.

Dalmira y los monjes

Una mañana en Madrid, cuando yo andaba de corredor de plaza, me había echado a la calle con la flojera de los que ofrecían seguros de vida, enciclopedias, tampoco era asunto fácil el de los licores dulces. Yo llevaba el benedictine de Samos. Mi padre no creía en literaturas y me inclinaba al comercio. Las visitas había que hacerlas a la hora en que los establecimientos están con el suelo húmedo y con serrín, y de aquella mañana en un café alargado y estrecho junto a la glorieta de Quevedo recuerdo que estábamos entre corrientes de aire, lo que ya me daba aprensión a mis veinte años.

Saqué la muestra, y el argumento, no sé si inventado por mí, de que nuestro producto era muy bueno para el hombre que quisiera cumplir con una mujer:

—Mejor que la yohimbina que venden en las farmacias.

—¿Pero no es cosa de frailes? —y el dueño del café señalaba unos latines que venían en la etiqueta de la botella.

En esto vi en la penumbra unos ojos. Y luego un pelo salvaje, y aquella boca, y el cuerpo joven que acaso resultara un poco delgado para los gustos de entonces.

La chica nos miraba a los dos hombres como si le interesaran nuestros negocios. Cuando salía el nombre del licor parecía interesarse más. Así se fue acercando y traía ocupadas las manos con los trastos de la limpieza. Yo vi que era un diamante en bruto.

—¿De dónde eres tú? —le pregunté cuando pude pillarla a solas.

—De por ahí. Del mundo.

—El mundo tiene partes —la provoqué—, eso te lo habrán enseñado en la escuela.

—Y quién le dice a usted que yo haya ido a la escuela.

—Entonces, ¿sabes o no sabes cuántas son las cinco partes del mundo?

—Cada uno sabe lo que le importa.

—A ver, niño —me puse gracioso—, vas a decirme las cinco partes del mundo. Y el niño: Sí señor, las cuatro partes del mundo son tres: Europa y Asia.

Para vender había que manejar algunos chistes, y a veces los chistes eran muy malos. Dalmira era de Galicia. Así de vago, de Galicia. Empezamos a salir juntos de vez en cuando y ella seguía a la defensiva. Pero en los cines apenas había que hablar y Dalmira se embecía en la película, sin darse por enterada de que yo le metía un poco de mano. Recibí dinero de casa, que querían que trabajara pero que no me faltara de nada, y a la chica le compré ropa y cosas para su arreglo. Dalmira mejoraba a ojos vistas. Me gustaba haberla descubierto, trabajarla con unas manos de escultor, y ella era de un material agradecido.

—Habrás oído nombrar la sierra de Lóuzara —declaró al fin.

Le pregunté si había lobos.

—Y algunos que son peores que los lobos.

Dalmira habló del convento, que para mí era «la Firma»:

—Acuérdome de una vez que habían venido unas fiebres, ni los conjuros ni las boticas podían con ellas. Yo empezaba a ser moza y me mandaran a pedir ayuda para mi hermano que quedaba en las últimas. En el convento me daba gusto el olor de los alambiques, como un mareo muy dulce. Pues de la calentura salió mi hermano gracias a las hierbas que le subí de los frailes, que eran las mismas que le ponen a esa bebida.

Dalmira aprendía de día en día. Lo miraba todo. Callaba mucho. Nos conocimos al empezar el otoño y en Navidad la llevé a lo de Alforjas para la poesía. Pero cuando la vi soltarse como un pájaro que empieza a volar fue la noche de fin de año. Aquella noche anduvimos alternando por medio Madrid, el mundo parecía una bola dorada y no pensábamos que había gente callada y presos en las cárceles, tocaron el himno, mis amigos bohemios besaban a Dalmira con eso del cotillón. Yo no era celoso. A mí me gustaba que la admirasen, pero cuando amaneció y apagaron los focos de la Puerta del Sol conseguí que viniera a mi cuarto alquilado, que me servía de dormitorio y de oficina.

—No tengas miedo —la preparé en plan suave, porque yo ya tenía la vena de romántico.

—No va a ser mi primera vez —dijo ella—, te lo aviso para que no te remuerdas.

—Qué importa —dije yo—, lo que vale es encontrarnos a gusto.

Ella tuvo un detalle:

—Te lo juro, va a ser mi primera vez en una cama.

A mí me daba vergüenza hablar de estas cosas. Acaso recelé de aquella criatura gozada en los caminos oscuros, o en atrios de iglesia, o en las mieses amontonadas, pero la fuerza de la edad estallaba en mi cuerpo y el de Dalmira se extendía a mi lado como un regalo de pascuas. Lo hicimos hasta saciarnos. Ella se quedó tranquila, pero vigilante, a veces pienso que dormía con los ojos abiertos... Así fue como la encontré cuando desperté pasadas las dos de la tarde, algo apartada de mí, pensativa en la orilla de la cama revuelta. Volvimos a las andadas y esta vez me pareció como si fuéramos un matrimonio. El almanaque de la pared tenía sin cambiar la hoja desde sabe Dios cuándo, y ella se levantó en combinación y se entretuvo en poner el taco nuevo, con un 1 de enero muy marcado en rojo. Entonces soltó ese refrán de siempre, lo de año nuevo vida nueva.

—Y qué te parece a ti que nos prepara el año que empieza —me dijo.

—Lo que bien empieza bien acaba —le dije—. Seguro que me dan un buen premio, a lo mejor el de la Vendimia de Jerez.

—¿Y eso te renta mucho?

—Algo cae, pero lo que uno quiere es que sus versos los lea la gente.

—He estado pensando toda la noche y te digo que lo de vendedor no es lo tuyo. Tú debes dedicarte a lo que te gusta y esta menda va a ser la que traiga la pasta.

—Pero con quién te crees que estás tratando —protesté muy caballero, con indignación.

—No he dicho que vaya a ser puta. Lo que quiero es ser comisionista yo misma, me parece una vocación como otra cualquiera.

Esa palabra, la «vocación», me hubiera extrañado oírsele antes, pero ya nada me extrañaba en Dalmira.

—Mira que este no es oficio para una mujer —y me callé que tampoco lo era para un hombre.

—En el Nodo salió una mujer que conducía un tren en Bilbao.

—Mira que no iba a ser nada propio —le enseñé una botella—: *Benedictorum patrum* y todo lo que sigue, *monastica formula a monachis elaborata*...

Siguió haciendo limpiezas a salto de mata, aquí lo tomo y allí lo dejo, y a la hora del cine nos encontrábamos, que eso no lo perdonaba Dalmira. Luego alternábamos por ahí, y ella seguía con aquella manera suya de estar lejos y reservona. Por las noches disfrutábamos en mi cama, que era de plaza y media, y después fumábamos con la luz apagada. Entonces sí se soltaba a hablar y era siempre sobre lo mismo. Como si tuviera una obsesión muy clavada. La chica de Lóuzara sacaba historias como pueden leerse en un libro de cuentos: era una vez un peregrino que llegó con un tesoro al convento, o soldados de la francesada corridos a tiros por los frailes; también la ocurrencia del hermano lego que se escapó para ir por las ferias con una cabra que daba consejos, hasta que los llevaron a él y a la cabra al manicomio de Conxo... Los padres y los abuelos de Dalmira labraban las tierras altas del convento. Un hermano suyo, o sea de Dalmira, había quedado manco en la guerra y servía en la gasolinera que a lo mejor era del convento. Dalmira debía de estar en la idea de que al convento pertenecían hasta los mozos y las mozas, y yo acabé sabiendo los ferrados de alrededor del convento plantados de nabos, el cosechón de las paviás de la huerta de los frailes, la sombra de los castaños de los frailes que cubría media provincia si uno se fiaba de aquellos informes...

Un día, en fin, Dalmira me dio el ultimátum. Que se le estaba pasando la vida. Yo sabía que no podría detenerla y acordamos que hiciera una prueba. Pasmado quedé cuando remató la semana con ocho o diez pedidos, que yo no los conseguía ni en dos meses. Siguió saliendo, creciéndose día a día. Una vez le oí algo sobre «el espionaje industrial», así como suena:

—Esos tipos del Karpy —decía—. Pero peor los del Calisay. Y los curas del Carmelitano, que no hay peor cuña que la de la misma madera.

El elixir bienhechor que decía el prospecto (y eupéptico carminativo) empezó a prosperar y Dalmira estaba haciéndose una hembra de bandera. Yo era perezoso para dejar la cama y me pasaba el día leyendo, y tocante al negocio no hacía más que pasar a limpio los pedidos que traía la vendedora; primero eran de las tiendas de la Corredera Baja, pero pronto fueron de José Antonio y de Sol y de las confiterías tan finas de la Carrera de San Jerónimo, que a mí me daba vergüenza entrar.

—Y hoy —me lo soltó encima del buró—, ese pedido de Bellas Artes.

De pie, con los brazos levantados hacia el pelo y reflejada de cuerpo entero en la luna del armario, mi socia tenía una figura espléndida. Ahora sabía arreglarse o mandar que la arreglaran con un estilo intrigante que gustaba mucho a los hombres. Yo hubiera preferido que no le depilaran las piernas, el tener aquel poco de vello por toda la piel no le quitaba gracia, creo que mayormente se la ponía. Y otro triunfo fue introducir la marca en los economatos, que les gustaba a las señoras de los militares... Todo así de feliz, hasta una mañana que llamó el cartero con una carta, y esta vez venía para entregar en

mano. Yo firmé sin darle mayor importancia. Dal—mira iba ya por la puerta para marchar a lo suyo y en cuanto olió el sobre certificado vi que suelta las cosas de su trabajo de corredora de plaza y se quita los zapatos de tacón alto, como si de golpe le hubieran dicho que la tierra había cambiado su giro. Había que echarse a temblar. Dalmira era mirar con aquellos ojos y adivinar lo que fuese, parecía cosa de brujería... Abrí el sobre, que traía el membrete del representante principal. Porque en realidad yo era un representante del representante principal, y Dalmira, como si dijéramos, era mi representante mandataria...

—Anda, lee la excomunión —me dijo.

La carta del colegiado era mercantil, y traía en mayúsculas lo de rescisión y lo de fehaciente. A «la Firma» (al convento) le habían ido con historias. Yo no era celoso. Una viajanta tiene que ser amable con los dueños y los encargados de compras: que si pase usted misma a ver la bodega, que si la trastienda, aquellas lenguas no sabían lo difícil que era el mercado de los licores dulces... En estas, se había echado Dalmira en la cama, encima de la colcha. Se recostó con cuidado contra el cabecero, sin los zapatos pero con las medias bien estiradas. Encendió un Camel y la vi más misteriosa que nunca. Habló muy poco:

—*¡Os monxes do demo!* —para los repentes hablaba en gallego—. ¡Ni a mil leguas de distancia la dejan a una!

Era un mal momento y me apliqué a consolarla con que no se había acabado el mundo. Que justo andaba yo mirando para entrar de plantilla en *La Estafeta*. Que siempre habría otras representaciones aunque fuesen subordinadas, Dalmirita, qué te parecería el Marie Brizard. Ella solo quería el benedictine de Samos. En la media luz que entraba del patio tomé del estante la botella que quedaba de muestra, redonda como una mujer; con su papel de plata que le bajaba por el cuello. Y en la etiqueta la mole del monasterio. Leí, como quien reza, los latines de la leyenda:

—*Perantiquae Abattiae Samonensis... monastica formula a monachis elaborata...*

Entonces me vino una gana urgente de acostarme con aquella moza de la sierra sagrada. Esta vez era un deseo morboso, como si fuera a robársela a alguien. Se resistió un poco, porque ya había ido a la peluquería. Pero al fin se vino a razones y fue una despedida gloriosa; luego Dalmira se fue de modelo a Barcelona, y dicen que a Angola con un general portugués.

Milagros y fotocopias

En una ciudad con obispo y sin gobernador ni Delegación de Hacienda se hacen pocas fotocopias. Se hacen algunas, pero no para montar una de esas industrias rápidas y vengan máquinas electrónicas.

La tienda que estaba en los soportales altos era de objetos diversos, pero en el rótulo ponía Reprografía, una exageración. La palabra era nueva y chocaba entre letreros que anunciaban ferretería o mercería o tartas de almendra. En realidad, en la tienda había una sola fotocopidora, muy lenta, pero que no sacaba mal los trabajos. Documentos nacionales de identidad, permisos de conducir, esas pequeñeces. Lo de más bulto eran las circulares del Obispado para las parroquias, que a veces tienen que leerlas los curas desde los púlpitos oscuros. El dueño del establecimiento se esmeraba y le salían tan claras como si fuesen de imprenta.

Pocos en la ciudad sabíamos que el de la fotocopidora de los soportales podría haber llegado lejos en el ramo.

«La gente de mi pueblo –contaba él– emigra a Barcelona, no a Madrid como los fornelos ni a Vigo como los sanabreses ni a Bilbao. Y no es verdad que los catalanes sean tan cerrados para los forasteros. El patrón me encargó lo más delicado de su empresa de reprografía, a mí, que por entonces no sabía una palabra de catalán. Para esto hay que tener mucha confianza.»

El de la tienda de los soportales altos tenía algunas rarezas, a nadie le extrañó que un día desbaratara el negocio y se fuera de la ciudad como había venido. Unas horas a la semana hay vida en la plaza, el mercado de la miel, el pulpo, las herramientas de corte de Taramundi, y él echaba el cierre y se iba a curiosear por los puestos. Cuando tenía abierto, si no había clientes, leía o escribía o se estaba caviloso. Este hombre, todavía bien parecido, sería hace veinte años un hombre corriente, sin aire de huido ni la mirada de quien tiene detrás una historia.

–Estos dos carnés de identidad. ¿Me los saca los dos juntos? –le pedían por economizar.

La copiadora no era un gran negocio, pero los clientes venían y compraban cosas de oficina. La Reprografía estaba frente a la catedral y el palacio anexo, y los raros días en que el sol entra en la ciudad podía verse desde la tienda al obispo que nos ha venido de la huerta de Murcia, vagando por la galería de cristales que Su Ilustrísima tiene llena de macetas.

–¿Y me los puede plastificar?

De la huerta de Murcia. Del lado más opuesto de la Península, como si aquí no hubiese clero ilustrado y hasta lumbreras de la Iglesia.

–Son tres días, para el plástico hay que mandarlos fuera.

Hablábamos, en las tardes perdidas:

«Hace veinte años llegué a Barcelona y allí estaba prosperando el invierno. Bueno, fotocopias ya se habían hecho en papel fotográfico, pero lo grande es que ahora podían hacerse en un papel cualquiera. Me empleé en una casa que tenía cinco o seis sucursales por toda Barcelona. Al patrón le asombraba que yo cogiera un original para reproducir y me viniera a los ojos la menor errata que hubiera en el texto. Era una cualidad vana

porque lo propio de este oficio es copiar y callar, tuvieron que amonestarme por aquellos prontos de tirar de bolígrafo y corregir lo que no me importaba, pero así se supo que veía yo un libro de caja y si había un enjuague lo pillaba al vuelo».

A veces se echan encima las campanas de la catedral o de los conventos y hay que callar un momento.

«En Barcelona, como le digo, era una revolución aquella novedad de copiar tan fácil los papeles. Si uno lo piensa, entre las cosas más grandes del siglo. Yo tenía que recorrer las sucursales y hacerme cargo de la recaudación. Nos extendíamos a los ensanches, a Esplugas, a Hospitalet... *Serveis plens en fotocopies. Plastificat. Encuadernació*. Los encargados de tienda me tenían respeto, como un inspector me veían ellos. Yo me presentaba con autoridad, pero echándole compañerismo al asunto. Me gustaba el contacto con el público y las máquinas. «Por no perder lo aprendido», les decía a los empleados. «Y en una de estas ocurrió lo que voy a contarle.»

Que contara.

«Me recuerdo que fue en un local que acabábamos de abrir en San Gervasio. La empleada de la limpieza era de cerca de mi pueblo y andaba la mujer con unos problemas de salud que no acababan de arreglársele, justo venía de recoger el resultado que le habían dado en el hospital después de unos análisis y esas cosas. La mujer se lamentaba de sus descuidos, tenía miedo de perder el papel y pensó que debía tener un duplicado por si acaso. Sacó el papel del sobre, que iba dirigido al médico de cabecera. Había mucha cola a esa hora, le dije que en un momento le hacía la fotocopia yo mismo. Cogí el informe al desgaire pero no pude rehusarme al don de la lectura rápida y me bastaron unas líneas para que se me partiera el corazón. Estando a muchos kilómetros, el paisanaje viene a ser como un parentesco próximo. No hace falta saber medicina para entender algunos términos, sobre todo si se ha estudiado un poco de latín y griego. "Un pequeño atasco de la máquina", fingí; y que pasaba a la trastienda por un destornillador. Aunque se dijera *onco* en lugar de la palabra terrible, y letal en vez de mortal, se deducía que en aquel caso no había nada que hacer, salvo mantener la moral de la paciente. Me ingenié para modificar el diagnóstico. Donde se certificaba la nefasta existencia de un estroma de células tumorales con degeneraciones y necrosis, yo sustituí la afirmación por la negación.»

Pero se notaría el arreglo —oponía yo.

«Se notaba. Pero a nadie le choca que los diagnósticos y las recetas vengan con borrones y tachaduras, los médicos se creen que están por encima de esos detalles. A usted los médicos le habrán prohibido fumar.»

En una ciudad como esta hay que alimentar los vicios o colgarse uno de la viga.

El de la fotocopidora fumaba picadura y no sé si alguna vez echaría la brasa sobre un documento importante como la echaba sobre la chaqueta o el pantalón. Dijo que se sentía a gusto con su conciencia:

«Jamás me vi así de contento, tan seguro de haber hecho una buena obra. Tan contento, que no tardé en aprovechar otra ocasión, son muchos los que vienen a fotocopiar desdichas. Esta vez era un muchacho nervioso, un niño, que esperaba y

miraba angustiado su reloj de pulsera de colores vivos, como indicando una situación de vida o muerte. Le recogí la hoja que temblaba en su mano y con solo un vistazo imaginé a un padre severo sentado a la mesa en la cena, leyendo –y vi las gafas bifocales– el desastre de la puntuación escolar del trimestre. Esta vez fue sencillo y rápido. Pensé que si seguía practicando llegaría a hacerlo con mucha limpieza, con el arte de un prestidigitador».

–Y lo hizo –le dije yo al de la fotocopidora.

«Pensando en el pobre chico lo hice. Quizá le enseñé para siempre que uno puede ofuscarse al leer y, sobre todo, que en la vida no hay que apurarse antes de tiempo. La mujer de la limpieza seguía trabajando, se movía alegre porque iba a tener el primer nieto y se le veía que recobraba las fuerzas, cuando, de haber *sabido*, estaría a esas horas encetada de quedarse en la cama, desengañada de las nueras. Hay pecados que tienen disculpa. Por ejemplo, el pecado de la vanidad. Andar paseando por entre las flores y los pájaros de las Ramblas y sentirse como aquí esos santos de la fachada de la catedral, a lo mejor ellos tienen más difícil lo de conceder mercedes.»

Los santos románicos hundían barcos normandos rezando avemarías desde una altura, lograban que los potros bravos del monte vinieran mansos el día de Todos los Santos y honraran a los difuntos de la comarca.

«Mis favores eran otros –decía el hombre de los ojos azules y la barba céltica. Se le veía amable con la gente, pero ni siquiera sabíamos cómo y con quién vivía, solamente que en una aldea del monte del Castro, y tenía un coche de matrícula muy antigua con el que iba y venía conduciéndolo con desgana–. Mis favores iban más con los tiempos. Con un toque aquí y otro allá mejoré muchos recursos contra multas de tráfico. Tranquilité a honrados cabezas de familia rebajando los apremios de Hacienda, además de que los inspectores amenazan y luego no pasa nada. Las escrituras de los notarios se resisten a las enmiendas porque hasta tapan ellos con guiones los espacios en blanco, pero qué cristiano puede consentir que una vivienda para cinco de familia tenga de superficie sesenta metros, cuarenta y dos decímetros cuadrados. Mejor setenta que sesenta, en los decímetros no me he metido nunca. Quizá estiré demasiado la cuerda, la cuerda si se estira mucho se rompe. Pero qué hacer con los concursantes a los premios de novela... Al dejar el montón de folios por un par de días, los autores ilusionados permitían una intervención sin prisas, cómo podían haber caído en tantas repeticiones, incorrecciones, incluso faltas de ortografía.»

–Insisto –le dije–, pero una cosa así tenía que notarse mucho. «Se notaba. Y ya es hora de que le diga a usted la clave del asunto: la gente quiere oír lo que le gusta, leer lo que a ellos les conviene. La experiencia me ha enseñado que en un papel escrito aceptamos como verdad todo lo que nos favorece.»

Una vez le pregunté al hombre que fotocopaba menudencias y sobre todo las consignas episcopales, por qué no hacía favores en nuestra ciudad. Se alzó de hombros, y con sorna me hizo mirar a través de la puerta de cristales para los bienaventurados de piedra de la fachada de enfrente, como indicando que aquí las plazas de milagrosos estaban cubiertas. Pero no pudo contenerse:

«Bueno... Ya ve usted lo que se secretea por la Curia, que Su Ilustrísima Murciana va mejorando su syntaxis».

La violinista

A veces viene a la provincia la Sinfónica de Bratislava o una lejanía así.

Es una novedad, pero no toda la novedad está en la música.

Esa chica del violín que en la orquesta está lánguida de melena y a lo mejor se llama María o Claudia, educada para la vibración casi celeste, trémolos, pizzicatos, a esa mujer vestida de raso ni se le ocurre que en la sala hay ojos codiciosos de hombres que la apartan a ella del conjunto e imaginan juegos de amor para sus manos, dedos.

La espalda de Elisa

Esto no puede durar mucho tiempo, Ramón, se decía Ramón al despertarse y ver que a nadie le importaba si se levantaba o si se quedaba en la cama.

El pazo de Miñorrey era la casa de vive como quieras. «Hoy tenemos fiesta, maragatín, a ver si me pones en forma», se presentó Elisa aquella mañana. La voz, todavía en la oscuridad del dormitorio cerrado, sonaba como una campanilla alegre.

Ramón se extrañaba de haber oído en su casa de Santiagomi-llas que en pasando los puertos de montaña todo era tristeza y llover. Algún chubasco sí caía en el valle próximo al mar. Pero la tristeza no se veía por ninguna parte. Nadie hablaba de si la cosecha o de

la subida de la contribución o las enfermedades.

—Me parece que es hoy la fiesta, si estamos a diecisiete —calculó Elisa, ya cerca de la cama de Ramón. Y una de sus ocurrencias—: A ti, maragatín, te voy a disfrazar yo de princesa normanda.

Elisa había entreabierto las contras de la ventana y el día atlántico debía de estar nublado, pero iba ya alto. El cuarto de invitado (pero había más cuartos de respeto en la casa) se aclaraba con la luz verde de los árboles y la hiedra. Ramón se pasó la mano por los ojos perezosos. Elisa no llevaba más ropa que un mantón de seda envolviéndola. Ya se sabe a lo que venía Elisa. Por las mañanas decía que estaba medio desmayada, le costaba trabajo remontar. Ramón se incorporó, no sabía dormir sin la camiseta, y Elisa le echó una mirada maliciosa:

—Pareces otro chico desde que estás aquí. Bueno, pareces otro hombre, es lo que he querido decir. Lo bien que te sienta a ti esta casa.

Ramón había llegado en el coche de línea con los ojos muy abiertos. Llegó unos días antes de la muerte repentina del tío abuelo José, que le ocurrió al viejo entre una calada al puro y la siguiente. Algo más que otras noches sí se oían los perros y el río acercándose también a su muerte en el mar, pero el velatorio fue una diversión.

Ahora, todavía callado, se las arregló para alcanzar el vaquero que dejaba a mano en la silla de paja, saltó de la cama y se lo calzó como un rayo, de cara a la pared, y el sitio quedó libre para Elisa. Pero ella fue a mirarse en la luna estrecha del armario. Elisa olía a agua y al jabón de la ducha reciente. Vino a la cama arrastrando las zapatillas de andar por casa, las mandó a volar por el aire y se tumbó boca abajo encima de la colcha, con toda la espalda al aire.

—Suave, suave, no descuides ese rosario que es la espina dorsal.

Qué iba a descuidar eso ni nada, Ramón. Al principio la espalda de Elisa era como la de una estatua de un museo al que te llevan de excursión. Pasabas la mano sobre el mármol. Después era como si frotases un animal doméstico o del rebaño, que se estuviera muy quieto. Y luego, al fin, ya era la espalda de una mujer.

—¿A que no sabes cuántos días llevo aquí de invitado?

—Tú no eres un invitado, rapaz. Y a mal sitio has venido si quieres un calendario.

Algunas tardes Elisa cogía su coche y no se sabía, iría a La Guardia, de compras, a la peluquería. Volvía como si el mundo lo hubiesen hecho para ella. Traía cosas. A lo mejor un disco o una película de vídeo, tabaco de contrabando. Y besos, aquí se besan entre ellos como si no fuesen familia. No esperaban a que haya una desgracia o el adiós para un viaje largo.

—Si quieres sigo por aquí, por donde tienes las pecas.

—Según tú veas, maragatín, que menudo alumno me has salido.

La espalda de una mujer todavía es zona decente. Los hombros eran anchos y eso que aquí las mujeres no cargan pesos, pero eran redondos y suavines. Elisa se quedaba desnuda desde arriba hasta más abajo de la cintura para aquel tratamiento que debía de mejorarla mucho, y Ramón ni pensar en lo de delante, en Santiagomillas a las tetas las llaman los pirineles. Y menos aún se atrevía a representarse lo que explicaba

oscuramente el señor Santiago el zapatero sobre el aparato de la mujer, el aparato de la mujer consta de aleta, contraaleta y pepitilla.

—¿Y por qué me llamas maragato?

—Es verdad, siempre os hemos llamado los castellanos. Gente con la que hay que tratarse de usted. Mira si quieres en la biblioteca. Allí hay historias de las idas y venidas de nuestros abuelos...

En Santiagomillas, partido judicial de Astorga, en la provincia de León, la casa de Ramón era la principal. Y aun así, de los parientes de más allá de los puertos había una idea como de novela. Algunas veces aquellos primos elegantes se habían desviado de la carretera general yendo o viniendo de Madrid, alababan el pan bregado y la tranquilidad del pueblo, y siempre con promesas de que debería haber más trato entre las familias: mandarnos a Ramón, antes de que se os ocurra meterlo en el seminario.

Elisa tenía su teoría sobre el parentesco:

—Se ve que algún día un antepasado del páramo con una antepasada del valle... No sé si sabes un refrán sobre el carallo cuando se pone farruco. Ramonciño, ¿prefieres que te llamen así?, dime de qué quieres que te disfrace para el cumpleaños de Isabela.

—De normando, vale. Pero que sea de normando pirata.

Ramón admiraba el desparpajo de Elisa, no se cortaba la tía. La más pequeña de las primas era Rosa, la que a él le hubiera convenido por la edad. Pero fue Elisa la que determinó hacerse cargo de él desde el primer día: «Dejadme al chico, que me cae muy bien», y que iba a ser su tutora. No estaba claro quién llevaba el gobierno de la casa tan grande, la tía Eulalia era la mujer del tío Mauro y se había ido a vivir a un hotel de Vidago de Portugal. Pero quedaba gente de sobra. La primera sensación de que la casa de Miñorrey era diferente la había tenido Ramón el mismo día de su llegada, cuando rompió un jarrón sin querer y nadie se echó las manos a la cabeza. Fue en la hora más animada, la de después de la cena. Incluso las muchachas del servicio retozaban cuando habían quitado la mesa, y era sobre todo con el tío abuelo José, hasta la propia noche en que el tío abuelo se quedó en el sitio. Elisa estaba separada, pero las otras primas eran solteras y venían a verlas los novios, que entraban y salían como Pedro por su casa.

—Elisa, cuántos crees tú que seremos.

—Es difícil, rey, en un cumpleaños nunca se sabe. Elisa no estaba para cuentas, solo *hum y hum* como de mimo, mientras alargaba la nuca para la fricción.

En su casa había oído Ramón que la fincabilidad de los parientes del valle tenía hipotecas. «Sin orden ni concierto viven, ni siquiera comen a sus horas, lo que pasa es que cuando se ha sido muy rico nunca llega uno a arruinarse del todo.» Hipotecas. Pero entonces cómo podían vivir así los del pazo, y cómo les paraban las criadas. Ramón observaba por su cuenta, el tío Mauro y el primo Luis se dedicaban a la crianza del vino, parecían coleccionistas, siempre inventando etiquetas para las botellas, pero las botellas se almacenaban en la bodega y no se veían salir.

—Si te da calor te quitas la camiseta.

Ramón prefería estar con su camiseta de tirantes. Operaba de pie, tenía que inclinarse,

menos mal que en el pazo las camas son antiguas y altas. Se cambió al otro lado para que ni un centímetro de la espalda de Elisa se quedase sin friega. Le gustaba apartar la melena, un pelo limpio, suelto, que a veces respondía con electricidad.

—Cuando te quedas callado me gustaría saber en qué piensas. A lo mejor en picardías.

—En nada. Avisa si te estoy apretando mucho.

A Elisa, en estos trámites, el cuerpo le pedía conversación:

—Dime algo, cuéntame de vuestra vida en el pueblo. Me gusta que me hables, los castellanos habláis muy bien. A lo mejor no quieres que se te pegue este deje nuestro.

—Prefiero hablar como siempre, después me voy y se iban a reír de mí.

—Qué te vas a ir, qué te vas a ir. ¿Es verdad que os desayunáis con sopas de pan y ajo?

—En casa, no, en las otras no sé. Café con leche desayunamos.

—¿Con mantecadas?

—Eso tampoco. Con pan y mantequilla.

Pero mantequilla de casa, no de la que anuncia la televisión. En la tele, si salían escenas descaradas, no se sabía para dónde mirar porque no era plan junto a un padre callado y una madre resfriada en su toquilla de lana. Y las hermanas. En Miñorrey, en cambio, no se asustaban de nada.

—¿Y langosta? Eso allí debe de ser para las bodas.

—Poca, langosta poca —a Ramón le dio vergüenza—, eso es de lo que menos se come.

En el pazo de Miñorrey ponían ostras, mejillones; alguien de la casa que salía en barca o a pie venía con estos bichos como si trajese una perdiz recién cazada. Eran frutos del agua. Sabores del río o del mar. También eran especiales los olores de la casona que no se marchaban ni al ventilar; olía como a incienso, y a tabaco de pipa, que hasta fumaban en pipa las mujeres. Las gemelas. Elisa, Rosa, Isabela. A veces te encuentras unas bragas donde menos lo esperas.

Claro, estas cosas no se las creerían los chicos del instituto de Astorga. Ni aunque ellos también hubieran pasado el Manzanal o el Padornelo o la Canda, que siempre sería una excursión de ida y vuelta. A Ramón le dio pena no tener un hermano con quien hablarlo, y con las hermanas no tenía confianza, ahora caía en la cuenta de que a ninguna de las hermanas la había visto en ropa interior. Del mundo de Miñorrey, el que más se parecía al mundo de Ramón era el primo Froilán, que conducía el tractor por las tierras del pazo. Froilán a veces le dejaba que lo acompañara al campo. Un día estaban en el maíz, el primo Froilán iba guiando el tractor como si llevara un Mercedes. De pronto se paró el tractor. El primo Froilán se apeó y dijo que se había quemado la junta de la culata. Ramón sabía lo que son esas cosas en su pueblo, cago en tal, y ahora qué hacemos, a saber si tiene la pieza el concesionario. Pero este primo Froilán sacó un pitillo y dijo que se iba a Vigo a tomar una copa.

El masaje estaba para terminarse, y en seguida gracias, eres un encanto, Elisa se marcharía silbando.

Pero la espalda de Elisa no se terminaba nunca, era como el mar y la libertad. Ramón había ido descubriendo aquel mapa detalle a detalle, con sus poros y sus lunares, el reguero de la pelusa dorada subiendo por la rabadilla, a veces la sospecha de una

moradura borrándose.

Esta vez, de pronto, la tutora de Ramón habló de un país lejano y por descubrir:

–Ahora me lo vas a hacer por delante, maragatín. Si quieres cierras los ojos.

El de Santiagomillas sintió una cosa por el cuerpo, como cuando venía en el Intercar y no te asustes Ramón que en llegando a ese alto se ve hasta América. Pero ya la prima Elisa se estaba dando la vuelta, despacio, despacio.

El Patronato

Este año me toca presidir el Patronato. Va a venir Paquín Cas-tañer, el secretario perpetuo, a que le ponga el visto bueno al acta de la sesión que hemos celebrado la noche pasada y me conviene hacer memoria de los acuerdos. Castañer es un secretario fiel. Él dice que estas cosas hay que hacerlas bien, como nuestro Fundador, que se la cogía con papel de fumar si tenía que echar una firma.

Los señores que al margen se expresan:

Don Pedro Pérez Lanoya, arcipreste de Cabeza de Alba;

Don Victoriano Carballo Valdés, alcalde en funciones, por enfermedad del titular;

Don José Calero Nespereira, militar de mayor graduación en el término;

Don José Luis Varela (o Valera), profesor de Educación General Básica, por ser casado el director del Centro; bajo la presidencia por designación rotatoria de quien consta a la fecha como primer contribuyente del municipio, en la casa solar de la Fundación a tantos de tantos de mil novecientos tantos.

Estas ceremonias así. Don Publio se la cogía con papel de fumar para echar una firma, no fuese a infringir alguna ley. No salía de casa sin el carné de identidad, declaraba al fisco hasta el último duro, si el vino salía con 10,9 de graduación es lo que ponía las etiquetas de ese año sin ni siquiera poner 11º para redondeo. Y más que los actos, que no es tan difícil evitarlos, le preocupaban las omisiones.

«¿Había tomado todas las medidas para que no se desprendiese la piedra de la torre del pazo?», se preguntaba.

Y lo preguntaba.

«La piedra le está tan segura como San Pedro en el cielo», decía el cantero.

Pero don Publio se quedaba cavilando, a escondidas subía a comprobar, que nadie

podría echarle a él en cara que por su desidia se había desgraciado un cristiano.

Y por si pasaba algo, que no le fuera a faltar dinero para indemnizar a los perjudicados. Este hombre era un chollo para las compañías de seguros. Debería haberse arruinado, ahí están los libros de cuentas, con tantas pólizas contra incendios y la explosión del butano y otras responsabilidades civiles. Pero su mayor miedo era que siendo inocente lo empapelaran un día por un delito feo. Le horrorizaba la lectura de casos de errores judiciales, esas niñas que acusan a hombres mayores y a lo mejor es todo inventado.

De las familias ricas de por aquí, pocas habrá que más cerca o más lejos en el tiempo no tengan encima algún cargo de latrocinio o adulterio o hasta causa de sangre. Los Urdeña de Cabeza de Alba, estos, ninguna mancha. Don Publio Urdeña vivió tan atormentado por ser digno de esa fama que acabó su vida en el manicomio de Palencia, en habitación de pago. Pero ya él había hecho su testamento ológrafo, que jueces y notarios dieron por válido y hasta modelo de precisión legal, y tenía escritos los Estatutos de la Fundación, desde los fines sociales a los vocales natos. También es mala suerte que el caso más delicado nos caiga en el año que me toca la presidencia. Pero ese punto no va a constar en acta, trabajo costó convencer a Castañer.

Lectura y aprobación del acta anterior, informe de la escuela de estudios contra la filoxera, dotes de casamiento para doncellas pobres, cuota de la venta de la uva de mesa para becas de bachillerato, todo esto es fácil y de trámite. No hay nada que no haya quedado reglamentado por aquella cabeza previsora. Fue en la sección de ruegos y preguntas, ya levantándonos de la mesa de consejo como quien dice, cuando Calero pidió la palabra.

—Pido la palabra —lo dijo formalmente, siempre nos contagiamos un poco desde que entramos en la sala solemne.

A ver qué traía el maestro armero.

—Servidor es la tercera vez que acude a junta general ordinaria, tres años desde que tuve el honor de pasar al retiro con el grado de teniente honorario, y asisto —señalando para los Estatutos— por no existir en el término municipal autoridad militar soltera de rango superior que pudiera ejercer su preeminencia.

Castañer aprobó en silencio.

—Hay un hecho que debo poner en conocimiento del Patronato. Sobre su importancia o trascendencia, servidor se abstiene de juzgar. Pero de no haber ocurrido en vísperas de la junta anual, que nos facilita su tratamiento, este miembro nato hubiera contrariado a su conciencia si no solicitara junta extraordinaria.

—Hubiera sido una coña la convocatoria extraordinaria —don Pedro el arcipreste es el vocal menos convencido de su cargo—. Treinta duros seguimos cobrando. Lo único que se le pasó al Fundador, vaya, la depreciación de la moneda en el asunto de nuestras dietas.

—Pero usted bien sabe por qué estamos aquí —le dijo don José Luis, el profesor, a don Pedro, el cura—: por un imperativo de conciencia.

—Lástima que don Publio no tuviera una conciencia religiosa. Mucho civismo y filantropía, muchas lecturas de los librepensadores. Pero ni una vez lo he visto en mi

iglesia, la casa de Dios.

—Estamos aquí —pensé que debía presidir— para que se perpetúe el honor de una familia que no merecía haberse secado definitivamente en una soltería ejemplar aunque insana.

Me salió de un tirón. Lo que tenía que ser insano, y quién sabe si perjudicial para la sociedad, era aquella obsesión por lo legal. Sobre todo, en lo tocante al fisco. A todos nos fastidiaba de rechazo. En la propia Delegación de Hacienda le tenían ojeriza a don Publio Urdeña Vizoso porque al declarar la verdad les trastornaba las evaluaciones globales.

—Ciudadanos así quisiera yo muchos —dijo el teniente de alcalde—. O pocos, pero que tuvieran escaño en el Ayuntamiento, y no como otros que allí tienen puesto el culo y nos avergüenzan con su mal ejemplo.

—Dejemos la política —dijo el maestro armero—. Un individuo de la milicia no entra en esos partidismos.

—Don Publio nos mira —dijo Castañer, que no tiene voto pero tiene voz. A Castañer se le veía una expresión apacible y esto quería decir preocupación. Él tiene esa propiedad, que su cara siempre es al contrario de lo que debe sentir en el momento.

Se refería a la galería de retratos colocados por orden según la época. La única señora es de la época más lejana y representa como una matrona que hubiese parido ella sola a todos los hombres de la familia, y era hembra con un poco de bozo. El retrato del último prócer, tenía razón Castañer, nos hablaba con su fisonomía virtuosa, casi reciente. El pintor tuvo que hacerlo por una fotografía ampliada. Todos miramos para el Fundador. Calero no ha llegado a conocerlo en persona, quizá por eso se quedó mirándolo con mucha atención y suspiró. El suspiro de un hombre da un no sé qué, y más si es un hombre de armas.

El arcipreste se puso a liar un cigarro gordo, de los que llaman cigarros de práctico. Los prácticos del puerto de La Coruña se hacían así los cigarrillos porque la picadura se la regalaban los capitanes de los mercantes. Los ruidos pequeños de la maniobra del arcipreste se agrandaban por los muros de la sala hasta el techo de vigas vistas. Todo lo demás era silencio, y también como una inquietud. La casa palacio tiene bodegas, corredores y muchas estancias, la pieza principal es la sala y parecía que en ella hubiera alguien a mayores de los seis que podíamos oírnos con los oídos y tocarnos con las manos.

Misterioso, el maestro armero echó mano de una cartera de documentos o de herramientas que había dejado en el suelo, debajo de la mesa alargada. No hay mayor locura que la imaginación, recordársele a uno la película de cuando a Hitler le pusieron de esa manera una bomba. El maestro armero no sacó ni papeles ni destornilladores. Lo que puso encima de la mesa fue un artefacto oscuro que venía envuelto en plástico y lo puso con cuidado, pero con autoridad. Le quitó la funda y era un magnetofón.

Castañer me advirtió por lo bajo. El maestro armero se dio cuenta y tranquilizó a esta presidencia con que no pretendía grabar las intervenciones de la Junta. Yo le dije que siguiera. Como si yo fuese juez o presidente de la Audiencia, a saber con qué prueba nos venía el militar.

—Como ustedes saben, se dieron en esta casa grande algunos hurtos de no mucha

cuantía económica, pero lamentables por el lugar sagrado, si el señor arcipreste me permite la expresión. Aquí, en el lugar más venerable para los comarcanos. Entendí que a mí me correspondían en conciencia las pesquisas. Quizá están ustedes pensando en los métodos de persuasión que de antaño se atribuyen a algunos cuerpos de vigilancia. Pero los tiempos han cambiado, sin contar que sobre el pasado se dijeron exageraciones y hasta calumnias. Y también cambiaron los recursos técnicos. Lo propio de los delitos es que sus autores dejen rastros y señales, como tarjetas de visita. El que suelta una bala debe saber que nosotros averiguaremos qué arma la disparó. Y del prodigio de las huellas dactilares que les voy a decir, lo mucho que la humanidad ganó en la lucha contra el crimen, las dactilares son el abecé de la investigación. O lo eran. Porque, señores, hay otras clases de huellas.

El maestro armero estaba muy importante. Con sus dedos mañosos para la mecánica tecleó sobre el aparato que esperaba en la mesa.

—Por ejemplo. Las huellas sonoras, que se pueden recoger con estos adelantos.

—Eso será si los malhechores hablan mientras actúan —dijo alguien—. Y que el magnetofón se ponga en marcha para grabar lo que dicen.

—Un poco de calma, señores —se le notó al militar un retintín—. Es natural que ustedes no estén al tanto. No es un secreto, pero tampoco se tiene interés en que lo sepa el paisanaje. Los sonidos *se quedan* flotando en el aire y hay aparatos con los que puede irse después y recoger esos ruidos.

—¿Con un aparato tan corriente? —se le iluminaron los ojos al representante del Ayuntamiento, pensaría en espiar a la oposición.

—No, señor. Algo electrónico y muy afinado, que pronto estará incluso en los puestos de la Guardia Civil, con lo acelerados que van los tiempos. Por ahora lo tienen los mandos de arriba. Pero la idea, el fundamento, pensé yo por mi cuenta que podría valer. Y que acaso la suerte, ayudada por la feliz conjunción de los astros que se da en este enero me traería el premio del éxito. Este amigo que ven aquí es un japonés de 3,5 vatios con nivel de monitor continuo. Pues con este invento me personé aquí una noche, justo la víspera de Reyes. A Magín el casero le dije que no se moviera de la portería, que venía solo a tomar unos datos en el observatorio. Magín está entre los sospechosos.

—Por ese hombre respondo yo —dijo don Pedro, y era un aval de mucha fuerza.

—Usted me perdone, señor cura, pero puesto a investigar mi obligación es sospechar de todo el mundo. Es una cuestión de principios. Si ustedes me apuran, y para hacer las cosas por el libro, yo tengo que sospechar del señor arcipreste, del teniente de alcalde y hasta de mí mismo. También es de libro el caso de un juez en las Baleares que robaba él mismo y sin ninguna culpa porque era sonámbulo.

—¿Pero qué libro?

—Es un decir. El Sanyo es corriente pero tiene un buen micrófono incorporado. Había tenido la preocupación de ponerle una cinta nueva, porque en las cintas que uno borra para grabar encima igual quedan restos de sonidos engañosos. Parece una locura, sin cabezal especial de sensibilidad, sin jaula de Faraday ni toma de tierra contra las ondas herzianas. Lo que me animaba era la astrología y también las condiciones del lugar,

ustedes habrán notado la atmósfera de esta casa. En la alcoba donde dormía nuestro fundador célibe, allí habían sido los hurtos. El aparato lo puse encima de la mesilla de noche y yo me senté en el jergón, sin mayores respetos porque la cama, de plaza y media, no está vestida.

A don Pedro el arcipreste se le entiende lo que piensa por la manera de tirar de la chimenea. Fumaba al desdén y echando el humo para arriba, o sea, con sorna.

—Comencé el operativo. Aparte de las precauciones normales, la primera regla táctica para un soldado es la sangre fría. Ni una palpitación en este pecho. Hice la grabación, los treinta minutos de la cara A. Esperé un poco. Luego me puse a escuchar lo grabado.

El maestro armero se paró en seco. Pareció que no iba a continuar. Todos esperábamos. Habló don José Luis el profesor de General Básica:

—Dijo usted, Calero, que tenía el deber de desconfiar del cura y del teniente alcalde.

—Por ejemplo.

—Y, por tanto, del profesorado estatal. Como sospechoso, estoy deseando que la acusación se concrete. Si tiene que hacer denuncia, que sea pronto, y sin más asuntos que tratar se levanta la sesión, esas fórmulas que sabe Castañer.

—Señores patronos —dijo el maestro armero en la reserva don José Calero Nespereira. Por fin.

—Señores patronos, el caso ya no es de mera ratería. Yo no soy competente para hacer la calificación, lo mío es informar, y no veo mejor informe que el pedir a ustedes que juzguen por sí mismos. Ruego a la presidencia que se apaguen las luces.

—Bah, bah, bah —tres golpes del arcipreste sobre la mesa de madera noble—. Nuestro teniente honorario viene de Zaragoza, no sabe que aquí lo del diablo es para turistas. Pero nunca se sabe en una casa de liberales, aunque se las diesen de filántropos y altruistas. Cuando no hay caridad cristiana...

Yo mandé que se apagasen las luces.

Paquín Castañer fue al interruptor y en la cara redonda y colorada se le veía como un desconcierto, o sea, que iba muy seguro, porque él conoce la casa como nadie.

Pero no nos quedamos a oscuras del todo, si era esto lo que requería el maestro armero. La luna de principios del año entraba ahora por el balcón principal, y nadie tuvo el arranque de levantarse para correr las cortinas. Era una luz de plata, o mejor de estaño, y revelaba más o menos los rasgos de todos, los ojos inquisidores de don Pedro Pérez Lanoya, arcipreste de Cabeza de Alba, las frentes honradas y ahora pensativas de don José Luis Va—lera, profesor de Educación General Básica, de la primera figura militar, del edil don Victoriano Carballo Valdés por delegación escrita del alcalde que se precisa para cada junta o acto jurídico registrable. Y el secretario perpetuo. Éramos los patronos de la Fundación. Va a ser duro tener que prescindir de don Victoriano, a estas alturas nos ha salido con que tiene novia formal y en el Patronato solo puede haber solteros.

El aparato de grabar y escuchar estaba en medio de la mesa. Empezó a oírse ese ruido de arrastre en que nadie pía, un roce monótono y aburrido. Pasaba la cinta, pasaba el tiempo, y nada, alguno de nosotros que carraspeaba, o nos decíamos una broma rápida.

Luego se oyeron silbidos, *pss, pss*. Difícil saber si estaban dentro del aparato japonés o si era un poco de aire en las rendijas del balcón mal ajustado. Habría transcurrido un siglo o solo un minuto cuando se oyó, esta vez más claro, el correr de un grifo. Era un chorro sobre una vasija, caía con mucha regularidad y firmeza, hasta que empezó a menguar y terminó en un goteo. Sentía ganas de orinar. Y silencio. Ya no carraspeábamos ni hablábamos. Pasó el tiempo y en algún sitio del mundo o de otro mundo debió de abrirse una puerta que chirriaba. Y pisadas. Pisadas cautas, como de pies descalzos. Algo empezó muy pronto a removerse en la escena invisible. Era la noticia como apagada y entre sueños de crujidos de maderas, muelles de hierro, los cascos acompañados de un caballo. Había que interpretar y decidir, no sé los demás, pero yo cerré los ojos para concentrarme. Los maullidos de un gato –o de una gata, en enero–. No podían ser otra cosa que eso, maullidos. Pero se fueron aclarando, convirtiéndose en un murmullo, y de ahí pasaron a ser una queja humana.

El maestro armero paró el aparato:

–¿Prosigo?

–Prosiga.

La sala se había quedado fría de repente, a pesar de los dos braseros que son de reglamento en las juntas. Una queja humana. Eran lamentos de mujer, pero de esos que si una noche los escucharas a través de una pared no se te ocurriría intervenir... El maestro armero tenía la primicia de la audición de la cinta y previamente había advertido que no nos adelantaría las palabras que iban a oírse, que cada cual escuchara sin influenciarnos unos a otros. Llegaron las palabras, lentas, arrastrándose. Era una voz susurrada. Había que esforzar el oído, pero todos entendimos lo mismo, «Señorito –con un acento humilde, pero amoroso–, señorito, ¿me doy la vuelta?». El investigador, como si quisiera apurar el experimento, hacía retroceder y avanzar la cinta que se repetía a sí misma, machacona: «...¿me doy la vuelta?». Despacio, muy despacio. «Señorito, ¿me doy la vuelta?» «Señorito...»

–Que se den las luces –habló esta presidencia–, el asunto debe quedar entre caballeros y propongo que la pieza de convicción sea destruida.

–Pero hombre de Dios, ¿y no ha grabado usted la otra cara? –le reprochó el arcipreste al maestro armero. Pero también votó a favor de la destrucción.

Los pasadizos

Hay una ciudad apiñada que está hecha de contigüidades, medianerías y gravámenes que alimentan a los abogados y procuradores y registradores de la propiedad y, sobre todo, está el asunto de los pasadizos, que garantizan pleitos largos como para llenar una vida.

Por el pasadizo del barón se entra a una de las casas principales de la Costanera, pero se pasa también a dependencias que son de Correos, a un gallinero pro indiviso de cinco hermanos, que el mayor está en Venezuela, y a una capilla de culto privado. Hay un callejón de la fábrica de harinas por donde se entra obligadamente a una escuela de permisos de conducir establecida debajo de un cuarto con desván donde radica la asociación de canaricultores. Los vecinos del barrio de arriba tienen derecho a pasar con sus botijos a la fuente del Pozo, que por laboriosos avatares se ha quedado en el medio del cuarto de estar de una viuda anciana. Y solo son ejemplos.

En las casas nuevas, las que se construyen ahora, los colindantes se ponen de acuerdo para dejar callizos y servidumbres de paso que les aseguren una vejez animada.

El equipo

En la colegiata siempre hay poca luz porque si das las lámparas del artesonado salta el diferencial. Cuando la colegiata está sin nadie puedo hablar para mí solo, el sacristán de la colegiata es Balbín, el sacristán de la colegiata es Balbín, y aunque no levante mucho la voz resuena Balbín y parece que va chocando contra los salientes de la piedra. Se mete por el enramado del púlpito y hace callar a la condenada carcoma, sube hasta las bóvedas, yo soy Balbín, a algunas de las imágenes les da la risa.

Al que nadie nombra no lo he visto reírse nunca. Él hace su trabajo a su manera, somos un equipo, también el coadjutor y don Faustino lo hacen según cada uno. Pero bueno es este pueblo para contarles un caso secreto y que no te mareen, eso si no te tiran a un lagar o a la presa.

Ahora caen por aquí muchos turistas de agosto. Los turistas ven las cosas por fuera, las alaban, se marchan, y qué saben ellos de los inviernos. Se marchan trasladados el juez y el forense y vienen destinados otros legales que parece que se van a comer el mundo, ellos sabrán de puñaladas y de ahorcados, pero en el mal de aire no creen, mal de aire de puerta y entrepuertas, mal de aire de personas, de animales, pero también hay

mal de aire de figuras y puede ser un aire justiciero. Porque qué si se mueren los ricos, después de la caída de la hoja. Hay buenos entierros de primera, con tres curas y la cruz de plata repujada y propina.

Tocante a los turistas, si son de buen porte llega don Faustino el párroco en la moto y los atiende. Empieza por la Virgen gótica de la puerta, se enrolla en la historia del primer marqués, que se le apareció la Virgen en una batalla. En la colegiata había canónigos y las mitras eran de oro, quién te ha visto y quién te ve.

Los turistas, cuanto más de lejos vienen, mejor se creen las cosas.

Este menda tiene que ir con las llaves oyendo siempre la misma música, que si el estilo de las columnas, que si los estribos y las impostas y el aparejo de sillería. Pero lo más importante que tenemos es él, el que nadie nombra, está tallado en el púlpito y parece como si fuera a comerse a los feligreses.

Es el púlpito más grande del noroeste, explica don Faustino, les gana a muchos púlpitos famosos de la cristiandad y hay uno que es su imitación en la catedral de Malinas de Bélgica. La obra monumental que están viendo es de una madera oscura y hoy casi desaparecida, la trajo de América el segundo marqués cuando estuvo allá de virrey. Veinte pesetas la postal, pero en esto don Faustino no se mete. El púlpito es un árbol entero con las raíces que crecen por debajo de las losas gastadas, el árbol respira y echa su aliento por la boca justiciera, pero esto lo sabe quien lo sabe.

En el púlpito están las alegorías, hay hojas de parra, espigas y racimos, algunos racimos tienen comidas las uvas. La paloma, las barbas de los profetas mayores. Te puede crecer la barba mirando, la balanza, el ojo que todo lo vigila.

Y don Faustino: Es como un libro infinito, les dice a los turistas. Escoja usted el personaje que quiera de toda la Biblia.

El santo Job.

Aquí lo tiene un poco escondido, rascándose con una teja. Pero dígame un animal sagrado.

El cordero.

Aquí está en el tornavoz con siete cuernos y siete ojos que son los siete espíritus de Dios enviados a la tierra.

En ese púlpito predicó el Padre Claret y dicen que lo escuchaba arrepentida la Reina que estaba de paso: ¡Huid del pecado y la prevaricación! ¡Que los maridos eviten la demasiada familiaridad con sus mujeres y las casadas sean humildes con sus cuñadas! ¡Mirad que es largo el poder que os puede castigar!

Con las palabras no se juega, tantos siglos machacando con las mismas palabras, encizañándolo a él, que siempre acecha en la sombra. Chist. Tú cállate, Balbino Viforcós Lage. Ahora el que predica es el coadjutor. Lleva también muchos años, no ha querido descartarse de la sotana y predica como los ángeles pero ahí sigue de coadjutor sin que lo asciendan. Si me pongo lo imito. Los ejemplos me los sé de memoria, hermanos, no hagáis como aquel que cuenta San Ligorio que hacía malas confesiones, o la mulata que se llamaba Catalina, murió relapsa y los ruidos y el olor a azufre le hicieron a la señora mudarse de casa. O la hija del rey Auguberto de Inglaterra que tuvo tocamientos con un

paje. Pero el ejemplo mejor es el de la casada.

En el invierno en la colegiata, aunque sea el mediodía parece que es noche. A esa hora de las tiendas y de los bancos no la visita un alma. Yo subo por el caracol, me ayudo con el pasamanos, limpio la cazuela del predicador. Es como estar en la copa de un nogal que llegara hasta el cielo. Te asomas con medio cuerpo fuera y ya no son palomas ni arpas de música, lo que ves abajo es lo oscuro de los abismos. Todo el basamento está tallado de monstruos, ves serpientes y basiliscos en la madera de Indias. Pero el que manda es él, el ser principal que nadie sabe su nombre propio y es como la boca del árbol y tiene lenguas como ventosas.

La casada era en Portugal, al tercer día de su muerte se apareció, con mucho detalle la aparición contaba los tormentos que le hacían en los pechos, ojos, lengua, todo según y conforme habían ^ sido sus pecados. ^

Esta es una ciudad llena de secretos. A usted se lo cuento porque tiene buen beber y las amistades que se hacen en las tabernas son fieles. En el equipo de la colegiata el coadjutor predica, don Faustino paga los sueldos, Balbín sabe cuáles son los señores déspotas y las señoras que reciben hombres por las puertas falsas y los usureros, o sea, menda sabe a quién tiene que ponerle el reclinatorio y qué sitio conviene cerca del púlpito vengador. Lo demás lo hace el dragón.

El Virimán

Ya se sabe el auge de las plantas medicinales en el fin de siglo, que es el fin supersticioso del milenio. Del té compuesto *Virimán*, que se vende hasta en los Estados Unidos de América, se ha dicho que es un caso de psicosis colectiva a cargo de la publicidad, uno de esos golpes de suerte comercial. Pero pocos sabrán que el presidente de la Compañía es un paisano de estas montañas a quien llamaban Niceto el de Pobladura, y también Niceto el de las hierbas.

Por los años sesenta y setenta, ayer como quien dice, apareció por la oficina una señorita vendedora de material de escritorio. Se las arregló para no tratar con el contable. Ella tenía por norma hacer las ofertas a los propios dueños de las empresas.

—¿Tiene usted unos minutos para una oferta que le va a interesar mucho?

Niceto el de Pobladura estaba sin mujer, aparentó que se dejaba llevar por la

vendedora para un pedido que esta le hizo firmar (pero antes de firmar lo leyó con cuidado), y quedaron en que ella iría aquella noche a la casa.

—Sin el muestrario —bromeó Niceto, por ir aclarando de qué iba la cita—. Y mejor entra usted por el callejo.

Olvidó (o hizo como que olvidaba) el chollo que se le prometía para más tarde y se puso a recorrer el tendejón de la fábrica con su aire de montañés astuto. Era en otoño, una época de apuro en el secado y el envasado, y la prisa de las cooperativas farmacéuticas. Además, había como una responsabilidad en el hecho de que las tilas y manzanillas se hubieran convertido en la producción principal de aquellos altos que durante siglos se habían dedicado al pastoreo, cuando no al abigeato.

El empresario revisaba, tocaba, olía. Se detuvo junto a un montón de envases de cartón, desplegó una cajita. Era una tipografía modesta, con una greca que habían puesto los de la imprenta. Ni a soñar que se echara habría podido imaginar el futuro, un producto suyo etiquetado en muchos idiomas, como bebida y en uso tópico, reconocido como remedio contra el estrés del hombre y su consecuencia más nefasta. Esa consecuencia nefasta es la impotencia. Por una experiencia propia, Niceto el de las hierbas llegaría a descubrir la virtud de la carqueixa (*Chamaespartium tridentatum*), en dosis ínfimas con la flor del lúpulo y la menta piperita. La fórmula no valía para el fracaso absoluto del miembro. Valía para los casos en que se queda a medio punto, que es lo más humillante para el hombre. En el tiempo aquel de la viajanta de papelería, cuando aún no existía el compuesto *Virimán*, la fábrica se arreglaba con unas temporeras. Niceto siguió por las mesas de trabajo. Jamás había mirado a las obreritas con ojos que no fueran de autoridad, ni siquiera ahora, dos meses largos sin mujer.

La viajanta, naturalmente, era otra cosa. Una forastera de paso. Al final de la jornada, la chica se presentó en la casa del hombre abandonado y no llevaba el muestrario, solo un cabás pequeño.

—Vaya, chico, todo esto no está nada mal.

La vivienda, ciertamente, no mostraba ningún abandono. Una mujer se encargaba de la limpieza y hasta tenía carta blanca para hacerse ayudar por otra sirvienta. Ninguna de las mujeres se quedaba a dormir, y esto hacía que el orden resaltase todavía más, en las habitaciones cerradas y sin ruidos. La forastera lo miraba todo. Se arrellanó en el sillón mejor. Por un momento, Niceto sintió un pequeño recelo, al verla un poco confianzuda. Pero más bien sería la seguridad de una mujer de mundo. Le preguntó qué quería beber.

—Algo que no sean tisanas —bromeó la invitada.

Había un mueble-bar, de cuando las cosas del matrimonio marchaban tolerablemente y venían visitas cultas, casi siempre por las aficiones de la señora de Niceto.

—Chin, chin —levantó la copa la forastera.

—Salud —correspondió el anfitrión, todavía de pie, a ver cómo iba rodando el asunto. Dejó su copa sobre el posavasos de fieltro.

Las aficiones de la señora se sabían en toda la comarca. Niceto el de Pobladura, o Niceto el de las hierbas, se había enamorado de la hija segunda del juez de primera instancia, que tenía muchas hijas. Al juez le habían salido hijas de todas clases, hubo una

monja y otras tirando a golfillas. A Rosarito se la vio muy caprichosa y romántica desde niña, tenía tres años de bachiller interna con las monjas de la Divina Pastora. Así se explicaba la pared llena de libros encuadernados y diplomas, y en cualquier mueble había cabezas de escayola de Cervantes y Beethoven.

—Los libros enseñan hasta cuando están cerrados —era una frase prestada, la soltó Niceto cuando la forastera le preguntó si los había leído todos.

La señora de Niceto usaba un montón de frases y muchas eran sobre la limpieza y el orden. Hubo tiempos en que le dio por el teatro y la danza. Pero últimamente estaba muy déspota con que todo estuviese a punto y no la distrajesen de la poesía. Tenía contacto con pequeñas editoriales que cobraban por publicar, pertenecía a asociaciones donde abundaban poetisas como ella y a veces recibía diplomas y honores contra reembolso desde sitios como La Madarra (Vizcaya) o Mirandela de Portugal. Un día dijo que se marchaba a Madrid, con la disculpa de una alergia al olor de las plantas medicinales que vagaba por la casa e incluso por todo el pueblo.

—¿A usted le molesta el olor que tenemos en el pueblo?

—Al principio es un poco empalagoso, pero es peor el de las papeleras de Tolosa y el de la remolacha en Veguellina de Órbigo. Figúrate lo que tiene que tragar una. Y a propósito. A ver si quedamos en el tú o en el usted. Quedaron en el tú, el cliente y la viajanta de objetos de escritorio.

Pero no acababan de soltarse, y la viajanta tenía una risita tonta. De vez en cuando le daba un chupito a la copa de anís y la posaba sobre la mesa barnizada. Niceto había puesto bien a mano los redondeles de fieltro, era imposible que ella no los viera. Pues encima del barniz de la mesa ponía ella la copa.

Niceto andaba por los cincuenta años. O algo menos, aquí nos entendemos por las quintas y debía de ser del 55. Hacía una vida sana y además no tenía traumas ni bobadas. Jamás le había pedido cosas raras a su mujer. Las revistas de desnudos y los vídeos no le daban frío ni calor, pero en cambio había visto aquella mañana dos liebres empalmadas, en las plantaciones del monte Tejo, y una cosa así podía dejarlo un poco inquieto. De manera que si por él fuera, ya estaría sacudiendo la polaina con la viajanta, pero derecho y por lo sano.

Hablaban. Conversaban. Tampoco es cosa de que a uno lo tomen por un pardillo. El pueblo era bonito, pero debía de tener un ayuntamiento algo dejado que no cuidaba las calles, dijo la viajanta, sin comprender que habían sido las vendimias y ahora las lluvias de otoño. Enseñó los zapatos embarrados, que ya podía haberse limpiado en el felpudo. Con un pie se quitó el zapato del otro pie y viceversa. Está bien que las mujeres lleven falda corta para ofrecer bolígrafos y carpetas, también los pantalones apretados pueden pasar, pero a estas horas daban gusto las piernas envasadas en unas medias finas y tirantes, con unas flechas bordadas hacia los muslos como si fueran señales de dirección única. Niceto se notaba la incomodidad. La chica le miraba para el sitio, siempre con la risita, y a lo mejor se estaba dando cuenta de la emergencia. Niceto disimuló y fue por detrás del sillón donde ella estaba con mucha flojera, la chica se había puesto a fumar y unas veces se acordaba del cenicero, otras veces no, y a saber la que puede armar un

cigarro. Ella sacudió la melena para los lados, como esperando algún detalle del hombre que ahora tenía a sus espaldas. Bonito pelo, alabó Niceto, si parece recién salido de la ducha.

—Pero hombre, ¿no sabes lo que es el *wet look*?

—¿El qué?

—El efecto mojado —y esta vez la chica se rio con franqueza—, te lo hacen en la peluquería con gominas.

Rosarito, la señora de Niceto, iba a la peluquería y le gustaban los peinados arquitectónicos, exigía los tintes mejores, pero si venía de teñirse ponía pañitos para apoyar la cabeza. Las mujeres de la limpieza sabían cómo había que tenerlo todo en la casa. Y no bajaban la guardia, siempre temiendo que a la señora le diera por volver cualquier día. Niceto le mimaba la cabeza a la visita, pero en seguida se fue con las manos al escote y entró en una comprobación que lo desconcertaba, eran unas tetas pequeñas, la chica se puso a suspirar y a retorcerse como una anguila y en esas se le fue al suelo la copa recién puesta de anís, allá ella si vuelve o si se queda por esos cafés de Madrid, las tetitas crecían y Niceto se apretaba el bandullo contra el respaldo del sillón y se acordó del carnero con el mandil de cuero que le ponen para que no les entre a las ovejas. Entonces, como un carnero furioso, removió los obstáculos que se oponían a sus designios. O sea, que ocurrió en la cama del matrimonio.

Niceto había llegado ciego, él mismo dice que fue visto y no visto, dos meses y medio sin mujer. Cuando se le pasó la locura se echó boca arriba y pensó que estaba en una casa de citas. El tálamo de la hija del juez y del industrial se había convertido en un revoltijo, sin duelo de colcha rameada ni de los cuadrantes que son solo para adorno. Cuando el industrial se hizo cargo, sintió una aprensión, como un decaimiento por todo el cuerpo. La viajanta fumaba en la cama:

—Es ese cigarro de después, el más rico. Bueno, el cigarro de entre una faena y la siguiente...

Fumaba en la cama, y la otra mano se la arrimó a Niceto que en el paroxismo le había prometido a la tía una fiesta sin tregua. Pero daban las once en el reloj de pared que se oía en toda la casa, daban las doce, y toda la noche Niceto con la intuición del té *Virimán*. Así es como nacen muchos inventos.

Historia de monjas

En la ciudad famosa, las monjas calzadas del Otro Lado se confiesan con el confesor, dice don Luis el forense; pero solo de los pecados. De las otras cosas de las calzadas sabe más el propio don Luis, porque a ellas les gusta charlar con el médico cuando este franquea la clausura.

Las descalzas de la Antigua vienen también del padre San Francisco, que dejó por ahí muchas familias reconocidas, pero son otro mundo. No llaman al médico para una verruga. Y además no hablan de sus pequeñeces ni con Dios. Bueno, digamos que solo las hablan con Dios.

Parece mentira que haya tanta diferencia entre los dos conventos, con los campanarios a tiro de piedra y separados nada más por el río y el pedregal. Don Luis el forense es algo historiador y dice que estas cosas vienen de antiguo. La fundación de la Antigua se hizo en un lugar recogido de fronda y fuentes cristalinas, mientras las calzadas del Otro Lado están en el barrio de los menestrales, y en este convento se cuidó el marqués de que no faltara la vasta huerta y las porquerizas y las cosas prácticas, cuando a aquel otro le donaba mayormente mármoles de Carrara y tizianos.

El caso es que hubo una monja del Otro Lado que vivió muchos años, uno de esos casos en que suele decirse que allá arriba se olvidaron de un mortal, que se extraviaron sus papeles. Y siempre en el encierro riguroso, que no se rompía ni ante la enfermedad ni por las muertes familiares en primer grado. Llegó a ser una pura arruga. Pelaba patatas, picaba fréjoles, se encargaba de las lavazas. Pero, sobre todo, estaba aferrada a su destino de hermana campanera, y pedía que no la jubilaran de aquellas cuerdas que eran prolongación de sus manos y habían sido renovadas muchas veces a causa del uso.

Los toques fijos de las calzadas del Otro Lado son tres: a las seis y media de la mañana, a las dos y media después del mediodía, a las seis y media de la tarde.

«Van a tocar las monjas.»

«Acaba de ser tal hora por las monjas.»

Los relojes se ponen en hora por las monjas y no por la televisión.

Pero la seguridad es aún mayor porque las descalzas, separadas nada más que por el río y el pedregal, tienen los mismos toques y a las mismas horas en punto. Incluso en las fiestas de sus respectivos titulares: las de la Antigua guardan el cuerpo incorrupto de un santo que les llegó anunciado por un globo de fuego aparecido en el firmamento, y en esa fiesta las campanas del Otro Lado se solidarizan, a condición de verse correspondidas con igual volteo de primera clase en el día de la santa que fue dama de una reina celosa y cinco días con sus cinco noches estuvo prisionera en un baúl sin merma de su belleza de cuerpo y alma. Luego, a nivel de abadesas, a lo mejor ni se felicitan las pascuas.

No era nada fácil trasladarse con la imaginación a un tiempo en que la campanera del Otro Lado había sido moza y lozana. Aunque en los ojos, ciertamente, algo le quedaba de una luz que tenía que ser de entonces. Llegó a esta ciudad famosa de conventos y cumplió los trámites que todos sabemos. Vienen con alguien de su familia, las destinadas al convento del Otro Lado se hospedan en una casa de confianza cerca del monasterio. Pasean con recato, se miran en las lunas de los escaparates, tantean collares que ya nunca las adornarán. A veces van a la peluquería, a cuidar el pelo que unas tijeras de

plata habrán de sacrificar en el día solemne. La que iba a ser la campanera del Otro Lado vino de Cambados de Galicia. Llegó cuando había guerra carlista y algo supo de guerras y revoluciones y alcanzó a ver el bulto de Franco por la celosía que da a la carretera, cuando Franco vino a inaugurar el embalse. Unas dan en torneras, otras en sacristanas o en cachicanas de la huerta, según, y a ella le cuadró desde el principio y para siempre esta puntualidad de los toques reglamentarios. De cuántas maneras se puede servir al Esposo.

La historia empezó cuando sor María Peregrina (que no estaría bien negarle la honra del nombre) se detuvo en pensar si la cortesía mandaba que ella esperase el primer golpe de campana de la Antigua o si debía ser al contrario. Era el primer día de su oficio. Unos instantes de mucho escrúpulo, como si la cristiandad estuviese pendiente de aquel protocolo. Empezó la de la Antigua y sor Peregrina adivinó de repente que se trataba de una gran dama, aunque humillada en la pobreza del común fundador Francisco de Asís.

En las clausuras las cosas no pasan en un mes ni en un año. Vinieron cuaresmas, advientos y navidades. Cuando los veranos, el Gobierno mandaba que se adelantasen los relojes pero los conventos seguían con la hora solar. Luego, por las vendimias, la hora oficial volvía a ser como Dios manda. En todo esto, la campanera del Otro Lado había ido intimando con su hermana confidente, que sin ninguna duda había sido una señora principal, como pudieran serlo las propias condesas de Fefiñanes.

Al fin ocurrió como en todas las amistades del mundo, que hay un día en que la muerte las rompe por uno de los lados. A sor María Peregrina no le extrañó, porque la condesa, para entendernos, se le había venido quejando de unas fiebres reumáticas que ya no respondían ni a las medicinas de farmacia ni a los remedios caseros. Sor María Peregrina lo supo de corazonada, un suspiro antes de que la Antigua hiciese toque por su cuenta y fuera de horas, y era toque de monja difunta. En esa misma tarde, porque ni los muertos ni los vivos pueden parar los toques corales, se encontró sor María Peregrina con una nueva correspondiente, y esta era una monja muy joven y un poco tímida, pálida y venida de lejos, y todo esto se le notó en el toque corriente de vísperas.

Ciento dos años de edad, ochenta y seis de vida religiosa, dan para una crónica larga de amistades secretas pero también de recelos.

Hubo épocas amables, de perfecta sincronía. Y otras en que el diálogo se hacía cauto y melindroso. Las descalzas –jamás las de Otro Lado– cambiaron muchas veces de campanera y era una perturbación. Pero sor Peregrina se hacía pronto con las claves. Solo ella en el convento del barrio de los herreros y los horneros sabía cómo eran y lo que hacían las de allende el río: sus paseos por los hondos jardines, las cartas que les llegaban de Roma, el acento tan elegante del latín de los rezos.

Cuentan que en tiempos de la República, las monjas de clausura salieron a votar todas por las derechas, en autos particulares muy cerrados. Fue una ocasión única en varios siglos, atisbarse unas a otras las mujeres de las dos casas. Pero sor María Peregrina ni se arrió a las cortinillas del coche, ya por entonces tenía callos en las manos de comunicarse por medio de las cuerdas, qué curiosidad iba a sentir ella.

El espejo

Una vez cada cinco o seis años, los poetas de la ciudad torreada madrugan y por calles de nombres todavía borrosos se van acercando a la plaza principal y allí se juntan. Se marchan al extranjero.

El conductor del autobús también tiene conciencia de la aventura. Y el propio autobús aparece recién lavado, para no quedar mal en las comparaciones cuando rueda por la nación vecina.

Aquella mañana, los poetas (y poetisas) ocuparon todos los asientos numerados y aún hubo que echar mano de los trasportines. Comprobaban los pasaportes, el conductor se aseguró de la carta verde. Luego se oyó arrancar el motor, el suave descenso desde el castillo y el parque y la abadía, y podía sentirse la emoción de los pasajeros, porque un encuentro internacional no es como la fiesta de la llegada de la primavera.

—Ni como los juegos florales de la vendimia.

Siempre había algún poeta nuevo en la excursión. Los nuevos admiraban a los veteranos, que sabían del cambio de divisas y los hábitos fronterizos, la manera más fina de saludar según fuera la mañana o la tarde, y el protocolo de los discursos. Todos pensaban en la fraternidad de dos historias gloriosas. Y en la propia fama, porque era dulce y hermoso el pensamiento de regresar, a veces con un diploma acrecentado por el prestigio de la lengua extraña. Aunque el lance fuera de ir y volver en el día.

Cuando en los indicadores de la carretera surgió la primera referencia a la otra nación, unas decenas de kilómetros que faltaban, pareció que se hubiera subido un nuevo peldaño y había derecho a imaginar una escalera de gala, con honores a cada lado.

Los cigarros eran más nerviosos. El recuento de las separatas, los breves libros no venales de versos.

Y casi de pronto, como una mezcla de ilusión y temor:

—¡La frontera!

—*A fronteira!*

Alguien habló de aquellos tiempos en que se necesitaba el visado, tenía que acudir al consul, a veces era un consul honorario.

—*Obrigado, muito obrigado.*

Habría que ser un experto (por ejemplo: una vendedora de postales, un empleado del Banco Exterior, mejor un contrabandista) para darse cuenta de que la raya había ido aflojando su tensión. Había dejadez en los cuestionarios, los sellos de fechas se estampaban mal entintados. Pero los poetas que llegaban del extranjero (al extranjero) venían con expectación, les faltaban manos para las carpetas de folio con solapas y las acreditaciones personales, ojos para las banderas y los avisos, cómo iban a captar ellos esa degradación sutil que se cierne sobre las fronteras del mundo.

Un taxista de los que pasan y repasan el puente, un gancho de hoteles y pensiones, un pájaro que va y viene. Esos sí lo sabían todo.

Los poetas no iban a quedarse en el paso fronterizo. Ni siquiera en el pueblón crecido alrededor de las aduanas. Su destino era más adentro, la ciudad deseada en el estado vecino y sin embargo remoto. Habían ido más veces, pero consultaban los mapas por gusto. Las carreteras aparecían flanqueadas por el mismo brezo que acababan de dejar, pero el monte bajo les olía a nuevo y distinto. Buscaban la diferencia en los anuncios, en el andar de las mujeres, en los perros...

Solo faltaba enfocar la recta final. Y en seguida, la subida no demasiado ardua a la ciudad torreada. Una ciudad con castillo y parque y abadía, donde esperan como en un espejo los poetas (y poetisas) que un día cada cinco o seis años madrugan y por calles de nombres todavía borrosos se acercan a la plaza principal para devolver la visita. Y marchan al extranjero.

La esquila

En la mesa de mármol del casino estaba el *ABC* memorioso y decía: Doña Helena de Fiore de Luna y Pérez de la Plana, condesa de la Plana y de Santarcángelo, falleció en accidente en La Spezia (Italia) el día 31 de mayo de 1986. Hay una cruz, hay una esquila honrosa, sus padres excelentísimos, sus ilustrísimos hermanos.

La condesa Helena contaba diecinueve años de edad y era imposible no ver una verja de hierro entornada, una fuente en un parque, el cuello de una estatua.

El desafío

Los de Caza y Pesca no habíamos ido nunca a pescar al Ór-bigo. Tuvimos muchos atascos. Los del campo estaban en huelga y habían sacado los tractores a la carretera. También en otro tiempo, hará sus buenos quinientos años, se plantaron aquí unos caballeros reñidores que no dejaban pasar a otros caballeros si no se liaban a romperse las lanzas. A lo mejor lo da el clima o las alubias.

—La especialidad es la sopa de truchas —nos informó el dueño del bar, que está junto al puente romano.

No ha pasado tanto tiempo, pero no sabría precisarle ni a un juez (y puede que aún colee un juicio de faltas) sobre el comedor del bar Las Vegas. Un aparador grande sí había, la estufa de butano, unos cromos probablemente de Venecia. Y luego, la presencia del camarero. De aquel camarero...

—Los señores estarán mejor junto a la ventana —recogió las prendas de abrigo, maniobró en silencio, corrigió nuestros asientos para que ninguno de los comensales se quedara de espaldas a la puerta.

Nos miramos unos a otros. Cómo no iba a chocarnos el tono. Y el esmoquin perfecto, en aquel lugar, aunque el paño estuviera gastado y con brillos. El camarero del bar Las Vegas estaba delante de nosotros como una aparición en la niebla del tiempo. Tenía esa elegancia de los servidores viejos y delgados:

—Para beber, les puedo ofrecer a los señores un Don Suero muy cubierto. ¿Chambré?

Por la ventana, justamente, se veía el puente del Paso Honroso. Don Suero de Quiñones fue un joven noble (otros piensan que un señorito pendenciero) y montó por aquí un desafío de peleas que costaron heridas y fracturas de huesos, y hasta una muerte hubo que apuntarle. Don Suero, hay que reconocerlo, ya tenía nombre de vino áspero. Volvió el camarero con la botella, nos la presentó para la conformidad antes del rito de abrirla y fue como verse uno en un ambiente de duques. Las servilletas eran de papel. Pues nada. La carta estaba sobada por muchas manos. Pues como si fuera de pergamino. El camarero lo engrandecía todo. Tomó la comanda, pero no se marchó a la cocina del figón sin darnos las gracias. Cada vez estábamos más asombrados. Nos pusimos a hablar de lo nuestro, esas cosas de los pescadores de río.

Pero sabíamos que era inútil, que todos pensábamos en otra cosa. En la misma cosa. Vino con los entremeses y el tío servía de lujo, o sea, a la francesa. Te presentaba la fuente por la izquierda, te ofrecía el cubierto de servir y tú mismo te servías mientras él se quedaba en la posición exacta, ni muy inclinado ni muy tieso. Y aquella manera de abrir las botellas del vino. Al sacar el corcho no tiraba fuerte, tiraba lo justo para no hacer ruido, este hombre tiene que haber pasado su vida descorchando riscales, vegasicilias. Pero no nos atrevíamos a preguntarle. Tenía una cara medieval, alguien dijo que si habría sido maestresala en las justas famosas...

A veces se entreabría la puerta del comedor y el ruido del televisor y de los clientes del bar se nos colaba como una ofensa. Pero volvía él y ya estábamos en el Ritz. Alguien pidió un filete bastante hecho por fuera, solo por fuera.

—Muy bien, señor. *Saignant*.

O mejor, ni muy hecho ni poco hecho.

—*À point.*

A la hora de los postres vinieron unas naranjas guasin y fue el fin de fiesta, una preparación que pareció realizarse en el aire bajo los poderes de un mago, mientras sobre el plato se iban enrollando las tiras de la monda de la fruta en las formas más caprichosas...

Don Paco, naturalmente, había pedido arroz con leche. Todos en la Sociedad queremos a don Paco, pero hay que ver qué manía tiene el hombre con el arroz con leche, no acaba de aprender que el flan o los roscones pueden variar de un lugar a otro, pero que el arroz con leche es seguro que no se encuentran dos arroces con leche iguales.

—Vaya por Dios —se le oyó a don Paco esta vez.

Don Paco es, sobre todo, un caballero cortés. Señaló su arroz con leche con un ademán reposado y el camarero se acercó a escucharle. Yo tuve una premonición.

—¿Debo entender que el señor no encuentra correcto el arroz con leche?

—Bueno, veré —dijo don Paco con humildad, ahora no sé si fingida—, acaso pueda haber un arroz con leche peor, ya se sabe que a todo hay quien gane...

—Con todos los respetos —dijo el camarero—, me parece que el señor se apresura en el juicio.

Don Paco es menudo de cuerpo y es el más pacífico de los pescadores de caña. Con mucho tiento se puso a explicar sus razones sobre aquel arroz con leche, que había apartado con un gesto suave, pero definitivo. Don Paco reconocía el acierto, esto sí, del limón y de la canela. Pero aquellos grumos tibios...

—Aquí un servidor —el camarero se llevó la mano a la pechera—ha sido jefe de rango en el comedor más encumbrado de España, a mucha honra se lo digo a los señores. El que los granos sean aparentes, puedo certificárselo a los señores, es lo más apreciado en un arroz con leche de lujo: el arroz con leche princesa, que sobre el lecho de arroz lleva ciruelas regadas con Cointreau; o el arroz con leche a la reina, si ustedes me permiten, donde los granos aumentados se benefician de la nata fresca y de la vainilla, más unas cerezas confitadas.

—A mí no me gustan esos arroces con leche —declaró don Paco, con una energía que empezaba a crecer—; lo que me gusta es el arroz con leche natural, un arroz con leche de nuestra tierra.

—Quizá, entonces, es que el señor no ha viajado mucho.

Las palabras eran correctas, pero sonaron a «Este señor no ha comido nunca de caliente». Don Paco Burón, administrador de Rentas Públicas, cronista oficial de su pueblo, cruz de San Raimundo de Peñafort...

—He viajado menos de lo que quisiera, pero hombre, alguna que otra vez he estado sentado a mesas de postín.

Lo decía medio en broma, pero ya un poco nervioso, bastaba fijarse en cómo se tocaba el aparatito de la sordera.

El camarero no cejaba:

—En los arroces con leche, como en todo, la madre de la ciencia es la experiencia. Y da la casualidad de que servidor ha empezado su carrera con un arroz con leche que viene

en los libros. Sí señor, en los libros de Historia. Era un arroz con leche Imperio, en el hotel principal de León, con huevos y trozos grandes de frutas tropicales que habían venido en un avión de guerra desde Canarias, y todo cubierto con mermelada de albaricoque.

Hizo una pausa. Se puso rígido, casi en posición de ¡firmes!:

—Yo mismo le serví aquel arroz con leche a Su Excelencia. Y al ministro alemán y a toda la cabecera del banquete de la Legión Cóndor. Su Excelencia se fijó en mí, y de allí a la casa civil. Aquí donde me ven, si yo les contara a los señores...

Era un ofrecimiento. Yo abrí bien las orejas. El General, los gobernadores con sus entorchados, los obispos... Como si volviéramos a ver el NO-DO. Pero don Paco no quería ceder. Como si en aquel mesón, clasificado de un tenedor, no valiera otro tema que el suyo. Volvió a la carga, que si el arroz con leche se debe tomar con cucharilla o con barquillos, que si acaramelado o cremoso. Jamás se le había visto tan empeñado. El exjefe de rango de El Pardo también aumentaba su desafío. No es que le apeara al cliente el tratamiento: «el señor, esto», «el señor, lo otro». Pero bien se le veía el abultamiento de las venas, y un temblor en la boca, de dentadura demasiado pareja para no ser postiza.

Don Paco aludió al arroz con leche que le hacía su madre.

—¡Pues eso es que su señora madre no entendía de arroz con leche! —saltó al aire la conclusión imprudente.

Y qué otra cosa puede hacer un hombre si no es levantarse y dar la cara. A don Paco Burón se le vio auparse para llegar con las manos a las solapas del leonés. Don Paco jura y perjura que él apenas si rozó las solapas de raso, que un esmoquin no aguanta como una armadura de los Quiñones, y peor si el género está pasado de tantos años...

Salimos (a don Paco lo sacamos) al puente del Paso Honroso. Una ojeada a las cañas de pescar y ya estábamos en los coches. Los tractores, los chopos como lanzas.

The End

Al saberse que iban a derribar el cine municipal los teléfonos empezaron a funcionar y fuimos bastantes los que viajamos a nuestra ciudad para decir adiós al caserón donde habíamos aprendido tantos gestos.

Había que adelantarse a la piqueta desalmada. Cada cual quería quedarse con un recuerdo, los viejos carteles de un transatlántico con las luces encendidas o de apariciones de la Virgen o de los besos de tornillo de una espía rusa.

Al final, decidieron que habría una voladura controlada. Sería la última película que nos diesen.

Pero el espectáculo fue que al estampido de la dinamita se espantaron los caballos de la Remonta y rompieron vallas y galoparon las calles, y todos caímos en la cuenta de que no hubiera podido existir el arte del cine si no se hubieran inventado los caballos.

La embajada toscana

El fax de la Excelentísima Diputación avisó que por la boca del aparato iba a salir un mensaje. Algún saluda, decreto, circular de la Junta, garambainas, pensaría el subalterno de turno. Esta vez asomó la hoja de papel y no había que ser de carrera para ver que la comunicación venía en idioma extranjero.

El oficial mayor examinó el facsímile. «¡Al señor presidente!», y el subalterno de galones anchos dorados, sabemos que era el ordenanza Matilla, siguió con el documento, ahora en una carpeta repujada, hasta la secretaria de despacho de la Presidencia. La funcionaria le pasó el fax al jefe, sin más retraso que el de curiosear el asunto. Un fax internacional. Empezó a circular por la Casa el rumor de que se anunciaba una embajada. De Grosseto, Italia.

Grosseto, Grosseto... A lo mejor un hermanamiento. Nadie había oído hablar de Grosseto, pero el viejo Espasa alentaba las esperanzas. Provincia de tercer orden, fábricas de ladrillos, capital con su catedral y abundantes ruinas de la Antigüedad. Entre provincias gemelas, sería el hermanamiento. Estos protocolos traen visitas y devoluciones de visitas. Hasta el vino de Grosseto es de aguja como el nuestro. Luego resultó que quienes venían de camino eran comisionados de algo relacionado con el tráfico. «¿Está usted seguro?», apretó el presidente de la Diputación al traductor de guardia. A saber qué sería mejor, si obstruir para que los extraños no vieran las deficiencias o dar facilidades y que a la vista de las carreteras se propiciasen subvenciones de Europa. *I Congresso sulla Sicurezza Stradale nella Regione di Toscana in Grosseto, Italia*. Completamente seguro.

El presidente mandó preguntar –por fax– si venía su homólogo extranjero, presidente, gobernador, prefecto. No venía. Para recibir a la comisión, el presidente nombró una comisión de diputados rasos. Pero a quedar bien con los forasteros. Aquí no habrá dinero para otras cosas, pero en aparentar que no falte. El cabeza de la embajada italiana era un *professore politecnico*. Llegaron a última hora del día y después del alojamiento hubo cena conjunta y fraterna, y luego copas, hasta terminar la noche inverniza en uno de esos locales en que las mujeres se van quitando la ropa al compás de la música, cuesta trabajo pensar que una pamplina así pueda divertirle a alguien. Los toscanos alabaron el ambiente nocturno de la ciudad. Algún censor demasiado severo habla de bacanales. Aquí no se peca tanto como se cree, pero de esto no puedo hablar. Yo, menos que nadie.

La noche fue mayormente de bebidas, lo que se bebe es cualquier alcohol fuerte que echan en refrescos con gas, y a eso lo llaman un trago largo. El champán es sobre todo para alternar con las coristas. Parece ser que el mérito del cliente se calcula por su habilidad en que una botella de champán cunda para el mayor número de señoritas. Qué cosas. Puestos a ello, esperemos que nuestros representantes hayan estado a la altura. No se habló una palabra de coches ni de tráfico. Mañana será otro día. Los italianos, que aprovechar la ocasión única. «*Cari amici* –sería más o menos–, *godiamo di questo incontro storico*.» «*Prego!*» Y los anfitriones: «Que pasen la cuenta a la Diputación».

El día siguiente estaban alertados los ujieres. Con qué empaque suben y bajan las escaleras nobles estos comendadores italianos. No habían madrugado, naturalmente. Se sentaron con los nuestros a una mesa alargada de juntas, frente a frente las dos comisiones, con botellas de agua mineral y recado de escribir delante de cada miembro. Con el intérprete jefe de la Casa. Alguien pronunció unas palabras floridas y pronto se supo que los mandatarios no venían a ver carreteras ni caminos. El encargo del *I Congresso sulla Sicurezza Stradale nella Regione di Toscana in Grosseto, Italia*, era solemne y concreto. Invitar a cierta persona de la ciudad –ellos dijeron una *personalita*–. Y habían querido hacerlo mediante un previo contacto oficial. Como cabe esperar entre instituciones.

El *professore politecnico* pidió algo al que venía de vice o de secretario.

Fueron unos momentos, y debieron de bastar para que los autóctonos imaginaran la lista de posibles destinatarios de la invitación codiciada.

Dicen que fue salir un pliego de una cartera muy fina de documentos, pronunciarse el nombre y aparecer caras de asombro.

El propio *capo* de los italianos repitió con énfasis el tratamiento de doctor, mi nombre de pila y los apellidos humildes. A mucha honra. Y luego, con su voz apuesta que subrayaba el decoro de mi Bibliografía selecta:

«Pros y contras del cinturón de seguridad», *La Nación*, Buenos Aires, 14 agosto 1982;

«Pros y contras de los avisos atemorizadores en la carretera», *ibidem*, 18 diciembre 1982;

«I delitti della strada», *Il Messaggero di Bari*, Bari, octubre 1985, páginas 33 a 38;

«La conduite de l'automobile, une affaire morale», *Revue de Normandie*, Les Andelys, L'Eure, n.º 67–68, octubre–noviembre 1987, páginas 40 a 55;

«Pros y contras de la retirada del permiso de conducir», *El País*, Cali, Colombia, 31 diciembre 1987;

«A desídia punível no uso do intermitente ou piscapisca», *O Jornal do Motor*, Porto, agosto 1988;

«Pros y contras de la enseñanza del volante a los adolescentes», *La Nación*, Buenos Aires, noviembre 1988;

«El auxilio espiritual a las víctimas inconscientes», *Boletín del automóvil Club de Almería*, España, junio 1989;

«Conducir con responsabilidad, pero conducir sin miedo», *El Noticiario de Bariloche*, Bariloche, Argentina, junio 1989;

«Seguridad *versus* confort», *La Voz de Almería*, Almería, España, junio 1989;

Del servofreno al monodisco en la estadística de los accidentes por derrape, Imprenta Artística y Comercial, Santa Coloma de Gramanet, Barcelona, edición del autor, no venal, 46 páginas más una lámina.

Y la lista seguía. Era solo una selección de los trabajos más recientes entre toda una labor de años, modesta pero imbuida de servicio a la sociedad, seguro que estaba el minucioso «Die Scheinwerfer», en la *Automotorsport* de Frankfurt del Mein... En el *I Congresso sulla Sicurezza* etcétera se aspiraba a contar con la presencia de quien consta en el mundillo como una autoridad en la materia. *Prego!*

Imposible, se miraban unos a otros mis paisanos. Tenía que haber una confusión enrevesada, por mucho que en los papeles de los enviados apareciesen el nombre de pila visigodo –a mucha honra–, el Fernández, el segundo apellido. «Los problemas del cinturón de seguridad.» «El servofreno.» Absolutamente imposible.

–*Ma, allora, che cosa significa questo indirizzo?* –y el intérprete jefe–: Pero, entonces, ¿qué nos dicen ustedes de esta dirección?

Estaba clara la dirección de mi casa, Costanilla del Ángel, número 1. Era correcto el distrito de Correos.

La embajada toscana y los de la Diputación se pusieron en marcha en coches oficiales y con un par de motoristas de respeto. Borearon la catedral bajo la lluvia y subieron con estrépito la pendiente de la calle, muchas cosas del día y de la noche de la ciudad las sabemos (soy el Penitenciario) por el consejo y la amistad espiritual, sin llegar al rigor del confesonario secreto. A los extranjeros se los vio un poco desorientados al entrar en el patio y encontrarse un cura con madreñas. Luego, cuando todos estuvimos sentados a la mesa camilla, rodeados de carteles de coches y mapas de carreteras, de diccionarios y publicaciones de muchos países, fue la perplejidad de los de fuera, pero también de los naturales. Es verdad que no he montado en auto más de tres veces, pero nada se resiste a la voluntad de un estudioso mientras a su puerta lleguen los carteros. Rehusé la invitación y les regalé a los italianos y a los de la Excelentísima la última separata: *L'automobile, complice degli adulteri*. A mí qué se me había perdido en Grosseto.

La pirámide

Una tarde el alcalde nos reunió a todos los que andamos así, y nos dijo:

—Os llamo en buen plan —y es verdad que no como en otros tiempos de multa, prevención, ley de vagos y maleantes— el problema quiero que lo veáis con vuestros propios ojos, democráticamente.

Habría mandado traer la pizarra, porque si no no se explica ese trasto en un salón de sesiones. Se puso a dibujar con tiza como si aquello fuese una clase de geometría.

Se apartó para comprobar el efecto, para que nosotros viésemos el dibujo.

—La pirámide es un poliedro compuesto de un polígono llamado base y varios triángulos llamados caras laterales que van a dar a un punto llamado vértice. Esto se enseña en General Básica y muchos habéis ido incluso a la universidad, aunque ahora os encontréis marginados. Pero con todos vuestros derechos, esto debe quedar bien claro. Porque nadie podrá negaros el derecho a la vida y a la integridad física y moral, y al honor y a la propia imagen. Podéis reuniros pacíficamente y sin armas, expresar las ideas en las tabernas o en plena plaza pública. Aquí todos somos iguales ante la ley.

—¿Y el derecho a fumar? —dijo don Magín.

—Fuma, por esta vez. Lo que quiero es que en esta casa que es de todos os sintáis relajados. El asunto, tenéis que comprenderlo, es delicado para un alcalde, que representa los intereses del pueblo. El pueblo es ese —señaló para la pirámide, que se había hecho protagonista, nos presidía más que las banderas y los retratos—. Y la pirámide, pero esto no os lo enseñaban en vuestros tiempos, es ahora un asunto de los economistas, el más importante, el que en este momento preocupa a las mejores cabezas del mundo.

El que estaba a mi lado me dio con el codo. «Ahora el tío va a hablarnos de política», entendí yo, porque los que andamos así sabemos entendernos por estas señas perezosas. El sol del otoño daba en los cristales del Ayuntamiento. Estaba encendida la calefacción. Yo no fui el primero en esta historia de volver al pueblo para quedarse. Cuando llegué, con unas pesetas muy mías para pasar las fiestas sin tener que depender de nadie, el estatus lo tenía en exclusiva el vizconde, aquel adelantado que ahora estaría aquí, dando ejemplo si no se hubiera tirado del helicóptero cuando lo llevaban a fumigación. El vizconde llevaba tiempo comiendo por turno en las casas. Comía sano y variado. Le tocaba repetir casa de tarde en tarde, de manera que no le importaba que en una casa le pusieran siempre el mismo menú. El vizconde era fino en la mesa, pero descuidado en las mudas, parecía milagro que no se supiera dónde dormía y hacía sus necesidades. Cuando yo empecé con la escasez de recursos, después de que terminaran las fiestas y me faltase ánimo para marchar, el vizconde me admitió con una frase lacónica pero generosa:

—Donde come uno comen dos.

Hacíamos el mismo turno, solo que al revés. Él empezaba por el comienzo del censo y yo lo hacía por el final, de manera que una vez cada equis días coincidíamos los dos en la misma casa. A diario nos encontrábamos en las tabernas. O en el Círculo de Artesanos, donde siempre hubo más tolerancia que en el Casino. Yo me las arreglaba para tener una cama, aunque fuera cada vez más modesta. Él se esfumaba por las noches. Aparecía por las mañanas en la plaza de abastos, en el quiosco a ver los titulares de los periódicos, y según avanzaba el día se le iba quitando aquel olor atrasado, pero llegó un momento en que ya no se le quitaba del todo.

—Todo está escrito, don Mariano —me decía a mí—, es el devenir de los tiempos, las leyes inexorables de la Historia.

Me lo dijo cuando la comida empezaron a sacársela al portal de las casas. Yo no me descuidaba tanto del aseo, pero no quise ser más que el vizconde. Y casi resultaba más cómodo lo del portal, no tener que darle conversación a alguna gente, que muchos que tienen buen comedor y vajillas son los más ignorantes.

El alcalde nos recorría con la mirada. Tenía la superioridad, pero también esa timidez, disimulada, que tienen los jóvenes al tratar con quienes pasamos de los cincuenta años.

—Así es como hemos estado algún día —señalaba el alcalde para el encerado—, la base de la pirámide producía, y también este tramo producía, y hasta este otro tramo producía, aunque ya produjese un poco menos. De manera que quedaba una cúspide reducida que podíamos mantener apoyada en todo caso en la anchura y solidez de la base. ¿Digo bien?

Hay quien cree que la culpa fue de los escritores. Hubo un filósofo que dijo que en este pueblo entre montañas solo se puede mirar al cielo y los poetas locales llevan muchas celebraciones y muchos opúsculos metiéndole a la gente estas ideas. Y los programas de las fiestas, que a los que viven lejos los encienden cada año con el recuerdo de la procesión, las esencias, el santo Eccehomo. Yo volví por una postal de nuestro parque, que la tuve años en mi cuarto de la Barceloneta y una mañana las mimosas de la fotografía olían como si fuesen al natural. Los que empezaron a regresar después que el vizconde y que yo, a saber por qué volvía cada cual. No era, no, el retiro de los que llegan a la edad y quieren disfrutarla al pie del último viaje, que eso siempre lo hubo. Fue un flujo incesante, casi precipitado, de oriundos que en ciudades ajenas desbarataban su negocio o anticipaban con ansia su jubilación, quedándose con casi nada. Muchas veces, absolutamente sin nada. Algunos tienen mujer; las mujeres se quedan en aquellas ciudades extinguiéndose en casas de renta antigua, indiferentes o apáticas para gestionar la incapacitación del pródigo. ¡Pero cómo llegan ávidos, hambrientos de recobrar las raíces, repartiendo abrazos y fidelidades!

—¿Ha visto usted? —me decía el vizconde—, hoy tenemos dos nuevos.

Como reyes viven en el pueblo durante semanas, meses, rara vez la opulencia les dura años. Luego entran en nuestra cofradía creciente y ya hay muchas dificultades para el orden de las comidas domiciliarias. Pero a ninguno se le ve morir de hambre. Ni de nada. El pueblo tiene refugios de sobra para las noches de los inviernos, atrios y rincones

amables para el sereno de los veranos. A veces se afloja la voluntad para el aseo, viene el helicóptero de la Diputación, te llevan y te devuelven fumigado. Hoy mismo, pensábamos que llamaban para eso.

—Os he llamado para que os vayáis mentalizando con la situación. Aquí nadie piensa en esas soluciones drásticas, aunque indoloras, que ya proponen en otras naciones adelantadas —pidió, con un gesto, la aprobación de su equipo de gobierno, que lo respaldaba detrás de la mesa—. Y la situación, la voy a resumir en pocas palabras. Mejor dicho, en unos trazos de tiza que se lo ponen claro hasta a un ciego.

Dejó tal cual la pirámide que había pintado, pero con un pulso enérgico, casi cabreado, se puso a pintar al lado una pirámide semejante. Solo que invertida. O sea que la base aquella de la primera parte del discurso descansaba ahora —si eso es descansar— sobre una zona que iba disminuyendo hasta llegar a un punto.

—Ese punto de abajo soy yo, como si dijéramos —dijo el alcalde, y le bailó el pendiente de aro que llevaba en la oreja izquierda—, y toda esta parte de la pirámide cada vez más reducida somos los que producimos en este pueblo.

Producen poco, pero es verdad que los vemos con sus carpetas, van a la gestoría de la plaza, declaraciones. El alcalde habló de las residencias. Una hora hablando de las residencias, de la tercera edad. Estaba encendida la calefacción. Todavía seguían llegando los retrasados, los que ya no gastan reloj, se arrimaban a las paredes del salón de sesiones y no era raro descubrir en sus actitudes la dignidad de quien había sido profesor, o censor jurado de cuentas; un miembro de la Rota, incluso, que había renunciado a su buen cuarto individual en la Mutual del Clero en Madrid.

Cuando el alcalde terminó de hablar se limpió el pantalón vaquero manchado de tiza. Miró el salón que seguía llenándose, y se le notaba como un miedo. Mandó que nos obsequiaran con unas manzanas, parecían de las caídas del árbol.

—¡Vino, queremos vino! —protestó don Magín, que ha sido vista de aduanas en Irún.

Pero nos disolvimos pacíficamente, cada uno a su rincón secreto, sin elegir portavoz ni nada. Lo decía el vizconde, que la fuerza de los que andamos así está en ser libres para escuchar a los poetas y los pájaros.

Para caballeros solventes

Todos nos acordamos de Efrén Baralla cuando fue en Vigo el congreso hispano-luso de los podólogos, que se vio en la televisión regional con mucho aparato de banderas y traducción simultánea. La sensación del congreso fue la *lima figueirina*, inventada por el presidente de la *Corporação dos calistas de Figueira da Foz*. Pero los podólogos hablaron también contra «esas...» —no repetiré la expresión— que se anuncian engañosamente y ofenden a una profesión honrada y científica. Aquí fue el acordarnos de Efrén Baralla.

El soltero del casar de Viñales lleva siempre calzado caro. Desde el casar retirado y de fama sombría baja a caballo a la ciudad y se le ve vestido sin lujo, pero seguro que lleva unos miles de duros en los pies. Dicen que juntó mucho dinero, pero es desigual en gastarlo. Para los viajes tiene un taxista fijo y en las comidas lo hace sentarse en la mesa de al lado y espía lo que pide el taxista, a lo mejor merluza fresca, y entonces él le rectifica al camarero: «¡Chicharro!». Lo contrario que un verdadero señor cuando va con su mecánico. Todos los meses ordenaba un viaje a La Coruña, decía que al pedicuro, y es verdad que de tiempo en tiempo se quejaba al pasear por el empedrado de la plaza del pueblo con sus zapatos o botines de caña baja, que de número gasta el 45. A lo mejor suizos o italianos.

Del viaje a La Coruña regresaba descansado, hasta que al cabo de unos días volvía a vérselo como congestionado y ansioso.

Luego decidió que era mejor variar, y en eso anda ahora. Recorriendo las ciudades prósperas del noroeste, y también las episcopales, cada vez con más frecuencia en busca de nuevas manos que le den alivio a sus pies.

El asunto debió de empezar con una «titulada» (según ella) que era natural de Seoane de Caurel, y estaba recién establecida en un entresuelo de la calle coruñesa de los Hornos. El gabinete era guateado, con espejos por todas partes. La artista tenía manos autoritarias y unas ubres abundantes que medio se le salían por el escote de la prenda de trabajo. Era miope, lo mejor para trabajos de precisión, porque esta gente ve de cerca como si los ojos les fuesen una lupa.

Nuestro hombre tenía algunos problemas de callos y juanetes, en el Seguro les daban nombres extraños, mayormente una metatarsalgia. Los médicos de pago, que mejor operar.

«Las operaciones te arreglan o te escarallan», fue el dictamen de la manipuladora robusta.

Ella no andaba con terminologías. Había cogido los pies grandes y desnudos del paciente, primero el derecho, después el izquierdo, y tenía que arrimárselos mucho para ver. Cuando los tuvo bien mirados, los dejó descansar un poco sobre aquella espetera mullida y casi desnuda. Luego se puso propiamente a la faena y Efrén Baralla salió con una sensación de relax completo, que más que en los pies la sentía por todo el cuerpo.

Un día descubrió Efrén que el título colgado en el recibidor de la calle de los Hornos era un diploma de corte y confección, enmendado. Falsificado y todo, quedaba bien en su marco con cristal, junto a un cartel en colores que representaba un pie visto en sección con las venas y huesos y músculos al descubierto, como de una facultad de

Medicina. Pero esas trapacerías no eran solo de la caurelesa. Efrén Baralla se vio metido en el mundo de las «pedicuras» que cada vez más se ofrecen mendaces en los anuncios por palabras de los periódicos. Le gusta descifrar las palabras, que son como guiños de ojo para los iniciados. Pedicura (o podóloga) liberada. *Alto standing*. Tarjeta Visa. También domicilio y hotel.

—¿Y los pies? ¿Curan de veras los pies?

—Las hay que solo con ir quitándote el calcetín, despacio, te quitan todas las penas que lles. Y con una música apropiada.

Lo cuenta Efrén Baralla, ahora que no es un secreto lo de sus escapadas: «Te preguntan por tus gustos, pero también puedes equivocarte». Una que se anunciaba como estudiante y que hacía horas para costearse (decía el anuncio), le preguntó a Efrén

Baralla antes de descalzarlo que si romano o griego o egipcio, y él sintió apuro, no sabía que se pudiera hacer de tantas maneras.

«El romano tiene largo el dedo gordo», explicó la estudiante o lo que fuera, «y los siguientes dedos van descendiendo, en el griego el segundo y el tercer dedo son más largos que el primero, y en el pie del tipo egipcio el primer dedo es mucho más largo que los otros».

O sea, que por poco el hombre mete la pata. La chica se llamaba Camila. Era delgada y con las tetas algo separadas, pero se desempeñaba muy bien. El gabinete era de varias cabinas independientes. «¿Qué señorita quiere que le reciba, señor Baralla?», cuando ya lo conocían por el apellido. Se hubiera quedado fijo con Camila si no fuera el gusto de variar. Efrén estudió algún año de bachillerato y le gusta hacerse el fino en el habla:

—En Tuy se había establecido una pelirroja que no se supo de dónde venía, se quedaba callada como una esfinge. Casi no tenía que descalzarte. La tenías sentada enfrente, siempre las tienes a ellas más abajo que tú. La pelirroja de Tuy ponía el ventilador de manera que toda la melena se le echaba a volar para un lado, como una medusa, y era un recreo para la vista. Y el perfume. A esta la retiró un magnate del contrabando de Arosa.

No se cansaba del tema:

—Normalmente ellas te cuentan su vida y se interesan por tu mujer o si eres soltero, no va a ser aquí te pilló aquí te mato. Y la manera que tienen de ir palpando, reconociendo el terreno, hasta que el pie te lo ponen a punto. Sin prisas. Para caballeros solventes —en el congreso hispano-luso se pidieron medidas severas contra las mistificadoras, a saber en qué caerá Efrén Baralla si le quitan este desahogo—. Y todavía están la aguja china y la fresa eléctrica de cosquillar, y los espráis de antes o después del masaje que te da la operadora.

—¿Y los masajes?

—Con las manos. De otra manera es extra.

La protesta

Cuando el personaje se asomó a su balcón de la capital autonómica y anunció que nuestra noble ciudad podía dormir tranquila, que quedaba retirado el proyecto del traslado de la basílica, los dos mil ciudadanos que habíamos llegado con nuestros aliados no le dimos aplausos ni vivas. A los consejeros del personaje se les oyó murmurar que era mucha paradoja, y explicar nuestra seguridad de vencedores será el argumento de esta historia para forasteros.

En la ciudad no había caído nada bien la noticia de que nos quitaban la basílica. Llevábamos años (cien años) en que venían los de arriba y arramblaban con todo, la escuela de capataces agrícolas, la Caja de Recluta, incluso el INEM. La estación del ferrocarril la habían ido alejando, aunque esto tenía la ventaja de que recogidos en la intimidad avara de nuestras casas no nos distraíamos con el silbar de los trenes. Antes la estación estaba casi en la plaza principal, luego en las afueras pasado el río, pero ahora es demasiado y un andén se ha quedado en esta provincia y el andén de enfrente pertenece a la provincia limítrofe.

—Pero es que ustedes no escarmientan —casi nos reñía el Defensor del Pueblo—: deberían leer el *Boletín Oficial* para poder reclamar en tiempo y forma.

El *Boletín*, si el Defensor se refería al de la región, es una birria de pocas páginas sin ningún interés para un amante de la lectura. Y tratándose de la *Gaceta de Madrid*, pues peor, un mazacote.

Si hay algo que funcione en esta ciudad lectora, es la biblioteca circulante. Jamás ha habido aquí biblioteca pública. Cuando el censo andaba por las diez mil almas, el número de volúmenes era de 21 320, y con 21 320 volúmenes contábamos cuando nos redujeron a Ayuntamiento de tercera. En realidad, la circulante es la suma de los libros de todos los vecinos, yendo y viniendo de casa en casa, y no hay problemas porque raramente coincide un interés apremiante de dos vecinos por el mismo título.

—¿Y el de Malón, qué?

El de Malón, puede ser. Pero no vamos a precisar tanto, aquí estamos ahora para recordar la protesta.

Porque lo de la basílica sí parecía un expolio de mucho bulto. Quizá a aquellos alarifes antiguos les había salido el monumento demasiado grande. Toda esa mole la veían los viajeros si llegaban en el ferrocarril trasmontano (antes del último traslado de la estación), y la ven ahora quienes ruedan por la carretera general, que salen de los túneles y se asombran de ver de pronto como un espejismo.

La basílica está en los carteles, en las cajas de bizcochos borrachos y en las etiquetas de los anisados, y con la expoliación habría que ocuparse de los cambios. Todo son latas que lo distraen a uno. Había que protestar, aunque tuviéramos que sacrificar algunas

horas de lectura; o sea, de relectura, que aún es mayor sacrificio.

El recurso a las pintadas no ofrecía dudas, porque quién en este pueblo no reconocería los párrafos de Plutarco sobre los primeros letreros de la Historia:

¿POR QUÉ, BRUTUS, NO TE TENEMOS ENTRE NOSOTROS PARA DEFENDERNOS?

QUISIERA DIOS, JUNIUS BRUTUS, QUE ESTUVIESES AÚN CON VIDA.

Solo había que actualizar los textos. Fue como un concurso de frases. Se agotaron las pinturas en las droguerías. Pero éramos incapaces de embadurnar el coliseo o una muralla o la fachada de una casa blasonada, de manera que solo pintábamos en las tapias de los huertos de las afueras, y siempre con educación y sintaxis. Los de la administración nos tomaban a broma. Seguían viniendo y ya habían numerado las piedras de la fachada para llevarse la basílica pieza a pieza y plantarla en el medio de la capital. Que a nosotros nos quedaba patrimonio artístico de sobra.

Ahora nadie recuerda quién aportó la idea de que todo sería inútil mientras no vinieran los medios.

—Solo ocurre lo que se publica.

—¿Por ejemplo?

—Tiene que ser algo muy sonado, por la brava. Algo como el *Numancia* de Cervantes.

El *Numancia* era de los libros más trajinados (después de *La conversión de la Magdalena* de Malón de Chaide). Hasta los de vista más cansada habían leído, y más de una vez, la resistencia de los numantinos frente a las maldades de los Escipiones y los Yugurtas. Pero tampoco había que pasarse. Por poco que aquí se oiga la radio y se vea la televisión, algo barruntábamos de lo que se hace por el mundo.

Fue una humillación, tener que asesorarnos en los pueblos vecinos.

Los de la vega alta nos recibieron bien y apuntaron encierros y huelgas de hambre. Los de abajo estuvieron más enérgicos, que no hay como juntar a los mozos y una buena quema de neumáticos de camiones. En la cuenca del carbón no les quitan ningún monumento, es lo bueno de no tenerlos. Propusieron que derramásemos tachuelas en la carretera general o materiales deslizantes como el orujo de la uva, a no ser que quisiéramos evitar desgracias y en tal caso bastaba con que cortásemos el tráfico de la general durante una hora o lo más que pudiéramos.

Optamos por este último trámite, el que no atentaba contra la seguridad de las personas. Vinieron unos días de preparación en que todos entregamos horas irrecuperables, y si al final de la jornada recobrábamos nuestra intimidad, raramente podíamos concentrarnos ni en las más escogidas de las páginas. El secretario del Ayuntamiento confesó que una vez había leído la Constitución, hay gente para todo. «Los españoles tienen derecho a circular por el territorio nacional.» Iba a ser nuestra primera ilegalidad colectiva, y un último escrúpulo consistió en cubrir la cara de las estatuas cívicas, como se tapa a las imágenes en las iglesias durante la Semana Santa. Nos echamos a la carretera todos los del pueblo, apiñados como nunca nos habíamos visto. Pero también nos veíamos inexpertos, y gracias que estaban las fuerzas del orden, nos decían cómo hay que hacer para que el corte resulte más escandaloso, nos reñían

porque no habíamos elegido un día en que la gente vuelve cabreada de las vacaciones.

GOBIERNO, ATIENDE, LA BASÍLICA NO SE VENDE.

GOBIERNO, ESCUCHA, y luego venía algo de la lucha.

Las frases no las coreábamos, tanto no, el que sepa leer que lea. El colapso y las filas detenidas de los coches salieron al día siguiente en los periódicos y en los televisores. Pero la pancarta principal se leía mal, porque iba escrita en letra gótica. La llevaban los notables como si fuera un mandil, cada uno la cogía con mucho respeto con los dedos de las manos puestos como pinzas. Hubiera estado mejor un poco de desgaire. Que alguno llevara gafas de vista cansada estaba bien, pero no los quince o los veinte de la cabecera.

Perdiendo se aprende. Dejamos de guiarnos por nadie, como no fuera por nuestros mentores eternos.

Leíamos más que nunca. La verdad es que la basílica estaba ahí desde siempre, pero apenas habíamos tenido tiempo de visitarla. Ya lo dice el libro de *Proverbios*, se llora y se canta lo que se pierde. Ahora nos acercábamos un momento todos los días y le veíamos la influencia italiana de la cúpula, los grutescos renacentistas o la gracia del baquetón, cada cual veía la basílica según sus gustos y así hacíamos un monumento nuevo y querido, y ya las movilizaciones eran por algo más que el cabreo de tener que cambiar las etiquetas y los envases de los productos típicos. Conque corriendo volvíamos a lo nuestro, por entonces nos subió mucho el recibo de la luz.

No hacía falta que los libros nos aconsejaran directamente. Un pueblo que lleva siglos leyendo sabe bien que lo más importante que dice un libro no está escrito en los renglones, sino entre ellos. Así entendimos el ardid que sugerían aquellas palabras de Odiseo en el país de los feacios, origen del cambio nocturno de la numeración de las piedras que pretendían robarnos. O el luto unánime de los niños todos del pueblo, lo aprendimos en Eugenio Sué, cien niños vestidos de luto hacen una acusación pálida y terrible. O el alegato tácito de las madres lactantes, que salió del gesto ejemplar de Séneca consolando a la madre Helvia.

Los de arriba estaban perplejos. A cada nueva protesta venían con promesas, pero no se firmaba el decreto que nos devolviera la calma.

Loado sea don Pero López de Ayala, *Libro de cetrería o de las aves*. ¡Qué definitiva inspiración la que nos llevó a buscar la alianza con los milanos!

El milano negro es rapaz numerosa en este pueblo, porque somos generosos (o indiferentes) con los restos de nuestras comidas, cuando no con los guisos recién cocinados y que aún no llegaron a la mesa. Qué cristiano, estando a lo suyo, va a levantar de las páginas los ojos y distraerlos en bagatelas. El milano negro o milano emigrante o milano paria es una criatura agradecida. Ahora resultaba que no son tan carroñeros como dicen algunos, calumnia que algo queda, a los milanos les gusta bañarse y tomar el sol. Son fieles de por vida a su pareja. Y muy finos en el vuelo nupcial. Mientras la hembra incuba, el macho se pone cerca y le canta. Decoran sus nidos con guirnaldas que son trocitos de papel, recortes de tela de las modistas de arreglos.

—Solo les falta saber leer.

Los milanos entendieron la situación. Los milanos vienen en grandes bandadas a la

basílica y a los árboles del atrio, con rapidez aprendieron a distinguir entre los vecinos empadronados y los funcionarios que llegaban en comisión de servicio, a caer en picado desde las torres y los postes de la luz sobre los forasteros que llevaran cartera fina como de expedientes, sin hacerles otra sangre que la del escarnio. Y solo era el primer ejercicio...

El 12 de noviembre de aquel año, cuando al alba nos despedían las campanas basilicales e iniciábamos la marcha sobre la capital autonómica, y por el aire los socios más insólitos que un pueblo haya tenido jamás, sabíamos que la guerra estaba ganada, por esto no nos sorprendió la salida del personaje al balcón enseñando bandera blanca. Fue hermoso lo de la capital, el asombro de los transeúntes que olvidaban sus prisas, la desorientación de los guardias, el susto de los pájaros ante las bandadas de sus congéneres oscuros. Pero todos saben en qué consistió la protesta decisiva, sería una impertinencia repetir los pormenores. El suceso está en el libro de récords mundiales, el único libro nuevo que hemos incorporado en tantos años.

Una historia breve

Jaime Lavalle llegó a este país y en seguida se corrió la voz, como siempre que llega algún conocido. Todavía no sabíamos por qué medio había hecho el viaje, en este país se entra de las maneras más impensadas. Pero ya él contaría los detalles, tiempo es lo que sobra arribando a esta playa que sigue y sigue.

Contó. Fue un viaje por cuenta del ministerio. A última hora de la tarde, o en las primeras horas de la tarde, las estaciones dan salida a los trenes de largo recorrido, y los trenes empiezan a trazar los radios de una rueda cuyo centro es la capital y la circunferencia es la periferia de la Península. Jaime Lavalle pensó que la imagen no estaba mal. La supuso en una pantalla electrónica, con un con-trolador muy responsable que estaría viendo esa imagen con los ojos de la cara: los viajeros que van al puro norte, decididos como una flecha; los que salen de Atocha y llevan anticipado el olor de las freidurías del sur; los catalanes con sus portafolios de negocios; los pasajeros que todo el viaje van a hacerlo contrarios a la marcha del sol. Él llevaba el mismo camino que la tarde. Se prolongaba la tarde, y la noche amagaba en los pinares oscuros, pero aún no lograba establecerse, retrasada por la luz rojiza que se colaba por los jirones y calveros.

No hay como el tren para que un ingeniero técnico de Obras Públicas se encuentre consigo mismo.

Los de Levante son levantinos. ¿Se dice ponentinos a los de Poniente? O ponenteños. O ponentiscos. Los de Levante será difícil que pueda decirse levantiscos, pero hay muchas sorpresas en el diccionario. Es lo malo de las dudas sobre el lenguaje, que siempre se presentan cuando no se tienen los diccionarios a mano. El ingeniero técnico pensó en anotarlo, comprobar en casa al regreso. Pero pocas veces se había sentido tan perezoso.

Luego, cuando fue a escribir algo bajo la luz eléctrica del vagón, se le había pasado la curiosidad lingüística, probablemente habían pasado también horas y cordilleras. Ni siquiera empleó la libreta. En los márgenes del periódico del día, junto a noticias que habían envejecido desproporcionadamente, repitió una vez más un rito de soltero maniático. Calculaba (hacía que calculaba) el número de años. Lo dividía en trienios o cuatrienios o quinquenios, consideraba la fracción sobrante, obtenía la jubilación. Con la jubilación perdería las dietas, no hay nada más agradable que la locomoción y los hoteles cuando son por cuenta del ministerio. Pero la alegría de una jubilación a tiempo, con poco que el corazón ayudara. «Con eso que usted tiene se puede llegar a los cien años.» Pero ni el especialista ni nadie podía saber cuándo sería. Ni cómo sería. Decían que en la otra vida nos quedamos tal como hemos sido en la flor de la edad, así se queda uno para siempre. Decidió pensar en este lado de la vida. Un último retiro para pintar, vivir sin la esclavitud de la profesión. Quizá, incluso, dar entrada en el programa a una mujer.

Le faltaban dos años y cuatro meses. Le faltaba el último tramo después de los campos que suceden a la sierra, cuando había dejado atrás la región del trigo, la gradual preponderancia de los ríos. El tren iba muy lanzado en la noche, cualquiera podía darse cuenta de que nada ni nadie podría impedir su designio. El ingeniero técnico de Obras Públicas viajaba despierto. Antes de la salida se habían agotado las plazas en el coche cama, incluso la reserva que se deja para «los de casa». Podría haber aplazado el viaje hasta mañana, marchar en un tren diurno. Pero la acumulación de años de servicio no era solo para los derechos, también para el deber. De manera que allí estaba el facultativo del MOPU, en su asiento, y pocas veces lo había abandonado: a la cafetería, antes de que avisaran de que se iba a cerrar; al servicio o a estirar un minuto las piernas. Unas piernas fieles —a pesar de las coronarias— que en los fines de semana cada vez más codiciados lo llevaban por el campo cada vez más alejado. A buscar el aire para sus acuarelas, la libertad.

Los trenes radiales van perdiendo pasaje según se acercan a su destino. Aún hay pasajeros que suben, no se dan cuenta de que llegan a un mundo de ceniceros y de botellas de plástico vacías donde ya no se contaba con ellos. Pero son muchos más los que el tren va soltando en estaciones borrosas. Lavallo pensó que no le gustaría quedarse solo del todo, en el vagón corrido. En la región minera, en un pueblo grande con chimeneas y focos de luz, Lava-lle perdió toda su compañía, a excepción de una pareja que perseveraba en la otra punta del coche. Cuando el tren se detuvo en la última capital de provincia, ya no esperaba que subiera nadie. No le extrañó que la pareja hubiera

preparado sus bártulos en el momento exacto, ni antes ni después, con esa superioridad de los habituales. Desde la ventanilla los vio alejarse, más viejos de lo que él había imaginado. En el andén provincial hubo una breve señal de vida, la edición madrugadora del periódico, que Lavallo rehusó contra su costumbre. El tren partió camino del puerto de mar.

El tren marchaba muy rápido y la falta de carga acentuaba el traqueteo y se lo transmitía al único viajero. Seguramente era ese vaivén el que le estaba causando a Lavallo un malestar difuso.

Es una situación penosa. Sientes que algo, pero no sabes el qué, te va a empezar a doler, pero no te duele. No sabrías decírselo al médico. Como unas ganas de vomitar, pero seguro que vas y un desaliento es lo único que te viene a la boca. Siguió en el asiento, mejor que levantarse y marchar hasta el lavabo cruzando el desierto.

Cuando las molestias se fueron definiendo, concentrándose, localizándose en la opresión conocida y aciaga, sacó el pequeño pastillero de plata (como quien saca una pitillera que le han regalado), tomó una pastilla y se la puso en la boca con una fe de comulgante. Esta vez sintió frío, lo contrario de lo que dice el prospecto. Los excesos de la refrigeración. Como si hubiera sido convocado, apareció el revisor del tren en la puerta cristalera que con breve magia se cerró tras la figura uniformada. Se ve que habían hecho el relevo en la estación anterior. Este revisor de ahora tenía un aire como más vigilante y reglamentario, sin el menor descuido en el uniforme negro de botones dorados, traía bien puesta la gorra, centrada, y lápices de tinta (pero no bolígrafos) en el bolsillo de la chaqueta, donde asomaba un poco de una libreta de hule oscuro. El revisor se acercó más y su cara era pálida, salvo en una cicatriz que parecía antigua pero conservaba un tono sonrosado.

—¡Baliñas! ¡Tuvo que ser Baliñas el de Monforte! —dijo uno de Correos que escuchaba el relato, sin dejar de soltar la arena de la playa por entre los dedos como en un reloj infinito.

El revisor no le pidió el billete a Lavallo. No le preguntó por qué tiritaba. De alguna parte allegó una manta como aquellas de Wagon-Lits y doblada se la colocó al viajero sobre las rodillas. Jaime Lavallo dijo gracias, o quizá no dijo nada. Era como en una película antigua, el gesto del ayuda de cámara que sirve con respeto y un poco de afecto, la manta sobre las rodillas, y Lavallo pensaba en el revisor que ya había desaparecido en la penumbra hueca del vagón, y en cómo sería el maquinista del tren, probablemente un empleado de los de antes, porque el maquinista y el revisor que llevan un mismo tren terminan pareciéndose como ocurre en los matrimonios largos.

Y el dolor. Ahora, definitivamente, tercamente, el dolor. Lavallo se reprochó por haberse preocupado de tantas minucias en la vida, lo peor que hay bajo el cielo es el dolor físico, el único dolor de verdad. El tren iba a entrar en el túnel más largo de toda la red, largo de catástrofes nunca olvidadas del todo, del humo de las locomotoras a vapor de aquellos veranos. Pero antes, miraría las últimas luces de los caseríos. Miró, cerró los ojos. El tren entró con determinación en el pasillo bajo las montañas, la prudencia exige que los túneles sean abovedados, si hay temores de empuje lateral conviene la forma

abovedada hasta el pie, las calicatas, los trazados, la perforación de pozos, sería una falta muy grave establecer el perfil del túnel de manera que tuviese un punto más bajo que las dos extremidades, las perforadoras, los martillos, los ventiladores, estudien ustedes los túneles del Mont Cenís para vía doble y el de San Gotardo, el de Simplón, las calicatas, las perforadoras, los martillos, los martillos, los martillos...

Regresaba de un sueño más largo que el túnel.

Era ya la mañana. El ingeniero miró lo primero por la ventanilla y sintió como si él mismo flotase sobre los campos, verdes y tranquilos entre la niebla suave.

Un sueño profundo tuvo que ser, con paradas en las estaciones de la nueva vertiente, porque los asientos se habían llenado. Incluso habían limpiado el vagón, que ahora parecía estrenarse.

El viajero observaba a los viajeros. Le parecía que él estaba arriba o abajo o afuera, pero no con ellos. Vio una muchacha de ojos ligeramente bizcos que le recordó a otra muchacha con la que iba a examinarse al instituto. La boca, los pechos, y era justamente la boca que una vez había besado sin oficio, los pechos que apenas había llegado a rozar. Sintió una limpia ternura. Considerando los años, podría ser una hija, quizás una nieta... «Señorita, perdone usted.» Pero se quedó en la intención. Lo de encontrar parecidos puede ser una manía. Más de una vez había hecho el ridículo interpelando a la gente. Algo más allá, en el vagón monótono, se balanceaba levemente una cabeza afechinada (*Pepino el Breve* le llamaban al aparejador Carrizosa), y otra vez Lavalle sintió blandura en el corazón. Solo que la frente de este Carrizosa del tren aún no se había fruncido por la edad. Vestía de *sport* (Carrizosa jamás) y no llevaba aparato de sordo. Carrizosa estaba el pobre en un hospital de Barcelona, lo acababan de operar... Cuando el tren empezó a aminorar la marcha y Jaime Lavalle Dopazo vio en el asiento de enfrente, casi podían tocarse con las rodillas, a un joven vestido como para la reválida (el pantalón bombacho que le habían comprado en Simeón, la corbata elegida por Alicia, la hermana mayor, los zapatos de rejilla que le apretaba el zapato del pie izquierdo, esos detalles que solo él podía saber) y el joven, por si quedaban dudas, se hurgó con el dedo la nariz, el viajero sintió el picor violento en la nariz propia. El viajero comprendió. Lo mismo que habíamos comprendido cada uno de los que estamos aquí, en la hora de nuestro trance: «Conque era así la que a todos nos lleva». Cuenta Lavalle que se le quitó un peso de encima, ver que el pasamento era como una historia breve, y ya el tren se estaba parando en este país donde todos los días es domingo.

Las ciudades de Poniente

(1994)

«Un color finisterre golpeado.:

Rafael Alberti,
«Homenaje a Luis Seoane»

Cuadros para una exposición

A la gente de la ciudad de V*** (hay que cumplir la palabra dada) no le gusta salir con sus nombres en una historia, se lo advierto. Y menos en una historia como esta, que ya están oyéndose habladurías. Gracias que de aquí no va a ir nadie a París o a la Costa Azul para ver la exposición de la pintora francesa.

Llegó al final del verano, como una turista rezagada. Debíó de andar tanteando para ver si le convenía quedarse, comparando con otros lugares de la región. Después ya fue una cosa corriente su furgón cerrado como de almacén de electrodomésticos, aparcado a la puerta del Cuatro Naciones. Descargó muchos bultos, pero lo que sobra es sitio en el hotel de techos altos y pasillos descabreados. Tampoco le pusieron pegafantasmas para que utilizara el desahogo de la pieza de arriba, con la luz entrando por la claraboya, al saberse que era una artista y a lo mejor venía a inmortalizar nuestro pueblo.

—Quién sabe, quizá unos apuntes del paisaje —daba largas ella cuando le indicaban el

nacimiento del río, o las viñas: «Aproveche que la uva le está ahora en el mejor momento».

De las viñas, lo que le gusta a esta francesa es el clarete. Fue lo que pensamos cuando al caer la tarde nos la encontrábamos por las tabernas. Luego vimos que bebía poco, paladeando, y que buscaba el trato con la gente. Con los hombres en buena edad, pero en un plan que no podía censurarle nadie. Era grande, fuerte, como si tuviera un oficio de hombre, y a nadie le extrañó cuando dijo que estaba trabajando en los cuadros para una exposición y necesitaba apuntes y bocetos, todos los modelos tenían que ser masculinos.

—Lo más normal —se oía decir a los enterados—, los artistas necesitan en qué basarse.

Y el general retirado, que ha hecho las guerras más antiguas:

—Ninguno de ustedes puede recordarlo, pero aquí ya hubo un caso, la Santa Cena que sale en las procesiones. El san Pedro fue mi abuelo, el san Juanín soy yo mismo cuando iba a ingresar en Intendencia.

Es el militar más viejo de la escala y eso merece un respeto; los primeros que nos ofrecimos a la francesa para lo que hiciera falta fuimos los dos empleados de la notaría y yo mismo. Pero ella empezó con sus teorías, antes de pasar a las sesiones prácticas. Fue abriendo unas carpetas grandes y en el camaranchón del hotel desplegaba reproducciones a todo color: esta es la Venus de Cranach que se encuentra en Leningrado; esta es la bañista tan nombrada de Corot, observen el detalle con que se han captado todos los pelos y señales.

Parecía poner el ojo, sobre todo, en el oficial segundo de la notaría, que es ni gordo ni flaco y fue danzante de bailes regionales.

—El desnudo en el arte es tan antiguo como el mundo —la francesa hablaba bastante el español—. El cuerpo, al quedarse sin ropas, se adorna y enriquece por dentro. Observen la Venus de Tiziano, lo que nos está revelando en su abandono. Y qué decir de esta Venus de Botticelli perseguida por los perros, todo un tratado intelectual. O la Magdalena, señalada por el pecado. Fíjense en la Magdalena de Ribera, es de mis cuadros favoritos; el pintor la sacó del natural, de una mujer de la vida.

Nos fijábamos en la Magdalena. Sobre las carnes aparentes le quedaban unos pingajos de ropa, algo hombruna se la veía.

—Esta Venus de los espejos —desplegó una hermosa lámina, presidida por una hembra maciza que daban ganas de tocarla— la pintó un italiano de noventa años. Está llena de deseo carnal, pero a nadie se le ocurre decir que Bellini fuese un viejo verde. ¿Alguna vez han oído ustedes que Bellini fuese un viejo verde? ¿O Tiziano o Goya o el propio Picasso?

Nada, nosotros no habíamos oído nada de eso.

—Habría que ver si una pintora de esa edad se atreviese con el desnudo incitante de un muchacho —la francesa se acaloraba—. ¡Ya está bien de desnudos de mujer pintados por hombres!

Por suerte, no nos habló de dinero, eso en esta ciudad estaría mal visto. Le fue fácil a la pintora el camino romántico, la obligación que todos tenemos de enriquecer el espíritu

de la humanidad. Casi sin darnos cuenta el oficial segundo se convirtió sobre el papel de dibujo en una casta Susana. A lo largo de los días le fuimos siguiendo otros. No acudíamos de uno en uno. Juntos nos dábamos valor. Subíamos por la escalerilla del callejón de atrás, como si fuésemos una secta. Al principio había bromas, titubeos. En el desván guardaban un biombo lacado de cuando el Cuatro Naciones era hotel de primera y ahora nos servía para desnudarnos. Nos desnudábamos igual que en el pedregal a la hora de bañarnos en el río pero pronto se hacía una atmósfera como de iglesia, la pintora se ponía a lo suyo y nos olvidábamos de nuestros cuerpos, de que ella era una mujer. Algo ayudaba su falta de coquetería, su bata manchada por el trabajo y lo poco que le importaba a la francesa que con los movimientos se le desabrochara la blusa. Esa parte la tenía bien puesta la moza. Nos había convencido para su causa, aquella idea de dar réplica a los desnudos femeninos famosos, haciéndolos tal cual, solo que con hombres. Lo que no entendíamos era el porqué de haber elegido nuestro pueblo. Dijo que le gustaba la luz tamizada del noroeste y que la fruta era barata, casi lo único que comía.

—Usted, don J. M. —porque nos hablaba con mucho respeto—, me gustaría para santa Catalina en la rueda.

Hacía grandes bosquejos, figuras que luego le servirían para el trabajo profundo en los museos y en su taller de Montparnasse. De los que hicimos de modelos, ese J. M. es el único que tiene mujer a quien rendirle cuentas, pero juró que ni una palabra de lo de encuerarse, los demás tampoco nos íbamos de la lengua. El J. M. aparecía casi en pelota en el bosquejo, de rodillas, y la rueda catalina ya se la pondrían con todo detalle. Y el rubio de los Ancares en el lugar de Eva, con la cabeza pequeña como él la tiene y la manzana en la mano. Pasmaba, sobre todo, el ver a un cristiano como el taxista de la Cuesta, en plan de maja desnuda, con el pajarín encogido para dentro y eso que prendíamos la estufa de butano.

Y mi propio caso, para qué lo voy a negar. Mi fuerte no es el físico. A tiempo se lo aclaré a la pintora, y ella me animó con lo del barroco. La cicatriz del riñón operado, ningún problema. Y menos aún las grasas, mejor para el barroco esos michelines de quienes no nos privamos de las buenas comidas. Aquí está una fotografía que ella sacó al terminar ese trabajo. El de la izquierda es el cabo de la policía urbana y el de la derecha es un viajante que estaba de paso. ¿Y quién cree usted que es el de en medio? Ahí me tiene, con los otros dos elegidos: *Las tres gracias* de Rubens.

A esta mujer, por un lado, habría que ponerla en un altar porque lo último que hizo fue un milagro. Había empezado a fijarse en el chico del barrio del río, el hijo natural de la partera.

De los que en el desván reservado nos despelotábamos, alguien le contó a la francesa aquel caso que se había rumoreado por el pueblo. El chico había nacido con algo raro, ya es mala suerte estando la propia madre dirigiéndose el parto. Pero ni un espa—rajismo tuvo la parturienta, demasiadas veces había dictaminado que las solteras que paren no tienen derecho a quejarse. Ninguna queja de sus dolores, ni de que el hijo que le habían hecho no enseñara claramente ese paquetillo de esperanza y malicia que alegra tanto a las vecinas. «Con el tiempo se ha de ver», fue lo único que dijo la parida y comadrona, ella

había visto muchos recién nacidos. A lo mejor bastaba una cirugía de nada.

—¿Y lo han intervenido ya? —quería saber la pintora.

De aquello del parto habían pasado cerca de veinte años, ya casi nadie se acordaba. Con este tamaño de población nos encontramos unos a otros a cada paso y la forastera se fijaba en el muchacho, hay que reconocerle al chico una belleza especial, le daba aureola el andar como huidizo y sin ninguna de las diversiones que les gustan a los muchachos.

—Acaso le falta dinero de bolsillo para alternar con los otros chicos, eso puede ser humillante a su edad —y no entendíamos el interés de la pintora.

A la pintora solo le faltaba poner en masculino *la Venus dormida*, y esta obra la tenía preocupada porque había fracasado con todos nosotros. Bajo la luz más favorable del desván se extendía como un desafío la lámina que traía de muestra. El autor de la *Venus dormida* no lo sabría yo precisar. Solo recuerdo un no sé qué que sentías al contemplar una mujer muy joven y desnuda, la veías que estaba a punto de despertar, y había como una brisa dentro del cuadro.

De alguna manera se las arregló la franchuta, la tía iba derecha al grano. A todos nos dejó de lado y se encerró días, semanas, a solas con su nuevo modelo masculino. La experiencia nos permitía imaginar las sesiones, la pose del rapaz sobre la tarima, el trazo nervioso de los lápices y difuminos con alguna pausa de la pintora para mordisquear una pera o una ciruela. Luego se supo que ni lápices ni papeles de bocetar... Ya le digo, esta es una ciudad de abolengo, mejor si en el cuento no pone el nombre de la ciudad ni de nadie. En algún momento de este trabajo la artista apartó la Venus y toda la colección de obras que había traído en el furgón y a cuerpo limpio se puso con el pincel y la espátula, empleando incluso los dedos untados en pintura, y por su cuenta creó sobre la tela un dios que no estaba acostado ni dormido, de pie lo representó y con una especie de árbol frutal que se le levantaba orgulloso de entre los muslos. Ella se fue y aquí nos quedamos todos los hombres de esta historia, y el chico del barrio del río que ahora tiene otra manera de mirar y todas las noches la moto.

El apartamento

Algunas veces me sorprende yo mismo de ser amigo del obispo. Solo tengo que cruzar

la plaza y estoy en palacio. En el zaguán hay un portero que también hace de telefonista y arriba, en la antecámara, un secretario maragato que se da muchos aires romanos; pero el obispo es amigo mío, y bebemos un buen albariño, justo una botella para los dos, con almendras o cacahuètes, y mejor castañas asadas si son las tardes de otoño.

—¡Un rapaz de tus años! —le oigo a mi madre su discreto orgullo.

—Un don nadie seglar —sé que murmuran los funcionarios de la Curia.

Hablamos de literatura y de historia, el obispo ha nacido en estos valles y disfruta mucho con los cancioneros y los fabuladores de la tierra. Pero también con la poesía más nueva. Se admira de que yo haya leído tanto y traduzca decentemente a los clásicos, sin haber pisado la universidad; de que ayude en la pastelería de mi padre, esperando nervioso que llegue el cartero con un paquete de libros o la *Revista de Occidente*. Y en una ciudad declinante —el obispo me mira con sus ojos azules, celtas—, donde apenas queda gente con quien hablar de estas cosas.

Un día por el mes de octubre, que las tardes estaban acortándose, me extrañó que me citara para la hora sagrada de su siesta. Me propuso un viaje a la capital de la región, solo ir y venir, y que le condujera el coche.

—Tengo que ver a una persona —y esta vez me pareció que no me miraba tan derecho a la cara. Bajó la voz—: Los obispos también tenemos nuestros asuntos privados...

Este día tenía que llegar.

—En el coche pequeño —decidió—. Prefiero que vayamos sin ceremonia y sin el chófer.

Qué fascinante el secreto de un obispo. Sería raro que con el tiempo no hubiéramos trabado confianza, la complicidad entre dos hombres que congenian sin que cuente la edad. Yo soy más viejo de espíritu que de años. Él ha vivido ya lo suyo pero su voluntad es joven. Y también su cuerpo, parece. Jamás se le ha visto de pantalones. Con la sotana y el pectoral y los atributos resulta una figura de mucho porte aunque también tiene algo de rudeza, entre personaje de película norteamericana (*El cardenal*) y señor de un pazo en una comedia bárbara. Me gustó sentarme al volante del «dos caballos», salir discretamente por el lateral del palacio renacentista.

Pero igual podríamos haber salido por la gran puerta descarada, porque a esa hora la plaza de la Catedral y las calles se veían desiertas y como cansadas, después de unos días de ganados y concurrencia de tratantes. La tarde estaba para confidencias. Hablamos de la feria de año, decía él que el mundo se revela no solo en los libros pero también en las cosas, los cestos, los negros potes de fundición, las brillantes navajas, el candor con que se miran las mozas en los espejos de los quincalleros. Hablamos de la sierra tan próxima y sin embargo despegada de la ciudad, poblada de potros sin doma y de cristianos montaraces. Hablamos de la ciudad misma, que tiene obispo y no tiene gobernador civil, doce mil almas, la de menos horas de sol al año entre todas las cabezas de diócesis de la nación y la de más lluvia según el Atlas.

—Pero siempre hermosa... —casi un suspiro a mi lado. Y es verdad que nos acompañaba el recuerdo brumoso de las torres, aquella visión última al salir de las curvas de la cornisa.

Encendimos cigarros, y el interior del coche era aún más íntimo que el mirador

pequeño del palacio, refugio para nuestras charlas en medio de las vastas estancias y los corredores solemnes. Hasta cruzar el río, donde el viejo molino. El obispo quiso detenerse.

—Por estos prados he corrido mucho —fue lo primero que dijo frente al verdor húmedo—. Ahí vine al mundo, entre esos muros que hoy amenazan ruina.

Se alejó unos pasos, como si quisiera pensar a solas. Volvió levantando el borde de la sotana elegante, preservándola del barro y el estiércol que dejan las vacas.

—Una enfermedad que por entonces no tenía remedio, salvo para algunos ricos, me quitó los hermanos, y a la casa y la hacienda familiar las dejó sin brazos... Yo era fuerte y acaso debería haber empleado aquí ese don de Dios —se miró las manos robustas, la derecha ennoblecida por la amatista—. Nunca le he tenido apego al dinero. Pero ahora, ¡ahora!, me gustaría haber conservado estas raíces, la gratificación de unas rentas salidas de la tierra...

Desde allí era lo que llaman la Tierra Llana. Al salir de la carretera comarcal se entra en la autovía y había que ir atento a la conducción. Yo había olvidado las figuraciones sobre el motivo del viaje. Las ideas me volvieron al aparecer los primeros indicadores de la capital. La capital tiene su ciudadela saturada de casas espesas y calles en sombra, no sé por qué había imaginado que sería allí la visita. Pero ni allí ni en las avenidas y bulevares del centro. Él sacó un papel, quizá un plano, metiendo su mano derecha por entre dos botones de la sotana con la habilidad de los viejos curas. Me fue indicando sin mucha certeza. Hasta un semáforo en que pareció aclararse, y estábamos en el polígono del ensanche. Eran solares y desmontes salpicados de edificios en construcción, casas de pisos con esa interinidad en que viviendas todavía sin estrenar alternan con ventanas y terrazas con ropa secándose.

Nos paramos cerca de una casa de estas, cubierta en buena parte por cartelones donde se anunciaban el arquitecto, el aparejador, las hipotecas.

—Ningún problema para quedarme aparcado —le dije; había espacio por todas partes—. He traído lectura y puedo esperar sin moverme del coche.

Me pidió que lo acompañara.

Bajé y le abrí la portezuela como si el «dos caballos» fuese su coche oficial y yo el chófer de plantilla; le presenté el solideo que se había dejado en la guantera. Creo que le gustaron estos detalles. Estaba fresca la tarde y el aire levantaba remolinos de plásticos y papeles. Había perros, una chica arrinconando a su novio contra la pared, niños correteando. Un momento miró a los lados, nadie se acercó a besarle el anillo. No, no es que perdiera del todo su empaque, fue como un desconcierto fugaz, como algunas veces en que vacilaba porque había girado el cuello y le dolían las vértebras.

Miró con curiosidad el sistema de portero automático. Justo un hombre llegaba para abrir el portal, el encargado de enseñar los apartamentos. Nos metimos en el ascensor y nada de aquello tenía sentido. El obispo y yo y el tipo de la constructora en el ascensor estrecho, cómo iba a tener sentido. Ahora mismo, ni bajo juramento sabría repetir la oferta de la vivienda de la capital, solo una vaga letanía de mediocridades, el gresite y el fregadero, el encomio de las vistas del cuarto de estar porque se veía una mitad del

campo de fútbol. Todo en unos pocos metros cuadrados.

El regreso fue melancólico. Pero Su Ilustrísima se fue rehaciendo a medida que en la noche reciente se adentraba en su jurisdicción, yo no sabía que el Papa los jubila y entonces tienen que avecindarse por su cuenta, mejor si es fuera de la sede. Al entrar en el palacio el obispo iba ya muy prócer y me invitó para una botellita, que los señores de Fefiñanes le mandan a esta mitra las primicias de la cosecha.

El encargo

Félix Rocos estaba entreteniéndose en su colección de curas gallegos cuando vino a notificarlo la Guardia Civil de Cacabelos, y el propio cabo le dijo que se le requería para una diligencia.

—¿Una diligencia de qué? No sé yo que tenga nada en el juzgado ni de trámites ni papeles.

Tenía razones para estar tranquilo, él vivía retirado y legal, y su pasado político ya iba siendo un pasado lejano.

—Es un telefonema que vino de arriba —precisó el cabo—. Vengo solo a prevenirle que pasarán a buscarlo dentro de dos horas. Y esas figuras que hace, ¿son de curas conocidos o según le viene la idea? Si no es mala pregunta.

—Hago lo que me sale —y podía ser lo que me sale del carallo.

Pero Félix Rocos no dijo nada más, todavía estábamos en los años sesenta.

A las dos horas justas apareció delante del portón del patio un coche negro con dos señores y el chófer y ninguno llevaba tricornio ni nada de uniforme. Enseñaron un papel que traía el escudo con el águila de España y el destinatario vio por alto que no eran expresiones tajantes, decían se le ruega, se encarece su colaboración. O sea que no era una orden.

Eso estaba mejor; porque Félix Rocos, si le pedías lo que fuera como es debido, se convertía en una malva, pero que nadie le pusiera el pie encima. A saber qué encargo sería. A lo mejor una imagen sagrada o unas cariatides como las del chalé de los ingenieros, eso si no era un monumento conmemorativo, por lo oficial que venía la cosa. Y además le gustaban los asuntos que empiezan con algo de misterio.

Cerró las contras de las ventanas del taller, acarició al gato, le dio una voz a la criada

para decirle que volvería pronto. Se sorprendió cuando los dos personajes del coche le inspeccionaron y a ver si no iba a ponerse corbata.

—¿Corbata? —se vio que no le gustaba la idea. Pero volvió sobre sus pasos y en seguida reapareció con la medalla del certamen que ganara en Orense, colgante de una cadena de plata, y dijo que era su manera de ir vestido de sala.

Los funcionarios se miraban dudosos el uno al otro, se conoce que no traían las instrucciones muy claras. El escultor, aun en su anarquía, aparecía bien presentado. Ya se sabe que estos bohemios visten a su aire, y Félix Rocos puede casar los pantalones de pana con una camisa de seda natural traída de Barcelona. Más la barba, y esa mirada suya que lo ennoblece, aunque también lo hace un poco loco.

Antes de haber rodado el primer kilómetro ya había sacado la pipa, por entonces nadie pedía permiso para fumar, y el coche se llenó de humo como en tiempo de invierno se le ponía el taller al escultor, que le gustaba asar castañas en la lumbre baja. Lo trataban con deferencia. Iba en el asiento de atrás, con el señor de más edad, el que parecía de mayor grado.

La verdad es que hacía tiempo que no le encomendaban cosa de fuste. Se puso a calcular y no se le aclaró la memoria, si lo último había sido la Divina Pastora para el colegio de las monjas o el busto de don Manuel Rosón que le habían rechazado por falta de parecido, la gente no entiende que el retrato de un prócer pueda basarse en valores más importantes. Se le había cruzado en su vida un accidente en la pierna derecha, y luego un amago de artrismo, pero más aún le dolía al artista la incompreensión y el olvido de quienes mangonean los encargos. Ahora hacía alguna talla de muebles para un almacenista de La Rúa de Petín, cucharas historiadas o pipas como la que él mismo iba fumando, trabajadas en madera de boj. Y los curas de barro cocido, su colección de curas con sus tejas y paraguas, que esa no la vendería por nada del mundo. El de Cacabelos siempre había esperado que le hicieran justicia, a lo mejor había llegado su gran momento, más valía tarde que nunca.

En un cruce de carreteras el coche se detuvo y los hombres que llevaban el asunto se hablaron por lo bajo. Torcieron por una carretera solitaria, y eso que a tal altura de la película ya le habían dicho que el destino era La Coruña.

Se sobresaltó. Le dio una aprensión aquel desvío con unos tipos que en realidad no conocía, las autoridades le piden a uno la documentación pero a saber lo que pasa si sacas tu derecho y les pides el carné a ellos. Estaba de aprendiz de ebanista cuando vino la guerra, al recordar empezó a dolerle la articulación de la rodilla, todas las emociones buenas o malas se le ponían en el sitio operado. Había empezado la guerra. Apareció un coche con unos forasteros, que era negro como el de ahora, y aunque nunca habían estado en el pueblo fueron a tiro hecho a casa del maestro ebanista: que los acompañara a la capital de la provincia para una declaración, no se apuren, no escandalicen, su marido o su padre les vuelve pronto y para este viaje ni siquiera tiene que llevar mudas...

Pero ahora estábamos en mil novecientos sesenta y tantos, aquellas barbaridades ya ni podían creerse. En realidad, también podía irse a La Coruña por el Cebrero, hasta puede que fuesen menos kilómetros. Se distrajo con el paisaje. Para poder llegar al mar había

que vencer la oposición de la cordillera. A veces se le ocurrían formas, volúmenes, huecos, sugeridos por un castaño de tronco caprichoso o por un penedo solitario que parecía puesto adrede allá arriba. Eran intuiciones vagas, y el resentimiento por no haber estudiado en plan académico, en Madrid, que es donde se abre paso un hombre con vocación. Pasaban los kilómetros, la vegetación había ido cambiando y los prados y la fraga dominaban en lugar de las viñas. Todavía en una ladera de La Faba, cerca de las minas de plata de Ruibales, a un paso de las nieblas cerradas del Cebrero, se dejaba ver el regalo de alguna viña acosada, pero valiente.

—Es un milagro de nuestra España —exclamó muy interesado el señor que había mostrado el papel timbrado y daba las órdenes. Se le salían los ojos mirando por la ventanilla—. Pocos deben de saber en España que se haga vino en estos breñales.

—Y vaya si se hace —aseguró el escultor con autoridad. También con su poco de sorna—. Allí donde haya un poco de tierra y un hombre, puede nacer el vino. Otro cantar es que la criatura no se malogre, que el vino no hay cosa más delicada.

Santo Dios, si Félix Rocos hablase. Una noche de compadres y merendola se había visto delante de una cuba de vino doliente al que de nada valieran los cuidados de la elaboración, o sea la vendimia mimosa, el buen pisado y prensado de la uva, la trasiega con viento frío, pero no de tormenta, y además luna llena. Ventilación no le había faltado al enfermo, en un lugar donde por mejoría las ventanas miraban al nacer del sol, que en Trabadelo sale por la parte del Bierzo. El cosechero confesaba. Le había echado al vino un jamón algo atocinado, sin que el gesto hubiera obtenido agradecimiento. El vino sacado con tanto amor de las cepas escasas de una ladera, sin remedio desmerecía. No es que fuera una purrela, tanto no. Pero no acababa de dar la cara, y que nadie hablara de tartáricos ni de ninguna química, porque el hombre quería tener un vino de casa honrada, para beberlo y todavía más para ofrecerlo... Ya solo quedaba el recurso de la magia, la virtud de un iluminado. La cosa estaba cantada, habiendo un personaje como Félix Rocos, con las barbas y los ojos de imán, más una voz que parecía del abad de Samos. Félix Rocos ofició en Trabadelo entre bromas y veras, ni sobrio ni borracho del todo, y el vino curó y el milagro empezó a correrse por todo el canal del Valcarce: «Don Félix, que si puede usted acercarse para echar unas palabriñas, que es un vino natural, ya usted sabe, y a lo mejor salvaba con un poco de ayuda».

Lo mareaban. Pero él era un creador, en nada apreciaba aquel poder añadido de su mirada y su verba, comparándolo con el prodigio de coger un bloque de piedra o un pedazo de árbol y lograr un Sagrado Corazón que hacía arrodillarse a la gente.

—Cuarenta kilómetros —alguien lo leyó en voz alta dentro del coche—, media hora y estamos.

Un día le había venido al taller un periodista del *Faro de Vigo*, que algo escribió de las esculturas, pero a Félix le dolió que en el reportaje saliera mayormente esa etiqueta que le habían colgado de sanador de vinos. Solo faltaba que la voz se corriera por Galicia, donde cualquier pudiente quiere sacar *o seu viño* de la parra o de un bancal y achicar al vecino de al lado. Quizá cuatro cántaros de vino. Acaso un solo año de vino orgulloso por varias cosechas perdidas.

Félix Rocos, aquel día del viaje histórico, pensó que al fin le llegaba el reconocimiento como escultor, al entrar en la residencia oficial se les cuadraron los centinelas y él sacó pecho de artista, seguro que algún encargo para el oratorio del Pazo. Pero ya lo llevaban para la bodega, que requería sus ensalmos el gallego que por entonces mandaba en España.

La batuta

Y la señora Benita, ¿por dónde andará ahora la señora Benita?

La señora Benita de Pousa.

—Por donde sus manos ya no pueden dar alegría a los mortales —suspirábamos cuando la perdimos—. A lo mejor, haciéndole la paella a san Pedro, qué otra cosa puede ser el cielo.

Pero no había sido menos problemático el andar averiguando el paradero de la mujer cuando aún guisaba para los vivos. Nos guiábamos por las confidencias y el cauto espionaje, el olor inconfundible en la ruta de mesones y restaurantes, nuestro instinto de señoritos acomodados. Si se la encontraba en persona, tenía que ser en la compañía de su nieto faltoso, ella de luto huraño y el niño con su palito en la mano zurda. Dicen que estos inocentes no viven sin su fetiche, les quitas el palo y es ponerse furiosos.

Las guías gastronómicas son rutinarias y en la sección de esta ciudad no consta la paella valenciana. ¿Paella valenciana en un clima frío y brumoso? ¡Tan lejos del sol y de los sabores del Mediterráneo! También es verdad que la paella valenciana se ofrecía en un solo establecimiento, y no era siempre el mismo establecimiento, el sitio cambiaba tantas veces como la artista decidía marcharse con otro patrón.

—Se ha ido —nos decíamos con desaliento; y ni siquiera había que pronunciar su nombre.

Entonces empezaba una vez más nuestro peregrinaje, siempre detrás de la cocinera voluble. Desde la comodidad de un hotel del centro hasta un merendero de las afueras. Y luego, el Fornos, el Arizona, se habló de que la querían como cocinera de plantilla para el gobernador y no sé qué hubiéramos hecho, nos acostumbrábamos a un lugar de cita y ya mismo había que afrontar el traslado como quien tiene que mudarse de casa.

Les preguntábamos a los dueños desairados.

—Que se vaya con el diablo, a mí no me pone los cuernos la mujer, conqué menos me torea la cocinera.

—Una bruja, y con el culo de mal asiento.

—Que nadie diga que en esta casa no se le paga a la gente como es debido. Porque buena guisandera lo es, aunque solo para ese plato, que luego ni un par de huevos fritos le sale al derecho.

Era caprichosa y tiránica, pero así son los cocineros de todo el mundo. Le pegaba a la botella durante el trabajo, pero ya se sabe el secaño que dan los fogones. Exigía que no hubiera nadie mirando, ¡pues un fogón de leña aparte y para ella sola! Con el niño al lado, por supuesto. Una vez le dijeron que no llevara al tolo, y que si lo llevaba no entraran por la puerta principal, el hotel Almirante tiene puerta falsa para el servicio. Hubiera terminado marchándose del Almirante, más tarde o más pronto; pero en aquel mismo instante del apercibimiento insultó al gerente: «¡Sátrapa!», que el niño era listo aunque se le viera así, y la cocinera dimitida ni siquiera esperó por la cuenta. La verdad es que el niño iba siempre muy lavado y peinado. Dicen que en la cocina se estaba sentadito sin dar ninguna guerra, y que de vez en cuando le daba por trazar figuras en el aire con el palitroque. La mujer guisaba pendiente de la batuta del niño, no la perdía de vista mientras ella oficiaba sobre el espacio circular y sagrado de la paellera, mascullando palabras como conjuros.

A voces avisaba ella, cuando había acabado su creación gloriosa. Echaba un último trago del tinto de marca y al chico se lo daba rebajado con agua. Entonces, el simple, que decimos un niño y ya andará por los treinta años, cogía la mano de la mujer y tiraba de ella. Parecía como que el retrasado impusiera el camino con sus andares de pies planos. Eran una pareja fantasmal buscando las calles más apartadas, arrimados a los muros de las casas y sin cuidarse del agua de los canalones en los eternos días de lluvia.

Para cuando la señora Benita llegara a su casa, ¿dónde sería su casa?, nosotros estaríamos en la fiesta de una paella que era siempre la misma, una cosa de ángeles; jurando guardar el secreto para que tardara en saberse el nuevo destino de la señora Benita, rezando para que esta vez echara raíces la señora Benita de Pousa.

Un día, por las ferias de San Froilán, oímos que había muerto. Esta mujer, que vestía como una aldeana pobre y limpia como la patena, podía ser una de esas viejas avaras que salen en el periódico porque han muerto dejando una libreta de banco con una fortuna. Pero el diario no trajo ni eso ni nada de la desaparecida. No era justo: un personaje curioso, como lo fueran el cura loco don Servando o Cagaollas el carretero o María do Corgo que iba por las casas a fabricar el chocolate para el gasto del año...

—Deberíamos pagarle una esquila a la difunta, una cosa sencilla y a escote.

—De poner dinero, mejor será para el rapaz que se queda sin amparo, de esa situación habría que enterarse.

La abuela era recia con todo el mundo menos con el desgraciado, estos seres se hacen querer, es mucho lo que acompañan. Pero no hicimos nada. Empezaron a correr los días, cada día con sus cuidados. De vez en cuando resucitaba el tema de aquel caso extraño; se sabía la aldea de donde habían venido los personajes, y que el chico se lo habían

hecho al rincón en Barcelona a una hija de la señora Benita de Pousa que andaba descarriada; pero nada, absolutamente nada que explicara la sabiduría, si no era magia, de la paella valenciana.

–Los genes, a saber qué herencia desconocida habría recibido esa mujer.

–¡En la sierra más lobera de Fonsagrada!

La vida, esta vaina de vida. Nuestros cuidados de ahora eran otros, seguir el rastro de los escasos pollos de corral, la caza (en el plato) de las perdices con cachelos, las truchas de río, más sabrosas si furtivas. Con discreción, porque hay gente que nos critica. Lo propio de una ciudad de provincias.

La paella famosa, la mejor paella del mundo, se iba perdiendo en el olvido. Se diría que era caso cerrado, cuando un lunes, que es día de poca bulla, nos juntamos en Casa García en los soportales. Da gusto ir al restaurante de García, un hombre que no ha consentido quitar su apellido tan corriente y ponerle al negocio, por ejemplo, Las Vegas; lo que sí debería es asear los sanitarios. Él y su señora son gente honrada. Nos dejó, como siempre, el cuarto de la chimenea. La lumbre baja estaba amorosa. A la mesa habían llegado los entremeses y el vino, esa clara alegría de las reuniones donde van hombres solos. Y algunos, de mucho saber, que el comer y el beber no quitan para la cultura:

–Dejemos que el falerno arda en nuestras venas y distingamos como el romano si las ostras provienen de Circe, de los escollos de Lucrinio –nos lo sabemos de memoria– o de las hondonadas de Rutupia.

Pero no todo el mundo es doctor en los clásicos:

–Del mariscar de Pontevedra las prefiere un servidor, y a mucha honra para nuestro país.

–Pues dejémonos de ostras y venga para acá una tapita de ese corzo digno del hierro de Meleagro.

Entró García y dijo que para el plato principal nos tenía una sorpresa.

Preferíamos no saber el menú, al propio mesonero le gusta ese juego cada vez que vamos a su casa. Pero esta vez debía de ser algo muy especial, bastaba verle la cara. No pudo contenerse y con arrogancia anunció el número fuerte de nuestra comida de amigos.

–Mejor hubiera sido no venirnos con morriñas.

–Ni traernos comparaciones –tuvo que vernos la decepción.

Que esperásemos, y reforzó los tacos de jamón y cecina.

Había que esperar el tiempo reglamentario, ya se sabe que ese manjar es para gente paciente. Don Manolo debió de sentirse la próstata y salió en busca del servicio, que hay que cruzar el patio y pasar cerca de la cocina, pero ahora es mejor que lo cuente don Manolo, nuestro decano:

–En el patio atascado de cajas y botellas había un silencio que no cuadra en este tipo de industria y estaba creciendo el olor que venía del fogón, que no puede confundirse con ningún otro del mundo. ¡Pero cómo era posible que fuera el mismo, idéntico aroma! Me fui arrimando a la puerta de la cocina. Me asomé, temeroso de encontrarme con una

aparición. En la media luz inclinaba la oficianta su figura oscura sobre el fuego de leña donde se jugaba el punto de la paella. Hay que atender al momento en que la carne queda bien dorada, al de echar el arroz, al instante preciso en que el arroz tiene ya vida propia para recibir otros elementos, como si un director de orquesta ordenara cada detalle de la sinfonía. La cocinera se incorporó y era la mujer de García. Sin atinar a marcharme observé que la mujer dirigía la mirada atenta hacia un lado de la cocina, y allí cerquita estaba él, sentado en una banqueta alta, el niño reviejo que justo en ese instante daba una orden precisa con la batuta. Lo vi vestido de traje nuevo y de repente se me desveló el secreto.

Ahora solo faltaba festejarlo, tan fácil no va a ser que la criatura ande cambiando de asilo.

Los preventivos

Se está bien en el Parador, pero no me gusta acostarme en la cama con dosel de la *suite* (cuando están ocupadas las habitaciones corrientes), y es que me da una aprensión histórica eso de dormir en la misma cama que él. Hice amigos en la ciudad y me contaron lo de los preventivos. Todos los años, desde que él empezó a venir en la Semana Santa, don Patricio, el catedrático del instituto, tenía que presentarse en el cuartel de la Guardia Civil.

—Está aquí don Patricio —avisaba el guardia de puertas—, ¿en qué cuarto se le pone la colchoneta?

Y no solo el catedrático. Si no habían acudido ya, estarían subiendo la cuesta el tipógrafo Fernando, seis años por auxilio a la rebelión; los dos hermanos Cepeda, que habían llegado a comandantes en el otro ejército; María la Brava, que no era roja ni azul pero tenía mal vino y podía escandalizar en la calle.

La pobre María —lo dicen con cariño— era un caso aparte. En la casa cuartel no bebía, o bebía lo justo para que no le dieran temblores, y se ofrecía para un fregado general de las dependencias.

Los cuatro hombres que habían sido encerrados se encerraban todavía más ellos mismos, rumiando la humillación, más pegajosa y desazonante que el miedo.

Pero esto fue las primeras veces. Luego, una vez cada año, los sospechosos de la lista

se las arreglaban para matar el tiempo, todavía estaban en buena edad y merendaban y jugaban unas pesetas a las cartas o al dominó, como quien se ha quitado un peso de encima. Casi con gratitud por la detención que los alejaba de compromisos. Don Patricio hablaba de la Revolución Francesa, discutían de lo humano y lo divino. De todo hablaban, menos de él, de aquel que los mantenía unidos y metidos allí: la sombra vaga, pero dominadora, que planearía sobre sus cabezas hasta el Domingo de Pascua.

Los días empiezan a ser largos en abril o marzo. A ratos entraban en la partida los guardias del puesto, «¿Ustedes permiten?», sobre todo el Jueves Santo, que se jugaba a las chapas. Los guardias lo pasaban muy mal, solo tenían que estar clavados en una permanencia rigurosísima por si ocurría algo.

Y nada. Nunca ocurría nada.

Todo quedaba en manos de los de arriba. Los especialistas llegaban destacados con mucha anticipación y montaban radios y teléfonos, eso lo primero. Registraban montes y alcantarillas, visitaban las azoteas, acotaban el río truchero y aleccionaban a los de Caza y Pesca. Ponían en la comarca un aire contradictorio de protesta silenciosa y de satisfacción; de recelo, pero también de orgullo local.

—Sus efectivos, brigada, al trámite normal de la localidad —le decían los de Madrid al comandante del puesto—. Y mucho ojo con la lista de sospechosos del término.

Por entonces, el tiempo pasaba despacio. Pero pasaba. El personaje seguía viniendo al Parador. La bandera ondeaba en la torre del Parador. A veces parecía que algo iba a cambiar con los años, pero solo cambiaban algunas modas, como el corte del bigote de los guardias. Los hijos de los guardias crecían en los juegos del patio y se hacían hombres. Los guardias se morían de muerte natural o pasaban a la situación de retiro. Desaparecieron los caballos, mejor el *jeep* para los incendios del monte. Y él seguía viniendo al Parador.

Una vez, que iban décadas de sequía y ya en primavera se asaban los pájaros, la novedad fue que al mayor de los dos Cepedas le había dado una parálisis y llevarlo al cuartel en silla de ruedas sería demasiado. Unos años más, y quien faltó a la citación fue Fernando el tipógrafo, que palmó de una subida de tensión en la boda de su nieta. María, qué podría alborotar, la pobre, metida en la residencia. De manera que quedaban el que fuera catedrático del instituto antiguo y Pepe Cepeda, el que había cumplido pena como bibliotecario en la cárcel de Burgos y saliera con idiomas. Pero ya el catedrático estaba perdiendo la memoria.

No hay cosa más sediciosa que las nubes en la Semana Santa, ahí no hay rey ni generalísimo que decreta si seca o mojada. Aquel Domingo de Ramos, que ya era por los años setenta, había caído el diluvio y el río viniera crecido y arreó con las huertas, y estaba reciente el entierro de Pepe Cepeda. También Pepe Cepeda. Casi ciego lo tenían las cataratas, se murió el hombre sin ver cumplida la ilusión de su vida, la de no morirse antes que el personaje del Parador. Conque ya solo don Patricio.

—Se presenta un tal don Patricio, catedrático de francés y algo de la Legión de Honor —informó el guardia de puertas, recién salido de la Academia—. Que ha recibido la notificación y viene preventivo.

–A ese hombre ya no le rige la cabeza –rezongó el comandante de puesto–, pero las reglas son las reglas. Identificación y registro.

La cantera local

Se conoce que a la Excelentísima Diputación le sobran los cuartos y no sabe cómo gastarlos. Ahora nos vienen con ese invento del Quién es Quién, un catálogo que preparan con las vidas de los políticos y los personajes famosos de la provincia.

Puesto que se hará con el dinero de todos, nuestro dinero, los del Círculo de Artesanos queremos que en el libro pongan a Orlando Calvino.

–Estamos en democracia –admitió el presidente de la Diputación– y ustedes tienen el mismo derecho a proponer nombres que los de la capital. Pero las opciones han de presentarse razonadas, y mejor aún, documentadas en un dossier.

Orlando Calvino no es diputado o senador, no investigó en la facultad de Veterinaria, nada de correspondiente de la Historia o auditor de los ejércitos o banquero. Y por supuesto, no es de la flor de la Iglesia; el obispo de Guadix y el de Coria–Cáceres nacieron en la provincia, el de Marajó, el de Puerto Ayacucho y los que están en Madagascar y en Rodesia, así hasta dieciséis obispos oriundos. Orlando es casi demasiado guapo, el número uno de las fotonovelas, pero el mérito mayor es que trajo horizontes a nuestro pueblo.

Elegimos, para abultar el dossier, *La previsión del ingeniero Rinaldi*.

Nada más pasar la cubierta de la fotonovela, plastificada a todo color, viene el primer recuadro de la historia, con cuatro frases que bastan para hacerse con la situación, no como aquellos folletos que empleaban cantidad de palabrería. Milán, despacho de la Sociedad de Electrodomésticos Rinaldi. Y el diálogo, sin paja:

«Oh, Romano, esta espera acabará con mis nervios». «Tranquila, Lionela, quiero decir, señora Rinaldi, todo bajo control para la reunión de accionistas.» El personaje Romano de Francesco mira con complicidad a la dama, una señora importante. Pero al director artístico de la fotonovela le importaría más el galán maduro, segundo recuadro, con primer plano de Romano de Francesco, o sea, nuestro Orlando Calvino, hay que reconocerle la buena presencia y no se piense que somos de la acera de enfrente, el cuerpo derecho, las canas en las patillas rizosas y sobre todo la cara, también cuenta esa

habilidad de los fotógrafos para sacar al protagonista cuando todavía va afeitado pero que parece como si quisiera empezar a crecerle la barba, ese momento preciso.

Cuando Orlando Calvo llevaba unos meses en el extranjero y en vez de apellidarse Calvo se puso Calvino, y llegó la moda de las publicaciones importadas de Italia, empezamos a barajar nuestros recuerdos del personaje. De chico lo mandaron a los frailes. En el colegio se presentó muy arreglado y repeinado y pedía las cosas con educación, o sea, que llevaba todas las papeletas para que le cayeran encima las maldades.

—Las leches que va a recibir el angelito.

—A ver, elegante, que te doy a oler el puño y te cambio de partido judicial —le decía otro, los de nuestro pueblo no se puede decir que fuéramos para la carrera diplomática, futbolistas sí salían por entonces y algún peso ligero en el boxeo.

Pero no hubo para tanto. Es impecable, a los que van en la vida para ganadores terminas notándoselo en la cara. Aquel rapaz pulido y un poco cínico lo llevaba en la mirada. Le veías el porvenir brillante, aunque no sabíamos qué porvenir sería. La gran prueba podía estar en el tema de las chicas, con las que se portaba apartadizo. Nos causó sorpresa, y en seguida respeto, cuando dijo que él estaba ahorrando para una cona de plástico. Eran intuiciones que a nosotros ni ocurrírse nos en aquel tiempo, como su invento de estimularse para los exámenes con la hierba que llaman corripio. A saber qué hará ahora para inspirarse al posar. Romano de Francesco en el despacho decorado con pinturas modernas se ha puesto por detrás del sillón de presidente que ocupa la señora Lionela y le acaricia el pelo mientras ella se le resiste un poco, y cómo es posible que en una foto se la vea que quiere y al mismo tiempo no quiere porque ha estado en el peluquero. En las mesas del salón y en la Directiva del Círculo de Artesanos hubo discusiones al principio, pero hoy en día nadie admite que se pongan los seriales de la televisión: mejor esta manera tranquila, pasar uno las hojas según le conviene, y además, que reconoces a paisanos tuyos aunque no siempre tengan el papel principal.

Los que triunfan por fuera se olvidan del pueblo hasta que les entra la murria. Pero Orlando Calvo o Calvino empezó pronto a tirar de sus paisanos y a reclutarlos, el interés por el futuro de la juventud local se le veía también en los donativos, cien mil pesetas para una academia de esculpido del pelo a navaja, cien mil para la escuela sartorial, y un día fue medio millón para el concurso de moda masculina que lleva el nombre de nuestro valle. Los chicos que antes se mataban a cantazos empezaron a imitar al actor Calvi—no en el peinado y en las maneras. Parecido a lo que ocurre en otros lugares cuando sale una figura del toreo o un poeta y hacen escuela.

Los tipos en las fotonovelas los calas desde el principio, esa es la ventaja, que solo con las fisonomías puedes saber quiénes son los buenos y los malos. Había muchas intrigas en *La previsión del ingeniero Rinaldi*: el tema del mantenimiento del ingeniero, una obligación tan sagrada. Pero el sector de las cocinas eléctricas estaba en crisis... ¡y un mes y otro mes las cuotas del nitrógeno para conservar al ingeniero Rinaldi! Romano de Francesco, además de consejero de la Compañía, era albacea en el testamento de Carlo Rinaldi, y con doña Lionela estaba claro lo que había. Una aprensión refrenaba a los

amantes mientras no llegara el desenlace que los liberaría definitivamente para su pasión, pero no adelantemos los acontecimientos.

Nadie había podido asistir al entierro del ingeniero Rinaldi, era un cristiano sin sepultura. Ahora estaba en un frigorífico a 196 grados bajo cero esperando los avances de la medicina, y ese día futuro, a descongelar y vuelta a la vida, al mundo de los electrodomésticos... El Consejo de la Rinaldi, S. A., es como decir un Consejo de familia. Uno de los miembros era el padre Enzo Rinaldi, un cura guapo y con lo que favorece la sotana en las fotos, fue el primero en votar y arrastró a los otros, acabado el almacenaje gravoso del pariente y que pasara a ser un muerto como Dios manda.

La previsión del ingeniero Rinaldi había sido premiada en Mónaco como lo mejor del género. La incluimos en el dossier de Orlando Calvino y recalcamos la vocación de este pueblo, ahora todos los chicos pensando en cardarse y no sé si nos estaremos pasando.

Los tiempos que vienen

No es que nos gusten los cuentos con moraleja. Pero esto es como un cuento con moraleja. Hubo un tiempo en que la envidia afeó a esta ciudad, por lo demás hidalga y reputada entre los historiadores.

Fue en aquel solo caso. Porque nunca se envidió, por ejemplo, al hombre que ha heredado y reunido en su mano la mayoría de las explotaciones de carbón, tanto las subterráneas como las de cielo abierto. Tampoco es un disparate que el fabricante de los almíbares gane dinero con la marca registrada por sus abuelos, cuando llegaron el siglo pasado, atraídos por la fama de las cerezas y la idea de ponerlas en aguardientes y mermelada. Y el maestro de obras. Se admite que un simple maestro de obras se haya enriquecido con las contratas de grupos escolares, fueron muchos metros cuadrados de construcción.

—Pero ese analfabeto que bajó de la montaña, qué mesón típico ni qué gaitas.

Costaba aceptar la prosperidad de la casona de los soportales, la que fuera casa de comidas de mala muerte para los días de mercado, y verla subir, decorarse, convertirse en un restaurante que venía citado en las guías y andaba en boca de los viajeros.

—Y de la noche a la mañana, como aquel que dice.

La causa de los celos estaba en la sencillez de la idea, algo que se le podía haber

ocurrido a cualquier hijo de vecino. Quizá saltó un día: «¿Qué se suele comer por aquí que sea del país?», ahora los forasteros estiman mucho las viandas y el pan de pueblo. O algún periodista que pagara su hartazgo con un artículo. Hasta que ya nadie tenía que preguntar nada en el mesón de los soportales de la plaza.

Venían a manadas, llamaban por teléfono para reservar la mesa en el comedor cada vez más amplio, y los camareros sabían que solo se esperaba de ellos el plato consabido, el que nosotros los señores habíamos considerado como de gente pobre y montaraz, es sabroso, eso hay que reconocerlo.

Al de la plaza le salieron imitadores en los locales contiguos, en los de enfrente. La calidad era la misma, porque el menú tiene pocos secretos. Pero los comedores vacíos, o peor aún, el desconsuelo de unas pocas mesas con clientes que llegaban rebotados, todo eso no servía más que para acrecentar el prestigio del iniciador, del auténtico: el «Mesonero Mayor del Cauce», qué cosas, si hasta tenía sus cronistas aduladores.

—Un analfabeto, que no sabe hacer la o con un canuto.

El hombre conocía sus limitaciones y decidió que eso no le iba a pasar a su único hijo. Lo mandó a estudiar Empresariales. Y luego, el máster en los Estados Unidos, que al chico no le faltara de nada en su carrera.

Ahora, según uno lo cuenta, da risa, pero también un poco de pena. El chico volvió a casa con sus conocimientos de economía y mercados, dicen que no fue mal estudiante. Lo que no había conseguido era un empleo en una gran empresa o en el Banco de España, a ver si se iban arreglando las cosas, y en esto se puso a asesorar en el negocio familiar, boyante.

—No vamos mal, padre, la instalación y menaje están amortizados, pero los tiempos que vienen son un riesgo muy serio —y hablaba de la inflación, de la recesión y de la Bolsa de Tokio.

—Yo, lo que tú hagas, que tu título y tu ciencia no te los quita nadie.

La admiración todavía le dejaba al padre alguna idea propia:

—Al personal, lo que le gusta es comer. Al personal le gusta el botillo. Con el caldo de nabizas tomado al final en vez de al principio, las filloas de postre, el café de puchero. Y nuestro aguardiente de orujo, mira el libro de firmas, políticos, obispos, los humoristas de la radio.

—Lo que hay que mirar es la tendencia de los índices, padre. Las Bolsas del mundo, la marcha de las ventas de automóviles en Alemania, prepararse es ganar. En los tiempos que se avecinan solo podrán sobrevivir los que ahora tomen las medidas canónicas, la situación es delicada pero es de libro, el abecé de los economistas.

Había que dejarle tomar medidas. Quizá acertó al reducir el tamaño de las servilletas artesanas de lino, pocos clientes se percataron de este detalle. Bajó un punto, solo un punto, la categoría de lo que llamaban vino de la casa.

En la calefacción se puede ahorrar. Y otros recortes, los compromisos laborales, mejor arreglarse con camareros interinos.

—Los camareros, desde luego, que esa gente es la ruina. Pero el entripado del botillo... —fue la única resistencia del viejo—. El entripado del botillo, con su surtido de

menudencias, siempre fue el evangelio, ni uno menos puede ponerse de los siete sabores que está mandado, tú mira hijo lo que haces.

Cada vez se hacía menos caja. Pero qué importa la caja contante y sonante de cada día, aseguraba el perito, lo que vale es el medio plazo y la cuenta de resultados.

El mesón se arruinó, y ahí sigue el mesonero, diciendo que qué razón tenía su hijo, «con la crisis que se nos viene encima». El rapaz tenía el máster por San Luis de Misuri, cuentan que vino sabiendo inglés y un poco de japonés.

El asturiano de Delfina

—¡Pobre ese novio! Este temporal de marzo va en serio, mal lo va a pasar mañana en el puerto el asturiano de Delfina.

Quién me iba a decir a mí que aquella nevada significaría tanto en mi vida.

—Lo peor —suspiró la abuela— iba a ser el gasto que se ha hecho. Pero Dios sobre todo. Si no pasan el novio y su gente, será porque Él lo tiene ordenado de otro modo, y cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Aquella conformidad fatalista de la vieja nos chocaba a los dos invitados que habíamos dejado nuestros asuntos a causa de la boda y ahora nos calentábamos junto al fuego, todavía atarecados del viaje. En las otras mujeres de la casa la noche era una víspera activa. En las conversaciones no había otra cosa que el asturiano. Delfina andaba de un lado para otro, pero más serena que nadie, y eso que era la novia; la misma chica sería y un poco triste que estudiaba en León y que don Antonio y yo habíamos visto madurar a lo largo de un par de cursos. Se casaba con un asturiano rico, un soltero algo maduro y de buena presencia que los sábados se presentaba en León con su coche americano y no entendía que nosotros, los amigos de Delfina, procurásemos moderar sus invitaciones excesivas en el bar Azul o incluso en el Novelty para el aperitivo de los mariscos más caros.

Contaré cómo era León en los primeros años cincuenta. Tenía su casco histórico, y en lo demás era una pequeña capital moderna que sorprendía a la gente de fuera. No se veía el elemento aldeano como en Lugo ni había soportales provincianos como en Palencia. Su calle principal podía competir con la de Uría de Oviedo. La gente era menos entrometida de lo que se gasta por ahí; los señores, muy liberales; las señoras principales

jugaban al tenis y las chicas fumaban, incluso delante de don Antonio, en la tertulia de la Biblioteca. Don Antonio fumaba él mismo como una locomotora y por la calle de Ordoño daba paseos con la tropilla que él admitía para el trato, y si cuadraba se dejaba ver en un café sin importarle mucho el obispo.

En ese círculo de alrededor del cura había entrado Delfina, porque era lista, guapa y algo enigmática, y estudiaba con sacrificios y no en plan de niña rica. Tenía que interesarle a don Antonio, de pupila como aquel que dice. Lo que también estaba cantado es que a mí me gustaría Delfina como mujer; pero ella parecía quererme de amigo y confidente, de crítico de sus versos, además no acababa de marchárseme la cobardía que traje del pueblo, que siempre me parecía estar como un añadido con los de la capital de la provincia.

Eso, y el asturiano. A veces pienso que lo que más me inclinaba a Delfina era la rivalidad con el asturiano.

Los asturianos venían previsores a secar el pulmón, les encantaba el clima seco y sin nieblas. Alquilaban chalés y casas soleadas o se iban a hoteles de pensión completa que eran famosos por sus comidas. Pero al asturiano de Delfina no tenía que preocuparle la salud, era un elemento fuerte y fachendoso, con afición a los trajes completos de mucho *sport* con fuelles y trabillas. Tampoco entendía los romanticismos de una chica que hacía poesías, ni nada de nuestras cosas. Cuando Delfina nos lo presentó lo tratábamos de usted y esto no le gustaba nada.

Los chicos y las chicas que por entonces empezábamos a vivir y escribir nos reuníamos en la Biblioteca. A las ocho en punto de la noche (de la tarde, durante unas semanas del verano) el bibliotecario daba la palmada de cierre y nos reuníamos como polluelos alrededor de su sotana para la tertulia o el paseo; a veces para visitar una exposición; o acudíamos juntos a un concierto de la Sociedad Filarmónica, la gente nos miraba cuando entrábamos y sentíamos el orgullo de ser «los de don Antonio». Nos enseñaba. Nos formaba sin ñoñerías, adelantándose unas décadas en la marcha de los tiempos, ahora podemos decirlo. Lo asombroso es que nos insuflase tanto entusiasmo, cuando su apariencia era como apática y desengañada.

Una tarde, don Antonio me había cogido aparte:

—Me alegro de que estés invitado a la boda —me dijo, y que él iba para casar a los novios.

El cura y yo, de todo el grupo de la Biblioteca, fuimos los únicos invitados a la boda de Delfina y el asturiano. Echamos cuentas y siendo dos podíamos permitirnos un taxi. Salimos la víspera a hacer el centenar de kilómetros que nos separaban de nuestro destino en la montaña leonesa, ya en plena primavera, cuando todo hacía augurar un tiempo suave. Íbamos en los asientos de atrás, y el coche se llenó en seguida de olor a cura que fuma; no a hombre que fuma. O sea, como una mezcla de picadura fuerte más el rastro de incienso de la catedral y flecos del polvillo de los libros de la Biblioteca. Melancólicos por el alejamiento de una amiga, por otro lado íbamos contentos, viviendo aquella excepción en nuestras vidas. Para mí era una novedad respirar la cercanía de nuestro mentor, a diario tan grave de literaturas y filosofías y ahora se emocionaba

porque veíamos al natural un pastor con su rebaño en el paisaje todavía plano de Camposagrado. Es verdad que por allí las puestas de sol son un espectáculo.

—En todo el Poniente, las tardes tienen como una lumbre que les falta a las mañanas —y don Antonio habló de esta porción de España que siempre le bastó para su vida—: Somos gente del noroeste. El noroeste es un país grande. Es la Galicia de los líricos antiguos y de los fabuladores de hoy, pero también la Asturias de *La Regenta* y la Sanabria de *San Manuel Bueno*, y, por supuesto, el Bierzo y los de Astorga, digamos que hasta el Torío para que quede dentro la catedral de León...

—¿Y la Tierra de Campos? —se me ocurrió porque justamente Delfina procedía de allí. Se quedó pensando.

—Está bien, pongamos que el noroeste llega hasta el castillo de Grajal. Pero de ahí no paso ni una legua.

La ermita de la Virgen de Camposagrado y los pinos que la guardan parecían en el crepúsculo teñidos de una sangre tibia.

—Aquí corrió mucha sangre de verdad —dijo don Antonio, y contó la batalla de Almanzor, y el taxista volvía la cabeza para escuchar como si la carretera la conociera de memoria y no tuviera que mirarla.

—Por estos sembradíos cayeron también algunos cristianos que no habían hecho ningún crimen —el conductor habló y soltaba las manos del volante, accionando para abarcar el panorama—, y no hay que remontarse tan lejos en la historia.

Supuse que se refería a la guerra civil, que por entonces quedaba relativamente reciente, pero el hombre no siguió adelante con el tema. Era un tipo famoso en León, taxista de confianza del obispado; en el coche llevaba un cartón con el horario de misas y en la cabeza las direcciones de las casas de mujeres y el fichero de las chicas nuevas que les iban llegando.

—Y no se fíen mucho de que por aquí tengamos buen tiempo —avisó—; yo conozco el percal y sé lo que puede salir de aquella oscuridad de al fondo, por la cordillera que da para Asturias.

Como si nos esperase una gran aventura y hubiera que ir preparados, sugirió una parada para la merienda. Poco viaje llevábamos hecho, pero la autoridad del chófer crece en esos casos, y de los dos viajeros ninguno teníamos experiencia. Se paró en una venta que le era conocida y sin apenas perder tiempo despachó dos o quizá tres huevos fritos a nuestra cuenta.

Ya habíamos empezado a subir, subíamos casi siempre. Si pillábamos un breve llano solía ocurrir que nos adelantaba un turismo a mucha velocidad, «Va a noventa, el tío», y observaba el taxista que los más locos llevaban matrícula de Oviedo, «Eso, no falla». En un par de horas se vio que nuestro hombre tenía razón en lo de las nubes y otras señales que dijo, incluido el vuelo de los pájaros. Había empezado a nevar, todavía con parsimonia. La carretera se había hecho tortuosa, y también medrosa desde que íbamos con los faros.

A cierta altura me di cuenta de que llevábamos mucho tiempo en silencio, y fuerza no tenía para romperlo por mi parte, ni ganas. El paisaje es un estado de ánimo, esto lo lei

alguna vez. El corazón acostumbrado a un país luminoso se encogía ante aquellas moles de piedra que enseñaban desgarrones de cuando la construcción de la carretera y uno pensaba en la dinamita, y desde niño en mi pueblo decir dinamita era decir terrible y asturiano. O sea, el asturiano de Delfina. Siempre el asturiano de Delfina. Y qué iba a ser de Delfina cuando viviera al otro lado de la muralla, ella tan delicada y compuesta, poco amiga del bullicio y las explosiones, tan nuestra. Un pinchacillo en el corazón. Don Antonio no sé lo que sentiría. Salimos de la carretera principal y siguiendo un croquis llegamos a nuestro destino, y al parar el motor del coche se oyó ladrar algún perro, pero también el roce finísimo de la nieve cayendo, que es como escuchar todo el silencio del mundo. Se encendieron varias ventanas de la casa, una construcción apartada del pueblo. Delfina salió la primera y nos recibió con ternura.

Al darme la mano me la apretó como realzando la camaradería, en aquellos tiempos no se besaban los amigos. Mientras estábamos en los saludos el chófer se había lanzado a ponerles cadenas a las ruedas y dijo que él no se quedaba allí, que prefería volver a recogerlos mañana después de la boda. En la casa de la novia se dejó convidar a una segunda merienda, deprisa y sin ganas de charla. Luego salió al sereno, arrancó el coche y se perdió en la noche de boca de lobo, hay que reconocer que es un oficio esforzado.

Ahora empieza una historia que habría que contar con pausas a cada poco, para dar idea de la lentitud del tiempo. O soltarlo de una vez: aquel presagio de la abuela, de que Dios podía tener ordenadas las cosas de otro modo, se había oído la noche misma de nuestra llegada a la casa, que era un lunes de últimos de marzo; y al cabo de seis días, se dice bien, seis días con sus largas noches, allí seguíamos sobre la nieve y bajo una campana de nieve, rodeados de nieve, sepultados y sin contacto con la humanidad, ya era primeros de abril y para nuestros ojos no había otra visión que la nieve.

Dicen que los vencimientos de las letras, los plazos de los impuestos y los tribunales se suspenden en la montaña con la llegada de una gran nevada. Ni labores del campo, ni escuelas, ni tiendas. Nada salvo el trabajo de las mujeres gobernando la casa y el carbón y la leña. Te arropaba un sentimiento de niño, el gusto de que no hubiera deberes. Y que Asturias y el mundo fuesen una lejanía infinita, quizá la nieve iba a seguir para siempre cayendo, para siempre...

La familia de Delfina Mansilla había venido trasplantada a la montaña desde una aldea de trigales próxima a Grajal de Campos. La madre de Delfina era viuda y de eso no hacía mucho.

Graciano Mansilla fue el encargado de la Fundación, así es que la viuda y sus hijas y la abuela vivían, ya se vería por cuánto tiempo, en la casa-habitación que reglamentariamente entraba en el sueldo. Era una casa de piedra con algunos decoros de hierro en el balcón, ni tan modesta que ofendiera la imagen social de la institución ni tan importante como la casona del fundador en la villa vecina.

Teníamos las horas todas para nosotros, esto no habría que repetirlo, y quise saber la opinión de don Antonio sobre aquellos señores ilustrados. Me chocó que estuviera tan prudente. Fui yo el que habló; la situación en que vivíamos era estática por un lado y por otro producía sublevaciones inesperadas. A través de los cristales empañados de la

galería se adivinaba un país influido por unos pocos. Es verdad que hicieron escuelas y granjas, que dejaron previstas dotes para doncellas y rentas para el arreglo de los caminos; verdad, incluso, que para el auge de sus intereses políticos excluían hasta el mínimo asomo de violencia. Pero yo no podía sustraerme a un tufillo clasista que daban sus retratadas barbas de próceres, ese despotismo inteligente y la superioridad de sus apellidos compuestos.

—Piensa que en cierto modo son ellos nuestros anfitriones —bromeó el cura— y no están las nubes como para que seamos desagradecidos —lo dijo con ligereza, con ganas de que hablásemos de otra cosa.

Las mujeres de la casa hablaban del asturiano, o sea la abuela, la madre viuda, Delfina y sus dos hermanas. Estas eran más pequeñas que la novia, se preparaban en la granja escuela de la Fundación para las labores de la ganadería y el campo. Eran otra cosa que Delfina, más curtidas y de valerse por sí mismas, y al hablar del casamiento y del asturiano se les veía una precocidad poco sana. Al asturiano todos lo nombrábamos así. Menos Delfina, que lo hacía por el nombre propio, como un respeto que le debía al que iba a ser su marido. A saber cómo estaría llevando el asturiano la espera. Pero no había teléfono ni telégrafo que funcionasen, ninguna forma de romper el cerco de blancura.

—El asturiano tenía que llevar cuatro días de casado —o cinco, los que fueran, cada día echaba cuentas la abuela. Se empeñó en que él se casaba en martes, solo por echarle un pulso al refrán, «ni te cases ni te embarques».

Ese hombre era amigo de los riesgos; y simpático, hay que reconocérselo. Era bebedor, cantarín, siempre sacaba a cuento refranes y sucedidos de su tierra. Seguro que esquiaba bien y nadaba en las piscinas. Yo todo eso se lo envidiaba. A veces pensaba que el asturiano iba a aparecer de un momento a otro, con la prepotencia de unas máquinas quitanieves, o por el aire, como fuera. Asomaría con su séquito de amigos y parientes, anunciados por la pólvora y con muchos regalos, ahora me daba a mí la aprensión de haberme quedado corto en el regalo de boda para Delfina...

—Me gustaría que hubierais venido en verano —me dijo Delfina—, entonces está hermosa de frutales la huerta y hay otras comodidades.

La figura de Delfina se despegaba del retrato de familia. Era la señorita. Con don Antonio y conmigo, sobre todo con don Antonio, estaba un poco cohibida por el arreglo doméstico. Habíamos ido para dos jornadas de fiesta con la noche en medio, y para esto sí tenían previsto todo: la habitación de excusa para el cura, una alcoba pequeña pero decente para mí. La ropa de cama y las toallas, un poco ásperas y muy limpias. Y las comidas, que en principio no tenían que ser gran cosa, si se considera el banquete que estaba previsto en la fonda del pueblo.

Pero la prolongación de nuestra estancia rompía las previsiones. Vivíamos literalmente tapiados, con la nieve en la puerta, sin posibilidad de salir a la calle, y menos aún de recorrer la distancia que nos separaba de la familia más próxima. Siempre hubo comida y calor, pero faltó el café y esto era un problema con don Antonio. Hubiera sido una catástrofe si además de no haber café nos hubiéramos quedado sin tabaco. El cura venía bien provisto. Luego hubo que echar mano del tabaco rubio de Delfina, que fumaba a

escondidas aunque bien se supiera en la casa. Aun así, llegó la situación límite. La más pequeña de las chicas –también la más maliciosa– quería salir a la descubierta y acercarse a alguna parte, muy divertida con sus madreñas. Entonces, como un milagro, resultó que el día del pedimento de la novia se habían traído unos cigarros puros. Quedaba allí una caja casi entera, nadie de la casa había caído en relacionar esos signos de ostentación con el tabaco que sin desdoro puede fumar un cura. Realmente, don Antonio no se fumó ninguno de los puros. Los iba sacrificando poco a poco, hasta la última raspa, para convertirlos en pitillos.

Además de fumar, don Antonio tenía que leer. Y pasear, decenas de kilómetros hizo por aquel pasillo alargado. La radio no se oía más que de noche, y eso cuando teníamos electricidad. Hubo que reunir los libros para el asedio. Estaba el surtido modesto que se supone en una estudiante como Delfina, pero «todo es bueno para el convento», dijo el cura, «incluso los libros de texto». Lo que fuera letra impresa. La abuela se acordó de un rincón de la bodega y ella misma bajó a buscar y subió con unas publicaciones que se habían salvado de la quema urgente cuando la guerra y allí habían quedado olvidadas. Eran memorias anuales y reglamentos de la Fundación, sin mayor interés, más un tomo suelto del *Diccionario geográfico* de Madoz que correspondía a Albacete o Murcia, pero representaba mucho entretenimiento. Y calendarios zaragozanos, que extrañamente le gustaron mucho a don Antonio.

Entonces, no. Pero tiempo después me di cuenta de que Delfina había ido cambiando durante aquellos días. Y pudo hacerlo despacio porque, aunque fueran pocos días, las horas eran larguísimas. Una casa se hace muy íntima cuando sus moradores no pueden descansar los unos de los otros. Ella y yo nos tropezábamos a cada paso, y de noche yo casi oía su sueño, o más bien sus desvelos. Le arreciaron las ojeras y el color pálido de siempre, con lo que sus ojos parecían todavía más grandes.

Me dejó un libro con ilustraciones, y lo mirábamos juntos.

–Parecemos dos niños pasando las hojas para ver «los santos» –me dijo, y yo le dije que me gustaría que fuese una colegiala con trenzas y sin ningún examen a la vista...

Eran mapas y leyendas de aquellos pasos de montaña que acaso los del país habían olvidado, ahora que la cordillera la cruzan las carreteras y el tren; vías poco amables en la práctica, pero habitadas por el misterio y la poesía con sus osos reinando y sobrevoladas por las águilas y el urogallo.

–«Al cantar / el urogallo se denuncia / y muere / pero el urogallo canta.» ¿Sabes, Delfina, que el urogallo cuando está enamorado canta, que no le importa descubrirse a los cazadores?

A Delfina se le llenaban los ojos de lágrimas...

En el libro venía el Camino de la Culebra, que va de Laciana a Cangas de Narcea, la Collada de la Madera o la Senda del Arcediano.

–«El Arcediano fue un niño pobre, salió a la ventura con un hermano también pobre y uno llegó a mandar más que un obispo y el otro fue Virrey de Nápoles, y en Roma se encontraron los dos sin reconocerse.»

Delfina temblaba... Cualquier leyenda, o un poema dicho a media voz, se potenciaban

en nuestra clausura. Delfina se conmovía con las cosas del espíritu, aquella chica. No sé cómo nos arreglábamos que muchas veces, cada vez más veces, hacíamos un aparte, y si los demás se sentaban alrededor del fuego de la chimenea incesante, nosotros nos calentábamos con nuestras literaturas junto al braserillo o bajo el amparo maternal de una manta.

Así iba la vida. Y lo que tenía que venir, vino de repente. La noche anterior había dejado de nevar, pero ya otras veces habíamos celebrado el acontecimiento y luego resultaba que no, que era como una herida que hubiese cerrado en falso. Ahora, por la mañana, tampoco nevaba. Nos despertamos y el color de la nieve había cambiado, el algodón opaco había pasado a ser un blanco resplandeciente. Creció el día y el sol se impuso, calentaba en aquella altura como si fuese verano y no los primeros días de abril. El cerco de nieve iba mermando de hora en hora. Pasaron vecinos con su ganado y saludaban a voces, era como una resurrección.

Entonces, como si todas las señales de actividad se precipitaran a un tiempo, llegó un repartidor de telégrafos por un lado de la carretera vecinal y Goyo, nuestro taxista, aparecía por el otro lado con su chevrolet a recogernos. El telegrama era de Asturias, en aquella otra vertiente el puerto seguía cerrado, de salud sin novedad y pasaré lo antes posible, la boda mejor para uno de los martes de mayo.

El coche nos esperaba. Esta vez don Antonio se sentó en el asiento junto al chófer y a mí me dejó detrás. Pero solo no estuve.

—Que venga con nosotros si quiere, ella sabe lo que se hace —dijo sin pasión don Antonio, pero con un afecto, cuando la novia salió de la casa con la maleta y vino a sentarse a mi lado.

Don Antonio se adelantaba a los tiempos. Seguro que adivinó lo que me esperaba con esta Delfina mía, eso que se supone de una legítima esposa, horas de felicidad y algunos cabreos.

El hombre de la casa

Qué pesadez, el comienzo de un cuento terrorífico de Allan Poe: «Un pesado, sombrío, sordo día otoñal; las nubes agobiosamente bajas en el cielo, un terreno singularmente lóbrego, con las sombras de la tarde cayendo sobre la mansión

melancólica...».

Yo no desconfiaré del lector hasta tal punto y le diré para esta historia que era enero y un casar en la sierra de Ancares. Basta. De aquella noche de armas y caras amenazadoras, ahora puedo contarlo todo. Los años, y algunas muertes naturales, han quitado sentido a la consigna de silencio que pesaba sobre nuestra familia.

Los chicos de mi casa solíamos pasar con los abuelos los meses de calor. Marchábamos a la montaña con la ilusión de lo diferente; pero también, en el fondo, con la seguridad de que volveríamos en setiembre a la ciudad, a lo que era de verdad nuestra vida.

Solo que aquella vez empezó la guerra y decidieron que yo me quedara allá arriba el invierno. Todo un invierno sin luz eléctrica ni cine ni el paseo de la estación a la hora de los trenes.

—Tú, a lo tuyo —la voz protectora de la tía Paca—. Siete años, nada menos que siete años tendría que durar esto para que a ti te alcanzasen las quintas.

Me trajeron los libros para que repasara lo que ya tenía aprobado, y por mi cuenta encargué un montón de novelas de cincuenta céntimos: Dumas, don Juan Valera, *El hijo de la parroquia* de Dickens.

Mis tíos estaban en el frente y escribían pocas cartas. El abuelo había muerto no hacía mucho en su cama, «qué lástima, en su cama, un valiente como él», lloriqueaba la abuela cuando estaba un poco bebida. La casa de los abuelos, quitándome a mí, se había quedado en una casa de mujeres. Allí engordé y me puse algo retaco. Tendría que pasar una pleuresía larga (pero esto fue en la posguerra) para salir de la cama con un estirón.

Una noche de después de la Navidad estábamos cenando, o habríamos terminado de cenar, porque recuerdo a la abuela apurando la copa deprisa, con el instinto de que alguien podía venir a quitársela. Había empezado una de esas alarmas de los perros, pero ella supo que esta vez no era el merodeo hasta ahora incruento de la lobería. Por entre los ladridos de los mastines nos llegó el ruido de caballos, luego el alboroto creció afuera, mientras que en la gran cocina del casar no había más que silencio y las miradas ansiosas que nos cruzábamos. Demasiado tiempo llevábamos sin que en nuestro mundo pasara nada. Nada.

En la ciudad comían peor que nosotros. «No sabéis lo que tenéis aquí arriba», decía el peatón de Correos. Pero en la noche se sentían acompañados unos con otros, y algunos días veían manifestaciones y desfiles. En la casa apartada te imaginabas una tropa uniformada, la misma palabra lo dice: vestidos por igual —y mejor si de la misma estatura—, con sus armas idénticas para disparar todos al mismo tiempo. No el desorden de los de barba y los afeitados, los de capote y los de zamarra o manta, la mayoría con escopetas y unos pocos con fusil. Así de descabalado entró aquel grupo de hombres en nuestras vidas vacías. Venían a caballo, pero embarrados como si marcharan a pie. Uno de ellos se quitó el barro de las botas antes de pasar la puerta. Otro muy menudo calzaba zapatillas de paño a cuadros y esto desconcertaba a cualquiera. Pero todos hicieron igual saludo, según iban entrando y olfateando los olores que nunca faltan en una cocina de casa grande.

No diré si extendían el brazo o levantaban el puño. A estas alturas me es indiferente y además no influye en la historia.

Eran los amos del cotarro, estaba claro que una fuerza así podía mandar en la despensa y en el vino y en nosotros. Sentías temor, pero daban también un poco de lástima. ¡Unas zapatillas de paño a cuadros! Podía ser que no pasara nada malo y hasta que les cogiéramos afecto. Unos se habían sentado en los largos bancos y en los escaños, otros husmeaban de un lado para otro y se vio que había lobos y corderos en aquel rebaño.

Uno de los lobos era algo cojo.

En nuestra misma familia había cojos, el profesor de Dibujo del instituto era cojo, pero ninguno había visto yo con una cojera tan antipática. Me negué a concederle en mis adentros que la hubiera ganado luchando. Creo que nos caímos mal el uno al otro.

Mala suerte, que el cojo fuera el jefe. No llevaba insignias de mando, y esto era peor porque mandaba sin tener que respetarse a sí mismo.

Pero estoy hablando como si yo fuera el ombligo del mundo, cuando allí estaba la tía Paca principalmente (la abuela era otra cosa), y había una criada vieja, mezclada con las amas como ocurre en aquellos lugares, y una nietina pequeña de la criada. Y la prima Rosa. Estaba la prima Rosa.

La tía Paca me parecía muy mayor y a veces no parecía una mujer, lo digo por lo decidida y fuerte, fea no era con sus treinta años y no le faltaban novios. Pero Rosa, Rosa era como de otro mundo. Con sus quince o dieciséis años. Aunque todo lo había aprendido sin salir del casar, hacía buen papel cuando bajaba a la ciudad por las fiestas. «El padre de esta chica es un vaina –los mayores no piensan que los chicos oímos–, en vez de mandar dinero a casa, lo pide, y a esta chica habría que darle estudios.» La prima Rosa es hija del tío que fue a América y no volvió, era huérfana de madre, o sea lo ideal para un chico como yo, que estaba leyendo una novela sobre las princesas normandas. Tenía los ojos claros, un cuerpo delgado, las piernas largas y esbeltas. Cuento esto para que se advierta el contradiós de que el jefe tarado, tan viejo para ella, se pusiera galante y sobón y que sus subordinados le rieran las gracias.

Fue una noche interminable –«interminable, medrosa, de siluetas fantasmales», que diría Poe...–, y a lo mejor aquellos intrusos solo estuvieron dos o tres horas de los relojes. La tía Paca era la que daba la cara. Había dispuesto que la criada trajera más luces, como buscando ante todo la claridad, y ella misma fue aportando comida y bebida, que los abusadores hicieran gasto pero no destrozos. La abuela no se daba cuenta de la situación, encantada de que entre halagos la animaran a darle al anís. Alguno de los individuos decía una grosería y otro le reprendía, y luego el reprensor soltaba una barbaridad todavía más grande.

De mí dieron en decir «el hombre de la casa».

–A ver qué ideas políticas nos tiene el hombre de la casa. ¡Saluda, coño!

Yo sufría la burla, pero era demasiada gente para mi atención y me concentré en los personajes que me importaban. Lo primero, la prima Rosa. Y a continuación de la prima Rosa, el otro, el jefe de aquella milicia o como debiera llamarse. Rosa se apartaba de las

baboserías del tipo. Inútilmente trató de escapar a su cuarto y así se supo que estaba presa, que todos estábamos presos como Rosa.

Mis tíos eran buenos tiradores pero a saber por qué frente andarían. El abuelo era en vida un montañés terrible, por las mañanas se levantaba jurando y había que esconderse hasta que estaba despierto del todo. Mi vida iba por otros caminos. Hasta los bichos me daban miedo, a pesar de que estaba viviendo en el campo. «El hombre de la casa», y los ojos se me enaguaban. La cocina, que servía de comedor de diario y sitio de estar, se había cargado de humo, pero también de una electricidad como el aire cuando por la sierra nos amenazaba la tormenta. Todos fumaban. El cerco del opresor de Rosa se iba haciendo más estrecho, parecía imposible que los demás no se diesen cuenta. Yo no quería mirar el ultraje y miraba el fuego de la lumbre baja, pero esta noche las figuras siempre cambiantes de las llamas no conseguían fascinarme. En un trozo de castaño me puse a tallar algo, distraídamente, con una navajilla de mango de palo que llevaba para afilar los lápices. Pero no podía evitarlo, levantaba los ojos y aquella vez vi que Rosa me miraba. Me miraba a mí, ella sabía mis sentimientos, y a través de la atmósfera mareada me pareció que le habían arrancado un botón de la blusa.

Fue una sensación nueva, sentir que la sangre le arde a uno en las venas. No sé lo que hubiera hecho. Nada, probablemente nada. La tía Paca entró despacio en la escena, contoneándose como nunca se la había visto. La tía Paca se había soltado el moño y el pelo muy negro le cubría la espalda hasta la cintura.

Se sentó al lado del rijoso, que así quedaba entre las dos mujeres.

Fue un juego lento, implacable como en una película de insectos. Yo vi cómo la inocencia de Rosa se iba liberando de la malla ominosa. Cómo ganaba terreno la madurez experta de la tía Paca, ahora pienso que el heroísmo.

Y luego, el momento clave del drama, la mujer mayor hablando casi en el oído del tipo. Qué palabras, qué promesas oscuras, ese misterio me persiguió muchos años. El insecto macho abrió unos ojos como platos, como si no pudiese creer lo que estaba oyendo. Luego rio y bebió un trago y volvió a reír más fuerte, pero ya la pareja estaba subiendo la escalera para las alcobas y el jefe de la partida llevaba una bota suplementada, la tía Paca no se volvió para mirarnos.

La ciudad visigoda

Usted quiere que cuente el origen de esta última moda que manda en Europa, la que ha consagrado al diseñador Carlo Nucci, y eso será como hablar de nuestra ciudad. Recuerdo una tarde oscura de lluvia. La pantalla de la televisión del casino empezó a llenarse de mujeres. Eran todas iguales, altarcónas y delgadas, andando muy tiesas por una de esas pasarelas de la alta costura.

—Lástima que sean tan flacas —se oyó a cualquiera de los que estábamos; y seguimos con lo nuestro, enzarzados en una discusión que se prometía muy culta.

Y además, que nos importaban los trapos femeninos, si aquí todos estamos contentos de haber nacido hombres. No hay nada más de hombres que un casino. «Sociedad de hombres que se juntan en una casa, aderezada a sus expensas, para conversar, leer, jugar y otros esparcimientos», si uno lo mira en el diccionario. Distraídamente echábamos alguna ojeada a las mozas que iban y venían al compás de una música que apenas se oía. Al aparato le teníamos casi quitada la voz, como que lo nuestro de aquella tarde era la corte de Tolosa.

—Los reyes tolosanos, señores míos, eran de mucho madrugar, más que sus colegas los reyes de Toledo, y esto explica algunas diferencias que, *mutatis mutandis*, existen aún entre la gente de allende y aquende los Pirineos.

—¿Y a qué le llama usted madrugar, querido don Lucas?

—Querido don Alberto, léase usted a san Sidonio Apolinar, que menudeaba sus andancias por palacio. A las siete de la mañana Teodorico había recibido a los encargados de su aseo, asistido a los oficios, despachado con altos funcionarios y escuchado a los embajadores, no es extraño que venciera a Requiario en el Órbigo.

—¿Y la siesta?

—Mentira parece que usted haga esa pregunta, abogado. Teodorico no dormía siesta aunque daba unas cabezaditas, todo esto se sabe por Sidonio Apolinar, que se lo soplaba a su cuñado Ecdicio y ahora es cosa sabida de los historiadores...

Si usted no ha pillado todavía el quid de nuestra ciudad, a lo mejor se extraña de tales coloquios. Reconocerá que es una manera honrosa de pasar las tardes, que por aquí se alargan mucho hacia el Finisterre. En una de esas estábamos cuando ocurrió lo inesperado. Fue como si al camarero se le hubiera caído la bandeja de los cafés, se produjo un momento de desorientación, y luego el bullicio.

—¡Pero si es el italiano! —había alertado un socio desde lo profundo de su sillón.

—¡El italiano de Milán, se callen, un poco de silencio!

Aplazamos nuestras historias y se aumentó el volumen del sonido, se le dio al botón del contraste.

Todo fue curiosidad en el salón. Era, ciertamente, el italiano de Milán, metido en aquel pase de modelos en alguna capital importante del mundo. El mismo que habíamos tratado a cuerpo de rey, allí en color estaban su cara y sus gestos, la manera que tenía de llevarse las manos a la barba muy cuidada, de echar al aire sus largas manos de artista. Le estaban haciendo una entrevista y hasta las uñas se le vieron, que siempre las llevaba como barnizadas. Y aquel estilo suyo de vestir. Lucía en la pantalla una camisola que parecía brillar como si fuera de raso, y cerrada en el cuello con una fíbula. Al personaje

lo sacaron en un primer plano y en la fíbula se vio el signo iniciático, como si dijéramos nuestra marca de fábrica.

—¡El emblema de Recesvinto!

En esta ciudad no hay minas ni industria ni almacenes al por mayor. Pero están las crónicas que atestiguan la realidad de los visigodos. De las ciudades prósperas vienen turistas, visitan la cripta, pero algunos se marchan enfadados o perplejos porque solo aprecian lo que pueden ver con los ojos y tocar con las manos. Lo mismo en los locales exclusivos y de sociedad que en el café de la plaza o en las tabernas, los cronistas nos quitamos la palabra unos a otros para explicar los visigodos:

«Estos lugares, para que ustedes se enteren, fueron en tiempos un florón de aquel reino aristócrata y al final cristiano, una urbe justa donde no había pobres de pedir ni gente humillada. El duque marchaba a hacer sus guerras y la gobernación se la dejaba al mitrado».

Pero también puede entrar con veladuras la política:

«Los privilegios de la mitra giraban sobre cosas como la sidra y los pozos de hielo para el verano, pero pronto revertían en la sociedad, no como ahora. Con una parte de las tasas se creó un Monte de Piedad y un sanatorio que ya quisieran los de la Residencia de la Seguridad Social. Los médicos visigodos no se estaban allá dentro esperando. Salían a la calle como ambulancias humanas, en brazos llevaban al hospital al primer paciente que encontraban, que tenían ellos mucho ojo clínico al trabajar casi sin aparatos».

Pero es inútil, la mayoría de los domingueros se impacientan porque las palabras no pueden fotografiarse ni salir en los vídeos. Por eso nos gustó el italiano de Milán. El italiano de Milán sí supo entendernos. Llegó con un acompañante y los dos hombres tomaron una habitación de matrimonio en el hotel, el italiano le pasaba al otro la mano por la cara. Pero allá cada cual con sus gustos. Hicieron un pernocte y el acompañante desapareció para siempre.

El italiano de Milán con su barbita recortada y la pinta extraña se quedó con nosotros.

Traía un coche como de hacer el loco en una película y no le importaba que los *ragazzi* —decía— se le metieran dentro, en los asientos de cuero, y les daba pequeños regalos o cigarrillos emboquillados muy finos. Nuestro idioma lo entendía perfectamente, aunque hablar lo hacía en el suyo. Hablaba despacio, y se le entendía. Con los mayores era saludador y en seguida se soltó a tratar a la gente.

Luego resultó que lo suyo eran los vestidos, joyas, objetos... Decía que hoy en día es más importante dibujar la idea de una silla que hacer una silla. El artista lo dibujaba todo, gastaba tarjetas de visita con las letras en relieve y ponían *Disegno d'Italia*.

Aquí si alguien nos da su tarjeta hay que ser caballeros y dejarlo entrar en sociedad. Al señor Carlo Nucci lo avalaron dos socios y como si hubiera necesitado dos docenas de firmas. Andaba atento a las descripciones, y le gustaba que fueran bien detalladas.

—*Racconti, signore, racconti* —algo así, le pedía a cualquier miembro del casino.

La tradición oral del puente, las hipótesis sobre la ubicación del alcázar de verano, conceptos sobre una vaga basílica latina donde se votaba para que el báculo pasara de unas manos a otras...

Jamás se extrañó el italiano de que no tengamos ni el menor vestigio de un monumento, ni piedras con inscripciones, ni una estela funeraria. El cronista principal se pone junto a la puerta enrejada del sótano de la cárcel vieja, un emplazamiento bastante probable. Los extraños preguntan a veces, pero aceptan que la reja solo pueda abrirse cada cien años. El cronista principal inventa el tesoro. Con equidad va invitando para que nadie se quede sin imaginar el tesoro allá en el fondo, solo un momento junto a la verja tupida, «comprendan que todos tienen derecho».

El sanctasanctórum. El corazón escondido de la urbe. Llevamos al italiano, y allí la voz profética de nuestro cronista mayor avaló la existencia de las espadas juratorias y las cruces. El pupitre donde se escribió e ilustró el pergamino memorable. El cofrecillo relicario adornado con ágatas montadas en oro. La lámpara votiva incrustada de piedras preciosas («pero le faltan algunas, la francesada»). Si cuadra, el recipiente inmundo pero de plata que en palacio retiraban cada mañana los casilleros. Y los ornamentos de los ostiarios y el manto purpúreo de un príncipe, la silla y el parasol que llevaba el mitrado cuando iba por ahí de concilio, la rica vajilla con los símbolos enigmáticos de Recesvinto y Chin-dasvinto o con el anagrama de Cristo. Al cronista principal se le había visto crecerse para el italiano, y en el aire oscuro fantaseaba una vez más con la indumentaria, el postín de los brocados y el corte elegante de las túnicas, todo lo más exquisito de nuestras glorias, y ahora caíamos de golpe en que el otro aprovechándose y copiando con su cuaderno y su lápiz, manda carallo lo del modisto.

—O el modista, que de ambas maneras puede decirse —eran ganas de interrumpir.

—Entonces, querido don Paco, también podrá decirse el electricista...

Las discusiones sobre el lenguaje encienden mucho a los socios, pero no era el momento; la entrevistadora se despedía del famoso Carlo Nucci y aún hubo tiempo para que en el televisor del casino se oyese remachar lo de los trajes de noche visigodos para la gente millonaria, los peinados visigodos, los zapatos de tacón alto visigodo... hasta relojes visigodos de pulsera, que cualquier cosa con ese estilo parece que vale una fortuna en París y en Milán y en Barcelona.

Y a nuestra ciudad ni nombrarla.

Claro que mucha de la culpa es nuestra. Nos lo había dicho al marchar el italiano de Milán. Que a poco que cuidásemos el *marketing*, esta ciudad se ponía las botas a cuenta de los visigodos, igual que otras con los ligures o con santa Teresa.

Una fobia de don Jorge

El que cuenta esta historia es un hombre algo pudoroso, no le gusta contar de sí mismo. El personaje principal de esta historia es don Jorge, por supuesto: un poeta importante que vivía en una ciudad del sur.

—De manera que es usted cuentista —me dijo don Jorge la primera vez que nos vimos, después de que nos presentara un paisano mío que le servía como taxista cuando aquel hombre ilustre tenía que ir a una conferencia o a tomar baños de mar.

—Bueno, en fin, no sé si puede decirse... —le dije.

—Comprendo su turbación. A mí me cuesta trabajo declarar un dato así, imagine que va uno a un hotel y en la ficha le preguntan la profesión, resulta difícil decir: «poeta», verdad, una cosa tan *improbable*...

Y eso que estaba traducido a muchas lenguas cultas. «Oh luna, cuánto abril, qué vasto y dulce el aire», don Jorge iba para Premio Nobel, «todo lo que perdí volverá con las aves».

Al correr de los días fueron haciéndose más frecuentes nuestros encuentros, con cuidado por mi parte para no caer en el abuso. También con el egoísmo de oírle a él, mejor que desperdiciar el tiempo en hablar de mis cosas de chicha y nabo.

Don Jorge sabía hablar y escuchar. Cuando me contó que en nuestra guerra se había marchado de Sevilla y de España por no tener que hacer el saludo, se me quedó mirando con una sospecha en los ojos muy vivos, que ya estaba formulando en palabras:

—¡Supongo que usted no habrá levantado nunca el brazo!

La cuestión era directa y cruda. Tocante a saludar con el brazo en alto, me parece que mi primera vez fue en el descanso del cine cuando tocaron los himnos. Después, ya puestos a saludar, habré saludado no sé las veces, porque lo mismo venía Millán Astray que pasaba el paso de la Verónica; incluso habían sacado un decreto, diciendo los grados del ángulo que tenía que formar el brazo en relación con el cuerpo.

Pero a mí me daba pena desilusionar a un poeta tan principal como don Jorge, que me miraba implacable, casi ceñudo, como si de aquel asunto dependiera lo definitivo de nuestra relación.

Entonces se lo conté. Yo tenía trece años y me gustaba el traje de requeté. Mi precocidad carlista era estética, y venía atizada por mi tío el librero, que me había prestado las novelas de ese tema, «por Don Ramón María del Valle-Inclán». En una España y en la otra, a los chicos —¡qué ocurrencia!— nos daban fusiles de palo para desfilar, pero yo no serví nunca para la instrucción y andaba de correo por la ciudad, como un aspirante a Bradomín, aplastado por una enorme boina roja y mirando a las chicas.

Llevaba papeles al periódico, que ya me fascinaba el olor de las imprentas, o a la radio, donde me decepcionó el fingimiento de que al decir que eran las dos de la tarde y «conectamos con nuestros micrófonos instalados en la torre de la catedral», el locutor abriera la ventana y entrasen simplemente las campanadas vecinas, por el aire de la calle silenciosa.

Pero lo más importante era el obispado. Por las mañanas había que llevar al obispado la orden del día del requeté, que no podía ser más ortodoxa, pero aun así la querían con

el sello de la censura eclesiástica.

Una vez, realizando esta misión delicada (es lo que decía el jefe), me topé con el doctor Balanzá, o sea, con el mismísimo prelado. No solo lo recuerdo como si fuese ahora: recuerdo que pensé que algún día podría yo escribir escenas así. Me cuadré. Llevé la mano enguantada a la boina del uniforme, como si me apellidase Montenegro y el obispo de Lugo fuera un cardenal de Roma...

—O sea —volvió don Jorge a su manía— que usted no le hizo al obispo el saludo fascista.

—Ni hablar —le aclaré, esta vez sin modestia—: nosotros, los carlistas, preferíamos el saludo tradicional, el de los militares.

—Ah, bueno.

Pareció que se le quitaba un peso de encima. Don Jorge Guillén estaba siempre muy civil, con camisa blanca y corbata bajo el batín limpiísimo a cuadros. Miró con amistad al narrador y le preguntó si quería un refresco.

El final de Santiago Velasco

—Anda, vístete, ese chapoteo de los bronquios se cura —me tranquilizó Velasco aquella mañana.

Como si quisiera dejar bien claro que aquello era un acto médico, fue a sentarse detrás de la mesa maciza de su despacho.

—Pero tienes que dejar el cigarro, sin esa condición no vamos a ninguna parte —atenuó sus seguridades mientras yo me metía el faldón de la camisa y me pasaba el peine.

Por entonces Velasco era un hombre fuerte, con su barba rojiza parecía un vikingo, quién pensaría que yo iba a sobrevivirle. Completó su papel haciendo que la vieja asistente me acompañara hasta la puerta de lo que era consulta, en el caserón de una estirpe de varones dominantes que habían llenado la comarca de hijos naturales, de hermanos que apenas se reconocían unos a otros...

Cuando yo bajaba la escalera de piedra noble, empezaba a subirla, despacio, cabizbajo, aquel hombre rubio de la fábrica de harinas de las afueras. Velasco me había citado como a cualquier otro paciente, a sabiendas de que unas horas más tarde volveríamos a estar juntos, él y yo, frente a la chimenea donde se dorarían unas castañas y silencios y nuestras historias. Así venía siendo desde el regreso reciente de Velasco a la ciudad, con

sus sesenta años y el cansancio elegante del hombre que ha vivido por esos mundos: «A acabar ejerciendo aquí, como un simple médico de otros tiempos».

Fue una decisión extraña la de Santiago Velasco, un profesional de experiencia intensa, nada menos que director, en hospitales de España y hasta de África. Pero esos méritos no figuraban en el papel de recetas que se encargó, ni en la placa escueta que apareció en la portalada de la casona.

Empezaron a pasar los días, los meses. Velasco se fue acomodando al pulso lento de la ciudad. Había venido con poco más que el estetoscopio y el aparato de medir la tensión y algunos libros. Se arreglaba con un vademécum para recetar, era prudente y no abordaba más casos que los que él sabía a su alcance. Tenía sentido común. Al principio le llegaban enfermos a la consulta, por la novedad de que era un médico como los de antes, y que apenas cobraba. Pero, a fin de cuentas, los enfermos y las familias tienen el ambulatorio, donde se mata la mañana con mucha convivencia y palabreo, y además es gratis del todo. Le fueron quedando no más que algunos fieles, casi todos mayores, una clase a extinguir.

Velasco mismo empezó a amustiar. Era fatal, eso tenía que ocurrir más pronto o más tarde. Yo se lo había dicho a tiempo: «Tú mira lo que haces, has llegado en setiembre que es el mes de oro, pero espera a que llueva y empiece el campaneó de las Ánimas, se ve que te has olvidado...».

Decididamente, se había puesto a envejecer por dentro, y no puede decirse que tuviera edad para tanto, a estas alturas de la ciencia. Aquel hombre vivía como suyos los padecimientos de los pacientes. Él mismo «les sudaba las fiebres», como dicen por aquí para casos de demasiada conmiseración con los enfermos.

—La verdad es que por esos mundos apenas había visto enfermos —él me lo confesaba—, como no fuera de inspección por las salas, por si convenía reponer los pijamas o las ropas de cama. Y ni a mí mismo, como enfermo, me había visto nunca...

Le ayudé trayéndole la *Ninfa*, una perrita muy lista. Le había «prestado» a Magdalena. En los sitios pequeños no hay mucho donde elegir para el servicio de las casas, y mi querindanga de los sábados resultaría bien para abrirles la puerta a los escasos pacientes, mejor que la vieja asistenta. No fue extraño que la nueva terminara haciendo algo más, consolando en horas bajas a un hombre que vive solo y en una casa grande y sombría. Un hombre todavía apuesto. Un día apareció sin la barba y resultaba una tez más clara que lo que uno esperaba, y sus ojos parecían ahora de un gris francamente azulado. A mí no me importaba mucho su apañó con Magdalena, cada vez necesito menos a Magdalena.

—Si este hombre tuviera sentido común —me confesó ella misma—, empezaría por ir de cliente a un buen médico, no es el hombre que aparenta por fuera.

Pero el dueño de la casa no dejó nunca de propiciar aquel rito nuestro de las ocho de la noche, aunque hoy podía estar franco de carácter y mañana contenido y cerrado.

Por aquellas expansiones de amigos y por algunas palabras de Magdalena y hasta por signos de la *Ninfa*, puedo contar aproximadamente el acto final de la historia de Santiago Velasco. Un caso curioso, el de aquella hipocondría que le vino como por contagio. Para

entonces ya se había quedado con un solo paciente. La perra se alborozaba con este, le hacía las mismas zalamerías que a su amo, como si el paciente único fuese de la familia.

Este paciente era un enfermo resabiado que desmenuzaba los indicios más sutiles, probablemente había pasado la vida de consulta en consulta. Refería un nuevo síntoma y el médico empezaba a sentirlo en su propio cuerpo, y sobre todo en su alma. Todo empezó cuando un día, después de la toma de tensión, Velasco a solas se la tomó a sí mismo y encontró que tenía exactamente los mismos valores que el otro, tanto en la máxima como en la mínima.

No era portentoso, el cálculo de probabilidades dice que un azar así no es gran cosa. Quizá Velasco llegó a olvidarlo. Hasta que volvió el individuo con unas palpitaciones y hubo que recetarle un sedante; entonces a Velasco le dio por tomarse el pulso y le saltaban algunas extrasístoles, dicen que no hay cosa más caprichosa y amiga de las aprensiones que esto del pulso. Cuando el otro vino quejándose de insomnio, Velasco dejó de dormir. Velasco tuvo dolores vicarios de estómago y sufrió el taimado picor del polvillo de los cereales. Los primeros gatillazos de Velasco en la cama ocurrieron a continuación de que el paciente aludiera con timidez a su problema sexual, «a ver si usted me puede dar algo para fortalecer la naturaleza».

De todos modos, las coincidencias podían ser subjetivas, bromas de la mente. Hasta que el paciente acudió a la consulta y exhibió un lunar de mal color por si pudiera ser maligno, algo que podía verse y tocarse. No sabemos si un lunar o una verruga, para el caso da igual, y Velasco se vio en el mismo lugar de su cuerpo una excrecencia gemela de la del fabricante de harinas...

Porque el paciente era aquel hombre rubio y de ojos azules, pálido como la harina de trigo, de la fábrica La Maragata, el mismo que yo había visto subir a la consulta el día en que me apuró la bronquitis... Si esto fuese un cuento, valdría lo del clavo que si sale al principio tiene que servir luego para algo... El 11 de febrero de 1988, lo sé porque tengo anotada la fecha en que recaí con furia en el tabaco, el paciente último del doctor Velasco remontaba la noble escalera, y esta vez la *Ninfa* ladró, ronco y prolongado. Con dificultad alcanzó el hombre el timbre de la puerta de arriba. Con la mano derecha se apretaba el pecho en el sitio del corazón, Magdalena lo pasó deprisa al despacho, y al médico debió de bastarle la primera ojeada para comprender de qué iba la cosa. Santiago Velasco, con diligencia fraterna, le alargó al otro una pastilla para que la pusiera debajo de la lengua y él mismo no quiso perder ni un instante y ya estaba con una pastilla idéntica en su propia boca. En el mismo día murieron los dos. Comprendo que haya incrédulos, pero allá cada cual.

Un tal Cioran

Fue una lástima la determinación de don Alfredo, por más que digan que limpiando la escopeta.

—Son muy traidoras, esas demibló de las series antiguas.

Ganas de encubrir el suicidio. Don Alfredo era un hombre culto y con idiomas, y gracias a él sabíamos muchas cosas de por ahí fuera. Por ejemplo. Era como si conociésemos al librero bretón. Hace algunos años, don Alfredo se cansó de los médicos de Santiago y de los balnearios lluviosos, y marchó a invernar a la costa de España más diferente de la nuestra, en una población soleada. A los dos o tres días de su llegada pasó por delante de un negocio pequeño, pero con estilo, el color verde era como la marca de la casa. Se prestaban, se cambiaban, se vendían libros. Había libros en español, pero también en inglés y en francés.

Entró a fisgar, no hace falta decirlo.

Entre las estanterías abigarradas, los pasillos estrechos alcahuetaban a algunos clientes que hojeaban los libros o incluso los leían con descaro. Unas extranjeras jóvenes y casi en bragas se agachaban para husmear en los estantes de abajo. Bastaba ver las cubiertas para comprender que allí imperaban las novelas de intriga, el sexo, pasto para unas horas de playa o de hoteles de temporada.

Pero bueno era don Alfredo para no sacar tajada de donde hubiera letra impresa, que parecía que tuviera un radar. Fue el *Pablo y Virginia*, en aquella primera ocasión. Cuarenta o cincuenta duros, con ilustraciones.

El dueño de la tienda estaba en el sitio menos iluminado, detrás de una mesa—mostrador, sentado en una silla de anea, con el respaldo echado hacia atrás, y parecía indiferente a lo que pasara en su local y en el mundo. Unos momentos se sentó como es debido, para despachar casi sin palabras a una anciana con sombrero. Volvió a su postura con los ojos medio cerrados, escuchando un concierto en la radio que tenía cerca.

Don Alfredo le alargó el libro que había elegido en los estantes.

Al cambista de libros don Alfredo nos lo pintaba como un tipo rubio, o más bien rojizo, con los ojos claros y menos perezosos que el resto de su persona. El comerciante tomó el volumen un poco ajado y ya iba a coger una bolsa de papel apropiada. La música del transistor era barroca, probablemente de Vivaldi. Entonces le dio al hombre como un repente, retuvo la mercancía y alzó los ojos para examinar con extrañeza al interesado. Volvió a la cubierta del libro. Le miró el lomo, lo abrió y lo recorrió salteando las hojas, se detuvo en el grabado que representa a la heroína de Bernardino de Saint-Pierre cuando prefiere la muerte mejor que dejarse salvar en los brazos de un hombre que no es el suyo. Luego, sí, lo envolvió y musitó las condiciones de la casa para los cambios y los préstamos.

–Prefiero comprar el libro. Quedármelo para mí –se apresuró don Alfredo.

–Bien. Por supuesto, usted puede –era lacónico, pero algo quería abrirse en su acento francés–. ¿Se quedará muchos días en la costa? Quizá pueda proporcionarle alguna otra cosa interesante...

Don Alfredo debió de pensar que había hecho un amigo, pero el otro ya estaba volviendo a su música y a su abulia.

Pasaron días, antes de que don Alfredo supiera que el librero había nacido en Brest, en Bretaña. Semanas, sin enterarse de que el bretón tenía su vivienda en la trastienda, y una biblioteca personal. El público traía a la tienda libros para cambio, pero a veces, raras veces, no eran libros de usar y tirar. El librero los distinguía pronto, por el buen orden les estampaba el sello en tinta verde de la LIBRERÍA EUROPEA – VENTA, CAMBIO, PRÉSTAMO, pero los quitaba de la circulación para quedárselos él mismo. O para alguien que los mereciera...

Desde el *Pablo y Virginia*, algunos chollos fueron para don Alfredo. El librero había calado al cliente, los autores que le gustaban, que gracias a don Alfredo nos gustan a todos en este pueblo.

Siempre buena literatura, Dickens y Lamartine y Dostoievski, la condesa de Pardo Bazán y las novelas de Blasco Ibáñez, que ahora no se encuentran, hasta autores modernos como John Dos Passos o Curzio Malaparte.

El marchante le pasaba el ejemplar selecto a don Alfredo, como en una película muda. Al final, incluso sin gestos se lo pasaba: el libro lo encontraba el destinatario en un lugar convenido, allí reservado y casi oculto. Era apasionante como tener un escondite, un buzón de amantes. Y también el que fueran libros usados, vividos, que a veces conservaban señas de identidad enigmáticas, el nombre de su dueño o de varios dueños sucesivos, facturas de restaurantes o viejos billetes de tren que quedan entre las hojas...

Así, año tras año, en que por las largas noches de los inviernos nos figurábamos a nuestro mentor en el Levante templado y oloroso de naranjos, y de alguna manera nos sentíamos implicados en lo del librero de Bretaña. Y un año y otro, don Alfredo sin traspasar la puerta que separaba la tienda de la trastienda, ya no sabemos si la mampara tenía realmente cortinas estampadas de flores o es esta costumbre nuestra de imaginar los detalles.

De la internada última regresó más pronto y venía peor de la neurastenia, y traía un solo libro, en francés, que ahora lo tiene servidor y lo voy leyendo con el diccionario.

No hay escenario más deprimente que un país de buen clima si te cuadra la excepción de la lluvia y el viento, ahora será como si lo contara don Alfredo. «El día que llegué a Levante había inundaciones, y ya en la noche del tren sentía como un pesar en las articulaciones y en el alma. La borrasca sería fuerte incluso para este Finisterre, conque a ver para los pescadores de aquella costa, que se emperezan en los bares, y sus mujeres rezando, a poco que el mar se mueva... Apenas veías gente en las calles, estaban vacías las terrazas, las tiendas. El librero bretón, con mal tiempo o con buen tiempo, bebía. Ahora lo sé, y sé tantas otras cosas del personaje, como si un telón se hubiese descorrido de pronto... "Cuando uno no ha tenido padres alcohólicos hay que beber toda la vida

para compensar la pesada herencia de sus virtudes." Y lo peor es que el bretón llevaba mucho tiempo bebiendo a solas, que es la manera de convertir un regalo de los dioses en un veneno despacioso. No es extraño que sus ideas fueran mayormente sombrías, se conoce que el sol y la bonanza no bastan para sanar las cosas del cuerpo y del alma... Había viajado, se notaba en sus ideas sobre los viajes y los países. Occidente. Mucho Occidente. "Si los alemanes se pusieran a trabajar como en otros tiempos, Occidente estaría perdido; también perdido Occidente si los rusos no vuelven a su viejo gusto por la pereza." Ideas sobre los libros, la muerte, la música... Beethoven, bien; pero el bretón le reprochaba haber introducido en sus composiciones el sonido de la cólera. Albinoni para el despertar de las mañanas. Y su pasión entusiasta por Mozart, "hubo un tiempo en que no pudiendo concebir una eternidad que me hubiera separado de Mozart, yo no temía la muerte"... Las calles empezaban a secarse después de la inclemencia de la mañana y algo me estaba royendo y no pude esperar al día siguiente. Me dejé llevar por mis pasos hasta la pequeña tienda, tan conocida. Habían desaparecido bastantes existencias del local, y en la trastienda, a través de la puerta de cristales ¡por fin abierta!, se deducía un interior vacío. El librero bretón habrá muerto. «En circunstancias extrañas», es lo que me dijo un joven también rubio como la panocha, también con los ojos claros, pero menos inteligentes que los del difunto. Solo hablaba francés, había venido a liquidar y me invitó a que echara un vistazo a los estantes. Ni un solo título que se pudiera coger sin desdoro. Ya iba a poner el pie en la acera y a dejar para siempre aquella desolación. Entonces advertí que sonaba una sinfonía, no puedo jurar si la radio había estado funcionando durante toda mi visita o si era ahora cuando soltaba sus violines y sus flautas. Reconocí el aparato, estaba puesta la misma emisora de música clásica, quizá con el suceso aciago a nadie se le había ocurrido mover la aguja. Al heredero le compré el transistor como saldo y mientras él buscaba el embalaje me acerqué por un impulso al rincón convenido en el ángulo que hacían dos estanterías y cogí un pequeño envoltorio y me lo guardé con la seguridad de que era para mí y no tenía que culparme ni dar cuenta a ningún albacea. El papel de envolver era una hoja de *Le Monde* de diez días atrás. Calculé: de un día antes de la muerte del bretón lacónico... Ahora me hablaba, supe claramente que a mí, a Alfredo Ares García, en un fatigado *livre de poche* que debajo del sello de la librería tenía el nombre personal del librero. En qué consistía el mensaje de mi amigo el librero es una cosa curiosa. Consistía en los subrayados del rotulador verde fino y las notas de asentimiento, o de ironía, o de contestación a los aforismos del autor del libro. Un tal Cioran. "Quien por dejaciones sucesivas ha descuidado matarse se hace a sí mismo el efecto de un jubilado del suicidio", deslizaba en las últimas palabras impresas Cioran. Y a mano, como una mueca también última y burlesca, "¡ESO ESTÁ HECHO!". La única vez en castellano, el librero bretón.»

Fue lo último de don Alfredo, aún nadie podía barruntar lo de la escopeta. Le preguntamos, y él tan delicado, incapaz de humillar a nadie con sus viajes y sus idiomas:

—Cioran, Cioran... Un filósofo de moda. Pero no le llega a Gracián, ya ustedes saben, o a don Miguel de Unamuno.

El terrible

El tío Enrique se mancó en una caída, él le echaba la culpa al caballo, y en vista de que yo había suspendido en las oposiciones y estaba de más, me tocó marchar a Madrid a ofrecerme con tiento por si el operado necesitaba alguna ayuda de la familia.

—Ya sabes cómo es el tío, no te pases, no vaya a ser peor el remedio que la enfermedad.

Se parecía a Fernando Rey, con ese aire de personaje que mira a los hombres por encima del hombro y a las mujeres con ojos de amo. Cuando lo vi en la clínica de pago comprendí que ya se había impuesto según su estilo. Los médicos eran tolerantes. Una enfermera veterana, algo miope, estaba animándolo a hacer un movimiento y le llamó abuelo, se lo llamó con cariño, y a la mujer debió de helársele la sangre al sentir la mirada que le mandó el paciente. O el cliente, más bien. Porque el tío Enrique se había instalado como cuando iba los veranos al hotel de La Toja, seguro de su poder, y del teléfono y los timbres.

—Cada vez se le ve mejor al señor —le decía cualquiera de los subalternos de la clínica. Y lo mismo podía agradecerlo con una propina excesiva que con un bufido.

No se entiende el privilegio de hombres así, y es lo que dice el refrán, que unos nacen con estrella y otros nacen estrellados. El tío Enrique, según parece, desde chico hacía cosas que a otro mortal le hubieran costado reprobaciones, el alejamiento de la gente, bofetadas. A él se le aceptaba todo. Debió de ser en seguida de nacer cuando decidió que él no temería a nadie, y eso trae la consecuencia segura de que todos empiezan a temerle a uno.

—Ya ves que no necesito nada; me voy a largar de este aburrimiento de sanatorio —me disuadió—, vuelve a tus cosas y a ver si acabas con esas notarías o lo que sea.

Me dio dinero, una miseria aquella vez, porque en eso era de una desigualdad absurda. Y debió de trasladarse en seguida al hotel donde se hospedaba cuando iba a Madrid, de manera que en casa lo dimos de alta en cuanto a preocuparnos, seguros de que ya andaría con su vida propia, tan egoísta y defendida de la curiosidad de los otros.

No andaba. Lo habían operado bien, le garantizaban que podría volver a las caminatas de la caza, al caballo, que tenía unos huesos y una naturaleza como no se ven a esa edad. Pero no andaba.

—¿Y entonces?

—Todo depende de su actitud —le dijo el cirujano—; curado ya está, ahora la constancia es la base de una buena rehabilitación.

El tío Enrique no entendía. Él había querido un primer espada. Se hizo llevar a la clínica de los famosos y dijo aquí está mi pierna, trabajen ustedes lo mejor que sepan. Y ahora resultaba que quien tenía que trabajar era él. Seguía en sus trece:

—¡Pues rehabiliten ustedes! ¡Venga!, aquí no entra uno para reparar en gastos.

Pero nada, nada en el mundo podría ahorrarle al paciente, ni aunque este se llamase Aristóteles Onassis, el esfuerzo personal, la labor indelegable. Salvo que aceptara quedarse cojo para siempre. El tío Enrique tenía una coquetería hipócrita, seguro que imaginó con horror la posible pérdida de su apostura. Al fin se vino a razones, y al nuevo trámite hospitalario, en la zona menos noble de la propia clínica, llegó renqueante, pero entero de carácter. Incluso exagerando su dominio. En nuestro pueblo podían haberle llamado el terrible, eso si alguien se hubiera atrevido a ponerle un mote a Enrique Aldana.

—Soy el señor Aldana —se presentó al jefe de los fisioterapeutas, que era jefa, y navarra y de muy buen ver, según dejó traslucir el tío Enrique hablando entre hombres.

Lo metieron para dentro de aquella especie de sótanos, frescos del aire acondicionado. Yo sé lo que es un sitio de esos, de cuando tuve una caída en el esquí, conque podría describirlo como si hubiera entrado realmente con el tío Enrique. Seguro que en lo más visible del gimnasio está la jaula de Rocher para la suspensión de cristianos y el accionamiento de muelles tensores y distensores, el banco de muscular, hay bicicletas fingidas, la rueda de hombros. Te tranquilizan, te aconsejan y te van ganando la confianza. Puede que ellos mismos te trabajen un poco el miembro averiado, pero lo que más quieren es que te lo sudes tú mismo, en seguida puedes verte en la mesa de pedal, humillante como si te obligaran a coser en una máquina Singer. Y las voces. Sobre todo las voces de los que te mandan: «¡Ánimo, José!». «¡Estira la pata, Manuel!». Sin din ni don, aunque seas el mismo fiscal del Supremo. «¡Arriba ese culo!». «¡La cabeza al frente!». Y hasta acaba habiendo compañerismo.

Bueno, a Madrid tuve que volver para firmar otra oposición de lo mío, y vi al tío Enrique. Volvía a estar espléndido, como en sus mejores tiempos. Llevaba bastón, pero como en plan de hacerse el dandy. Aquella tarde iba a ser su última sesión rehabilitadora y me citó para después, a cenar en un restaurante. Llegué con diez minutos de retraso y él ya estaba comiendo los entremeses, lo mismo que un poco antes, seguro que sí, habría devorado el pan que ponen con mantequilla. Fue, como siempre, un encuentro lleno de azares.

Discutió con el camarero sobre la temperatura del vino.

Pidió que cambiaran una luz que le daba en los ojos.

Al final, después del café, me recordó sin demasiada caridad mis tropiezos de opositor, pero en compensación me animó a pedir un coñac del mejor y no se arrugó al echar mano a la cartera para regalarme.

Entonces ocurrió una cosa chocante. En el forro de la americana bien cortada a medida alguien le había colocado un objeto circular y de apariencia metálica, sujeto con tiras de esparadrapo transparente. Una placa de cobre, parecía bajo la luz escasa. No sé lo que sentiría él pero yo tengo el vicio de ponerme en lo peor y pensé en un chantaje horrible (el tío Enrique tiene una buena fortuna), a la cabeza caliente por la buena cena y la bebida me vino la idea de un mecanismo de relojería preparado para hacer volar a la víctima (ha habido casos) si esta no cumplía las condiciones. Claro que, pensándolo un poco, bastaría con deshacerse de la americana y arrojarla muy lejos... Esto, si uno

estuviera para razonar.

El tío Enrique, más tranquilo que yo, aunque intrigado, despegó los adhesivos y era una chocolatina envuelta en su papel dorado, como la que en un colegio se puede dar a un niño que ha sido aplicado en sus deberes.

Fue asombroso y turbador que al tío Enrique se le emocionara la voz:

—Esa rapaza de Tudela...

Miré con disimulo y le vi enaguados los ojos, y eso era como si la tierra hubiera descarrilado de su órbita. Se emocionó bastante, pero por poco tiempo. Sobreponiéndose a aquella blandura, blasfemó contra el de arriba. Que Dios me perdone a mí, pero se me quitó un peso de encima al ver que el mundo volvía a estar ordenado.

Aventura de un fabricante de madreñas

En la fonda Flora de esta ciudad hay un huésped que lleva de estable no sé cuántos años. Es un hombre viejo y raro, que pasa casi todo el día en el balcón de su cuarto. Lo tratan bien, en plan de tarifa económica; como primer plato tiene siempre caldo de nabizas o de fréjoles, y no puede decirse que no sea un buen plato. Se sabe que fue industrial importante y con dinero, pero pocos conocen su experiencia extranjera.

Ese hombre fue en tiempos el fabricante más fuerte de madreñas allá por el partido judicial de Laviana, y una vez se aventuró a buscar mercado sin pararse en fronteras. Estaba muy avanzado el verano de aquel año, por la década de los treinta. En una capital europea falló la cita que le había preparado su agente e intérprete y había que esperar varios días, así que decidió hacerlo en un hotel junto al lago, apenas una hora de tren. De esa manera mitigaba el problema del idioma. En la capital europea tenía que depender del agente o rodar él solito por cervecerías y tranvías confusos, mientras en el hotel junto al lago siempre sería más fácil apañarse.

Las mañanas eran gloriosas, en la terraza de la suite, que miraba para naciente y ofrecía el espectáculo del primer sol sobre las aguas muy quietas.

Bonjour, monsieur; Guten Morgen, mein Herr.

A la hora en punto llegaban con el desayuno de tenedor; y zumos y café, le traían los diarios de incomprensibles y gruesos titulares, y el resto del día lo pasaba haciendo vida de hotel junto al lago, disfrutando del buen trato y las reverencias.

Nunca había barruntado una vida tan buena. Es verdad que eran buenos tiempos. Con unos cheques y unas cartas de crédito podía recorrerse medio mundo.

El hotel junto al lago salía barato para lo mucho que daba a sus clientes, por eso chocaba que no hubiera más huéspedes. Se notaba un ambiente como de fin de temporada. Había algunos caballeros, pocas señoras, poquísimos niños. Los niños jugaban y las damas lucían sus melenitas cortas y sus vestidos como los que se veían en los figurines de moda. Lo extraño era la inquietud de los hombres, como si no estuvieran en un lugar de descanso. Se los veía discutir excitados y otras veces hablaban con gravedad y reserva. Oían mucho la radio, parecían vivir pendientes de la tira incesante del teletipo, que la Dirección tenía en uno de los vestíbulos para que se vieran las cotizaciones de la Bolsa y las noticias del mundo.

El de Laviana se reprochaba su aislamiento obligado, no haber aprendido a tiempo, en buena edad, cuando se puede coger la pronunciación de los idiomas. A una hora fija telefoneaba a su agente en la capital europea para preguntar cómo iba la cita aquella de negocio. Por el teléfono le decían que no se preocupase, que eso iba a arreglarse de un momento a otro. Lo que sí estaba claro es que no convenía demostrar impaciencia, que un buen negocio de exportación puede requerir más espera de la prevista.

Y no todo era malo en ignorar lo que hablaba la gente: el tiempo junto al lago resbalaba de una manera despreocupada, mimadora. El lago no es como un río siempre vivo y despierto —el fabricante de madreñas tenía los almacenes junto al río Nalón—, ni como el mar, que conocía de cuando el servicio militar, de haber tenido un destino de escribiente en Gijón. El andar de los relojes no se advertía mirando para aquel espejo que reflejaba lo que veía pero no contestaba preguntas.

Una mañana, al fabricante lo despertaron con un leve retraso y en la bandeja del *petit déjeuner* se encontró con que no venía el detalle de la flor. Como no tenía grandes cosas que hacer, le había dado por apostar consigo mismo sobre el motivo floral de cada día, que era cambiante, y lo mismo podía ser una rosa solitaria que un par de margaritas o unas clavellinas. Y esa vez, nada; ninguna flor. El hombre pensó que podía ser una norma de los lunes, que las normas mandan mucho en esos países; se cumplía una semana y era justo el primer lunes que pasaba allí. Desechó la idea, porque no tenía mucho sentido. El resto del día observó por los anchos pasillos alfombrados, y en las escaleras, y en el ascensor de espejos y marquetería romántica una actividad apremiada, y sin embargo sigilosa. Al final de la jornada, clientes que conocía de vista habían desaparecido. Pero esas rachas pasan en los hoteles. Durmió con sobresaltos, oyendo vehículos que llegaban o marchaban en la noche, dudando si era realidad o sueño.

El martes tampoco venía con el desayuno ningún detalle de jardín, y además en la servilleta faltaba ese toquecillo del almidón que da respetabilidad a la tela. Siguieron otros deterioros, pequeños, casi insignificantes, solo perceptibles para un huésped que no tiene con quién hablar. Quiso escribir a la familia y le trajeron papel de cartas pero no el sobre; reclamó al empleado, un hombre mayor; los servidores jóvenes parecía que hubiesen desertado, podía ser cosa de las vacaciones laborales. Tampoco es que a él le importara mucho, cuando su estancia en el hotel junto al lago estaba para terminar.

Esa misma mañana, como todas las mañanas, fue a llamar por teléfono a su hombre en la capital. No tuvo línea en la mesita de noche ni en el salón de la *suite* y bajó a decirlo en conserjería. Encontró que la conserjería, la recepción, el gran vestíbulo del hotel junto al lago estaban llenos de hombres vestidos de militar. Tendían sus propias líneas telefónicas, instalaban reflectores, removían muebles y se oían frases que parecían instrucciones precisas, como si estuvieran preparándose para rodar una película.

—Nada, no ocurre nada grave —se oyó por fin al agente comercial, una voz más lejana que otras veces y después de mucha demora—; son unas circunstancias especiales pero todo parece a punto de arreglarse —y se suponía que lo que estaba al caer era la transacción de las madreñas de Tarna y de Campo de Caso; un calzado ideal para países de nieve, y que las madreñas con dibujo hasta podrían utilizarse como decoración.

Y la vida seguía. Los hombres de uniforme se habían convertido en los principales huéspedes. A la hora de la cena el comedor con sus arañas iluminadas aparecía lleno de aquellos caballeros que comían y bebían con elegancia. El día lo pasaban en lo suyo, cursándose órdenes con una exactitud que parecía ensayada. Dentro de sus uniformes, casi no había manera de distinguir unos de otros; tenían un parecido asombroso. Y huéspedes de paisano apenas quedaban, se iban haciendo borrosos por los grandes espacios del hotel hasta que desaparecían del todo.

A veces, el fabricante se impacientaba, por la obligación que tenía que cumplir en su viaje. Las conferencias telefónicas pasaron a tener una «demora ilimitada», o sea, a no existir. Entonces, en el aislamiento total, pasaba horas observando a los hombres de aquel Estado Mayor, siempre ocupados en su misión o descansando o bebiendo cerveza. Los oía hablar, en el fondo era como si solo moviesen los labios y tenía la sensación de cuando en el cine de la Pola de Laviana daban películas de tema prusiano, mudas.

Una mañana se despertó excitado, como si entre las sábanas le hubieran puesto ortigas. Decidió que se imponía hacer algo, volver a casa y abandonar incluso aquella ilusión de la exportación al extranjero, quizá un embarque que le habían hecho para sacarle los cuartos, y menos mal que andaba por medio la Cámara de Comercio. Si no había teléfono, tomaría el tren para la capital cercana, que en Europa los hay cada poco. Preparó deprisa el equipaje. Puntualmente le devolvieron el sobre con dinero que el primer día había depositado para custodia en la caja fuerte. Pagó la cuenta, estaba nervioso y acaso se excedió en la propina.

En la estación le informaron de que había salido el último tren: el *último*, como si dijeran el *definitivo*, con gestos, con unas palabras mínimas de ayuda; el habla parecía todavía más cerrada de *erres* y de *ges*, cerrada y recelosa. Por suerte, el taxi de ida no había abandonado la estación. Le sirvió para la vuelta al hotel. En el hotel del lago lo recibieron sin demasiada sorpresa. Supuso que le darían la misma *suite*, ni siquiera habrían tenido tiempo de hacer la limpieza. Lo condujeron a una habitación aseada, esto sí, pero sin saloncito ni terraza. Era como si en dos horas hubiera perdido derechos. Otra vez puso sus pertenencias en orden, con cuidado el par de madreñas decoradas que traía de muestra. Otras muestras habían quedado en la oficina del agente en la capital, pero no había querido separarse de ese par, un símbolo, una especie de credencial que lo

legitimaba tanto como el pasaporte... El lago se dejaba ver un poco por la ventana, solo una vista parcial y esquinada, pero se alegró como un preso al que consienten la propiedad de un pájaro o un cromo.

¿Duró días? ¿Semanas? Quizá duró años aquella aventura del fabricante de Laviana. Definitivamente, todos los demás ocupantes del hotel iban de uniforme. Pero el único paisano era sagrado, como si lo protegiera la ley de los grandes hoteles europeos. Tenía sus documentos y para pagar estaban las cartas de la Cámara y del Banco Herrero. El huésped había llegado como solvente y así lo seguiría siendo, la situación se arreglaría algún día. Lo que no podía evitar la pundonorosa Dirección, ahora secundada por viejos conserjes, por maduras camareras de tipo suizo, era las limitaciones que hoy vetaban una escalera con cadenas de un lado a otro –*Verboten!*, *Verboten!*–, mañana reducían la extensión del parque –*Verboten!*–, otro día en la sala de juego dejaban no más que un espacio acotado entre biombos para el único huésped civil, condenado a hacer solitarios con una baraja gótica. Un día lo trasladaron a una habitación más pequeña. Tiempo después, por pasillos y escaleras que no había transitado nunca, a una habitación como de servicio con una ventana que solo dejaba ver las cañerías del patio... Debió de ser una experiencia muy dura que aunque no faltara del todo la comida ni el azúcar ni el café, el hotel junto al lago fuese encogiéndose, encogiéndose hasta darle a uno la sensación de falta de espacio para respirar...

El que cuenta esta historia no sabe los pasos de la vuelta a casa y la venida a menos del fabricante de madreñas, que no reaparece hasta muchos años después, en la fonda Flora de esta ciudad. Tiene un cuarto destartado sin calefacción ni baño pero es muy grande, él quiso el más grande del caserón, con un balcón que mira para la vasta llanura donde se juntan los dos ríos.

El apodo

El cargo de albacea es un coñazo. El ser albacea moral de un escritor frustrado no se lo deseo a mi peor enemigo. Aquel hombre dejó una joven viuda guapa, devota de la producción casi secreta de su marido, dispuesta a gastarse lo que hiciera falta en ediciones póstumas. Es lo que ella dijo en las primeras horas del luto. Yo no supe negarme, por ese chantaje que nos hacen los muertos, y estando de cuerpo presente.

Eran cajas, carpetas. Aparecieron poemas que habían salido en revistas de provincias y muchos poemas inéditos, recortes de aforismos publicados en la revista de los farmacéuticos, apuntes y manuscritos de novelas abandonadas en los primeros capítulos...

Luego, las cosas se fueron serenando.

No voy a arrepentirme de haber desertado del encargo. Ni de que la viuda y yo hayamos llegado a lo que llegamos, la vida se impone con mucha fuerza... En cambio, ni una sola noche habría podido coger el sueño si le robara al difunto este argumento suyo, era solo un proyecto, quizá lo tenía el hombre para trabajarlo y mandarlo a algún concurso: «UNA HISTORIA DE HORROR. O mejor, UN PEQUEÑO HORROR. Quirófano. (Ambientarse en el hospital.) Comenzar con la llegada del profesor, elegante, un tanto distante. Un hombre sobre la mesa de operaciones ya preparado –todo está preparado para que el profesor no pierda un minuto– es reconocido de modo rápido y experto. El profesor empieza a operar. Imposible sorprenderle un gesto de emoción. Un cirujano no tiene que sentir emoción. Y eso que el caso. Aquí el problema técnico de una restauración de este tipo, a qué nivel se produjo la agresión, los vasos causantes de la hemorragia penosa y otros detalles aparentes. Todo poco a poco, sin que el lector advierta antes de tiempo el órgano de que se trata. Insinuar –pero, ¡ojo!: en el momento adecuado– que el daño ha sido hecho con los dientes. Lo casi cercenado, allí sobre la blancura aséptica, bajo los focos, muestra un aspecto ínfimo, encogido, "un pequeño horror"... Hay un ayudante del cirujano (todo podría contarse como a través de este personaje secundario). El ayudante piensa en los que están esperando afuera. A él, no sabe por qué, lo mandan a consolar o informar a las familias que esperan. Podría ser uno de esos tipos poco agresivos con las mujeres, que se hacen querer de las mujeres y de los hombres. El profesor, algo déspota, lo domina todo. "¡Sujeten a ese hombre!", manda el profesor. Y una mediquilla en prácticas, pero muy entera –el profesor no se ha movido, no ha dejado de mirar el campo operatorio–, sostiene al compañero que se va a desmayar. La intervención continúa como si nada, todo lo va describiendo el cirujano profesor mientras trabaja con manos precisas... Afuera, en la espera tensa, hay tres personajes. Una mujer joven. Fina, delicada de cuerpo, pero con un rostro relevante, la boca y las facciones muy marcadas. Son de una pequeña ciudad (fue el ayudante quien los recibió al llegar la ambulancia), una burguesita. Está su madre (o mejor, su suegra). Esta tendrá una altivez estirada, el gesto de una mujer decidida a ofender antes de que la

ofendan a ella. Hay un hombre de edad, él sí está deshecho, no se quita las manos de la cara, se tapa la cara como para no ver o que no lo vean. Dentro, el profesor resume. El paciente salvará. En cuanto a la función... "Alguien tendrá que ver a esa gente; anote, enfermera, el parte forense." Sale el ayudante. "Vivirá." La mujer joven se ilumina con el pronóstico. Luego mira la cara del mensajero, lee en ella la secuela terrible (esto habrá que afinarlo mucho). La mujer joven recoge su bolso y marcha como sonámbula hacia la puerta. El ayudante que le dio la noticia se da cuenta de que sin querer ha estado mirándola a la boca carnosa, carnívora, carnicera, ya veremos. Nadie detiene a la mujer. Ya en la puerta, antes de perderse hacia los pasillos indiferentes, tiene una risa que hiela, luego un llanto corto y peripatético, y como el narrador lo sabe todo, sabe que ella no volverá nunca, porque el caso ocurrió en la intimidad de esa misma noche, ahora vendrá la mañana, con el despertar estará corriendo por la pequeña ciudad el baldón mordiente, obsceno —ella lo adivina, lo pronuncia para sus adentros, sílaba tras sílaba—, que ya siempre será su verdadero nombre. Y estampar con todas las letras el apodo (sobrenombre, mote, alcuño), ahora que no hay censura».

Un buen argumento para un cuento, sí señor. Lo que servidor no hará nunca es decir esa palabra, mejor dejarla a la complicidad del hipócrita lector, mi semejante, mi hermano.

La enfermedad

Una mañana indiferente en que el ambulatorio despachaba la retahíla cansina de diarreas de niño y alguna vejiga de viejo y catarros banales que las devotas del seguro llaman andancio, una mañana de esas llegó un hombre joven con su volante y se puso a esperar en el banco alargado como de estación de autobuses.

Era delgado, bien parecido. No se le veía mala cara, si se descuenta el morado profundo de unas ojeras, nada a su edad, quizá la resaca del sábado. Al menos cualificado de los médicos del ambulatorio le correspondió el sobresalto disimulado de percibir un síntoma decisivo. A veces es una intuición. Mandó comprobar, analizar. «No es posible», secreteaban los médicos, «en un rincón del mundo como este». Pero el hombre tenía la enfermedad.

Se trataba de un muchacho del centro de la ciudad, hijo de familia y de costumbres

decentes. «Veamos la anamnesia», qué palabreja, y solo faltaba que lo interrogaran con una luz cegadora. «¿Las dolencias infantiles?», querían saber. «¿Y vacunas?» «¿Las amígdalas?» «¿Transfusiones de sangre, alguna transfusión de sangre?» Casi le dio vergüenza decir que era virgen. Tuvo como un arranque de protesta cuando le preguntaron, aunque fuera con muchos rodeos, si se había acostado con hombres, pero se quedó en la negativa y el rubor. Lo pusieron en «sin causa conocida», porque había que informar para el ordenador de datos. Solo las personas indispensables lo supieron y los médicos fueron como confesores, según los juramentos de su religión.

El segundo caso vino rápido y fue algo diferente. Una mujer casada de los arrabales, también de vida honesta. Las conjeturas fueron hacia el marido, que viajaba por provincias un muestrario de bisutería fina. Ella era una casada joven y fiel. El marido tenía fama de honradez en los tratos, pero no era imposible que se hubiera enredado con una camarera de hotel, la camarera solo se acostaría con el gerente, siempre suponiendo, el gerente del hotel salvo esa mínima veleidad se dedicaba por entero a su señora que por perdonable inclinación había caído con un castrense y este con una enfermera de confianza y la enfermera con un estudiante y el estudiante con su protector y nunca se puede saber. Los médicos tuvieron que hablar con el marido de la casadita de los arrabales y el hombre se dejó examinar y estaba muy sano. Pero no pudo aguantar lo de su mujer, cogió el muestrario y sus cosas y se marchó para siempre. Antes dijo que no le hubiera importado que su esposa se quedara coja, ciega, lo que fuera, pero él no podía sufrir que su esposa tuviera la enfermedad.

Al fin terminó sabiéndolo toda la ciudad, que había dos casos entre los miles de habitantes, y la gente se entregó a la higiene y a las religiones temerosas. Lo que no se sabía es cómo llegaron a relacionarse, después de aquellas novedades, el joven que no había conocido mujer y la señora que se había quedado sin marido. Se pusieron a vivir en casa de ella para allá del río y fue un alivio para la población porque así quedaba el puente por medio.

Pero acaso se han cansado de su lazareto. Ahora los amantes vienen al parque y a la plaza de las palomas y nos inquietan con su felicidad descuidada. Vienen algo pálidos y enlazados, se acarician, alguien los ha visto besarse tranquilamente en la boca como antes se acostumbraba, cuando el amor no estaba amenazado y era una pasión sin guantes.

La visión

¡La de veces que la Crónica General habrá sido leída sin reparar en el sentido premonitorio de unas palabras! Y cuántos eruditos frailes y seglares no habrán pasado con descuido sobre la jurada declaración de doña María de Toledo: «...Pero solo el Señor en su ciencia insondable sabe si todo aquello fue aviso suyo o flaqueza de los sentidos de esta alma indigna».

«Flaqueza de los sentidos», sería, casi siempre, el indolente dictamen.

Hasta ahora, trescientos años después del caso. Hizo falta que el aluvión de automóviles trajera la construcción de la autovía del Noroeste con sus trámites contenciosos y, al fin, el suceso trágico que quebrantó vidas, y también famas de los ingenieros de Caminos, Canales y Puertos...

A veces nos ha cuadrado evocar la escena de hace tres siglos:

—Como para una película histórica, en blanco y negro —dice uno de los tertuliantes. El discurrir lento de la tarde.

—Cosa de ver, una marquesita descolgándose de su cuarto por unas tiras hechas de sábanas.

Y otro contertulio, que los hay de diferente carácter:

—Como ahora, ¡polo carallo!, que cualquier mocosa tiene llave de casa y entra y sale cuando le peta.

Doña María era poco más que una adolescente, fresca y lozana, como escribían los cronistas bien hablados. La querían casar y ella no quería. Su padre el virrey buscaba emparentar con el duque de Braganza, presionaba desde su palacio de Italia o viniendo en persona al marquesado, prometía, rogaba a su hija en favor del duque. Naturalmente, no faltaron las amenazas. Luego, el traslado forzoso de la rebelde a la casi prisión inverniza de un castillo pensado para los veranos alegres.

Se santiguaría, lo primero; y empezó la aventura. El suelo helado se iba viendo cada vez más próximo en el descenso por las tiras de sábanas bordadas, seguramente bordadas y blasonadas, y a cada palmo arriesgado crecía la determinación de la moza. La noche de diciembre era de nieblas bajas. Hubo una doncella fiel, y luego, también, un paisano del contorno que trajo un farol y se prestó a acompañar a las dos mujeres hasta la ciudad tan próxima y tan separada. Por la calzada de la Reina, que ahora es ruta de tres carriles en cada sentido de la marcha.

La soledad, los lobos sospechados, las siniestras figuraciones de los castaños nada pudieron frente a la vocación de doña María de Toledo. Su retrato se ha salvado y no hay que ser devoto para reconocer un algo profético en su mirada. El caso es que los caminantes alcanzaron la otra ribera y llegaron a puerto. Resonarían sus pisadas por calles y callejas que hoy ya no existen, borradas por el progreso. La señorita iba impaciente, guiando más que siguiendo al hombre del farol. Al fin llegan al convento de las Lauras, donde era abadesa la tía de doña María, y es verdad que sería una buena escena de cine, o de teatro en verso, el portón abriéndose: la pronta alineación de las filas de la Comunidad con hachones y cruz alzada, y en la noche ya perdida para el sueño los latines de bienvenida a la novicia que llegaría a Fundadora.

«Hija mía, si no puedo impedir que seas monja, deja que tu padre te vea al menos

Fundadora de un Monasterio al que no faltarán encomiendas.»

«Sacrificios quisiera antes que encomiendas. Y de ser posible, padre mío, alguna reliquia de la Pasión de Jesús.»

Lo dice la Crónica General de la Orden, abundante de palabras con mayúscula. Y en el texto venerable, la declaración de la heredera del virrey, con un episodio que ahora alcanza todo su sentido: el del puente de la autovía sobre el río. Se dice pronto, en un abrir y cerrar de ojos el derrumbamiento nocturno que luego trajo por aquí a las televisiones y los informadores de todo el mundo.

«Venía esta sierva del Señor atenta contra los acechos del camino», el texto es más o menos así, «entre pesarosa y feliz, cuando alcanzamos el paraje de cruce que llaman el Peaje del Ciego. Si fuera día, y soleado, ya desde aquel punto se vislumbraría la ciudad con sus espadañas, la extensión en sombra del palacio donde nací y me bautizaron para Cristo, todo como al alcance de la mano pero alejado por la oposición del río. Y ahora, la temerosa aventura de cruzarlo en barca, supuesto que en noche tal se nos concediera hallar al barquero y que este tuviera la voluntad y el ánimo. Me detuve a oír la corriente oscura del agua, como si una voz escondida me lo ordenara. Fue un ansia de separarme de todos y de todo para dentro de mí misma alertarme, la sensación de que iba a recibir una noticia que solo a mí debía ser confiada. Mandé que me dejaran apartarme, no más que unos pasos, cuando la noche pareció aliarse con aquel amoroso designio, en modo que las nieblas empezaron a levantar. Así ante mis ojos apareció un puente como si recién lo hubieran tendido los ángeles, una vía anchurosa y segura, con barandillas y altos tirantes de hierro, todo alumbrado con brazos de luces muy blancas. Quedeme turbada de que la visión y la esperanza del paso se me ofreciesen a mí sola, a juzgar por la silenciosa espera de mis acompañantes. Por voluntad no se hubieran quitado mis ojos de tal maravilla, mas siempre la felicidad terrena viene acompañada de su contraria. La fábrica singular tembló y el universo mundo pareció crujir mientras el puente se desmoronaba como si estuviera hecho de la harina de nuestros hornos de pan. Con el puente desaparecieron las luces y el agua volvió a ser negrura y amenaza. Pero solo el Señor sabe si todo fue un aviso sobre tiempos futuros o flaqueza de los sentidos cuando no soberbia de esta alma indigna, que en este santo Monasterio declara a tal día de tal mes del año mil seiscientos tantos».

Cuento en la Escuela de Letras

«Queridos colegas» (se dirigió a los profesores), «señoras y señores alumnos» (pues a la Escuela o Taller de Letras acudimos los jubilados del cuerpo diplomático, señoras de Madrid con mucho tiempo libre, niñas céntricas que se han cansado de picotear en la decoración y los idiomas), «un cuento es una salida rápida para dar un golpe de mano y recuerden que en las primeras líneas hay que estar metidos en acción».

Era la figura invitada. Sabíamos que no daba lecciones convencionales y que sin apenas darnos cuenta le estaríamos oyendo una de sus fabulaciones del noroeste. Ni siquiera hizo una pausa:

«Ya no quedan viajeros de comercio con los que puedas hablar si sigues apegado al tren. Por eso me alegró coincidir con un fraile redentorista que era lo más parecido a un viajante. Llevaba un portafolios de plástico negro, como negro con brillos era el pantalón, y un grueso jersey gris y en el jersey un crucifijo discreto.

»El viaje podía hacerse largo. Hay que aprovechar estos encuentros, quizá ustedes no viajan en tren o en autobús de línea, es lástima, siempre puede caernos un relato aprovechable.

»El redentorista, o mercedario, mejor vamos a poner mercedario, debía de ser un "liberado" de su congregación, vivía rebajado de todo servicio que no fuera el de los sermones. Sacó del portafolios unas pastillas de chocolate, y se las comió a secas diciendo que no había desayunado.

»—Cuando uno es predicador y viaja —se confiaba el fraile—, da gusto llegar a un sitio donde tienes casa de orden. Suele ocurrir que los residentes de pie quieto no tengan mucho mundo, pero son acogedores con el hermano viajero. Servidor va ahora a una de esas casas, la mejor situada para los transbordos, que es en la comarca de Lemos y el clima ayuda al descanso. Y a los nervios, porque el ministerio de la palabra da mucho estrés.

»El mercedario terminó con el chocolate y ofreció pastillas juanola. De la garganta, que es la herramienta de predicador, de esto dijo que no podía quejarse. Pero la ansiedad esa era la penitencia del fraile:

» —¡Si no fuera por la ansiedad, este preocuparme de pequeñeces que yo mismo sé que son pequeñeces! El no olvidarme de los guiones para el púlpito, las gafas de repuesto pensando en una emergencia, el dudar de si he desenchufado la estufa eléctrica y volver setenta veces a comprobarlo. Yo no sé si usted sabe lo que es eso. He tenido que acudir a especialistas —bajó la voz el fraile—. A veces me ayudo con sedativos, pero mi alivio está más en el ejemplo de los grandes espíritus que se han librado de las cadenas y nos legaron su triunfo. No hay filósofo importante que no nos haya aconsejado sobre las preocupaciones. Empezando por el Divino Maestro: "El pan nuestro de cada día dánosle hoy". No el pan duro y atrasado, y tampoco el pan de mañana. Cada día su afán. Hay que saber vivir en compartimentos estancos. O lo de Carlyle: "Lo que interesa no es ver lo que se vislumbra vagamente a lo lejos sino lo que tenemos claramente a mano".

»No sé si les he dicho a ustedes (al maestro le gustaba fingir dudas) que era un fraile delgadísimo, hacía pensar en esos flacos que a escondidas comen compulsivamente. El fraile hizo unas muecas nerviosas y dijo como excusándose:

» –Los tics es mejor no encararlos de frente, mejor al sesgo y hasta con burla de uno mismo.

»El tren era un regional de vagones corridos, son sacrificios que convienen a un escritor de historias. Si el fraile callaba o bajaba la voz, se oían flecos de las conversaciones vecinas, embriones que se pierden pero que algunas veces prosperan en la cabeza del narrador.

»Hubo una parada en una estación pequeña o apeadero, en las paradas todo el mundo se calla como si fuera a ocurrir algo. No ocurrió nada. Cuando el fraile reanudó su plática, habló de Rudyard Kipling y de la conformidad de Milton con su ceguera, me chocaba que autores como esos los manejara un vulgar clérigo. Y total, para predicar novenas, la novena de Fátima en Pontevedra, pero ya faltaba poco para la estación donde el fraile iba a hacer su transbordo.

» –Me parece usted un señor tranquilo –me dijo preparando la despedida –, pero en esto de los nervios nunca se sabe. Todo lo que he dicho y han escrito esos grandes hombres está condensado en un vademécum que yo le aconsejo, y no es que lleve comisión en la venta.

»Abrió el portafolios, que de vez en cuando había palpado durante el viaje, y sacó un libro de portada comercial que me parece haber visto en la sección más trivial de las librerías, *Cómo librarse de las preocupaciones y ser feliz*. Una cosa así, de un autor de Misuri que no verán ustedes citado en ningún tratado de literatura. Estábamos llegando a Monforte, las fuentes del fraile se reducían a aquel recetario y la filosofía de segunda mano no me interesaba. Pero no me pesa el minuto que dediqué a las primeras líneas del libro».

El escritor invitado bebió agua y echó mano de unas notas. Quizá iba a hablarnos, por fin, de si es bueno empezar a contar con misterio como en las mejores piezas de Borges, o por el final con vueltas y revueltas a lo Benet, o *in medias res*, que le gustaba a Homero. Pero leyó:

«Hace treinta años yo era uno de los jóvenes más desgraciados de Nueva York. *Punto*. Me ganaba la vida vendiendo camiones. *Punto*. No sabía qué era lo que hacía andar a un camión. *Otro punto y seguido*. Y esto no era todo: tampoco quería saberlo. Despreciaba mi oficio. Despreciaba mi barata habitación amueblada de la calle Quincuagésimosexta Oeste, una habitación llena de cucarachas».

El famoso se levantó de la mesa de conferenciante en nuestra escuela de pago y resumió sus consejos: «Estudien a ese Dale Carnegie, no se puede entrar mejor y más rápido en una historia». Deletreó el nombre y fue a escribirlo en la pizarra para que no hubiera duda: DALE CARNEGIE.

Con lo cual, pasamos al cóctel.

La hueste

Avelina, qué caso. Estaba soñando ella que la llamaban para un vuelo a Tananarive y que no podía acudir a Barajas porque se le había perdido una lentilla, y es verdad que sonaba el teléfono.

Avelina tenía mal despertar, yo soy mala dormidora y estaba acostumbrada a sentirla desde la cama de al lado. Pero ella era cumplidora y atendió la llamada, y no era de la compañía de aviación. Dice que fue descolgar y reconocer esa voz de hombre acostumbrado al secreteo.

—¿Señorita Avelina Gutiérrez?

—Venga de ahí, señor Piñeiro.

—Para hoy a las ocho en Amistad Hispánica. No me falte, señorita Avelina, que viene un poeta que es ministro en una nación de allá. En el salón grande.

Me propuso que la acompañara. Ni siquiera Avelina, siendo tan pispá, podía sospechar que su vida fuera a cambiar en aquella tarde de mayo avanzado. Cuando todo Madrid parece estar en las calles y no hay manera de meter a la gente entre paredes cultas.

—¡Qué iba a figurarme una pasada así! —me lo decía tiempo después—. Hasta que llegaron los canapés, tú estabas delante, y empezó el personaje a insinuarse por lo romántico.

Y en la villa, cómo iban a imaginar en nuestra villa una Avelina Gutiérrez de Limón, y que un poeta como el doctor Limón fuera a actuar de mantenedor en las fiestas del Cristo. Protocolo, escoltas (fue un año extraordinario), televisión para que en su República vieran al ministro vía satélite. «¡Esta chica, Avelina!»

Avelina se había ido del pueblo para la capital de la provincia. Nada. Le quedaba pequeña. Vino a Madrid y se orientó rápida, mejor que yo, que llevaba meses con mi oposición. Y habrá que verla en París o en Nueva York, ahora que está divorciada del criollo.

—¿Se ha colocado bien la chica? —querían saber los vecinos cuando estaba en Madrid.

Y la madre de Avelina:

—Ella es emprendedora, seguro que no anda pidiendo por la calle.

Habían bajado de la montaña a vivir en nuestro pueblo, o sea, la villa. La madre, el padre, los abuelos de Avelina Gutiérrez, todos procedían de la Fornela, un valle de gente insumisa y dura, amigos de vivir a su aire. Se hubieran muerto de vergüenza, ¡firmar una nómina! Avelina en Madrid no tenía ningún empleo, solo una voluntad trabajadora pero libre.

La impresión que daba era anárquica, pero bien que llevaba sus cuentas. Abril. Retribución como guía suplente de turismo (más las propinas). Demostración perfumes en Galerías. Acompañamiento a un fallecido mientras llegan los herederos. Y lo de

Piñeiro, o sea, la hueste. Ya estaba. El mes.

Avelina estaba encantada en Madrid con las oportunidades del *free lance*, como ella decía. «Señoritas, si desean trabajar de artistas o del ambiente presentarse al encargado.» Probó, pero eso no era lo suyo. Lo de los vuelos era distinto. No le pagaban, pero viajaba por casi nada y traía cosas para colocar entre las amistades. Vuelos que de otro modo irían desairados, con cuatro pasajeros, y una compañía de aviación telefoneaba a los que estaban en una lista de voluntarios, que se presentara Avelina Gutiérrez zumbando si quería llegarse hasta Dakar o Brazzaville.

—A ti te convendría echarle morro a la vida —me decía para animarme. Y que yo era una antigua en vestirme y hasta en el habla.

—Eres un caso, Avelina, yo no soy aventurera y para mí lo primero es sacar la plaza.

Se acercaba la desbandada del verano. El mes iba algo flojo en la libreta de Avelina, y además, a Avelina no le gustaba despreciar ningún asunto. Compartíamos el apartamento y estaba terminando de arreglarse. Variaba de lentillas, por los colores. Desde luego tenía buen tipo, sobre todo las piernas. Me insistió mucho para que esa vez fuese con ella y nos ahorrábamos la cena.

A la hora (soleada, en mayo) de las convocatorias, de los conferenciantes y de los recitadores de poesías, Avelina se encontraba en su puesto, con la falda muy corta, en la primera fila de los asientos.

Yo me puse a su lado, hacía tiempo que no oía más retóricas que los temas del programa de las oposiciones.

El propio señor Piñeiro había acudido, mi amiga dijo que eso ocurría con los encargos muy especiales. Un poeta ministro. De los avisados por teléfono, ahora me sé bien la lección, algunos estaban ya en la sala. Los otros irían llegando poco a poco, a veces disimulando el conocimiento mutuo y otras veces al revés, saludándose con la confianza de las almas afines. Algunas ventanas estaban abiertas y dejaban entrar la invitación de la tarde reventona, pero la situación estaba controlada, una veintena de asistentes no llena un local pero salva el honor de los organizadores del acto. Piñeiro es un empresario honesto y con discreción aconseja a los clientes para que el presupuesto no se dispare. Una veintena, y tan naturales, que ni siquiera el conferenciante se percata. La señora gorda. El niño precoz que toma notas. La frívola y la que va de teresiana, el decoro del señor que lleva aparato de sordo. Algún jersey gris con asomo de camisa de metalúrgico, y piensas: un cura. El que hace como que duerme y también el que fijamente mira para el conferenciante y lo va aprobando con asentimientos de cabeza.

Esta comisión tocante a la cultura es lo único que heredé de Avelina, y ahora yo misma trabajo en la hueste. Te tratas con intelectuales, puede ser un académico de la Historia, los premios nacionales, las poetisas de la Agrupación de la Rioja. Y es verdad que con el bufé tienes resuelta la cena. Lo primero que se acaba es la tortilla, salvo que haya jamón. Cuando hay jamón y se ha corrido la voz, el salón puede llenarse de gente que viene espontáneamente y eso no le viene bien al negocio de Piñeiro.

La plazuela

A las sesiones del Ayuntamiento es raro que acuda la ciudadanía. Solo recuerdo haber visto lleno el salón (aunque casi toda era gente de mando) cuando vino Franco al milenario del monasterio, que al darle el bastón de alcalde honorario, servidor levantó acta como secretario que soy de la Corporación. Y ahora, veinte años después, lleno el salón hasta la bandera, esta vez por el dichoso asunto del ensanche.

—¡Hay que pensar en el carácter histórico de nuestra ciudad, no vamos a sacrificarlo a la presión insaciable de los automóviles! —decía un edil.

Y el edil contrario:

—¡Así nos luce el pelo, por encerrarnos de espaldas al progreso!

En los bancos del público, unos propietarios se sentían perjudicados mientras a otros les bailaban los ojillos de pensar en encontrarse de pronto con un negocio. Lo que podía causar sorpresa era ver con tanto interés a nuestro pintor expresionista y al campeón ciclista, dos convecinos con pleno derecho, por supuesto, pero que jamás han figurado en el catastro de la contribución urbana. Yo estaba a lo mío, pero huelo lo que se cuece en esta ciudad, aunque no se me reconozca el honor de cronista oficial... Yo sé por qué habían venido al Ayuntamiento los dos que digo. Llegaron vergonzantes, por separado, quizá observándose con recelo. Todo por la plazuela del Cruce.

El pintor ha tenido medallas en Madrid, también ganó concursos en Cartagena, La Coruña y hasta en el extranjero (Lisboa, Oporto). Pero una vez puso los ojos en París y decidió jugárselo todo a una sola carta, pintar el gran cuadro de su vida. Se encerró durante dos años en el estudio, que es la nave medio abandonada donde estuvieron las oficinas de la fábrica de cementos. Debió de hacer voto o promesa (pero no a un santo, porque es ateo) de no afeitarse hasta que viera terminada la obra magna. En plena etapa de su trabajo se dejó ver por una tronera de la nave al paso de la procesión del Corpus y causó una impresión casi devota (yo iba llevando una vara del palio). El cuadro enorme se llamaba *El naufragio* y daría la fama al autor, y de paso, a toda la ciudad. Con las olas del mar no sabemos cómo se arreglaría; para los tipos humanos llamó de modelos a personas humildes, luego pudo verse que la serrantina le había salido bordada en el papel de mujer que se desmelenaba mirando la desgracia marinera desde la costa. Todo el que quiso pudo ver el cuadro antes de su embarque en el camión, creo que pocos se quedarían sin hacerlo. En eso del embarque se vio la unión de un pueblo cuando un asunto lo conmueve. El que no podía ayudar, rezaba o miraba. Al pintor le había salido el cuadro demasiado grande, tenía que transportarse en el tráiler de un camión especial, de los que llevan un par de coches pequeños avisando por la carretera. Todo fue bien en el viaje, menos la lona. El drama imaginario de las barcas naufragando con sus hombres patéticos, ya cerca de la costa imposible, tuvo que sufrir la realidad de una lluvia que caló

la lona, desmereciendo el trabajo del artista. En París debieron de entenderlo y, si no la medalla, una mención honorífica vino para nuestra ciudad, que se siente honrada cada vez que se reconoce a un hijo suyo. Constó en acta (este secretario aportó la cita de que nuestro artista no había ido a luchar contra los elementos). Y que todos le deseábamos nuevos y definitivos triunfos, él sigue trabajando muy animado.

El campeón, no se le llama por otro nombre, cuenta con no menos simpatías en la población, no es extraño que estuviera en el ajo del ensanche, como parte interesada (disimulada). Son unas simpatías próximas a la conmiseración, y más en la primavera y el otoño, que es cuando se le ve más apurado con el enfisema. Duele ver al hombre tan gastado y hasta canijo, el mismo personaje que aireó el nombre de la ciudad cuando ganaba en todas las carreras ciclistas de estas provincias del noroeste. Incluso el triunfo internacional, en la Vuelta a Portugal, donde quedó número uno y fue cuando aquí se le hizo Hijo Predilecto. Lo merece, siempre se esforzó por darle honra a su pueblo. Todavía vienen forasteros que preguntan por él, les indicamos el bar que regenta el campeón y allí está el hombre rodeado de recuerdos y copas y medallas, de primeras planas de periódicos de la región protegidas por un cristal, aunque algo se van borrando las letras titulares y las fotos. Es verdad que le gusta salir en las crónicas retrospectivas y en la radio, él mismo llama por teléfono a las tertulias de la radio para que lo reconozcan y aireen sus viejos triunfos, si cuadra va al Ayuntamiento por cualquier asunto de arbitrios y levanta la voz con eso de que es el campeón. Pero el enfisema. Esa angustia de verle que se queda sin fuelle. Dice el médico que este hombre se sostiene gracias a la vanidad, que un poco de vanidad puede salvar a un hombre.

El pintor y el as de la bicicleta, ya digo, estaban en la sesión del pleno, a ver en qué queda la plazuela del Cruce. Yo sé que la plazuela es la secreta esperanza de los dos personajes. Un rincón que en realidad no tiene nombre, porque el Cruce es mera referencia a la intersección de la calle del Coronel Sandín con la costanilla del Obispo Quiñones. Es una plaza mínima y abrigada, y está pidiendo que la bauticen de verdad a ver si esta vez no se va para militares o prelados, que tienen copado el callejero. Pero también es una lata, tener dos figuras civiles en la ciudad y una sola plaza vacante, eso si no desaparece con el ensanche.

Coleccionistas de historias

Ben-Tovit fue un comerciante de Jerusalén al que le dolían de verdad las muelas, o al menos le dolían en un cuento de Leónidas Andreiev. Era absorbente aquel fuego o puñal o berbiquí que desde la boca del torturado barrenaba hacia su cabeza. Un suceso –para el señor Tovit– sin igual en la historia de la humanidad.

Se comprende la indiferencia del pobre judío hacia todo lo que no fuese su problema. Su mujer y sus hijos le hablaban de un tal Jesús Nazareno, que justo en aquella mañana tumultuosa pasaba por delante de la casa del comerciante, en compañía de otros condenados, camino del suplicio.

Naderías, para un hombre embebido en semejante dolor de muelas.

Este caso de Ben-Tovit se lo aplicaba a sí mismo don Amadeo. Por analogía. La guerra civil pilló al entonces joven Amadeo recluido en la vieja casa familiar, era el momento caliente de sus oposiciones a notarías, precisamente cuando preparaba el tema del censo enfiteutico. Aspiraba a sacar un buen número en la oposición y los temas los trituraba, los agotaba, y eran como cerezas en el cesto, que una teoría tiraba de otra. Pero ninguno se le había atravesado como este del censo enfiteutico con sus tanteos y retractos y laudemios. Una obsesión que a don Amadeo joven no le dejaba dormir, ni ocuparse en nada que no fuese *su flemón*, como si dijéramos. De manera que desde el cuarto de estudio oyó una tarde de julio estampidos y gente que escandalizaba por debajo de su balcón, y lo atribuyó a la animación del verano. Alguna noticia de militares le trajo la mujer que cuidaba la casa y él pensó que habladurías del pueblo. El estudioso no bajaba a la calle, ni siquiera por el periódico. De milagro se salvó de que lo juzgaran por prófugo. En la Recluta creyeron que se burlaba, a ver cómo era posible ignorar que lo que había pasado por delante de su balcón era un cambio en la historia de España. O sea, parecido a lo del personaje de Andreiev, concentrado en lo suyo y estaba empezando una nueva era.

Esta ciudad nuestra la fundaron los peregrinos, que contaban sucedidos, y nos ha quedado este gusto, no es raro que para las cosas diarias nos refiramos a cuentos famosos. Sin salirnos de don Amadeo: don Amadeo se murió soltero, y el haberse echado para atrás en el momento mismo de la boda, lo explicaba, *mutatis mutandis*, por *El encaje roto* de doña Emilia Pardo Bazán, y es que le había pillado a la novia una mirada, nada más que un relámpago, y el novio vestido de chaqué comprendió lo que puede esconderse en el pecho de una mujer y que ella se casaba por conveniencia.

Al llegarle la edad, don Amadeo podía haberse ido a la mejor residencia de la nación, con sus buenas rentas, y además, el montepío que tendrán los notarios. Pero hasta el final prefirió ser uno más entre nosotros, con casa abierta y sus libros y el intercambio de historias que nos traemos.

Todavía lo estoy viendo en la ambulancia, que a mí me tocó acompañarlo en el viaje último, a ver si llegábamos a tiempo de que le sacaran el hueso de pollo que se le había atravesado en la tragadera. Seguro que también a don Amadeo le vino a la cabeza en aquel trance el conocidísimo cuento de Maupassant, que es el mismo accidente penoso y cuadraba como anillo al dedo. Pero a mí no me pareció oportuno traerlo a colación, en tales momentos, por lo trágicamente que termina.

El señor de los viernes

Como un aparecido. Apareció en la discoteca y era casualmente aquel 18 de noviembre, una fecha que aquí nadie quiere recordar. Y yo, porque soy un sentimental, todavía no sé si valgo para este empleo de los fines de semana.

El derecho de admisión estaba en un letrero, pero no hay costumbre de aplicárselo a nadie.

—¿Sabéis si anda de visitas algún inspector? —telefoneó nuestro patrón a un colega de una ciudad vecina, que en este gremio hay mucho compañerismo.

—Será un tipo que ya nos cayó por aquí, y otro viernes en el Puerto —al oír el colega las señas del individuo.

Cuando lo vimos, ya había cogido para él solo una mesa de las mejores, y no acertábamos con la manera de decirle algo. Por ejemplo: que a un hombre así, con sus treinta o cuarenta años, le vendría mejor el café de artistas que sigue en los bajos del cine, incluso los bares de la plaza, que cierran tarde. Un señor con traje completo de paño oscuro con rayas blancas, más extraño que si fuera un marciano, ¡en un establecimiento como el nuestro!

Con las menos palabras pidió agua mineral muy fresca. El patrón avisó que cuidado, el vaso bien limpio y el tapón a la vista del cliente. Apuesto a que también pensó el jefe en los seguros y el papeleo y eso tan serio que son las salidas de emergencia. Luego resultó que el cliente se portaba normal y el problema lo podíamos tener con el público, el aforo estaba a tope y es muy suya esta gente del viernes.

Yo atiendo la barra y las mesas y huelo cómo se cuece la noche. Algunos, a ver de qué iba aquel carroza. A ver la razón de entrometerse el individuo en un sitio así y quedarse sentado y como una estatua de muerto en medio del jaleo, a mirar, nada más que a mirar. Clavado en su asiento tapizado, con ojos que solo se le podían suponer detrás de los cristales muy ahumados o negros.

Estas niñas ya no llaman por mamá, pero el fantasmón las tenía nerviosas. A los chicos que vienen con el furor de la semana rugiendo en las Hondas y las Yamahas desde todos los puntos de la cuenca les daba rabia, estaba cantado que se iba a tramar un buen escarmiento. El ambiente y las consumiciones, el río al lado al que ya tiraron a más de uno, esas bromas de mozos, que gustan mucho para contarlas en el tajo o en los corros de los parados.

El intruso, como si dijéramos, no se metía con nadie. Repetía con agua fría, fríísima, y que le dejara al lado una jarra llena de hielo. Hablaba bajo y profundo, en una discoteca, y eso despista a cualquiera. Y el olor que traía tan raro.

Uno de los bailones más broncos se encargó de la provocación. Era muy joven y ya era picador, de los que trabajan bajo tierra y la noche del viernes aparecen con la cartera

bien llena, sin una mota de la antracita, el pelo suavizado por el champú más caro.

Se acercó a la mesa del que miraba.

—¿Me da usted lumbré, caballero?

El del traje oscuro le prestó su encendedor, que parecía de oro. El mecanismo falló a la primera vez y el minero se puso gallito:

—Le voy a despejar a usted la chatarra, *caballero*.

Tiró el encendedor, que es una manera jodida de ofender a un hombre.

Uno tiene la costumbre y aunque zumben los decibelios te enteras de que va a pasar algo. El patrón no las tenía todas consigo y miraba para el teléfono, por si había que llamar al cuartelillo. Pero el hombre aquel no respondió a la ofensa. Se le vio una sonrisa mala pero tranquila, y eran unos dientes también de oro. Chasqueó los dedos en el aire y el encendedor volvió a su mano, sin que él mismo se hubiera levantado a recogerlo. Tocó donde había que tocar y una llama saltó larga y muy viva, que no se parecía a ningún otro fuego.

—A ningún otro fuego del mundo, ¡por estas! —y el minero era hombre de tralla—, eso es lo que me dejó frío y sin saber qué hacer.

Eso, y las manos. Es verdad que tenía las manos afiladas como ganchos, casi como las que le pusieron a un barrenista que lo dejó manco el grisú. Se habló de que el forastero sería un prestidigitador, o un aficionado al que se le daban bien esos trucos. Se habló algo y de repente se olvidó todo porque estas tribus de los viernes viven y bailan y llegan y se marchan a una velocidad endiablada, no importa que trabajes en el ramo porque siempre te dejás contagiar por la calentura, la prepotencia de ellos y el revuelo de faldas y braguitas reflectantes de esas criaturas que cada vez nos vienen más jóvenes, no sé adónde vamos a llegar, y los divanes, los rincones hasta en los aseos, las probaturas con alguna hierba no muy fuerte pero que es dinamita si la mezclas con aspirina y cerveza, cada viernes más tiernecitas, Lucy, Monse, Patricia, tíos, que de aquí adónde nos abrimos para rematar la pasada.

A todos se les había borrado el personaje menos a mí, que todavía le estoy viendo la cara algo verdosa como de estar del hígado, aunque con estas luces nunca se sabe. Se esfumó sin pagar la cuenta, pero mejor el pufo de unos *tickets* y que no vuelva a aparecer por el sitio.

Así fue, sí señor. Cuando íbamos a echar el cierre y las pandillas se concertaban para la locura de los coches y las motos, aquel 18 que ya era 19 de noviembre. Justo la noche más negra que hubo en esa carretera del pantano, pero de esas desgracias nadie quiere acordarse porque a este rollo hay que seguir dándole marcha y venga y venga.

El hombre de acción

Siempre que me cuelo en la sala de estar el niño se pone a husmear arriba y abajo: «Huele a una cosa quemada».

¡Una cosa quemada!

Pero no está mal que Leonardín tenga buen olfato, en una casa de crianza de vinos; y además es el hijo de mi hija. Los hijos de mis hijas nietos míos son, los de mis hijos lo son o no lo son.

El médico de la Cooperativa decía que muchos padres deseamos a nuestras hijas sin darnos cuenta, será bestia. No es verdad que yo le espantase los novios a Esmeralda. Fue ella la que anduvo este quiero este no quiero, ella la que decidió casarse con Leonardo. Yo era un hombre de acción y hubiera preferido un enólogo, un asesor fiscal, por lo menos un buen contable. Pues toma yerno filósofo.

–Tienes que cultivar el sentido práctico, Leonardo.

–La buena práctica sale de un correcto planteamiento teórico.

–Algún día faltaré yo, deberías acostumbrarte a actuar.

–Lo tendré en cuenta, don Paco –siempre me ha tratado de usted–. Pero mire lo que decía Zoroastro: «Si dudas, calla; si no sabes qué camino tomar, lo mejor es estarte quieto».

En los negocios hace falta alguien que trabaje de ojo. Eso lo hacía bien Leonardo, que había sido seminarista. Vigilaba con honradez. Cumplía con la rutina, pero no había Dios que le hiciera mojarse.

Llegó a planteármelo sin rodeos:

–De verdad, don Paco, yo no soy ambicioso, si hubiese seguido por el otro camino –no decía la vocación– me hubiera conformado con el ministerio en un pueblo, aquí me basta y me sobra con esta seguridad, una casa en paz; y mi mujer –¡el tío!

De enólogos era de lo que peor andábamos. Todos los que están en el vino saben que un buen enólogo es una joya y que cuesta guardarla de la codicia de los colegas hipócritas. Los enólogos, no hay gente más caprichosa. Que no se resfríe el enólogo. Que no tenga un disgusto con la parienta. A veces íbamos a espiar a La Rioja. O a sonsacar a los del Priorato, los catalanes tienen de bueno que son claros a la hora de hablar de pesetas. Pero siempre nos guardábamos un respeto, el de que todos somos españoles.

–Está Francia –se lanzó un día Leonardo. Pero se arrepintió corriendo–: Es un decir, yo no sé, yo no aseguro que sea eso lo que conviene.

La idea no era mala. Leonardo lee *Le Monde*. Sin pensarlo más decidí hacer el viaje y que el yerno viniese conmigo. Todo eran razones a favor. Que Leonardo se fuese haciendo a la idea de que un día me sucedería en la empresa. Que me ayudara a entenderme con los franceses. Y también, para qué negarlo, que dejara descansar unos

días y unas noches a su mujer. A Esmeraldina se la veía satisfecha pero desmejorada. Era legal, pero chocaba ese encoñamiento en un hombre tan pasivo para todo. Y además medio cura.

Podíamos haber escogido Burdeos. A Burdeos había ido el bisabuelo Francisco a estudiar el sulfatado contra el mildiu, y de paso se trajo el estilo de vino sauternes. O la región del Beaujolais. Pero yo tenía mi obsesión, desde chico. Tenían que ser unos buenos criadores los que hacían el vino para los papas. Ni reyes, ni nada. El vino de los papas. Châteauneuf-du-Pape era nuestro destino cantado. Nos alojamos en Aviñón, buscamos un restaurante para la cena.

—¿Qué han elegido los señores? —cuando nos habíamos perdido en la carta de cuero repujado con letras de oro.

Leonardo se había encargado de la comanda, pero el maître no conseguía que arrancase.

—Tráiganos usted cualquier cosa.

—Cualquier cosa... —esto les fastidia a los maîtres—. Tenemos un excelente civet de liebre, el pato a la naranja. O quizá prefieran la langosta Thermidor.

—Bueno, está bien eso de liebre —solo porque se lo había dicho en primer lugar.

—¿Y unas ostras para empezar?

—Lo que a usted le parezca mejor.

Los vinos los decidí yo. No es verdad que al igual que los confiteros aborrecen los dulces, los cosecheros seamos malos bebedores. El vino amarillo del Franco Condado se masticaba, funcionaba bien con las ostras jugosas. Pero el tinto. ¡El tinto de Châteauneuf! Lo sentía caliente en mi lengua viva, en aquel paladar todavía mortal, y era ver las viñas en pedregales que por la noche devuelven a la planta el calor del sol de agosto, las uvas garnachas y las que ponen el vino del color de la púrpura, todo el proceso, hasta alcanzar este aroma de apoteosis...

Yo estaba deseando tentar a algunos diplomados del Vaucluse que traíamos en cartera, ansioso de regresar a casa con un buen fichaje, bien ajeno a lo que me esperaba... Salimos de cenar y la noche provenzal era misteriosa. El aire que venía del río se nos metía en los huesos.

—En Aviñón —decía Leonardo— parece sentirse el ir y venir de cardenales y legados, ¡la de obispos que habrán cabalgado por estas calles espectrales! —pero qué sabe Leonardo, qué sabía yo, ¡entonces!, de los fantasmas...

Una calleja a la izquierda tiraba para el palacio enorme que se montó el papa (Benito, Clemente, un nombre así), y por el lado de la derecha se iba al puente famoso. Seguimos todo recto. Yo me dejaba guiar por el intelectual de la familia. El no cambiar de rumbo nos estaba devolviendo ciertamente al hotel. Por santa que sea Aviñón, seguro que en la ciudad hay sitios donde puedan expansionarse un viudo y un casado en buena edad.

Le tiré de la lengua al yerno.

—Aquí las once de la noche es muy tarde —se escurrió Leonardo—, fíjese usted que todo son puertas cerradas. En aquellos tiempos sería otro cantar, el Petrarca acusaba que en Aviñón había mucha golfería.

—Te lo dije por decir —acabé—, tú tienes mujer y tu casa para solventar el asunto.

Nos dieron a cada uno nuestra llave. En casa no andamos con rendibús, pero en Francia se le pegan a uno los cumplidos y a lo mejor nos dimos las buenas noches.

Leonardo en una dirección, yo en la dirección contraria, nos perdimos por las vueltas y revueltas del pasillo alfombrado de La Gloire des Papes. En nuestra familia siempre se ha dicho que alojarse en un hotel de prestigio es como la etiqueta de las botellas, con medallas en Zaragoza, en la Exposición Universal de Barcelona. A saber cómo habrá quedado el lugar. Yo estaba soñando con campanas y mujeres azotadas por frailes, ¡qué sueños tenía la carne!, cuando me despertaron timbres, voces y en la nariz ese tufo que se pega al alma y ahora lo voy arrastrando por la eternidad. Lo mío era la acción, me lancé a buscar las escaleras sin pararme a leer las instrucciones de la Dirección, que en caso de incendio es mejor quedarse en el cuarto y esperar...

Ahora ando regresado por la casa sin que puedan verme ni oírme, harto de que al niño le dé por decir que huele a cosa quemada, de que una hija no sepa intuir el alma en pena de su padre. Y el yerno a su aire, la bodega parece que marcha.

El revisor parado

Esta ciudad de Poniente, por si fueran rarezas lo que usted busca, le advierto que es de lo más normal. Cuenta con todos los elementos de una población corriente, cómo no iba a tener su plaza cumplida para juntarse los parados. Para juntarnos los parados, puedo decirlo desde hace más o menos treinta meses.

Los hombres damos vueltas alrededor de la fuente de surtidores. Nos sentamos en los bancos que han puesto, orientables según convenga sol o sombra. También puedes hacer punto inglés o punto elástico o de arroz, la asistenta social reparte revistas de labores, pero nunca pude aprender el juego de los dedos para enganchar la hebra. Menos mal que están los libros, una vieja felicidad, aunque ahora la vea enturbiada por lo de ese desdichado, el revisor de los ferrocarriles de vía estrecha.

Era un buen tipo, acaso le guste a usted saber el caso verídico de un parado de bien.

—Tiene suerte con los libros, compañero —me había dicho el ferroviario cesante—, envidia me da verle tan a su aire, como si todo el mundo le sobrara mientras está en la lectura. Y que lo mismo pueda leer cuando pasea que cuando está sentado.

Le presté el que acababa de despachar, sin ninguna precaución lo puse en su mano inocente, por qué hubiera debido pensar que con un libro hay que entregar las advertencias para su uso.

Era una serie de narraciones y en la primera de ellas se fingía la venida al mundo de aquel famoso Cagliostro. «Hacia el año 1742 vivía en Palermo, no lejos del barrio del puerto, un zapatero que no había nacido en esa ciudad, sino que había emigrado y sus vecinos le llamaban el genovés», comienza la fábula; más de una vez he recordado aquellas páginas a raíz de la cola que trajeron. El genovés se casa con una criada de cura de aldea que bajaba a vender los huevos. Un hombre trabajador y piadoso, «el genovés», Pedro Balsamo; pero con un pasado oculto de delito de sangre, y unos malvados lo chantajea. Cuando no puede más y se lo confiesa a su mujer, la mujer le corresponde con que también ella guarda un secreto, había estado profesa en un convento. Van a tener un hijo y un hombre de sabiduría le descubre al zapatero que el Anticristo nacerá precisamente de un criminal fugitivo y de una monja renegada, y nacerá en Nochebuena. La señora de Balsamo da a luz un varón el 24 de diciembre de 1743 y el zapatero fanático empieza a maquinarse la muerte de la criatura para salvar a la Iglesia y a la verdadera fe. Pero es él quien muere, el niño se salva y cuando medra quiere cambiar de nombre y se pone Josef Cagliostro. Y rodando el tiempo, conde de Cagliostro.

—Es formidable —dijo el revisor parado, que aún no había aprendido la variedad de adjetivos que trae el diccionario.

Se había creído el revisor que la narración era cierta desde la primera palabra a la última. La leyó varias veces, y ni enterarse quiso del resto de la colección de relatos. Parecía deslumbrado, entusiasmado. Le dije que el libro que le había prestado, y que él manejaba con un forro de papel cuidadoso, era producto de la imaginación de quien lo había escrito, y que no podía tomarse tan al pie de la letra.

—O sea que, según usted, no hubo en el mundo un nacido que se llamara el conde de Cagliostro.

—Haber lo hubo, eso viene en la Historia.

—Y Palermo, ¿existe? —me pedía como desafiando.

—Sí, en Sicilia.

—O sea que Palermo viene en las guías de ferrocarriles. En el siglo aquel... el que sea, ¿es verdad o es mentira que un zapatero vendía en su tienda cerraduras, argollas de hierro, cañas y anzuelos para pescar, campanillas para llamar en las puertas?

—Es posible, por entonces el comercio sería menos especializado.

—Si es posible, por qué no va a ser verdadero. Usted me dirá qué iba a ganar ese señor, el autor, mintiendo en una cosa tan tonta.

Bueno, en este pueblo puedes discutir de cualquier pequeñez en los días interminables. Beatas, líos de faldas, asuntos de concejales. Los días se suceden unos a otros; la plaza tiene soportales para el tiempo lluvioso; algunos compañeros de la espera van dejando de ser parados, asumidos por la jubilación prematura o la muerte. Al revisor confiado le dije que debería leer novelas grandes para entender lo que yo estaba queriendo decirle. Me sorprendió que no aceptara, porque no tenía sentido meterse en más personajes y en

otras vidas, es lo que dijo, sin antes acabar con todo el tomate que había en lo del hijo del zapatero de Palermo.

—Me gustaría saber más cosas del Anticristo —declaró, con una determinación excesiva.

—El Anticristo —le dije— es un enemigo de la religión, lo anunciaron los profetas y vendrá poco antes del fin del mundo y el juicio final, creo que eso está en el Evangelio de san Juan o en el Apocalipsis.

Me escuchaba con atención.

—Pero acaso sea una metáfora —se me ocurrió—, una manera de referirse a algo que sea contrario a la humanidad, también se le ha llamado el Anticristo a Hitler.

Los ojos los tenía como místicos y de fiebre. Me miraba con admiración, pero se enfrió cuando no supe alargar mis informes. De chicos subíamos en el pequeño tren sin billete y nos deslizábamos de vagón en vagón para no pagar, pero a estas alturas yo no iba a engañar al revisor, un compañero cesante, y sin confesar del todo mi ignorancia lo cogí del brazo, camino de lo que iba a ser su destino.

Un destino aciago. Se lo preguntará usted, cómo una biblioteca pública puede merecer este juicio. Al cargo de aquellas estanterías no muy llenas estaba una muchacha indecisa, contratada por horas, porque al titular lo habían despedido por falta de presupuesto. Tampoco necesitábamos un especialista. Llevé al revisor al Espasa, miré los lomos y cogí el tomo que correspondía. Nos sentamos a la mesa alargada. Los dos solos. La situación debería ser trivial. Lo sería si no fuera la inquietud de mi acompañante, una avidez que se traslucía en la cara y los movimientos. Abrí el volumen por cualquier parte, como una baraja a la que se da un solo corte, y salió justo la página que buscábamos. Esto me tiene pasado otras veces, les pasa cientos de veces a los que manejan diccionarios. Dijo el revisor:

—Lo que está escrito, escrito está —y yo lo entendí como una frase sobre la letra impresa, uno de esos dichos.

Lo dejé allí de lector, con sus gafas de vista cansada y el aire animoso y dispuesto, y ni siquiera se volvió para corresponder al hasta luego con que tomé el camino de la puerta. Cuando volví a verlo, y esto tardó días, semanas, fue en la calle en un encuentro fugaz. Él llevaba una cartera algo impropia porque parecía de uso escolar, llevaba prisa y se despidió con unas palabras huidizas, camino siempre del lugar que yo le había enseñado.

A mí no me gustan las bibliotecas, salvo para retirar y devolver los libros de préstamo, y hace tiempo que prefiero la relectura de los que tengo en casa. Había olvidado el asunto, pero pensé en aquella primera tutela mía sobre el revisor y me dejé caer por la biblioteca pública, simulando un vistazo a la mesa de las revistas, que poco más exhibe que las memorias anuales de los bancos. El hombre estaba embebido, y al alcance de su mano había no uno sino varios tomos de la enciclopedia universal. No levantaba la cabeza más que para ir de uno a otro de los tomos. Iba a ser la hora del cierre y salimos juntos.

—Le invito, revisor, en la bodega de María de Sanabria han puesto el vino nuevo.

¡Qué absurdo tener que decírselo con sigilo! Marchamos por las gastadas calles antiguas, apartándonos de la plaza y de los autos, a buscar el rincón que todavía resiste

frente a la normativa de las botellas comunitarias y precintadas; todos sabemos que la señora María es el último reducto.

Yo sabía, también, que era hacer historia o literatura el pedir que nos trajeran un cuartillo de clarete y algo de escabeche con unos cascós de cebolla.

—Hablan de que se acaba el dinero para los subsidios —pero el revisor no lo dijo afectado—. Que nos darán unos vales para el comedor de auxilio social, ahora lo llaman de otra manera. A mí no me importa mucho, pero me gustaría que con la sopa no nos faltara el jarrito.

Si les preguntas a los muy jóvenes, no tienen idea de lo que es un cuartillo. Es la cuarta parte de la azumbre, otra medida de las que se empleaban para el vino y los áridos, pero ellos tampoco saben lo que son los áridos o la azumbre. Nosotros, y también la señora María de Sanabria, sabíamos que el cuartillo es la ración exacta para que dos hombres empiecen a vivir la tarde mano a mano, se den la paz como en la misa y se abran la chaqueta y a veces un poco la camisa, por la parte del corazón. Así se lo dije al revisor parado, estas situaciones me ponen romántico.

—Da gusto oír a la gente que se expresa como un libro —me felicitaba—. Este vino tiene la propiedad de que al sentirlo en el paladar se te abre la espita de los recuerdos. Nuestro ferrocarril secundario, o tren hullero, o transiberiano, que de todas esas maneras lo llaman, tardó en electrificarse y dejar el carbón. Hace cuatro días, como quien dice.

Algo deben de tener las tabernas verdaderas, no esos establecimientos recientes donde los decoradores imitan las piedras húmedas y la madera de los viejos toneles. A mi invitado se le soltaba la lengua:

—En el tren en marcha, el fogonero era el que más bebía; debe de ser muy secante el trabajar varias horas junto a la caldera, cebando con la pala a la locomotora, que nunca parecía satisfecha. El maquinista venía después, en el orden del beber. Le daba menos a la botella, pero le daba. Yo fui el revisor más joven de la Compañía. El revisor o interventor, como usted quiera decirlo, era el que tenía que abstenerse y que andar más despierto, sobre todo en tiempos, cuando pasar de un compartimiento a otro lo hacíamos por la puerta de fuera del vagón, menos mal que no eran velocidades. Bajando de regreso, con el puerto ya quitado de en medio, había como una consideración, confianzas yo no diría, y uno aceptaba la invitación de los viajeros que ofrecían de su vino y de las meriendas. Era la alegría de haber hecho bien el trabajo y mirabas el paisaje deleitoso, yo notaba como una plenitud en el pecho pero no sabía explicarlo con palabras... Ahora, al saborear el atún con un traguito, he sentido el olor del valle por Laciana y una moza del Sil se me representó, era guapa y la familia no le había dirigido la palabra en todo el viaje porque el niño que llevaba en la barriga iba a ser hijo de soltera.

—Ahí sí hay una buena historia. Y además, es una historia *cierta* —le pinché, para tantear cómo iba lo de marras.

Esta vez se tomó su tiempo. Rechazó el cigarro que le ofrecí; se limpió un par de uñas con un palillo de dientes. Cuando habló, no pareció que reconociese mi mérito de iniciador; más bien se le advertía la satisfacción de volar por su propia cuenta. Yo le había proporcionado, esto sí lo dijo, la base. José Balsamo había nacido en Palermo;

pero cómo podría un lector conformarse con ese dato y no profundizar en Palermo; menos mal que, con la enciclopedia copiosa, todo estaba al alcance de la mano: Palermo, ciudad de Sicilia, Italia, capital de la provincia de su nombre, dos puertos, universidad, hermosos monumentos e iglesias. Y los viajes del personaje enigmático: Grecia, Egipto, Turquía, cada cosa traía sus derivaciones y no digamos cuando el estafador o médico o descubridor de elixires o emisario del profeta Elías pasa a Curlandia, ¡quién ha oído hablar de Curlandia! En 1785 encerraron al conde en París. Pero ¿quién mandaba en Francia en el año 1785? También había que enterarse de la Orden de Malta, de la piedra filosofal, de la masonería egipcia, era como sacar cerezas del cesto.

—Lo que ahora mismo me ocupa —dijo, y ya se nos había hecho tarde— es si cualquier otro personaje aparecerá como el Anticristo, estoy leyendo en la M las promesas de María, la Virgen, si ella tendrá fuerza para vencerlo.

No me gustan las pausas si se está contando un sucedido, pero quiero que se advierta el tiempo que pasó. Fue un tiempo de inquietud por si se acaba el dinero en las ventanillas del Estado; y el vino, que andaba de precio por las nubes; y el reuma; se comprende que no me acordase de mi amigo, el lector obstinado del Espasa de setenta tomos.

Del sistema, lo que mejor funciona es el servicio de los psicólogos. El día que me tocaba fui a pasar la revisión periódica. Nada, algunas manías de parado, para casa a la vida higiénica y a dar muchas vueltas en la plaza. Al revisor lo tenían aparte para mandarlo al sanatorio central. Me saludó con alegría.

—¡Le puede!, ya está claro que *ella* le puede a cualquier enemigo que venga, muchas hermenéuticas me ha costado.

Era un hombre de lo más pacífico, tierno; me fijé como no me había fijado nunca en las arrugas de su cara y eran surcos de una carbonilla muy fina, una cara laboral que despachaba honradez y sentido común. Hubiera besado esa cara. También ocurre que me sentía contrito, como si yo tuviera responsabilidad en el caso. Conseguí acercarme a la psicóloga jefe y me dijo que podía ser grave, eso de que al revisor en paro se le apareciese la Virgen.

—¿Y qué advocación era? —pregunté a la experta, con lo poco que importaba el detalle.

—Eso no lo deduje, el paciente dice que trigueñita de cara, con el pelo no muy largo y trigueño, la Virgen llevaba una blusa y falda plisada por media pierna, comprenderá que puede ser grave. Los zapatos de medio tacón, pero las medias no supo decirlo, de color natural serían.

No lo he vuelto a encontrar, al revisor del ferrocarril de vía estrecha. Él no había caído en la vulgar obsesión de ver a María con la tez blanca y el improbable manto azul celeste, ninguna corona de estrellas. Esto me tiene caviloso y hasta pienso si no se estarán equivocando con aquel hombre.

Don Eloy deje salir a Dorita o me mato

Don Eloy había venido destinado de juez, él sabría de leyes pero cada pueblo tiene sus cosas, y este pueblo más, no es la primera vez que llega un juez nuevo y me consulta a mí que soy el secretario.

—Qué puede decirme usted, secretario, de esa historia que parece una chiquillada.

¡Chiquillada! DON ELOY DEJE SALIR A DORITA O ME MATO. Todos sabíamos quién había hecho la pintada en la tapia frente a la galería de la casa de Su Señoría, ese pollo tiene años de sobra y nada de cosas de niños. Eran letras de palo mayúsculas que malamente servirían para prueba pericial caligráfica, pero el estilo denunciaba al autor, esta gente de las Bodegas son genio y figura hasta la sepultura.

Los de las Bodegas del Palacio siempre fueron pretendientes obstinados —informar era mi deber—. Por ejemplo, el tío de este elemento de ahora no se mató, pero arruinó la carrera del que quería para suegro. Era director de la Banda Municipal el padre de la chica y no la dejaba ir a las verbenas para que no se le estragase el oído con los bailables. El pretendiente contrariado iba a los conciertos selectos de la Banda Municipal, se colocaba frente a los músicos de viento y mordía limones poniendo la cara agria, con lo que al trombón de varas y al trompeta se les llenaba la boca de saliva, de la trompeta tengo yo alguna experiencia, y peor el del clarinete, que tenía que dejar de tocar y marcharse. Terminaron poniendo un guardia para que el saboteador no se acercase. Entonces el de las Bodegas pasó a rondar la casa de la chica y en el silencio de la noche silbaba *El sitio de Zaragoza*, una vez, dos veces, cien veces, que tenía el fuelle incansable. Al cabo del tiempo, el director ya no podía dirigir otra cosa más que *El sitio de Zaragoza*, y una pieza por buena que sea no basta para repertorio de una banda.

Y lo mismo uno de los gemelos, que ahí está para contarlo. Era aficionado a jugar a los trenes eléctricos y cortejaba a la chica más rica de Parandones, la heredera de las viñas de media provincia. A esta la dejaban salir hasta un poco antes de anochecer, y sin alejarse más de un kilómetro de la casa. El pretendiente y ella soñaban con viajes. Por Parandones pasa un ramal de la vía, que en total suma nueve kilómetros; por él solo circulan pequeños trenes de mercancías, y siempre diurnos. El loco este de las Bodegas sabía mucho de códigos, banderines de señales y la catenaria. «Tú estate despierta esta noche», le dijo aquella vez a la heredera de Parandones. Nadie sabe qué compinches tuvo en Toral el aficionado a los caminos de hierro, allí en Toral está el entroncamiento ferroviario. En Toral de los Vados se detienen un momento los trenes importantes, el exprés de Galicia es el más nocturno y parece que los bigardos hicieron un cambio falso de agujas. Da gusto imaginarse al exprés, esto hay que reconocerlo, tomando el ramal espurio en vez de seguir echando chispas para Madrid. Ningún problema, porque el ancho de la vía del ramalillo es normal. Cuando el maquinista del exprés se dio cuenta, el

tren rodaba por entre los viñedos de la chica, y vino a pararse de manera que el coche restaurante quedara casi enfrente del corredor principal de la casa. Fue lo nunca visto, jamás en Parandones habían tenido aquella representación del mundo, como si fuera París y todo lleno de luces.

DON ELOY DEJE SALIR A DORITA O ME MATO. Don Eloy no parecía preocupado, uno de esos jueces que nos cambian cada poco, siempre con los derechos humanos y la tolerancia en la boca. De los varones de las Bodegas del Palacio de Acuña podría contarle a mi superior muchas barbaridades, que lo mismo terminaban en matrimonio que en violaciones y raptos. No me atreví a decirle que el Acuña de los trenes eléctricos aportó el nombre y el apellido para casarse con la de Parandones, y que en la realidad de la alcoba se casaron con ella los dos gemelos y a saber los hijos de quién eran.

Estos casos, al fin y al cabo, se quedaban en la esfera de lo privado. Pero el abuelo del sospechoso de la pintada, ese, estuvo a punto de cambiar la Historia de España.

Saqué el precedente del abuelo, pocos lo saben mejor que yo. De joven pareció que iba a ser una excepción, decía que su vocación era espiritual, de capellán castrense. La vocación se le rebajó a la mitad porque llegó a las estrellas de capitán de infantería, pero de cura, nada. Tenía su destino de capitán en una capital de provincia cercana de casa. Y hablando del Destino, pero con mayúscula: también él andaba con problemas para hablar con su moza, como si ese maleficio persiguiese a todos los Acuña, los de antes y los de ahora, DON ELOY DEJE SALIR A DORITA O ME MATO.

—Ustedes creen mucho en brujerías —dice este juez con su habla perezosa.

—Serán las nieblas, dije yo, será que aquí las noches son más misteriosas que en la tierra de Su Señoría. Pero a lo que estábamos. La sublevación ocurrió en julio. Los días anteriores fueron calurosos y pesados, a la caída de la tarde los oficiales de la guarnición se paseaban por la calle Mayor de esa capital de provincia que digo, con sus trajes veraniegos de paisano, se sentaban en las terrazas de los cafés a tomar cerveza y a galantear a las señoritas. Un mundo republicano y legal, todo a la luz y sin ningún secreto. Pero había quienes no las tenían todas consigo, personajes que desconfiaban de los militares. El farmacéutico del Cantón era uno de esos personajes, diputado separatista o algo por el estilo. Una de sus hijas traía loco al capitán Acuña, tenía muy buena planta el oficial y se sabía que los Acuña en nuestro pueblo son una familia rica y nombrada. Pues nada. El farmacéutico, ni asomarse al balcón dejaba a la chica cuando el de Infantería aparecía a la hora del paseo. Así estaban las cosas cuando algo raro empezó a notarse puertas adentro del cuartel. En el bar de oficiales, en la sala de banderas, en cualquiera de las dependencias se veían aconchabamientos, o encuentros rápidos, «el café viene a porte pagado», «Piedrafitas del Cebrero cinco por cuatro veinte», frases que no tenían ningún sentido y dichas entre sonrisitas de guasa.

Hasta que se destapó la olla, tenían razón los que desconfiaban. Se le habló a la tropa, la Patria, la Raza, todos acuartelados, esperando la orden de la División porque cualquier precipitación sería funesta para el plan de toda España.

El capitán Acuña había entrado en la conspiración, se encargaría del requisito del

bando. Pero el militar andaba unas veces como distraído y otras veces loco furioso, siempre pensando en la chica del Cantón y en algún escarmiento para el ogro de su padre.

Aquella mañana de julio había una canícula que alteraba los nervios, no se movían las personas ni los pájaros ni las hojas de los árboles. El capitán Acuña, de pronto, llamó a sus tenientes, a sus suboficiales, se tocó generala, la compañía formó en el patio principal con más pulcritud que nunca. El coronel desde la ventana de su despacho aprobaba, los jefes del Regimiento aprobaban, aquella maniobra solo podía ser de puertas adentro, y como ensayo, jamás una acción decidida.

Y de pronto, ocurrió el hecho histórico, todavía me tiembla la voz al contarlo. No había llegado la consigna de la División ni de nadie, pero el gran portón del cuartel se abrió de par en par y apareció el espacio civil, la calle recortada y azul. Sonó la corneta, y la formación, movida por la disciplina ciega, evolucionó como un solo hombre al mandato de su capitán. Es una cosa seria, un ejército que se echa a la calle. Precedida de una patrulla para despejar el camino, la 1.^a Compañía del Regimiento de Zaragoza avanzaba con su cabo y escuadra de gastadores en cabeza, bandera y banda, el capitán y sus oficiales, los fusileros sin munición, pero qué más daba, y con bayoneta calada. El camino no había que despejarlo. No se encontraba un alma, pero se sentían los ojos espionando desde detrás de los visillos o de las contras entreabiertas. Hubo dos perros que salieron huyendo, luego volvió uno de los perros y se puso a seguir el desfile, a meterse y estorbar entre las filas. Hubo algún rebelde invisible que gritó viva la libertad y el progreso. Hubo un corto paqueo contra la tropa desde una azotea. La compañía, ni caso, recta hacia su destino y ya no había fuerza capaz de pararla. La ley marcial iba escrita en un bando que tenían reservado en el cuartel hasta que llegase la orden de proclamarlo en la puerta del Ayuntamiento. La formación se acercaba al Ayuntamiento, que nunca se había visto con las puertas así de cerradas. De pronto, orden de variación izquierda y la marcha que cambia hacia el Cantón. La corneta tocó ¡alto!, sobre el empedrado las botas sonaron como un solo golpe. El capitán observó el campo y con las órdenes correspondientes afinó la colocación, cuanta más ciudadanía presenciase la ceremonia, y en un sitio tan céntrico, mejor. Poco a poco empezaron a abrirse las ventanas y los miradores de la burguesía de la ciudad. Unos momentos más y se describieron los visillos de la casa del farmacéutico, el piso principal, encima mismo de la farmacia. No se oía ni el vuelo de una mosca. Luego, como si hubieran venido a liberarla a ella, la enamorada del capitán apareció apoyada con decoro, pero con decisión, en la barandilla de hierro forjado de uno de los balcones más bonitos del Cantón. ¡Atención!, mandó el capitán. Bordado el toque de atención. ¡Presenten armas! Jamás me habían salido tan bien los toques. Yo era escribiente de la Plana Mayor pero me gustaba la corneta, y el corneta titular estaba rebajado en la enfermería. El capitán era buen mozo pero entonces lo pareció más. Daba respeto su voz, el que secunde la huelga juicio sumarísimo, el que tenga armas juicio sumarísimo, quienes se reúnan más de tres personas juicio sumarísimo. Terminó la lectura y él mismo pegó el cartel del bando en la puerta de la botica. Volvíamos a desfilar con bandera y banda y el capitán Acuña mandó ¡vista a la

derecha!, todas las cabezas girando hacia la señorita del balcón, menos mal que esa tarde llegó la orden de la División y había que marchar al frente, no era cosa de fusilar a un capitán cuando hasta los locos hacían tanta falta.

—Mire usted —dijo don Eloy con toda su calma—, mire usted, señor secretario. No hay que poner al presunto en el disparadero. Imagine que este Acuña de ahora cumple la pintada y se mata.

Don Eloy dejó salir a Dorita y ya sabemos las consecuencias. Dorita era dulce y demasiado desarrollada para su edad, lo propio en la niña de un juez que viene de Tenerife.

Relatos sin fronteras
(1998)

Las cordobesas sueñan con el Danubio

A José María Martínez Cachero

Este asunto es de hace unos años. Lo conté entonces, en un relato no del todo verdadero, y ahora me da por ponerme a bien con mi conciencia de cronista veraz.

Fui invitado a cenar con dos matrimonios cordobeses. Ellas estaban muy bien, con ese atractivo jugoso que en su buena edad suelen tener las casadas. Una, la más joven, destacaba por su vivacidad menuda y clara; la otra era rotundamente hermosa en su morenez a lo Romero de Torres. Se habían vestido para el caso, la rubia con exageración y se le veía que venía de la peluquería.

—Tengo una idea —dijo el marido que lo organizaba todo—. Han abierto un restaurante entre Torreblanca y Málaga, un ruso blanco.

—Qué bien —se alegró la mujer más joven—. A mí me encanta descubrir sitios nuevos.

—¿Un coche o los dos?

—Mejor en el nuestro, Rafa —siempre la misma—. Tú pasa atrás con nosotras —obedecí—, Manolo ocupa más y puede ir delante.

Era una noche de luna llena sobre el mar tranquilo del verano. La carretera coqueteaba con la línea del agua. Parecía que se hubieran aliado definitivamente, luego se desamigaban y así iban aquí te pillo y allá te dejo. Hablábamos y reíamos. Me distrajo un punto de vanidad inocente, lo agradable de cenar con matrimonios si uno va solo: te conviertes en protagonista, da gusto contar historias y que ellas nos mimen, todo en buena ley, claro, ellas se sienten más madres o hermanas que mujeres. El cuerpo de la mujer morena fue en todo el viaje una proximidad honesta y apenas advertida, pero al despegarnos sentí su ausencia en mi costado y me vino un pensamiento, no sé si uno solo: ¿Ha tenido malos pensamientos? Sí padre. ¿Cuántas veces? No me acuerdo bien, padre...

—¡Esto es de película! —se arrebató la otra mujer que había saltado del coche como un animalillo de compañía.

Estiramos las piernas y todos coincidimos en la alabanza, cada uno con su temperamento. El restaurante lo habían instalado en una villa de recreo que casi colgaba en el acantilado. Nos dieron una punta avanzada. Fijaos, es como estar en un yate. Todos queríamos ayudar a que fuese una fiesta. En seguida acudió un servidor a nuestra mesa. Hacía de *maître* y camarero.

Era un hombre joven, como de veinticinco años, tostado, de una robustez que parecía propia para oficios de mayor esfuerzo físico, con un pantalón negro y estrecho, cinturón de ancha hebilla, zapatos negros y muy limpios, camisa blanca con encajes que no cuadraban con la complexión del chico.

Antes de lo gastronómico hablamos algo del establecimiento, mientras el camarero iba encendiendo las velas de nuestra mesa. Supimos que el ruso blanco, o sea el patrón, era húngaro. Pero menos es nada –nos consolábamos bromeando.

–Usted tampoco es español.

–Húngaro, yo, también –contestó el hombre joven separando las palabras. Y enseñaba una sonrisa aprendida.

–Pero allí es el telón de acero.

–Antes, entro; no salgo. Ahora entro y salgo si quiero. Dinero no. Bueno, dinero entrar sí, salir no –con dos dedos de su mano derecha hizo el gesto que hacemos los españoles, los húngaros no sé, para referirnos al contante y sonante.

–Y ahora se ha venido usted a la costa.

–Sí, pero nunca quedar. Húngaros vamos hoy una parte, mañana otra parte. Destino siempre de los húngaros.

–Debe de ser bonito vivir así...

–Bueno si soy joven. Después menos bueno.

–Usted lo es.

–Bueno.

Las señoras preguntaron qué había especial de la casa.

–Tengo páprika, pollo húngaro.

–No, pollo no, me importa poco de dónde sea. ¿Y vosotros?

–Verdad, verdad... pollo viene de Málaga –confesó el mozo–. Tengo gulyás, muy bueno gulyás. Si gusta sirvo, si no gusta no sirvo.

–Eso es fuerte para la noche.

–Dentro siempre noche –señaló a su estómago con algo de rudeza–, nunca día dentro.

–Creo que debemos probar. En cada sitio hay que pedir lo que sea más propio.

–Tú no hagas lo de siempre, Manolo, que salimos de casa y se te ocurre una tortilla francesa.

El gulyás estaba bien y lo mismo el lenguado que le siguió.

–Esto es lenguado menié.

–No, mujer mira la carta, es al estilo magiar.

A nada le faltaba su punto, y también ayudaba la presencia acusada del mar como un espectáculo inacabable, las luces graduadas con intención, la decoración que nos hablaba de un país romántico y lejano. Y sobre todo, aquel camarero que se había incluido en

nuestra reunión como si en vez de un servidor fuera un invitado, y el principal. Todos le habíamos preguntado algo de él mismo y de su mundo: las mujeres, cuestiones sentimentales; los hombres, cosas prácticas, y él contestaba lacónico con ligeros titubeos que provenían sin duda de la dificultad idiomática. Cuando se alejaba, hablábamos de él, siempre de él, las mujeres estaban seguras de que era estudiante o quizás ingeniero de esos que andan en verano por los restaurantes para conocer tierras y tratar con la gente.

Casi en los postres, por ver si variábamos, pregunté a mis anfitriones por sus cosas y su ciudad. Hablamos de la vida social que hace la *crema* cordobesa, de las fiestas en los cortijos, y Alicia y Angustias recalcaron el tesón de algunas advenedizas por entrar en la gente bien. Angustias, la mujer de Rafael, puede ser la mujer más llamativa de la capital de la provincia. Alicia, la de Manolo, parece menos preocupada por la moda, pero cuenta con una belleza que no necesita ayudas. Qué tontería, no me cuadran los nombres. Protesto para mis adentros porque la menuda y rubia y coquetuela se llama Angustias en lugar de llamarse Alicia, que es el nombre de la morena, y las dos saldrían ganando con el cambio. Sí, los cuatro cuentan sus historias burguesas; yo asiento pero me distraigo con facilidad, tampoco ellos ponen mucha convicción. Es inútil, se ve que tenemos que volver a aquello:

—Pero usted no será comunista.

—Oh, bueno.

—Usted sería un niño cuando la sublevación contra los rusos.

—Los niños, a veces, ser como mayores.

En realidad no se sabía si el mozo era comunista o no, ni tampoco cuál hubiera sido su peripecia personal en la ocasión que estábamos evocando. Por el embeleso de nuestras damas comprendí que ellas lo tenían ya por un héroe, estoy seguro de que lo veían con sus pantaloncillos cortos de niño patriota tirando botellas inflamables contra los tanques. Creo que debo confesar una vaga incomodidad, decir celos sería exageración: empezaba a fastidiarme aquel hombre que parecía vender salud y fortaleza física, seguro que no le daba la ciática en los otoños. Para colmo, servía bien. Por todo el resto de la noche yo esperé en vano que se le cayera la bandeja, a ver si con los vasos se rompía también la situación.

—Oh, Budapest. Yo vivo en Budapest. Dieciocho kilómetros cerca. Mucho campo con árboles.

—Pero conocerá bien la capital.

—Claro. Budapest muy hermoso, grandes restaurantes junto Danubio.

—¡El Danubio! —se oyó suspirar.

—En todos restaurantes violín; allí comida tengo buena y no cara, doscientas pesetas gran comida, violín tengo siempre.

Cuando él decía «tengo Danubio» corría por la mesa, ya no sé si incluirme, una especie de cosquilleo. Esto fue todavía más evidente a los postres, cuando el mozarrón nos anunció:

—Ahora, ustedes permiten, patrón vendrá tocar violín. Ustedes permiten.

Habíamos quedado de últimos clientes. El propietario era un hombre maduro, pulcro,

de rostro enérgico y aventurero que una cicatriz no llegaba a afear, más bien lo condecoraba. Era igual de robusto, los dos hombres parecían de la misma sangre. En seguida empezó a tocar. Parecía como si su mano izquierda se hubiera deformado por la artritis (quizá por malos tratos de la policía política, torturas, qué sé yo), un punto perezosa para obedecer. De todos modos, al hombre no se le daban mal los aires populares. Unas veces se perdía su mirada en horizontes lejanos. Otras veces ponía sus ojos en uno de nosotros, como dedicando la pieza. Nunca sé si al final debe darse una propina discreta o un billete grande, o quizá no debe ser dinero y hay que mandar traer una botella de champán; aunque lo peor no es esto, lo peor es no saber para dónde mirar cuando el artista está tocando y nos mira fijamente, corresponder o no corresponder, asentir con la cabeza o hacerse el desentendido, esta es la cuestión.

Al final del pequeño concierto nos quedamos silenciosos, un poco desorientados. Luego aplaudimos todos de repente. Cuando estábamos solos, Rafael se pavoneó:

—¿Qué os había dicho del ruso? Bueno, del húngaro. A ver si se lo reconocéis a uno.

—Es verdad, yo siempre quiero conocer sitios nuevos.

El lucimiento del patrón no había perjudicado a nuestro camarero. Al contrario. Aunque este se mantuvo detrás, en una actitud respetuosa sin caer en servil, la música había venido a potenciar su presencia. Cuando trajo el café, nos preguntó si estábamos contentos. Sí lo estábamos, pero las señoras más. El camarero presentó la cuenta a quien se la había pedido y Angustias aseguró después que ella le había notado al chico una especie de vergüenza al cobrar, seguro que era por lo menos ingeniero. Ingeniero técnico, moderó Manolo que es doctor ingeniero de montes en Córdoba.

Rafa puso la propina en el platillo. Su mujer lo miró. Entonces Rafa recogió las monedas que había puesto y dejó en su lugar un billete.

Todos le dimos la mano al camarero, las señoras también; la mano del camarero era grande y apretaba duro. Prometimos repetir: «Gracias, mucho gracias, será grande honor»; y a mí ya me estaba tardando vernos en cualquier lugar servido por compatriotas donde al fin pudiéramos hablar de cosas más cercanas a nosotros mismos. Bueno, en confianza, donde alguien se ocupara de mí: «Tú siempre has sido como un niño, anda, deja que nosotras te cuidemos».

—Bueno, a lo mejor estos dos prójimos son vascos —tantee mi revancha—, cosas más raras se ven en los veranos por esta costa.

Pero seguía habiendo mar y luna y todo eso. En Córdoba ven todos los días el Guadalquivir; por eso sueñan ellas con el Danubio.

Principio de una historia

Hubo tiempos en que las puertas de la casa estaban abiertas o las llaves se dejaban puestas por fuera. Ahora todos nos cerramos. Mejor. Cada vez que alguien cruza tu puerta empieza una historia que no sabes cómo va a terminar.

El que me hablaba se ha separado hace poco. Los hombres separados tienen mucha necesidad de contar, y el de Geografía –lo conozco hace años– no es hombre para ir a un bar de chicas que te escuchan si les pagas unas copas. Además, a mí me gusta escuchar, y no cobro...

–Desde que ella marchó –me dijo– raramente suena el timbre del piso. La vecina de abajo si va a subir a reclamarme: «¡La gotera, profesor, esa gotera acaba conmigo, usted hará que tenga que mudarme de casa!», me lo anticipa a voces por todo el patio. Al final de aquella tarde vendrían los de la compañía de seguros. Llamaron por el portero automático y abrí la puerta de la calle sin preguntar. A esas horas estoy cansado. Tardé un momento en reaccionar. Desde luego, está bien que me cubran los riesgos del robo, del fuego, pero sobre todo del agua, de los desastres que pueden hacer tus grifos, y no solo a esa vecina impertinente.

»Me dicen que es explicable lo del cansancio y el desánimo. Que es una etapa por la que pasamos cada vez más hombres, los separados, o sea, la mitad del claustro. El caso es que llega el final del día y vuelves a una casa desangelada, dormitorio, el estar, un despacho desordenado, la cocina llena de enchufes. Para un hombre que se lleva mal con los aparatos. Aunque los aparatos y los muebles y las cosas hayan quedado reducidos a menos de la mitad. Pero no quiero recordar el trámite penoso del reparto.

»Ahora, esto sí debo reconocerlo, puedo echarme encima de la cama con el transistor a todo volumen, puedo arrugar la colcha sin tener que oír reproches amargos, «Te crees que una apenca con siete horas de laboratorio para después servir de patrona...». Pero ya estarían subiendo los de los seguros. El desembarco del ascensor está mal iluminado y quienes vienen por primera vez pierden tiempo titubeando. Salí al rellano para hacerlo más fácil. Sería un «comando», les llaman los «comerciales». Y por qué no haberlos citado en una cafetería durante un descanso.

»Pero no hay que pasarse con las imaginaciones. Se abrió el ascensor y no era una pareja de ejecutivos, trajes y corbatas casi iguales, qué figuración precipitada la mía. Una mujer sonrió, todavía enmarcada en la puerta de la cabina. Luego salieron unas piernas largas, una falda nada juiciosa, ya tú sabes, esa falta de decoro que en las propias aulas sufrimos todos los días.

El de Geografía pertenecía a alguna asociación pía de seculares, o al menos acudía a reuniones y retiros. Tenía mucho sentido moral, y a la chica de los seguros me la describió con detalle pero con miramientos, y deduje que era una mujer con gancho.

–La chica de las piernas largas y todo eso soltó sin ningún cuidado la puerta del ascensor, me dio la mano y que encantada de conocerme. «Espero que le interesarán nuestros servicios.» Esto lo dijo con alguna formalidad, pero no se le iba el desparpajo alegre y aquella pizca de ordinariez. En bandolera llevaba un pequeño bolso de color rojo, con sus frivolidades de mujer lanzada, supuse. Con la mano izquierda sujetaba una cartera profesional, probablemente llena de papeles. A estas alturas de la película del día

estoy yo harto de exámenes escritos y de mapas. Lo de ella serían folletos, muchos folletos. De su empresa, la Correduría no sé qué, me habían anticipado información por correo y ya había ojeado la propaganda sugestiva. «Viva sin sobresaltos y vivirá más. Asegure su hogar y latirá más seguro su corazón.» Esas promesas de las compañías antes de entrar en la letra pequeña.

»He vuelto hace un momento de un viaje –le dije para tenerla advertida–. Tengo un compromiso esta noche –está feo pero miré el reloj–, espero que lo resolvamos pronto.

»En la entrada del piso, que nunca había sido hogar, había quedado una alfombrilla de los pies, aquella cursilería que ponía WELCOME, y el recuerdo de una voz rencorosa:

¡Límpiate mejor!

¡Que no me traigas ni una mota de barro!

¡Deberías aprender de los japoneses!

»El acostumbrarse a la libertad lleva su tiempo y esa tarde de los seguros fue la última en que cumplí la regla ominosa. Me limpié tres veces y me aparté para que pasara la visita. La ceremonia del felpudo es un gesto que si contigo viene alguien, el acompañante te imita. Miré para la chica, para sus zapatos rojo vivo a juego con el bolsito colgado del hombro, pero ella cruzó la puerta sin limpiarse, sin mirar siquiera para el mullido que pisaba, y con la mujer entró en la casa ese olor que no se va de la almohada.

El oculista

–Vendrán ustedes al oculista –dijo el taxista cuando llegué la primera vez, dirigiéndose al familiar que me acompañaba–. Lo pregunto –supongo que señalándome a mí– porque conviene evitarle los baches.

Jamás en la ciudad de A*** oí referirse al oculista diciendo don Fulano, o el doctor Tal, ni una sola vez el oftalmólogo.

Ahora, siempre que en un viaje paso cerca de la ciudad, procuro llegarme al casco antiguo y es meterme en recuerdos, de cuando la recuperación de mi vista. Dicen que fue un milagro. Pero de esos milagros se hacían allí unos cuantos cada semana. Era lo más chocante del mundo que en una ciudad de solo quince mil almas ejerciese uno de los mejores especialistas de ojos. Así como suena, un prodigio para las retinas, cuando no había ecografías ni láser ni nada de lo que vendría después.

El oculista provinciano no tenía más que un mérito, y no era moco de pavo: la estadística le daba un tanto por ciento muy alto de curaciones, más que algunos grandes espadas de España y de otras naciones, incluido el maestro casi mágico de Barcelona. Junto a la gran figura de Barcelona había aprendido él la técnica, con naturalidad, sin darle ninguna importancia, como si sus dedos hubieran sido hechos para eso y nada más que para eso; le das la vuelta al ojo, abres una ventanita minúscula, y sin apenas instrumentos ejecutar la suerte suprema de pegar y coser y terminar con una puntadita, la famosa puntada de Carulla. Es una manera de decirlo a mi aire, porque a mí me tenían dormido en el trance, y no quiero saber demasiados detalles porque pronto me vienen las aprensiones.

Tampoco sé explicar, ni sabe explicarlo nadie, por qué el oculista no se estableció en una capital importante. Se puso a vivir en la casa solar, en una plazuela de la pequeña ciudad, con un jardín descuidado y las grandes estancias donde sus padres y abuelos se rodearon de cuadros y de libros que acaso no supieron apreciar. Aquella gente tuvo industrias, de mantas o de chocolates serían las fábricas. El heredero final y único del patrimonio familiar no le tenía apego al dinero. Rehusó trabajar para la Seguridad Social, y ni hablar de avenirse con sociedades médicas. Cada día despachaba un par de desprendimientos de retina, y en muchos de los casos no cobraba apenas. Al final de su tarea dejaba el sanatorio privado de la Divina Pastora y se marchaba a casa, a pie, silbando un trozo de ópera, la misma paseata serena que lo había llevado al trabajo.

—Hable con la señorita Eulalia —me dijo cuando quise saber lo que me costaría la operación—. Pero no se inquiete demasiado.

Eulalia sería una mujer mayor, me pareció por la voz. Hablé con ella, pero entonces no podía verla. Dijo que «ya veríamos», y eso era no decir nada sobre mi pregunta crematística, salvo que fuera una broma alusiva al resultado de la operación.

Me operaron y del quirófano me llevaron a la habitación, me metieron en la cama y allí estuve unos días, me parece que sin cambiar de postura. Con los ojos tapados, pero muy despierto de los otros sentidos; se aproximaban unos pasos por el pasillo y sabía yo de quién eran. Advertí que el sanatorio era lo menos parecido a un hospital. Ni siquiera tenía el olor de los hospitales. Una especie de hotel de dimensiones razonables, como para canónigos estables o viajeros de buenas firmas.

Un día, estando el médico haciéndome la visita, subió Eulalia muy apurada y le dijo:

—Doctor, no sé si realmente es una urgencia. Lllaman que al señor obispo se le clavó un cuerpo extraño en un ojo, que si usted podría pasar por palacio.

Sentí no ver la cara del doctor, pero noté el desapego:

—Eso es de la córnea, dígales que llamen a don Luis el de la Caja de Recluta.

Y es verdad que el oculista renombrado solo andaba en las retinas, del resto del ojo no se ocupaba. Ni del estado general del paciente, de eso se encargaban los colegas del sanatorio.

Cuando al final vi a Eulalia con mis ojos resultó que era bastante joven. Tenía autonomía para mandar y era insobornable. De ella dependía el manejo de la lista de espera, y el teléfono sonaba mucho. Médicos que enviaban a sus pacientes, presiones,

recomendaciones de los políticos, apellidos famosos o angustiada gente anónima. La consulta del oculista le daba vida a la ciudad clerical, traía gente a los hoteles y vivían las confiterías, los taxis, todo. La oficina de Eulalia tenía cierto empaque, todo lo contrario que el despacho y el pequeño consultorio de su jefe. El oculista te mandaba sentarte en un taburete; con un aparato que parecía no ser más que un espejito te iluminaba un ojo, después el otro. «Mire aquí, a mi dedo.» «Mire arriba, Fidalgo.» «Abajo.» «A la izquierda.» «A la derecha, Fidalgo.» «Enhorabuena, está usted curado, Fidalgo.» En Barcelona le echan mucho teatro.

Después de aquella peripecia mía volví varias veces a la ciudad. El oculista me recibía en su casa, y supe que era una excepción en sus costumbres. Le gustaba que hablásemos de mis viajes, pero sin mayores confianzas. Por esto me sorprendió cierto calor en su confidencia de esta última vez, ahora que se ha tomado la jubilación anticipada. Dice que le da pereza entrar en nuevas técnicas y aparatos, vive solo, con un servicio antiguo y fiel, metido en la lectura y la música.

El caso que me contó es de un día que se recibió una carta de los Estados Unidos, de una localidad perteneciente a San Antonio de Texas. Eulalia le pasó la carta a su jefe, era una letra de mujer y venía en un español de por allá.

«Admirado profesor: quiero a mi esposo, él merece amor y respeto y me necesita. Dudo no más que él acepte vivir si sus ojos no pueden verme. No voy a quedarme en espera de su respuesta, doctor, saldremos hacia su ciudad y ahí estaremos al aguardo de que usted nos acoja, soy una mujer decidida y lo necesito a usted, doctor, usted es toda mi esperanza en este mero momento de mi vida y puedo pagarle cuanto me pida.»

Cuando llegó la carta el matrimonio americano estaba ya instalándose en el hotel Moderno, dos habitaciones comunicadas, lo más parecido a una suite. Todavía se comentan las propinas. El oculista examinó al paciente. Ahora los de Texas tendrían que esperar. La mujer intentó sobornar a Eulalia con una bufanda de visón. La agenda de Eulalia no permitía esperanzas, pero no era infrecuente que los enfermos se presentasen sin cita, confiando en la fuerza del hecho consumado, en cualquier cancelación imprevista y tan súbita que no permitiese avisar a otros con mejor número en la lista. Los de ahora siguieron unos días en aquella espera. A Eulalia le caía mal la mujer; la mujer del tejano era mexicana, zalamera, y además prepotente. Hubieran tenido que quedarse más tiempo si no fuera que esta señora le cogió las vueltas al oculista. Le tuvo la espera en la calle, y cuando él salía del sanatorio silbando, por ejemplo *La donna è mobile*, la mujer se le echó encima, sobona, a besarle la mano, y cuenta el oculista que se asustó y decidió despachar aquel asunto cuanto antes.

—La semana próxima, Eulalia, ¿cómo tenemos el jueves?

—Como siempre, doctor —se cercioró en sus notas—. Una señora que viene de Sevilla y un muchacho que casualmente es de aquí mismo.

—Pues serán tres. Anote a ese mister como se llame —lo dijo y ya se zafaba.

—Espere, doctor; usted sabe la edad y la historia del paciente.

—Que pase por los análisis y el cardiólogo. El cardiólogo.

Los americanos pidieron la mejor habitación del sanatorio; la mujer quiso colchones

nuevos que compró en la mueblería, y eso eran negocios de hostelería para tratar con la administración, había acompañantes que querían vinos de marca o comer langostinos. Pero lo fundamental era la operación delicada y en ese terreno del oculista no cabía distinción de clases ni privilegios.

El americano estaba tendido en la mesa de operaciones. La mujer tenía buen tipo, era poco metida en carnes y se diría flexible, allí estaría en el antequirófano, esperando, sola. El oculista pensó en ella, mientras el anestesista andaba a lo suyo. La mexicana pasaría por hija y hasta por nieta de su marido, y no podría decirse que sus facciones fuesen gran cosa, con un leve estrabismo que deberían haberle corregido en la infancia. El cirujano de ojos volvía ahora, justo cuando necesitaba concentrarse, a aquella escritura que parecía trazada con angustia. Por un momento le inquietaron las palabras ávidas de la solicitante: «Dudo que él acepte vivir si sus ojos no pueden verme». Se le cruzó un mal augurio. Quizá no debería operar por tercera vez en aquella mañana, tan seguido. No había empezado la intervención y sentía una incomodidad en la frente.

—¡Sudor!

La instrumentista le pasó una gasa con suavidad.

Pero el motor de la vocación empezaba a zumbar seguro. El cirujano miró para el anestesista. Este asintió con un gesto.

—Vamos a ello —dijo el cirujano—. ¡Pinzas! ¡Abridor!

Al terminar la faena no sabía el resultado final. Ni siquiera se sabría cuando a los dos días levantara el apósito para aliviar al enfermo solo un momento. Deliberadamente evitaba asomarse al pozo. Por muy alentadoras que fueran sus estadísticas. La señora del americano lo entendió, no preguntaba, pero con esta mujer el oculista se sentía turbado. Era aquella expresión de sus ojos que quizá quería ser implorante y resultaba exigente. Si ella se movía por la habitación, a descorrer un poco las cortinas, a lo que fuese, el enfermo la seguía con la mirada —es un decir— en cada uno de sus movimientos ondulantes. Al oculista se le quitó un peso de encima cuando destapó definitivamente al hacendado de Texas y comprobó que aquel hombre seguiría viendo sus praderas y sus caballos. Que podría ver a su mexicana. Pues que se hartase el hombre de mirarla, el oculista concretó ahora que la chola era feúcha de cara.

Entonces nos pusimos a charlar de las novedades literarias. Este médico no ha ido a congresos, no ha escrito en las revistas científicas, ahora lee todo lo que puede y casi todo lo que conoce de la vida es por los libros. No sé cómo se arreglará para el asunto de la cama, un soltero normal y todavía en buena edad, en una ciudad como esa. Me dijo que con la jubilación anticipada se le habían despertado aficiones secretas, confesó tener un montón—cillo de poemas y prometió enviarme el manuscrito. Su discurso se hacía menos coloquial, levantado hacia lo lírico. Podía ser el ambiente del salón biblioteca en que estábamos o la botella de vino que nos había acompañado.

—El vino de los Cónsules de Roma —dijo recreándose en la etiqueta—, lo alaba un escritor de cuentos eróticos diocesanos.

Cualquier tema lo relacionaba con algo que hubiera leído. De pronto, se inclinó hasta tocarme en el brazo y me dijo que no podía olvidarla.

—¿A quién? —pero no articulé la pregunta. Comprendí que bastaba esperar.

Después de aquella mañana de la revisión feliz del americano, aquel mismo día al atardecer, el oculista tuvo algo inesperado en el sanatorio y aprovechó para una ronda de cumplido a sus pacientes. Todo descansaba en orden. Los pasillos estaban desiertos. Tocó en la puerta de la habitación 14. Lo hizo como siempre, sin rudeza, pero claramente para que no se sorprendieran los ocupantes, y entreabrió la puerta. La mexicana estaba de pie, desnuda de cintura para arriba y con los brazos alzados para soltarse el pelo como en una pose. El convaleciente, sentado en un sillón, la miraba y la veía con sus ojos recién recobrados, y unas manos temblonas se alargaban hacia la forma suavemente dorada, pero sin tocarla. La escultura azteca que se exhibía era un medio cuerpo de mujer como nadie verá jamás en un museo, sostiene el oculista que los senos más hermosos que puedan leerse en el libro de Gómez de la Serna sobre los senos.

Cuando salí de la casona del oculista las calles eran pozos de sombra pero aún había sol en las torres de la catedral, todo estaba de lo más literario en la ciudad de A***. Pero dejémonos de subterfugios, estamos hablando de Astorga.

La guerra sucia

A veces pienso que en el mundo todo es basura, basura y más basura, dijo el hombre de la gorra de visera, yo estuve en aquella guerra, pero ningún ascenso y poca leche le saqué como no sea este estómago que me ha quedado revuelto para siempre.

Era ya el otoño —y es el paisano de la gorra el que sigue contando, un hombre demasiado mayor para una gorra paramilitar degradada por una marca de refresco—, pero el tiempo venía loco porque no se iba el calor del verano ni las moscas daban señal de quitarse de en medio. Engordaban las moscas, negras, pesadas, y más felices que las de otros años. Yo era un mandado, ayudé en el cometimiento de los hechos, pero la orden la daba quien la daba y que cada palo aguante su vela.

Las noches eran cómplices y ocultaban cualquier asomo de vergüenza que nos viniera a la cara, y por el día dormíamos, a los que participábamos en la operación nos dejaban francos de servicio. Yo dormía bien, aún no me habían venido las náuseas, solo un poco de resaca porque el trago de un trabajo así solo podía pasarse con tragos del aguardiente más áspero. Salíamos del pueblo con los faros apagados, por calles aparentemente

dormidas donde a veces se vislumbraba la figura de alguien que observaba desde una ventana y rápidamente se corrían los visillos. El furgón parecía conocer el camino, sendas apartadas, hasta entrar en la otra jurisdicción y alcanzar el lugar donde no habría ojos que vieran ni oídos que escucharan.

Aun en tiempos con problemas, la población quiere sus jolgorios. Tomad pasodobles y fútbol y estaros quietos, es la política de los que mandan. La víspera de la fiesta de las rondallas quedó el pueblo limpio como la patena, todo quedó listo para el día siguiente, la cosa musical que hasta viene en las guías de turismo. Estaba empezando a amanecer cuando llamaron a mi puerta con mucho apremio, me uniformé de prisa y ya estaba cundiendo la voz de que habían venido los otros.

–¡A traición han entrado! ¡Un camión que más parecía un tanque!

–Fue fácil saber de qué municipio eran. ¡Y eso que nunca nos negamos a tocar gratis en sus fiestas, solo por el amor al arte y la cultura!

Cien años que uno viva y no se me marchará el recuerdo de la plaza, más horrible y fétida según avanzaba la claridad del día. Los pañuelos nos servían de mascarillas. La venganza de nuestros limítrofes lo llenaba todo, eran toneladas cubriendo la plaza mayor del pueblo más ilustrado de la Ribera, tapiaban la puerta del Ayuntamiento, hasta la estatua del benefactor aparecía profanada, funda escuelas de artes y oficios para que te cuelguen en el dedo un condón desechado.

El director de *La Comarca* nos consolaba con que a los otros les faltaba ingenio. Habían dejado pintadas nada ocurrentes: «Cada perro que se lama su pijo». «Donde las dan las toman.» Muchas de las bolsas de plástico estaban desventradas y por allí danzaban las mondas enroscadas de las patatas, envases de cartón de la leche, plásticos manchados con la mugre de las cocinas, pañales de las criaturas, medicinas pasadas de fecha, bragas manchadas...

El alcalde estaba al quite:

–Cabo –me dijo–, convóqueme *in voce* a los concejales. Pero ni una palabra al secretario.

Y venga de sesión secreta, y sin dejar nada escrito, otra vez a ver en qué jurisdicción soltábamos nuestros residuos.

El rebujo

Llamada urgente, ¿cómo es posible que el teléfono *sepa*, que anticipe la premura en la manera de sonar?, bien te avisamos, Garzón, que el casco peatonal se ha puesto imposible y deberías vivir donde tuvieras el coche a la puerta para salir pitando, claro que en Cultura pocos imprevistos ocurren, soy de Cultura y no sé nada de Ciencias, le dije al redactor-jefe, que ya colgaba asatado seguramente por otros teléfonos, timbres y extrasístoles, tú, Garzón, haz lo que te digo y sal echando leches para el aula magna, se trata de un nobel. Rápido, me digo, me obedezco, un beso que vuelvo en seguida, salía y volví por las llaves del coche, tienes que recorrer a pie, deprisa, deprisa, el contorno de la seo inmensa, pero no te quejes, tú mismo escribiste para que la defendiesen del progreso, en la fachada sur la tullida del puesto de inutilidades ha emprendido la pena diaria del regreso a su noche de sabe Dios dónde, es un rebujo pegado al suelo que en unas zancadas tuyas ha quedado atrás, olvidada, a las ocho en el aula magna. El nobel con su mando a distancia va inscribiendo en la pizarra panorámica unas ecuaciones previas, que inscriba, a ver si uno puede tomar aliento. En los pupitres se ha encendido la invitación de los auriculares de la traducción simultánea, muchos inventos pero los periódicos se siguen haciendo con palabras, sin perder comba anotas las fuerzas de inercia, la relatividad tal cual y la relatividad restringida, el origen de los campos gravitatorios y las relaciones entre la relatividad y la física cuántica. Conceptos. Más signos en la pizarra electrónica. El espacio y el tiempo, la importancia del observador que considera las medidas, reflexionen un momento, señoras y señores: una distancia equis no es igual para una hormiga que para un elefante. Aplausos y fotógrafos. En el periódico se me atraganta el café de máquina mientras tecleo, tengo que volver a tiempo para el cumpleaños de mi chica, los bolardos no me dejan pasar el coche conquie otra vez peatón a lo largo de la catedral ahora ennochecida, la tullida y su carga fútil van ya por la fachada norte y pienso que el rebujo avanza según esas leyes que conocen estos sabios, nosotros los de letras nos quedamos en *uve* igual a *e* partido por *te*, Amelia.

Una semana y un día

—«Érase una vez un rey, y aquella tarde de verano según iba yo por el sendero del bosque, me lo encontré de cara, Buenas tardes, rey, lo saludé, todos tenemos ganas de saber los pensamientos de usted sobre lo que está pasando en el Reino», ¿no crees tú,

cariño, que habría que empezar siempre con la sencillez de las viejas historias?

A Silvia le gusta mirarme cuando hablamos de mis cuentos después del amor, creo que últimamente le dedicamos más tiempo a la conversación que a pecar, pero a ella no parece importarle y eso me tranquiliza respecto a mis perezas en la cama. Se pone de costado, un poco levantada sobre el codo, vigilando mi postura egoísta y que la brasa de mi cigarro no le desgracie las sábanas estampadas de diseño.

—¿Y por qué no habrías de hacerlo, cariñín? —siguió con el tema—. Tú escribes con libertad, que no tienes que venderte a nadie.

Pero no me gusta ser un mantenido de Silvia. Ni siquiera un mantenido mediopensionista. La avería del coche (siempre ocurre en verano), el chantaje permanente de mi exmujer... Y es que un cuento magistral, con la famosa esfericidad que definía Cortázar, un cuento esmerado sale con mucho decoro en la *Revista de Occidente* o en el papel verjurado de *El Extramundi*, pero donde uno arregla el mes es publicando en los poderosos.

—Exageras, guapín. Lo que cuenta es el prestigio, y no lo digo porque te haya comprometido para la revistina de mis paisanos.

—Una pejuguera.

—Lo que te gustan a ti las palabras anticuadas —sigue Silvia, que se está levantando de la cama como si quisiera empujarme con el ejemplo—, eso de pejuguera.

—Pues a ver cómo diría la licenciada.

—De ser tan pesimista como tú, diría un coñazo.

Yo me incorporo despacio, vagamente desalentado por el descubrimiento de que es domingo y toca paella en el restaurante de Elipio.

—Con tal de que no haya cerrado —me agarro a la eventualidad veraniega.

Silvia conoce el lugar desde cuando era universitaria:

—¡El sanabrés! Ese no cierra ni por defunción de toda su familia.

Será el arroz un poco pasado de los domingos. El mismo arroz que se sirve cada domingo, todos los domingos, en las pensiones y en los hospitales, en los cuarteles y en los restaurantes madrileños de un tenedor. A Silvia le gusta. Dice que el arroz de los domingos une mucho, ella tiene sentido de lo familiar. Ya en pie, le doy a Silvia una palmada en las nalgas, bueno, un azote en el culo, el gesto más inocente que puede ejecutar un amante estable. Maciza. Licenciada. Asturiana.

Los lunes no cuentan. Ni de estudiante chico ni de adulto he podido empezar nada el primer día de la semana. Este lunes vamos a borrarlo de nuestra historia.

Como el martes, lastrado de refranes funestos. A quién se le ocurre, ponerse al tajo en un día que ni te cases ni te embarques.

Miércoles, calor. Calor, incluso para uno que es nacido y criado en el llano de Jaén. En estos tres días no he ido con Silvia. Este año a ella no le toca hasta setiembre el cierre de su farmacia por vacaciones. Algo me dijo sobre si en estos días tan raros quería quedarme fijo en su casa, «de pensión completa». Pero ella sabe que salvo las noches de los viernes y algunas de los sábados, lo que me gusta es que en su piso confortable de

Isaac Peral nos acostemos un rato, y luego marcharme a respirar la libertad en unos metros cuadrados, calurosos como el infierno, pero míos.

Y por qué van a ser raros estos días de agosto.

Es verdad que te faltan gentes y costumbres, pero en cambio puedes escribir sin que te interrumpan. El miércoles me tiré de la cama con decisión, tenía cigarrillos, tenía latas de cerveza como el bárbaro de Bukowski. El dichoso cuento para la revista de los paisanos de Silvia –*gratis et amore*– me lo vendimiaba yo en unas cuantas sentadas, lo malo en el verano es el plástico del asiento. Conque volví a la horizontal, en pelota picada. A tantear argumentos. Por ejemplo: el vástago de una buena familia, con talento natural pero habiendo fracasado en sucesivas oposiciones ambiciosas –¿va perfilándose el retrato?–; de lo que ahora vive el hombre es de asesor en la sombra de un advenedizo que ha llegado al poder demasiado deprisa, le prepara los discursos y las corbatas, la gracia estará en que también el asesor se ocupe con la mujer ociosa del poderoso siempre azacanado. O con la querida, ya lo veremos.

Pero no me gusta inspirarme en los políticos o en los banqueros, porque en seguida le llega la fecha de caducidad al producto.

También andaba rondándome el aristócrata venido a menos que resuelve la situación doblando sus disponibilidades a base de vivir solo en días alternos, un día vive como un señor y el día siguiente lo pasa hibernado en la cama. O uno de Úbeda (me da por los arruinados) que le vende su palacio a un jeque, y el árabe le deja un ala de la casona para que siga residiendo, porque el viejo prócer le da lustre a la propiedad con su trato tan fino.

El jueves por la mañana bajé por unas digestinas suaves, el tabaco y algunas comisiones, y al volver a mi cuarto estaba parpadeando la señal del contestador. Cualquier incordio, ahora que tenía chupado el cuento para esos idealistas de la revista del norte. Pulsé la tecla de los mensajes. Señales de una llamada abortada. Después venía otra llamada, esta sí daba la cara, un recado de la secretaria de Miguel Arosa. ¡De Miguel Arosa! Me indicaba un número de teléfono y que, por favor, tuviese la bondad de llamar con urgencia. Una voz agradable, pero enlatada, me recibió: está usted en contacto con el Grupo Tal, que esperase unos instantes, y me dejó en la escucha de una música de fondo. Y en seguida la secretaria particular de Miguel Arosa, que al momento me ponía con el señor Arosa.

O sea que el patrón *no* se encontraba hablando por otra línea, *no* tenía una visita en su despacho, *no* estaba reunido. Eso es la gloria literaria, cuando empieza a ocurrirte que si llamas por teléfono al director, el director no está reunido.

–Te voy leyendo últimamente –dijo Arosa– y veo que estás despegando, bueno, hace años que sé con quién me gasto los cuartos como lector, desde que nos conocimos en aquel verano santanderino de la Menéndez.

–Yo también he seguido tus ascensos, aunque nunca te mandé una felicitación, para que no creyeras.

–Qué tontería, no hay nada que hubiera podido creer, fuera de la amistad. Y en todo

caso, cuando uno trata de reclutar a los amigos que valen, se favorece a sí mismo. Ahora mismo te estoy llamando para pedirte una cosilla para el dominical del periódico. Estamos con una serie de relatos, seguro que la habrás visto, queremos lo mejor de cada casa.

Calculé un millón de ejemplares, el imperio del colorín sobre los quioscos y las estaciones y los aeropuertos, el cuché en las peluquerías, en las esperas de los dentistas. Miguel Arosa seguía al aparato.

—Te lo agradezco mucho, Miguel —pensé callármelo, pero fui honrado—. Solo depende del plazo, tengo en el telar un cuento, poca cosa, pero ya sabes, justamente porque es una revista modesta...

No me dejó seguir.

—Eso te honra —se le oyó la seguridad irónica—, en esta casa no tenemos celos de nuestros colegas... —aumentó su autoridad—: quiero de setecientas a mil palabras. El lunes, incluso vale el martes, te mandamos el mensajero.

Era fácil sospecharlo. Estaba claro que alguien les habría fallado en el último momento. Pero las cosas son como son, y sería salir con el Montalbán, el Marías, los bercianos que están en todo, puede que con Camilo. Un cheque rápido y succulento para no tener que gorronearle tanto a Silvia. Y de pronto, como el rayo, la inspiración maliciosa que de vez en cuando nos visita a los vagos: la historia de Pepi la Hebrea.

Antes de conocer a mi exmujer, antes de encontrar a Silvia, había tenido yo una relación con Pepi la Hebrea. Era paisana mía, de Carhelejo, aunque este cae para el lado opuesto de la provincia. Nunca llegué a saber quién le había puesto la Hebrea como nombre de guerra. Pero lo de guerra es un decir, porque la chica era lo más pacífico y decente que conocí en mi vida. Delicada, pudorosa hasta la ñoñez, sobrevivía en Madrid trabajando en un espectáculo sexy en la Cava Baja, absolutamente pornográfico. Lo profesional lo separaba de su vida y sus sentimientos personales. No se lo pregunté, pero a lo mejor iba a misa. Pepi le tenía mucho respeto a una compañera mayor que estaba en las últimas de su carrera y la aleccionaba con su experiencia traída del Paralelo barcelonés. Yo vi actuar a esta veterana, todavía tenía un desnudo aceptable. Había como un alarde de poderío y juventud en el vértice de su sexo. Pepi la Hebrea me secreteó —sin sarcasmo, con admiración tierna— que la señora Cruxet (*Nina la Masó*) se poblaba la entrepierna con un bisoné. La sujeción era perfecta, un secreto que la experta se reservaba.

—Yo creí que se teñía ese vello —le dije a la Pepi—; una noche que fui a buscarte, la Nina lo tenía muy negro y a los pocos días lo enseñaba de un rojizo provocador.

—Tiene surtido de bisonés, se los manda un peluquero de Tarrasa.

Pepi la Hebrea acabó de mala manera en la vida real, pero no me gusta que en un cuento se me muera el protagonista. La historia la rematé en plan feliz, es lo que te piden en un relato de verano. Lo firmé y encendí el cigarro más gustoso de mi vida. En el humo vi el anuncio de mi colaboración que campeaba en la cubierta del dominical. Vi en las páginas de honor la entradilla que ponían con mi biografía. Vi —y toqué— con la

imaginación el cheque y la cantidad en cifra y en letra...

Silvia no tiene nada de celosa. Le gustó mucho el argumento de la Hebrea y que yo hubiera despachado el relato en el fin de semana, que esta vez lo pasé entero en su casa, y cumpliendo en todo como un hombre.

—¡Ostras, los de Jaén! —comprobó por debajo de la sábana con su mano fina de boticaria.

Y lo que le gusta a esta mujer que hablemos de literaturas después de hacer el amor:

—Es un cuento precioso, *neño*, verás qué contentos mis amiguines de *Rey Lagarto*.

Yo, callado.

—Y a lo mejor te lo ilustra Barjola, que todo lo de Asturias le presta.

Yo, azorrado.

El confort del aire acondicionado, la novedad de que esta vez nos viniéramos a echar la siesta después del arroz del domingo, lo sanota que está esta mujer... Y por qué no darme el gustazo de dejar plantado a Arosa, la de veces que el cabronazo silenció mis libros en el suplemento que todos sabemos.

Sesenta y cuatro caballos

Los Pereira (o Pereyra) que salen en las enciclopedias heráldicas se nos hacen algo molestos a quienes somos sus parientes de la rama pobre, y es por lo tacaños y esa manera que tienen de saludar, como si diesen los buenos días desde encima de la montura.

Ellos descienden derechamente de don Gonzalo Pereira, pero poco se parecen al antepasado dadivoso.

Lo escribió Pedro de Bracelos: Que teniendo el don Gonzalo treinta y dos caballos, en un solo día regaló todos a distintas personas. La cosa huele a invención y adorno.

Pero sigue la Crónica con que en ese mismo día los volvió a comprar don Gonzalo, aquellos treinta y dos caballos, para así poder regalarlos a otras tantas personas de su estima, y entonces el caso se hace creíble, porque a los bebedores del anochecer nos resulta más fácil aceptar lo enorme que lo mediano.

Me gusta contar
(1999)

Aquella revolución

Qué octubre más raro. Los carros de la vendimia hacían sus trasiegos con toda la prisa que se puede pedir a los bueyes, como si los amos temiesen que otras manos vinieran a apoderarse de los racimos. Deprisa y, además, sin canciones. La gente miraba de lado. La gente murmuraba como si todo el día fuese una misa. Algunos veraneantes se habían retrasado y ahora no podían marchar. En el cine tenían que repetir la misma película.

—Dicen que vienen por Fabero.

Para los chicos no era malo. Había que ir a clase, pero hiciéramos lo que hiciéramos nadie nos castigaba.

—Dicen que pasan de cien.

—¡Trescientos!

Solo en el casino de los señores se estaba como si tal cosa. Decían que, aunque los otros fuesen mil, no tenían coroneles ni nada. Ni mapas. Y si tenían mapas qué más daba, si no los sabían entender.

Una tarde —mediada iría, según recuerdo la luz— todo lo que compone la plaza empezó a tomar un aire de expectación temerosa, el redondel sin nadie, los bancos vacíos, el frontis del Ayuntamiento, la farmacia del doctor Cela, «análisis clínicos, especialidades». Algunos transeúntes, pocos, pasaban deprisa, se detenían un instante, volvían a andar, todo con los mínimos balbuceos de hojas desgobernadas por el viento. Los serenos de día habían desaparecido. Yo los imaginé muy adentro, hacia los cuartos consistoriales y trasteros.

Las columnas de los soportales, ahora me doy cuenta, estaban ligeramente torcidas como las pintan los pintores para ponerse dramáticos. Y en el aire un no sé qué de incierto, tal una historia de esos narradores que al acabar su cuento, qué manía, nos salen con que estaban soñando.

Sin embargo, una cortina de chapa ondulada confirmaba el estado de realidad cayendo como un párpado —solo que con ruido— sobre el escaparate provocador de los almíbares.

Se apresuraba un rezagado:

—Están muy cerca. Desde allí se oyen los caballos.

Señalaba para las viñas altas.

—El castillo del conde no lo pasarán.

En el castillo del conde estaban ya los guardias, los concejales constituidos en sesión permanente y hasta los furtivos de puntería más fina. También los señores del casino, al fin, marchaban para allá, pero tranquilos, disimulando la urgencia. Llevaban las sarasquetas con incrustaciones del tiro de pichón, y algunas botellas de anís del mono.

Los últimos en cruzar la plaza fueron dos perros. En una esquina se pararon, íntimos, a olerse. Pero no había chicos que apedrearan y a los canes se les negaron los reflejos. Por la calle de Atrás marcharon, impotentes y cabizbajos.

Ya era el vacío absoluto. Pero yo no estuve solo, verdaderamente solo, hasta que no acabaron de echarse todos los visillos, de cerrarse todas las contras. Entonces, sí.

Pensé que me había pasado (de valiente). En realidad es que me había embobado. Lo que yo tenía que hacer en la plaza era lo del aceite de ricino para mi hermano, pero en aquella ocasión extraña, turbadora, una purga me pareció la mayor trivialidad.

Me apresuré.

Era mi pueblo y podría andarlo con una venda en los ojos: solo con la costumbre de los pies, el tacto de las manos, el sonar de las losas; por el olor, incluso, de los zaguanes, de los conventos, de los palacios y las rinconadas. Marché a salvarme por la calle de las Tiendas. Pero estaba una valla en forma de equis, como tachando el paso. La de Atrás se había cerrado detrás de los perros, y parecido las otras calles, todas con barricadas.

Era verdad que se oían los caballos.

Resulta una sensación de mucha angustia la de estar cercado. La había soñado alguna vez, pero vivido nunca. Todos los portales estaban detrás de mí, cerrados a madera y bronce. Me puse a andar las puertas de una en una, llamando con los llamadores. Había manos doradas, argollas, cabezas leonas, pomos con cardenillo, siempre formas inútiles, porque nadie les daba respuesta. Y eso que sonaban con escándalo en el silencio redondo de la plaza.

De pronto el mundo se hizo hospitalario, empezó a blandearse a mis espaldas. Era una puerta cristalera de bisagras engrasadas, amigas. Fui volviéndome poco a poco, tanteando con la mano incrédula. Detrás de los vidrios había alambres transversales con pinzas de la ropa que sujetaban periódicos y revistas —los de entonces, claro—: el *Ahora*, *El Sol*, *La Crónica* con una foto artística por Manasé.

Entré en lo negro y percibí a mi tío Tomás, impresor y librero. No sé cómo podía leer con tan poca luz.

—Los caballos —le avisé.

Él no dijo nada, siguió leyendo. Él nunca me decía nada, ni siquiera cuando yo hice la primera comunión y me regaló un tea-trillo de cartón, la batalla de Castillejos.

Además de los periódicos estaban los libros. A ver si me acuerdo. *Cantos de Maldoror*, *Las tres gracias*, de Cansinos-Assens, muchos de Hernández-Catá —algo tenían que ver con una jirafa—, los de Vargas Vila... Yo solía explorarlos en un rincón pecaminoso, a medias los que venían sin cortar. Ahora, ni por nada del mundo, tan cerca los caballos.

Él, sí. El tío Tomás —conseguí descifrarlo— estaba leyendo *Mis prisiones*, S. Pellico. Leía en todas partes, incluso andando por la calle. Y esperando al tren que le traía los periódicos («Fuera de valija»), sentado en cualquier ladera donde se viera la estación. Ni siquiera se movió cuando toda la plaza se llenó de las chispas de las herraduras.

Yo me había recogido en un sitio oscuro, el del estante de los devocionarios. Luego tuve más miedo y me metí en lo que propiamente es la imprenta.

Olía a tinta y a papel tendencioso, barato.

A mí me gustaba siempre aquel olor. Y contemplar la caja de los adornos. Podían combinarse buen número de grecas y cenefas, hacer bonitas orlas para los prospectos y las rifas de las fiestas. Lástima que la máquina fuese pequeña, de 35 por 23. Si el anuncio era grande, había que hacerlo en dos veces y a lo mejor no casaban.

Ahora, cualquiera pensaba en eso. Con lo que estaba pasando afuera.

Tardaron en venir.

Primero fueron con sus mil años de sed contra las lunas del bar. Luego saltaron los cierres del Banco —pero antes la Tabacalera—, requisaron sombreros con cintas y corbatas chillonas. La revolución.

Cuando dieron en nuestra puerta cristalera ya venían saciados. Traían las caras ensudoradas y feroces, pero se engatusaron con las postales de colores, las más románticas.

No nos hicieron nada. Ni siquiera interrumpieron al tío Tomás, que seguía leyendo.

Solo al marcharse:

Fue el último de todos, aquel distinto que no llevaba arma ni cinturón ancho con hebilla, el de la mirada religiosa y dulce.

A él no le importaban las postales. Solo husmeó un poco en los libros. Luego me apartó suave y empezó a sacar las cajas de la tipografía como si entendiera el oficio: las grandes de los tipos comunes, las medianas de las letras de adorno, las pequeñas con las titulares mayúsculas. Según iban saliendo él vaciaba el contenido de los cajetines en el suelo y en el montón se empastelaban los signos del alfabeto, las redondas y cursivas, las negritas gritadoras, las versales y las minúsculas.

—Todas las palabras del mundo —dijo. Con un odio medido, sin alzar la voz.

Parecía un místico. Dicen que son los más peligrosos.

No sonó corneta pero supimos que mandaban retirada. Hubo una impaciencia de metales en la plaza y al fin se llenó el anochecer de un gran silencio. Tímida luz rojiza empezaba a crecer en el filamento de las bombillas.

Entonces sentí en los huesos la voz desacostumbrada del tío Tomás, aunque él no había dejado el libro ni la postura, le gustaba mucho Silvio Pellico. Habló lo indispensable:

—En un año no habrá *Parroquial Berciana*.

Pareció que se le quitaba un peso de encima.

En seguida empezó a crecer en la plaza un río de rumores. (Por los laterales, derecha e izquierda, las del espectador, van saliendo los serenos de día, tenderos, el director del Banco Urquijo, voces vecinales.) Todavía no sé por qué entonces me acordé del teatro,

de cuando dieron *El santo de la Isidra* y el coro no cabía en el escenario.

Pero ya los defensores del castillo del conde acudían rabiosos, tirando al aire escopetazos y denuestos porque los caballos no habían entrado de frente sino con astucia, por el olvidado callejón de Pino.

Y el abad de la colegiata sentenció aquello, que los hijos de las tinieblas son más listos que los hijos de la luz.

La creación

Se acabó. Se acabó aquello de que los de nuestro pueblo encontráramos empleo en Madrid en esta empresa gigante. Pepe Ramos tiraba de sus paisanos, él había llegado alto en la plantilla, como si dijéramos el amo de la noche, cuando los grandes almacenes tienen un trájín que nadie de fuera puede imaginarse.

Los furgones entran discretamente por la calle lateral y enfilan la rampa que lleva a los muelles subterráneos; la consigna es hacerlo con el menor ruido, aunque el público comprenderá que las camisas y los zapatos y las montañas de pantalones vaqueros y las mochilas y los televisores y los espejos y las mantas zamoranas y los vestidos de novia y los cochecitos de niño y los balones de reglamento y los refrescos y las hortalizas de alguna manera tienen que reponerse cada noche en cada sección, después del saqueo que son las ventas del día antes, una millonada.

La noche del 11 al 12 de diciembre de 1987 los engranajes del sistema funcionaban a tope, nadie recordaría la fecha exacta si no fuera la cola que trajo. Se echaba encima la Navidad. Los montacargas arriba y abajo, desde los muelles de descarga de los furgones a la planta que correspondiera.

—¡Primera!

—¡Recibido y O. K.!

La primera con el Hogar Textil, después la dos Todo para los Niños, la tres Todo para el Caballero, así hasta la planta undécima, y lo mismo la bajada a los sótanos: sótano primero, sótano segundo, donde se trabajan los objetos de mucho peso y volumen.

Los encargados de área comprobaban, cruzaban cada partida en los albaranes que pronto serían tecleados en los ordenadores. Y el señor Ramos, o sea nuestro Pepe Ramos, controlándolo todo. Él mismo subía o bajaba según iban surgiendo dudas y

problemas, lo veías con su cara de místico arrinconado en una esquinita del elevador como si no fuera nadie en la Casa y era como Dios, los códigos de todos los artículos nacionales y extranjeros estaban en la cabeza de este hombre.

Aquella noche, como todas las noches, los grandes almacenes quedaron listos por dentro, como un barco que fuera a ser abordado por miles de pasajeros impacientes y revolvedores. Pero aún faltaban horas para que en las cajas registradoras empezara a recogerse el fruto de nuestro trabajo.

Pepe Ramos debería haberse marchado a casa a dormir igual que hicimos los demás del turno. Pero se quedó. Lo que se sabe del caso es por su declaración; y por la psicóloga, ya se le habían visto rarezas como la de hacerse algo de Jehová, por menos de nada el Pepe Ramos te regalaba una Biblia.

La idea le vino en el cuarto de máquinas, donde están los pulsadores y las palancas que gobiernan la Casa. Mirándolo bien, el cuarto de máquinas es más importante que el despacho alfombrado del director. Lo primero que hizo Pepe Ramos fue dar las luces todas, en la fachada principal brotó de golpe la estrella de los Magos de Oriente, se encendieron los escaparates y los miles de focos como si hubiera salido el sol. El jefe de noche se arrellanó en el asiento giratorio que hay allí, él siempre fue modesto, pero dice que esta vez se sintió con un poder que a él mismo le daba miedo y estuvo mucho rato pensando.

A lo mejor no hubiera ocurrido más nada. Pero Ramos miró para la calle desierta, a aquella hora nocturna pasaban pocos coches y alguna ambulancia para los hospitales, y de pronto vio allí abajo un vendedor del periódico de los Sin Techo, el hombre cogía su sitio como cada mañana junto al paso de peatones. Luego fueron acudiendo los que te piden la firma para el sida cerca de la entrada principal, los que ofrecen horóscopos, una mujer con unos manojos de claveles. Será que esta gente duerme con un ojo cerrado y el otro abierto, sin apartarse mucho del coloso que les da la vida.

Después de haber estudiado en el seminario, Ramos se hizo perito industrial o ingeniero técnico, conque sabía cómo había que actuar. Actuó y se hizo el movimiento, se pusieron en marcha las escaleras rodantes, la ventilación, el aire caliente. Por las avenidas que dan al chaflán del edificio se apresuraban unos compradores de los que quieren tocar el género antes que nadie, los vendedores y las vendedoras de la propia Casa iban llegando a su jornada laboral con un aire cansado como si fuera lunes.

El hombre que sabía todos los códigos contempló su obra y se sintió satisfecho. Accionó el mando que más le tentaba y de par en par se abrieron las puertas al público. Eran las 5:47, y si alguien se extraña de que tantos despertadores en Madrid hubieran sonado con adelanto, Pepe Ramos con el aire más natural del mundo te recita que el día séptimo terminó la obra que había hecho, capítulo tal versículo cual. Alguna parida así.

Las nieblas de la Purísima

Para Antonio Linage

La casa que fuera de mis abuelos en el valle del Valcarce se venía abajo por el peso de los años. Yo no tenía para pagar a los retejadores ni la contribución. La invención de las autonomías y toda esa historia me trajo propuestas tentadoras. Si yo consentía en abrir la casa a turistas tendría exenciones e incluso subvenciones. Baños nuevos, instalación eléctrica para que los plomos no saltasen a cada paso y calefacción, ¡calefacción en toda la casa! Rellené papeles y firmé y puse mi DNI. A la casa familiar en Los Mazos del Valcarce la pusieron en las guías de alojamientos rurales. A mí me quedaba un área suficiente para uso personal, y la esperanza de que con las malas comunicaciones apenas si funcionaría la hipoteca de recibir huéspedes. Una esperanza fundada, como se vio muy pronto, y más al acabarse aquel verano, que era el primero de mi compromiso.

Un anochecer de diciembre, cuando era impensable que se presentase nadie, aquel viajero apareció como un fantasma. No se había oído ningún coche, el viajero no venía a caballo ni en bicicleta ni en moto, y era raro que caminara a pie con aquella maleta que parecía pesada, como solo puede serlo una maleta de libros. Y con la carretera y el pueblo y la casa metidos en un pozo de niebla. Sobre todo la niebla. Se quitó la capa, una prenda cortesana como de Amigos de la Capa, y echó una mirada alrededor como quien toma tierra y necesita orientarse. Luego palpó nervioso los bolsillos de su ropa, el ademán de quien comprueba: cartera, papeles, quizá las pastillas que casi todos llevamos. Se acercó al fuego de troncos de roble que ardía en la chimenea. Donde yo esté, ni yo ni mis prójimos pasaremos frío. Avivé la lumbre con el atizador, antes de poner en marcha la caldera central. En cuanto a cargar con la maleta hasta la habitación, confieso que me hice el desentendido. Podría haberme excusado con que «la Casa tiene poco personal». Pepa de Cantos, y gracias, que me cocinaba y hacía una limpieza poco fanática.

—Hay pote de berzas y costillas de cerdo adobadas —rezongó la mujer cuando vino para dejar preparada la cena.

—¿Y escabeche? —se me ocurrió.

—Truchas —Pepa de Cantos era lacónica cuando algo le parecía un disparate.

Mandé añadir unas truchas en escabeche, de estar metido en este negocio me gustaba quedar como un caballero, y así me lucía el pelo a la hora de hacer balance. Con naturalidad nos sentamos juntos a la mesa el hostelero y el huésped inesperado.

Pero nos tratábamos con ceremonia:

—Sírvase usted, señor.

Y él a mí:

—Es usted muy amable, este caldo resucita a un muerto.

El huésped era frugal. Repitió del caldo, alabó el pan, mitad trigo mitad centeno, pero las costillas las rehusó sin apelación. Tampoco iba a entrarles a las truchas, pero de pronto se animó a probarlas. Fue cuando le dije que eran pescadas (capturadas) con ingenio por los monjes de Orivia y comercializadas en Sarria, quizá con participación del convento.

—*Ora et labora*—sentenció sin la falsa unción de los clérigos, y poco después me dio las buenas noches en latín, bromeando y con la facilidad de quien lo tuviera de lengua materna y de diario.

Yo llevaba tiempo sin relacionarme con gente que pudiera decirse afín. Me quedé a solas junto al fuego que a esas horas presidía la vida menguante de la casa, pensativo, bebiendo. Bebiendo más que en otras épocas del año, ahora por culpa de la meteorología. Y solo estábamos en el tercer día, se dice «las nieblas de la Purísima» porque ocurren invariablemente alrededor del 8 de diciembre, justo un novenario de nieblas bajas algodónando de un gris opresor el curso del río y sus alrededores. Es un tiempo de trabajo para los loqueros de Ponferrada y las ambulancias todo terreno, mejor prevenirse uno mismo con un vino decente. Otra medicina: escribir eso que llaman creación, cuentos o poemas, mejor poemas. Pero lo escrito en vigiliass así podían ser arrebatos que no decían nada en la tardía mañana siguiente, como si la luz que se colaba por las ventanas, mínima incluso a la hora del mediodía, bastara para borrar el texto nacido en el desorden.

El cuarto día. El quinto día. El sexto día de la novena.

—Me alegro de que se encuentre bien en la casa, puede quedarse el tiempo que quiera.

Debería haberle propuesto que nos tuteásemos.

—Si por mí fuera me quedaría para siempre —aseguró él con mucha firmeza—. Pero no miremos el calendario.

Vivíamos todo el día como si fuera noche cerrada, encendidas las luces eléctricas.

—Incluso con este tiempo le envidio a usted su forma de vida —dijo—. Y no diré que cambiaría la mía por la suya, porque usted saldría perdiendo y sería engañarle.

Yo le había contado ya mi aventura. En Madrid vivía en un piso de Malasaña, encima de un pub con música horrible y macarras, y veía crecer el ejemplo de gente de pluma que se aísla en una aldea o en un caserío, con el recurso del ordenador y el fax para comunicar con su editor o su agente literario. En mi caso sería con el periódico, unas colaboraciones medio fijas con las que salía adelante. Me instalé en Los Mazos con voluntad de permanencia y dejé una invitación a contados amigos íntimos: que podían venir a verme y quedarse algún tiempo. Solo me vino uno y para un trasnoche, aunque en las tertulias madrileñas hacían ellos mucho menosprecio de corte y alabanza de aldea.

—Tampoco era sincero el fraile Guevara —dijo el huésped—, que más anduvo por Toledo o Granada o Valencia que por los curatos de las diócesis en que fuera obispo —su voz se hizo más grave al entrar en la reflexión propia—: la vida serena, la del hombre que ama de veras la intimidad consigo mismo, eso, amigo mío, es un carisma y no a todos se les concede.

Él madrugaba y salía de la casa, ahora con una zamarra tosca de punto de lana, y daba

paseos largos por la ribera, aunque la niebla no le dejaría ver más allá de unos metros. Otras horas del día las pasaba en su cuarto sin dar más señales de vida que periódicos y breves pasos que la tarima recién restaurada dejaba oír, probables treguas en la lectura, quizás en la escritura de qué sé yo qué. Mi condición de hostelero era postiza, pero supuse la regla sagrada de que en su cuarto tiene el huésped un recinto inviolable. Yo andaba a lo mío, no podía decirse que vivir en Los Mazos del Val—carce fuera estar en el ombligo del mundo, pero me bastaba ver y escuchar los noticiarios del día para despachar mis artículos de opinión. Una noche oí que en una tertulia de la radio me aludían: «Ese periodista que escribe pegado al terreno», y todavía me dura la risa. El almuerzo lo hacía cada cual a su aire, lacón frío o empanada que Pepa de Cantos nos dejaba a mano. La cena, en cambio, nos reunía a los dos hombres de la casa.

Es la hora de mi buen apetito, un poco me fastidiaba la frugalidad del otro, casi ostentosa. Después del caldo, pan y queso de cabra bastaban para contentarlo. De acuerdo, pan y queso de cabra no es una mala coyunda. ¡Pero regados con vino! El hombre que tenía enfrente, ni olerlo. Hablábamos o callábamos, lo que significa sentirse a gusto, cada cual con su independencia. Sin mujeres, sin las presiones de una familia. Que a los dos nos sobraran las mujeres no nos lo llegamos a decir claramente, pero sí recuerdo rasgos que fuimos confesándonos y que en algunas cosas hacían que nos pareciésemos. Su padre era apasionado y brusco; mi padre tenía momentos de cólera irreverente, atenuada por eufemismos («¡Cristo negro!» —juraba mi padre—, y como Cristo había sido blanco...). El huésped, de niño, admiraba los trenes. En mí fueron afición que todavía revivo. Y su fantasía infantil de la Virgen que se te aparece, ¡como la mía!

Pero, más que nada, la misma desazón por haber dedicado nuestra vida, o una parte importante de nuestra vida, a quehaceres que no se correspondían con nuestras ilusiones. De mi caso no quiero hablar. El huésped no aclaró en qué se ocupaba realmente, deduje que en algo liberal y rentable, pero más se veía en él al intelectual puro, al historiador fiel o al poeta inventor de sueños.

El día octavo de la novena, como aquí se sabe de generación en generación, las nieblas pesan físicamente como una losa y pueden machacar los nervios más templados. Pero también ocurre que en la primera hora de la tarde están en el nivel más bajo, y un alpinismo no muy arduo basta para liberarse de la humedad ominosa.

—¿Le importa que el paseo de hoy lo hagamos juntos y cuesta arriba? Hay algo que me gustaría enseñarle.

Accedió al momento, le presté un bastón fino e historiado que trajo de Cuba un militar de nuestra familia y para mí eché mano de una cachaba ordinaria comprada en el San Miguel de Caca—belos. El huésped tendría como sesenta años y trepaba con una facilidad envidiable.

—Por estos caminos anduvieron hace siglos los eremitas —dijo. Y unos versos romanceados y de sabor lejano—: Por la cuesta de Pradela / va San Valerio / con un cayado en la mano / y un libro por compañero...

Era una voz abadenga que sonaba con autoridad entre las peñas apenas visibles, como

si el que venía por la trocha detrás de mí fuera el mitrado de Carracedo, y la espesura se hizo aún mayor cuando recitó en latín, entre las nieblas sonaba y resonaba el testimonio de nuestra Etheria o Egeria, una viuda de pelo en pecho que en tiempos remotos se largó de turista hasta Jerusalén y Constantinopla, *Itaque ergo duxit me primum ad palatium Aggari regis...*

Pero ya alcanzábamos lo alto, el mundo se aclaraba poco a poco, luego fue una explosión del sol que solo para nosotros los del valle había dejado de existir durante días y ahora nos decía: aquí he estado siempre, y nos cegaba. La luz. El calor. Incluso el olor del sol. Todo por debajo de nosotros era un mar, pero mirado desde aquí era un mar muy limpio, y en el horizonte más alejado lo surcaban barcos fantásticos, por si no fuera bastante la belleza intocada de las nubes. Los mástiles que allá sobresalían eran torres, yo sabía qué torres principales y las desgranaba: la torre de la colegiata de Villafranca con campanas que voltearon por el virrey de Nápoles, la torre de San Nicolás el Real, los torreones del castillo de Peña Ramiro...

Por suerte, al bolsillo del pantalón me había echado la petaca del coñac. A hurtadillas le pegué un tiento, se me serenó el discurso, no me gusta ponerme retórico. Nos sentamos en unas piedras altas, puestos a mirar, también a que el sol nos mirase a nosotros. Un perrillo sin raza –un perrillo mil leches– vino de no se sabe dónde y se nos acercó con jugueteos tímidos.

Vi que mi acompañante se enternecía con el chucho.

–¿Usted cree en la resurrección de los perros?

No recuerdo mi respuesta. Ni siquiera si hubo respuesta. Le gustaba proponer enigmas que quedaban bailando en el aire, como las partículas de polvo en una rendija de luz.

En cierto momento el perro canero ladró hacia el cielo y esto no lo había visto yo nunca: ladrarle a un coche, a una bicicleta, a una moto, sí. Pero a un avión. El aparato dejaba atrás una estela blanca de geometría perfecta y de vez en cuando el fuselaje brillaba fugazmente como si nos hiciese un guiño. Miré el reloj:

–Es el vuelo Madrid-Santiago.

El avión iría cargado de pasajeros que ignoraban nuestra pequeñez en la montaña encendida.

–Y cartas –dijo mi compañero de escalada–, seguro que también lleva correo. Las cartas, los viajes. Tengo cartas del capellán de un penal paraguayo, ese sí que es un lugar solitario, acaso el paraje más solitario del planeta. De Mandela, escritas en su reclusión, que tampoco era un sitio muy acompañado. O del benedictino más viejo de toda la orden, ciento seis años y su caligrafía un primor.

Yo pensaba en los ámbitos que hasta hace poco tiempo fueron mi vida, en el periodismo de primera línea, entonces sí, metido en la acción. Las palabras del huésped me estaban trayendo nostalgia del mundo.

Y en seguida, nostalgia de Madrid. Tal como suena, de Madrid, cuando le escuché el recordatorio de sus taras urbanas:

–¡Allí no se puede vivir!

Se ha dicho mil veces y se seguirá diciendo. Pero él lo remachaba:

—¡Usted ha sabido liberarse a tiempo!

Madrid es horrible, una ciudad donde todos desayunamos en las cafeterías pisando papeles sin barrer y hablando muy alto, pero el relator que tenía a mi lado en la soledad agreste seguía el tío en ese Madrid, moviéndose en el Madrid de todo el año por el Círculo y el café tan literario donde a mí me habrían olvidado los camareros, y asistía a no sé qué comidas de los marcianos en la Quinta del Sordo, había viernes en que se sentaba a la larga mesa amical de una tertulia que llaman Contra Aquello y Esto, y la Peña Chicote, y los Amigos de Julio Camba, todo en la capital más ensordecedora y desordenada de Europa, en la más animada y conviviente y difícil de olvidar...

El sol empezaba a ponerse y emprendimos el descenso perezoso. Marchábamos uno detrás del otro, cada cual con sus pensamientos callados. La entrada en el pozo fue de repente y sentimos como un golpe en el pecho. Era la misma niebla que habíamos dejado poco antes, pero nosotros volvíamos distintos. No me pregunten por qué estoy hablando en plural de nuestros sentimientos. En la cena mi compañero se apartó a llamar por teléfono. La mañana siguiente desperté más tarde que nunca (aquella noche había bebido más que nunca), y Pepa de Cantos me avisó de que el cliente se nos había largado. En la habitación número 4 encontré una *Vida de Prisciliano* que me dedicaba el autor y un manojo de separatas también dedicadas. Del importe del hospedaje, ni acordarse, y no me chocó para nada.

—Se fue en un coche que conducía una señorita rubia —puntualizó Pepa de Cantos—, en el coche iba también un perro de casa rica y llevaban las luces amarillas abriendo la niebla.

Conque el huésped llegaría a Madrid con tiempo para ir al Gijón. Presentí que en mi ostracismo empezaba mi cuenta atrás.

Cuentos de la Cábila

(2000)

A Juan Carlos Mestre

El toque de obispo

Mi padre era económico, no digo tacaño, y si en casa había que coger el tren se viajaba en tercera. Por esto fue una fiesta la vez que los dos cenamos en el vagón-restaurante, como un par de personajes.

Era por los días más largos del año y a media tarde habíamos salido de casa bajo un sol que pegaba duro. El correo de Galicia llegó con retraso al trasbordo de Toral, y tan lleno que nos costó trabajo meternos. Luego, ya camino del puerto de montaña, el tren se paraba a cada poco, por el mal estado de la vía. Íbamos en el pasillo de nuestra clase, pensar en un asiento aunque fuera el borde de una maleta sería mucha fantasía. Mi padre me miraba con preocupación, sudoroso yo en mi trajecillo de mocete. Él era fuerte de haber martillado el hierro en la fragua de los abuelos y aunque fuera en traje de vestir se le notaba la musculatura.

Un empleado de chaquetilla blanca se abría paso avisando con una campanilla. Mi padre me miró y esta vez era con compasión. Sin levantar mucho la voz, como si no quisiera que los otros viajeros se enteraran, le dijo al empleado que nos apuntara para el primer turno de la cena.

—Si es para el primer turno, los señores pueden pasar a sentarse —dijo el de la chaquetilla.

Anduvimos pasillos de coches alfombrados, menos llenos que los de tercera. En el restaurante había ventiladores. Rodábamos por la minería tristona del carbón, pero allí dentro te veías en un escenario de espejos y marquetería, y a mayores el mundo fascinante de los idiomas extranjeros, *Companhia Internacional dos Grandes Expressos Europeus*.

—Aquí se cena temprano como en los barcos —dijo mi padre cuando nos sentamos a la mesa y el sol de poniente se resistía a dejarnos del todo.

—¿Usted ha ido alguna vez en barco? —le pregunté.

—Toda la vida es un viaje —con las respuestas de mi padre no siempre sabías a qué carta quedarte.

Trajeron un caldo poco sólido, aunque sí lo era el bol como de metal estañado. Tortilla francesa y un pescado pequeño. Mi padre tenía la curiosidad de mirar el culo de los platos y vasos para verles la marca de fábrica, y a los cuchillos de mesa les tentaba el filo con la yema del dedo. Me habló de la fábrica de loza de San Claudio, del cristal escogido que se requiere para los catavinos, del corte inigualable de los fabricantes de Solingen en Alemania...

Mi padre no tenía preparación literaria, pero sí un gusto por las expresiones realzadas. Lo atraían los calificativos «suntuosos». Este, precisamente: que en los programas de las fiestas —él era de la comisión— se anunciara «la suntuosa procesión del Santísimo Cristo». Los paisajes los quería «deleitosos». Y todavía más: «ubérrimos». Aprobaba mi inclinación hacia la literatura. Que leyera. Le enorgullecía que su chico pudiera escribir lo que él acaso tendría escrito si le hubiesen dado los conocimientos. Pero pensaba que la escritura era una afición llevadera con el comercio y tenía el empeño de que sus hijos estuviesen al tanto, acaso un día nuestra tienda fuese una firma almacenista para surtir a los ferreteros de la región. Ahora mismo, a donde íbamos era a Castrocontrigo, allí estaba el mejor fabricante de fuelles del país y mi padre quería comprarle toda la producción, doce fuelles diarios que se hacían con madera de castaño y la piel más flexible. Aquella tarde, por el ambiente o porque encartara así, yo sentí como si tuviera más cerca que nunca al autor de mis días.

Qué cursilada lo del autor de mis días. Es por no repetir tanto mi padre, mi padre. Había que dejar sitio a los comensales del segundo turno, y además el tren se acercaba a Astorga, donde teníamos casa de orden.

Salimos a la plataforma del vagón, y el olor a carbonilla no derrotaba al que venía de los trigales. La noche estaba estrellada, con una franja luminosa por el oeste que idealizaba las torres de la capital de los maragatos, la catedral, el palacio de cuento de hadas. Es verdad que era un junio hermoso y ubérrimo. Mi padre puso su mano en mi cabeza, pero en la familia no somos querenciosos y me revolvió el pelo para que no fuese a parecer una caricia. De pronto, el silbato de la máquina sonó con gravedad, casi solemne, un silbido largo y dos cortos.

—¿Has oído? —dijo mi padre—. ¡Es el maquinista, que ha hecho el toque de obispo!

–¿Y eso? –me admiré yo.

–Ellos tienen su código de señales, atención, atención especial, máquina de cola que se separa del tren. Y el toque de obispo, este es de reverencia cuando se acercan a una ciudad episcopal, de las que tienen obispo y no tienen gobernador civil. Astorga, Calahorra, Guadix...

La maravilla se repitió. Una señal profunda, declinante en sus tramos finales, donde la pompa parecía dar paso a una emoción que te apretaba el pecho, y ya entrábamos en agujas.

–Pero el toque de obispo –a mi padre le tiraba su origen– donde hay que oírlo es cuando el maquinista avista la insigne sede mitrada de Mondoñedo; a las ferias de San Lucas te he de llevar.

Luego supe que en Mondoñedo no hay tren, pero eso importa poco cuando la historia es bonita.

Un chico de la Cábila

En la ciudad hay dos zonas separadas por el río y la mía era la más populista y menestral, aunque en ella se contaran algunas excepciones de fuste. Por ejemplo, la residencia del autor de *Flores del Bierzo lozanas y mustias*, un *best seller*. También en nuestro barrio, que llaman el Otro Lado, y más intencionadamente la Cábila, tenían su casa solar dos miembros del alto clero, uno era por lo menos prelado doméstico y el otro casaba y descasaba en el Santo Tribunal de la Rota.

Con estas salvedades y pocas más, éramos gente que algunos señores de la plaza y su entorno miraban por encima del hombro.

No nos daba ningún complejo. Tampoco había para tener orgullo, pero lo teníamos. El barrio vivía. Herrador y veterinario, horno de pan, fontanero, sastre, la ferretería de mi padre con artículos de caza y pesca, estanco y buzón de correos, coloniales, un abogado más conciliador que pleitista, un zapatero ilustrado, una barbería moderna con agua corriente, el café amenizado por el dúo de pulso y púa, más algunas tabernas alegres de vino y escabeche... Y las monjas de clausura, encerradas en lo suyo de trabajar y rezar y, sin embargo, tan nuestras.

Todas las mañanas yo cruzaba el puente divisorio con los libros debajo del brazo, sin

cartera ni plumier, bajaba la cuesta angosta que en el siglo pasado liberaron de esquinzos para que pasara el carruaje de doña Isabel II, y ya estaba en la calle del Agua, sombría, con casonas y palacios abrumados de escudos. Los Toledo, los Osorio, los Pimentel. Allí me esperaba el colegio de don Manolo el cura. Pensándolo ahora, el cura era un poco clasista, se le veía pagado de que a su academia de profesor único (salvo su hermana, para el francés) fueran los hijos y las hijas de los señores principales, pero es justo decir que a todos nos trataba bien. A mí me trataba bien, de mí se decía por entonces que el rapaz prometía, sacaba buenas notas y eso le servía de propaganda al colegio. Creo, incluso, que don Manolo me quería.

En los primeros tiempos de la guerra yo andaba por el tercero y cuarto curso de bachillerato. Más que flaco era desgarrado. Soñaba despierto y me enamoraba con frecuencia. Pero el caso de Carmencita es que venía cantado, era la obviedad, claro destino manifiesto. Carmencita inauguraba en mi educación sentimental el mito de la forastera, que luego me daría amoríos y expansiones literarias. La niña aristócrata era frágil, era pálida, vestía un luto de huérfana de guerra sin alivio, y el riesgo de su anemia y la razón patriótica y el lustre de sus apellidos se unieron para que en el colegio se estableciera lo que nunca se había visto hasta entonces. A media mañana, una doncella de uniforme llegaba con un ponche reconstituyente en bandeja de plata, con su servilletita almidonada donde la triste limpiaba delicadamente los labios.

¿Se dan ustedes cuenta, señores de la sala? Los labios esos que digo ganaban en frescor y en vida mientras este cuitado se iba muriendo secreto con Garcilaso, «En tanto que de rosa y azucena / se muestra la color en vuestro gesto», quizá la mozuela no me miraba para nada, «y que vuestro mirar, ardiente, honesto, / enciende el corazón y lo refrena...».

Al fin decidí declararme, lo hice en documento mercantil. Con discreción escotábamos los alumnos para el santo del profesor, servidor era el encargado de la recaudación y extendí un papel donde afirmaba haber recibido tres pesetas (Pts. 3,00) de la hermosa, distinguida y adorable señorita Carmen de Tal y de Cual, tormento de mis días y mis noches, vehemencias así.

—Ah, no, hasta ahí podíamos llegar —debió de sentenciar rápido el reverendo, que interceptó el pliego que mi fervor había puesto en circulación; entre los chicos respetábamos esa forma de posta que viajaba de pupitre en pupitre hasta las manos de la interesada—. Este listillo del Otro Lado pretendiendo a la nobleza, a saber lo que dirían los (aquí el apellido ilustre).

No recuerdo en mi vida humillación más dura. Que me acercara a su mesa camilla. La mole negra y bronquítica de la sotana se levantó para la bofetada, una sola bofetada, quemante.

Creí que no lo perdonaría nunca, pero volví a llevarle a Correos sus artículos para *El Ideal Gallego*, sus autobiografías candorosas con novelas inéditas «en espera de un mecenas». También pensé que sin Carmencita no podría vivir, y ya ven.

San Policarpo

Para algunas encuestas te preguntan en qué edad puedes situar tu primerísimo recuerdo. Lo pienso y me veo de tres años, vestido de monaguillo, en el escenario del teatrillo del colegio de la Divina Pastora y la gente aplaude y me tira caramelos. Los demás recuerdos del colegio de párvulos se me aparecen menos borrosos, iba cumpliendo algún año más, todavía en camino hacia mi primera comunión.

Las monjas que me enseñaron a silabear, luego a leer y a hacer palotes, también a cantar cancioncillas algo tontas, atendían en el mismo edificio a lo que era hospital de Caridad. Más que enfermos había media docena de viejos tranquilos que en los corredores del patio tomaban el sol. Vinieron días en que las monjas andaban excitadas, mucho revuelo de tocas, y se supo que un señor hijo de nuestro pueblo, muy bueno y muy rico –como en un cuento– nos regalaba toda una capilla nueva. Ahora sé que aquel mecenazgo comprendía mejoras más importantes para la Casa, pero a mí lo que me encandilaba era la capilla.

Fue una etapa de fiebre. Al colegio llegaban los carreteros con sus carros que cargaban en la estación del tren y traían cajas prometedoras. Un niño soñador hace poco ruido y apenas ocupa sitio, conque me colocaba junto a los trabajadores. Vi desembalar tesoros. Vi aparecer a la Virgen del Carmen con su niño y el escapulario. A escondidas pude tocar la cara de san Antonio, que la tenía fría y suave. La vidriera de colores salió con muchos cuidados, también venía un cristal que no supe para qué era y se le fue de la mano al obrero y el hombre soltó una cosa horrible contra Dios, menos mal que no había ninguna monja. Y lo que más me gustó, un monaguillo de cuerpo entero, más alto que yo, con su ropón rojo y roquete y el cepillo que decía «Limosnas».

Pero lo más importante llegó unos días después. Para esto hizo falta un camión, y fue durante las vacaciones, de manera que cuando volví al colegio ya estaba en el medio del patio el enorme bulto enigmático. Todos se lo hablaban en voz baja: debajo de las telas y lonas cuidadosas estaba la estatua de Don Policarpo.

–¿Una imagen?

–Claro, sí, como si dijéramos –me dijo la sor pellizcándome la mejilla con algo de exceso.

Empezaron los preparativos para la fiesta, venía el organista de la colegiata a ensayarnos con el armonio y a los más pequeños nos iban a vestir de marineritos, «Somos los marineritos / que venimos de París / como somos chiquititos», no me acuerdo de más. Sí estoy viendo como si fuera ahora al obispo, al gobernador, a los guardias civiles de gala. Habían quitado las telas que tapaban la cosa, quedaba al desnudo la gran base de piedra, pero la parte importante, la de arriba, permanecía cubierta por la bandera de España. Hasta que alguien tiró de la cinta. Sonó la Marcha Real y soltaron

palomas.

—¡Viva Don Policarpo Herrero!

—¡Viva el prócer y benefactor de esta casa!

Era como el san Antonio o el san Francisco, pero sin colores, todo de piedra blanca y alrededor muchos ramos de flores. No entendí que a un personaje que tiene su altar, aunque fuera al aire libre del patio, le llamaran Don Policarpo. Decidí que para mí fuera San Policarpo, y más cuando hicieron postales con su fotografía, como quien dice estampas piadosas.

Lo que no había era su vida impresa. Cuando empezaron a gustarme las vidas de santos, yo mismo la imaginé: «El siervo de Dios Policarpo Herrero y Vázquez vio la luz el día tal del año de gracia de tal, y muy temprano se le notaron al bienaventurado infante las señales de su carácter devotísimo y ejemplar y el desprecio de los bienes terrenos». Muchos años después tuve acciones del Banco Herrero, hasta que las pagó bien la Caixa y con esto se acrecentó mi devoción.

Alcalde de barrio

A los siete años de mi edad vino la República y en mi casa vi la preocupación porque mi padre era monárquico y, además, alcalde de barrio. Él se quejaba de la indiferencia del ejército y de la Guardia Civil:

—¡Si el general Cavalcanti hubiera querido!

Yo estaba encantado de que todo fuera a cambiar, y si era para ver revoluciones, mejor.

Pero todas las mañanas había que levantarse para ir a la escuela, todos los días lavarse y enseñar que te habías lavado bien las orejas, y lo único que cambiaba eran los símbolos.

Los sellos de correos los estampaban sobre la cara del rey. En la escuela quitaron el retrato de Alfonso XIII y pusieron el de don Niceto Alcalá Zamora. En casa, cuando ya se vio que no nos fusilaban ni nada, se entró en la angustia por los colores de la bandera. Cuando el Cristo y otras fiestas religiosas, se adornaba el balcón con las colgaduras rojo y gualda, y ahora mi madre decidió que no íbamos a entrar por aquel horrible color morado, mejor una colcha bordada, que hasta había señoras de la plaza que ponían un

mantón de Manila.

Pero la tienda era un establecimiento público, no cabían alternativas. Los fabricantes de palas (La Basconia, Patricio Echevarría) tenían un consorcio y les ponían a esas herramientas la marca *Nacional*, con los colores oficiales en el mango. Había existencias antiguas con solo el rojo y el amarillo, y mi padre tuvo que pasar el trago de ir enmendando con tinta morada la franja que antes fuera legal y ahora se consideraba sediciosa; una pala, otra pala, todas las palas de la marca *Nacional*.

Un día volvía yo tan campante del colegio y noté una cosa rara al acercarme a casa, tardé algo en caer, como cuando ves a uno que siempre ha gastado bigote y se lo quita. Sobre el revoque de la fachada, junto a la puerta, estaba la señal que deja una placa cuando lleva allí muchos años y de pronto la arrancan. La placa desaparecida, rectangular, pequeña, decía ALCALDE DE BARRIO.

Era el símbolo de un cargo gratuito que no daba más que pejugueras, quizá levantarse de noche para dirimir una pelea entre borrachos.

La placa se la llevaron a un republicano que vivía cerca, en el Portazgo. Entré en la tienda y no vi que mi padre estuviera disgustado, solo más viejo.

La prevaricación

A las procesiones, que jalonaban el año desde enero con su Santo Tirso hasta la de Santa Lucía en diciembre, les salió la competencia de las manifestaciones. Una era el 14 de abril, a esa le tenía poco miedo la «gente de orden». La del Primero de Mayo era otro cantar, por si se juntaban los obreros de la fábrica de cemento o acudían refuerzos de mineros. Gritos y cánticos desafinados sí los hubo en esos recorridos, pero no llegó a romperse ni una farola.

Con esto de las manifestaciones pasó como con las elecciones, la libertad de expresión, las asambleas, que se pusieron de moda. Mi madre promovió una manifestación. Los chicos del Otro Lado llevábamos días y semanas sin escuela, que ya no se llamaba escuela del rey sino escuela nacional, y tanta vacación obligada era por falta de maestro. Los padres, y aún más las madres, estaban hartos de vernos a los chicos zanganear por la calle o el río, pero nadie se movía para remediarlo. Mi madre nos reunió a los chicos del barrio, era mujer de pelo en pecho y nos habló claro y con autoridad, que teníamos que

manifestarnos hasta el Ayuntamiento para ver al alcalde y que ni una voz más alta que otra, nada de risas ni de bromas ni de riñas entre nosotros, civismo, mucho civismo.

–Si van al Ayuntamiento, muda al chico de limpio –dijo mi padre, que no quería entrar en el fondo del asunto.

–De limpio, sí –dijo mi madre–; pero sin exagerar.

En el puente, que es ancho y abierto, me pareció que no éramos una masa. Se hablaba mucho del poder de las masas. Pero en las calles céntricas había que estrechar la formación y lucíamos más, a uno se le alegraba el corazón. En la calle del Doctor Arén fuimos reconocidos como lo que éramos. Los comerciantes salían a las puertas, acaso con la vara de medir en la mano o un corte de traje que le estuvieran enseñando al cliente:

–Una manifestación. Es una manifestación.

Los de la calle de Arén eran los comerciantes por excelencia, algunos tenían dependientes, y en las tardes de invierno que no fueran de feria o mercado paseaban muy señores por las Vegas aprovechando el sol.

–De estos chicos deberían aprender los mayores, son el porvenir.

En la puerta del Ayuntamiento había un par de municipales, con su uniforme avejentado, abúlicos. Les gustaría arrearnos con el chuzo, pienso yo, pero los tiempos habían cambiado. El más viejo –el más malo con los chicos, lo conocíamos bien– entró a decirle al alcalde que había una manifestación y que pedíamos audiencia. Tardó en salir y dijo que solo podía pasar el portavoz con un par de manifestantes más. Con esto no contábamos, ni había contado mi madre. El que hablaría sería mi menda, rápidamente se oyó la opinión unánime, los mismos que en el fútbol me llamaban chambón y me ponían detrás del portero «para las que pasen». Pero ahora no era un juego:

–¡Tú, habla tú por todos, que para eso se te da bien la redacción!

El alcalde republicano no nos mandó sentarnos a los comisionados, pero escuchó atentamente y hasta con respeto; en cambio, el secretario tenía una cara de sorna que te ponía nervioso. El alcalde dijo que el maestro titular tardaría en llegar y tomar posesión, pero que mañana a las nueve de la mañana tendríamos un maestro interino.

–¿A quién queréis que os ponga, a don Gabriel o a don Luis? –dijo los apellidos, los dos estaban recién salidos de la Normal y tenían que hacer las prácticas, en nuestro pueblo nos conocíamos todos–. Pensadlo bien, me gusta que los ciudadanos decidáis.

El plural no tenía sentido, yo sabía que mis dos compañeros de delegación no abrirían la boca ni aunque los aspasen. Don Gabriel era un fenómeno, lo mejor de su promoción, todos decían que no se iba a quedar en maestro de escuela y que llegaría a catedrático de Magisterio o inspector. Un ejemplo para la juventud sana, ni un vicio se le conocía. Don Luis era Luisito el de la Rúa Nueva, un vivalavirgen, por entonces rondaba a una de mis hermanas y a mí me pagaba el cine y me llevaba a los toros, a la plaza que armaban con tablas para las fiestas.

–Don Luis, que sea don Luis –le dije al alcalde, hablando por los treinta que habían confiado en mí.

La palabra prevaricar tardé muchos años en oírla.

La belleza terrible

Los ministros de Instrucción Pública debían de tener poco trabajo, como no fuera el de cambiarnos los planes de estudio. A los chicos que aprobáramos tercero y quisiéramos pasar al cuarto de bachiller nos ponían ahora una reválida. Los exámenes eran en la capital de la provincia. El profesor nos aleccionó sobre los peligros y engaños de las ciudades, y con él en cabeza nos metimos en el tren. Fue una tarde de junio como solo se ven en poniente, yo era sensible a esos regalos de la naturaleza y me sentía excitado. Y la emoción de lo desconocido, que mandaba sobre el temor a los catedráticos que nos esperaban.

Acampamos en la pensión, ya de noche, y un señor mayor que parecía huésped estable se fijó en mí y me pidió que le echara una carta en Correos. Quedaba a un paso, me dijo, solo llegar a la plaza y tirar a la izquierda. Le acepté el encargo (pero no la propina que quería darme) y marché silbando como si fuera de toda la vida un ciudadano de la capital. La plaza estaba oscura, y yo caminaba indiferente por el interior de los soportales. De pronto se acabaron los soportales y giré la cabeza, y encima de mí, aplastándome con su belleza y también con su enormidad, estaba la catedral. Creí morir. Nadie me había dicho que un ángel hermoso puede matarnos con su sombra, nadie me había hablado de Rilke. Las piernas temblorosas me llevaron hasta el buzón y de allí volví a la pensión mirando para el suelo, venciendo la tentación de enfrentarme otra vez con aquella maravilla, aquel pavor. Dormíamos tres chicos en una habitación y a la mañana siguiente me dijeron que deliré como si tuviera calentura.

A esos años se tienen muchas fuerzas. Los exámenes de tercero no se pasaron mal del todo. En el instituto de la capital querían que las matemáticas fueran *demostradas*, y de prisa y corriendo nos dio el profesor unas lecciones en su habitación, por ejemplo demostrar la semejanza de dos triángulos, una pamplina, porque a primera vista se advertía que los dos triángulos propuestos no podían ser más semejantes, yo diría que idénticos. Salvé con un aprobado. En las asignaturas que eran de memoria saqué nota. Al catedrático de Literatura le gustó mi comentario a la muerte de Miguel Servet en *Los Heterodoxos* y me animó a seguir por ese camino. Pero en el aula de Dibujo el examinador pretendió que con los utensilios de mi estuche flamante reprodujese la portada de un edificio clásico, todo curvas y columnas. Me llené las manos y la camisa y el alma de tinta china. Suspenso.

Nuestro profesor consiguió en Secretaría que me dejasen hacer la reválida, se ve que al Dibujo no lo tenían en mucha estima. Él había prometido a nuestros padres que nos enseñaría los monumentos de la ciudad, pero por culpa mía se perdió el tiempo en gestiones y a mí se me quitó un peso de encima, por nada del mundo quería verme otra vez frente a aquel espanto de piedra y sueño.

Pero *ella* me perseguía.

—Se supone que todos, señores, señoritas, conocen nuestra joya máxima, la catedral.

Nos habían dado a cada uno un pliego de papel de barba.

—Sí, sin duda —el vigilante interpretó el silencio como afirmación—. Los propios docentes comprendemos los sobresaltos de los cambios de plan, conque para esta reválida, que deseo aprueben sin excepción, no habrá más que este examen escrito. Redacten sobre la catedral, su estilo arquitectónico, las capillas, los motivos de las vidrieras, y al grano, todos los datos que sepan.

No es que se precipitara el rasguear de las plumas, pero se notó un alivio en el aula. Para mí fue al revés. Me sentía el estómago, empezaron a sudarme las manos. Con este malestar pasaron minutos, siglos. Ya iba a abandonar.

—Por favor, no se copien ustedes, señores, tengamos la fiesta en paz.

Yo no había copiado jamás a nadie. Yo era soberbio y pensaba que dejando aparte la debilidad de mis nervios, podía escribir mejor que cualquiera de aquellos mastuerzos (y mastuerzas) que llenaban el aula. Leía mucho, todo lo que caía en mis manos, y soñaba con ser escritor. Decidí quedarme en el pupitre y empezar mi carrera. En el papel sellado escribí cuatro palabras, las primeras que salieron de mi pluma con intención literaria: «La intrépida locomotora silbó». No a Rilke, pero al Campoamor de *El tren expreso* sí lo había leído, y a don Acacio Cáceres Prat, autor del libro titulado *El Vierzo*, y a Pemán que era muy admirado por mi padre. Relaté la salida en el pequeño tren camino del trasbordo en la estación de enlace, describí las feraces huertas y las viñas; y de cuando ya íbamos en el mixto (pero yo puse el exprés), la aspereza del puerto de montaña y el pavor de los túneles que pasábamos, hasta alcanzar el remanso de las riberas del Órbigo. Retórico y floreado, con demasías y cargado de tópicos.

Cuando tuve que dejarlo, era no solo un escritor, también un escritor malicioso: «Pido perdón al tribunal porque la falta de espacio me impide describir las maravillas de la *Pulchra Leonina* que el alma en vilo», en vilo o en vuelo, «no se cansa de contemplar».

Los niños muertos y todos los muertos

Los muertos nos educan a los vivos, uno les debe enseñanzas y la primera de ellas fue que no existe la blasfemia, que quien se desahoga gritando contra Dios es que cree en él

y de puro cabreado no está para racionalizar la ofensa. Pienso en el fogonero Mariño, que era de Monforte.

—¿Los fogoneros son todos de Monforte? —se me ocurrió preguntar un día.

—Este niño es tonto, no sé cómo puede sacar buenas notas y venir con estas simplezas.

Mi padre a veces era muy injusto, de verdad que los fogoneros y los maquinistas del tren son todos de Monforte de Lemos. Pero a lo que decíamos de las blasfemias. Yo iba a jugar con los hijos del fogonero en su casa, que es camino obligado hacia el cementerio, y apenas si nos deteníamos en el juego para ver la rutina de los entierros, muchos eran una pequeña cajita blanca, sobre todo en verano, que los niños se iban a puñados en diarreas. La negra le tocó a uno de los pequeños Mariños, que eran ciento y la madre, una criatura que llevaba poco tiempo en el mundo. Allí lo tenían en su cama, o sería en la cuna, el médico venía y marchaba diciendo que más no se podía hacer. Una tarde el niño se quedó tieso. Yo estaba en la casa. Uno de los chicos marchó a avisar al padre, que ese día libraba y había ido al café para distraerse. Vino el ferroviario, subió la escalera en unas zancadas y al ver al muertín se cagó en el de arriba, tiró la chaqueta encima de un baúl y se puso a llorar. Ese entierro no lo vimos pasar sino que salió del portal de la casa y yo fui con mis amigos Mariño llevando las cintas blancas de la cajita blanca.

En cambio, una enseñanza que bien podía haberseme evitado fue la de ayudar como monaguillo en los últimos sacramentos a la rentista nuestra vecina, la agonía de la señora resultaba demasiado próxima y no creo que un niño gane nada con tales visiones. Tiempo adelante fue la muerte de mi abuela Dolores y estuve en el velatorio. Como ella había alcanzado casi los cien años, no había muchos llantos, aunque sí cariño. Se habló de fantasmas, de resucitados y de enterrados vivos por apresuramiento. Lo que más me interesó fue la teoría de un señor que profetizó muy serio que con el tiempo podría sacársele a un enfermo toda la sangre del cuerpo y salvarlo poniéndole sangre nueva. Se rieron en sus barbas y le llamaron ignorante y loco.

Yo era ya un mocito cuando mi padre consintió en llevarme al entierro de don Aurelio, un cura de aldea en las montañas de Ancares. Era amigo de casa, como de la familia. Muy de vez en cuando bajaba a la ciudad, y podía ser que le tuviéramos algún paquete llegado a su nombre y que así no devengaba el almacenaje en la estación. «Velas litúrgicas Gauna.» Don Aurelio tenía fama de santo por toda la sierra fría y brava. Vivía en la pobreza. Salvo el gasto mínimo para el culto del Señor, todo se lo daba a los necesitados, aunque cualquiera de estos comía mejor caldo que su cura. Cuando llegamos a la aldea lo tenían en la iglesia, expuesto a la vista de los feligreses, vestido con todos los ornamentos como para decir misa. Estuve un rato mirándolo. Si él pudiera, me habría hablado como de vivo, muy dulce y humilde, sin levantar los ojos del suelo.

—No reces por él, rapaz, rézale a él como se hace con los santos —me tiró de la manga de la chaqueta una mujer arrodillada.

Asistieron varios curas del contorno, aunque el difunto les caía mal a algunos porque no pisaba las timbas y esa negación era ponerlos en evidencia. Acabado el funeral se marcharon a Balboa a comer por su cuenta, la casa de este muerto no estaba abastada

para un banquete de exequias. La cocina ennegrecida por la lumbre baja se llenó de gente que apremiaba a la que fuera ama del cura pidiéndole reliquias. Mi propia madre había encargado que se le llevara una reliquia de don Aurelio, una estampita que él usara, un trocito de sotana vieja.

Mi padre y yo esperábamos a que terminase el barullo de los devotos; yo, impaciente, no fuéramos a perder la camioneta de los forestales que por amistad nos devolvería a nuestro mundo. Al fin nos quedamos a solas con la servidora fiel. Estaba tranquila, pero hizo un corto planto por respeto a mi padre.

—Y esto que me encargó aquel bendito —dijo—, «el día que Dios me llame se lo llevas al señor Pepín».

Mi padre cogió el mandado y allí mismo le fue quitando la envoltura de anjeo hasta que apareció un revólver que vislumbré de buen calibre. Mi padre lo volvió a envolver deprisa y corriendo. Mi padre debería haber aprovechado para instruirme, la legítima defensa, pensé yo por mi cuenta.

La bombilla fiada

De entre los papeles ya inútiles que dejó mi padre, estimo el libro de los fiados, es como una historia que revive si se repasan objetos, precios, los nombres de las personas. La señora María la Gaitera estuvo muy destrozona en el año 1926, llegó a deber casi tres duros solo de alpargatas de vira, cinco pares, las que llevó el día de la Virgen de agosto se especifica que eran blancas. Gente de los oficios se marchó de este mundo dejando a deber paletas, paletines, alicates corta-alambres y otras herramientas. Otros fueron señores que no me atrevo a nombrar, mandaban al criado con una notita elegante: «Te agradeceré le des dos cajas de cartuchos n.º 16 fuego central de los que yo llevo, pagaré el martes». Mi padre —todo hay que decirlo— se olvidaba a veces de borrar cuando le pagaban la deuda, lo mismo que podía olvidarse de apuntar cuando llevaban el género.

Se cabreaba. Renegaba contra el vicio de «Apúntemelo, que ya pagaré otro día». Pero nunca cayó en la vulgaridad de poner cartel en plan gracioso, como el que se veía en otros negocios: HOY NO SE FÍA, MAÑANA SÍ. Lo que hacía era grandes propósitos restrictivos, juramentos de que aquella era la casa de tócame Roque y eso se había acabado para siempre.

Yo no tenía por qué dudar de la voluntad de mi padre.

Un domingo de invierno me quedé solo en la casa, contento de que nadie me estorbara para cubrir con lápices de colores los mapas mudos que nos habían dado en el colegio. Mis padres habían ido al cine, aquella tarde daban *El signo de la cruz*. Mi hermano y mis hermanas, a su aire. Yo estaba en mis glorias, con los pies en el brasero de la camilla y la seguridad de que nadie me mandaría cierra las contras de la sala o vete al estanco por sellos. Con mucho primor había hecho Castilla la Vieja, y ahora tenía delante de mis ojos el contorno de la región a la que pertenecíamos, León, con sus cinco provincias que se designaban y cantaban en un orden inmutable: León, Zamora, Salamanca, Valladolid y Palencia. Tocaron con timidez en el llamador del piso y me hice el desentendido. Volvieron a llamar y acudí sin miedo, por entonces todo quedaba abierto y las llaves puestas por fuera de las puertas.

—¿Está tu madre? —quería saber Paca la Tejedora.

—Estoy solo, estoy estudiando y te abro de milagro.

—Pues tú mismo, filliño, mira si puedes darme una bombilla que sea de pocas bujías, que la condenada acábaseme de fundir y no veo ni para rezar un rosario —lo decía con voz humilde, esta mujer que era la más pendenciera del barrio.

—No son horas, y además domingo y esto no es la botica —me daba gusto ponerle dificultades a la gente.

—¡Si estuviera tu madre! —suspiró Paca, y a mi padre no lo nombraba.

Cogí la llave de la tienda y bajamos, yo sabía dónde estaban las cosas de la electricidad y además me gustaba el comprobador de las lámparas, había que comprobar delante del cliente para que no vinieran luego con reclamaciones. Funcionó el invento, como siempre. Paca me dijo que se lo apuntase hasta el lunes o el martes, y yo le dije que de eso nada, que nuestra casa no era la casa de tócame Roque, que los precios eran fijos y las operaciones al contado.

A mis padres se lo conté cuando volvieron del cine. Mi padre dijo que bien, lo dijo distraído, todavía estaban impresionados por la película de los mártires de la fe. Pero apenas había empezado con su sopa de fideos cuando levantó la cabeza y me miró y dio un puñetazo en la mesa. Las iras de mi padre eran imprevisibles. Y terribles. Que una bombilla no era un lujo. Que la luz es de Dios y no se le podía negar a un cristiano. (Un cristiano, eso dijo, en el cine los leones se comían a los cristianos.) Yo enrojecí y más que de miedo era de indignación, no entendía que mi padre, el legislador, fuera el primero en romper sus propias leyes.

Fui obligado a la reparación inmediata, y esa última parte la cumplí llorando de rabia. Pero ahora me alegro al contarlo, me alegro de haber ido con una lámpara Osram de 110 voltios, 25 vatios, rosca Edison, cuesta arriba por los Tejedores, a las once de la noche de un domingo de invierno de mil novecientos treinta y tantos.

La República no era tan mala

Lo peor de la República fue que se quemaran iglesias y conventos, qué necesidad había. Y no lo digo por nadie de mi pueblo, donde no se molestó ni a uno de los cincuenta curas y frailes ni a una imagen sagrada. Lo más que por aquí se hizo fue cantar el himno de Riego en la Casa del Pueblo y en las tabernas, «Si los curas y frailes supieran la paliza que van a llevar», una letra espuria, «subirían al coro cantando: libertad, libertad, libertad».

Pero la República no era tan mala. Con el paso de los días o meses empezó a verse el Progreso. (Se escribía con mayúscula.) «Si se te cansa la vista / que te vea el oculista», aconsejaban los folletos que nos repartían en el preventorio. Y para el cagatorio, con un dibujo muy chusco: «Si a la misma hora vas / como un reloj marcharás». Casi te aburrían con la higiene. La fruta había que lavarla al chorro, pero no pelarla. Más los veranos pedagógicos y la gimnasia.

Y no todo era para el desarrollo físico. Vinieron compañías de teatro y danzas y a las funciones nos llevaban a los chicos de las escuelas.

—¿Pero cree usted, doña Tránsito, que son cantares para que los oigan unas criaturas?

A lo mejor era por aquellas coplas:

Pastor que estás enseñado
a dormir entre retamas,
si te casaras conmigo
durmieras en buena cama.

Cualquier cosa les parecía sicalíptica a las señoras de la plaza.

Las chicas, nuestras compañeras de clase, es verdad que andaban más sueltas de ropa y de costumbres, se sentaban de otra manera y se dejaban llevar en bicicleta. Los libros también tenían un olor a nuevo. La Enciclopedia de Dalmau Carles Pla enseñaba patriotismo y el amor a la nación, a las Bellas Artes y a las ciencias.

Esto es lo que uno veía de chico, y que los mayores vivían y se divertían. Estaban las gincanas automovilísticas, los bailes vermú. Eligieron *Miss* y Su Excelencia el Presidente de la República le mandó a la agraciada un espejo con marco de plata. Mi propia madre, pienso yo, habría tolerado la República si no hubieran quitado a Cristo de los sitios oficiales.

Por esto del crucifijo, a mi madre no le gustó nada que viniera a visitar «nuestra hidalga villa» (se decía mucho) un personaje como don Manuel Azaña. El político republicano quería visitar los monumentos artísticos.

Lo hacía en todos los sitios adonde iba con su séquito, y lo acogían bien o mal, según. En San Isidoro de León le habían puesto cojines y dio dinero para entarimar la biblioteca, pero en la catedral los canónigos le pusieron cojones (es lo que se contaba) y no

subvencionó nada. El Ayuntamiento de nuestra ciudad era hospitalario. Acordaron que se encargase mi padre.

—¿Y tú, es que vas a ir tú a enseñarle las iglesias de tu pueblo a ese ateo? —a pesar de todo, mi madre no dijo «el Verrugas».

Mi padre afirmó que, siendo él un monárquico hasta las cachas, sabía bien sus deberes de convivencia. Era áspero de carácter, pero en el fondo le tenía miedo a mi madre. Le preguntó qué traje y qué camisa debía ponerse para el caso y mi madre contestándole a regañadientes. Cuando ya iba por la puerta, volvió para una última cuestión, que si al personaje republicano debería ofrecerle el agua bendita cuando entraran en la colegiata y en San Francisco. Mi madre estaba planchando e hizo el ademán de tirarle la plancha de carbón a la cabeza, y con esas mi padre marchó a cumplir su deber cívico.

Definición de la guerra

Una mañana de julio me pilló la guerra. Me pilló con trece años recién cumplidos, en pantalón corto y volviendo a casa con el botijo de agua fresca de Trevijano. Los militares entraron por nuestro barrio. Era el ejército sublevado en Galicia, y al toparse con el cartel de entrada a nuestra ciudad, que es una ciudad nombrada y con juegos florales, se bajaron de las camionetas y recompusieron los uniformes, puede que se pasaran un peine, era la misma escena de las bandas de música forasteras cuando venían a las fiestas.

Luego, se pusieron a lo suyo. Avanzaron por la calle donde está nuestra casa, una fila bordeando el convento y otra por la acera de enfrente. Llevaban los fusiles dispuestos y avizoraban arriba y abajo, a un lado y a otro. Los de delante gastaban casco de acero, como si aquello fuera la Gran Guerra, pero los otros iban con gorro de cuartel. Se ve que no hubo cascos para todos.

Lo prudente era remeterse para dentro de casa, pero la curiosidad mandaba más que la prudencia. El más lanzado fue el señor Guillermo Martínez, ahí queda su nombre para la Historia, que estaba en el corredor de su casa y gritó un viva a España.

—¡Viva España! —sonó el vozarrón del hombre, y más adelante se lo alabaron algunos en el barrio, como si hubiese afrontado un riesgo con aquel gesto que parecía tan legal.

Unos instantes tardaron en contestarle. El teniente que iba en cabeza de la formación

llevaba en la mano su pistola desenfundada, la levantó hacia el corredor del espontáneo y todos respiramos al ver que era en plan de saludo:

—¡Viva España y viva la República! —todavía la República.

El oficial lo dijo como de trámite, ni comparación con el entusiasmo del paisano.

La compañía, o lo que fuera, se cerraba con una ametralladora. Terminaron de pasar por nuestra calle y siguieron por el viaducto, camino del centro urbano. Fue desaparecer el último soldado y los vecinos salieron a la calle y se hicieron corrillos. Unos hablaban a favor y otros en contra de que los militares se metieran en nuestras vidas. El señor Guillermo argumentó que con la fuerza armada se acabarían las zozobras de los últimos tiempos, lo de andar a palos las derechas contra las izquierdas y viceversa. Yo quería verlo todo con mis ojos y abrir bien las orejas. Me moría de ganas de ir a la plaza, allí estaba el Ayuntamiento y la Casa del Pueblo, le dije a mi padre si quería que fuese por el periódico.

—Quietos en casa, que a ninguno se os ocurra cruzar el puente.

Quedarse fue muy duro, era como saber que estaban dando una película histórica y ver solo un trozo por un agujero. En el barrio no teníamos más cosa oficial que la Cárcel del Partido, un caserón nada imponente, con un portón maltrecho y unas ventanas con rejas ferrugientas.

Mi madre avisó para la mesa. Hace más de sesenta años, pero uno no olvida lo que ha comido en un día como ese, arroz caldoso. Cuando estábamos con la fruta se oyó revuelo en la calle y corriendo nos asomamos. Ahora no pasaba una formación numerosa, sería una escuadra, un piquete en dirección contraria a cuando entraron, y en medio de los fusiles iban conducidos un grupo de hombres sudorosos con los brazos en alto. Había dos o tres de nuestro barrio, y estos marchaban con la mirada en el suelo. Los militares con sus prisioneros venían del cogollo de la ciudad y un guardia municipal iba delante y les enseñaba el camino de la cárcel. Ni un cuarto de hora tardaron en aparecer, liberados y contentos, los que hasta entonces habían estado presos, o sea, que salir unos para que entrasen los contrarios me pareció la definición casi cómica de la guerra.

Si no fuera lo que vino después.

La pernocta del general

Si no fuera por el dolor que trajo, la guerra resultaría vistosa. Los uniformes permitían iniciativas personales con voluntad de estilo, empezando por Franco, que se mandó hacer un capote con forro como de armiño que no figuraba en las Ordenanzas. Un jefe de Telégrafos o el inspector de Pesas y Medidas se realizaban con correaes. Veías mucha variedad de emblemas, y una digna viuda venida a menos abrió en la calle más céntrica una tienda de la especialidad. Las iglesias contribuían al gasto ornamental, tedeum por la toma de Teruel, procesión con palio.

Por nuestro barrio no pasaban los desfiles. Pero asomaba el pregonero y en las esquinas publicaba el bando de viva voz. Con frecuencia se invitaba «al pueblo sano y patriota», y acudíamos a la plaza, lo mismo a recibir a doña Urraca Pastor que a un moro amigo llamado el Sultán Azul.

El que dejó más recuerdo fue el general Millán Astray. Viajaba hacia no sé dónde y aceptó la invitación de detenerse, incluso con alojamiento en el hotel. Se dijo que influyó su ayudante, un capitán oriundo de Puente de Domingo Flórez, que no cae lejos. A la gente le sonaba mucho este general mutilado, «Soy un hombre al que la suerte / hirió con zarpa de fiera», el héroe calentaba a los de su bando cuando escuchaban la radio. Mandaron poner colgaduras. El comercio cerró por la tarde.

Fue un acontecimiento la entrada en la plaza del general, con el pecho cubierto de medallas. Llegó en coche descubierto, seguido de un coche de escolta con legionarios de rostros fieros y patillas largas. El personaje apenas dejó tiempo a las autoridades para que lo cumplieran al pie del Ayuntamiento. Desapareció de nuestra vista y a los pocos instantes estaba en el balcón principal, todo lo hacía con mucha agilidad y mando.

—Muchas gracias, señor general —comenzó el padre Noriega, que era profesor de Historia en el Seminario de los Paúles—, jamás olvidaremos vuestro gesto al aceptar nuestra hospitalidad, aunque lamentablemente tengáis que reducirla a un trasnoche. Pero nadie, a lo largo de siglos venideros, podrá impedir que conste vuestro nombre al lado de las figuras egregias que aquí pernoctaron, doña Isabel II, y mucho antes Carlos I, y también su hijo el príncipe don Felipe, e incluso en fecha de abril de 1690 la Reina consorte doña Marianita de Neoburgo...

—¡Figurones! —sopló el general al que estaba a su lado, pero todos pudimos oírlo por el altavoz. Con un gesto de su mano, o quizá de un gancho que le hiciera de mano, apartó al erudito y largó un discurso encendido con todos los tópicos de entonces. Dio los vivas y ahora lo que correspondía es que pasara revista.

No había guarnición, pero allí en la plaza, delante de la «Confitería y almíbares», estaba formada la milicia femenina. Todas con su blusa azul, las insignias bordadas, los gorritos cuarteleros. Millán Astray inició el pase y al llegar junto a la bandera se acercó a la abanderada, que era la mejor moza de la formación, y fue a darle un beso. Con la sorpresa, la chica esquivó un poco la cara y el gran mutilado de la guerra de África se vio rechazado. El mundo se paró en seco. Se nos helaron las venas. El altavoz dejó de sonar y los legionarios que iban escoltando a su jefe llevaron las manos a sus armas. (Esto último no me atrevería a jurarlo, puede ser una secuela de aquel instante de miedo.) Pero en el picú volvió a girar el disco tenaz y la escena recobró el movimiento, «me hice novio

de la Muerte / la estreché con brazo fuerte / y su amor / y su amor fue mi bandera».

El huésped de honor se retiró a su alojamiento en el hotel Condesa, Gran Hotel de la Condesa, que aun en tiempo de guerra había pianista para la cena. Cuando estaba descansando en su habitación le anunciaron la embajada de unas señoritas de la localidad que le traían flores y el desagravio de que a ellas sí podía besarlas. El general era un hombre galante, se había quitado ya sus ortopedias, pero empezó a componerse de nuevo, este garfio, un cojinete, el ojo que se refrescaba en un vaso. Tenía el orgullo de suplementarse sin asistencias. Las féminas esperaban, cuando a través de la puerta se oyó un juramento. Como todo se sabe, y el capitán ayudante era de Puente de Domingo Flórez, se supo que al general le había sobrado en la restauración una piececita, un tornillo de nada.

–Peor sería que le faltara –dije yo cuando lo contaron–, pero sobrándole...

–No sabes lo que dices –me reprendieron–; para cualquier mecanismo el que sobre pieza es el mayor problema, pregúntale al relojero de los soportales.

La ciudad industrial, la ciudad romántica

La guerra estaba en marcha y Franco se levantó un día cansado de que falangistas y requetés anduvieran a palos, a veces a tiros, y los hizo unirse en una sola cosa de nombre interminable. El jefe de la cosa, naturalmente, sería Francisco Franco.

Los estudiantes habíamos tenido que elegir entre el SEU, que te daban camisa azul, y la AET, que se hacía reconocer por la boina roja. Yo me enganché a lo segundo, o sea a lo minoritario, por un afán de notoriedad y porque había leído con devoción las Sonatas y me fascinaba el marqués de Bradomín en la corte de Estella. Ahora, con la unificación, el color azul y el rojo hacían una combinación desastrosa.

El consuelo fue que nos iban a llevar a Burgos a solemnizarlo. Nada menos que a la capital del Estado. Yo era el único estudiante carlista de mi pueblo, la ciudad romántica, y las consignas me llegaban de la ciudad industrial. En esta vivían y estudiaban mis correligionarios, ellos se las sabían todas, no solo llevaban escarapela en la boina, también guerreras de color caqui con flores de lis bordadas, polainas de paño y los calcetines blancos asomando por encima de las botas. Estudiaban como oficiales en el instituto y yo iba a examinarme por libre. Se creían superiores porque conocían de cerca

a los catedráticos, porque su ciudad prosperaba y tenía un par de casas con ascensor, en su estación cogías los trenes y no tenías que hacer trasbordo. Los de la ciudad industrial, si quieren digo su nombre, era Ponferrada, vinieron un día a visitar nuestros monumentos y nos sacaron una copla:

Lo de estos de Villafranca
es de morirse de risa:
siempre a vueltas por la plaza,
con corbata y sin camisa.

Decían que éramos un pueblo de soñadores. A veces se tomaban bromas conmigo. Me llamaban el poeta, el vate, el Espronce;da. Y no es que fueran mala gente. Me avisaron y prepararon mi salvoconducto para que hiciera el viaje con ellos. Como adherido.

En total fuimos cinco los que salimos camino de Burgos. La concentración sería el Doce de Octubre, y la víspera con la atarde-cida llegamos a nuestro destino. Aquello era una fiesta, nada que recordase la guerra, salvo los cristales de las ventanas protegidos con aspas de papel y la prohibición de las luces cuando vino la noche. La capital estaba tomada por chicos y chicas y se habían improvisado albergues en cuarteles, en conventos, en casas particulares. Los de nuestro grupo pernoctamos en un cine abarrotado, unos vándalos –de Falange, decidimos sin más– arrojaban desde el gallinero papeles ardiendo sobre los que teníamos butaca de patio.

–Hay que ir a por esos y darles un escarmiento –sacaron pecho los de Ponferrada–. Yo me hice el dormido y así fue pasando la noche.

El día del Pilar, o de la Raza, nos formaron en una explanada y unos miles de españolitos escuchamos los himnos, el pasodoble de los Voluntarios, el Novio de la Muerte. Luego llegó por los altavoces la voz nada impresionante de Franco. A él apenas se le distinguía, subido en una tribuna muy alta y estrecha, en cuya cúspide no hubiera cabido nadie más que él. La formación, al menos por nuestro sector, era poco disciplinada, abundaban las puyas y cachondeos. Nos recompusimos un poco para el desfile.

–¡Cambia el paso, coño! –me decían los míos. Eso de corregir el paso cambiado es una operación enrevesada, ellos la bordaban.

Nos dieron unos vales y que allá nos las arreglásemos para la comida. Se los entregaron al delegado de nuestro grupito, que era el más alto y fachendoso, ya en el bachillerato se estaba preparando para ingeniero de minas. Fuimos al primer mesón que encontramos y estaba lleno. Los bares, los cafés, las cantinas, ya no cabía un alma y no nos dejaban pasar de la puerta. Ni siquiera se conseguían unos bocadillos. Desde los churros tempranísimos no habíamos comido bocado. Marchábamos de tumbo en tumbo, agotados y hambrientos. Solo así se comprende, llegados a la desesperación, que los de la ciudad industrial me dejaran tomar el mando. Cogí los boletos y me los guardé en el bolsillo más seguro. Estábamos en el Espolón de Burgos. A dos pasos, en un chaflán, se ofrecía el Hotel Condestable, por entonces no les ponían estrellas pero el lujo se veía, se olía. Inicié la entrada entre porteros de guante blanco y escoltas.

—¡La leche, el vate, con este tío nos fusilan!

Pero me seguían. Y yo, sin un titubeo, como si tuviera pisados todos los hoteles del mundo. El comedor estaba animado, pero no embarullado. Militares de alta graduación; un obispo y su séquito de curas; señores de traje oscuro y alguna dama que acaso fueran del cuerpo diplomático en la corte de Su Excelencia.

Nos dieron una mesa. En la de al lado, se reconocía el habla portuguesa de un general y sus ayudantes. Cuando el maître nos preguntó qué vino, dije que un tinto de confianza. Y sífon. Me sirvieron a mí el primero, solo un culín de vino y el servidor se quedó mirándome, esperando. Yo cogí el sífon y completé la copa delicada.

Cuatro platos y postre, cafés, y no pregunté lo que se debía. Bastó que nuestros boletos llevaran un sello en tinta y alguna consigna patriótica. Los de Ponferrada no se habían enterado de que las guerras son un mundo de locos.

Apariciones

Si por entonces hubiera cirugía estética, oculistas que con una operación corrigieran la mirada aviesa, el Torvo de la calle de Redoniña se habría evitado muchas injurias que recibió en la vida.

Parándose a pensar, al Torvo no se le conocían desmanes, tampoco blasfemaba más de lo corriente, pero una visual como la que te echaba ese hombre teñía sus palabras o sus silencios de una amenaza. Dice la gente que quienes tienen esa condición en los ojos «miran contra el Gobierno». Alguien debió de decir —eran tiempos muy raros— que el Torvo miraba contra la comandancia.

—A ese pájaro me lo pasan por aquí —mandó el comandante, que era forastero y no conocía al Torvo. O peor si lo conocía solo de vista.

No necesitaban ir a detenerlo. Le hicieron una citación verbal y el citado se presentó en las dependencias sombrías con el pitillo en la boca, como si lo hubieran llamado para sulfatar una viña. Por poco que la autoridad se informase, tuvo que saber que el Torvo amedrentaba en los mítines pero no había hecho mal a nadie; que a su manera anárquica, era un individuo útil para la comunidad; que se arriesgaba en las defensas cuando las crecidas del río, lavaba el interior asfixiante de las cubas, se prestaba a vagos oficios que nadie quería. Yo mismo —pero yo no era nadie— hablaría bien si me preguntaran. Le tenía

aprensión al personaje, lo evitaba si me lo encontraba en la calle, pero años atrás, siendo yo muy niño, un perro grande y terrible me acosaba a la salida del colegio y el Torvo me vio, luego miró al perrazo y el animal escapó corriendo.

Al Torvo lo tenían arrestado en la cárcel que parecía una cárcel de pega, igual en dos o tres días lo ponían en la calle. Una noche lo sacaron en una camioneta, diciéndole que iba trasladado para la cárcel de Orense. Lo llevaban en la caja abierta de una Chevrolet, sin darse cuenta de que aquel hombre era fuerte y con muchos recursos. A lo mejor iban de verdad para Orense. Al pasar el puente sobre el Valcarce, que venía cumplido de agua, un cuerpo escurridizo y ágil como un pez saltó de la camioneta al río, los armados sacaron sus armas, pararon el vehículo y enloquecidos empezaron a disparar en la noche oscura contra las aguas revueltas, contra los cañaverales de las orillas y hasta contra las piedras del pedregal.

Luego fueron varios días de exploración y búsqueda que a los chicos nos encantaron. Para nuestros adentros, deseábamos que al Torvo no lo encontraran, igual que nos decepcionaban los incendios que se apagaban pronto. Registraron las márgenes del río, el terreno que rodea los altos muros del convento, entraban en las casas colindantes, en los pajares, en las bodegas. El responsable de la conducción era del pueblo y le metieron el paquete:

—¿Pero es que el preso no iba esposado o debidamente sujeto?

—Atadas las muñecas lo llevábamos, mi comandante, pero de repente se le vio suelto, yo mismo me lancé sobre él pero le dio tiempo a trazar con su mano un signo y ya estaba volando por el aire, ese hombre tenía pacto con el diablo.

—¿Y no sería que se santiguase?

El responsable, pensativo:

—Si era santiguación, todavía peor, porque sería burla, un garabato de burla.

Tales cosas se oían. Y lo que más corría es lo de «¡Échale un galgo!»; que el Torvo andaba ya con los huidos del monte; fantasías. Unos lo habían visto sacando agua del pozo del Santo, para beber; otros, en tal aldea, robando gallinas que se dejaban atrapar con espanto. Cuando las lenguas lo situaron en la raya con Asturias, camino del Gijón republicano y acaso de un vapor para América, el Torvo y la mirada del Torvo fueron pasando al olvido.

En la vida hay más cosas; yo mismo puse mi atención en otros asuntos. La guerra iba a terminar y estrené ropa y una manera distinta de considerar a las mujeres. A las compañeras de clase las veía rellenas de carnes. Y los amores puros y románticos, en plan literario, que uno hacía a todos los palos. Había fervor católico y al monjío llegaban novicias. Algunas eran hermosas, pero lo más llamativo es que todas fueran alegres hacia su encierro perpetuo. Me enamoraba de ellas y no sé si era sacrilegio. Sus últimos días en el siglo los vivían a veces en nuestra casa, que era paredaña y amiga del convento.

Lástima que la amistad del convento me supusiera un coste. Me refiero a los madrugones. Las monjas tenían su sacristán, pero había ocasiones en que yo tenía que echar una mano. Una misa se hacía eterna, porque el viejísimo capellán era un santo, entraba en deliquios, como san Antonio de Padua cuando consagraba. Y la vez que ahora

contaré, no era una sino tres misas seguidas, el Día de Difuntos. Di algunas cabezadas. Allá en el coro, una parte de las reverendas se ausentaba a hacer los deberes de la Casa. En una de las preces latinas miré para la Purísima del altar y sentí vergüenza propia, bochorno de aquel niño fantasioso que fui y que años antes juraba y perjuraba haberle visto lágrimas a la imagen, se llevaban mucho los milagros y promesas de la Virgen.

Desayuné con el capellán, por el turno nos pasaron café con mucha azúcar y bollos. El capellán se fue a sus habitaciones medio secretas y yo marchaba a mis cosas cuando vi abierto el portón que da a la huerta, una clausura que se mitiga tan solo para determinadas labores o el paso de carros. Asomé el morro y había un obrero con un sachó en la mano, velozmente se echó hacia abajo el sombrero de paja pero yo le vi la mirada. Me callé para siempre. Es lo que tiene haber inventado apariciones, que pierdes el crédito.

La ilustre Casa de Pereira

En los veranos me llevaban a Portugal. Era hermoso marchar al extranjero, cruzar una frontera. Se decía que si un perseguido por la Justicia alcanzaba la raya y llegaba a poner un pie en la otra parte, aunque fuera un solo pie, ni rey ni papa podrían meterlo preso. Y que si a mí, sin ir más lejos, me maltrataran en Portugal, España declararíala la guerra. Este ejemplo tenía poca base, porque yo mismo había leído que Portugal era la paz para todos los hombres, para campos y caseríos adormecidos, aunque también novelas con amores de perdición y al criminoso lo juzgaban en la Audiencia de la provincia y luego venía la cárcel muy severa.

Por los inviernos estaba ocupado con las clases y esas cosas no me ocurrían, de manera que no imaginaba lo que pudiera ser el calor de la chimenea en la casona familiar de Tras-os-Montes. En julio y agosto la quinta del tío Duarte Pereira y de la tía Guiomar era una fiesta de verdor, y el tío usaba una bata de seda fina en sus largas horas de biblioteca, y para fuera del sagrado de los libros se ponía traje blanco colonial, y para los paseos sombrero de paja. Me posaba su mano muy blanca y alargada sobre la cabeza: «Gusto de que *você* venga a vernos»; y a la tía Guiomar: «A este menino de nuestra sangre, aunque sea de parentesco lejano, parece que le gustan los libros y las cosas de la familia». También se lo decía a las visitas, había tardes que en la veranda de delante

tomaban refrescos el señor Obispo o el Gobernador Civil, o compañeros del tío en la Asamblea de diputados de Lisboa. Yo estaba orgulloso de tener tan cerca a señores así, y que a mí me hablaran como si fuera persona importante. Ellos se decían *Vossa Excelência*. Alguna vez, incluso, les recité poesías:

Quizá al pasar la virgen de los valles
enamorada y rica en juventud
por las umbrosas y desiertas calles
do yacerá escondido mi ataúd,
irá a cortar la humilde violeta
y la pondrá en su seno con dolor,
y llorando dirá: «¡Pobre poeta!
Ya está callada el arpa del amor».

Me miraban con respeto cuando les dije que el autor, don Enrique Gil y Carrasco, era paisano mío, había una puesta de sol melancólica en el horizonte de la quinta, y el sonar del agua en el chafariz del jardín.

Pero nada tan hermoso como el sentimiento profundo de la familia, tener familia en dos naciones distintas.

Es verdad que los de nuestro pueblo éramos la rama modesta de los Pereira. Mi padre trabajaba el hierro. Unos primos míos hacían farolas para las verbenas y globos grotescos, y otros primos repartían los periódicos. Pero yo no me acordaba de nada de eso en la mansión del Fidalgo de Santa Rosa, que así llamaban al tío por aquel contorno, y el tío portugués no tenía descendientes y a saber si andando el tiempo.

Lo que sí atesoraba el Fidalgo era ascendientes de mucho tiempo pasado. Me asombraba que fueran también míos, en el árbol genealógico se remontaban los Pereiras hasta la batalla de las Navas de Tolosa.

«¿Y qué me dice você de nuestro don Álvaro González Pereira, el Gran Prior de San Juan de Portugal que con distintas mujeres engendró treinta y dos hijos? ¿Y qué del Nuno Álvarez Pereira, sin cuyos consejos no se hubiera ganado la gloria de Aljubarrota? Y perdone lo de Aljubarrota, que você es de los derrotados de Castilla.»

El tío Duarte se pasaba las horas en estas cuestiones. La biblioteca estaba muy fresquita y él bebía agua de Vidago con azucarillos, como Ega de Queiroz, pero a veces se acaloraba porque un heraldista había invertido equivocadamente los esmaltes del escudo de la Casa y lo que es campo de plata lo pone campo de gules.

Todo esto de Portugal se me ocurría a mí con los calores que le ablandan a uno la sesera. Yo leía en los Paúles de mi pueblo el diccionario de apellidos, novelas como *La ilustre Casa de Ramírez*, luego iba al río con los otros chicos y como era el más torpe me hacía el apartadizo, el sentarte a mirar cómo corre el agua te da muchas fantasías y toladas.

La orla

La Parroquial Berciana no era una de esas hojas parroquiales de culto y clero, es verdad que traía el evangelio del domingo y anunciaba triduos y novenas, pero más podía leerse como un semanario de cultura y entretenimiento. Si los colaboradores habían fallado, el director –Casa Rectoral, calle de Santa Catalina– echaba mano de don José María Gabriel y Galán y metía una «Flor escogida». Pero era muy raro que las firmas fallasen, la ciudad estaba bien abastada de literatos.

Debían de sentirse muy anchos aquellos señores que el sábado entraban en doscientas o trescientas casas con sus versos o prosas. A mí me gustaban más los versos. La gloria del poeta no es que a uno lo lean en Madrid; mejor donde te conocen y te ven por la calle.

Todo el tiempo que podía me lo pasaba en la imprenta y librería, sin estorbar, sentado en un rincón sobre una banqueta. Me gustaba mirar el laboreo del impresor y de los cajistas. Lo poco que hablaban eran términos del oficio; los cíceros, el cuerpo de letra, las versales y versalitas. Con paciencia y algo de huraña, iban componiendo los moldes. Me fascinaba verlos escoger los tipos, y no digamos los adornos. Había cajas con grecas y fileteados, guirnalda, letras capitulares para el empuce de lo que fuera, todo este material venía de la Casa Richard Gans y con arte se hacían combinaciones preciosas, mayormente para realce de las poesías de Bálgora, Carvajal, De Llano y Ovalle, los pesos pesados, como si dijéramos.

En mis bolsillos había poesías para llenar varios números de *La Parroquial*, y algo le insinué al impresor, que era mi tío y además padrino.

–Un periódico es algo muy serio y tiene sus conductos reglamentarios –me dijo. Jamás me había dirigido tantas palabras juntas.

Me puse a mandarle mis cosas al director –Casa Rectoral, etcétera–, y así empecé a conocer las ansias del colaborador espontáneo. En mi caso, no había que esperar a la salida de la publicación. Con disimulo miraba los moldes de plomo, y nada. Pero una vez debí de descuidarme, o estaría de exámenes, iba de tarde para casa y una señora de la plaza me dijo que así deberían ser todos los chicos, hacer poesías y no trastadas. Me hice el indiferente. Empezaban a caer unos goterones de nube de primavera y pude apretar el paso, luego eché una carrera descarada, las escaleras de casa las subí sin aliento y me sorprendió como un insulto la normalidad familiar, mis hermanas andaban a lo suyo, mi madre en la cocina, nadie me dijo una palabra. Y el objeto de mi deseo estaba allí, abierto, desplegado sobre la mesa camilla de la galería.

>*La gran visita de Pentecostés (Santo Evangelio de mañana).*

Los Trece Martes de San Antonio.

El ferrocarril a Ribadeo, un sueño que nos asoma al mar.

Salutación al estío.

Necrológica...

Y al final, avasalladas por el poderoso anuncio de *Saneamiento y Calefacción*, mis décimas o espinelas.

—¿Pero qué le pasa a este chico? ¿Es que no vas a cenar? Con lo contento que deberías estar —al fin se habían enterado—, verte en *La Parroquial* a tus años.

Era como una desgana, redonda del cuerpo del ocho y, sobre todo, los versos a palo seco, sin orla ni nada.

¡Manos arriba!

Del paso de los años nos habla la desaparición de los testigos. Cuesta trabajo encontrar a un hombre o mujer que recuerde los oranges *La Higiénica* junto al fielato, o en la calle de Pradela *La Cepedana*, fábrica de jabones y lejías, conqué más difícil es lo de doña Celina, que no queda ni una piedra de lo que fuera su casa.

Era viuda y no había tenido hijos. Mostraba un carácter frescachón como sus escotes abundosos y le gustaba tratarse con la gente. Solo por esto puede uno explicarse aquel tenducho en la Alameda Baja, entre la colegiata y los Guillemos. Compraba un paquetón de café en el almacén de coloniales y lo despachaba en porciones que molía a la vista del cliente. De caramelos de malvavisco traía diez kilos de la confitería principal y luego los menoreaba, cuatro caramelos dos reales.

Yo acechaba la pequeña tienda, entreabría los canutillos de la puerta, que defendían de las moscas, y si no había algún cliente entraba y compraba una pequeñez, por ejemplo castañas pilongas. Demoraba mi estancia lo más posible. Ella me atendía con una sonrisa sabedora. Si empecé mirándola en su conjunto con disimulo, luego fui creciendo en el atrevimiento y seleccionaba sus pechos, o sea sus senos. Por entonces hablábamos así de fino.

A doña Celina le gustaba contar y que le contaran, lo mismo que me gustaba a mí, de manera que empecé a ir sin necesidad de hacer compras. Ella quería saber de mis estudios, de mis amigos, y a ver si me gustaban las chicas. A cambio, me contaba las peripecias que había vivido en nuestras Posesiones, en Guinea, no sé, cuando su marido era administrador de una maderera y ella podía tener criadas nativas y hasta un criado.

—¿Quieres ver fotografías de lo que era aquella España? —apartó el cortinón interior que había al fondo de la tienda, una especie de tapiz con palmeras que siempre tenía echado.

Las fotos, en marcos con cristal, mostraban playas, arbolados, un barracón con un cartel que decía: «Oficinas». Algunas fotos eran escenas en que estaba el contable, vestido de traje blanco y con sombrero de misionero o explorador. En nuestro pueblo se sabía que el empleado maderero procedía de la montaña de Oencia, que doña Celina era más joven y de muy al sur, para mí que mulata. Al maderero los médicos le dieron pocos meses de vida si seguía en aquellos climas, vino el matrimonio y se instalaron, pero ya era tarde. A la muerte del hombre la viuda puso la tienda. A todos les parecían vidas corrientes. A mí me parecían exóticas y novelescas.

—Si alguno te interesa, te lo llevas —me dijo la mujer cuando después de las fotos miré para los libros, colocados en una repisa del cuarto, que no se sabía si era trastienda o ya el comedor de la casa—. A mi pobre Dositeo —suspiró— ya no pueden alegrarle el ánimo.

Al primer vistazo valoré la propuesta inesperada. Del conjunto de títulos sobre aduanas y transportes fluviales y algo sobre enfermedades del trópico, separé un libro educativo y una novela. Para temas del sexo el olfato no me engañaba. De la novela recuerdo el autor y el título: Joaquín Belda, *La Coquito*. La obra didáctica no era gran cosa, los vicios nefandos en el imperio romano, pero me enseñó la palabra *méntula*, una preciosa referencia al miembro viril que no he vuelto a oír en mi vida. Una digresión puede arruinar un relato. Que lo arruine. El latinista Eduardo Otero Pereira me rastrea el término, parece que ni Cicerón ni San Agustín se percataron de su belleza, menos mal que Catulo y Marcial sí le sacaron provecho. El *Lateinisches Etymologisches Wörterbuch* de Walde-Hoffmann (Heidelberg, 1954), siempre según Otero, apunta para *mentula*, -ae orígenes que pueden relacionarse con la afrodisíaca menta; con los verbos batir, frotar; con palabras que significan despuntar, sobresalir. Lo propio del caso. Pero volvamos a la Alameda Baja, aquellas lecturas del señor Dositeo que en paz esté, más el calor y la ociosidad del verano, me llevaron a pensar mucho en la viuda. Sobre todo entre las sábanas frescas a la hora de echarme la siesta, los pechos de la viuda.

—No me explico lo que tienes tú que hablar con esa mujer —me dijo mi madre, mi padre era más simple y con poca malicia.

No le podía decir a mi madre lo que hablábamos. Ni a nadie. La viuda del oficinista de la caoba y el palo rosa se había dignado a complementar mi sexualidad autodidacta. En África el disfrutar de los cuerpos era asunto fácil. Y sobre todo: las mujeres llevaban los pechos al aire, eran como frutos grandes del trópico.

Un día la ayudé a colocar en tarritos los caramelos que le habían traído del proveedor, esto fue detrás del mostrador, y ella me tocó las piernas y fue subiendo la mano por dentro de la pernera del pantalón, pero debió de ser con una intención moral:

—Deberías decir en casa que te hicieran pantalones largos o por lo menos bombachos, no es decente que vayas por ahí con estos pelos en las piernas.

Ningún otro contacto físico volvimos a tener, solo conversaciones. Doña Celina conocía muy bien mi obsesión, el cogollo de mis inquietudes. Me habló de la asimetría:

—A lo mejor te gusta saberlo. Las mujeres nunca tenemos iguales el pecho derecho y el

izquierdo, lo mismo que vosotros los hombres, si te observas, tenéis disparejas las pelotitas. Pero me parece que eres muy joven para aprender de seguido estas naturalezas.

Pero no tardó en decidir que el alumno podía pasar al curso siguiente.

–Te voy a enseñar algo que no viste el día de las fotografías y los libros –decidió una tarde de canícula de agosto en que por la calle no asomaba un alma, y ya estaba ella entreabriendo el cortinón colonial que daba paso desde la tienda a la intimidad de la vivienda.

No, no, eso no lo había visto yo nunca, la mujer que se planta en medio del cuarto y mirándome derechamente se saca entero un seno, qué seno ni qué leches, una teta enorme que sostenía con sus dos manos apuntándome con el pezón oscuro, *¡Manos arriba!*, obedecí por instinto, como si alguien con un revólver hubiera gritado realmente la orden.

Nunca me vi más ridículo. Así se me quitó la manía de la cantidad, ahora me gustan las modelos más planchadas de las pasarelas.

El viajante que no porfiaba

Por la estación de letra pequeña y subsidiaria en el mapa de los ferrocarriles, no pasaban los trenes prestigiosos. La carretera nacional, que tenía su kilómetro cero en la Puerta del Sol y se alargaba hasta el Finisterre, cruzaba por nuestro barrio, pero casi todo eran camiones pescaderos zumbando para no perder la fecha, mataban gallinas y a veces alguna criaturita. Venían los viajeros, estos sí, y en sus saludos esperanzados y en sus muestrarios nos visitaba el mundo. Daba un poco de lástima que las cubetas con catálogos y muestras les pesaran tanto. Los porteadores que descargaban las sacas de harina en el horno de enfrente manejaban sus cien kilos como si fuesen una pluma, estaban hechos para eso, como el carretero que nos traía a la tienda las gravosas cajas de puntas de París, pero los viajeros eran señores con chaqueta y corbata, casi siempre señores mayores.

Les conocíamos sus nombres y sus costumbres invariables. Don Benito Ríos pellizcaba la hogaza si venías de la panadería o te quitaba un trozo de pan con mantequilla cuando te pillaba merendando. «¡Este don Benito!» Cuiñas cambiaba mucho de representada, él

decía la Firma, «La Firma no me valoraba», este viaje traía a Carbajo de La Coruña y en el siguiente unos reclamos para cazadores, una vez dijo traer guadañas importadas de Austria que resultaron inexistentes y pidió diez duros prestados, mi padre se cagó por todo lo alto cuando supo el engaño, pero Cuiñas volvió regalando almanaques de propaganda, y como si tal cosa. Y el de la Vasco. El señor Arteta el de la Vasco tenía una niña que estaba del pulmón y viviendo junto a la ría de Bilbao, esto último era lo peor, nos lo decía en la galería de la trastienda bañada del sol del mediodía y todos nos sentíamos culpables. Era difícil no comprarles algo a los viajeros.

—Para justificar, don José, aunque sea una notilla de nada, para justificar.

Mi padre se resistía, alegaba la crisis —siempre la crisis— y que estaba a tope de existencias, podía ocurrir —ocurría— que estuviera sin desembalar el pedido de la vez anterior. Si no bastaba —y no bastaba nunca— paseaba al viajante por el almacén de depósito, lo bajaba al sótano, le hacía palpar los fardos o los atados de calderos o lo que fuese. Una vez lo vi terrible, cogió al viajante de turno por las solapas como si fuera a sacudirle. «Venga, vamos, le haré una notita pero que la demoren unos días.»

El viajante marchaba con su pedido, como unas pascuas. Mi padre se quedaba rabiando y las daba contra mi madre. Para colmo, el lance podía coincidir con la llegada del cobrador del Urquijo y su mazo de letras a la vista. Más de una vez el viajante no habría llegado a la estación y ya mi padre franqueaba la carta a la Casa anulando el pedido.

Dos o tres años estuvo viniendo un viajante distinto. Era joven, mis hermanas decían que guapo, quizá padecía del hígado porque en el blanco de sus ojos tristes y hermosos le habían notado ellas un matiz amarillo. Estarían enamorándose del chico. Lo raro del viajante joven, no recuerdo su nombre, es que no insistía ni apremiaba y eso que solo pasaba dos visitas al año. No hablaba de su familia ni enseñaba fotografías. Traía un muestrario de chicha y nabo, espumaderas de aluminio, pinzas de colores para colgar la ropa, cosas así. Con eso, poco había que hacer. Él mismo parecía reconocerlo, se sentaba en una banqueta esperando el momento para no molestar. Una vez pidió un poco de agua y no se le dio el botijo como a los viajeros de siempre, vino mi madre con un vaso en platillo y una servilletita. Por fin, en la quinta o sexta de las visitas mi padre le dejó desplegar toda la oferta y no era tan desaprovechable, le hizo un pedido bastante bueno y el vendedor lo agradeció con finura pero sin entusiasmo.

Pocos días después, se supo que el viajante distinto había fallecido «en circunstancias extrañas» en la fonda de la estación de Venta de Baños. Una de mis hermanas, sin mala intención, le preguntó a mi padre si acaso le había anulado el pedido al muerto. La respuesta saltó fulminante pero no llegó a consumarse, la mano alzada se detuvo en el aire, sin llegar a la cara de la habladora. Mi padre juró que este pedido lo había hecho con ganas de que lo sirvieran, y todos nos sentimos mejor.

La pirotecnia

Aquella vez que tuvimos santa misión se agudizó la represión contra las parejas, y aún siguió cuando se hubo ido el comando de los redentoristas. Podían multarte y, peor aún, podías salir en el periódico. Los palcos y las plateas del cine perdieron su inmunidad. Los novios formales que paseaban por la plaza apenas si se atrevían a ir del ganchete. Había que salir al campo, la naturaleza era más acogedora. Incluso los guardabosques lo eran, o las ruinas de un monasterio, o un prado si se burlaban las alambradas de espino.

Yo tenía un plan, el primero de mi vida, y aspiraba a tener un refugio. O sea, una llave. Soñaba con llaves. La llave de la cabaña de una viña, la de un horno abandonado o un pajar. Al amigo que me parecía más abierto se lo conté y me dijo que era lo más fácil del mundo:

—Te llevas las del depósito —se alzó de hombros Polín, el Asturiano—, pero ten cuidado allí dentro, ya sabes que es material delicado.

Era más de lo que hubiera podido esperar. Se salía por la carretera de Puente de Rey, hasta la revuelta en que cogías un camino corto que bastaba para un carro o una camioneta. Allí en el estribo del Malvís estaba la construcción del padre de Polín. El señor Leopoldo de Turón tenía la representación y depósito de una pirotecnia de Asturias que abastecía las fiestas de nuestro entorno, y él mismo acudía a los pueblos para el montaje y disparo. Ahora mismo, andaría haciendo los Corpus. Yo había estado en el almacén con mi amigo. Era emocionante. Las cajas guardaban los productos, todavía inertes, que en el cielo se convertirían en fuego y luz y movimiento. El propio Polín se dedicaría un día a ese ramo que pasaba de padres a hijos, y con misterio, como si la pirotecnia fuese una religión secreta. Polín el Asturiano sabía que me gustaban los términos. Me explicaba que en Carracedo, por ejemplo, preferían para el San Benito los voladores de torbellino y mucho trueno, mientras que en Fabero, que es gente minera, pedían los más románticos y de cabellera de púrpura. El almacén tenía cerradura y candado, y en la puerta una chapa metálica con calavera y la palabra ¡Peligro! De verdad que era emocionante, el gusto de estar y que al mismo tiempo se te pusiera carne de gallina.

Con S (no voy a cantar su nombre) salí el domingo a pasear por la carretera. Desde fuera se nos veía, o eso creíamos nosotros, como un par de inocentes amigos de la Naturaleza, coleccionistas de plantas o mariposas. Nos habían hecho hipócritas. Ella y yo sabíamos lo que buscábamos, pero ni entre nosotros mismos nos dábamos por enterados.

Bueno, esta vez S no sabía el regalo que tintineaba en mi bolsillo. Pero con el peso de las llaves sentía yo una desazón, se ve que no hay felicidad completa. Las veces que había ido con Polín, él se encargaba de abrir, de que todo estuviera en orden y que al final quedara bien cerrado. Ahora la responsabilidad era mía. A S le dije que mi amigo

me lo había encargado, que mirara si había alguna novedad en el depósito.

—¿No te importa, verdad? —le pregunté a la chica.

No, a ella no le importaba. Incluso le intrigaba aquel sitio que en nuestro pueblo se veía con aprensión. Tardé algo con el candado, se abrió el portón y entramos. Teníamos el lugar y todo el tiempo para nosotros y no quise parecer ansioso. S curiosoé por allí, por fuerza tuvo que leer los letreros de precaución, y mientras, salí a comprobar que no había testigos de nuestro ocultamiento prometedor de delicias. Yo sabía el calor de la boca de S. Nunca he sentido una boca que ardiera como la de mi socia de aquel tiempo de turbaciones. Y ella sabía lo que yo sentía. No solo por los besos atropellados que en un portal o en atrios oscuros nos dábamos, también porque aunque hablásemos de la zarzamora y otras plantas rosáceas, yo la miraba derecho a sus labios de brasa.

Volví pronto al interior y no pude contener un grito, a lo mejor hasta es un peligro gritar fuerte en un sitio como ese. S estaba muy sentadita en una caja que ponía Gran Dalia, que es la reina de las ruedas de fuego, la tía con una cerilla encendida y a punto de prender un cigarro clandestino. Me tiré sobre ella, sobre el cigarro y sobre la llama sacrílega, a quién se le ocurre en el sanctasanctórum de una pirotecnia.

La cogí por un brazo y le dije:

—¡Venga, nos vamos!

Debió de parecerle excesiva mi furia, me miraba extrañada y también divertida, con aquel mohín invitador de su morrete. Pero no me hacía gracia la idea de salir volando por el aire, y además se me había bajado el ánimo.

La imposición de manos

Una pipa, una barba blanca, una capa flotando al viento aunque no haya viento, tal es el fantasma del poeta don Antonio Carvajal cuando tiene a bien revisitarme. Cuando lo conocí viviente era ya muy mayor (quizá más joven de lo que yo soy ahora), y con él cobraba prestigio nuestro pueblo, ya quisieran villas y aun ciudades presuntuosas de la región semejante gloria de carne y hueso, mucho más hueso que carne.

Fui a verlo a su casa de la calle del Agua, que tenía dos andares unidos por escalera interior y empinada y un reloj que con su compás, más que medir el tiempo, casi lo detenía. Iba a darme una carta y se eternizó escribiéndola con plumilla de acero montada

en palillero de asta, y luego secó la tinta con polvos de salvadera, el papel secante lo repudiaba el poeta tanto como los modernos versos sin rima. Por si no hubiera echado tiempo en la ceremonia, me retuvo para preguntarme qué autores nos enseñaban en el bachillerato, y el porqué de mi afición literaria. Me animó a seguir y dijo que la poesía es una llama que se van pasando las generaciones, que otros poetas después de él y de mí saldrían en nuestro pueblo. De detrás de una fila de libros sacó una botella que me pareció clandestina, me llenó de moscatel un vasito y se sirvió el suyo. El vino era rico. Pensé que a él le sabría todavía mejor, con aquella pipa olorosa que no dejaba de fumar. Pero de ofrecerme tabaco no dijo nada.

Terminamos siendo amigos a pesar de la zanja de años que nos separaba. Yo lo veía como un señor independiente y contradictorio, caballero refinado si no le daba por andar descuidado y bohemio, cantor devoto del Cristo de la Esperanza y al mismo tiempo anarquista. Los más memoriosos del pueblo hablaban de sus aventuras de juventud. Había una borrosa leyenda de sus tiempos de estudiante, cuando en un colegio de frailes —¿jesuitas?— se había agenciado el libro con la regla secreta de la Casa y hasta la sierra de Cervantes vinieran los damnificados a buscar al prófugo, a requerirlo y excomulgarlo.

Bueno, lo que más quiero decir es que todos los días del año don Antonio Carvajal venía a nuestro barrio. En la tienda había una sola silla con respaldo, «la silla de don Antonio». En casa se recibían *El Diario de León* y *Las Riberas del Eo*, este era un semanario culto de Ribadeo, en los dos periódicos le publicaban a don Antonio sus sonetos, que debajo del título ostentaban la palabra «soneto». El poeta desplegaba el periódico, comprobaba y leía para sí sus versos, y luego, si no había apuro en la tienda los leía en voz alta a quienes quisieran oírseles. Todos querían. El hojalatero —«Saneamiento y calefacción»— dejaba el taller y venía a escuchar. El barbero antiguo se había jubilado y estaba ocioso de continuo. El sastre, paredaño con la ferretería, venía solo un momento, raramente levantaba la vista de su tarea, y no era por avaricia sino por dar ejemplo a sus aprendices y oficiales, que acudían de los pueblos del circundo y terminaban hablando —o sea, callando— y peinándose para atrás como el maestro de corte.

El sastre se llamaba don Leonardo. Había aprendido en Cuba, tenía una mirada emigrada y lánguida que se transmitía a sus vástagos. Si yo no amase tanto las palabras, traería aquí lo de que una imagen vale más que cien palabras, lo digo por la figura ahilada del poeta Carvajal en una tarde de otoño favorecedora del misterio. Pronto se encenderían las bombillas del alumbrado público. El poeta estaba a la puerta de nuestra tienda y por delante pasó una niña del sastre Leonardo Mestre. Una niña pequeña, aunque no sé calcularle los años. Don Antonio Carvajal Álvarez de Toledo se fijó en ella y la detuvo. La niña no se asustó demasiado y miró al señor de la capa con los ojos heredados, del color y la liquidez del mar. Entonces el vate, el que vaticina, posó sus dos manos largas y huesudas sobre la cabeza de Esperancita, tantos años antes de que la niña pudiese ser madre, y allí las demoró. El gesto me conmovió sin saber por qué, y ahora no es ningún mérito hablar de una anunciación.

El mal tiempo

Por entonces no había leído a Verlaine, pero bien que lo hubiera sabido entender: *les sanglots longs des violons de l'automne*.

Y sobre todo, la lluvia cayendo en mi corazón, lo mismo que sobre la ciudad.

Hay una cosa más deprimente que la lluvia y es la humedad de la lluvia pegada al cuerpo. Y los zapatos mojados:

No hay nada más cansado que el rostro de un domingo
si son las cinco de la tarde y llueve,
no hay recuerdo más triste que el de los soportales
y la humedad calando la suela del zapato.

Esto lo escribí de mayor. Está en un poema que se llama «Consolación a Claudia», y no le han hecho mucho caso, si eres un cuentista aplicado no van a alabarte también como poeta, las dos virtudes no.

Una mañana de marzo salía a hacer recados y toda la fealdad que pueda caber en el mundo tenía forma de aguanieve y cierzo, de perros lúgubres y papeles y cartones revoloteando en la calle sin encontrar asiento. Al pasar por los ultramarinos del señor Pepe el de Irene, el viejo tendero me dio en cuatro palabras una idea que algunas veces recuerdo para confortarme a mí mismo:

–*Qué día, rapaz, qué día para estar en la cama con la hija y comerle la matanza al padre.*

Un ideal codiciadero para un hombre. Imaginen. El viento y la lluvia racheada azotan vanamente la fortaleza de la alcoba y tú le dices a la mujer que te calienta la cumplida cama: pásame unos chicharrones de casa, o un poco de morcilla o de picadillo, quizá las filloas hechas con la sangre del gocho, y bajo la manta encubridora tienes confianza para decirle échame la pierna por encima.

El protagonista

—Este es un intelectual —señalaban para mí. Sabía que lo decían con mala idea. Incluso mi familia, parece mentira:

—A ver qué dice el intelectual de la casa.

Me habían llevado al oculista de la plaza, de allí salí con la receta para el óptico y el mote de Cuatro-ojos, que me llamaban los chicos y no debería molestarme, por lo facilón, pero me molestaba. Me fui retirando de los juegos violentos y leía mucho. Para colmo, escribía reseñas en el periódico de la provincia. «Enhorabuena a un valiente como usted que a su edad se atreve a lanzarse a la palestra del periodismo», fue la carta del director cuando me aceptó de corresponsal local. Les enviaba las crónicas previsibles de suntuosas procesiones, los cultos solemnes en la Insigne Colegiata. También la llegada a nuestra villa de virtuosas señoritas o pundonorosos militares.

Un día apareció de visita a su pueblo un personaje que había nacido en una vieja casona, un pintor famoso en medio mundo. El periódico destacó la noticia que les mandé y el pintor se acercó a nuestra casa a darme las gracias. Era un señor fascinante, elegante y bien plantado, y la tienda donde mi padre y mi hermano Pepe atendían a clientes montaraces que regateaban el precio de hoces o navajas pareció llenarse de mundanidad, como si estuviéramos en Roma o en un transatlántico. Al pintor le gustaría hacerme un retrato al carboncillo. Eligió que nos acercáramos a la cuesta de los Tejedores.

Ahora que redacto este relato memorioso, levanto la vista y me enfrento en mi escritorio con aquel retrato, que no me inspira (el modelo) ningún entusiasmo. El pelo aplastado hacia atrás, las gafitas de profesor o de monja, con corbata, americana abrochada, en el bolsillo superior el asomar de la estilográfica. Pero sí estimo la dedicatoria, «A mi joven amigo», con la firma que hoy me pagarían bien en cualquier subasta. El artista me insinuó que a lo mejor podía hacerle yo una entrevista larga.

Volvimos a casa, era el cierre del mediodía y en el momento de la despedida mi madre tuvo la frase habitual de cumplido, «Si usted gusta de comer con nosotros». El aludido lo tomó en sentido literal, y mi madre apurándose, mantelería limpia, la vajilla de la fábrica de San Claudio. Cuando tuvo puesta la mesa, mi madre debió de acordarse de que al invitado no le había enseñado la casa. Era un rito, cuando alguien venía por primera vez. Mi madre iba guiando, abriendo puertas y alacenas, mostrando las habitaciones como si lo nuestro fuera una mansión. Lo propio, entonces, era que el visitante alabara la altura de los techos. Pero el pintor no siguió la costumbre, un par de veces miró su reloj.

Había carne con tomate, era una carne de segunda que mi madre convertía en sublime —te recuerdo, Claudia— poniéndola a la riojana.

Al artista famoso le gustó el guiso, le gustó la empanada de sardinas, que estaba prevista para la cena y hubo que adelantarla. Después de la empanada, mi madre registró la fresquera y fue trayendo las reservas, un jamón recién encetado, embutidos, conservas de Vigo. El invitado alababa y comía.

Mi padre en sus adentros se cagaría en la leche. Pero dijo:

—Maestro, es una gloria verlo comer, así se conserva de bueno y que sea por muchos años para honra de nuestro pueblo.

El pintor ni por un instante desatendía el plato, pero con finura, sin glotonería aparente,

y al mismo tiempo nos contaba su vida apasionante en París, en la Costa Azul, en Roma había tenido casa y estudio en el barrio del Trastévere.

De postre hubo cerezas picotas frescas. También unas guindas en aguardiente. A mi madre, ya embalada, le pareció poco.

—Pepín, hijo, acércate a la tienda de Irene por unas mantecadas.

Era yo el que hacía los recados, el pequeño de la casa, y por eso el más dócil. Pero mi madre me vería fascinado con el artista universal y esta vez quiso ahorrarme el desdoro. Mi hermano mayor se encogió de hombros, se levantó con pereza y lo vimos obedecer. Los dos hermanos nos llevábamos bien, pero él era descuidado y vividor, mientras que yo me ponía caviloso por nada y menos. Yo, torpe con las manos. A él no se le resistía ningún artilugio, en la tienda armaba rápido una linterna para que saliera alumbrando, conocía toda la cerrajería de Mondragón, y para sus escapadas tenía el gancho infalible de la guitarra. De libros, nada. Bueno, de libros, poco. Solo los que guardaba con llave en la cómoda de su cuarto, bien sabía yo de qué trataban esos libros.

El invitado exhibió una ocurrencia. Coges una mantecada de Astorga, apretando con la yema del dedo le haces un pequeño nicho en el bizcocho y lo llenas de vino dulce. En Montmartre no todo era vino y rosas para los artistas, a veces las pasaban moradas; por ejemplo, una pintora española amiga de nuestro paisano, aquella mujer vivía pobremente y apenas comía, entonces no se me quedó el nombre y ahora puedo suponer que fuera María Blanchard. Los nombres de Picasso y Rusiñol era la primera vez que los oía.

—Pepín, hijo, vete por café molido del mejor que tenga la señora Irene.

Con el café no pegaban nada las penurias de la bohemia y el pintor habló de buenos hoteles y casinos de juego y lo bien que vivían algunos escritores llegados de América como Rubén Darío. A este sí lo había oído nombrar yo. El profesor nos recitaba en clase «Los motivos del lobo» y yo sabía la poesía de memoria.

—¿Y conoció usted en persona a don Rubén Darío?

El invitado hacía pausas que lo realzaban todavía más, lo llenaba todo.

—Y más que conocerlo. Algún día podré enseñarte una cabeza suya que tomé en el café Royal sobre un papel de fortuna donde él añadió unos versos y esa sublimidad no la doy por todo el oro del mundo.

Con esto siguió hablando, y yo escuchando, de poetas y de libros; el pintor sabía mucho de las vanguardias que estaban revolucionando la literatura por todo el mundo, también dijo lo bien que se llevaban los del pincel y los de la pluma. Mi madre estaba a rematar bien el compromiso. Mi padre daba algunas cabezaditas, tosconeaba. Pepe aprovechaba para fumar con parsimonia, como quien mata el aburrimiento. Fumaba y de vez en cuando me miraba entre la burla y la pena, era una sonrisita que yo le conocía bien, mi hermano nunca entendió que leer diera más gusto que vivir.

El convidado ilustre tenía sed —seguía picando en las guindas borrachas, «a ver una última mantecadita»—, y que a lo mejor quedaba por allí alguna bebida fresca. Mi madre, con timidez, recurrió al recadero paciente para una botella de sidra achampanada, en el bar del barrio las tenían metidas en hielo. Ahora pienso que mi hermano, que no había piado en toda la comida, es el verdadero protagonista de esta historia. Cogió el dinero y

esta vez se marchó para la plaza, encontró a un camionero del pescado que lo llevó a La Coruña y allí se pasó un par de días con amigos y la guitarra.

El aval

Había un asunto en nuestra familia que me parece como el Guadiana, discurría durante muchos kilómetros, o sea meses y años, enterrado pero nunca olvidado del todo, y de pronto salía a la superficie. Ese río que jamás llegaba a su desembocadura se llamaba la letra de don Eugenio.

Don Eugenio, nada menos. Su casa solar. Las viñas. Viajes a los buenos balnearios. En la misa del Corpus yo me ponía con los hombres en el coro de la colegiata, que otrora fuera asiento de canónigos y prebendados; había un momento muy tenso –yo lo vivía así–, cuando el sacristán mayor pasaba avisando con un susurro a los señores que iban a llevar las varas del palio. Un año, el avisador se saltó a mi padre. A mí se me saltaron las lágrimas. Con don Eugenio no había duda, su categoría lo dejaba fuera de azares. Fue un honor que don Eugenio le pidiera a mi padre una firmita, un puro trámite según el propio director del Banco Urquijo Vascongado.

La letra, o la cambial, o el efecto, y aún hay más nombres que no recuerdo, vencía pero no vencía: se renovaba. Mi padre iba al banco, le tenían consideración y no le hacían perder la mañana, solo un momento. De vuelta a casa, se enfrascaba en el negocio y ni volvía a acordarse, si acaso un comentario trivial a la hora de la comida, la letra de don Eugenio.

El Banco Urquijo Vascongado era una entidad, conque el director de la sucursal no era el dueño del banco, y menos aún los subalternos que en los ratos libres les daban vuelta a los sobres recibidos para poder utilizarlos de nuevo. Todo lo contrario de la Banca, que no radicaba en la plaza sino mirando a la alameda, y era una cosa humana, una alegría. La banquera y sus hijas y apoderadas estaban alrededor de una gran mesa, donde se sentaban los clientes, sin ventanillas ni cristales esmerilados. Yo mismo me sentaba cuando iba a ingresar fondos después de un día de mercado, se hablaba de las últimas novelas, de política (sin demasiada precaución), y una de las banqueras te firmaba el resguardo con una letra picuda y elegante, que más parecía de carta de una novia.

La costurera dejó de tomarme medidas para los calzoncillos, estrené trajes y corbatas,

se casó mi hermana mayor con uno de Palencia, obras de mejora en la casa, se casó mi hermana la segunda con otro de Palencia, nuestra juventud estaba llena de inquietudes y de ilusiones, y cada cierto tiempo salía lo de la letra y la fianza.

Era como una música de fondo en nuestras vidas, a veces se tomaba a risa, mi hermano llegaba a casa con permiso de la mili y lo primero que preguntaba era por la gata y por la cosa aquella de don Eugenio.

Con los años, el vocabulario se vigorizaba:

—¿Pero qué coño es lo de ese carcamal, que ya huele que apesta?

Nuestro propio padre, renuente a enfrentarse con un vecino, empezó a declararse hartó. El nominal —o el efectivo, lo que fuera— había crecido y seguían creciendo los intereses, las pólizas, las comisiones. Mi padre fue al banco de la plaza, habían jubilado al director, le dieron buenas palabras y firmó una vez más. Yo pensaba que las banqueras de la alameda lo hubieran arreglado como personas, pero es que el Urquijo Vascongado era una entidad.

Ahora el problema es mío. Cuando uno se pone a contar una historia, debe saber cómo terminarla. Yo no sé qué fue de la letra, habrá prescrito, se habrá desvanecido en los viejos libros, borrado en la prensa copiadora de cartas y telegramas. Solo puedo decir que en una de las fases agudas del aval, mi padre que en paz descansa nos habló con solemnidad:

—No prestéis dinero, que es perder el dinero y al amigo. Pero mucho menos salgáis garantes de nadie, una cosa así puede volverte loco.

Me quedé con gana de decir que el consejo sobre los fiadores es de hace muchos siglos, Proverbios, capítulo 11, versículo 15, pero me callé para que no me llamaran sabelotodo.

La Orbea del coadjutor

En mi ciudad había chicas guapas, las había en mi propio barrio, pero yo enloquecí por una de Cacabelos. Me atraía lo lejano (veinte kilómetros ida y vuelta) y, sobre todo, lo diferente. Las de allí eran menos esquivas y el pueblo mismo parecía estar siempre de fiesta. El día de San Miguel, en la chopera engalanada de Cacabelos conocí a mi amor (no diré su nombre, por ahí andará cargada de familia), bailamos y me salió mi mayor

vicio, que era el de la mentira: me puse años, adelanté la marcha de mis estudios y un poco ennoblecí a mi familia. En los pueblos de la comarca creen que todos los de Villafranca somos marqueses. Pero no la engañé en que me gustaba estar con ella y al final le pedí cita para el domingo siguiente.

—Puede ser que sí y puede ser que no. Tú ven el domingo y veremos.

Por un momento temí que las mujeres fuesen igual de imprevisibles las de aquí y las de allá, pero la de Cacabelos, como si leyera mi pensamiento, me pasó su mano por la cara que ya me afeitaba todas las semanas.

—Anda, bobín, me acompañas a casa y nos despedimos en el portal.

Los días se me habrían hecho eternos si no fueran las gestiones desatentadas para el próximo viaje. Al San Miguel iban camionetas, carros, tartanas, amigos que te acompañaban a la ida y al regreso. Pasada la feria de año, a nadie se le daba por ir el domingo a Cacabelos. La solución era la bicicleta, pero yo no tenía bicicleta y los colegas que la tenían esquivaron el compromiso. Siempre se me ocurrieron las soluciones menos simples, siempre las más barrocas. Por ejemplo, esta de pedirle prestada su bici al coadjutor de la colegiata. «Ya sabes que no lleva barra —me previno el del taller de ese ramo—, las bicicletas de eclesiástico son como las de las chicas, solo que más fuertes.» No me pareció impedimento. El problema estaba en inventar para mi excursión una causa moral. Qué cinismo, una causa moral. A los curas los tenía más engañados que a nadie. No es que creyeran en mi vocación, después del intento fallido de reclutarme para el seminario, pero me consideraban adicto, y es verdad que les era servicial, voluntario si había que echar una mano al estandarte en una procesión o ayudar a la misa de un fraile forastero que de improviso se presentara. Estaba bien que me lo pagaran con un favor.

—¿Y ese amigo que dices de Cacabelos, no podría mandarte los apuntes por correo? —quiso salvarse el coadjutor.

Del «Insti» de Ponferrada, los apuntes. Y *mi amigo* estudiaba oficial. Pero me había quedado corto en el invento.

—Lleva mi mismo curso, pero está enfermo —arriesgué otra vuelta de tuerca—, eso es lo peor. Está en cama y me dijeron que lo mejoraría verme.

El coadjutor suspiró.

—Me la devuelves por la noche, el lunes tengo una visita a Puente de Rey y me harías mucho trastorno.

El coadjutor me entregó la Orbea como si me confiase la Custodia del Corpus. Antes se remangó un poco la sotana y se montó él mismo para comprobar la posición del sillín, tocó los cables de los frenos y suspiró (lo hacía mucho) porque vio un punto que empezaba a oxidarse. Comprobó la horquilla y la dirección. Cuando yo había arrancado con las primeras pedaladas me voceó algo sobre los parches y el tubo de disolución, pero la bici y su montador enfilábamos ya la Portaje, y además, que no sabía ni supe en mi vida solventar un pinchazo o el reventón de una rueda. De todos modos, volví la cabeza para agradecer y vi que el cura trazaba en el aire una cruz, pero no me hice ilusiones, comprendí que bendecía a su máquina.

Ya fuera de las calles silenciosas y abrumadas de escudos, en campo abierto, la Orbea

parecía gozar con su propio ritmo, no creo que mi corazón funcionase tan seguro. Marchaba anhelante por ver a mi chica y así seguí durante un trecho feliz, hasta que lo llano acabó y empecé a acordarme de *El señor de Bembibre*.

«El otoño había sucedido a las galas de la primavera y a las canículas del verano y tendía ya su manto de diversos colores por entre las arboledas del Bierzo».

—Me vais a hacer un análisis gramatical y estilístico —nos decía don Manolo. Desde su cátedra polifacética, o sea desde su camilla con brasero de cisco, don Manolo reconocía que el autor no nombraba a su ciudad y nuestra en toda la novela famosa. Esto ahora no me importaba nada, solo le reprochaba al novelista que en su alabado paisajismo no se hubiera dignado describir las cuestas.

Mi tarea se iba complicando con cinco, diez, veinte cuestas. Puedes haber hecho el viaje a Cacabelos mil veces, pero estar siempre subiendo y bajando, lo peor era subiendo, no lo sabes hasta que tienes que ayudar a una bicicleta. Yo la ayudaba a ella. Ella apenas si me ayudaba a mí. Acercándose a Pieros hay una cuesta que llaman de Revientahombres y decidí que la remontásemos a la par, yo a pie y ella de mi mano. Las penas se me quitaron cuando al coronar el esfuerzo apareció a nuestros pies —no sé por qué hablo en plural: la bicicleta y yo— el júbilo de la villa del Cúa. Sin torres ni castillo feudal ni casonas venidas a menos. Se veía el río marcado por hileras de chopos, la población que se agrupaba alrededor de la plaza, y me esperancé pensando que en la plaza estarían esperándome.

En un apartadijo de la carretera revisé mi atuendo de domingo —camisa de cuello duro con corbata y chaqueta de pana como los ingenieros de la Minero de Ponferrada—, el pelo hacia atrás, aplastado por el fijador. El metal de la bici echaba destellos cuando le daba el sol último de la tarde y hasta pensé que me quitaba protagonismo. Entramos en Cacabelos y fue lo de siempre, que por cualquier ventana abierta, y eran casi todas, salía a la calle el sonar potente de una radio con música de baile.

Y luego, la fiesta central, redonda y alegre de la plaza. El regalo del domingo. La villa donde todos los días es domingo. El altavoz repartía una rumba de la que nunca he olvidado la letra:

Los negros trabajan mucho
de la cintura pa' abajo,
por eso cuando se casan
reniegan de su trabajo.

Mi enamorada era fiel y apareció con un grupo de amigas saludadoras y pispas. A estas se les vio pronto un gesto cómplice de guiños de ojo y empujoncitos y nos dejaron solos.

—Qué bici tan fetén —dijo mi chica.

—¿Tú sabes dónde podría guardarla?

—Hijo, yo qué te sé, ahí mismo contra una pared de los soportales.

—No sé... —empecé a dudar.

—En Cacabelos no roban bicicletas, te lo digo yo, aquí nadie roba nada.

Arrimé la Orbea a la columna que me pareció de más confianza, porque allí estaba la

farmacia con su letrero que acaso se encendiese pronto. Y nos pusimos a dar vueltas, y a bailar, sobre todo bailar. Los discos no eran muchos y la pieza de los negros trabajadores la repetían, cómo no iba a grabárseme en la memoria. Mi pareja era de cuerpo esbelto, delgadita y comunicante. Hubiera sido la mismísima gloria si no fuera la preocupación de la bicicleta, imposible dejar de echarle un vistazo a cada giro que nos marcaba la música. Unos niños andaban por allí jugando y los vi acercarse peligrosamente a mi sagrado depósito, pero los alejaron unos cohetes que tiraban en la otra esquina de la plaza.

Y una vez más:

Los negros trabajan mucho
de la cintura pa' abajo.

Se hizo de noche y el baile iba a terminarse, el poderoso que manejaba el picú tenía la atención de avisar de la última pieza, que reglamentariamente era un pasodoble. Bailamos el *Suspiros de España* con una emoción terminal. Yo apretaba demasiado y mi pareja se despegó un poco, pero me hizo una promesa: «Tú espera, bobín, me acompañas y nos despedimos en el portal». Y añadió:

—Si supieras qué ilusión me hace que me lleves en la barra.

A esto no dije nada. Con el cese definitivo de la orquesta invisible, apagaron los focos principales y mi chica se cogió de mi brazo, un gesto que me pareció impresionante. Cuando estuvimos junto a la bicicleta, se quedó mirándola con extrañeza, como si antes no se hubiera fijado en su condición mujeril. Yo sentí vergüenza por aquella anatomía incompleta, empecé a despreciar a la Orbea como si ella tuviese la culpa de que le faltase la barra dichosa.

—Es la bici de mi hermana —arbitré para el caso.

—Pues le habrás hecho una faena a tu hermana, igual por mi culpa le estropeaste el plan.

—No, no, qué va. Ella está interna en el colegio y para qué la quiere.

La chica y el ciclista apeado, y la máquina en medio, marchamos un trecho largo. A la chica se la veía tibia. Yo ya odiaba francamente a la intrusa que nos separaba. El portal de los adioses era oscuro y pequeño y había garrafones y cosas de la vendimia. Metí la cosa aquella y parecía ocupar todo el espacio que quedaba disponible, a cualquier movimiento que hicieras se te clavaba el manillar o tropezabas con un pedal. No voy a dar detalles, lector viciosín, uno no escribe para eso. Pero sí puedo decir que la de Cacabelos era más espabilada que su pretendiente, seguramente me llevaba un par de años. Debí de estar torpe, igual me pasaba de atrevido que me quedaba corto. Al tipo más experimentado quisiera verlo yo esquivando hierros y pinchos. Allí mismo me dieron la nota del examen:

—Oye, verás, no vengas el domingo que a lo mejor voy a un magosto con unas primas de Sorribas. Tú dame las señas y no vengas, no vengas hasta que yo te escriba.

Me parece que estaba cantado. Ni mi palabra empeñada al prestador confiado ni toda la Santa Madre Iglesia pudieron evitar lo que ocurrió en el regreso. Sin testigos en la noche cerrada, ante la amenaza de las pendientes de la carretera, perdí los nervios y

empujé a la sobranza para que marchase dando tumbos por un terraplén hacia Valtuille de Abajo. El viaje lo continué a golpe de zapato y descubrí que un hombre que puede andar con sus piernas es el amo de la tierra.

Y que caminando, se puede urdir una infamia.

A primera hora de la misa del lunes estuve rondando la colegiata sombría, y al fin entré. En la capilla del Rosario estaba como siempre el coadjutor, metido en el confesonario que obliga a escuchar y olvidar, incluso si es un crimen que perjudica al propio confesor. No tenía clientela. Leía, con una bombilla encendida. Me acerqué y al verme avanzó la cabeza hacia mí, con ansiedad, como preguntándome ¿qué pasó? Pero yo me arrodillé en el cojín de terciopelo gastado y dije Ave María Purísima, y él suspiró, se recompuso la estola y apagó la luz para escucharme.

El psicólogo

Con la Guerra Mundial dejó de pasar gente extranjera camino del Apóstol, pero en cuanto se pararon las bombas empezaron a reaparecer franceses, alemanes, italianos... De Italia eran los del autocar que chocó contra el paredón de los Molinos y se despeñó hasta el molino del Cojo dando vueltas de campana. Hubo algún peregrino muerto y muchos heridos, los de la Cábila fuimos los primeros en llegar a la ayuda, aunque el pueblo entero vino a arrimar el hombro, todo hay que decirlo. En las dos entradas principales de la ciudad, y una es la de nuestro barrio, están los carteles honrosos que nos hermanan con Orvieto, que de aquella población de la Umbria eran los excursionistas de la desgracia.

La Guardia Civil con su disciplina fue lo más eficaz en aquella confusión de hierros y gritos. Mientras no llegaron los refuerzos de los puestos vecinos y los jefes de la zona, el suboficial Arnoya se multiplicaba con sus hombres, no serían más de media docena, ahora pienso que a lo mejor los paisanos torpes –yo me acuso– en vez de ayudar estorbábamos.

El señor Arnoya es a estas fechas el de mayor edad entre los huéspedes de la residencia de pago. A capitán o así, habrá llegado con los años. Suele estar sentado en la entrada de la residencia si no hace mal tiempo. «Aquí, de puertas», dice cuando lo saludan. Al hombre le han quedado los términos de su profesión.

Al señor Arnoya puede claudicarle la memoria del día y del mes en que estamos y de algunos detalles prácticos, pero en lo referente a la Guardia Civil tiene grabados nombres, planillas, satisfacciones y agravios comparativos, hechos de armas y menudencias de casa-cuartel.

—¿Usted se recuerda del guardia Ramírez? —me dijo no hace mucho, cuando quise escarbarle en sus vivencias de la catástrofe del autocar—. El Ramírez era un número algo grueso de cuerpo para lo que requiere nuestro instituto armado, si eso iba a más habría que plantearle la licencia, pero siempre estaba la esperanza de que perdiese un poco de barriga. Báscula no había, yo mismo inspeccionaba la marcha del asunto, a ver, Ramírez, los agujeros del cinto. Y luego, que el hombre tenía sus valores, mismamente en esa ocasión de los italianos que usted tiene a bien preguntarme.

Al veterano señor Arnoya se le cansaba el fuelle.

—¿Ha visto usted qué día hemos tenido en el parte de la tele? —prosiguió después de un respiro—. Un autocar en Burgos y otro de chicos del colegio por la parte de Alicante. Salen ambulancias, helicópteros; pero casi lo primero van para allá los psicólogos. «Un equipo de psicólogos para atender a los supervivientes y a los familiares de las víctimas.» Pues Ramírez, ya ve usted, fue nuestro psicólogo, aunque por entonces ni siquiera se oía esa palabreja. Sin dejar las maniobras prácticas y propias de la situación, que hasta se movía con ligereza, tranquilizaba a los heridos, consolaba, sacaba frases que no se le habían oído nunca y que serían de los evangelios o de hojas del taco del calendario. A los italianos les hacía más efecto que don Eladio y algunos otros curas que llegaron con los óleos, y eso que el guardia Ramírez tenía el habla algo cerrada de la Fornela. Parecía un milagro. Cuando se hizo el hermanamiento con Orvieto, que fueron de aquí el alcalde y el presidente de la Sociedad de Socorros y otras fuerzas vivas, en Orvieto se les quejaron de que el honorable *carabiniere* Ramírez no formase parte de la embajada.

—¿Y luego, qué pasó con su subordinado? —antes de que el oficial Arnoya respirase peor.

—¡Ah, Ramírez! Que vaya el número Ramírez, ordenaba yo cuando había pasado lo peor de un fuego o la calamidad que fuese. A los afectados les daba mucha paz ese guardia, para mí que era por el tipo algo grueso. Pero no crea usted que era un bizcocho. Si un día había que reprimir, sin pasarse, lo bordaba.

«La Corbata»

Ahora caigo en que eso de los nacionalismos no es de ahora; en la Cábila nos dio la misma ventolera, y empezó porque las grandes procesiones se nos negaban, no cruzaban el puente. La Semana Santa, toda para los otros. Algunos pasos podían verse desde la barandilla del Viaducto, pero no pasaban la aduana ideal del puente. Ni Santo Tirso, ni el Corpus ni la carroza del Sagrado Corazón. Y lo peor, el Cristo, que es la fiesta de la ciudad entera y los comerciantes del censo cotizaban sin excepción, los de arriba y los de abajo, por las buenas o coaccionados por el alcalde. El Cristo bajaba la cuesta de la Abuela, abierto de brazos, mirando a nuestro barrio, pero al llegar al cruce de la Portaje le daban un giro de 90° y todo para los balcones de la Vieja Historia.

—Por las buenas, siempre por las buenas —aconsejó el abogado, que evitaba los pleitos y era de los nuestros—, esto no se habla ni siquiera con el párroco, lo tratamos con el obispo.

Fue peor, porque el de Astorga quiso contentarnos con la procesión de la Divina Pastora, una cosa como infantil, en las andas al lado de la Virgen figuraban unos ángeles de mayólica que parecían rapaces.

Pasaríamos de la Iglesia.

—Tened cuidado —advirtió el jurista—, si no cumplís con Pascua os pueden denegar el certificado de buena conducta, y sin eso no se puede conducir un camión.

Pero la paganización del ocio estaba cantada. Lo sentíamos por las monjas de clausura, nuestras vecinas. Se hablaba mucho de la autarquía. Un emprendedor se echó para delante y en la calle de Bajalrío abrió sus puertas domingueras el salón de baile, de pago, las señoritas gratis. A la entrada ponía «Sala de fiestas», pero empezó a llamársele «La Corbata». Se exigía esta prenda. Se usaba mucho la brillantina. No hubo riñas graves, y por la tornera se supo que a las monjas les resultaban amenos los flecos de boleros que les llegaban.

Pero el éxito de «La Corbata» duró poco. Yo fui de los primeros en traicionar: era una sosera arrimarse siempre a las del propio barrio, de momento no necesitaba certificados, y para la diversión volví al centralismo. El abogado de nuestra vecindad era muy caballero y filósofo, en cualquier tema le gustaba profundizar hasta las raíces.

—Desengáñate —me dijo—, semejante bailongo separatista no podía prosperar, eso es la endogamia, ¿me entiendes?, como bailar hermanos con hermanas.

Las adicatorias

Mi tío Manuel tenía el bar Manuel, me daba un vermú, con aceitunas siempre que no fueran de las rellenas, y que me sentara donde no estorbase a leer el periódico.

Pero más me gustaba escuchar a los parroquianos del bar.

Don Nemesio Ron se negaba a hablar lo que no fuera castellano, y un buen castellano. Pero del habla cercana a nuestra villa, y aún más a nuestro barrio casi galaico, tomaba palabras que le halagaban el oído. Mejor que un murmullo, el marmurio, que traía rumor de hojas en el árbol y, de propina, el sonido del mar. Un parroquiano del bar se marchaba para el otro mundo, y quién podría quitarle a don Nemesio el regusto de decir que al cuitado le había llegado la hora del pasamento. De las mil maneras de aludir al acto carnal prefería el sonriente verbo chingar.

Una noche celebraban algo los que se juntaban en el bar Manuel y don Nemesio levantó su vaso para hacer unas adicatorias. Dijo que adicar tiene más sentido de brindis y ofrecimiento que dedicar, y que empezando por de –derribar, deponer, descabezarlas palabras suenan a despojo mucho más que a entrega.

Hizo la perorata queriendo complacer a todos, eso tan comprometido que es ir sacando nombres en un discurso como si fuesen cerezas. Don Nemesio Ron jamás haría adrede un desaire. Pero uno de los que estaban se le quedó en la cesta, don Nemesio cayó en la cuenta cuando ya no había remedio y esa noche no pudo dormir.

Al día siguiente se presentó en casa del omitido, un pundonoroso brigada retirado de Ferrocarriles, y en desagravio le llevó la prueba de unas guindas en aguardiente de su alambique.

–Son poca cosa, mi brigada, pero quede constancia de que fueron preparadas con agarimo.

Cuestión de fonética

En setiembre de aquel año, Lina reinó sin competencia posible, era madrileña, «de Chamberí», con una *che* que le salía arrogante y castiza. Si se dignaba.

No se dignaba siempre, y ni siquiera hablaba con cualquiera. Yo tenía algunas ocasiones. Pero retiré prudente mi candidatura porque se puso de por medio el seductor oficial, que vivía en la plaza y era alto y rubio y tenía coche.

El privilegiado se vio despedido (primera vez que le fallaba una forastera) ante un

capitán de Regulares que era de Toral y llevaba muy buena carrera, y este, visto y no visto, fue descabalgado por uno de las minas de Fabero, qué se habrá creído esa, decían las señoritas del Casino, veremos si le ha salido un partido formal cuando pasen las fiestas.

Lina no iba al Casino, las primas donde estaba invitada eran las de la fábrica de patatas fritas, de manera que al Mercantil.

Había dos sociedades culturales y recreativas, con sus diferencias. En el portal y las escaleras del Casino empezaba ya el alfombrado, en el salón principal lucían reposteros y muchas mitologías, el Reglamento en marco repujado era severo y en la biblioteca predominaban los libros de heráldica de la Asociación de Hidalgos a Fuero de España.

En el Círculo Mercantil e Industrial la oferta de libros era más variada. Se podían leer novelas de famosos como Ricardo León y Lajos Zilahy, tratados de agricultura y obras de carácter social sin llegar a marxistas. Alfombras, no, pero el piso de tarima del Mercantil estaba encerado con esmero. Y había tiestos con geranios. En el Casino sería anatema un tiesto con geranios.

En un asalto del Mercantil estaba Lina una tarde, reinando. Yo la entretenía a veces, cuando no andaba a su lado un pretendiente de fuste, y creo que ella me miraba con buenos ojos, entiéndaseme el sentido. Las chicas de tanto éxito como Lina sabían apreciar en mí la admiración cortés, la pequeña fama de joven poeta, se confiaban a mi resignada disposición de confidente. Una de tales ocasiones fue aquella, sin moscones alrededor. Estuvimos charlando y la invité a bailar. Desplegó perezosamente su tipazo como de miss España, se sacudió la melena copiosa con un gesto de chulería tolerable y dejó que la enlazara. La mano que posaba en mi hombro la empleó en separarme un poco, para que no bailáramos muy juntos. A lo mejor tocaban *Tristeza de amor*, eso de Chopin lo frecuentaba mucho el pianista. Yo le preguntaba a la chica cosas de Madrid, que dijera «Chamberí», la sonsacaba.

Pero otras miras tendría la beldad, que se soltó pronto y dijo que le apuraba ir al servicio. Con lo finolis que yo era, cualquier necesidad corporal de una mujer me suponía un desencanto. La vi alejarse y no sabía si debía esperarla o adiós muy buenas.

No volvió a aparecer y yo me entretuve en otras guerras.

Al cabo de un tiempo percibí como un revuelo en el ambigú y que buscaban a alguien de la directiva. Encontré al vocal de juegos de salón y me dijo «No es nada, no es nada», y a quienes querían acercarse a los retretes los disuadían con disculpas. Mientras la directiva del Casino era desidiosa, los del Círculo Mercantil e Industrial se arreglaban ellos mismos para las averías. La reina de setiembre, la más reina contando muchos setiembreres, llevaba casi una hora atrapada en el WC.

—Discreción, caballeros, ya se ha ofrecido un socio que es del oficio y no agraviemos más a esta señorita en el trance —decía el vicepresidente, que los del comercio y la industria tienen su vena fina.

Yo estaba siempre disponible. Un encierro en el retrete es ridículo, y quedaba el peligro de la claustrofobia, un posible ataque de nervios. Me dejaron estar junto a la puerta con el vicepresidente y el cerrajero cuando Lina apareció en el marco, liberada. Salía tan

fresca. Nos miró y dijo con altivez:

–¡Chapuceros!

Con esa *che* que me fascinaba, no sé si predorsal, prepalatal o africada sorda.

El brazo secular

Llegué a casa y mi padre me tenía la espera, habló sin mirarme a la cara y comprendí que el asunto era serio.

–Ahí tienes una citación del Orden Público, están los tiempos como para jugarse el bigote.

Yo me toqué el bigote, que siendo de trazo fino se consideraba legal e incluso adicto, hacía poco que me lo había dejado. Claro que mi padre lo decía de metáfora, él seguía marcado por la época más oscura mientras ya los de mi edad nos iniciábamos en otros empeños. El principal, sobrevivir a la monotonía. Parecía que nada pasaba en España. Y aún menos en nuestro pueblo. De palabra podías opinar sin que te molestaran, siempre que no rozases las esencias. Sentí curiosidad por aquella llamada que venía a través del Ayuntamiento, pero no recuerdo que tuviera yo miedo.

–Es cosa de arriba –me dijo el jefe de los municipales: en el pueblo nos conocíamos todos–, han venido agentes de fuera, en lo que dependa de nosotros tienes buenos informes.

Los de fuera eran dos y vestían de paisano corriente. Habían ocupado el despacho del propio alcalde, con ese desparpajo de las películas en que llegan los federales de Washington a husmear en un condado de Arizona. Que me sentara, y casi me metieron por los ojos una fotografía. La cogí y la separé un poco para poder verla, y era un fraile joven, se deducía que estaba en un grupo en que llevaban todos el mismo hábito y a él lo habían aislado y ampliado, dejando a los demás en un segundo plano difuso.

–Es Domingo Lázaro, el hijo del señor Ramón Lázaro el zapatero –dije sin titubear; lo sabía todo el mundo, no tenía sentido pararse a pensar si mi declaración ayudaría o inculparía a un cristiano.

Los de la secreta querían que les contase al detalle mi relación con el individuo de la foto. Hablé con reservas mentales, ahora sí, por el instinto con que frente al poder nos gusta estar a la contra. Ellos me preguntaban. Todo era de cliché, el policía bondadoso y

el policía duro. Podía haberles hecho el relato completo y hasta con algún adorno, como lo hago ahora, pero mejor que se lo trabajasen. No hacía mucho que había vuelto de los capuchinos el hijo del señor Ramón, que andaba cerca de cantar misa y se pusiera de los nervios, y los superiores esperaban que se repondría en casa y lo dejaron venir con la barba, pero sin su hábito de estameña y sin cordón ni capucha.

Era mayor que yo y nunca nos habíamos tratado.

—¿Tú crees que estoy loco? —se me acercó en el viaducto una tarde en que él venía de hacer sus rezos en la parroquia.

Me miró derechamente a los ojos con los suyos que parecían brasas y sin esperar mi respuesta siguió hablando. Lo hacía despacio, y supe que quien oyera aquella voz no podría olvidar a su dueño. Cautivado, estaba perdiendo la letra de las palabras, solo se me quedó lo último que dijo y era algo por este estilo:

—Lo que proclama la boca es lo que crece en el corazón, y todo está en el ojo del que no duerme.

Luego supe que en la parroquia habían tenido la función de San Antonio y el predicador habló desde el púlpito a favor de los pobres: que los católicos ricos debían pasarles a los pobres tantos relieves como sobran en las mesas acomodadas, y a esto el novicio neurasténico masculló pero todos lo entendieron: «Las sobras, no; ¡las plusvalías!», y hubo algo de escándalo porque no se estilaba que los fieles interrumpiesen en las novenas. Pero no era la primera vez que el novicio se enfrentaba al párroco: que a ver por qué las señoras principales tenían en la iglesia su reclinatorio privado y almohadillado.

Domingo Lázaro no era muy alto pero sí bien parecido, y su vestir modesto le añadía una elegancia que no podrías comprar en las tiendas de León, y ni siquiera en las de Valladolid. El cuello duro de almidón que por entonces llevábamos lo hubiera cambiado yo por sus camisas con tirilla abrochada por un botón que en otro hombre joven haría paleta.

Y la barba, sobre todo la barba.

Dejarme la barba era mi deseo secreto. Me inquietaba imaginar cómo me saldría si estuviera unas semanas sin afeitarme. Pero era un sueño imposible, en el pueblo me hubieran corrido a morrillazos, eso sí no me ponían una multa. Los muy mayores, y solo si eran señores con carrera, esos sí se admitía que llevaran su barba de siempre. Y ahora este chico, el hijo de un simple artesano, lucía el privilegio envidiable. Quizá en el convento les enseñaban a cuidarla como un símbolo de la Orden, Domingo Lázaro la llevaba muy negra y aseada.

Debió de mejorar o estacionarse el paciente, porque se oyó que quería dar clases particulares. Supuse que de letras. Yo había sacado limpio el sexto del instituto, pero buscaba aproximarme al personaje. Me presenté en su casa, en la calle que está saliendo para el alfoz. Él mismo me abrió la puerta, y dijo:

—Ya pensaba que no vendrías.

Como si hubiéramos concertado una cita. A informarme, le dije, a sabiendas de que venía a apuntarme a lo que quiera que fuese.

En casa no me objetaron, ya yo empecé advirtiéndolo que el profesor no cobraba. Acudí el día siguiente. Era pleno verano y él había señalado la hora en que todo el pueblo seesteaba. La casa del zapatero parecía un lugar de muertos. Por el interior de la vivienda seguí los pasos de las sandalias franciscanas, cautelosas, pero que no evitaban el crujir de las viejas maderas. Al salir a la parte trasera nos recibió un golpe de calor; y más aún, la plenitud hiriente de la luz. Las casas de ese lado de la calle, con su aire menestral y gregario, tienen a sus espaldas el regalo de un patinillo o huerto que se encarama hacia el monte. En el huerto del señor Ramón había lo que llamaban el cenador, donde probablemente nadie había cenado nunca. Estaba en sombra, pero el bochorno se había encerrado en el pequeño resguardo; alrededor de la mesa de piedra los bancos de piedra tosca echaban fuego. O sería la primera impresión al sentarse. Las chicas parecían a gusto, pensé en sus delicados culitos con sus vestiditos de organza, me chocó que estuvieran las gemelas del notario, unas preciosidades, y la rubia de los viveros del Parque, menos preciosidad pero que valdría para un apuro. La mayor de las notarias – entendámonos: la ligeramente más alta– seguía bien las declinaciones, la familia del notario había venido de Extremadura y la chica le ponía al latín un deje gracioso, *Tempus est optimus magister; Ciconia est nuntia veris*. Las otras dos educandas daban palos de ciego, la gemela poquitín menos alta se echó a llorar cuando creyendo haber aprendido la segunda declinación el profesor la fustigó con una tira de excepciones.

Este Domingo Lázaro era cualquier cosa menos pedagogo paciente. Te recordaba los ojos dulcísimos de un Corazón de Jesús y de pronto era la estampa del que con un látigo echaba del templo a los mercaderes. Otras tardes vinieron en aquel verano reseco y el latín fue desapareciendo del cenador. El maestro se iba por otros cerros, nos enganchaba con ideas que ni siquiera habíamos barruntado. Nos dijo que mentir no era pecado si servía para ocultarnos de los incapaces de entender la verdad. Que no puede haber acto impuro en los espíritus que naturalmente son puros. Que siendo dueños de nosotros mismos mandaríamos sobre el mundo. A la gemela Uno, que se llamaba Lucía, el casi capuchino le había puesto Serenidad.

Las chicas debieron de irse del pico y trajeron amigas. Detrás vino algún chico. De uno o de otro sexo los catecúmenos caían, como había caído yo, en la adicción al profeta. A este le daba también por la historia natural. Una vez se le saltaron las lágrimas por uno de esos incendios de agosto, en la ocasión se había quemado monte y el hombre sufría por tantos años que costaría repoblarlo. Pero la mayor excitación, que hasta le entraba tembladera, era por las vegas que los ingenieros arrasaban para desviar la carretera, tramaba que iríamos a sentarnos en el macadán cuando las máquinas empezaran con la boca del túnel.

Los calores del verano fueron bajando y el grupo se hizo paseante. Salíamos por los caminos de montaña y llegábamos a las últimas aldeas leonesas, recogiendo plantas silvestres, pequeñas piedras que el maestro acariciaba con sus manos y solo con eso se convertían en amuletos.

Las chicas se encargaban de la merienda, pero a Domingo –lo llamábamos por su nombre de pila– lo enfadó el lujo de unos filetes rebozados e impuso la frugalidad y lo

vegetariano, todo lo más unas tortillas de patata y cebolla.

—Pero ustedes —me echó encima su aliento el policía malo—, con eso de las excursiones terminaban en bailes obscenos.

«No hay nada obsceno cuando lo interior es pureza», pensé proclamar. Pero no me hubieran entendido.

—Traíamos en las piernas las agujetas de las caminatas higiénicas —es lo que dije—, qué ganas íbamos a tener de meternos en danzas.

—Pero sí nos va a ratificar lo que otros han confesado ya —el interrogador echaba su anzuelo—: que ese jefe de la secta, el Domingo Lázaro Cornide, aprovechaba para abusos sexuales con las señoritas, mayormente con una hija del señor notario.

—¡Es falso! —aquí me indigné de verdad—, ¡una vileza! Que alguien lo diga delante de mí y nos veremos las caras.

—Está bien, está bien —apaciguó el policía bueno—. Usted es persona de confianza y adicta. Apuesto a que si andaba en esas compañías era por curiosidad, digamos intelectual, seguro que le habrá extrañado que un religioso les hablase de Lenin y de Marx.

Nuestro mentor citaba a Prisciliano. Entonces le veíamos al medio fraile una ansiedad, sobre todo en los últimos días, que al valle bajaban las nieblas galaicas del otoño. Decía que Prisciliano fuera el primer ajusticiado por ideas religiosas, pero que la Iglesia no se mancha con una ejecución, que esto se lo pasa al brazo secular. Y que él, Lázaro Domingo, sabía que muchos ojos lo espiaban aunque estuviera lejos del convento.

Los polizontes me mandaron para casa. A Lázaro Domingo lo llamaron y no le tocaron el pelo de la ropa. Dicen que del trámite salió sin la barba y casi me alegré de no verlo, ni cuando vino a buscarlo la ambulancia de la Diputación.

La tuberculosis

Nos lo tenían advertido. El vicio solitario le auguraba al contumaz dos consecuencias nefastas: la miopía y la tisis. Para nada me acordé de esos sermones cuando me encontraron unas dioptrías en cada ojo, pero tiempo después, al coincidir este estigma con una cosa de pulmón, pensé que muchas miradas me señalarían. Y no es que hubiera motivo. En el pecado de Onán, yo, ni pasarme ni demasiado poco: lo corriente.

Del pulmón enfermaba bastante gente, pero lo encubrían con eufemismos. Lo que más se oía decir, «Fulanito está de la pleura». Yo volví del especialista y de cara dije que tuberculoso, sonaba a provocación, y es que me alentaba el compañerismo de Chopin, de Gil y Carrasco, de don Santiago Ramón y Cajal y de cantidad de novelistas rusos, todos de la misma cuerda. También decidí labrarme una nueva imagen, acentuar el aura de melancolía. Nunca tuve tanto éxito con las mujeres.

—Gracias por venir a verme, si supieras lo que duele este apartamiento forzoso del mundo... Pero no te acerques demasiado, no quiero que hagas nada por compasión...

—Qué tonto eres, a quién se le ocurre pensar eso —se arrimaban definitivamente—. Además, tú sabes que no eres contagioso.

Esto era cierto. «Los análisis son negativos, tiene usted una lesión que nosotros llamamos cerrada.»

—Y aunque lo fueras —llegaba al colmo la sacrificada. Mi mano alisando el cobertor de la tumbona ensayaba fingidas elocuencias, desmayos y súbitas reanimaciones, la voz persuasiva e hipócrita también trabajaba lo suyo, un juego apasionante.

La tuberculosis no duele. Mi tuberculosis no daba fiebre, solo dos o tres décimas al atardecer, que en unas semanas acabaron marchándose. Si siempre habías comido bien, ahora tenías que comer mejor. «Con cada comida, usted puede permitirse hasta dos vasitos de vino tinto.» La mejor habitación de la casa, orientada al mediodía, debía destinarse al enfermo. El balcón, de par en par abierto el día y la noche, en enero igual que en agosto. Todo esto venía en las instrucciones del especialista. Y que mucho reposo, nada de preocupaciones.

Comprendí que mi vocación era esa, la de poeta tuberculoso. Los días me pertenecían. Tenía tiempo para leer —me prestaban los libros, increíble que en mi pueblo hubiera tantos libros—, largas horas para escribir versos garcilasistas, podía recibir visitas de los amigos y las amigas. De vez en cuando, mis ojos se solazaban mirando al río, a la vega y a las torres de una ciudad que vista al sol solo mostraba bellezas, los desconchones y la usura de siglos quedaban en la sombra interior de las calles.

Y las noches, la manera con que fui haciéndome íntimo de la noche en calma. Madurábamos antes de tiempo, a mis años había vivido noches de juego y bebida, noches de bailes de sociedad, noches de putas en Lugo, noches de arrepentimiento y adoración al Santísimo, noches de apagar fuegos o de velar difuntos. Pero nunca había entrado en comunión total con la noche. La cama me la pusieron junto al balcón y casi dormía —o velaba— a la intemperie, con buenas mantas de Maragatería que en invierno recogían algún copo de nieve. Al avanzar la noche, los ruidos decrecían paulatinamente. El paso de un coche, por el puente no demasiado lejano, era una rareza. A las doce en punto cerraba Radio Club Portugués y en la radio de Rosa la Miñota se apagaban los fados. El reloj de San Nicolás daba las campanadas con tres minutos de retraso. El reloj de San Francisco lo hacía un poco después, si es que se acordaba de darlas.

Pienso en la gente que fomenta remedios contra el insomnio. Al contrario, yo no quería dormirme. Estaba ansioso por ejercer y comprobar el poder que me había llegado con la enfermedad. Había un dicho por entonces, «Tener oído de tísico». En el silencio, oía lo

que no oyen los demás mortales. No veía crecer la hierba, *la oía* crecer, y no me parece menor espabilo. El prosperar de la hierba, las ramas madres de los chopos alargándose hacia las ramas hijas para protegerlas del viento, la secreta formación de las tormentas cuando la bonanza era pronóstico unánime de los ancianos, la más leve subida del caudal del río en la amenaza de las crecidas oía.

Pero Dios, o quien corresponda, no nos da por las buenas un regalo así. Algo habría que pagarle. Había escuchas turbadoras. Los goznes cautelosos de puertas que se abren al expolio o a la infidelidad, a ver qué haces en tales casos, si denunciar o vivir con la conciencia abrumada. Y las alimañas. Por muy a salvo que te sepas en tu casa y en tu habitación, se te pueden erizar los pelos con el pisar del lobo sobre las brañas del monte vecino.

Pasaban los meses, ya no sé si los años, esa enfermedad usaba plazos así de largos. Lo que voy a contar fue justo con la llegada de la primavera. El día había estado glorioso de luz y buen aroma, las lavanderas cantando en el pedregal mientras removían sus sábanas en el agua para luego extenderlas sobre las piedras pulidas. La noche tardaba más que de costumbre, pero llegó la noche. Por primera vez desde que empezara mi historia clínica, una fiebre muy alta vino a sorprenderme, me bañó en sudor y delirio. No llamé. Por si me moría, quise despedirme apurando mis facultades secretas y *entré* en el convento de la Anunciada, que se otea desde mi balcón, allende el río y las huertas. La Anunciada era la clausura más cerrada en una ciudad de conventos, con monjas que en el siglo tuvieron apellidos de fuste, allí se recibían pliegos cerrados de Roma y el latín de sus rezos era el más elegante. Conque yo capté el andar de la procesión nocturna con sus hachones encendidos entre pinturas de Giotto y Tiziano, la escena no podía verla con los ojos pero los sentidos se ayudan unos a otros, y los salmos que escuchaba arrastraban ciertamente una cadencia que me iba poniendo en las venas el dulce mareo de la muerte.

Desperté a mediodía, entre sábanas que me parecieron fatigadas de siglos. Estaba limpio de fiebre y animoso como quien sale de la crisis en una dolencia aguda. El cuerpo me pedía un buen baño con Heno de Pravia. Me vestí de calle y me eché a la calle, que ya no era contemplar el río y el verdor, los vecinos andaban arriba y abajo con sus asuntos. Casi sentía vergüenza, como si por propia voluntad hubiera estado viviendo una pereza alimentada de sueños.

Cogí el autobús de línea y el especialista me dijo sin quitarse el delantal de los rayos X: –La lesión está curada y lleva tiempo curada. Podía haber venido antes a que le diésemos el alta.

Era un tipo desaborido que hablaba entre dientes, ni siquiera me dijo me alegro. O quizá me lo dijo y yo no alcancé a oírsele.

La feria según nos va en ella

Decir feria era decir fiesta grande para hombres y mujeres de nuestro barrio que se habían acostumbrado y no sabían vivir sin las ferias de mes. No necesitaban calendario escrito. De padres a hijos se sabía que el 1 y el 15 era la feria en El Espino, el 3 y el 18 en Friería, los días 9 y 28 en Camponaraya. El primer domingo de mes la cita era en Villalba, para los menos temerosos de la distancia. Presumían de no ser unos lacazanes ociosos y tenían su coartada. Les gustaba que se les viera marchar a la feria con unas cestas de uvas, o castañas, también podían ser injertos o semilla de repollo de unos pequeños trozos de regadío que llaman tabladas. Pero volvían con poca ganancia líquida, a veces lo comido por lo servido. Y a esperar la próxima, otro madrugón de orujo para viajar en un ómnibus maltratado, el parloteo y el regateo, la comida bien regada. A la noche volvían cansados pero orgullosos. Se habla de la feria según te va en ella, pero estos de mi pueblo, si acaso se lamentaban, era como el jugador que siempre cuenta con el desquite.

Se me ocurrió un negocio.

—¿Tú oyes esto, mujer? —le dijo mi padre a mi madre—, aquí al poeta se le ha ocurrido un gran negocio.

—No dije grande, solo la manera de convertir en pesetas las maulas de muchos años que están ocupando sitio y pudriéndose. El comercio de casa estaba conociendo una época de prosperidad. Era un establecimiento de categoría, a pocos en nuestra provincia y las limítrofes les vendían directamente los grandes fabricantes del ramo, estar «clasificado» por el fabricante de La Bellota y por los de cartuchos de caza suponía un privilegio.

—Deja al chico a ver qué hace —me apoyó mi madre—, cómo vas a saber si tiene iniciativa si nunca le das ocasión.

La idea no era nada espectacular, solo la consecuencia del sentido común. En las ferias se juntaban cientos de compradores, no había más que encandilarlos con unos precios de saldo.

—Está bien, está bien, pero que no me desacredite.

Tenía el colaborador ideal. Mi compadre Roxo del Mazo, que yo le fuera padrino de un niño que nació faltoso, vino a capítulo y nada más proponérselo le relumbraron los ojos de feriante adicto. Yo hice la selección de los objetos y unos carteles con los precios casi regalados y la advertencia de que eran precios fijos. También se indicaban claramente los defectos, cacerola con el esmalte saltado, espejo picado el azogue, sartén que el mango necesita un remache, si aquello se vendía barato tenía que ser por algo.

Para el estreno elegimos Piedrafita del Cebrero. Elegí yo, porque a Roxo del Mazo le hubiera dado igual marchar a Pamplona.

Mi hombre salió en el «Ferias, Fiestas y Mercados» que se cargaba de cestos y banastas en el paredón del horno, y llevaba las mercaderías, la rotulación y unas tablas para montar el tenderete. Yo era el cerebro y me quedé en la ciudad paseando por la alameda, papando el aire o leyendo. Del tráfico mercantil me atraían las antefirmas que traían las cartas y facturas, «El director gerente», «El jefe de división», «El consejero delegado». Al filo del mediodía pensé que el director debía estar cerca de la operación.

Tomé el único taxi de la parada de la plaza.

—Te llevo, pero yo me vuelvo zumbando, que tengo que ir a Valladolid para un recurso en la Audiencia y eso es sagrado.

Salimos por los Colmenares, en seguida Pereje. Luego Trabadelo, Ambasmestas, donde había unas hermanas que eran amigas mías. Le pedí al conductor que nos detuviésemos un momento, solo saludarlas. Se empeñaron en invitarnos, eran unas chicas muy guapas y el conductor miraba el reloj y me miraba a mí con odio.

Si por mí fuera nos hubiéramos parado también en algún punto panorámico, sobre todo a contemplar el castillo de Sarracín, que por las mañanas tiene la luz a favor y da una estampa romántica.

—Eso son vainas —desdeñó el del taxi y ya subíamos el puerto, a todo el gas que permitía el motor.

En Piedrafitas del Cebrero la feria estaba en su apogeo. El coche, a fuerza de tocar la bocina, pudo dejarme en medio de aquel zoco. A mi compadre lo encontré animoso, aunque no había vendido ni una sola pieza. Me puse a observar pero sin dar la cara, como si nada me relacionara con el «stand», que tenía buen emplazamiento, después de pagar los debidos arbitrios. De vez en cuando se paraba algún curioso, campesinas mayormente. Miraban, y nada. Pensé preguntarle a aquella gente las causas de su desinterés, como quien hace una encuesta sociológica y tal, pero me dio vergüenza.

—Habrá que comer algo, compadre —le dije al cabo de un rato a Roxo del Mazo—, ¿qué coméis los marchantes en un ferión como este?

—Eso depende de los posibles de cada uno. Siempre puedes traer la tarterita de casa, pero lo suyo es el pulpo de la feria, que además de gozar del plato disfrutas de estar en la armonía de la mucha gente.

—Pero habrá algún restaurante, si se tiene el gusto de estar tranquilo.

—Hay la fonda de Rodil que da buenos filetes y carne a la maragata, pero... —el Roxo se frotó las yemas de dos dedos aludiendo al dinero.

—Vamos allá, y no te preocupes por la mercancía, tampoco sería grave que se llevasen algo.

Nadie se llevó nada mientras comíamos a manteles entre tratantes de ganado y curas que venían a la feria a jugarse los cuartos, el no estrenarse en las ventas podía soportarse, pero que no robasen ni una pieza de aquel charnaque plenamente abierto me hundió en el abatimiento.

El Roxo plegó la tienda pero no su entusiasmo. Él achacaba lo ocurrido a los carteles escritos, en una feria lo que manda es la palabra hablada, y mejor voceada, y en todo caso nos quedaba el mismísimo San Froilán de Lugo, que allí sí saben apreciar.

Sobre mi porvenir en el comercio, mi progenitor fue menos optimista:
—Como no se reenganche cuando vaya a la mili este chico se muere de hambre.

El reconocimiento

A un chico de la Cábila que llegó a literato lo hicieron Hijo Predilecto cuando era mayor y le blanqueaba la barba.

Una noche pasaba el puente con un convecino que no tenía diploma honorífico y pensó que si un ventarrón los tirara al río, el predilecto sería el primero que salvarían.

La injusticia se le hacía insoportable, pero lo alivió el recuerdo de que en todo el barrio, él era el único que no había aprendido a nadar.

Cuentos del noroeste mágico (2006)

El reproche de Tina

Hoy he visto a Tina y fue sentirme años más joven, o sea muy joven. Fue en Madrid en un sitio de copas, y ver a Tina me trajo los tiempos de aquella ciudad de Poniente donde habíamos vivido nuestros mejores años.

–Pero tú no has vuelto –le digo a Tina como una reconvención.

–Aquella casa ya no es mi casa, y la Albertina que volviera sería otra Albertina...

En el encuentro nos besamos como amigos, los dos con un punto de sorpresa, aunque Tina fue rápida en rehacerse. Estaba encaramada a un taburete de la barra, con aire de habitual, y el camarero le daba fuego con una complicidad que me pareció excesiva. Le pedí que fuésemos a una mesa, y solícito le hice sitio para que estuviese cómoda, como se hace con una dama.

–Tú sí que eres el mismo.

Me miró con un cariño tenue, quizá con un poco de sorna por esa cortesía mía, tan lógica, me parece. Luego callamos. Pidió algo con ginebra que pronto repetiría. Luego hablamos, como tanteando los caminos. Algo me contó sobre pequeños azares de su vida, quizá me parecieron pequeños porque no parecían corresponderse con noticias que alguna vez me habían llegado, ni con su aire de ahora mismo, el de una mujer que ha corrido mucho. En la mesa teníamos que estar muy juntos, Tina todavía atractiva, con esos estigmas de la usura del tiempo que a algunas mujeres –y más a las mujeres delgadas– les añade encanto. Bebía más allá de la sed. Fumaba demasiado. En uno de sus movimientos nerviosos, ocurrió algo. El vestido le resbaló ligeramente del hombro. Nada, una insignificancia, pero a mí me vino un tumulto de recuerdos, a Tina adolescente se le escapaba siempre, siempre, la ropa de los hombros estrechos pero no huesudos, lo justo para enseñar un poco más de la piel morena y joven. Entonces sentí el deseo de rescatar los rincones del instituto y las tardes de los cines cómplices, el parque oscuro y los soportales y los atrios donde vivíamos una sexualidad incompleta y perseguida.

–¿Te acordaste de mí?

–Me acuerdo de todo –me dice. Y ese todo y el decirlo en presente lo hace más vivo.

Es como una droga lenta. En el local hay poca gente, alguna mujer y algún hombre solos y ensimismados, acaso una pareja o un trío de sexo confuso. No pueden saber que Tina y yo estamos en una reválida de olores, sabores, texturas de lo lejano evocado.

–Tenías un vestido de muselina alegre, casi transparente, lo llevabais las chicas aquel verano.

–Tú tenías una chaqueta de cuero, en la cabaña de la viña me la puse mientras se secaba la ropa empapada de la tormenta, el cuero era excitante de tan frío sobre la piel desnuda y yo no llevaba sujetador, tú no miraste ni tocaste, tú eras muy caballero y eso sería aprovecharse de la ocasión. Me lo dijiste.

–¿Te dije que era un caballero?

–Lo de que no querías aprovecharte, dijiste, lo de caballero sería alabarte tú mismo y siempre fuiste fino de maneras. Le gustabas a nuestras madres, aunque para ellas fueras de otra clase social. Les besabas la mano. Y las chicas te llamábamos el bardo, jamás en tu boca una palabra malsonante. A mí me dolió la injusticia de que solo te dieran el segundo premio del concurso literario.

–El tercero.

–Todas en el insti sabíamos que lo tuyo era seducir con las palabras. Me hizo gracia cuando me dijiste que yo tenía los senos turgentes. Los senos. Cualquier otro diría las tetas.

¡Qué horror! Y peor si le hubiera dicho a Tina senos mórbidos o globos de alabastro, todo eso era de Vargas Vila y de otros novelistas decadentes. Volví a la escena de la cabaña:

–Aquella caseta de las herramientas de la viña era un sitio innoble, Tina. Yo quería un sitio digno para estar contigo.

–¡Estar contigo! –y subrayó–: ¡*Estar* contigo! –todavía te gusta decir y no decir.

Nos quedamos un tiempo en silencio, hasta que ella rompió en una risa excesiva, casi histérica:

–¿Sabes?, aquel refugio me tuvo siempre un olor inconfesable, te lo voy a decir: olía a hombres. Yo sabía que los jornaleros se tumbaban allí para su siesta, sudorosos y, en mi imaginación, calientes de ganas. Pensaba en lo que pasaría si allí, entonces, pillaran a una mujer.

Sentí el rubor en la cara.

–Mis padres, siguió Tina, estaban fuera y una tarde te pedí que vinieras a mi casa: Tú subes un momento y te doy esos apuntes. ¡Qué hipócritas nos hicieron! A las chicas más. Fue una espera nerviosa, la mía. Anduve de un lado para otro arreglando mi habitación, pensando en que la cosa resultara estética, Vivaldi en el microsurco, lo que a ti te gustaba. Llegaste y nos abrazamos.

–Pero tú te echaste a llorar, acuérdate.

–A eso también nos habían enseñado.

La vi demasiado nerviosa. Le vi una vena en el cuello hinchada como para estallar.

–Oye, Tina, antes de que te vayas y nos separemos: ¿crees que aquella tarde, a poco

que yo... ?

—Joder, sí! Eso habríamos hecho si tú hablaras sin retóricas, tú el primero y no el canalla que me arruinó la vida.

Vuelo planeado

He perdido la cuenta de las campanadas de la torre. Si consiguiera despegar ganaría pronto el tiempo perdido, tengo ya muchas horas de vuelo y mi aparato es dócil como el alambre pero fuerte como los nervios del acero.

No puedo despegar.

En la altura somos poderosos y en el suelo torpes: este arrastrarse con pena y sin perder el orgullo de la tribu. Bastaría una elevación por pequeña que fuese y ¡*sui-ri!*, desde allí remontar en flecha con una sonrisa de desprecio y triunfo, aunque ningún sabio haya podido descifrar la mueca de nuestra sonrisa.

El sol va avanzando en su órbita. Los hombres se asombrarían si supieran que de padres a hijos, a lo largo de miles y miles de viajes, hemos aprendido sus propias palabras, todo podemos expresarlo en nuestros retiros con las mismas voces que los hombres, pero ellos solo conocen nuestro chillido, es posible que cualquier día se desengañen según van de rápidos sus inventos.

Ahora pasa un carro de la yerba de los prados, puede que pise mi infortunio y me atropelle y acabe.

Lo más hermoso de lo que ellos llaman vida, para nosotros es la Ruta Grande, la que cada primavera nos trae a la busca del norte y al final del verano nos lleva a los alimentos del sur. Lo que esta mañana toca dejar es una comarca plantada muy arriba en los mapas, la ciudad tiene casas y palacios bien provistos de aleros que cubren nuestros descansos, una fortaleza ruिनosa con torreón y recovecos para el amor y el juego. Tampoco es mala su gente.

Salvo la crueldad de los niños y, a veces, de los curas negros con sus paraguas negros. Ha pasado el carro de la yerba y sigo vivo, aunque inválido en las losas húmedas, resbalosas. En la desdicha se vuelve a los pensamientos felices. Volamos más alto y más rápido que muchos (y muchas) que nos niegan como congéneres pero envidian nuestra vista larguísima. A esta hora los míos estarán dejando atrás las montañas del carbón y el

río que arrastra pepitas de oro, luego serán los páramos y las extensiones del trigo, y de vez en cuando un regalo de pinares bajo el aire cada vez más cálido. A mí me gusta rezagarme de la bandada y planear con la mirada atenta. Me gusta el vuelo planeado. Deslizarme sin esfuerzo sobre la belleza. Desde arriba una cárcel es un gran patio sin muros y un convento es un jardín sin rejas donde corretean las monjas y se tiran flores.

En esta calle sombría que ahora es mi cepo, queda poca vida, tabernas oscuras, el asilo. Cuentan que fue hollada por miles de peregrinos que caminan hacia poniente en busca de la sepultura de un santo, la calle es rica en leyendas pero aborrezco sus muros de lisura donde vanamente busco un saliente a donde llevar un último intento. Sí, los vencejos en el suelo somos pájaros desgraciados.

Pero es de necios rebelarse contra lo inmovible, te reprochan tus mayores. Es un vencejo soñador, sé que murmuran a mi cola. En las anochecidas estamos de recogida por los huecos amantes de las cornisas, y se parlotea. Se burlan de que hablo con prosopopeya, eso dicen, como los poetas que nos sacan en las fábulas. Y mis celos contra las golondrinas.

Piensa, me advierten, que no es despreciable la forma que nos ha tocado en suerte a los vencejos, nuestras alas tienen la forma y la dignidad del sable.

Quisiera, yo les arguyo, que mis patas fuesen tan largas y finas como son las de ellas, no estas patas cortas y gruesas.

Una vanidad nada práctica, me dicen: más vale lo recio que lo quebradizo.

Pues el color, me gusta insistir en la queja. Nuestra garganta es de un blanco sucio y en el plumaje recordamos al hollín, un color negruzco explican los libros de allá abajo.

¡Pero con reflejos verdosos!, para que me calle.

No me atrevo a la confesión más secreta: que por encima de todo eso y de la monserga de que las golondrinas le quitaron las espinas a Cristo lo que me disgusta es nuestro nombre de vencejos. Ven-ce-jos. Cuánta aspereza comparado con el sonar de campanillas de go-lon-dri-na. De las golondrinas se enseña que son útiles para el campo y deben respetarse. De nosotros no se dice nada bueno. ¡Y los pequeños bárbaros a punto de que los suelten de las escuelas!

Un vahído. Seguro que no lo enseñan en las pizarras, que a un vencejo pueda darle un vahído de solo pensar en los chicos.

Me he quedado sin conocimiento. Esto les chocaría aún más, que los vencejos tengamos conocimiento.

Cuando vuelvo en sí (o acaso sea volver en mí), con la vista todavía borrosa, hay delante de mis ansias un milagro en forma de árbol. El árbol está aquí, como recién salido de la residencia de los viejos, junto al portón donde los viejos salen a rumiar el sol escaso de la calle. Los árboles añosos nos son amigos. El árbol tiene unas ramas o brazos que se están ofreciendo. El árbol se inclina, me recoge y ya estoy sobre su corteza rugosa y parda, vuelve a mí la claridad y lo que ven mis ojos es la cara de un hombre, que tiene los surcos de muchos inviernos en la frente por bajo de la boina cansada. El hombre me calienta en su rescoldo de vida, me acaricia, me pone sobre la meseta de su hombro. Ahora un pequeño impulso, ¡sui-ri! ¡sui-ri!, los míos irán ya cerca de la tierra que

llaman de castillos, conquie a todo pulmón y días vendrán de vuelo lento y planeado

Cuento de los dos narradores

Había una vez un narrador inocente. No usaba teléfono móvil (ni soñar que pudiera inventarse), le gustaban las chicas metiditas en carnes, bailar en el Círculo Mercantil y viajar en los coches de línea. Al narrador inocente le dio por escribir lo que veía o imaginaba en sus comarcas del interior, el desvirgue de un criado de monjas, a quién se le ocurre, pero delicadamente contado. Metido a contar (por entonces él no hubiera puesto tan seguido *contar y contado*), urdió historias de desencanto como la del emigrante que regresa y ve convertida en supermercado la tienda de Paco Santín, o de ternura como la del niño pobre que encuentra y restituye unas buenas botas del mismo número que calza su padre, también la necesidad de defender el fuero más que el huevo cuando uno va a los toros en el pueblo de Avellanejo.

El narrador inocente fue perdiendo la inocencia con los libros de teoría literaria y otras malas compañías, y ahora no bautizaría un pueblo con el nombre de Avellanejo, porque se ve demasiado el plumero de lo rural. Tampoco incurriría en alguna que otra voluntad de perfección, de búsqueda de la calidad de página.

El narrador inocente prosperó en el oficio de contar y se convirtió en el narrador resabiado. Pero no se arrepiente de sus cuentos de aquel tiempo, ni a sus personajes los niega. No le importa que al mandarlos de nuevo a la imprenta –*Cuentos del Medio Siglo*– lo tachen de localista y de costumbrista y provinciano. Lo que siente es haber perdido el candor. Si aquello era de verdad candor, que con estos cuentistas nunca se sabe.

La divisa en la torre

(2007)

Todo lo que el cuentista vive o imagina
tiene vocación de cuento.

La divisa en la torre

—Me llamo Isabel —y era una mujer joven, delgada y ligera en sus movimientos, que había salido cuando llamé en el zaguán enlosado del palacio.

Se veía que quien me recibía era hija o nuera o algo muy próximo de los señores, que no era del servicio de la casa grande. De saludo, me dio la mano y yo sentí una mano fría. La mía, al contrario, sería para ella una mano ardiente. Una destemplanza, apenas fiebre, me visitaba por las tardes y era la presencia ácida de la condena en que vivía, como la debe de sentir el preso que está en el corredor final esperando el día —o peor, la noche— en que lo llamen: «¡Vamos!». Aunque nadie, viéndome, lo sospechaba. Me decían: «¡Qué bien estás!», y es verdad que mi aspecto era normal, salvada una sombra de tristeza en los ojos que no me desfavorecía.

—¿Conocía usted esta casa? —preguntó la joven, acaso por decir algo.

No. Y tampoco había estado en Cambados. Moncho Bálgora era un poeta exagerado y se murió de lo grande —literalmente— de su corazón. Nos dejó la herencia de sus versos navegantes por la mar de Arosa. Ahora, cuando los médicos tuvieron vistos mis análisis y

resonancias y me dieron su diagnóstico, que a lo presente te lo dicen sin ningún rodeo, decidí apagar me aquí, donde las puestas de sol son interminables. La compañía del mar mejoró mis nervios, pero me afectaba el temblor de la poesía que parecía impregnarlo todo. El cementerio de Cambados está en los restos de Santa Mariña y nunca he visto unas ruinas tan vivas gracias a la presencia de los muertos. Hay figuras y epitafios traspasados de lirismo. El de Pedrín, camionero. Bajo su efigie de buen rapaz han puesto que fue a perderse en la brétema oscura (pero todo en gallego), por donde los camiones andan llenos de flores blancas. Los ojos se me llenaron de lágrimas por Pedrín. Mentira. Por cómo fuera a ser mi entrada en semejante niebla era mi emoción. Sabía que la melancolía es la complacencia en la tristeza, una droga peligrosa porque te da gusto, y todo lo que gusta engancha. No sé si alguien me recordará en Cambados, paseante abúlico, huésped desganao en la mesa de fonda de Rosita, bebedor soledoso de agua de Mondariz donde todos se alegraban con el espadeiro grueso y tinto que despachan en las tabernas del mar.

Cambados tiene una gran plaza, *a praza de Fefiñáns*. De sus cuatro laterales, dos los forma el palacio de Fefiñanes. Yo la paseaba de noche, llevado por el insomnio, y en los salones del importante edificio había siempre lámparas encendidas. Una vez, pero esto fue en pleno día, pasé por el lugar y no sé por qué me detuve a ver un detalle arquitectónico en el portón principal, cuando, en realidad, había perdido la curiosidad, igual que el paladar abrasado por la química perdiera el gusto por las comidas. Salió en esas un señor de buen porte, como de setenta años, vestido de traje y corbata, con la escolta de un par de perros lustrosos. Con mi depresión y todo, se ve que aún conservaba yo un rescoldo de humor: el perro más grande y más temible de aspecto me consideró con benevolencia y el menos lucido se lanzó a hostigarme, y yo pensé en la escena tan vista del policía duro y el policía blando que trabajan de acuerdo.

—¡Aquí, *Bretón*!

Y la cortesía del caballero:

—Usted perdone, señor, y vea cuanto pueda interesarle en esta casa, por fuera y por dentro si desea visitarnos.

Di las gracias, estuve cauto, quizá rayando en lacónico y desabrido, pero no pude dejar de contestar algunas preguntas corteses sobre mi presencia en aquella villa del Salnés. Dije que me gustaba como lugar de descanso. Que me hospedaba en Casa Rosita, y sobre esto me felicitó y dijo que él mismo iba allí alguna vez, a comer de fonda y era solo por las filloas. No sé cómo llegó a la breve conversación mi condición de escritor, aunque nada dije de que había echado el cierre a la escritura adelantándome a mi cantado sueño definitivo.

—Tiene que venir a vernos —dijo el señor de Fefiñanes—. Esta es su casa y en ella se estima la literatura y el arte.

Prometí vagamente, pero que no sabía si tendría que marcharme de Cambados en cualquier momento.

—Mañana sería un buen día para unas copas de nuestro albariño, justo estamos embotellando. Si a usted le viene bien, hacia el atardecer sería buena hora. Le

esperamos.

Fueron unas horas malas. Los que te quieren te agobian: «No deberías aislarte, eso te empeora», como si tan cerca de la «estación *Termini*» importara empeorar o mejorar.

Normalmente, la visita al palacio sería un plan de rosas, en otras circunstancias yo acudiría con ilusión a la cita porque con mimbres como esos había construido fabulaciones que me dieron alguna fama. Pero ahora se interponía el fantasma de la ansiedad. Por fortuna no me habían empezado los dolores y había podido ir alguna tarde a la tertulia madrileña del café, pero el café me sabía amargo aunque le doblara el castigo del azúcar y las conversaciones me parecían insulsas, y si ocurría al revés, que todo era una fiesta, me mordía en el estómago la ansiedad y tenía que sedarme con disimulo o marcharme. Ya en mi cuarto de Casa Rosita, de hora en hora me asaltaba la duda de si tendría fuerzas para la visita, o quizá para eso más amplio y pesado que se dice una velada. Llegué a escribir un billete (a lo antiguo), disculpándome con un imprevisto. Una razón bien fútil dejó las cosas como estaban: que en la fonda no había un botones o equivalente que me sirviera de correo.

Conque ocurrió la tarde siguiente:

—Me llamo Isabel.

Ya lo dejé dicho, cuando precisé que era una chica, quizá señora, joven, delgada y con una ligereza de pájaro. O mejor, se me ocurre ahora, de pez menudo de plata. La introducción me fue llevando por los pasillos que se me confunden en la memoria, hay una escalera principal, y todo estaba limpio pero sin esa meticulosidad maniática que uno encuentra en las casas principales.

Pronto supe que los Fefiñanes —utilizo el nombre de su palacio— eran gente sencilla, con una aristocracia natural. Nunca les oí decir el palacio: esta casa, decían, y aquí tiene usted su casa. Me recibieron con formalidades, pero fue rápida la entrada en la afectuosa confianza. El señor, también ahora vestido con traje y corbata, recordaría mi desavenencia con los perros, porque los dos «policías» no dieron fe de vida ni a mi llegada ni en toda la tarde. La señora de la casa era una mujer madura, pero hermosa. Fueron viniendo otros miembros de la familia, algún amigo. El hijo mayor, un mozo apuesto que buen Cara de Plata haría representando una comedia bárbara. Isabel y dos o tres mujeres jóvenes, todas como en un verso de Cunqueiro: *donas do corpo delgado*. Un cura novín, con alzacuello. A mi imaginación valleinclanesca le convenía que fuese el capellán del pazo. Quede nombrado capellán del pazo. Y la señora de la casa, ya citada. A ella tengo que volver, la dama que podría llenar por sí sola el mundo de Fefiñanes. A cada poco, su personalidad se me acrecentaba y parecía borrarlos a todos. Poco me costó reparar en que su poder —para mí, al menos— estaba en su mirada, lúcida y profética. A su lado, uno se sentía adivinado, pero a gusto.

El señor de Fefiñanes era escultor, me invitó a ver sus obras, por ejemplo el retrato de la madre del autor, tratado con gravedad, y luego, como un mundo aparte, toda una colección de personajes de la actualidad vistos con ironía gallega, a quién se le ocurre emparejar a don Manuel Fraga con la señora Golda Meir.

—Son toladas, no soy más que un aficionado sin principios en este arte. Y le diré que en

esta casa hay otros artistas, debe usted saberlo, nos ha honrado con su visita y sepa que ya lo tenemos por amigo.

Alguna de las jóvenes tocaría el piano, pero la alusión miraba más a la señora del pazo. Con bromas y cariño le hicieron confesar que escribía poesías, pero no consiguieron que nos leyera una muestra.

Cuando abandonaron el empeño, me pidieron que dijera yo uno de mis poemas.

Me excusé con que no sé de memoria mis versos, lo que no es del todo falso, y al fin cedí con un poema que se me representó de pronto, «Mi muerte no la sabré, por qué habría de llorar la pena que no ha de ser», y al ir siguiendo el ritmo de los octosílabos sentí un temblor y que la voz me iba a traicionar, había sido una imprudencia pronunciar una palabra que me había prohibido, como si decir muerte fuese meterle prisa a la muerte... Pero seguí, imparable, como si un abismo me atrajera, «Por otras muertes vecinas pongo luto en el papel y en la corbata respeto. A mi muerte no estaré. De pie la tarde rezada a la orilla del ciprés, me canso por los amigos, por mí no me cansaré», hasta el final que pronuncié como si ciegamente creyera en lo que decía: «Si yo no sabré mi muerte, digo que no moriré». Hubo silencio. Probablemente me alabaron y aplaudieron después, pero lo que recuerdo es el silencio que cubrió como una losa el eco de mis palabras.

La señora me miró con una certeza que me sobrecogió, «sé que no eres uno de esos recitadores de feria, que una a una las palabras te salieron del alma», eso fue lo que yo traduje de aquella aprobación callada. Arrancadas del alma, me dije, porque había sentido el dolor físico del desgarró.

Y en el acto, esto es lo que nunca supe explicarme, la paz asombrada de quien se ha descargado de un peso superior a sus fuerzas. Salimos a la terraza última del poniente y pensé que por hacerme bien, los médicos me habían robado vida, la que llevaba sin sentir la caricia de un vino en los labios. El noble palacio no tenía jardín, todo era viña que lo asediaba hasta tocar en los muros. El último sol de la tarde se ponía en el cristal de las copas ilustres, y yo me entregué al feñiñanes, el vino fresco y abundante que había nacido de aquellas cepas.

Esta historia se cuenta cuando han pasado años, bastantes años, que me permitieron fomentar amores, escribir libros y ver encanecer mi barba. Pero nunca olvido a la señora del palacio en el momento de los adioses:

«¿Le gusta la divisa de nuestra torre?: OSAR MORIR DA LA VIDA».

A mí, a mí me lo dijo, con aquella mirada suya.

En nuestro pueblo se le tenía mucha consideración al fabulador a domicilio, la gente de fuera se extrañaba de que en una villa próspera existiera un oficio que parece de otros tiempos.

—Mamá —avisaba la niña—, es un hombre que dice que lo vienen persiguiendo y que si lo dejamos esconderse en casa.

—Pregúntale de dónde viene y quiénes lo siguen.

—Ya se lo pregunté —decía la niña, nada sorprendida—: de los Mazos y que son los de la francesada.

—Pues que pase.

El acuciado por los franceses vestía con modestia, pero iba el hombre de un limpio reciente y deliberado, como quien va de visita y no huyendo de nadie. Según sus noticias, una avanzadilla de los gabachos se había adelantado por las viñas de los frailes hasta tomar las fraguas, pero Santo Dios la que quedaba en Cacabelos. Cientos de cañones y no traían un general cualquiera, ¡Napoleón en persona!

La mamá y la niña —y por supuesto, el fabulador— jugaban al sobrentendido. El fabulador tenía un surtido de invenciones. De guerras y de la guerra civil, pero también de resucitados y aparecidos, de la Santa Inquisición.

Contaba una historia con mucho relieve y se quedaba a comer, otro estipendio no tenía.

Un día comió tres botillos de Molinaseca, que son más que terciados, y le dio un derrame cerebral. Esto fue en casa del dueño de las minas, la casa que le tocaba por turno, y en seguida vino el 112, y en el hospital le operaron la cabeza. Salió cambiado, sin la paranoia dijeron los médicos, como si lo de este hombre fuesen locuras y no un oficio bien digno. Siguieron llamándolo para algunas casas, solo de vez en cuando, por caridad. Y él se estaba en un mutismo penoso, solo hablaba para las cosas indispensables.

Hasta que se vio aparecer un claro de esperanza.

Lo llamaron de casa del veterinario, y al hilo de unas tajaditas de la matanza, de las que le mandan al facultativo para analizar, se arrancó de repente como si un golpe en la cabeza le hubiera encajado las capacidades antiguas. Con mucho detalle y en estilo más bien realista contó que por un ventanuco de la sacristía de Santa María la Real le cuadrara ver a don Ricardo y a la profesora de gimnasia prevaricando.

Los que creíamos en el fabulador sabíamos que jamás había contado nada que no fuera fantasía suya. Don Ricardo es un santo, la señorita de gimnasia es legal. Pero luego se supo que los neuros del hospital le tocaron al fabulador algún relé del mecanismo y ahora solo cuenta historias verdaderas. Y eso en nuestro pueblo no le interesa a nadie.

La Obra Bien Hecha

Fue cuando mi reencuentro con Matalavilla. Ricardo Matalavi-lla había sido el compañero más recogido y espiritual del bachillerato, ya entonces se embelesaba él con las estrellas y las cosas de san Juan de la Cruz. A nuestro amigo se le presentó de repente la vocación de la teología, y en la mismísima Roma estaba doctorándose, que su padre el subastero podía con eso y con más. En el pueblo fue una sorpresa, y aún más cuando se supo que la teología podía estudiarse sin ir para cura.

Había venido de vacaciones, y los dos amigos disfrutábamos de la tarde por el paseo que llaman de las Acacias. Estos espíritus tan finos se extasían con una flor o un pájaro. Yo me paraba. Él hacía acaso un comentario breve, se le había pegado un leve deje romano que a mí me sonaba muy elegante, como si anduviésemos por Villa Borghese, que yo lo había leído en una novela de Moravia.

Entonces, un poco delante de nosotros, vimos una chica desconocida que marchaba paseando a su perro. Era una forastera del verano, sin duda, demasiado delgada para mi gusto, pero hermosa con su pelo de oro bajo los reflejos del último sol de la tarde. Pensé que también a Matalavilla tenía que gustarle aquella belleza, por ocupado que anduviera con la Santísima Trinidad.

en efecto, le oí musitar, casi como quien reza:

«Una criatura feliz...».

Y no lo decía por la muchacha, hace falta ser raro. Se refería al perro, un bonito ejemplar de color castaño. El animal se había detenido un instante obligando a su dueña con el estiramiento imperioso de la correa, y casi delante de nuestras narices había hecho una deposición insolente,

«...pero una actuación demasiado rápida». Él lo dijo como una censura contra el perro inocente, como un crítico teatral puede hacérsela a un actor atropellado. Yo estaba asombrado, y más cuando Matalavilla siguió en el tema insólito de las necesidades corporales. Que llamara lugar de creación al lugar más excusado de la casa fue una confesión sorprendente. Elogió el desahogo de las viejas casonas, allí el servicio abría plenamente su ventana al huerto familiar o al campo, puede que el sol te entrara mientras estabas obrando. De su abuelo de Corrales del Vino dijo que se encerraba en el váter con *El Correo Zamorano*, una lectura tranquila, desde las audiencias del gobernador hasta las esquelas. Y para entrar en ese recogimiento cuasi litúrgico el abuelo dejaba el reloj fuera de su vista.

El teólogo se calló y a los pocos pasos se detuvo a atusar, quizá a acariciar, una petunia que sobresalía en uno de los parterres que flanqueaban el paseo. Cuando volvió a hablar, fue con una cita de don Eugenio d'Ors:

«¿Tú leíste a d'Ors, los glosarios? ¡El afán del maestro por el placer de la Obra Bien

Hecha!».

Fue seguir con el tema inverecundo, ahora Matalavilla lanzándose a tumba abierta:

«Empiezas y puedes sentir el temor de la página en blanco, pero poco a poco vas ganando la certeza de que no te será negado el resultado feliz. Se trata, sobre todo, de saber gobernar el tempo del proceso. La obra va avanzando –Matalavilla se entusiasmaba–, eres consciente de que tu voluntad manda y elabora, no te descuides, no relajes, relajar y soltar de pronto sería la conformidad con un éxito parcial, plausible, sí, pero inferior a tus facultades. Tendrás que detenerte en el empeño, ¡pero no demasiado!, respira hondo, no cortes. El producto puede todavía crecer, seguir creciendo hasta culminar en la perfección de la meta dorsiana...».

Matalavilla terminó sus vacaciones y yo me quedé con la turbación de que ese rato sedente de las mañanas empezaba a darme un gusto muy raro.

El secreto del cisne

Nunca habías viajado en un coche de representación, aunque más te habría gustado, escríbelo, hacerlo por el corazón de la Europa en una diligencia capitoné y en tus manos los versos de Hugo o de Lamartine si no era con el olor a tus propios paisajes en las páginas de *El señor de Bemibre*, algo desvaídas en edición prínceps que atesoras, Madrid 1844, Establecimiento Tipográfico de don Francisco de Paula Mellado. Era, sí, un automóvil grande y negro. Lo prestó para la circunstancia la Diputación, a reserva de que lo manejara un profesional de garantía. Hubiera sido perfecto si en su lateral delantero portase un banderín metálico con el escudo, se te ocurrió decirlo y el alcalde dijo que él conoce a nuestro pueblo y habría críticas alegando que eso del banderín era en tiempos del general cuyo nombre nadie pronuncia.

El concejal y el secretario se traían bromas contigo. Te llamaban el vate, era vaga tu legitimación para el sonado viaje institucional, negado como eras para la historia, reconócelo, la fantasía te puede y eso conduce a la fabulación y a la poesía lírica.

El Dodge es una reliquia de la Diputación y lleva una marcha regular y solemne. El conductor dice que es un coche fardón pero con poca *reprise*. El hombre tiene su taxi en la parada de la plaza frente a la Casa Consistorial y es de mucho crédito para viajes largos de bodas y entierros, salvo que abusa en las paradas para las comidas a cuenta del

cliente, siempre merluza y filetes de ternera. Pero el alcalde constitucional y jefe de nuestra misión velaba por los intereses del común y no consentía que ni el chófer ni nadie se saliese del menú del día. Ni que lo fueses a heredar, le pinchó alguno cuando el alcalde se negó a lo del cochinillo en Arévalo.

Todo fue bien en Barajas, puntual la llegada del vuelo especial Berlín Este-Madrid en un avión de los rusos. Vosotros, los cuatro, de traje oscuro y corbata. La asistencia confortadora de un secretario, el señor embajador se excusa por problemas de agenda. Unas firmas. Son delicados los trámites de viaje de un muerto. El alcalde recogió la caja con unción, en el cofre del equipaje la acomodasteis con tanto cuidado como si se tratase de una criatura viviente. Tú fuiste un niño que lloraba en las películas, cómo no ibas a sentir los ojos enaguados en el trance. Te hubiera gustado leer con emoción unos versos como los de don José Zorrilla en la despedida de Larra. O mejor, del propio poeta ahora encerrado en el cofre del auto: don Enrique Gil y Carrasco (1815–1846), dicen las historias de la literatura, recitó estrofas sentidísimas en el sepelio de su amigo y protector Espronceda: «Y yo te canto, pájaro perdido, / Yo a quien tu amor con sus potentes alas / Sacó de las tinieblas del desierto...». Pero en un aeropuerto internacional no hay más que ruido, ningún contrapunto de pájaros en los cipreses y, además, ahora no se trataba de un adiós sino de lo contrario, un reencuentro. El poeta grande y desdichado volvía a su patria al cabo de siglo y medio, testigo eras, al menos, y esta gloria no va a quitártela nadie.

Con la carga sagrada, ya por la circunvalación de Madrid, se notó en el coche ampuloso un aire de gravedad en las palabras y en los gestos. Pero la vida manda y el tono de réquiem no podía durar mucho, hasta algún chiste hubo, alguna broma macabra sobre el mandado que llevábamos, que el alcalde reprobó porque no era ocasión para irreverencias. Luego dijo que para el buen recuerdo tenía él mucho gusto en convidar pagando de su bolsillo, que fuese una comida por todo lo alto, quién de vosotros conoce por aquí algún buen sitio.

Los taxistas, siempre. El taxista de la plaza había traído a don Pepito a informar en el Supremo o el Contencioso y sabía de un restaurante en plan vasco, que viene condecorado en las guías. Era poco desvío, y en los sitios de postín se come tarde. El alcalde tiene posibles y es generoso, en el restaurante ajardinado mandó dejar el coche al cuidado de un guardacoches, que no lo perdiera de vista, y debió de darle al hombre buena propina. El taxista silbaba, contento. Desde la primera comida se decidió que estuviera en la mesa con todos. Pidió lo más caro, y al final:

–Si no es ofender, que para el último sorbito del rioja traigan ese queso de Idiazábal con membrillo casero.

Una siesta en forma, eso sería lo prudente después de la comida. Pero volvisteis a rodar. En la parte de atrás, mullida y hasta con trasportines, dormitaban los viajeros principales. Tú ibas junto al conductor y con temor lo observabas, te fascinaba la incógnita de la colilla del puro que parecía colgarle del labio inferior, me caigo, no me caigo, pareció que te lo adivinase, mira, rapaz, los taxistas vivimos en la disciplina del espabilo, a cualquier hora del día o de la noche te llega el aviso. El departamento de las

casetes en el salpicadero de madera noble parecía vacío, registraste, quizá por olvido habían dejado una muestra y al responsable del coche le pediste permiso, te gusta respetar las formas. A mí plin, el coche me lo entregaron a punto y pienso devolverlo como la patena, con eso cumplo. Era música de Chopin. Está bien que el presidente de nuestra Diputación tenga esos gustos, dijiste, y el otro: Será para fardar, los políticos hacen mucho teatro. Fantasía en fa menor. La pusiste una vez y otra vez. Tú no sabes de música, de la ciencia exacta y puntillosa de la música, y te gusta imaginar que Chopin tampoco sabía y que el suyo es el arte íntimo del que habla para sí mismo más que para los otros, lirismo en carne viva, puro romanticismo. Volviste y volviste a la fantasía en fa menor, al conductor no le molestaba, el alcalde y los otros dormían y el piano valía por toda una orquesta y arrancaba con una marcha fúnebre que acaso lloraba por la patria del propio músico desterrado.

«En París oí a Chopin, era el salón Pleyel y Europa se arrodillaba para escuchar sus baladas de angustia», te dijo él, el que se te apareció como si fuese un huésped que se equivoca de habitación.

Pero esto fue después, ocurrió en aquel hostel mediocre de carretera donde os detuvisteis a hacer noche, porque lo previsto era entrar en vuestra ciudad a la hora anunciada para la ceremonia, ni antes ni más tarde. Estabais ya en vuestra tierra, podía saberse por el olor de las primeras cerezas que reconocéis los hiperestésicos. El hostel era nuevo y vulgar, el nombre de Venus y el reclamo luminoso te dieron aprensión, y que en el bar hubiera unas chicas de alterne con camioneros. No te desnudaste del todo, estabas recostado en el cabecero de la cama, una posición que favorece ese tránsito de la vigilia al sueño en que una mezcla de imágenes y palabras te asedia. Llevabas contigo el libro más propio. Es verdad que las modas y la influencia de los teóricos rebajaban a tus ojos de ahora algunas poesías que parecían rozar la vulgaridad y hasta la simpleza, pero de pronto surgía el frescor, ¿quién dijo humilde?, de La Violeta o de La Gota de Rocío. Y sobre todo, aquel verso, aquel verso que se quedara en el archivo de tu memoria de adolescente. Con el libro caído sobre la colcha, casi vencido por el sueño repetiste en voz alta el ritmo de su acentuación afortunada, Mo-nar-ca-de-los-pá-ja-ros-ma-ri-nos. Fue levantar tu voz en el silencio de tu habitación mercenaria y alguien te miraba desde los pies de la cama como quien ha acudido a un conjuro.

«Vivíamos y moríamos en la melancolía, que es complacencia en la tristeza», habló el visitante cuando hubo dicho aquello de Chopin en la sala Pleyel. «Amábamos la luna por encima de la claridad meridiana; las ruinas de un monasterio, mejor que la perfección calculada de los geómetras. Las musas exangües valían más que las madonas colmadas de vulgaridad saludable. Así los poetas de aquella revolución del arte y de la vida, cisnes soñadores de lagos, los músicos que al toser salpicaban de rojo las teclas del piano... »

Él mismo tosió y se quedó callado, como agotado por el esfuerzo.

Te apresuraste en el gesto de bajarte de la cama para dejarle todo el sitio, pero él se acurrucó en el espacio mínimo de los pies. Le pasaste un cobertor que había de repuesto en el armario de luna, te dio tiempo a observar que en el espejo que todo lo copiaba el visitante no aparecía, «abajo he sentido mucho frío», dijo, y abajo era el cuarto de la

consigna de los equipajes del hostel, a todos os había parecido el lugar menos indigno para el depósito venerable.

Era *él*, sin duda, a pesar de una bruma algodonosa que lo rodeaba. Tenía los ojos más claros, el pelo menos oscuro y el aire más celta o nórdico que en el retrato oficial que desde la escuela de párvulos todos conocen en vuestro pueblo, pero la misma frente despejada y el aire aquel de gravedad serena.

«En París frecuentaba poco la vida mundana, siempre temeroso de mis catarros de pecho. Me gustaba pasear despacio a lo largo de las orillas del Sena, con vistas a los cambiantes tonos de Notre-Dame. Me gustaban los puestos de libros. Hice relación con un *bouquiniste* viejo, a pesar de que no me era grato su aire mefistofélico.»

Pareció sentirse mejor, bajo la manta. Pero dijo que no podría hablar mucho tiempo, como si dependiera, se te ocurrió, de una botella invisible de oxígeno, y dijo que necesitaba hacer una confesión. Como Rousseau, habrías dicho tú si te salieran las palabras, y él:

«Como las confesiones de san Agustín. Y ha de ser ahora y aquí, yo sé que no habrá otra oportunidad que la de este viaje inesperado y último». Te gustaría hablarle, pero esa angustia la conoces, vas a gritar y no puedes, o estás cayendo en un pozo y nunca llegas a caer del todo: apagaste la luz general del cuarto para dejar la débil lámpara de la mesita de noche, una manera de animar al personaje y de decirle que escuchabas.

«En nuestra relación con las mujeres lucía la delicadeza, la primacía del espíritu sobre lo carnal. Verdad es que los poetas teníamos amantes y la unión en cuerpo y alma se consumaba, pero esas exigencias de la naturaleza permanecían en un país sin luz. Y sobre todo, en un mundo que no merecía el milagro de las palabras, y lo que no se nombra no existe. Guardo para usted, señor, algo *très très spéciale*, me dijo el mercader del borde del gran río parisién, y bajo la nariz afilada tenía una boca desguarnecida y en ella una mueca de sonreír ladino, de Madre Celestina si hubiera sido de Castilla y mujer. Del lugar más hondo de su tenderete sacó un libro en octavo que me tendió con pocas palabras: *Pour un coup d'ml, monsieur, pas d'engagement de votrepart*. Lo hojeé por no desairar al hombre, al azar. En Madrid y en Valladolid, incluso en Astorga por oficiosidad de otro colegial, había tenido en mis manos alguna muestra de esos productos, despreciables no solo por su obscenidad, también por sus ofensas al mero arte de escribir. Ahora, en aquel paseo público de libros y flores y de pájaros, la prosa que se me ofrecía me pareció, cuando menos, correcta. *Justine m 'amenait souvent dans sa chambre, sous pretexte de m 'apprendre a broder: mais elle découvrait ma gorge, elle prenait mes tétons, elle me peignait le plaisir sous les attrais les plus séduisants; je conviens que j'en trouvais a l'entendre*. Volví, volví en los días siguientes y el viejo de la cara de sátiro parecía que me esperase. De la Francia libertina pero culta puso en mis manos obras prohibidas de Mirabeau, del marqués de Sade, de Restif de la Bretonne, todo un repertorio de incestos y sodomías, de placeres alcanzados a costa del dolor ajeno, sabias corrupciones de vírgenes. Aquellos libros no me excitaron entonces. Frente al acecho de las sugerencias lascivas se alzaban las murallas de mi formación religiosa, el recuerdo no tan lejano de mi piedad infantil en la Colegiata o en el convento de las

Descalzas de nuestro pueblo y, sobre todo, la fidelidad a la amada sin tacha que me despidiera junto al río que arrastra pepitas de oro, y que había prometido esperarme. Cuando dejé París rumbo a Alemania, secretario de Legación nombrado por S. M. Isabel II, llevé en mi equipaje algunos de aquellos libros. Con frialdad intelectual, pensaba que podrían servirme para futuros artículos y memorias sobre mi viaje europeo. En la berlinesa Do-rotheenstrasse encontré el alojamiento que me convenía. Creí, entonces, que también allí la pureza femenina me esperaba. La dueña de la casa tenía una hija de acaso quince años, adelantada ostensiblemente a su edad en el desarrollo de su cuerpo, también en su inteligencia. Era blanca, muy blanca, pero saludable, con una mirada cándida y sin embargo incitadora. Venía mucho a mi lado cuando tuve que reducirme al reposo forzoso y quedarme las largas tardes en la cama, por la fiebre disimulada que nacía en mis pulmones enfermos... »

Con la sola evocación de la tisis, como ocurre en los espíritus aprensivos, tu huésped de una hora imprecisa entró en una tormenta de tos que tendrían que haber oído en todo el hostel, pero nadie en la mañana siguiente recordaría ruido alguno en tu habitación, tampoco tú guardabas conciencia del momento en que pasaste de la vigilia dudosa al sueño. Al despertar sentiste el alivio de no haber llegado a conocer del todo la confesión del poeta, un secreto es siempre una carga. Lo tuyo, ahora, es terminar en belleza, desayunabais en una gasolinera, café y rosquillas bañadas de un dulzor blanco, y allí empezaste a urdir el final que aún no habías vivido, son las doce del mediodía y el alcalde, que os ha dejado para adelantarse, está en la puerta principal del Ayuntamiento con sus tenientes de alcalde y concejales, todos en sus chaqués propios o alquilados, el clero del arciprestazgo con cruz alzada, el comandante de la Guardia Civil, las directivas del Casino, de la Sociedad Filarmónica, de la Sociedad de Socorros Mutuos, y el coche oficial entra puntual y solemne en la plaza Mayor, pon que lleva banderín, qué trabajo te cuesta.

Pastoral

Era un hombre como cualquier otro de los que ves por la calle, solo que este iba encogido en ropas reverendas que parecían pesarle.

A mitad del viaje preceptivo, ya en el territorio de las minas, le apuraba la próstata y se

apeó del coche en el lugar que le pareció más a salvo, pero lo vieron y desde unos desmontes de la hulla bajaron voces de burla:

«¡Que se la corten!». «¡Que se la corten!»

«Vaya por Dios», y por primera vez se miró con ternura aquella cosilla que en una larga vida solo le había servido para evacuar. El secretario esperaba junto a la portezuela entreabierta, pero el hombre de las ropas reverendas se detuvo y trazó la señal de la fe hacia los hombres del carbón, y es probable que ellos vieran allá abajo no más que un resplandor fugaz, sin saber que lo daba la amatista, sin saber qué es una amatista.

El caso de la calle Cronista Malvide

—Este chico es un soñador —mi padre se estaba poniendo pesado—. Si le gusta escribir, que lo alterne con el negocio, que no sería el primero. Y que escriba cosas serias, no esas fantasías que se le ocurren.

Ponía el ejemplo de su amigo el ferretero más próspero de Ponferrada, que había escrito la letra de la zarzuela *Morenica de mis amores*, por devoción a la Santísima Virgen de la Encina.

Un buen día se me arregló entrar —con pocas pretensiones— en el diario decano de la región. Mi patrona en la capital de la provincia era buena gente; y el inquilino más importante del inmueble, el comisario jefe de policía.

—Buenos días, joven —me decía este señor si nos encontrábamos en la escalera, y se llevaba la mano al ala del sombrero en mención de saludo, una atención que yo no había recibido en mi vida. Era un gallego cachazudo al que más le pegaría ser de Hacienda o del Catastro, yo me preguntaba si llevaría pistola debajo de la americana cruzada, eternamente marrón oscuro, y si realmente habría desentrañado alguna vez un suceso de primera plana.

Los gallegos te leen el pensamiento:

—En la comisaría de Verín, recién ingresado en el cuerpo, me tocó un caso con el que no había podido la policía científica de Madrid.

Una distinción que me hacía, porque con nadie hablaba de las cosas de su cargo. Llovía a manta y los dos esperábamos en el portal a que amainase el diluvio.

—Pues aunque me esté feo decirlo, fue servidor el que lo descubrió por solo una pinza

de colgar la ropa, es lo que tiene esta profesión, que puedes pasarte una vida como un funcionario de despacho y de pronto encontrarte con un asunto de mucho argumento. Como usted anda en la literatura, y aunque no le conozco cosa policíaca, le he de contar aquella historia, que ya es asunto prescrito.

La señora del comisario, que era parecidísima a su marido, ocurre en los matrimonios maduros, empezó a invitarme algunas noches a tomar una copita con ellos. Don Eleazar y su señora eran insomnes y agradecían un cómplice. Con el orujo de Valdeorras esperaba yo el cumplimiento de la promesa del comisario jefe, pero con alguna fatiga al respirar sacaba el tablero y las figuras que le tallara un artesano portugués y era obligarme a dos horas sin apenas cruzar palabra, el ajedrez es juego taciturno.

Una tarde llegó al periódico el redactor de sucesos, venía muy excitado, su experiencia de años era reseñar pequeños hurtos y riñas vecinales:

—¡Un asesinato! ¡Traigo un asesinato! —pero se corrigió después de sentarse y tomar resuello—. Por lo menos un homicidio.

El notición era el cadáver medio carbonizado de una mujer de la vida, había aparecido en el desescombros del incendio que ocurriera unas noches antes en la calleja que todos venían llamando de la Reguera. Un fuego espectacular pero sin más consecuencias aparentes por el momento, y en una calle que apenas transita la gente, conque habían sido unas líneas en páginas interiores y sin foto. Ahora todo cambiaba. Una muerte es una muerte, no había constancia de si la mujer había sido asesinada o si el fuego la había sorprendido en la vieja construcción siniestrada.

El director dio órdenes: Respeto a la víctima, aunque sin omisión de su profesión. Precisión correcta del lugar del caso, oficialmente «calle del Cronista Malvide». Y de ilustración, un recuadrito del plano de la ciudad con el callejón que bordeado por la antigua reguera conduce de la tapia del cementerio a la vía del tren.

La gente olvidó la Reguera y ya nadie hablaba más que de «Cronista Malvide».

—El crimen, ¡el crimen de la calle Cronista Malvide!

Yo escribía poesía, también algunos cuentos que olían demasiado a Borges. Movido por el caso Malvide volví a Conan Doyle y empecé a tramar una serie con don Eleazar Nadela de detective, incluyendo lo de la pinza en Verín, si es que el comisario decidía explicarse. Ahora estaba absorbido por el caso local, había dejado de invitarme a la partida nocturna.

Unos días después nos encontramos en la librería de junto al instituto. Me puso la mano en el hombro, una mano lenta, blanda, y alabó mi última columna, el lirifolio obligado del comienzo del buen tiempo. Dijo que era tal cual el recuerdo de sus veranos de infancia en Otero del Rey. Pero no olvidó el ajedrez:

—Me debe usted una revancha, bájese esta noche y lo solventamos —y de despedida—: Le contaré algo que aún no sabe nadie.

Bajé, y antes de la partida, con el primer trago, que esta vez era un benedictine de Samos, decidí adelantarme y un poco me descubrí con aquel hombre que tenía más de padrazo que de polizonte. Le conté mis últimas tendencias narrativas. Mirándome con tolerancia, suspiró muy hondo, aunque también podía ser el asma, y cuando tocaba

colocar las piezas en el tablero encendió un segundo cigarrillo (ninguna noche se había permitido más de uno) y se puso a hablar, ahora mirando para el techo.

—De cuarenta años de servicio —dijo— guardo una regla de oro: «Todo es más sencillo». Por eso me dan risa esas novelas policíacas llenas de trucos para llenar páginas y páginas. La mayoría de los casos se resuelven por un detalle tan insignificante que parece ridículo.

—¡Una pinza de la ropa!

Pero él, ni una palabra sobre la pinza.

—Le diré algo nuevo. Lo de la calle Malvide es caso resuelto.

Se quedó mirándome, como vigilando el efecto de sus palabras. Yo le tenía respeto a don Eleazar y solo daba un sorbito cuando lo hacía él, pero en este trasnoche tomé la iniciativa y con la copa en alto dije enhorabuena.

—Como todo el mundo sabe, era una mujer joven la interfecta del tendejón incendiado. Quedó la pobre desfigurada y uno no se acostumbra a esas visiones. Con una mujer de esa edad, y agraciada, había que pensar en las pasiones del hombre.

—O en los celos de una mujer —me atreví a colaborar.

—Supimos que la víctima había sido explotada en una casa de tolerancia, se escapó y ejercía y se refugiaba donde podía. El forense determinó que no había sufrido agresión sexual ni de ninguna clase y que el fuego la había sorprendido durmiendo. Pero el incendio fue provocado, y esto es un crimen, nada importa que el incendiario ignorase la presencia de aquella inocente. Había un crimen y, por tanto, un criminal al que descubrir, los considerandos ya los pondrían los jueces. Yo no soy un jefe de los de despacho, necesito ir personalmente y pisar el terreno. La calle es corta. Mi paso, ya usted me ve, el de un hombre que pronto terminará su carrera. Anduve arriba y abajo y me fijé en la placa que dice «Calle del Cronista Malvide». Está sobre un poste de la luz, a la espera de que algún día se edifique en la calle y pueda adosarse a una construcción sólida, por ahora no hay más que el tendejón incendiado y unas desperdigadas viviendas, si es que merecen tal nombre.

Ahora las pausas de don Eleazar eran las indispensables para sus bronquios, movido el policía por la pasión profesional.

—Ya en mi despacho, recorrí con paciencia la guía de teléfonos. Ningún abonado en la calle del Cronista Malvide. Probablemente nadie, jamás, se ha hecho unas tarjetas o anuncios donde brille el nombre que ahora todos conocen. Quizá no se ha publicado nunca una esquila señalando la casa doliente en la calle del Cronista Malvide. Entonces tuve un pálpito, eso que ustedes llaman la inspiración, recorrí el padrón de habitantes y vi como en un relámpago el móvil del caso y a quién tenía que interrogar. Vino al despacho un hombre muy viejo todavía con fuerzas sobre su bastón, las manos temblonas pero no la voz:

—Soy Senén Malvide Dosantos, el Cronista Malvide.

Se sentó sin esperar, apoyado en el bastón con gesto orgulloso.

—Un día llegué a esta ciudad y aquí me quedé, escribí veinte libros y cien folletos, y algún reconocimiento del Excelentísimo Ayuntamiento recibí, no digo que no. Pero hace años, ¡años!, que mi nombre no lo recordaba nadie. ¿No le parece injusto? A las calles

céntricas que están en boca de todos les pusieron nombres de generales sediciosos, Mola, a ver qué tenía esta ciudad que agradecerle a Mola.

«¿Está en la cárcel?»

Buen cincel el de Gerardo Diego:

Victoriano Crémer cabeza
desbastada en piedra románica,
nos mira cuando le miramos
fijo desde el fondo del alma.

Cremer vive y escribe en León, acercándose a sus cien años de edad. Es muy listo además de gran poeta. Lo tuvieron preso en San Marcos, en peor hacinamiento que a Quevedo, no se si condenado a muerte, pero todos los días (y no digamos las noches) en la cercanía del paredón. Al salir medio libre lo cachearon una vez más; y arma no supieron encontrarle. ¡Ja, ja! Llevaba la pluma, o el pulso para manejarla. Empezó con cautela, pero les fue perdiendo el respeto a los que mandaban. Cuando en el franquismo venía un gobernador nuevo, recibía el aviso del colega cesante: «Cuidado con el poeta ese, que le metes mano y sales a la noche por la BBC».

Yo buscaba arrimarme a Cremer en mis comienzos, con la esperanza de aprender. Los organizadores culturales sienten un inexplicable pudor a la hora de pagar en dinero al escritor por su colaboración en cualquier acto. En las fiestas le pagan al de los cohetes, al gaitero, incluso al cura que predica en la misa, pero no le pagan al escritor que hace el pregón. Le dan, por ejemplo, una pluma dorada, que generalmente es resbaladiza en la mano y se le va la tinta. Pero Cremer conserva un desparpajo vital y desgarrado, y cuando llega el caso les anticipa a los organizadores (organizadoras, frecuentemente): «¿Y que hay de la pasta?».

—Déjalo de mi cuenta —me dijo un día en que se presentó la ocasión.

Fuimos juntos a una villa de la provincia y volvimos no con dinero contante, tanto no, pero sí con un esplendido queso, grande, redondo, cremoso, un queso por barba.

—Menos da una piedra —declaró el maestro.

—Ya era hora de que viniera usted con algo de provecho —me dijo mi patrona.

Suelto de lengua y de pluma, Crémer, obviamente, tiene contrarios. Pero el más tenaz

que le conocí era también el más inocentón. Cremer fue tipógrafo en el periódico, y Luisillo, el crítico taurino, se obsesionó con que el poeta le estropeaba adrede las crónicas. Se me quejó amargamente:

—Qué te parece ese malvado, en la crónica de ayer todas las comas descolocadas, ¡y eran oraciones subordinadas!

Luisillo, cada vez que me encontraba en la calle, me hacía a modo de saludo una pregunta rápida y esperanzada:

—¿Está en la cárcel?

No aclaraba por quién iba su pregunta. Seguía su camino hasta que otro día nos volviéramos a encontrar. «¿Está en la cárcel?» Yo se lo contaba a Crémer, que se reía mucho.

Seis palabras 4 pesetas

La criada de la señora que me tenía de pupilo se llamaba Benigna, estaba buena para mis primarias necesidades de entonces y me consentía tocamientos por encima de la ropa. Pero sobre este tema de la pensión no quiero extenderme, porque irremediablemente se hace literatura de costumbres, que no sé por qué está tan mal vista.

Benigna se arreglaba mal con la escritura, yo le hacía los sobres para su novio, pero no las cartas. El novio venía a verla de tarde en tarde, cuando juntaba para el viaje a fuerza de ahorrar y de horas extraordinarias.

Un día coincidí con Benigna en la ventanilla de Telégrafos y el funcionario estaba agobiado y exigía que se le diera completo el impreso. La chica miraba angustiada a su alrededor y al verme se puso colorada y pareció como si titubeara, pero me alargó el papel para que se lo cubriera. Los telegramas eran baratos y aun así se limitaban a casos de mucha desgracia. Con letra clara escribí el dictado desgarrador:

No vengas estoy con el mes.

La inocencia del filósofo

A Parménides –«Lo que es es y lo que no es no es», ¡qué tío!–le gustaba jugarse unas monedas con los trileros del ágora, y lo engañaban a ojos vistas.

Los filósofos son algo inocentes.

La costa del sur empezaba a despuntar cuando servidor hizo un viaje con don Antonio, el intelectual que llenaba la vida cultural de nuestra ciudad. Era el indispensable.

Era, también, un sabio descuidado. El dinero para él significaba poco, a veces rebuscaba en la sotana para entrar al estanco o por un libro reciente que lo llamaba desde un escaparate. Sus hermanas lo conocían bien y salieron a despedirlo para nuestro viaje, la mayor lo cogió aparte y le dio un envoltorio discreto y muy aconsejado: «Si cuadra un compromiso, tú el primero, ya lo sabes». Y a mí, que era conductor novato, que por Dios, esas carreteras de tan lejos. Arranqué y vi por el retrovisor que se santiguaban.

De nuestra ciudad del norte salimos con nieve, pero llegamos a Huelva y las mujeres iban ligeras y de manga corta, y don Antonio decía que olían a mar. Lo habían llamado para un ciclo de conferencias en el casino recreativo, y ya la primera sonó subversiva (para el orden establecido). Empezó a correrse la voz y el salón principal se llenaba. Terminado el acto, la gente le hacía preguntas en los pasillos al conferenciante, al coloquio abierto no se atrevía nadie. Don Antonio decía que acaso un día no hubiera curas profesionales y que un laico decente y sin vestir hábitos podría dar la comunión a sus convecinos del inmueble.

–Lo veo a usted durmiendo en el calabozo episcopal –le dije.

Cuando el conferenciante remató su compromiso, anduvimos de turistas por buenos hoteles. Al regreso por Madrid nos hospedamos en La Maragata, había que apretarse el cinturón al final del viaje. Era la última noche. En la pensión tenían el *Informaciones* con los espectáculos y don Antonio dijo que lo que yo dijera, y además no se podía perder tiempo para las entradas. Sus ojos chispearon cuando propuse el teatro. Pidió un cepillo de la ropa para la sotana.

Fuimos al Infanta Beatriz. Todavía le chocaba a la gente ver un cura con sotana fumando en el ambigú. Había un lleno, la obra llevaba pocas semanas y con mucho éxito. Don Antonio estaba impaciente. Él se sabía de cabo a rabo el teatro griego, había dictado lecciones memorables sobre Eurípides, Sófocles, Esquilo. Recuerdo una conferencia suya en el Club de Tenis sobre la Antígona de Sófocles y la pugna entre las leyes divinas que ningún humano puede violar y los códigos modelados por los hombres según la utilidad y la oportunidad política. Llegué a pensar que el cura estaba enamorado de Antígona, o mejor, del nombre de Antígona. Don Antonio tenía una voz grave y sugerente. Daba gusto oírle decir Antígona, qué nombre trágico y cautivador. ¡Antígona!

Era yo el que había asumido la elección en la cartelera madrileña y de pronto me sentí

temeroso. *Maribel y la extraña familia*. La heroína de la obra que íbamos a ver, que ya estábamos viendo, se llamaba simplemente Maribel. Y la tal Maribel no pasaba de ser una prójima que enamoraba a un industrial de Cuenca. Pensé que don Antonio se desencantaría. Pues no. Don Antonio pisaba firme en la cátedra y en los libros, pero a un teatro con actores de carne y hueso no había ido nunca, le faltaban vacunas, y terminó simpatizando con aquella putilla de buen corazón. Yo lo observaba con disimulo. Al caer el telón en la escena final, una lágrima vergonzante del filósofo celebraba el final rosa de Maribel con su fabricante de chocolatinas.

Los boleros del dentista

Las vocaciones tardías son temibles y el converso puede convertirse en un latazo para los amigos, porque necesita confidentes. Mi dentista, un excelente profesional con el torno, ha dado en escritor de letras para boleros, y creyendo que eso puede llevarlo a la gloria literaria me atosiga con sus consultas.

Le dieron un premio en un concurso de Benidorm y se creció. No lo hacía mal: la luna, la playa, tu cuerpo sobre la playa en una noche de luna... Cuando algunas orquestas le pidieron letras, le recomendé que se asesorase en una agencia para los contratos, y allí le dijeron que las letras de boleros, como todo, tenían que pasar por la censura previa. Esto lo desazonó, no fueran a pedir también su ficha a la policía, de cuando había sido desafecto al Régimen.

—¿A ti te tacharon muchos versos? —me preguntó un día.

En la Sala Abril de Madrid, un reducto sospechoso para la autoridad, tuve que firmar una declaración de los poemas que leería. Me fijé en el auditorio y había un personaje típico, con gabardina. Me dijeron que era el policía consabido, lo vi fumar tranquilamente, lo vi dormirse. Una revista me devolvió un poema para que suprimiera un verso que hablaba de viudas de comandantes muertos en la guerra, y el poema mejoró con la supresión. Poco más.

Lo peor de mi amigo el dentista es la jodida manía de hablarte y pedirte respuesta cuando te tiene ordenado que estés con la boca abierta y quieta para que se seque el empaste. La última vez fue este bolero:

El columpio viene,

el columpio va,
el columpio viene,
qué gusto me da.

Esta coplilla tan inocente tuvo problemas por culpa del último verso. Algunos funcionarios son de la «poesía secreta» y se muestran ayudadores y oficiosos. El censor de turno le propuso al autor una versión más moderada:

El columpio viene,
el columpio va,
el columpio viene,
qué felicidad.

—¿Y tú, cuál prefieres de las dos soluciones? —me atosigaba el dentista cuando me tenía con la boca abierta y dentro de la boca el aspirador de la saliva.

De poetas y mantenedores

Hay eximios escritores que en sus biografías y solapas omiten un pecado de juventud: concursar con una tirada de tercetos, por ejemplo, sobre una gloria de la que astutamente se informaban en el Espasa.

Yo caí en ese vicio. Y si me caía la flor natural, cumplía el trámite del madrigal a la reina de la fiesta mediante un soneto-comodín, al que bastaba cambiar un endecasílabo para que cuadrara con el nombre de la festejada. Me gustaba salir en los periódicos, qué le vamos a hacer, aunque el que más se lucía era el discursador oficial, que presidía el banquete. Eugenio Montes lo bordaba. Él cumplía como nadie, de frac o chaqué y condecoraciones. Nos conocimos en las conmemoraciones mallorquinas de Fray Junípero Serra, yo de poeta premiado y él «un mantenedor de lujo», como anunciaban los periódicos de la isla.

Años después, cuando me había curado de aquellos embelecados, me lo encontré una noche en Marbella, con su voz inconfundible, respetado y escuchado por quienes lo acompañaban. Me reconoció sin titubear.

—Estoy en deuda con usted, hay algo que me lo recuerda siempre.

En Palma, don Eugenio estuvo en su habitación del hotel concentrándose para el acto y

fui a llevarle mi poema premiado porque quería –dijo– citarlo en su discurso. Estaba en batín de seda, poniéndose compresas en el cutis. En el discurso aludió a Raimundo Lull, a Apeles Mestres y a San Alberto Magno. A mí no me citó para nada, y pensé que esa sería la deuda que le pesaba a don Eugenio.

En Marbella la plaza del Ayuntamiento aparecía tranquila y provinciana, en el bajo de la casa consistorial radicaba el arresto municipal y un preso muy joven canturreaba con buen humor tras el ventanuco mal enrejado. Don Eugenio Montes me puso la mano amigable en el hombro y al tiempo que callejeábamos se le oyó recitar sin titubeos:

¡Qué redundancia amable y española
si pongo en este mapa el pensamiento!
La Patria se confirma y se afianza
en los nombres rotundos y en los verbos...

Con la voz memoriosa del maestro y el aquel de la noche marbellí, mis versos no me parecieron concurseros. Pero no reincidiré, porque cada cosa en su tiempo y los nabos en Adviento. A tales alturas de mi vida consideraba un papelón lo de piropear en verso a la hija de un alcalde, por ejemplo. Don Eugenio parecía embebido en los aromas del sur, pero marchaba atendiendo a mis razones.

–¿Qué edad tiene usted ahora? –me preguntó.

Se lo dije.

Él se detuvo y nos detuvimos. Se quedó mirándome francamente, evaluándome.

–Lo veo a usted más bien de pregonero, de faraute, de mantenedor de las justas poéticas. Traje oscuro y, desde luego, una condecoración.

Debió de notarme la carencia de cruz o placa que llevarme al paño.

–De esa encomienda me encargo yo –don Eugenio tenía muchas influencias, y qué ocurrencia–: ¿Le gustaría el Mérito Agrícola?

El poder del teatro

Teologías y Novísimos aparte, es un consuelo la posibilidad de que en las noches del cementerio vivan los muertos y las muertas como si estuvieran vivos. Que tengan fiesta con música y vino y hasta sus lances de sexo, y relatos que ellos se cuentan eternamente pero que fingen escuchar por primera vez. Me gustó verlos en el teatro, y la ficción era la

Celama más interior de un rapaz que nació por la parte de Laciana y ahora va muy crecido de literatura y honores.

Poco a poco, con tiento y donosura, los personajes del drama fueron llenando las tablas y no menos el ánimo conturbada de los espectadores. Con sus mortajas ásperas, sus féretros desvencijados, pero acogedores, porque de vez en cuando hasta los muertos tienen que descabezar un sueño... Indefenso frente a la inevitable influencia de las lecturas, vi yo la Santa Compañía de Valle-Inclán, respiré tenebrosidades de Poe, olí los zaguanes ciegos de la Comala de Pedro Páramo... Pero en nada se rebajaba la voz propia y sin hipotecas de nuestro autor, rotunda y definitiva en su metáfora de la ruina del cielo.

Coincidió que después de la función tuvimos una cena, y don Samuel, nuestro gran músico de la catedral a quien justamente se homenajeaba, contó de los tiempos primeros de su coro juvenil, cuando después de no sé qué éxito se juntaron el director y los cantores para una merienda modesta pero inolvidable. El músico nos lo adornó con la licencia retórica de que a la mesa se sentaron también, invisibles, pero ciertos, Juan del Enzina [†1529], Palestrina [†1594], Tomás Luis de Victoria [†1611]...

—¡*Hostiá*!, los de Celama!

Es lo que me vino al pensamiento, ¡más esqueletos!, pero no me gusta ser malhablado y además estaba a mi lado el abad de San Isidoro.

Los mesetarios y los catalanes

Un domingo crudo de marzo cuatro o cinco poetas de nuestra ciudad fuimos invitados por los colegas de la provincia vecina. Las combinaciones de viaje eran malas, pero teníamos el coche de nuestro Odilo Vilecha apretándonos un poco. No era mal poeta y sí «un poeta acomodado», pero esto no se le podía decir porque se enfurruñaba. Odilo frecuentaba Barcelona por su condición de representante de una marca de lavadoras y nunca supimos cómo tuvo ocasión de tomar contacto con los Barral y los Gil de Biedma.

No hay gente más próxima y caballerosa que los poetas de Palencia. Estaban esperándonos en Paredes de Nava, y se disculpaban por los bajo cero como si ellos tuvieran la culpa. El románico acrecienta el frío y tenían aguardiente y churros calentitos para antes de que entrásemos en una de sus basílicas famosas. El gobernador; el obispo vestido como es debido, o sea, de obispo; los periodistas. Un acontecimiento.

A los poetas nos pusieron en el coro. Vilecha había venido conduciendo con guantes amarillos de *sportman*, le gustaban estas petulancias, y aun en la iglesia se soplaban los dedos enguantados. Es verdad que la amplia pila bautismal era un lago polar. A la mitad de la misa empezó a anunciarse por los ventanales un poco de sol y Vilecha se salió al atrio a su encuentro. Lo malo es que alguien de los nuestros siguió el ejemplo y aquí comenzó el recelo de los anfitriones.

Quizá llovía sobre mojado. Los de Palencia habían sacado la revista *Nubis* y en León decíamos la revista *Pubis*, puede que la «errata» trascendiera en alguna revista impresa. Allí en Paredes hubo versos y música de órgano.

En Villalcázar de Sirga y en Carrión de los Condes, versos y más versos. Al final de la comida, imprudentemente regada de vino del país más el coñac de la sobremesa, uno de los palentinos se levantó y dijo que iba a leer un inédito de sesenta alejandrinos.

—De seis, que sea de seis —protestó alguien de nuestro lado—, ¡y mejor que sean octosílabos, que son más cortos!

El de Palencia leyó sin arredrarse. Hacia la mitad de su lectura hizo una pequeña pausa:

—Aquí termina la primera parte.

—¡Y última, coño! —increpó un gracioso, no sé si yo mismo (y no quiero saberlo).

El poeta y boticario palentino de los soportales tiene mucha autoridad moral. Se levantó y dijo que él es castellano y le gusta hablar claro: que los de León habíamos ido en plan suficiente y eso no es de señores. Fue respetado y acatado. Sellamos las paces con abrazos y promesas de paz sin fronteras provinciales.

Aun así, de vuelta a casa, traíamos un regustillo de mala conciencia. El coche patinaba sobre la helada Tierra de Campos y su dueño tuvo la ocurrencia de decir que en Sitges o Castelldefels se estarían bañando en las playas. Esta presunción de nuestro conductor nos cabreó. Y no hay nada tan injusto como saldar una injusticia con otra injusticia: le dijimos a Vilecha que él tenía la culpa de todo lo del viaje, que no se puede ir vestido y enguantado de señorito catalán hijo de papá a una ciudad donde los poetas cantan la humildad de la trébede y el adobe.

Odilo Vilecha era natural de Vilecha, término municipal de Onzonilla, pero Barcelona le tenía sorbido el seso. Gracias a él sabíamos que los poetas catalanes tenían pasaporte y se trataban con Gallimard y con Einaudi, y en nuestra imaginación los veíamos de pantalón blanco y chaqueta azul marino con botones dorados.

Cura contra fraile

El director del periódico era cura, canónigo de la catedral. Era buena persona y a mí me protegió con afecto, pero si se pregunta por ahí, todos dirán que los de la Montaña son huraños y difíciles de tratar. Creo que fui su único amigo en el tiempo de mi aprendizaje, y a pesar de mi insignificancia me trataba con respeto. Un día me sorprendió:

—Me gustaría hablar con usted, que me aconseje sobre un asunto privado.

Estábamos en su despacho, pero se acercaba el cierre de la edición y los redactores entraban y salían con pequeños incordios, y sobre todo el regente de la imprenta. Al

final, decidimos hablar en un barecito modesto y recogido, paso obligado entre el periódico y la catedral. Cientos, miles de veces habría pasado el canónigo penitenciario por delante del bar. No había entrado nunca. Y la cerveza, no es que no la hubiera probado en sus sesenta años de vida, es que la veía por primera vez. No le gustó. Me pareció incomprensible que un hombre pudiera ser director de un periódico diario, doctor en teología, catedrático del Seminario Mayor y no conocer el color de la cerveza. Pero a lo mejor no tiene nada que ver lo uno con lo otro. A lo que estábamos.

—Tengo unos centenares de folios —dijo el capitular— que no quisiera dejar al albur de quienes me sobrevivan, y además, son una reivindicación histórica que se le debe a nuestra tierra y que ahora justamente me parece oportuna. He pensado publicarlos. Quiero que los lea usted.

—¿Yo? Le agradezco la confianza —lo que me faltaba, había celos en la redacción—, pero mire, se lo digo con franqueza, es que en historia estoy pez.

Él no era hombre de andar con contemplaciones, pero aún insistí, después de un silencio tirante:

—Recuerdo que usted mismo me tiene corregido por mi tendencia a irme por las ramas de la fabulación, impropio en un periodista, y más lo será en un historiador, digo yo.

—Sé lo que hago, pero no voy a obligarle. Usted decide y en paz.

Cargué con el manuscrito, y en cuatro noches me empapé de las glorias de los Ordoños y los Alfonsos y los Ramiros, aunque en forma desordenada y confusa. El libro era una exaltación de nuestra monarquía, frente a los excesos castellanistas —según mi patrón— del benedictino Pérez de Urbel. El director del periódico me citó en su casa para el repaso del asunto. Me asombró la modestia con que vivía. Empezamos, como tanteando el terreno, con lo material de la edición, a ver qué rey iría bien en la cubierta. Opiné que una ilustración así de concreta puede resultar comprometida, mejor la sencillez extrema — y metí un halago—, lo propio en una obra responsable y científica, como era el caso. Cogí una hoja de papel y tracé unas letras gruesas de tipo clásico, me salieron bodoni puritas, Filemón de la Cuesta, y el título del libro: REYES LEONESES.

—La cartulina, blanca. O mejor un crema muy ligero. Las letras deben ser negras, excepto la R de Reyes, ¿tiene un lápiz rojo? Así lo dejaría yo, sin una greca ni adorno de cortesía.

A don Filemón lo entusiasmó. Con su aire tan tosco, era como un niño. Había que entrar en materia y le dije que su libro me gustaba, aunque no podía juzgar sobre lo que era mera historiografía. Le daría mi opinión sobre algún detalle sin importancia —insistí mucho—, cosas de peccata minuta. Que me parecía un atrevimiento, una censura mía, por mínima que fuese, a quien era mi director y maestro.

Que hablase, me animó.

Mi consejo era que suavizara el tono en algunos pasajes contra su opositor, que sin llegar a injuriosos sonaban ásperos. Se los señalé. En el prólogo, en un momento dado, el canónigo escribía que cierta argumentación del fraile parecía una historia de gichos. «Eso tiene gracia —le dije con cautela—, pero hombre, ese "gichos" en un contexto tan serio...» Y también recuerdo que hablamos de las mujeres en la historia. A mí me parecía que el

autor del libro se mostraba demasiado machista. Si elogiaba a la infanta Berenguela, era por «piadosa, prudente, inteligente y *varonil*». Puede que la infanta gastara un ligero bozo. A mí no me disgustan las mujeres suavemente vellosas, pero no era tema para comentarlo con el cura.

—Y luego —esto sí se lo dije— está lo de doña Urraca.

—¡Alto ahí!, observe usted las comillas, el que lo dice es nada menos que el Silense, véalo usted mismo, doña Urraca fue una señora «con luces de prudencia y madurez *superiores a su sexo*».

Insistí en lo relacionado con el fraile castellano, que es en lo que me había fijado más. El cura atendió parte de mis sugerencias, quitó lo de los gichos. Cualquier sugerencia que me aceptaba me parecía un triunfo, teniendo en cuenta su carácter, bastaba verle la configuración de su testa medieval y obstinada. El libro salió, con el primer ejemplar me dio las gracias escuetas y me pidió un último consejo:

—Tengo una duda. ¿Cree usted que debo mandarle un ejemplar a ese señor... ya sabe?

Poco había que pensar:

—Yo creo que sí, desde luego que sí. El libro es correcto, con algún mínimo roce que es comprensible en la controversia científica.

Fue el último, pero no fue un buen consejo. Un mes más tarde el director me llamó a su despacho y con evidente amargura me tendió una tarjeta tan minúscula que ya en el tamaño resultaba despectiva. Solo contenía dos líneas:

«Recibí su libro. Hace tiempo que no me reía tanto. Ja, ja».

El leonés era hosco, pero noble. Seguramente perdonó la afrenta del fraile. Yo le cogí ojeriza a aquel personaje que de Justo no tenía más que el nombre, mandaba en la Sección Femenina, era premio nacional de literatura Francisco Franco y no sé si, por aquel entonces, abad de la Santa Cruz del Valle de los Caídos.

«Aquí no tenemos plátanos»

En una ocasión, y no creo que en mi vida se haya repetido muchas veces, sentí la caricia de la fama. Duró poco, pero fue inolvidable.

En el aeropuerto de Tenerife, de la multitud compacta vi surgir una pancarta que decía «LEA USTED A PEREIRA». El gentío no tenía nada que ver conmigo, solo que mis

amigos isleños –no muchos, pero entusiastas– se habían incrustado con su reclamo y la cosa era de mucho efecto. Los portadores del anuncio eran una señora embarazada y el que resultó ser Pedro Lezcano, un poeta juzgado en consejo de guerra por un libro que se titulaba *Consejo de paz*. Manda carallo. Escoltando al matrimonio Lezcano, Carlos Pinto Grote, con su mujer y sus hijos y con jubilosos amigos de sus hijos...

Carlos Pinto y Delia son hospitalarios y en La Laguna tienen una casa personalísima y habituada a llenarse de invitados. Para la cena fuimos a un restaurante, con lo que paseamos la ciudad. En La Laguna hay calles largas que se me hermanan en el recuerdo con las de Moguer. Alabo los postigos de las ventanas y Carlos Pinto, con su voz de poeta psiquiatra, dice de memoria un precioso soneto de Tavares Barlet: «Marco el postigo a su hermosura era». (Y el tiempo verbal pasado anuncia la patética añoranza de lo irrecuperable.) En toda su vida profesional, el doctor Pinto debe de haber ahorrado muchas pastillas a sus pacientes. Además de la voz persuasiva tiene una mirada profunda, y una barba que sería de profeta del Antiguo Testamento si no estuviera tan finamente cuidada.

Ansioso de las islas, fascinado por el clima y atrapado en un enamoramiento súbito y poderoso, esperaba yo entrar en la gastronomía más autóctona y modesta, el sancocho, los tollos al mojo picón (que solo conozco de nombre), y tal era la esperanza que llevaba cuando nos vimos en el restaurante. Pero hubo pescados selectos, primores de alta cocina... Para el postre, al menos, estaba yo seguro de que no faltarían un par de plátanos, que al no haber tenido que viajar serían una gloria.

–No tenemos plátanos –me dijo el camarero, con una mirada cortés donde supe leer: «Este es un restaurante de no sé cuántos tenedores, caballero, aquí no se sirven plátanos de postre».

No dejé ver mi contrariedad, faltaría más, y elegí la leche frita, una de las especialidades canarias de la casa. En la sobremesa se redobló la animación. Estando Carlos Pinto, ya se sabe quién es el protagonista, le pedí que nos dijera el precioso poema suyo que comienza más o menos:

También como una esponja,
como una nube
sin memoria del agua que pasa,
sin recuerdo del país sobre el que llueve.

Sonrió, prometió y pidió una breve tregua en la que abandonó la mesa. No fue tan breve, pero volvió, al fin, y con cierto aire de conspiración me entregó un pequeño racimeto del fruto rey de las islas. Debió de verme conmovido y extremó su dulzura:

–Son de un amigo, vive a dos pasos de aquí y es uno de mis loquitos.

Papillón

Lo de ir a Canarias fue porque acababa de publicarse una novela mía. Con los libros de poesía o de cuentos no me pasaba eso, los editores ni caso, pero al sacar una novela comprometen dinero. *Un sitio para Soledad* andaba por las librerías de la península y de las islas y el editor me llevaba y traía para ese folclore de las entrevistas y la firma de ejemplares. En el hotel de Las Palmas me esperaban los de Plaza y Janés, en el bar, con la tranquilidad de quienes viajan y gastan con las espaldas cubiertas.

—¿Ustedes se conocen? —con ellos estaba un hombre de aspecto fuerte pero como muy usado, las manos largas y poderosas cuando la suya apretó la mía en el saludo de presentación.

—Henri Charrière —él mismo dijo sin mayor ceremonia, y yo correspondí, pero sin ponerme a competir con la fuerza colosal de aquella mano diestra.

Monsieur Henri Charrière era un ciudadano en la plenitud de sus derechos como tal, aunque no mucho antes fuera el presidiario Papillón, huido de la justicia francesa desde la temible Guayana de los condenados al infierno. *Papillón* se titulaba su libro. Fue un suceso insólito. El prófugo, luego rehabilitado, vivía en Venezuela una vida anodina cuando leyó *El astrágalo*, una novela francesa que cuenta una huida y fue un negocio editorial cuantioso. El lector Charrière, muy inteligente (por algo sobrevivió a tantos horrores), pensó: «Yo tengo cosas más tremendas que contar, y sabría ser más convincente». Se buscó una ayuda para poner las comas en su sitio y otros pulimentos del lenguaje y la suerte hizo lo demás. Un editor de París se encargó de que un montón de cuadernos de apariencia escolar se convirtieran en un volumen impreso de medio millar de páginas. El éxito fue inmediato. Los focos de la actualidad cayeron sobre el autor que ahora recorría el mundo, el mismo con quien compartía yo algunas horas de estas jornadas isleñas. Nos caímos bien. A él le dolía la muñeca, de dedicar cientos, miles de ejemplares. Yo le dije que, después de profusos anuncios en los periódicos y en la radio, había firmado una veintena escasa en la principal librería de Las Palmas. Él me dijo que envidiaba mi literatura, aquel *Cancionero de Sagres* que le regalé, que ahora leía por la noche uno de mis poemas y sentía serenidad. Yo le dije que sí, que era hermoso escribir para el propio deleite, ser un escritor de culto, pero no un escritor oculto. Creo que los dos éramos sinceros, y también creo que, al final, ni Charrière se cambiaría por mí ni yo me cambiaría por Charrière.

Charrière era un eficiente narrador oral. Me gustaba oírle contar su vida. En sus palabras reaparecían muy vivas las escenas de su juicio en el Palacio de Justicia del Sena, de su cautiverio, de sus planes de fuga en plan Conde de Montecristo. Me escalofriaba, sobre todo, una forma de tortura que tenía que aplicarse él mismo. Para una evasión más o menos lejana había que tener dinero, y el único cofre fiable era el propio cuerpo. O

sea, el intestino a nivel profundo, donde Papillón, con destreza quirúrgica, se sacaba y se metía un cilindro metálico tantas veces como vaciara la tripa.

—¡Qué horror! —no pude evitarlo—. Mejor abandonar, morir.

Papillón me miró con una dureza que no le conocía, luego se le humanizó la cara hasta casi la sonrisa:

—*Ah, chère maître*—bromeaba—, vivir, ¡vivir para poder contarlo!

Como despedida de Gran Canaria nos fuimos con los editores a comer unos conejos en San Mateo, un paraje por la Caldera de Bandama. Papillón, en un gesto de amistad y confianza, propuso que comiésemos sin ceremonia, apartó los cubiertos y con sus dedos largos y hábiles trinchó la carne bien aromada. Estaba, como suele decirse, de chuparse los dedos. Papillón se los chupó. El recuerdo del cilindro metálico se me puso en el estómago, y «Me perdonen un momento», me apresuré al lavabo. Cuando volví a la mesa me miró el superviviente de la Guayana con sus ojos de lince. Era muy inteligente.

Las camisas del obispo

Cuando me pongo a contar me gusta sacar alguna historia de obispo, mejor de una diócesis recogida. Esto que viene ahora fue en verano, en domingo. El «Castillo del Conde», como decimos en nuestro pueblo, tiene más de palacio que de fortaleza. Me refiero a su zona vivida, otra cosa son los torreones y patios de armas y sus legendarios pasadizos, no sé si reales en su totalidad o contaminados en mi memoria infantil. Ahora, de mayor, frecuento el castillo y soy amigo de sus señores. Y al castillo venía el obispo.

Monseñor era un obispo como Dios manda, siempre en traje talar y con todas las galas de su jerarquía. Como era alto y guapo, parecía un cardenal del Renacimiento. Había anunciado la llegada y los señores de la casa esperaban en el abierto portón principal, con alguno de los amigos que también estábamos invitados. Llegó en su automóvil negro, que un chófer discretamente uniformado conducía. Después de los saludos, cuando pasábamos por el previo jardín, un sol tamizado por los árboles centenarios no descarnaba la escena, antes la resaltaba como cosa del Vaticano o de Castelgandolfo.

En el solemne comedor me pareció sadismo que no hubieran puesto ceniceros, y casi al final de la comida, imaginando la ansiedad del prelado, pedí permiso para fumar un cigarrillo, cuando nada me apetecía menos. Levantada la veda implícita, Su Ilustrísima

comenzó a devorar paquetes de tabaco rubio.

Pasamos a tomar café en un salón de recodo propicio para la charla. El obispo era hombre culto, prudente y, por lo que entonces se vio, también era tímido. Aun contando con lo mucho que han cambiado los tiempos, me sorprendió que el arcipreste, interrumpido en cierto momento por su obispo, le dijera al superior:

–Espere, déjeme terminar, después me dice usted lo que quiera.

Con el café y las copas, la conversación se fue enriqueciendo y hablamos del arte (de la música, en aquella casa de músicos), y de la ciencia y la vida, incluso de mariología, que es terreno trabajado por el obispo teólogo. También de lo menudo: a mí me intrigan las pequeñas cosas de los obispos. A este lo tienen llamado por teléfono a medianoche protestando porque no estaba encendida la iluminación de la catedral ni del palacio Gaudí.

Yo le dije que se le venía encima una buena, con el Xacobeo del año próximo, esos falsos penitentes que se echarán a la carretera con el cuento del peregrinaje. Nos dijo que ya estaban viniendo: a los párrocos, y no siempre con buenas maneras, les piden comida, albergue, aunque prefieren algo de dinero... Al propio obispo, un peregrino más o menos verdadero le sacó unas pesetas y quería que le diera también alguna camisa.

–Le dije a aquel hombre –explicó el obispo– que en eso de la camisa no podía atenderle, que las mías no le valdrían porque son sin cuello.

«¡Las que siempre fueron mi afición!», estuve a punto de decir.

–Sin cuello, o sea con tirilla –remató monseñor para mi congoja–, y en un tejido de lino que se arruga mucho.

Ya no pude contenerme y le insinué que si no tendría para mí alguna de esas camisas. Se rio Su Ilustrísima tomándoselo a broma, y no me atreví a decirle que unas prendas así de estilogas son lo último en las *boutiques* de Ibiza o Milán.

Los cuadros del psiquiatra

Esta historia es una anotación, sin enmiendas ni raspaduras, de una noche leonesa. Antonio Gamoneda me invita a merendar en El Besugo, «para pagarme» –bromea– mi artículo (no solo espontáneo, también entusiasta) sobre la salida de *Descripción de la mentira*. Estoy convencido de que se hablará mucho del poeta y de este poemario suyo,

y yo podré presumir de que esas páginas las he visto nacer, crecer. Antonio escribió todos o buena parte de estos versos en Boñar, en una casa ajardinada (olor de flores, ¿hortensias?). Le contagié entonces mi obsesión por el riesgo de que se pierdan los originales y él me iba dando hojas manuscritas que yo guardaba en una caja fuerte, acorazada con elementos refractarios contra el fuego. Los solemnes versículos —«El óxido se posó en mi lengua como el sabor de una desaparición»—, durmiendo junto a papeles de notaría y otros prosaísmos.

Muchas veces hemos comido y bebido juntos en lugares modestos, Los Candiles, cinco gambitas muy pequeñas si pides gambas al ajillo; Benito el de la Plaza Mayor; tabernas de altos techos que van siendo derribadas...

Modestos parroquianos, compañeros del vino y del escabeche, pensarán que los poetas en nuestro rincón tabernario tratamos de cosas sublimes. A veces, bueno, sí. La poesía, por supuesto, y también la música, el cine, la pintura... Gamoneda en pintura —como en todo— es exigente, un tiempo ejerció de crítico de arte. Pero es más lo que hablamos de nuestras simétricas hipocondrías, y no sin utilidad, porque él es mi mejor psicólogo clínico, y yo estoy a la recíproca. En cambio, uno y otro descreemos de los loqueros titulados. A Antonio le recomendaron un especialista de una capital vecina, acudió muy animoso pero en la espera vio los cuadros que decoraban la consulta de pago, unas rosas como de señora que pinta a ratos, una vista tópica de la catedral, un ajo del pintor que inundó de ajos la ciudad, y al poeta y crítico se le vino abajo la confianza.

Lo de hoy era una celebración, de modo que nada de miserias en nuestro ágape:

—Que traigan otro poco de queso.

—Para este poco de pan.

—Y otra botellita de vino.

El trago de vino rojo y noblote que vuelve a querer su taquito del manchego a media cura, y un si no es de pan, y del pan al vino, y del vino otra vez al queso, y del queso al vino...

—¿Y las pastillas, Antonio?

Los dos llevamos pastillero.

—Que les den por el saco.

La visita a Velintonia

Había que irse a Madrid.

Llevaba tiempo en Madrid, y para completar mi noviciado de poeta me faltaba el rito de Velintonia, pocas esperanzas podías tener si no habías visitado a Aleixandre. Era una timidez mía sin motivo, porque el maestro recibía a todos y contestaba todas las cartas. A cualquier poeta que le enviase su libro, le contestaba que sus versos eran espléndidos, que marcaban un hito en la poesía española, y a algún principiante he visto correr a pagarse una nueva edición que saliera enriquecida con el juicio hiperbólico en la solapa.

Yo tenía algunas cartas de don Vicente. Cuando en mi pueblo recibía una carta suya (o de Guillén o de Cela) me ponía orgulloso, pero a mi madre no le hacía mucho efecto porque esperaba más de su chico:

«¿Y Pemán, es que no te escribe Pemán?».

Una tarde de primavera madrileña me decidí a hacer la peregrinación a La Meca, fui trajeado, y a última hora porque me habían advertido que Aleixandre hacía una siesta muy larga. Por la mañana tampoco podías ir porque reposaba antes de comer, la siesta que llaman del carnero o del canónigo. Me recibió afable y paternal. Mejor que el perro, que aun contenido por la hermana del dueño me era hostil. Me dolió pensar que otra cosa sería si los visitantes fuesen Cano o Bousoño, que en el culto a Velintonia eran de comunión diaria.

El maestro estuvo atento. Mostró (o aparentó) interés por mis asuntos. Estaba tendido en un sofá, pulcramente en traje de calle, pero a medias cubierto con una manta. Yo creo que su eterna convalecencia era un cuento, que don Vicente era un poeta vago, decidido a vivir a la sombra del paraíso.

De regreso en casa quise anotar mis impresiones frescas, Aleixandre ya era importante, tanto que en su día lo vimos Premio Nobel. Y no me salió nada que fuese trascendente. Lo que se imponía en mis recuerdos recentísimos, y no sin envidia, fue el sofá, que tenía dispositivos ingeniosos para leer y escribir panza arriba.

El escritor al volante

Odiaba los coches. Cuando tenía un sentimiento profundo lo ponía en verso: «Odio los autos que me han robado una ciudad que tenía muy bien soñada», por ahí andrà el poema en alguna antología olvidada. Y en esas, Jorge Ferrer me encandiló con que podía

influir en Espasa para que editasen mis cuentos.

—No está lejos, es un momento en mi coche.

Jorge era generoso. Quería venir a recogerme a mi casa en Argüelles, pero preferí ahorrárselo y salimos juntos de la suya. Yo observaba con admiración al escritor catalán—madrileño, aquella capacidad suya para meterse en la riada de cientos y miles de coches, ir seleccionando, cambiando de carril con la anticipación necesaria y saber si dirección Burgos o los hospitales o Fuencarral.

—Este ayuntamiento o Tráfico o quien sea no para de cambiar las señales —decía el escritor, tranquilo, al menos en apariencia—. Pero no te preocupes, quitándonos de los camiones es pan comido.

Jorge conducía bien, yo diría que un poco «literariamente», con ese confiado descuido que suele verse en gente de pluma, aunque más frecuentemente los escritores son conducidos por sus mujeres.

A uno y otro lado de las carreteras por donde íbamos había industrias, cerámicas, unos estudios de televisión, pero lo que no aparecía era el anuncio de Espasa Calpe.

—Tenemos que estar llegando —me tranquilizó—, y entrar en la colección Austral es mejor que el premio nacional, no sabes cómo está el mundo de la edición para este género que en España trabajamos media docena de ingenuos. ¡Y pensar que a la Pardo Bazán le quitaban de las manos aquellos cuentos decepcionantes!

Pero las grandes letras de ESPASA (tenían que ser grandes) no asomaban. En cambio, vimos el aviso de que estábamos llegando a Guadalajara. Jorge protestó otra vez, ahora contra el Ministerio de Obras Públicas, pero sin enfadarse. Tomó una vía que decía «Cambio de sentido» y se aplicó al acelerador, pronto nos vimos de vuelta en Fuencarral y solo entonces le advertí al conductor, con timidez, que estábamos prácticamente en la plaza de Castilla, pleno Madrid, o sea en el punto de salida.

—No te preocupes —me dijo—, en la editorial hacen jornada continua, y ahora caigo yo en dónde hay que hacer el desvío.

Lo que encontramos a las tres de la tarde fue un mesón que ofrecía las mejores chuletilas de cordero, vinos de la región, y el anuncio no mentía.

—Ya ves, colega —dijo Ferrer-Vidal—, no hay mal que por bien no venga. Y a Espasa podemos venir mañana, que los lunes como hoy son el peor día de camiones.

La sobremesa se prolongaba. Jorge la había tomado con la condesa doña Emilia y con el final de algunos de sus cuentos, que a él le dejaban insatisfecho «y boquifruncido», pero yo le escuchaba apenas, a mí me preocupaba si este hombre sabría volver a casa para la cena.

Una fábula moral

Me dieron un premio, modesto, pero la vida era barata y decidí gastar las pesetas en mi viejo sueño de la lejanía y el exotismo. Me habían dicho que Marruecos, ahí mismo a la puerta de casa, es la mayor y más barata ración de Oriente que se despacha. Cierto, y eso que no llegué a pasar de Tánger. La ciudad me fascinó, encendiendo mi imaginación. Con avidez callejeaba por la kasba, y «vi» mucho mil y una noches en lo profundo de las casas celosamente cerradas a los ojos de quienes no supieran forzar el milagro.

Supe que el instituto español de enseñanza tenía un director de mi tierra, un hombre acogedor, y que en su residencia había tertulias interesantes que frecuentaban personajes de la ciudad, incluso algún moro notable. Don Valentín me abrió su amistad y su jardín de frescor, donde un grupito nos reuníamos a charlar y quizá a saborear un té con menta. Mi paisano era un hombre bien parecido y elegante, lo recuerdo con un traje ligero de color tostado, de alpaca o una tela así. Y si era en la calle, con un sombrero de ala generosa contra los ataques del sol.

De fondos estaba yo en las últimas cuando me visitó la suerte, o sea la baraka, y un periodista amigo me pidió que lo sustituyera unos días en la corresponsalía del periódico de Madrid, pura rutina porque entonces en Tánger no pasaba nada. Así se prorrogó mi estancia. Una tarde se habló en la tertulia del gusto oriental por el intercambio de historias. A mí me gusta contar. En una casa ricachona de Xauen, precisamente en el día más caluroso de un agosto muy duro, celebraban una exagerada comida de fiesta, donde el cuscús se diría el aperitivo, conque imaginen lo que vendría después, hasta terminar en la apoteosis de la pastelería.

«Pastelillos de marihuana –sospechó el viejo médico, que había ejercido en San Luis de los Franceses–, eso ocurre en las estribaciones del Rif. Y perdón por la interrupción», dirigiéndose a mí.

Un miembro de la familia festejadora, proseguí con estudiada calma, era un mozarrón fornido y en plena juventud, de complexión sanguínea, no es extraño que buscara en la siesta la ayuda para una digestión trabajosa. El sosiego del lugar, en la zona más aislada de toda la casa, y las propias virtudes del condumio bien especiado le hicieron despertar en un estado de virilidad gloriosa. Él mismo se admiró de aquel regalo palpitante de la naturaleza, capaz de colmar los deseos de todo un harén.

«¡Aixa, Aixa!», llamó con desesperación.

Vino Aixa y se quedó en la puerta de la alcoba, haciendo sus ojos a la penumbra. Luego se fue acercando a la voz que le hablaba desde la cama:

«Mira esto, Aixa, mira lo que te pierdes por ser mi hermana».

Se hizo un silencio grave en nuestra reunión tangerina y temí haberme pasado. Sobre todo por don Valentín García Yebra, que tenía el carácter serio y probablemente casto

como los escritores del 98. Pero era también un maestro de la literatura, un crítico justo. Reconoció que, aun con algún detalle realista que podía haberse evitado, mi relato no era fábula milesia sino moral y ejemplarizante, porque, en definitiva, los jóvenes agonistas del cuento renuncian al placer del pecado nefando.

Los hispanistas

Los hispanistas norteamericanos son gente laboriosa y preparada, un poquitín infantiles. Vienen a Madrid y no solo se dan a la investigación y el estudio, también se sienten fascinados por las tertulias, y de esto van bien servidos. Verbigracia. Los martes está la Tertulia Hispanoamericana del hipotenso (en apariencia) Montesinos. Los viernes en el Gijón comen los cuentistas alrededor de Meliano Peraile. Antonio Ferrer gobierna el realismo puro y duro allá por donde el diario *Pueblo*. Pero lo que atraía mucho a estos visitantes era la tertulia de los miércoles en la librería Ínsula de la calle del Carmen, con el posterior rato de comistrajos y de valdepeñas a escote riguroso en una taberna vecina.

En las reuniones de Ínsula había celtibéricos que llevaban sus miras. Entre los yanquis visitantes había jóvenes doctorandas de buen ver. Por tantearlo que no quedara. Al final eran unas estrechas.

Una vez apareció por allí un profesor de Wisconsin que había venido otros años, le cuadró sentarse a mi lado en un peldaño de la escalera interior, porque el local estaba lleno, y fue para decirme su desazón porque en su departamento de la universidad querían reproducir lo nuestro y el invento no les funcionaba. Era grata persona y traté de ayudarle:

No les salía la tortilla de patata.

Intenté darle la receta, pero yo nunca hice una tortilla de patata. Sí le dije que con tres huevos no podía cuajarse una tortilla de patata para diez personas.

¿Bebían vino?

No, no bebían vino (supuse que se animaban con Coca-Cola).

Se sentaban en unas sillas formando círculo, por orden de antigüedad en la universidad. Entre ellos mismos elegían un *chairman*, una mera formalidad para la ocasión.

Y hablaban ordenadamente, sin quitarse la palabra unos a otros. Al cerrar y apagar las

luces no se decían maricón el último.

La expectativa

En aquel año, que sería el año 1977 o 78, se sentía un vago ambiente de espera. Yo no sabía lo que esperaba. Me había quedado en mi provincia, y en Madrid es donde todo se cocina. No me postulaba para nada y, sin embargo, me escocía que ni rojos ni azules me preguntasen si quería afiliarme, firmar un manifiesto, ni siquiera la pequeñez de presentarme a concejal. Y el rey, en su palacio, como si uno no existiera. Pudo nombrarme senador. Llamaba en persona por teléfono y con real tuteo borbónico: «Te nombro senador, Fulanito, pero me contestas ahora mismo», ni siquiera hablarlo con la parienta.

Cuando de Madrid me invitaron a una cena de gente importante, en una finca de las afueras, llamé a mi taxista de confianza, que tiene un coche aparente sin ninguna señal de Servicio Público. El taxista de confianza tiene, además, un traje azul marino. Es respetuoso, se lanza a abrirme la portezuela y no se permite ni una demasía.

De aquella invitación de mis amigos voy a poner los asistentes, los que recuerdo, con sus nombres verdaderos, como cuando entré de meritorio en el periódico. Los anfitriones eran los señores de Ruiz-Rivas, don Ulpiano; ella, Mariuca Hernando, hija de don Teófilo Hernando, el médico y escritor que junto a intelectuales como Ortega o Marañón o Pérez de Ayala vivieron aquella otra expectativa –malograda– de la República. Luis Hernando, también hijo del científico y humanista, es el doctor Hernando Avendaño, uno de los padres de la moderna nefrología, y lo acompañaba su distinguida esposa, nacida (¿se dice así?) María José Helguero. Estuve con eminencias que suenan mucho: Sánchez Covisa, Leoz, Botella... Soledad Ortega, la de la *Revista de Occidente*, cortés en el grado justo, un poco fría y distante. Matilde Urcelay es arquitecto –¿o arquitecta?–, y su marido, editor. Me presentaron al marqués de Lozoya. A Carmen Marañón. Apellidos así. Y gente de León, el doctor García Miranda y su mujer, que me llamarán –dijeron– para que vaya a probar la cecina a su casa de Villasecino, me pareció una de esas invitaciones que luego se olvidan. De León también, Saiz o Sáenz de la Calzada, el arquitecto republicano que acaba de llegar desde el exilio de México. Y un personaje de mucho porte que se llama Fernando Suárez, y fue ministro en el flanco más intelectual y

aperturista en el régimen anterior. Fernando es un político de altura. Imaginemos que de pronto lo hacen presidente del Gobierno. Pues le dan una mesa, un par de teléfonos, y en media hora tiene en sus manos el Estado.

Fue una grata ocasión, reuniéndose con notables uno tiene mucho que aprender. Cuando los invitados empezamos a despedirnos de los anfitriones, hasta la puerta principal de la mansión fueron acercándose los autos, imagino que manejados por servidores de mucha antigüedad y respeto.

^ –¡El coche del señor...! ^

Dijeron mi apellido y mi hombre se tiró a abrirme la portezuela de atrás, pero ostensiblemente me coloqué delante, a su lado. Que se viera mi condición de «demócrata de toda la vida». Luego me enteré de que esa exhibición está ya muy vista, y es que si tardas en volver a la pomada te comportas como un pardillo.

El magnate

No sé si a lo largo de estas verídicas historias he dicho que en mi pueblo somos enfáticos, no es extraño que Tino el confitero use tarjetas de visita impresas a dos tintas donde figura su nombre y, debajo, como profesión:

De las Artes Blancas.

Esto de las artes blancas viene de tiempos de su abuelo, cuando había un sindicato socialista (o anarquista) donde fraternizaban los panaderos, pasteleros, galleteros, churreros, todo lo que anduviera metido en harina...

Tino va soltándoles competencias a sus hijos pero no abdica de su titulación gremial. Me lo encontré en Santander, que había traído a su mujer a las aguas de Liérganes, y ahora estaba solo, sentado en la terraza de un café céntrico, y miraba el reloj con frecuencia.

Me gusta encontrarme y hablar con mis paisanos, que me cuenten. Suelen ser algo zorreras, van poco a poco, pero al fin se declaran.

¿Y qué hacía en el Paseo de Pereda el afamado artesano de «La Flor del Burbia»? Y el delicado envoltorio que tenía a mano, probablemente con delicias que sus hijos siguen

fabricando, ¿qué destinatario? Y si una destinataria, mejor aún para la intriga del caso.

El reloj, el traguito de cerveza, el disimulo de ir tanteando al hablar:

—En esta capital cántabra me hallo yo como en ninguna. Antes íbamos a los baños de Molgas y mi señora, que una escapadita a La Coruña, y todavía nos cuadra entrar en discusiones comparativas. Pero a mí, hoy por hoy, que no me quiten Santander. Hasta dónde llegará mi afición que le tengo preferencia al Banco que lleva el nombre de la ciudad, si no es que la ciudad lleva el nombre del Banco —y señaló para el edificio que teníamos enfrente, grande como una catedral, sólido como una construcción faraónica—, aunque también cuenta una amistad personal que ya va siendo de años.

El confitero de los soportales de nuestra plaza mayor se tomó un tiempo como si quisiera hacerse el interesante.

—Una amistad privativa, como si dijéramos, y no del directorín de la sucursal de nuestro pueblo, sino del de arriba del todo, una figura mundial. ¿Qué digo una figura? ¡Un magnate! El día de San Agustín nadie se acuerda de mi santo, ni siquiera la mujer que duerme en la misma cama, de recién casados sí me hacía una cuelga y esperaba a pillarme descuidado para echármela al cuello. Pues mira lo que te digo, paisano. Un 28 de agosto podría haber un terremoto y estoy seguro de que no me faltaría la felicitación personal, fíjate en esto, per—so—nal, de quien manda en todo bicho viviente dentro de la Entidad, en el último de los empleados y en los señores del Consejo que hasta pueden ser marqueses.

No pudo contenerse y echó mano de la cartera. No tuvo que buscar mucho, me puso delante una tarjeta autógrafa (tal parecía), «A don Agustín Lago». Pero demasiado perfecta la tinta azul de la estilográfica, uno de esos milagros en serie de la informática.

—Conque de hoy no pasa el conocernos vis a vis, aprovechando que el balneario está solo a unos kilómetros —Agustín volvió a señalar para el imponente edificio matriz del Banco—. Me han dicho que vendrá al despacho sobre las doce, la alegría que le voy a dar a don Emilio.

El retrato

No siento ninguna envidia de mis parientes o amigos que tienen finca de recreo en el campo o frente al mar. Llegan para unos días de vacación y siempre tienen cosas que

arreglar, problemas con los guardeses. Lo que me gusta es ir de invitado, que no me cuenten vainas y que me mimen.

Un refugio familiar y vivero tengo yo en Polop de la Marina, un lugar con ecos de Gabriel Miró y con aromas y colores de sus *Cerezas del Cementerio*. El clima es suave en la colina de Teralba que deja ver el mar, aunque en días escasos, los más rigurosos del invierno, el anochecer precoz invita a reunirse en torno a la chimenea, donde la leña quemada huele a las ramas del limonero y el naranjo. A veces venía a Teralba, desde su casa-estudio poco alejada, el pintor Benjamín Palencia. Me parece que al principio me miraba con celos, como si él tuviera el privilegio de ser el mimado, el único en aquella casa.

Era frecuente que Benjamín se ensimismara contemplando el fuego. Cuando rompía a hablar, el tema era la pintura, y eso me parecía estupendo, pero raramente hablaba de la pintura en general o de otros pintores, y mucho de sí mismo, el ya viejo maestro cuidaba de su fama hasta la megalomanía:

—Yo, que soy un gran artista —le he oído decir. Y también—: He regalado a Albacete una serie de obras maestras, cualquier cuadro mío vale una fortuna.

Lo curioso es que estas cosas tremendas las decía con modestia.

—Tengo ochenta años, pero ando en proyectos que un día asombrarán al mundo.

Sin embargo, su voz sonaba tímida, y a sus ojos azul claro asomaba una inocencia solo alterada con mayor o menor frecuencia por un tic nervioso. A juego con los ojos era la indumentaria que llevaba siempre, jerséis variados pero siempre de lana azul y cuello alto, y el pantalón impecable con raya como recién salida de la plancha.

Una mañana me lo encontré en el camino soleado de la Palmosa. Estaba sentado sobre una peña cómoda, con un bloc de dibujo sobre las rodillas, contemplando el paisaje. Me invitó a sentarme a su lado y en seguida habló de lo suyo:

—Vengo por aquí con el caballete, pero hoy no tengo el coche, mi secretario lo ha llevado a revisión a Alicante —y siguió con los secretos de «su cocina»—. Me coloco frente al tema, tengo a mano los tubos. Como primer gesto tomo, por ejemplo, el bermellón, y mancho con él la tela blanca. El color está allí solo, no ha pasado nada. Entonces busco otro color y lo llevo junto al primero. Ya la tela es un interrogante. ¿Se apoyan mutuamente los dos colores? ¿Se repelen, aunque acaso sea una repulsión conveniente? ¿Se son indiferentes el uno al otro?

Benjamín, de vez en cuando, me echaba una mirada y a lápiz rápido trazaba unos rasgos en el bloc. El sol del invierno hace un estado de ánimo feliz y generoso. El pintor me dijo que pensaba hacerme un retrato. ¡Benjamín Palencia!

—Será un honor, maestro. Seguiré dos semanas en Polop, más tiempo, si usted necesita que me quede.

Empecé a pensar en ello, casi una obsesión, como si el retrato fuese la meta de mi vida. Procuraba verme con el pintor. Me hacía el encontradizo. Si él no venía a Teralba, iba yo a hacerle compañía y eran horas de música, Bach y Vivaldi, y para variar Vivaldi y Bach, y el maestro que no soltaba prenda sobre lo mío.

En Madrid, meses después, años. Lo cuento en un momento. Cené con el crítico de

arte Ramón Faraldo y su compañera francesa, después de un *vernissage* sonado. Por presumir de que me muevo en ese mundillo, hablé de mi relación –íntima, dije– con «mi amigo Benjamín» y dije que me había prometido un retrato. Faraldo correspondió con una carcajada y unas palabras que me van a doler siempre:

–Olvídate, hermano. El viejo manchego se lo promete a todo el mundo...

Cano y Canito

La revista *Ínsula* publicó mi cuento «Aquella revolución». Cano, que era el secretario, andaba achuchando a Canito, que era el director, para que se pagasen todas las colaboraciones, como es de justicia. Pero no había manera. Canito le decía a Cano que los ensayos sí los pagaba (moderadamente), pero nunca los poemas ni los cuentos porque hay cantidad de poetas y cuentistas deseosos de publicar sus productos. Esto es verdad, porque quién se resiste a la tentación de ver su trabajo en la prestigiosa página final, quizá ilustrado por Zamorano.

Mi cuento fantástico, como tantas veces ocurre, tiene una fuerte base real. Yo andaría por los diez años. Mi padre era de la CEDA. Mi madre no tanto, porque tenía mucho espíritu crítico: «Pero vamos a ver, Pepe, ¿qué ganas tú pillando mojaduras y disgustos para que tenga votos Gil Robles?». Recuerdo que en una ocasión hubo disturbios en España (mi padre era concejal) y se dio la voz de que venían hacia nuestro pueblo los mineros de La-ciana, ¡los mineros!, conque dejamos nuestra casa y marchamos a refugiarnos en casa de la abuela.

–¿Y papá? –le preguntaba yo a mi madre.

–Hijo –decía mi madre–, tu padre está en el Ayuntamiento, están constituidos en sesión permanente.

En mi pueblo somos así de solemnes. Yo, encantado. Los señores del casino, o sea, «los elementos de orden», habían subido al castillo del conde para adelantar allí la defensa. Antes, aquellos señores principales requisaron algunas escopetas en la armería, sarasquetas nuevas que aún llevaban sus etiquetas colgando. Al llegar a la plazoleta del castillo, después de subir la cuesta penosa, el historiador don Dalmiro de la Válgoma y Díaz-Varela, que llevaba cuello duro y lentes de despacho, dijo que debían vivaquear. Discutieron sobre cuál había de ser la voz conminatoria frente a los invasores. «¡Alto al

pueblo en armas!», propuso alguien. Pero don Dalmiro fue tajante: «¡Alto a los caballeros en armas!». Lo cierto es que los mineros no aparecieron.

Pero yo soy el narrador, y como no me pagarían ni Cano ni Canito hice de mi capa un sayo. En mi cuento de *Ínsula* hago entrar a los mineros en la ciudad galopando caballos, toman el casino y la imprenta, requisan doncellas y postales. «Aquella revolución.»

El símbolo

A las 4 de la tarde, qué horas, una conferencia en Madrid del erudito y patriarcal y extravertido don José Filgueira Valverde sobre auge, menoscabo y recuperación de la literatura gallega. ¡A las 4 de la tarde!

Después, la sacrosanta tertulia del Gijón, que estuvo algo soñolienta, era el abril caluroso de 1977. De allí salimos juntos García-sol y yo. Ramón de Garciasol (Miguel de nombre civil) es poeta y hombre de musculatura ética, siempre con eso de la hombridad y el decoro. También es mandón, en el café da órdenes para que se cuelguen bien los abrigos. Creo que nos tenemos mutuo afecto y a mí me consiente lo que a nadie. Una vez me hablaba del destino del escritor y la predestinación del poeta y esas cosas.

—Fíjate —me decía—, tú estuviste a morir cuando te operaron, y no te has muerto porque aún tenías que escribir *Dibujo de figura* (y tal y tal, citándome varias obras). Lo mismo que yo —seguía el poeta de Guadalajara—, a punto de fusilarme los fascistas y aquí me tienes, porque todavía me quedaban muchos versos y testimonios en el alma.

—Pero hombre, Miguel, no compares. Lo mío fue por el pulmón, pero si a ti te condenaron, algo habrías hecho.

Se paró en seco y me miró con sus tiernos ojos de miope, que también podían ser duros. Yo ya me estaba arrepintiendo de mi broma, un humor negro que a lo peor ni tenía gracia. No pasó nada. Habría que ver, si otra persona le hubiera dicho algo así al superviviente de Albatera.

—Vamos por Alcalá —me dijo ahora—, después te acompaño y pasamos por la Casa del Libro.

Anteriormente, cuando pasábamos junto a los centinelas del Ministerio del Ejército, Miguel apretaba el paso. Ver un fusil —decía— le revolvía el cuerpo. Esta tarde, no. Hasta pareció que iba a darle las buenas tardes al militar. Iba cogido de mi brazo, y al llegar

frente a Alcalá 44 me obligó a detenerme: —¡Mira!

Sí, era lo que decían los periódicos. De la fachada de la todopoderosa Secretaría General del Movimiento había desaparecido el símbolo descomunal del yugo y las flechas. Garciasol quería ver mi reacción, para él debió de ser un momento sublime. Para mí fue de extrañeza y desconcierto, como si se hubiera afeitado un hombre al que llevara cuarenta años viéndolo con barba. Solo eso. Pero Garciasol es un amigo, hice algo así como levantar los brazos al cielo y dije: —¡Por fin!

Postal de Ibiza

Cuando Ibiza empezaba a ponerse de moda, estuve en Ibiza. En Ibiza, ciertamente, había un sol benigno en pleno marzo y el sexo era fácil. Por entonces yo era un hombre libre. En la plaza Vara del Rey, coloreada de tipos y tipas variados, una de aquellas chicas soltó una paloma que llevaba cariciosamente en sus manos y vino a desearme una feliz primavera. Yo estaba sentado en un poyo de piedra, observando y calentándome al sol. Se sentó a mi lado y con naturalidad me convidó a la mitad de la manzana que estaba mordiendo, yo mordí, y ni pensar en microbios. De un librito forrado con papel de envolver de los almacenes Lafayette me leyó unos versos algo simples de Francis Jammes, justo un poema que recuerdo de mis tiempos en la Alianza Francesa:

*Les papillons obéissent à tous les souffles,
Comme des pétales de fleurs jetés vers vous,
Aux processions, par les petits enfants doux.*

La chica me había parecido enfermiza, con una falda hasta los pies que se le pegaba a los muslos finos y muy largos, pero cualquier aprensión se te quitaba mirándola a la boca, no puede haber mala salud en una mujer que muerde la fruta con aquellos dientes. Y el color tan vivo de los labios. Yo había alquilado un coche pequeño y casi sin frenos, suficiente para una isla diminuta, y juntos la recorrimos. Juntos también nos acostamos en una venta tolerante, en un pueblo blanquísimo. La flaca tenía un follar laborioso y callado. Lo que más me gustó de la «religión» de esta gente es que nos despedimos sin preguntarnos nuestros nombres.

El anacoluto

La llama bailaora cimbrea su ardiente cintura en el hogar: alza la cálida esgrima de sus brazos y su resplandor dora la tinajería de la bodega de Martín.

Lo leí hace años en un libro de cuentos y me gustó.

Si nos ponemos a rizar el rizo, acaso habría yo ahorrado el adjetivo «cálida» para quedarme en la desnudez de la esgrima, ya digo, pijaditas. Pero me gustó mucho. Y tiene su gracia que el autor del libro fuese un capitán del ejército de la República. Meliano Peraile, viejo amigo, fue precoz en ejercer autoridad, creo que a los dieciocho años lucía ya las tres estrellas, y se ve que la vocación está en los genes y dura toda la vida.

Meliano Peraile era un hombre exquisitamente civil, profesor de literatura y bien parecido, de pelo abundante y blanquísimo, y lo que digo de que conservaba la disposición para el mando es por su manera de presidirnos con simpatía pero con reglamento en la comida del viernes en el Gijón, todos los viernes del año.

El restaurante está en la planta de sótano del café, una cueva muy literaria. De los dos empleados serviciales que nos atienden, uno se llama Onofre, y hay sospechas de que está maquinando en secreto una obra voluminosa. Es de León, y los leoneses que vienen a Madrid dan en escritores de novelas. De su compañero de servicio no son conjeturas sino certezas, varios libros con autoría de José Bárcena en el ISBN y una vocación insobornable. También la decoración ayuda. Varias décadas de poesía militante decoran las paredes, cada poema en su marco, con el valor añadido de la ilustración por mano de un pintor de renombre. Un poema mío está según se baja la escalera, justamente enfrente del desembarco, y lo digo, francamente, por si en alguna ocasión quieren honrarme deteniéndose allí un momento.

Nuestro presidente era de La Mancha y era difícil que perdiese los estribos, salvo si tenía que salir como un Quijote en defensa no de huérfanos y viudas sino de la pureza del idioma, no se perdía una crítica de Senabre. Un viernes apareció en la comida un señor de Murcia (como en una comedia de Mihura), y no quedó claro quién lo había llevado a la cofradía. Únicamente, que era el cronista oficial de una villa famosa por sus tomates. Se sentó con modestia, en el extremo de la larga mesa, habló poco pero no tuvo suerte el hombre, dijo que no tenía mucho hambre y Meliano se le tiró a la yugular:

—¡Mucha hambre, coño! ¡El hambre, sí, señor, el hambre, pero cuando es mucha, es *mucha* hambre!

Pasó tiempo sin que volviéramos a verlo. Un viernes que era de cuaresma, lo recuerdo porque había bacalao, que les gusta mucho a los contertulios, volvió el cronista murciano y en un momento en que raramente se habló de Franco y de sus pantanos dijo con timidez:

—Con sus defectos y todo, yo soy de los que creo que aquel hombre hizo algunas cosas

buenas.

A estas alturas de la película, a Meliano le importaba un carajo su enemigo de hace setenta años. Pero se le vio enrojecer de ira por ese «yo soy de los que creo», al de Murcia no le dijo nada y llamó a Pepe Bárcena, que se acercó solícito, con la devoción del autodidacta hacia el maestro reconocido.

—Desde hoy, en esta tertulia —y el capitán Peraile tenía voz de capitán— el que cometa anacoluto no come. ¡Es una orden!

Los uniformes de Serrano Súñer

Si mi padre levantara la cabeza y viera con quién cenaba su chico, volvería a morirse del susto:

¡Rediós, Serrano Súñer!

Cuando lo de esa cena, el otrora jefe fascista pasaba de los ochenta años, y aunque ahora vistiese de paisano, algo conservaba de aquella prestancia que en tiempos salía todos los días en el *Arriba*, y los domingos en el NO-DO, casi siempre rodeado —y por encima— de obispos y generales. Al personaje le gustaba crearse sus propios uniformes. Y a las mujeres les gustaba mucho aquel ministro joven, con sus entorchados bordados en oro y plata, sus correaes, y la gorra de plato que enaltecía aún más su buen tipo.

La cena era íntima, en el comedorcito más reservado de una casa regional en Madrid, y Serrano iba elegante con un traje Príncipe de Gales. Cuando el menú iba promediado y el buen vino ayudando, Serrano se soltó. Hablaba bien y le gustaba hablar. En realidad, fue él quien inventó la dialéctica del Estado, las consignas y los vítores. De Pemán, que algo andaba en aquello, contó con ironía:

—En contra de lo que se cree, era cursi y un pésimo orador. En las Cortes de la República se levantó a hablar entre gran expectación —era la primera vez como diputado— y defraudó a todos, según le reprochó Indalecio Prieto en su respuesta. José Antonio Primo de Rivera también consideraba que Pemán era un latazo hablando.

Todos estábamos prendidos en estas confidencias, y yo me animé, me eché un traguito y le pregunté por Franco, sobre el verdadero carácter de Franco.

—«Trabajador» —fue la respuesta escueta.

Le dije:

—A los españoles corrientes nos parecía un hombre frío. Basta ver cómo una persona da la mano. Fuese a un duque o marqués, a un minero o a uno de aquellos padres de familia numerosa, él alargaba una mano blanda, desanimada. Hitler, tan terrible y duro de corazón, acariciaba a los niños.

—Y a los perros, el Führer hubiera fusilado a quien maltratase a un animal.

—¿Y si el perro fuese judío?

Serrano no siempre contestaba inmediatamente. A veces, como ahora, su mirada azul claro parecía perderse pero todo en él seguía despierto y alerta. Hubo un silencio general y él era el protagonista de ese silencio. Había nacido con el siglo, creo que en Cartagena, donde no sé si queda alguna calle o testimonio que lo recuerde. Cuando volvió a hablar, lo hizo empalmando con recuerdos de Hitler, Ribbentrop, el general Jold... También del fascismo italiano, pero eso era otra historia, entrevistarse con Mussolini y el fantasioso Ciano no era meterse a dialogar —¡y a recibir órdenes!— en el nido de hierro del aterrador de Europa. Hitler pidió que el ministro español se presentase inmediatamente («sin excusa ni pretexto», se decía entonces) en el cuartel general alemán para concretar la entrada inaplazable de España en la guerra.

—Salí para Berchtesgaden y me despedí de mi familia sin mostrar mi incertidumbre sobre si regresaría. Con mi uniforme de diario y un uniforme de gala en el equipaje...

Al final de la cena fui yo quien acompañó al personaje a recoger su abrigo en el guardarropa de la Casa. Aunque era una prenda exquisitamente civil, de un cachemir de color beis claro, tenía cinturón y hombreras.

Esplendor en Argüelles

De los presidentes de la transición (o Transición), me gusta Leopoldo Calvo Sotelo.

Reconozco que mi opinión es algo subjetiva. Yo imagino que el mandatario cumplía las obligaciones de su cargo y que al caer la tarde —entonces sí— paseaba los jardines velazqueños de la Moncloa, y que si descansaba en uno de los bancos era para releer unas páginas de los clásicos castellanos o de Cunqueiro, hasta la hora en que se sentaba al piano y tocaba a Chopin o a Liszt en sus sonatas y nocturnos más apaciguadores. Si el presidente está sereno, la calma se transmite a toda la nación. Esto pienso yo.

Un día me llamó mi amigo Antonio Lago:

—Te espero el día tantos a cenar en casa. Vendrá Rafael y, si no le fastidian la agenda, vendrá el presidente.

Rafael es González-Gallarza, dirige alguna empresa importante y lee de una manera compulsiva pero sabia, lee todo lo que debe leerse. Antonio Lago fue precoz en asumir responsabilidades públicas, le envidio la permanencia que disfruta en la crónica diplomática, en el *ABC*: «Perú ha celebrado su fiesta nacional, los hasta ahora embajadores de Italia han ofrecido un cóctel de despedida», y nunca falta don Antonio Lago Carballo.

Y en cuanto al presidente... Nos conocíamos. Hace tiempo que él viaja por carretera de Madrid a su residencia de Ribadeo, y a la ida como a la vuelta descansa con su familia en el Parador de Villafranca del Bierzo, y en el pleno verano es probable que a mí se me vea en la terraza, dándole a mis papeles. Antes dije que en las tardes leerá al Cunqueiro de *Merlín y familia*, y sé que en alguna ocasión lee también los cuentos de Pereira, pero no me he atrevido a decirlo, lo digo ahora. Leopoldo y yo escribíamos de jóvenes en los periódicos de su comarca, de modo que ya entonces nos sabíamos el nombre. Pero más todavía nos unía el tren que nunca llegó a tener raíles ni estaciones ni locomotoras, solo expedientes abultados de discursos y de odas, de intercambio de rondallas entre las dos villas fraternas, por un ferrocarril que desde el Bierzo mineral saliera hasta el Cantábrico abierto al mundo.

—Ahora podrías hacerlo, presidente, ahora o nunca —le dije a quien mandaba en España, en la euforia del vino que acompañaba los recuerdos.

A Calvo Sotelo hay quien lo tiene por un hombre soso, adusto. Es un error. Su expresión estirada se abre pronto a la sonrisa, que no es impertinente, aunque sí irónica. Él hizo con sus anécdotas el mayor gasto de la reunión. Resultó una fiesta. A la hora de los adioses, Leopoldo se ofreció a traernos a casa en su coche, y que no era molestia, que les quedaba de camino.

El presidente y la señora de Calvo Sotelo estuvieron de lo más sencillo. Una sencillez elegante. Él se puso al volante. Enfilamos la Gran Vía, camino de Argüelles, había mucha animación y en el fondo yo sentía una decepción por tan severo anonimato, que nadie en las calles y avenidas que pasábamos supiera quién iba en aquel coche, potente, pero no ostentoso. Ni un motorista nos acompañaba. Nada. O sea, que yo iba sentado junto a un señor particular que conducía con medida burguesa.

Me gusta mi mundo, la zona más modesta del barrio. Allí están mi panadero, mi quiosquero, mi fotocopista, el estanco, la última carbonería... Junto a la puerta misma de nuestra casa Leopoldo paró el coche con suavidad, y le rogué que no se bajara. Un intento inútil, y no por mí sino porque también iba mi mujer y él no perdona un deber de caballero. Fue echar pie a tierra el presidente y de unos coches que parecieron salir de la nada surgieron unos hombres que poblaron la noche. Rápidos se repartieron la vigilancia, unos avizoraban los balcones barojianos con persianas de caña y la botella del butano, otros las aceras, la bocacalle inmediata. La escena tenía la estética del poder. Había poca gente a esas horas, pero mi barrio es locuaz. Cuando bajé a mi café con porras en la mañana siguiente, se sabía.

La hipocondría

Vino a buscarme un director de cine y quería «Las peras de Dios», un relato mío, para hacer una película. Quién te ha visto y quién te ve, me dije, se empieza así y a lo mejor terminas en Hollywood.

Pero es que, además, el director me propuso llevarme de actor. Esto me gustó menos porque el rodaje era en invierno, en parajes de la alta montaña leonesa, con lluvias que probablemente fueran nieve. Intenté resistirme, pero el director era implacable bajo una capa de suavidad, casi de ternura. Llevé el termómetro, llevé unos supositorios.

Luego, todo salió bien en aquel mundo mágico junto a compañeros sanotes y compañeras nada estrechas. *El filandón. 252. Toma tercera.* Y el clac de la claqueta. Comíamos alegres en cocinas humosas, con un buen fuego de cara pero con las espaldas vendidas y entre corrientes. Las noches, según encartara...

Cuando regresé a Madrid me acerqué temblando a mi médico. Obviamente, ni palabra de aquel rico bacalao sin duelo de la sal; ni del botillo y los chorizos con pimientos picantes; y menos aún de mis bronquios a diez grados bajo cero en los exteriores.

—Está usted muy bien, el electro y la tensión mejores que nunca, cómo se nota cuando me sigue usted el régimen.

La rebeldía del poeta

Todos los años, si me cuadra estar en Madrid, voy al fallo del incombustible Adonáis y así me oriento sobre lo que se cuece en la poesía joven. Aquella vez, los altavoces proclamaron el nombre de un poeta de mi pueblo. Esto del Adonáis tiene mucha resonancia, si se lo dan a un hispanoamericano puede que en su república hagan fiesta nacional o lo nombren embajador. Me alegré, ¡cómo no!, del triunfo de Mestre, pero no me sorprendió porque esto y más lo daba yo por descontado.

A Juan Carlos Mestre lo conocía, naturalmente. Su padre tenía el horno del pan frente a la que fuera tienda de mi padre, su abuelo era sastre y maestro de sastrecillos, pared

por medio de mi casa. Yo era un hombre hecho y derecho cuando el chico andaba de pantalón corto, recuerdo su mirada ávida de descifrar el mundo y supe de sus lecturas – clandestinas entonces– y de la germinación de sus ideas rompedoras. Y sobre todo, de su temprana condición de poeta. Esto último lo supo todo el pueblo en una de las fiestas que cada primavera se le dedican a la poesía. Tienen prestigio, y el ganador de aquella vez no fue un poeta de renombre nacional o incluso internacional, como venía ocurriendo, sino un rapaz, poco más que un adolescente del barrio extremo de la Cábila. Se sabe que hubo desconcierto en los patrocinadores, temerosos de que el evento oliera a localismo. Pero el acta del jurado era contundente: «El poema "Elegía en mayo" ha merecido el premio por unanimidad». Y una nota final resaltando «la alta calidad alcanzada en esta ocasión».

En el día de la entrega del premio se vio subir a la tribuna al joven poeta con la entereza de quien sabe que aquel y solo aquel es su sitio. Empezó a decir sus versos – ¿ustedes han oído la voz de Mestre?– y hubo temblor en los negrillos y los pájaros del jardín. Yo supe que aquella mañana al entarimado de la poesía se había subido la no conformidad, y no en las maneras, perfectamente corteses, sino en el metal penetrante del mensaje. Como si nos dijeran: «Creíais tener un meritorio dócil y quien canta es un poeta entero, un hombre libre». Yo sentí admiración y un poco de miedo. Esto del miedo no se lo dije nunca a Mestre.

La prima segunda

En Madrid tengo una prima. Es prima segunda. Un día presumía yo entre burlas y veras de que soy dueño de nada menos que un Banco, tengo una parte pequeña, unos cientos de acciones, pero no por esto dejo de ser un propietario de «la Entidad». ¿O me equivoco?

No te equivocas, asesora ella.

Esta chica cambia mucho de empleo y estudió perito mercantil en la Escuela de Comercio de Zamora. Y la muy zorra: Estoy en el paro y voy a necesitar un dinerillo, supongo que siendo mi primo guapete el dueño de un Banco no habrá problemas. La veo venir. A veces me lleva a los sitios en su coche desvencijado de sabe Dios qué correrías y no hay en Madrid un taxi que me salga tan caro.

Lo del Banco salió a cuento porque se hablaba mucho de «la Junta», en los periódicos, en la radio, en la televisión. Otras veces no pasaba eso. Todos los años me llega una convocatoria que no leo, y este año recibí aparte una carta del presidente, fingidamente personal desde el Querido amigo hasta la firma. La perito mercantil de la familia me aconsejó que fuera, que al menos por una vez me interesaría el espectáculo.

En la Castellana, en las proximidades del Palacio de Congresos, se olfateaba el acontecimiento como ocurre en la hora previa de los estadios y de las plazas de toros. Pero aquí la gente se deslizaba cauta y rumorosa, con la discreción de los ahorradores. En el salón inmenso fuimos cientos de accionistas grandes o pequeños, ocupando las largas filas de butacas, y aún los hubo que tuvieron que conformarse con los salones anejos, frente a las pantallas de circuito cerrado. Allí no había ni sombra de un mundo financiero y prosaico, a la gente se la veía en plan de fiesta, serían las luces, el derroche de flores, las banderas. La música ayudaba. La que sonaba por los medidos altavoces era vibrante y enardecía la espera. La comparación más próxima sería con el mitin de un partido numeroso y potente que fuera a proclamar el triunfo de su líder indiscutido.

Cuando los altavoces se fueron apagando, se entendió que la función iba a comenzar. Se acallaron los rumores. En la larga mesa que ocupaba el centro del escenario se habían ido colocando los consejeros y solo el asiento presidencial, el supremo, el único, esperaba ser ocupado. No hubo trompetería que lo anunciase, pero bastó ver el revuelo de los fotógrafos y cámaras para comprender que llegaba el número fuerte.

—¡Es él! ¡Es él!

Las señoras enfocaban sus gemelos y a alguna de mis vecinas la oí suspirar. Honradamente, a mí me gustó tener un presidente así de alto, joven y bien parecido. Un hombre que sabe combinar el tono de la corbata con el color del traje y se peina con fijador, seguro que mira hasta el detalle los intereses del Banco.

—¡Es él!

Y aplaudían. Yo aplaudía. Los intervinientes en la Junta hablaron mucho de opas hostiles y opas amistosas, de fusiones, de dividendos. Yo aprobaba con entusiasmo, o con frialdad, o me callaba, lo mismo que en una iglesia nos levantamos y nos sentamos los agnósticos por el ejemplo de los creyentes. Me distraje de los discursos y me puse a pensar en mis asuntos. Pensé que podría escribir un cuento que se titulase «La prima segunda». Puede que la idea me viniera de la azafata que tenía muy cerca, la Junta del Banco estaba decorada con azafatas que probablemente habían pasado un *casting*, y lucían mucho, unánimes en el azul marino de sus trajes de chaqueta, en el estiramiento de las medias. A la prima de Zamora la habían llamado alguna vez, es un oficio ocasional, convenciones y congresos. Trataría yo en mi cuento el asunto de las primas, ahora puedo hacerlo con distanciamiento, pero en mi adolescencia me perturbaba, «deben de ser muy hermosos los pechos de las primas temblando en los desvanes», ¡las primas forasteras!, «pero a mí me llamaban para jugar». A esta me la tiene encomendada su padre, que la vigile. Malos tiempos para eso, ni en Zamora será fácil, pues a ver en Madrid.

Zamora es una ciudad lírica. No me extrañaría que se levantara un señor accionista de

Zamora y soltara una intervención floreada.

Estábamos en el turno de ruegos y preguntas, creo que lo manda el Reglamento, pero qué peligroso. Resulta que la Junta famosa era en sustancia el mismo mecanismo de la Sociedad de Socorros Mutuos de Astorga o del Círculo Mercantil e Industrial de Crevillente. Allí estaba el panegirista fervoroso, pronto (¡pero no tan pronto!) sucedido por otro orador también a favor, o en contra, esto era lo de menos. Porque, qué más alta ocasión (basta tener más de cincuenta títulos) para cumplir un hombre su vocación de tribuno. Le daban la palabra y le acercaban un micrófono, se estiraba la chaqueta, carraspeaba, sacaba los folios y todo era ya posible.

Me interesó como espectáculo, tenía razón mi prima segunda. Y me alegro de que sea prima segunda y no mi prima carnal. ¡Prima carnal!, qué sugerente puede ser el lenguaje. Lo de segunda me rebaja la responsabilidad de la tutela y esa mala conciencia de cuando viene juguetona y me besa, tiene un juego diabólico, primo, dime cómo te gusta, si piquito o si comisura.

Me esperaba en El espejo para que le contara. Iba por el tercer Martini con una tapa generosa de ibéricos. Esta chica.

Paco Pino

«Yo no soy celoso.» Siempre que se oye esta frase, la dice un celoso. Yo no la digo, porque acaso lo sea un poco, como si dijéramos un celoso de baja intensidad.

—Cuidado con Paco Pino —adviento a una profesorita del instituto de Tudela de Navarra que lo sigue extasiada.

—¡Pero si don Paco tiene ochenta y tantos años!

—Pues por eso.

El poeta de los pinares de Valladolid es bien parecido, con un aire de nobleza que él fomenta en la barba bien cuidada y en el mirar concesivo sobre el mundo y sus criaturas. Y luego, la voz, a veces trémula, siempre cariciosa. Un seductor. Él lo sabe. Su mester de poeta lo ha ejercido siempre con la coquetería de quien establece: no me exhibo, no busco lectores, que los lectores me encuentren. Títulos provocadores —*Méquina dalicada, Revela velado, Inversos anversos*—, ediciones cuidadosísimas en tiradas exiguas, ¡veinte ejemplares! Ahora Francisco Pino lleva sus años con dignidad, y sin

ningún complejo busca apoyarse en un brazo amigo, mejor si es brazo de mujer. Fueron unos días colmados de fraternidad y buenos alimentos (no solo espirituales). En Tudela hay un grupo de poetas, narradores, profesores. Nos dieron una cena memorable. Por si fuera poco, el día de nuestra marcha se presentaron en el hotel los amigos navarricos, nos despidieron con regalos de libros, verduras, vino, pacharán. Y abrazos y besos.

Pino, a lo suyo, a su estética de Bradomín en la corte de Estella. Y la profesora, que ya la quisiera para mí, embobada con el de Valladolid. Debe de ser una suerte llegar a los ochenta y caerles bien a las mujeres sin que te tachen de viejo verde.

Sacramento santo

En un pueblo de La Mancha oímos una copla que debería resultar obscena, y no, y esto tenía caviloso a mi amigo el lingüista de semióticas y campos semánticos. Descubrió al fin que es una simple palabra la que desactiva cualquier procacidad en el texto:

¡Sácala, marido, que la quiero ver!
¡Dios te la bendiga!, vuélvela a meter.

La palabra marido.

El plagio

Todo llega, aunque sea tarde. Hace años, si no décadas, miraba yo con envidia a mi

paisano Leopoldo Panero y a sus conmlitones Luis Rosales, García Nieto... Por un quítame allá esa efeméride, ¡hala!, pasaporte y subvención para países hispanoamericanos, «nuestra brillante embajada cultural». A veces les tiraban huevos. Pero aun así.

Una tarde de los primeros años noventa fui recibido con formalidad diplomática en el aeropuerto caraqueño de Maiquetía. En Venezuela me dedicaban una Semana de Autor. Vivir para ver, me decía a mí mismo, aunque procuraba aparentar mucha soltura y costumbre.

—Este es Wilfredo, será su chofer y su guía durante toda su estancia —y un poco aparte—: También su escolta, es de toda confianza en la Casa.

Debería darme seguridad, pero me sentí intranquilo. No me gustaba la idea de moverme —vivir— durante ocho o diez días con un hombre que sin duda llevaba pistola. Fuimos al hotel y agradecí que estuviera apartado del centro de una ciudad que me pareció enloquecida y ruidosa. Era en la ladera del monte Ávila, rodeado de plantas y árboles y pájaros exóticos. Dormí largamente, y temprano, la mañana siguiente, a la puerta del hotel estaba Wilfredo, repasando la limpieza del coche, que no podía estar más limpio.

Guardo nombres de anfitriones que me obsequiaron, colegas escritores, gente de las universidades y los periódicos. Pero de Venezuela y su mundo nadie me enseñó tanto como Wilfredo Somoza. Hablo de esos pequeños detalles que los libros omiten. En el repetido trayecto que hacíamos del hotel al centro, yo leía las pintadas, y más que las políticas abundaban las declaraciones amorosas, siempre desmesuradas y románticas. Esta: «Deseo alcanzar la cumbre de tu amor. T. Q. Q. J. Roberto».

—¿Y eso? —lo he leído en voz alta—, ¿qué significan esas siglas?

—Facilito —dice Wilfredo—: T. Q. Q. J. Te quiero que jode. Pero no es grosero, doctor. El chico lo ha puesto en buen plan, como quien dice te quiero con toda mi alma.

Wilfredo empleaba términos que pueden parecer inferiores a quienes hablamos el español de España, y es un error. Que una muchacha hermosa no luzca falda corta sino pollera resulta cómico, eso sí puede ser. Al escolta lo llaman el espaldero. Wilfredo Somoza no aceptaría que lo era en mi caso, yo creo que se consideraba mi secretario. Fuimos a alguna provincia, porque tuve que hacer bolos. O «torear corridas», una expresión más propia cuando viajamos a Maracay, donde hay una plaza armoniosa y nacen toreros famosos, conviviendo con una infrecuente universidad pedagógica.

En aquel plan atareado se cruzó el domingo. Wilfredo me preguntó, con mucho miramiento, si el día del Señor no me importaría arreglármelas solo. Me llenó de recomendaciones agobiado por la preocupación, y lo que me dijo en la despedida última y apresurada me dejó perplejo:

—Soy el responsable de que no le pase nada, profesor. Y nunca me perdonaría que a usted le hiciesen un plagio.

¿Quién iba a querer plagiarme en Venezuela?

¿Qué obra? ¿Y para qué?

Disfruté de la libertad del domingo, deseché el copioso desayuno del hotel y fui al Gran

Café de Sabana Grande, la zona más tranquila y tradicional. El diario de referencia, *El Nacional*, publicaba a toda página un cuento mío: «El hombre de acción». Y bien claro ponía el nombre del legítimo autor, con una entradilla de bienvenida a la tierra de Bolívar. En el café pedí que me limpiaran los zapatos.

Escuché las discusiones políticas de los vecinos de mesa. Sobre el mármol de la mía, en una servilleta de papel, escribí un poema que no me pareció desdeñable. Feliz, regresé a mi paraíso del monte Ávila, sin un mal encuentro, sin que nadie me molestara...

El lunes, cuando Wilfredo me hubo contado su domingo de bautizo de una nietecilla, donde hasta el cura había terminado bolo, le pedí que me explicara lo del plagio, y a él le extrañó mi extrañeza.

—En Caracas, profesor, hay varios plagios a la semana, se ve que usted no lee los sucesos. Un plagio, naturalmente, es secuestrar a una persona y pedir dinero para devolverlo enterito, qué otra cosa podría ser un plagio.

De vuelta a casa y a mis libroles, que son mis muletas, encuentro que plagiario en la antigua Roma era quien se apoderaba de un hombre libre y lo retenía como propio. O sea, que los venezolanos hablan como unos clásicos.

Stevenson en Sepúlveda

Rezo poco, pero en mi casa no dejo que me quiten de la mesita de noche las *Oraciones de Vailima*, que Stevenson compuso en Samoa, donde fue a terminar su vida. *La isla del tesoro* me gustó, hace mil años, y otras obras del escocés, también famosas, las leí y tanto como gustarme me inquietaron. El escritor se subía a la mística como entraba en las sentinas del crimen. Me preguntaba si no era un disparate venir a Sepúlveda, en el corazón de Castilla, para participar en el centenario de su muerte.

—Le parecerá raro —me adelantaron los organizadores—, pero en Sepúlveda hay un culto a Stevenson como si el novelista hubiese sido segoviano de Villa y Tierra.

Llegué al caer de la tarde inverniza, parda como la capa de los pastores que de vez en cuando salpicaban el monte bajo, y al bajar de La Sepulvedana pregunté por la casa de los Linajes, que creí haber entendido como santo y seña. Sonaba bien, con ese énfasis de las ciudades históricas.

—La casa de don Antonio —precisó el taxista que tomé en la plaza de los soportales.

Este don Antonio resultó ser don Antonio Linage, escrito con *ge*, el mismo que salió a recibirme en cuanto los perros alertaron de la visita. En Madrid tiene estudio de notario, es historiador, es un sabio, y aquí, con una estatua de Santa Escolástica ocupando el atrio, podría tomársele por abad de san Benito, aunque autorizado para la vida matrimonial. La casa es grande y solitaria, coronando la colina altiva, y no parece de construcción muy antigua pero sí concebida con generosidad de piedra noble y alcorniada. Un viento racheado y frío nos empujaba hacia el interior, y me pareció que hasta los perros tiritaban. Con solo entrar en las vastas estancias del cenobio –o lo que fuese– el mundo se hizo más cálido, pero los muebles y los grabados de las paredes y las puertas sucesivas tenían un no sé qué de desazonante. Había otros invitados. Reconocí a Victoria Armesto...

–¿Y el maestro? –le pregunté a doña Victoria–. ¿No quiere volver a ser «Augusto Assía»?

–Oh, no. Felipe está feliz con sus vacas gallegas.

No me sentía bien. Un vago malestar me acompañaba desde que tomé en Madrid el autobús, probablemente una alergia al campo, y pensando en el compromiso del día siguiente –había carteles impresos– pedí permiso para retirarme. Mi cuarto estaba al final de un pasillo largo y estrecho con ventanas que acaso dieran al Duratón, pero las contraventanas estaban cerradas, todo era clausura en aquella mansión. Afuera se embraveció el viento y nos quedamos sin luz. Tuve un miedo bobo, sin fundamento. Quizá era un percance frecuente, porque mi anfitrión llevaba a mano una linterna eléctrica. Cuando llegamos a mi cuarto, las bombillas alumbraron, aunque amarillentas.

–*Procul recedant noctium phantasmata* –me deseó el notario.

Sobre la tapa de mármol de la mesilla, junto a la jarra previsoramente del agua, estaban las *Oraciones de Vailima*. Este gusto mío no podía saberlo nadie. Es verdad que toda la habitación estaba dedicada a Stevenson, empezando por su retrato, un rostro saludable como es frecuente en los tuberculosos pudientes, los rasgos finos y aristocráticos, el pelo cuidadosamente repartido a derecha e izquierda sobre la frente. En la pared había, también, un mapa de Samoa, grabados de la isla de Upolu y de su gente nativa, cuerpos desnudos bajo el sol evidente y acariciador, palmeras y vegetaciones exóticas... Con un mareo que ahora se me hacía dulce, me metí en la cama y de la brevísima colección escogí la oración de la noche: «Permite, Señor, que nos acostemos sin temor y que despertemos con alborozo». Con esto, más la ternura maternal que se desprendía de las sábanas blanquísimas, entré en el sueño sin tiempo para cerrar el libro.

Un sueño, ¡ay!, profundo, pero breve. En un despertar lento y perezoso busqué el reloj, y ni siquiera había dormido tres horas, apenas eran las once de la noche. Alguna señal me llegaba de que la gente de la casa y los invitados disfrutaban de su buena salud. Empecé a pensar, a imaginar, a practicar mis pequeños trucos inocentes. Una hora después tomé un comprimido. Me puse nervioso. El propio prospecto advierte de ocasionales efectos paradójicos. Poco después acudí a un somnífero más complaciente. En mi desaliento, le eché la culpa a la habitación. Desde las paredes me miraba la Polinesia, mujeres exóticas y desinhibidas. Me levanté y descubrí –pero bien a la vista

estaba— una mínima biblioteca, obras de un único y previsible autor: Robert Louis Stevenson. Me atrajo la cubierta de *El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde* descuidadamente sobrevolé escenas casi olvidadas. Se me ocurrió una relectura a fondo, sin saber el peligro que me acechaba en el libro que era o había sido pasto de un lector minucioso, a juzgar por algunos subrayados de lápiz. Me senté en un sillón con lámpara adecuada y fue entrar en el horror y retorcerse el ánimo. Debía de estar saliendo el día cuando apenas consciente volví a la cama. Dormí con un sueño inquieto y tenebroso. Me despertaron a media mañana, con el desayuno. Me miré las manos y respiré hondo cuando vi que no se habían convertido en unas garras peludas, como ocurre en la novela tremenda.

El acto literario fue en el salón de un café que se llama Samoa. En Sepúlveda, 1100 metros sobre el nivel del mar, a solo cien kilómetros de Madrid: ¡Samoa! Todo en el establecimiento habla de aquel mago que bautizaron —«Tusitala»— los isleños de Upolu cautivados por sus narraciones, el mismo fabulador que con sus ediciones copiosas era leído en todo el mundo. Yo tenía una resaca doliente y confundida. Desde la tribuna donde estábamos los conferenciantes, y a pesar de que la sala la habían puesto en penumbra, se distinguía un público atento. Pude entrever unas desnudas piernas jóvenes de mujer morena, y luego la mujer de cuerpo entero, vestida no más que lo indispensable, y la mirada cómplice de sus ojos almendrados que identifiqué con alguna de las estampas que habían decorado mi alojamiento. Solo aquello veía, borrado el resto del mundo. Para cumplir con las celebraciones había buscado en mis cuentos algo que fuese cálido, oloroso a brisas marinas, y con algún indicio de temblor leí mi *Teoría y práctica de las islas*:

«Las playas de arena fina cuajadas de palmeras, las colinas tan suaves de orquídeas...».

Cuando terminamos y se encendieron las luces, pregunté por la muchacha que había estado en una esquina de la primera fila de asientos y que había desaparecido como por ensalmo. El doctor Linage me miró con extrañeza, creo que con preocupación. Pregunté a qué hora salía para Madrid La Sepulvedana.

El tren o la pastora que supo amar

La primera película que vi en mi vida no la vi, la escuché. Mi hermana Concha era novelera, era mayor que yo, a ella sí la dejaban entrar al cine y encendió mi imaginación con una historia cuyo título te enganchaba:

El tren o la pastora que supo amar.

Ocurrió hace demasiado tiempo, y más de una vez he pensado en aquella película que me sabía yo con mucho detalle, pero no porque la conocieran mis ojos. Fue últimamente cuando caí en el ansia de verla de verdad. O sea, desde que me dio por recuperar el pasado, antes de que se deshaga como un castillo de arena.

Confiado y alegre, fui a la Filmoteca.

—Pase usted a la sala de investigadores, estará cómodo, todo esto son ficheros. ¿Y dice usted que el título es *El exprés...*?

—El tren, *El tren o la pastora que supo amar.*

—Me suena —dijo la señorita que me atendía—. Pero hay cantidad de obras con trenes y estaciones en el título, es curioso que siga habiéndolos en este tiempo de aviones y aeropuertos, ¿usted escribe guiones?

La joven estaba en prácticas, era servicial y habladora. Me enseñó la máquina del café y ella misma se ofreció a preparármelo. Luego se puso a buscar y no tardó en venirme con una referencia mínima, pero suficiente para tranquilizarme. En el fondo, me inquietaba la idea de que el tren y la pastora enamorada fuesen una invención de la narradora.

—Vea usted —la becaria tenía una ficha—; hubo tres títulos de rodaje: *El tren de lujo*, *El expreso de lujo*, *El tren*. Se quedó en el que usted dice, *El tren o la pastora que supo amar*, suena rancio, verdad, pero en sus tiempos habrá tenido éxito. Qué cosas.

Yo no quería perder tiempo, estaba impaciente por visionar el filme que en mi imaginación se había hecho legendario. Me dio un temblor cuando escuché con asombro que la película no estaba en aquel almacén de sueños, nada, ninguna copia. Conseguí hablar con un superior, acaso el subdirector de la Casa.

—Lo que usted busca no existe —resolvió el funcionario.

—¡No existe!

—Es mejor que se desengañe. Lo que usted busca ha desaparecido para siempre. Ahora hay medios técnicos para conservar los filmes, pero de los comienzos del cine es mucho lo que se ha perdido. En fin.

El entendido había sentenciado de plano. Debí de verme la consternación y me consolé con la posibilidad —remotísima, una aguja en un pajar— de algún aficionado fanático, los hubo en todos los tiempos, el que cae en la neurosis del coleccionismo termina coleccionando películas o dedales de costurera o cajitas del betún, lo que sea.

—Espere —me retuvo en el momento de la despedida—. *Su* película se ideó y se rodó en tierras de Salamanca, en lo que hoy es Castilla y León. ¿Conoce usted Urueña? Allí vive un personaje que atesora muchas curiosidades y todas, absolutamente todas, se relacionan con la Comunidad de esas nueve provincias. Es un tipo algo extraño. La Junta le ha ofrecido el oro y el moro, pero nada.

¡Estaba! Parecía un milagro, pero en Urueña estaban mi pastora y su tren y mi

hermana Concha, y mi niñez de mirada interior, dulce, líquida y atónita. Cien veces he pasado distraído y veloz por la carretera que lleva de mi pueblo a Madrid, y otras tantas habré visto el indicador que dice: A Urueña. Jamás había hecho ese desvío, apenas una docena de kilómetros que conducen a una pequeña ciudad amurallada e insospechada. Me fue fácil dar con el coleccionista. En una casa grande que fue palacio vive solo, rodeado de hallazgos pacientes que pueden valer una fortuna o no valer nada. Obviamente, lo agrícola: aperos de la vastedad campesina de castellanos y leoneses, arados romanos, vertederas y azadones, yugos y colleras, y series de testimonios de la vida doméstica, los cacharros de ordeñar el ganado, los sellos para marcar las hogazas que van al horno. Llaves había tantas que habría una, con seguridad, para la cerradura más encabronada del mundo. Las había de bargueño o arca, con filigranas, pero las más estimadas son las fuertes piezas de portón. Los pesos y medidas dan mucho juego, pero que sean anteriores al sistema métrico decimal, cuartillos, fanegas, medias fanegas.

—¿Y esa especie de tenaza? —pregunté por mera curiosidad. Una imprudencia. A un coleccionista no debes provocarlo, el de Urueña se explayó con el artefacto:

—Es un hostiario. Hubo tiempos de grandes comuniones, las hostias salían de ese ingenio redondas y perfectas, y aunque el sello, véalo usted, está borroso, se deduce que procede del obispado de Burgo de Osma.

Yo estaba lampando por llegar a lo mío, y por fin. Castilla y León no es Hollywood, ni Cifesa fue la Metro, pero en el reducto de Urueña se guarda *Alba de América*, que se enteren en USA de la fuerza de una Amparo Rivelles bajo la dirección de Juan de Orduña defendiendo nuestro Descubrimiento. *El camino del amor*, que transcurría por Villavieja de Yeltes. *Niebla*, de Unamuno, había pasado al cine como *Las cuatro novias de Augusto Pérez*. *El cura de aldea*, ¡de Pérez Escrich!... Y apareció la joya de mi peregrinaje. El coleccionista me acomodó y tuvo la atención de dejarme solo después de poner en marcha la insólita sesión vermú. Hacía frío en la sala oscura, pero pronto dejé de sentirlo. Titubeantes, con algunos defectos de puntos de nieve aparecieron en la pantalla las mayúsculas sin trucos ni adornos:

EL TREN O LA PASTORA QUE SUPO AMAR. Con estos ojos míos, ahora fatigados por los años y los libros, vi la tierra misteriosa que un día habían sembrado en mi imaginación, en los créditos aprendí que eran las Batuecas; por favor, el oyente de esta narración que haya pisado las Batuecas que levante la mano. Nadie. Y si hay alguien, puro milagro será. Parecía mucha quimera que por tales montes y valles pudiera abrirse un ferrocarril que llevara hasta Portugal y los mares abiertos, que es decir el mundo.

Sí, el argumento de la película era casi el que a mí me habían contado. Después de años de legislaturas y promesas políticas empiezan a llegar a la zona las cuadrillas de obreros con sus capataces y los ingenieros. Todo pareció abrirse, desde el hermetismo del paisaje hasta el carácter de los hurdanos. Hubo avispados que pusieron tabernas en barracones, los hombres ganaban jornales en las obras y el dinero corría. Llegaron mujeres de la vida. El director de cine es un demiurgo, y el de *El tren*... creó un mundo sonriente del que borró los tonos sombríos. El director tenía oficio. Con una cámara sutil

fue presentando al personaje que iba a ser la clave del drama. Era uno de los ingenieros, pero era distinto de todos. No entraba en las partidas de cartas con los otros facultativos al reunirse en el casinillo de la villa cercana, él amaba los largos paseos con su máquina fotográfica por el monte de encinas y enebros cargados de frutos negros y azulados. Pues por allí andaba la pastora que sale en el título de la película. Era muy joven, era muy blanca, y solo le faltaba peinarse en tirabuzones, el ideal de mi infancia. Se enamoró del ingeniero de Bilbao, qué remedio. Y el hombre fomentaba aquel idilio que le aliviaba el aburrimiento, hizo promesas, cómo no creerle si recitaba poesías y se recreaba en una puesta de sol o en unas pinturas rupestres que hace años aparecieron en los canchales. Por allí ocurrió lo innombrable, en un rincón abrigadero entre las peñas. No se nos muestra claramente, solo pasa que la imagen de los amantes entrelazados se hace confusa en la pantalla como un inmenso rubor. Las obras estaban prácticamente terminadas, el ingeniero se marchó. El tren empezó a pasar cada día y pronto las cabras dejaron de asustarse. Si alguien de la sierra tenía carta, la carta le llegaba veloz, pero la pastora no tenía carta. Al cartero le daba pena decírselo, era el peatón de La Alberca.

El contar se ha instalado en mi lengua y no respondo de si he traído al relato aquella versión de mi infancia o la percepción nerviosa en la sala del coleccionista o un revuelto de las dos fuentes. Un día el exprés tuvo que detenerse por avería y la pastora vio a su ingeniero que en el coche restaurante fumaba con una mujer distinguida que también fumaba. Cuando el tren arrancó, su fragor horrendo pasó por encima de una criatura blanca y rubia que merecía llevar tirabuzones. A mí me tembló una lágrima. La pantalla floreció de repente en una gloria de colores, aunque el coleccionista me jurase que la película era de 1928 y en blanco y negro. No respondo.

Con «la rusa» en Tarragona

La primavera es alegre en Tarragona, aunque en la Universidad haya pintadas contra los que no escribimos en catalán, vaya por Dios. Pero me han escuchado con respeto. Me disponía a leer un relato que me gusta: «Obdulia, un cuento cruel», cuando el director del ciclo de conferencias, sentado a mi lado, me sopló que mejor el cuento de la rusa.

¡La jodida rusa!

Ese cuento lo sacaba yo a la palestra siempre que me tentaba la salida fácil, y esto estaba ocurriendo demasiadas veces. Empleé esa arma en institutos y universidades, colegios de huérfanos, casas regionales, o sea, siempre que salía a hacer bolos.

Por ese camino tenía que llegar al aborrecimiento de mi invento. Y decidí que en Tarragona fuera la despedida: «Pocas veces he tratado de cerca a una rusa, pero una vez, en Moscú, tuve una relación tan íntima que no he llegado a olvidarla». Francamente: la pieza es resultona si la cuento de viva voz, y me perdonen si es inmodestia. Seguí leyendo, creciéndome en lo falsamente autobiográfico, y una vez más funcionó el consabido efecto en la audiencia cuando el protagonista de la fábula baila estrechamente con la moscovita y esta se deja acunar con las palabras castellanas que no entiende pero que la acarician: la Salve, la capciosa tabla de multiplicar, hasta que la mujer entrega ese gemido anhelante de la hembra que ya no puede más...

Me aplaudieron. Firmé algún libro (las ediciones baratas) a los estudiantes, casi todos mujeres. Les ponía una palabra agradable y el nombre. De ellas recuerdo las Montses, las Nuris, alguna Vanesa. Y Eulalia. Eulalia que se había quedado la última, no me había fijado bien en Eulalia...

—¿Se quedará esta noche? Habrá bebida, música, baile... —me dijo Eulalia con una timidez graciosa.

—Me gustaría, pero —improvisé— tengo que estar en Reus para una cena... —no conozco a nadie de Reus—. Y no me cuadra mucho, un baile con gente joven...

—¡Oh! —dijo ella, creo que bajando el tono—, sus cuentos y su voz son jóvenes.

Con sorpresa supe que era profesora, con su reciente doctorado sobre el Rulfo de *El llano en llamas*. Como si la chica no tuviera bastantes encantos. Yo tenía una perplejidad, la de su semejanza, cada vez mayor, con la Karenina soviética que vivía en mi imaginario y que iba a desaparecer de mi repertorio ambulante. Veía sus ojos grandes, oscuros, cercados de unas ojeras sugerentes, y la tez clara hasta la transparencia. Veía una modestia virtuosa, pero engañosa por lo que tenía de prometedora, y una blusa fina encubridora de unos pechos diminutos y rematados en cerezas, apostaría. Y también frente a mí, un cuerpo de mujer comunicante, demasiado delgado, aunque abierto a la turbadora hipótesis de que su dueña fuera una falsa delgada. Bastaría abrazarla un momento con el pretexto que fuera. Le pregunté qué le había interesado esencialmente en mi dichoso cuento.

—Las palabras, su poder de sugerencia y no solo por el sonido. Las palabras tienen color, y aroma.

—¿También en catalán? —le dije, porque a mí me parece una lengua poco cariciosa al oído.

—¡Oh, sí! —y esto fue con el fruncimiento de un morrete que me gustaría apresar—. Imagínese que una catalana le recitara muy cerca, en la misma escena que usted describe en Rusia, solo que siendo ella la seductora...

—No me trates de usted.

Íbamos por el paseo de naranjos del campus y propicié que nos detuviéramos, de pronto me deslumbraba la idea de un juego que excitaba mi curiosidad, y no era

precisamente una curiosidad filológica...

—¿Tú recuerdas la Salve?

—No, no creas, quizá algún fragmento, *vida i dolcesa, esperanza nostra, a tu clamem, a tu sospirem els desterrats fills d'Eva*, ¿es algo así?

—¿Y la tabla de multiplicar?

—Peor. Si tengo que hacerlo, me arreglo con una de esas calculadoras de bolsillo. Quizá los números fáciles... *dos per dos, quatre; dos per tres, sis; dos per quatre, vuit...*

Eulalia, frágil y apetecible, las brasas de los ojos, la asignatura pendiente de su cintura y de sus caderas y de sus pechos equívocos. Le dije de pronto que no quisiera perderme ese baile de la Facultad, y la pereza de marcharme a Reus:

—Me quedo.

La risa floja

Es frecuente que haya en la geografía un nombre que nos conmueve. Al poeta brasileño Lêdo Ivo lo emocionaba Tasmania, el mar de Tasmania. A mí, la Alta Etiopía. Todos los meses esperaba mi madre la llegada de *El Mensajero Seráfico* y era por las memorias del cardenal Massaia en la Alta Etiopía. También para mí fue como una novela por entregas, y estuve muchos años pensando en conocer un día ese mundo que se abre en Alejandría y desciende por Egipto a Sudán, y luego Nubia y al final Abisinia. Y ver al Negus. Un sueño difícil.

Egipto sí llegué a conocerlo, se me presentó la ocasión de un viaje cultural. El azar hace extraños compañeros de cama —no exactamente, gracias a Dios: solo compañeros de viaje— y en la lista reconocí los nombres de Manrique y otros dos pintores. Y algún escritor y un fraile censor de películas y un exquisito caballero andaluz...

El Cairo empieza a ser fascinante cuando uno se acostumbra a la multitud enloquecida, al inmenso claxon que es el sonido de la ciudad. Y a la cagalera que a nadie perdona, aristócratas sevillanos incluidos.

El Museo de El Cairo tiene grandes cosas. La careta de Tutankamón es la obviedad turística. Yo me he demorado en una pieza menor. El enano Seneb está con su mujer Senetyotes (dos o tres mil años antes de J. C.) y dos niños. Asombra ver la ternura y el orgullo con que la mujer bien formada, una tía buena, nos muestra al esposo mínimo de

talla pero de complexión muy viril, cómo da la cara por él. Los tres pintores –no sé si los tres son canarios, Manrique sí– van de admiración en admiración, hacen fotos pero se las hacen entre ellos, quieren poco trato con los mortales del grupo. Los tres tan hermanados, con sus estampadas camisas locas.

Luego, Assuán fue acercarse un poco a mi vieja ilusión de la Alta Etiopía (el optimismo de los mapas), como si la realidad no estuviera hecha de desiertos, cataratas bravías, quizá leones como los que guardaban el palacio del rey de reyes en Addis-Abeba. En Assuán, cuando bajamos del tren, sucios y maltrechos, nos recibió una bofetada de calor seco. En el lujoso Oberoi no quieren saber nada de nuestras «presuntas» reservas. ¿Y el guía egipcio? Desaparecido. Los pintores acceden a mezclarse en un consejo «de familia». Hay que hablar con nuestro agregado cultural en El Cairo.

–Habla tú –me dijo Manrique.

Hubo que esperar dos horas. Cuando al fin se consiguió un conato de comunicación, una mano fina de hidalgo –sevillana– se posó en mi brazo con un ligero temblor:

–Diga al embajador que hay aquí un Benjumea.

Con la que estaba cayendo. Yo tuve un ataque estúpido de risa y tuve que ceder el auricular porque una risa floja es lo peor cuando uno va suelto de vientre. Me aparté del grupo antes de que los otros se apartasen de mis miserias y en el orgulloso Oberoi me prestaron un baño del servicio, y aún allí me coleaba la risa, un Benjumea.

Mi colega Goethe

Hay que ver cómo cambia una ciudad según el estado de nuestra cartera. Con liras, y mejor con dólares, Palermo es el centro de la aristocracia exquisita, el teatro, la música, las pobladas librerías, los salones de té. Sin dinero, la pretenciosa capital de Sicilia era triste como aquella Regio Calabria donde el viento levantaba remolinos de plástico y papeles vencidos.

En Palermo, los capuchinos tienen un refugio para forasteros en apuros, y un giro me llegaría de un momento a otro. Cuando el padre Félix de Monza supo (lo dejé caer) que yo había escrito sobre su santo Lorenzo de Brindis, cuyos huesos se guardan en mi pueblo, tuve algún trato de preferencia. Al de Monza le interesaba la literatura, de esos temas hablamos, pero me pareció arriesgado decirle que si en Palermo me había quedado

sin blanca había sido por culpa de Goethe. ¿De Goethe?, me miraría el fraile con temor, porque en el refugio no admiten locos.

Antes de conocer a Goethe por sus obras, que las leí tarde y a veces con aburrimiento, me causó admiración su biografía: «Uno de los grandes genios de la humanidad», «El escritor que más se ha acercado al tipo de dios olímpico». Y puede que los biógrafos no exagerasen. Los padres del chico prometedor eran ricos, lo mandaron a las mejores universidades, y luego a Weimar, a lucir en la corte. Con las mujeres, un afortunado. Sus primeros versos fueron a Federica, la niña precoz de un pastor protestante. Más sustanciosos –impíamente pensando– serían sus amores con la madura Charlotte, sin reparar en que el marido era un pundonoroso militar prusiano, siempre con sus armas a punto. Después de un garbeo por el extranjero, aparece Cristinita, con la que se casa para aliviarse del dolor por la muerte de su amigo Schiller. Pero ya están en puertas Minna y Bettina, se ve que al genio le valen también los tríos. A los 73 años del maestro, la musa se llama Ulrike y es jovencísima. Decididamente, yo quería ser Goethe.

Algunas de aquellas lecturas olvidadas volvieron ocasionalmente a mi memoria cuando me vi viajero en Sicilia, por donde el alemán había hecho un recorrido fecundo. Yo echaba en falta una compañía femenina. Y siempre pensando en «el genio, el héroe olímpico, etc.» que se hospedaba en buenos *albergos* y hasta viajaba con un criado, decidí elevar mi nivel de vida.

En los hoteles de lujo no necesitas hospedarte. Entrás con dignidad (quienes tenemos aspecto de caballeros), llevas por si acaso el nombre inventado de un huésped, pero nadie te pregunta nada jamás. En el hotel de lujo puedes usar los servicios, leer los periódicos, mirar las últimas noticias en las tiras que se van desbordando del teletipo. Al hotel de aquella tarde de diciembre, aunque dotado de todas las innovaciones, se le veía la pátina. Uno así de exclusivo, «con imponente mobiliario antiguo», lo describe mi colega teutón. Sí, sí, mi colega, como en sus respectivas categorías lo son un cura de aldea y el Padre Santo. El pianista ponía la melodía de fondo y en las mesas del salón la crema palermitana parecía susurrar, sin la algarabía propia de los cafés italianos.

Pedí un marsala. En la mesa de al lado, vecinísima, una mujer sola tomaba su té. Fue en aquella proximidad donde la conocí, la dama de negro, que muy pronto se llamaría Carla y nuestras mesas serían una sola mesa. Pero Carla es otra historia, solo mía. La historia de mi mala cabeza para administrarme, hasta aquel final de la sopa franciscana de caridad, estaba cantada.

–Un momento, *prego* –le dije al camarero que trajo la nota cuando Carla consintió que la acompañase a su casa.

Sin apenas mirar el importe, puse en la bandeja un billete grande, con un gesto elegante que desdeñaba la vuelta, que mejor no lo habría hecho el señor Johann Wolfgang.

C. J. C., un peligro

Aquel verano había venido muy caluroso y me refugié en el Parador de mi pueblo. Me gustaba que los Paradores Nacionales fuesen todos iguales: las maderas olorosas a cera reciente, las camareras cortadas por el mismo patrón, incluido el ligero bozo en el labio, y aquella calma que te dejaba soñar que eras poderoso y te habías retirado en Yuste.

—Un señor ha preguntado por usted —me llamaron de la recepción—, es don Camilo José Cela, y que lo espera paseando por el jardín.

El descanso muy seguido produce estrés, y pensé que no me venía mal aquella aparición de Camilo. Sobre todo, cuando supe que iba de camino y que al día siguiente se habría perdido de vista, y es que Camilo pasaba por todas partes como un meteoro de consecuencias imprevisibles. Nada más llegar —lo supe luego—, había ensayado dos o tres colchones para elegir habitación, hasta que apareció la gobernanta y cortó muy finamente, que no quedaban más habitaciones disponibles en toda la casa.

Yo estimaba la amistad de Cela, y creo que a mí, precisamente, me trataba con predilección, pero me daba apuro cuando se ponía borde. Todo el mundo se lo perdonaba, o es que todos le temían: «Son las cosas de don Camilo». La primera vez que nos vimos fue en su retiro dorado de Mallorca. Estaba reciente su ingreso en la Academia y a las autoridades de la isla las tenía en un puño con el protocolo que se debía a su condición excelentísima. Gobernaba la vida cultural de su feudo, lo presidía todo. Camilo estuvo hospitalario y cordial, consagrado a los colegas que participábamos en toda una semana de agasajos, y siempre, eso sí, dirigiendo él el cotarro. Todo fue bien hasta que apareció César González Ruano, maquinando para ser el centro de las reuniones. Ganó el gallego de Padrón. Camilo debió de hartarse y arreció en sus boutades y escatologías, algún cuesco incluido. Una noche llegó tarde a la cena del grupo y un camarero novato, sin reconocer al personaje, le dijo que la cocina estaba cerrada. El académico convocó al jefe de comedor, al jefe de cocina, al director del hotel, y este amonestó al insolente. Camilo se dio por satisfecho pero al final ordenó que perdonasen al rapaz como le pedía el poeta García Nieto.

—Lo hago porque Pepe es mi compadre, que le saqué de pila a una hija —dijo por no perder autoridad. Y a todos nos pareció que al excelentísimo se le quitaba un peso de encima.

El Parador de mi pueblo está situado frente a una vega feraz y la vista tiene al fondo un castillo sabiamente emplazado en medio de una orgía de frutales. El escritor que más tarde sería Nobel estaba embelesado en la contemplación del espectáculo, embellecido aún más por la luz indecisa de un sol que se resistía al apaga y vámonos. Me acerqué y él, como si nos hubiéramos visto el día anterior. Lo suyo es que «entre amigos no hay que andar con mariconadas». Ni siquiera nos dimos la mano.

—Cuando tuviste aquel bache de salud —me dijo directamente—te escribí diciendo que con un berciano no se acaba así como así. ¡Y con estas vitaminas para el alma! — señalando el paisaje.

—Pues habrá que pensar en las vitaminas para el cuerpo —y lo invité en el centro de la villa, en un mesón famoso por sus abundancias casi obscenas.

Haciendo tiempo para la cena lo llevé por la calle de los escudos. Entramos en la bodega que llaman El Senado, donde siempre hay cortesía con el forastero, y la hubo con mi invitado, pero sin desmelenarse. Lo recibieron como si fuera un asiduo cualquiera. Solo Ninguén, que estaba bebiendo y recitando sus improvisaciones de versolari berciano, hizo una pausa y una pregunta:

—Usted es don Camilo, ¿no es verdad?, el que sale en los anuncios de la televisión.

—Salgo donde me sale: ¿sabe usted de dónde?

Todos entendimos que de los cojones, pero Gelo el bodeguero estaba sirviendo una nueva ronda de su vino tinto y honrado, que centelleaba en los vasos gruesos de cristal tallado, y la tertulia se dio a sus principios fundamentales, cosechas, mujeres, habladurías locales.

Camilo andaba un poco mosca cuando salimos del antro. En la plaza Mayor la librería estaba abierta y Camilo se detuvo en el escaparate. Allí estaban los Gil y Carrasco, los Ramón Carnicer, varios poemarios de Ramón González Alegre y el primero del joven poeta Mestre, mis poesías y cuentos. Entramos y Camilo le riñó al librero porque no había expuesta ninguna obra suya. El soltero de la librería, lento y abúlico, fue a la trastienda y vino y echó sobre el mostrador tres o cuatro títulos, empezando por el *Oficio de Tinieblas 5*, duro de roer.

—No se venden —informó lacónico.

Me quedé sobrecogido, esperando el estallido del consagrado.

—¡Pues ponlos en el escaparate, coño! —tuteó don Camilo José Cela.

—¿Y cuál quieres que te ponga? —correspondió el otro al tratamiento.

—¡Todos!

El librero, con infinita pereza, dijo que iba a cerrar, yo conozco sus pensamientos y traduje «Mañana será otro día». Ni mañana ni ningún otro día en todo el largo verano cumplió. Tú vigila, me dijo Camilo, y si no pone los libros le dices a ese mamón que he de volver y le rompo los morros.

Bueno, pues a dos pasos de la librería está el restaurante abundoso, una vieja empresa familiar. Fue entrar y acercárenos el miembro de la familia que servía en el comedor, reconoció al novelista, con naturalidad le dijo lo que por aquí se dice, «Nos alegramos», y al darnos mesa se ocupó de que Camilo, con su corpulencia considerable, tuviera el sitio más cómodo. O sea, que él y los demás del servicio se desvivieron por la visita ilustre e inesperada.

El lugar olía a gloria. Camilo estaba simpático y feliz. Yo respiraba tranquilo. Fue lástima que la situación se enturbiara a lo tonto, ocurrió mediada la cena. Pepín era el patriarca del clan, el genio oculto de la cocina, también el más menudo y humilde de la familia. Se acercó a nuestra mesa restregándose las manos en el delantal blanco y

limpísimo y decía con inocencia: «¡Cuánto honor, don Camilo, cuánto honor!», acucillado, casi arrodillado junto a la estatura imponente del prócer.

Camilo estaba ocupado con una fuente de truchas recientes del Burbia y al fin se fijó en aquella figura insignificante, y sacó su vozarrón:

—¡Levanta de ahí que che pego una hostia!

Yo iba a consolar a mi paisano, a decirle que eran cosas de don Camilo, pero ocurrió algo inesperado. Pepín empezó a erguirse con dignidad, y resultó que Pepín tenía una talla lucida, y en la mirada una personalidad que no se le conocía.

—Espero que todo esté a gusto de los señores —aunque a mí me trataba habitualmente de tú, como la mayoría de los de mi pueblo. Lo dijo en tono profesional, sin dejar de ser cortés pero sin pizca de servilismo o adulación.

Con Camilo se pasa bien, su compañía suele ser una fiesta, pero si eres propenso puede subirte la tensión.

—Esta es una ciudad extraña, hay tipos muy literarios y de buena gana me quedaba unos días —me dijo cuando volvíamos a casa, o sea a la fonda, o sea al Parador. En el mostrador de recepción el académico dio instrucciones para su marcha en la mañana siguiente. Yo me aseguré de que habían anotado bien, y pedí que por Dios no fueran a olvidarse de despertarlo a la hora indicada.

La cristalería

Una invitación para Finlandia no se recibe todos los días y encontré razonable que U. pidiera acompañarme. Cuando terminé con la obligación me quedé en la devoción de las librerías. En Helsinki hay una, en la famosa Esplanada, donde entras y te pierdes. Es la Akateeminen Kirjakauppa, si no me he comido algunas letras. Vi —en español— las *Cartas Finlandesas* del desdichado Ganivet y me compré el libro.

—Son ganas de recargar las maletas, seguro que ese libro lo tienes en casa.

Puede ser, pero no es lo mismo. Qué próxima, aquí, la voz del granadino que acabó con su vida en estas aguas heladas. Y libros en finés que no entenderé nunca, los compré solo porque eran ediciones primorosas de poesía, seductores a la vista y al tacto. Y unos cuadernos de hojas vírgenes como para esbozar memorias o poemas o cuentos eróticos. Y unos mapas en facsímil de la invasión de Finlandia por Erik el Santo...

Helsinki, en verano, es una delicia. Después de dos días nublados pero cálidos había salido como a despedirnos un sol limpiísimo. Yo me hubiera sentado durante aquellas últimas horas junto a un ventanal del café Havis Amanda, abierto a la brisa del Báltico, escribiendo o leyendo. Pero esta mujer prefiere moverse, ver tiendas, vivirlo todo.

Dijo que se había enamorado del diseño nórdico. Para U. todo lo que existe en la civilización es diseño. Luego se interesó por la materia, concretamente por la madera. Y pronto, la madera fue destronada por el cristal. Se encaprichó con una cristalería. Era ciertamente un cristal que daba luces y colores muy puros, y una vibración musical si levemente lo provocabas. La forma de las piezas era lo más avanzado de los artistas de Laponia, tan exquisitos, donde no podías imaginar el vino rojo vivo y viril de nuestra tierra. Cuánto mejor unas copas clásicas, altas y cortesanías (que también las había en la tienda) como las que ofrecía el conde de Foxá a sus invitados en la embajada de España, que bien lo cuenta Malaparte.

¿Y el envío a nuestro país?, quise poner dificultades. Nada de eso, nos la llevamos con nosotros, dijo la clienta entusiasmada. Y a mí: Tú no te preocupes, yo me encargo del resto del equipaje y tú solo tienes que ocuparte de *ella*. Como si hablase de una persona.

La iban a preparar para el viaje y nos ofrecieron para la espera una taza de té, ¿o quizá preferíamos una copa de koskenkorva?, es un aguardiente suave, pero animador, sonreía la dependienta de ojos azules a juego con el color de su uniforme de vendedora. Cuando un mozo de almacén apareció con la caja, tuve un sobresalto. Era cuadrada, de un cartón fuerte y antipático. Me fastidian esas responsabilidades tontas. La intrusa empezó su viaje en el taxi que nos llevó de los almacenes al hotel. Fue cargada. *Attention! Fragile, delicate!* Fue descargada.

Fue subida a nuestra habitación porque la reciente propietaria no quería confiar su tesoro al cuarto oscuro de los equipajes. Fui a colocarla donde no estorbase nuestra comodidad y me di –me dio– con una de sus aristas impías. A mí, un pequeño golpe y se me hace un cardenal. Paciencia. De Helsinki a Estocolmo el viaje fue en un barco nocturno. Camareros, sobrecargos, la caja privilegiada subiendo y bajando, entrando y saliendo. Yo me ocupaba de la caja. La caja lo llenaba todo. En el Amaranten de Estocolmo estuvo, como siempre, en nuestra intimidad. Me ponía a ver una película y no lograba evitar un vistazo de comprobación a la sobranza que se había colado en nuestras vidas. De Estocolmo a Copenhague volamos en la S. A. S. Dos días en Copenhague no sería mucho, me habían dado un cheque razonable y a saber cuándo volverían a invitarme a esas lejanías. La devolución de los equipajes en el aeropuerto de Copenhague fue rápida y diligente, los carritos estaban a mano. Yo, a lo mío. Y pensar que faltaba mucho viaje, mucho *Fragile, delicate!* hasta que nos viéramos en casa. Al salir del aeropuerto caía una lluvia menuda y fina. Tomamos el primer autobús de los que estaban a la espera, ya con el motor en marcha. Pensamos, con lógica, que el autobús iba al centro de la ciudad.

Iba a Malmo.

¡A Malmo!, cuando habíamos recorrido decenas de kilómetros.

Malmo no está muy lejos –consoló el conductor en un inglés suficiente, el hombre

comprendía nuestra precipitación de extranjeros—, pero Malmo es volver a Suecia...

El autobús se detuvo en un sitio de descanso de la autopista solo para que nosotros nos apeásemos con el equipaje, y lo hicimos veloces y azorados, bajo la lluvia que arreciaba y ahora parecía nieve. La tentación era fuerte y la prisa favoreció mi traición. Ya en nuestra casa, U. lloró. Dijo que no se creía lo del olvido, y que ya lo había notado en Helsinki: que *ella* me cayó mal desde que me la entregaron embalada en la tienda. Durante unos días –noches–me condenó a abstinencia.

El estigma

En el duro invierno madrileño de 1980, al escritor le salió un viaje a Buenos Aires. ¡Un viaje al verano!

Me costó encontrar en esa época la ropa fresca y alegre que yo quería, pero todo se fue arreglando, y en una *boutique* de Serrano di con la camisa que más me haya gustado en mi vida. Lástima que no les quedasen media docena. No sé si sabré describir aquella pieza única, que compré sin reparar en el precio. Era cómoda y elegante, algodón cien por cien, el corte del cuello revelaba a un maestro y la prenda resultaba elegante y de mucho vestir con solo abrochar un botón, simpática y desenfadada si lo dejabas abierto. Y el tacto, y hasta el olor de la tela.

No lo dudé al vestirme en el hotel, la mañana feliz en que estaba citado con Borges. En aquel Buenos Aires de los militares –se veían algunos con sus armas a punto–, pese a que el termómetro marcaba 37° agravados por la humedad, casi todos los hombres iban por la calle con traje completo. Como en Madrid en agosto de 1940. Pero yo quise ir en mangas de camisa, de mi camisa de estreno, aunque añadiendo el respeto de una corbata.

Borges estaba en su casa de Maipú 994, me esperaba, y pronto en la conversación salió la ceguera.

–Yo soy muy sensible –le dije– a las cosas de la vista. Hace algunos años me operaron de la retina.

–Ah, ¿sí? –me pareció que se alegraba–. Présteme sus gafas.

Le alargó mis bifocales y dice jubilosamente que algo ve con ellas, alaba el amarillo de mi camisa, se equivoca de color, pero yo no lo desengaña.

–Por casa me arreglo bien, naturalmente, porque en la casa de un ciego no se toca

nunca a los muebles.

Pienso que el eximio escritor debería hacer almoneda total, no es que los muebles sean modestos, es que son de un gusto mediocre. Pero todo esto es insignificante en proporción con la fiesta que suponen varias horas con Borges. Hablamos de sus proyectos:

—He entregado a mi editor *La memoria de Shakespeare*, un sueño que he tenido en Norteamérica.

Hablamos del premio Cervantes que dentro de unas semanas recibirá al alimón con Gerardo Diego. De la poesía de Gerardo, yo sé de memoria algunos sonetos y con fervor le recito al argentino: «También la piedra, si hay estrellas, vuela. / Sobre la noche biselada y fría / creced, mellizos lirios de osadía; / creced, pujad, torres de Compostela». Borges, que tiene un lado malvado, quiere rebajar mi entusiasmo poniendo en solfa esos «mellizos lirios», que a mí me gustan por encima de un censor tan ilustre. Luego salió el tema de los suicidas, que le obsesionaba: Lugones, la Storni introduciéndose poco a poco en el mar y, sobre todo, la historia del poeta Rossetti...

—Lo que es doloroso —le dije a Borges— es la desventura de los que *son suicidados*.

Yo quería sacarle a Borges sus impresiones personales sobre lo que estaba pasando en Argentina bajo la dictadura. El maestro tuvo palabras humanitarias a favor de la libertad y el respeto a la vida y todo eso, pero no tardó en volver a sus inquietudes literarias. El estudio del islandés, ¡con la que estaba cayendo! Y me recitó el padrenuestro en islandés.

De aquel encuentro guardo muchas enseñanzas y alguna que otra disidencia. Al salir a la calle, el calor del pleno mediodía fue una bofetada en la cara y luego un baño lento y progresivo de todo el cuerpo en una humedad pegajosa.

Caminé hacia el hotel con la urgencia de refrescarme y cambiarme de ropa. Todo en la gran ciudad revelaba un estado de normalidad, salvo la presencia de militares patrullando o de plantón en algunos puntos como decoración de una paz diurna y sospecha. A mitad de mi camino, creo que en la calle Florida, me detuve a hacer un descanso. Me gustan los bancos públicos, que se comparten y se escucha a otros y quizá puedes hablar tú, pero no los había y me senté modosamente en la piedra en sombra de la escalera de un edificio. En una esquinita, donde no estorbaría a nadie. Pero no hubo descanso. Una presión en el hombro, fuerte (sin llegar a golpe) me sobresaltó y vi de reojo la culata de un arma que me humillaba. Un soldado me obligó a levantarme y con su arma señaló para el frontis del edificio. Con gesto desabrido me dijo si yo no sabía leer. Miré y leí, perplejo, un rótulo de lo más inocente: «Biblioteca Pública Agropecuaria de la Sociedad Rural Argentina».

Dos días después, la voz estándar de una azafata de vuelo anunciaba la maniobra de aproximación a Barajas y que en Madrid tendríamos cero grados. Y nieve. En casa desarmé mi equipaje de recuerdos. Traía varios libros dedicados —solo un garabato— por el ciego genial y un poco avieso, y la poesía plural, y cuán filosófica, de un montón de discos de tangos. «Cuando estén secas las pilas de todos los timbres que vos apretás», una vez más puse «Yira, Yira». Al final decidí que eso les pasa a los otros y que si ha de pasarme a mí faltan muchos años, conque volví a la vida descuidada y el verano

argentino de aquel febrero se fue alejando. Hasta que volvió en un verano nuestro.

Decidí pasar unos días de agosto en una playa del sur, y revolviendo en el armario apareció la camisa, tan propia para el caso. Ustedes saben qué camisa. Pero la asistenta aseguró que no podrá usarse más, que había sido lavada con el lava más blanco, con el no lava desinfecta, con el pruebe y compare, con todo lo que anuncia la televisión, y que la mancha horrible que tiene en la hombrera no se va con ningún producto.

Ahora sé que es el estigma de una violencia que costará borrar.

Llave de U.

U. no está mal. Es guapa. Le gusta la pintura y cuando está en fondos –es traductora– se marcha a visitar los museos del mundo con gente como los Amigos del Museo del Prado, o sola a su aire incansable. Y su amor a la literatura, por supuesto. Se duele de no saber ruso para traducir directamente a Tolstoi, ella congenia con los escritores de edad –gerontofilia literaria, le digo–, yo creo que se imagina con el viejo conde tomando el té en Yasnaia-Poliana. Lo de Borges no es imaginación. Simpatizaron y Borges le regaló de su memoria unos versos de Herrera y Reissig –«Llave de U»– como quien ofrece una flor:

Úrsula punza la boyuna yunta
la lujuria perfuma con su fruta
la púbera frescura de la ruta
por donde ondula la venusa junta.

Pero todo hay que decirlo. U. es una mujer «con mucho carácter». Ustedes me entienden. Me tiene advertido que no la cite en mi obra, que mi arte es solo mío, conquie raramente me arriesgo. Y a lo mejor no anda descaminada. Uno de estos días, en Madrid, fuimos juntos al Ateneo. Por aquí andaba Jorge Amado, yo le tengo afición a su Gabriela de clavo y canela y a todo ese nordeste de Brasil tan próximo a mi querencia portuguesa. Conocimos personalmente al novelista, y también a Zelia, su mujer, que lleva toda la vida ayudándole como mecanógrafa y secretaria. La pareja montó un número fino, que seguramente habían repetido por ahí y ya venían compinchados. En el coloquio, ella le decía a su Jorge:

–Reconócelo, Jorge, eres duro con tus personajes, acuérdate de Teresa cuando perdió un diente en el frente más visible de su dentadura y decidiste ponerle un diente de oro.

–Lo mejor y más caro que había –el novelista haciendo como que se ofendía.

–Pero sería arruinarle la vida a la pobre muchacha, ¡el relumbrón del oro ahí, precisamente ahí! –y Zelia lo escenificaba–. Me puse pesada y menos mal, le cambiaste el diente a un lateral de la boca, mucho menos visible.

Así siguieron, con aquel jueguito de reproches entre marido y mujer, y cuando salíamos del Ateneo, U. me dijo que a lo mejor es negocio y que nosotros podíamos explotarlo... mientras seamos pareja, conozco bien ese tono de sorna.

El soldado Basilio Losada

En la Casona de Verines, un verano de suavidad asturiana. Hay una cena de escritores y al momento sé junto a quién me conviene sentarme. Los huelo. A distancia sé dónde hay un Ricardo Gullón, un Cunqueiro, un Otero Pedrayo. De tal estirpe me pareció este caballero finamente barbado, de mirada indagadora y aire de aristócrata eslavo, que me han presentado como Basilio Losada.

–¿El catedrático de filología gallega y portuguesa?

–El mismo.

–O sea, el traductor de *Taras Bulba* y de otras obras maestras de los rusos.

Sería una fiesta tratar de cerca al personaje, oírle de viva voz alguna de sus aventuras, convencido de que un narrador así no podrá contar nada de su vida sin alguna que otra contaminación con el arte del cuento. Corre la historia de un puñal de oro que en el Mato brasileño le regalaron y que tranquilamente traía consigo en el avión, como si además de una joya no fuese un arma prohibida. Y otro lance –también de aeroplano– donde el arrojo del narrador, pero no recuerdo los detalles, salva la situación creada por un infarto del piloto...

Obviamente, yo no podía pedirle a Basilio que me amenizase la cena como se le pide a un niño que nos haga una gracia, y además me bastaba con oírle hablar del paisaje asturiano o del pescado recentísimo que teníamos sobre la mesa o del patronazgo de los nobles irlandeses que habían levantado la casona donde ahora veraneábamos, todo en el profesor tenía poder de seducción.

A la sobremesa se ensanchó el círculo, más abundante de oyentes que de participantes activos, y yo pinché a Basilio con algunas teorías sobre el cuento. A partir de Poe hay

que hablar del «efecto único». O sea, que desde la primera frase el relato debe salir disparado hacia la meta de conseguir un solo efecto. Es difícil disenter del genio de Boston y yo me declaré conforme, aunque dije conocer un argumento en que puede gozarse de un *doble efecto único*. Dije, pero sin aclararme más, que necesitaba el permiso de Basilio Losada (le vi una sonrisa), y que pediría el de Carlos Casares si la muerte no hubiera estado tan diligente con el escritor orensano. Escuchen. El protagonista del sucedido va al servicio militar y pronto se revela su torpeza para hacer la instrucción, un dos, un dos, siempre con el paso cambiado con respecto al resto de la formación. Desarmar el fusil y volverlo a armar sin que le sobrasen piezas, un imposible. A él mismo lo dieron por imposible, lo sensato sería que lo despachasen para su casa, pero en la milicia las normas mandan más que el sentido común y una ración más en el rancho no arruina a una nación. Lo alejaron, esto sí, a un puesto de guardia donde el torpe pudiera desafinar sin testigos y sin desdoro para el Regimiento.

—Algo puede haber de cierto en esa historia —intervino Losada—, lo de cambiar el paso, ciertamente, es una maniobra engorrosa.

Así estaban las cosas en el cuartel cuando se anunció la visita del rey Abdullah de Jordania, que llegaría con su séquito y el Regimiento puesto de gala debía rendirle honores. Toda la máquina regimental fue convocada, ordenada, dispuesta para que mil hombres se moviesen como un solo hombre. Menos el torpe, que ese sí sería un riesgo en ocasión de tanta trascendencia histórica. Pero ningún ejército puede librarse del imprevisto, eso se explica hasta en Clausewitz. El rey árabe, inesperadamente, decidió acercarse hasta el puesto más avanzado del campo militar y a nuestro hombre nadie le había enseñado qué honores correspondían al personaje. Azorado, el soldado se arrancó el gorro de la cabeza, hincó en tierra las dos rodillas —algo recordaba sobre el Santísimo Sacramento—, inclinó el fusil, y él mismo se inclinó hasta casi besar la tierra.

El jordano se mostró complacidísimo porque jamás había recibido tamaña reverencia y, con ello, resplandeció el honor del Regimiento. Un buen cuentista —Poe, el que fuera— no dudaría en dar por conseguido «el efecto» y en poner aquí la palabra FIN. Pues no, señor. Hay un segundo efecto, y ya es hora de decir que el soldado y narrador del lance era el mismísimo Basilio Losada. Para lo que será el final de la historia seguiré a Casares, que a mano lo tengo en su libro *Un país de palabras: Depois do éxito conseguido co seu relato o narrador comenta que o monarca hachemita amosou un sorriso aberto de satisfacción polo saúdo que acababa de recibir, pero que o xeneral Muñoz Grandes, que camiñaba ó lado del, conforme a comitiva se ía alonxando, non deixaba de volver a cabeza cara a atrás para fulminar con olladas asasinas a aquel soldado tan radicalmente heterodoxo e audaz.*

La noche madrileña

Cuando no ando por esos mundos soy amigo de mi casa y avaro de pasar en ella mis noches. Qué lejos aquellos tiempos provincianos en que sin respeto al invierno salíamos al café cantante, hasta la hora gubernativa de cierre. Y aún quedaba la fonda de la estación, y el café no me desvelaba ni me daba extrasístoles.

Cuando el cambio de régimen, estaba en la capital de España y volví a salir por las noches, porque se hablaba de un ambiente muy interesante. Y rejuvenecedor. El propio alcalde de Madrid me lo dijo una vez que coincidimos en Los Porches, un restaurante caro y no desdeñado por los marxistas de la situación:

—Eso de la inseguridad ciudadana, mi dilecto amigo, es un mal menor de la democracia, y la solución es engallarse y salir por las noches todos a una, llenar las calles como si fuera pleno día.

Don Enrique estaba atento a todo lo que pasaba en el mundo, sobre todo si lo que pasaba era una mujer conveniente. Entonces se crecía y reajustaba su americana cruzada.

Los sitios de copas no se calentaban hasta la madrugada, conque para verles la animación había que esperar a esas horas, tener aguante. Yo temía que se me viera bostezar. En el Gijón, al menos, los divanes y las sillas tienen respaldo, pero luego se iba la marea a sitios como Oliver donde siempre te toca un puf que te deja vendida la espalda. Empecé a sospechar que no era vida para mí.

Una noche, en el Oliver ese, me cayó al lado una separada. Filología inglesa sin terminar. Un cuerpo que emitía llamadas y una cara desmejorada sin llegar al estigma de la enfermedad, como de mujer que vive a tope sin reparar en el costo.

—¿Qué es lo que miras?

—Nada de particular, te miro a ti, eres una chica atractiva.

—Mientes. Esto, me estás mirando esta injuria —me cogió la mano, tomó mi dedo corazón y ella misma se lo pasó por la cicatriz no muy marcada junto al ojo izquierdo.

Yo se la había visto desde el primer momento y pensé que no estorbaría para una aventurilla con la «jai». (Observen cómo me modernizo.)

—La gracia de un cabrón hijo de puta —dijo con rabia—. Esto del ojo le habría costado al tío los huevos si no fuera que es el padre de mi hija.

Siguió contando, con el tesón minucioso de los que arrastran un pleito. Los testigos. El forense. El reparto de las cosas de la casa, hasta una mierda de televisión en blanco y negro. Que a ver qué pensaba yo de todo eso, ¿no serás abogado?, tienes aire de serlo.

Como pensar pensar, pensaba yo en un libro de Tabucchi que me estaba esperando en mi sillón de orejas, y cuando la filóloga me dijo que su «ex» era teniente de los grises —o sea, un tipo con su pistola a mano— y celoso, no esperé más, y que hasta cualquier noche

próxima, chao, recobré el abrigo y salí en busca del primer taxi.

La presidenta

—Esa corbata no te va con la camisa. Y deberías ponerte el traje más oscuro, el que llevaste a la boda de tu primo.

Sé que al final tendré que hacerlo, conquie cuanto antes.

—Y a ver si te fijas en lo que estás, que no siempre almuerzas en Moncloa.

Es lo fino. Decir la Moncloa es una vulgaridad. Llegué al palacete con media hora de adelanto. Yo no sabía. Tampoco sabía por qué me habían invitado a mí, cuando no soy del partido ni escribo de política y mi nombre no es de los que firman manifiestos. Me pasaron a un salón-biblioteca. Pero apenas tuve que estar solo. Vino un secretario de Estado, tieso como un palo, de Valladolid. Fue llegando algún colega escritor, de los tres o cuatro que estábamos invitados a la comida. Y apareció una sonrisa ancha de mujer, boca bien armada, y un cuerpo rotundo que ya no es de muchacha pero tampoco llega a ser de matrona.

—Señora...

—Mi marido se retrasará un poco. Estos dichosos viernes, con el Consejo... Pero sentaos, espero que tengamos una reunión agradable.

Y cumplimientos. Y preguntas. Y tapas con predominio vegetal que la propia señora de la casa nos ofrecía como si no anduvieran al tanto unos servidores de guante blanco.

Andrés y Luis Antonio parecen acostumbrados a alfombras y moquetas. Ángel, aragonés, es «pueblo», se le nota y se le admira pronto. Y las dos colegas escritoras: Amalia y Laura. Amalia pisa con un encanto modesto y frágil, el taconeo de la otra sobre el mármol es fuerte y catalán, de mujer cuarentona y maciza. El presidente se presentó de pronto, nos saludó iniciando un tuteo inequívoco y quizá traía secaño, tener secaño no es lo mismo que tener sed y se fue derecho a un tinto de buena crianza. Resultó un hombre tratable, aunque su fisonomía tiene un punto de autoritarismo que quizá está en el bigote. No quisiera faltar, pero es un bigote desafortunado.

En la comida, la señora me sentó a su derecha. Esta deferencia y la proximidad hicieron que ella fuese creciendo, para mí, a protagonista de esta historia leve. Con disimulo me fijaba yo en el menú que nos servían.

—Como por muchos cocineros y camareros que tengáis, en definitiva eres el ama de casa —alabé a la anfitriona—, te diré que esta verdura está excelente.

—Es menestra, sencillamente, seguro que el chef la llama, por ejemplo, ensalada templada de coles sobre lecho de algo...

Y una risa muy franca.

Entonces me animé a elogiarle el vestido, claro y vistoso sin dejar de ser serio, yo lo observaba todo pero luego me faltan las palabras para describir un volante, un fruncido, qué sé yo de esas cosas.

La sobremesa fue larga y a veces polémica. Se habló de lo humano y lo divino, de literatura y de política. Ángel, el poeta aragonés, se declaró de izquierdas y entabló con el presidente una discusión encendida sobre la enseñanza. Luis Antonio trabaja la frase ingeniosa y la subraya accionando con las manos ensortijadas, él debió de nacer en casa rica y con biblioteca, dijo que a los catorce años conocía ya *El satiricón*. Yo le ganaba en la precocidad, a los doce había leído *Cantos de Maldoror*, pero fue en la trastienda de mi tío el librero y con cuidado de no sobar el libro... Del presidente me chocó la tranquilidad, un hombre que gobierna a cuarenta millones de ciudadanos partidarios o cabreados, disfrutando de sus cigarros sin el menor síntoma de preocupación y eso que al final de la tarde tenía la visita, crucial, se decía, del muy honorable catalán. Me atreví:

—Presidente, te estará llegando el visitante, que algo vendrá pidiendo...

Ni siquiera miró el reloj.

A lo largo de la tertulia, me pareció que a la anfitriona le gustaba que le contara y a lo mejor hablé demasiado. Llegó la despedida, al fin, y volví a fijarme en ella para retener algún detalle fácil de recordar cuando me preguntaran. Lo hice discretamente, o eso me pareció a mí. Pero ella sonrió con malicia:

—Saluda a tu mujer de mi parte y dile que la próxima vez pienso invitarla a ella.

No hubo segunda vez. Y sospecho que no la habrá.

El cuento de Afanasiev

El desayuno en el Hotel Intercontinental de Praga es abundante y lento, charlamos en la mesa, un grupo relacionado con los museos. El profesor Gállego es un especialista en pintura pero algo de ficción escribe, yo le recuerdo que como autores somos compañeros

en la colección Leopoldo Alas. Conque hablamos de cuentos. Hablé:

He leído muchos cuentos, pero no olvidaré el de un ruso que viene a Medina del Campo por unos días y allí se queda el resto de su vida. Un día duro y seco de agosto, Basilio Afanasiev llega a la capital ferial de Castilla la Vieja para una misión disparatada, como más de una vez se sacan de la manga las burocracias totalitarias. Ha venido desde Ucrania con un mandato oficial relativo al ganado ovino, cuando el comisionado no ha visto una oveja en su vida. El hostel en que se hospeda, a través de unos toques magistrales del narrador, queda para el lector como un mundo sombrío y hondo, cargado de significados. O mejor que un mundo, Dos Mundos, que tal es el título del establecimiento.

Parece una buena historia, alabó alguien con gesto distraído, mirando la hora porque íbamos a ver monumentos.

Abrevié el relato. La vasta fonda está dividida en dos cuerpos, y adolece de falta de agua caliente. Vejez de las instalaciones, desidia de la viuda que gobierna aquella vetustez. Basilio Afanasiev consigue arreglar la caldera después de desatorar un conducto, no más que taponado por la momia de un pobre gato escaldado. Ahora el ruso puede ducharse con frecuencia, hasta que otro huésped da en la vaina de hacerlo a la misma hora causando interrupciones dramáticas, reemplazos del chorro caliente por súbitos latigazos de agua helada. No otro huésped: huéspeda, supo Afanasiev por inexplicable pero inequívoca revelación. El cuento va a alcanzar ahora alturas de genialidad, no sé si seguí o si me contuve para no destripar el argumento, pero no dejé de repetir que bien podían agradecerme la información mis compañeros de excursión, que la historia de Basilio Afanasiev en Medina era una joya. Y ya dejábamos la mesa del desayuno de Praga. Entonces, una joven pintora del grupo, que había estado escuchándome, me dijo con una voz muy dulce, tímida:

—Yo conocía el cuento, y conozco al autor.

—Agustín Cerezales —le dije.

—Es mi hermano. Cerezales Laforet.

—¡Laforet!

Me fijé en las facciones de la mujer, boca grande y sonreidora, ojos brillantes, y los pómulos, los mismos pómulos marcados de la autora de *Nada* de los años cuarenta.

Lo inédito

El cuentista fue a dar una charla en una pequeña capital de provincia. Al final, se le acercó un lector suyo. ¡Un lector! Tenía pocos, pero fieles, porque él era eso que llaman un escritor de culto. Pasearon juntos, bebieron y cenaron en un mesón típico, charlaron mucho. El lector se alegró cuando supo que el ya próximo libro del cuentista serían relatos absolutamente nuevos. Con una pasión excesiva declaró que a él en todas las cosas de la vida le interesaba solo lo inédito. Y que justo por eso estaba a punto de casarse. El escritor afinó el oído y aquí transcribe –con algún adobo– la rara obsesión de Juan.

–No quiero llegar a lo otro, Juan, te lo suplico –dijo Lidia en un tono que parecía apenado. Y cuando él extremó su abrazo con la seguridad del seductor, ella se apartó de la parte de abajo, lo miró derecha a los ojos y dijo por si lo hubiera agraviado–: Y no es que haya otro hombre. Te lo prometo.

Juan tenía un buen capital y su empleo seguro en la administración. «Un soltero de oro.» Lo que menos pensaba era en casarse. Lo que quería era acostarse con Lidia, una más. Lidia atendía a su clínica de perros y con la bata blanca como sin ella estaba muy guapa. Tenía un cuerpo fino y elástico, y no abandonaba su afición a la bicicleta.

Los entendidos decían que había allí una campeona, que Lidia podría acudir a cualquier competición. Ella se reía, pero es verdad que corría con brillantez, y en su Trek flamante, de las híbridas, hacer kilómetros y kilómetros le parecía lo más natural del mundo.

–¿Sabes que en tiempos estuvo mal visto? –le dijo Juan a Lidia–. Mi tío Ricardo es viejísimo pero tiene memoria para las cosas más alejadas, el obispo dio una encíclica o pastoral o como se diga, ¿y sabes cuál era el título?

–Ni idea.

–«La bicicleta en la mujer, Nos, la reprobamos.» ¿Te imaginas la causa?

–A ver.

–El movimiento de las piernas, los muslos, el sillín trepidando justo en la horcajadura de la tía. ¿Y sabes que los confesores desconfiaban de las máquinas Singer? En los talleres las chicas que iban a aprender costura se inquietaban con el pedaleo.

–Qué historias las de tu tío.

Sus escarceos eran conversaciones eróticas, y juegos extenuantes que no llegasen a cruzar la frontera. La mujer había establecido en la cintura el paralelo infranqueable. De ahí para abajo, nada. De ahí para arriba, todo. Resultó increíble, el asediador lo reconocía, las maniobras que caben en ese todo*.

Un día, en el periódico que Juan leía en su oficina, la sección Salud y Vida tomaba de una revista inglesa los peligros de la bicicleta para la función eréctil del hombre. Hace dos mil años se había observado que los escitas ricos (los pobres iban a pie) se quedaban impotentes por el traqueteo incesante sobre el caballo. Juan se rio y le llevó el recorte a Lidia, le dijo que por eso él, Juan del Riego Santalla, no había vuelto a las dos ruedas desde sus tiempos de bachillerato, que así se encontraba él en tan buena forma y que ya era hora de que la veterinaria lo comprobara en el cogollo mismísimo de su feminidad, sin andarse por las ramas.

Y una vez más, la resistencia tozuda:

—Yo eso cuando me case.

—Eres una antigua.

—Y además, con toda la etiqueta y yo de blanco y la cabeza bien alta.

El hombre volvió a la información curiosa del periódico. Al final, en un añadido menos destacado constaba que algunos efectos perineales de la bicicleta también pueden afectar a las mujeres. Y un remate. Cuatro líneas escasas que le iban a cambiar la vida.

Juanito del Riego había decidido no perder sus mejores años y no quedarse calvo y acaso maniático por sacar una notaría. En aquella Delegación Autonómica el trabajo del funcionario era cómodo. Solo algunos incordios a lo largo de la mañana. Un pedáneo, una comisión de regantes, papeles rutinarios para firmar. Cumplió con las visitas y la burocracia pensando en *lo otro*. Cuando pudo volvió a la página de divulgación y leyó, una vez, dos veces, varias veces, el breve pero sugerente colofón sobre el pedaleo femenino:

«Es la llamada *vulva de ciclista*, hinchazón mórbida de los labios mayores». Algo sin trascendencia patológica, dedujo. Como una singularidad graciosa.

Pero siguieron días, noches de insomnio para el jefe de negociado. La veterinaria, a sus perros en la clínica y en visitas a los pueblos y las fincas del campo, incansable en su máquina de corredora de fondo. Y Juan en su oficina, sin poder concentrarse en la concentración parcelaria, por ejemplo, en ningún expediente que no fuese el de su propia obsesión. La vulva. La hinchazón es inflamación. Lo que se inflama arde. ¡La hinchazón mórbida! Mórbido en el diccionario es blando, delicado, suave, y aún se añade que referido al cuerpo femenino implica sensualidad...

Tenía que llegar aquella mañana en que sacó el móvil, y deprisa, para no arrepentirse, fue tecleando el mensaje, PON FECHA Y POR LA IGLESIA Y DE BLANCO.

* Se omite la descripción por su obviedad.

Pasárgada

He ido a Río de Janeiro, me cegué de luz y de vida y de mujeres cimbrenas y tuve la suerte de encontrar el reposo en un poeta: primero, en sus versos; después en su propia casa, que está en el barrio carioca de Botafogo. Se llama Ledo Ivo y suena para el Nobel. Confirmada la sintonía —él es cauteloso en dar su amistad—, me invitó a una finca que

tiene en el Mato. Con él estuve viviendo unos días impensables en *Sítio Sao João*.

Nada más llegar, aparecieron los guardeses, serviciales. El anfitrión me fue enseñando sus dominios, defendidos del mundo exterior por la vegetación viciosa del pangelín y el ficus y el destellar del flamboyán. Su primer cuidado fue para el caballo. Luego, para los cerdos. Sobre todo, para la cerda madre, que estaba a punto de incrementar el censo de la heredad con una tacada de crías. En este trance, el poeta nordestino (Ivo nació en Alagoas) quiso hacerme un obsequio que me dejó perplejo: «A algún cerdito de los que nazcan le pondremos el nombre de usted, por ahí anda un Arthur que es homenaje a Rimbaud».

Cuando el poeta y yo nos sentábamos a charlar, no faltaban unos sorbitos de la *cachaça* que calienta la boca y la sesera.

«Ese sillón donde usted se encuentra –me dice– le gustaba a O Cabral de Melo Neto.»

Sítio Sao João evoca la plural historia de la poesía brasileña de nuestros tiempos, pero yo entré fanático en el culto a Manuel Bandeira, de quien aprendí por boca de Ivo un poema que me enamora: «Vou-me embora pra Pasárgada / Lá sou amigo do rei / Lá tenho a mulher que eu quero / Na cama que escolherei...». Pasárgada era en la ensoñación de Bandeira la ciudad deseada, su Utopía. El poeta de Recife había sido tuberculoso. Probablemente necesitaba ansiolíticos (yo me ayudo a veces con valium). A los dos nos han prohibido muchos pedazos de vida, mientras en Pasárgada hay *alcalóide à vontade*, hay prostitutas bonitas y se monta en bicicleta y en burro bravo y se toman baños de mar.

Llegó el momento de dejar el Sítio, ¡sin conocer a mi marranín! Volando de regreso al mundo donde me encierro y escribo y fantaseo, pensé que mi criado podría esquivar las visitas de los que traen un manuscrito impaciente o la pretensión de un prólogo:

–Lo siento, señor (o señora, o más frecuentemente, señorita), el profesor está en Pasárgada.

Lástima que yo no tenga un criado.

La piel de Camilo Otero

En un periódico de mi tierra supieron que tenía un viaje a París y me pidieron que les trajera una entrevista, un reportaje, algo de actualidad sobre nuestro paisano Camilo

Otero.

—O sea, que yo lo firmaría —debería haber dicho: «Yo lo cobraría»— como enviado especial.

—Bueno, más bien, una colaboración, ya sabes.

Vaya si lo sé. Tacaños. Pero me compensaba el gusto personal de ver al escultor, que estaba teniendo una época dulce de triunfos. Además, tramaba yo una novela en que el protagonista le daba al cincel y a la gubia y me interesaba acercarme al tema. Es lo primero que hice en París. Me costó algunos rodeos por el barrio y di con la rue Lhomond.

La calle está a espaldas del Panthéon y es antigua y tranquila como las de Compostela o Mondoñedo. Iba a preguntar por el número 54 cuando vi que el trámite sería ocioso. A unos pasos había una casa vieja de dos plantas, con un patio y las esculturas por allí caídas, falsamente abandonadas. Y el horno, donde se cuece el barro con el mismo respeto que si fuese pan.

Camilo es un hombre recio, fuerte, y mezcla cierto hálito espiritual con el vigor de los que viven por sus manos. Me enseña su reino de figuras de barro y de piedra, de madera y bronce, dibujos y grabados, un rico ajedrez en que cada figura tiene simbolismos que pueden ser políticos. Dice que para Santiago de Galicia hizo un monumento homenaje a la Pasionaria y no supieron entenderlo y le llaman «El gallo»...

Y luego, las manos de Camilo. Las manos de Camilo se ven maltratadas por su lucha contra la materia. Tiene las uñas cortas, anchas, cuadradas. Me fijo en ellas, el narrador vive de estos alimentos. Camilo advierte mi interés por sus manos, las extiende y me enseña su piel que está escareada y es dura, y aun así, sangra. La veo sangrar, como si fueran los estigmas de un místico.

—Mi mujer se queja cuando la acaricio —suspira Camilo Otero.

Me he estremecido. Esta hermosura es del reino de la poesía lírica, no la degradaré en el papel efímero de un periódico.

«En mujeres estás anticuado, muchacho»

Adelaida me invitó a cenar y no es la primera vez que en su dúplex tan literario me encontraba con una amiga suya, más joven, que venía —me dijo Adelaida— «de vez en

cuando». Hubo algo que me habría gustado preguntarle a aquella muchacha, una obsesión mía, pero Adelaida me lo quitó de la cabeza, dijo que esa pregunta no podía hacérsele a ninguna mujer.

—Cela lo ponía en una novela realista, y costumbrista, y en este mismo Madrid.

—Ya sé, ya sé, como que es un título que estamos reimprimiendo siempre. Pero la pregunta no tiene sentido en estos tiempos. En mujeres estás anticuado, tendrías que reciclarte, muchacho.

Muchacho. Una manera de llamarme viejo.

Era viernes, y la amiga de Adelaida traía un frescor de agua a chorro sobre la piel tersa que me gustó imaginar, nada de perfumes. Y además de frescor, un par de botellas que traía de un viaje a Burdeos, más no sé qué detallito —«Pero tú no mires»— de moda íntima para su amiga.

—Me gusta el olor de este estudio —estábamos haciendo tiempo, solos ella y yo—. Y en vez de dar trabajo a Adela podríamos tomar luego cualquier cosa, aquí mismo los tres...

—Ni lo pienses —le digo—. La autoridad tendrá ya la mesa en la planta noble —reímos—, te apuesto a que el mantel y las servilletas harán juego con el vestido de la señora de la casa.

Esta chica viste prendas de marca pero sin ninguna coquetería, siempre con zapatos bajos. Me gusta saber de su mundo, de sus diversiones.

—Pero qué edad crees tú que tengo. Ese copeo callejero es para niñas jovencísimas, lo que se dice unas crías. Con amigos salgo de vez en cuando, lo más probable es que sean «compas» de trabajo.

Trabaja en una auditoría famosa, en un rascacielos de la Castellana. A veces tiene que viajar a París o a Londres con uno de esos compañeros, puede ser un hombre joven como ella, van al mismo hotel y eso me desconcierta.

—¿Y los viernes, la noche más larga del viernes, que las parejas terminan ya sabes?

—Hoy es viernes —sonrió—. Me gusta venir a esta casa, espero que no tengáis que hablar de algún contrato, cosas vuestras.

—Para mí —hablé en singular— es una fiesta —puse la voz que yo sé—: Aunque una fiesta un poco melancólica, como una renuncia...

Vino a mi lado y me besó cerca de la boca, pero sin ser en la boca, un gesto tierno y decente.

—¡Malvado! —dijo con simpatía—, el poeta es un fingidor.

—Poeta. ¡Casi nada!

—Tú me has dicho que si no creyeras en la poesía de fondo de tus narraciones... Bueno, quito lo de malvado. Pero peligroso. Eres un hombre peligroso.

Del lado de ella había una naturalidad que ni animaba ni disuadía, y lo mío no era más que curiosidad por un tren que ya nunca será el mío.

—Has hecho bien viniendo —me acerqué a ajustar el ventanal que da a la terraza—, contigo entra en esta casa un aire fresco, supongo que será lo mismo en tu oficina.

—Mañana tendré todo el aire de la sierra, ya está la primera nieve y hay que estrenarla, ahora que está tan pura y blanquita. Figúrate, todo el sábado, y el domingo hasta agotar

la tarde y volver para la última misa.

A mí me cuesta entenderlo, una vida seriamente cristiana y vivirla en un mundo como el nuestro.

—¿Comulgas?

—¡Pues claro! —afirmó con énfasis—, no tiene sentido ir a misa y no comulgar.

—Tendrás que no beber ni siquiera agua, cuando yo era niño se pasaba mucha sed en la noche anterior. Y confesarte.

—Pero hombre, qué cosas, lo de Dios es más fácil de lo que crees.

—Pero confesarte —insistí—. Podrías confesarte conmigo.

—Alguna vez me he confesado en voz alta, me parece más trance que si te contara a ti mis pecados.

—Eso de la confesión entre cofrades lo he leído en alguna parte —di otra vuelta de tuerca—: ¿Tú eres opus?

Se rio con una risa tan sana y moza que sentí como una losa mi edad. El pelo de esa chica. La firmeza de sus huesos, ¡lo interminables que son ahora las piernas de las mujeres! Su boca jugosa y un poco irónica como prometiendo una maquinaria a punto... Volvió a rondarme la mosca cojonera, la pregunta imposible de *La colmena* picándome en la punta de la lengua:

«Y tú, hija, ¿estás virgo?».

Pero ya se oían las voces de mi editora, Adelaida, que venía avisando para la cena. Apareció muy arreglada, la alabé pero creo que no me oyó, ellas se decían cariño, encanto, cielo, y las dos mujeres enlazadas completaban una belleza que a mí me borraba del mundo.

Última mañana con Dalia

Cuando me proponen salidas para dar lecturas de mi obra, prefiero los trenes. Pero no los de alta velocidad, por la paradoja de que cuestan más y te dan menos horas de escuchar a los vecinos de asiento.

En Espeluy se subió al regional un viajante que venía de Jaén, dijo ser de Arcos de la Frontera y hablaba como un poeta. Me contó con detalle, pero yo lo resumo, de una ciudad que llevaba muy en el alma. Por bien que se hubiera elegido a los legisladores —

dijo— esa ciudad se quedó olvidada cuando el troceado ominoso de la gran Nación y ahora es una ciudad agraviada que no recibe subsidios ni de estos ni de los otros, excluida de la red de aeropuertos y de las autopistas, salvo las de peaje más gravoso. Pero su ciudadanía es orgullosa. Me gustaba —siguió contando el de Arcos— combinar la ruta para hacer allí cuartel con mis muestrarios y unirme a mi manera a la rebelión inmóvil, que consiste en vivir a contrahora de lo que había sido patria común.

«Nos han quitado todo, menos la libertad de los relojes», te decían.

Lo bueno era que no tenías la competencia de otros viajeros, los pocos que asoman se alejan temerosos de este vagar por calles soleadas pero mudas, doblar en pleno día una esquina y ver que sigue otra calle, y luego otra, y lo más que te encuentras a esas horas es algún perro enloquecido porque ellos no se han acostumbrado a la protesta como las personas.

A mí ha dejado de sorprenderme la llamada del conserje del hotel:

«Son las siete, señor, ¿bajará a desayunar o se le sirve en la habitación?».

Y ya ni te aclaran que las siete son las siete de la tarde.

A través de la ventana están cayendo las primeras sombras, el alumbrado público va encendiéndose, más natural y sedante que un sol cansado de siglos. Es un despabilarse la población moroso y tierno. Las vecinas salen a sus puertas, se aseguran de que el sol se ha hundido por el lado de la taifa limítrofe y sacan baldes de agua para limpiar su trozo de calle. Luego los rumores crecientes, los balcones que se van confiando, pisadas —las mías propias, que se unen a la actividad urbana—, gente que va y viene para que las horas de las bombillas tengan sentido.

«Para que la vida tenga sentido», me decía Dalia. Y aquella frase tan guay: «Todo nos lo han quitado menos la libertad de los relojes».

A Dalia la conocí una noche en que estaba ella levantando la trapa para abrir el estanco. Parecía bastante libre pero a sus horas de despacho era formal, hasta que me dio una cita para cuando la mañana pudiera encubrirnos. Amparándonos en el sigilo diurno nos acostamos en mi hotel y fue una revelación, en mi ruta de siete exprovincias no me faltaron apaños, pero no hubo mujer que se le pudiera comparar a Dalia en la cama. Espere.

El viajante tuvo un gesto propio de los viajeros, que en seguida te enseñan las fotos de su familia. Del bolsillo de la chaqueta sacó una cartera de Ubrique abultada de papeles y con un departamento de plástico donde llevaba una foto dedicada, solo una, y la tal Dalia tenía unos ojos muy vivos y una boca apetecible. Siguió contando y dijo que en una de sus visitas de trabajo a la ciudad le entregaron en el hotel un fax donde la firma lo felicitaba por el último trimestre, lo ascendía y lo trasladaba a una ruta de primera.

Una buena noticia como usted comprenderá, pero por otro lado me dio tristeza. Estaba confuso y necesitaba compañía en aquel día o noche o lo que demonios fuese. Convidé al conserje del hotel, al encargado del bar y al chico que llegaba con los churros calientes. Por un momento sentí la vieja tentación de los prostíbulos, pero no abren hasta la hora meridiana. Y tampoco sería mucho sacrificio esperar a que amaneciese y mi novia de viajante cerrase el estanco.

Esperé. Dalia, más fogosa que nunca. Le oculté lo de mi ascenso y que aquella era, pobre Dalia, nuestra última mañana de amor.

El viajante suspiró. Deduje que los de Arcos de la Frontera gastan mucha fantasía, pero vale la pena, la historia dio para dos estaciones y un apeadero.

Casa de orden

Mi peluquero y su señora iban a Lugo al San Froilán porque allí, decían, «tenemos casa de orden». O sea, casa de parientes aunque fueran lejanos, o de amigos, que llegabas y tenías plato y cama. Eran otros tiempos y ya nadie recuerda la expresión. Pero lo que quiero contar es la mucha suerte de mi ahijado Abelardo. Le ha tocado una Europa que es pródiga con sus jóvenes (también con las mujeres paridoras, y más si son madres solteras) y los mima con comedores y bonos para los transportes urbanos, entradas de teatro y billetes que no ponen estación porque puedes subirte al tren y bajarte donde te dé la gana. Claro que hay que saberse todos los trucos, vigilar en los tablones y en el Internet las becas y las ayudas, y esto lo borda Abelardo.

«Igual dejo una semanita al Prisci», se dijo el estudioso, que es serio en el trabajo de su tesis pero en la intimidad se permite alguna irreverencia.

La primera ocurrencia que se le vino fue París.

En París, como en algunos otros sitios de la UE, Abelardo tiene un apeadero. «Así da gusto, Abelardo, tener en muchos países casa de orden», le alabé un día, un chico lingüista y tuve que explicarle que la expresión venía de los frailes y de las monjas, que viajan de un lado para otro y se hospedan en los conventos de sus mismos hábitos.

En París está una tal mademoiselle Marthe y además había una exposición de Cézanne, en los museos de Europa los estudiantes enseñan el carné milagroso y les basta. Él tiene siempre listo su equipo mínimo donde entra una esterilla que apenas ocupa espacio (puede haber que dormir en el salón), y el ordenador cargado de datos prácticos, además de cosas de la tesis, sin este aparatín no iría Abelardo ni a la ciudad que está al otro lado del río.

El río es el Neckar. La ciudad donde vive Abelardo es Tubinga. La mademoiselle Marthe de París es medievalista. El viajero –que ya iba en el tren– y la investigadora parisina se conocieron en el congreso isidoriano de León. Otra vez, se vieron en

Montecassino. Y probablemente se encontrarán más veces, hay entusiastas que huelen estos eventos y se apuntan al tema que sea, se conocen entre ellos, intercambian las separatas, muchas separatas. Y en la despedida, las direcciones (electrónicas). La tal Marta, según nuestro rapaz, no es gran cosa como mujer (o sea, que es fea), pero muy servicial y atenta. Y decía tener un apartamento propio en una calle cerca del jardín de Luxemburgo, pleno barrio latino. Tetita.

La mademoiselle le abrió ella misma la puerta. ¡Oh, Abelardo!, ¡Abelardo!, ¡qué sorpresa!, y esas cosas que se dicen. El caso es que era media mañana, frío otoño parisién con poca luz natural y en la casa una temperatura cálida. Y libros, muchos y buenos libros, incluso en la habitación amplia e independiente del huésped.

–Puede usted quedarse el tiempo que quiera –le dijo la historiadora madura al joven investigador–. Yo, por desdicha, tengo que marcharme a Niza mañana temprano a atender a una hermana que va a ser operada. Pero no se preocupe. Usted se queda aquí a su aire, y cuando se le termine el tiempo disponible cierra la casa y le da las llaves a la portera.

A Abelardo se le ensombreció el panorama.

–Le enseñaré los interruptores que hay que bajar en el cuadro de la electricidad, con cuidado, esto sí, de que quede conectada la alarma.

–Verá usted, profesora –Abelardo estaba reaccionando–, no le he dicho...

–Nada, nada, faltaría más, se queda todo el tiempo que usted quiera, mi querido Abelardo –la francesa es una mujer nerviosa que no deja terminar al que habla–, y no deberá olvidar el gas, el gas es lo más importante, se lo dejaré todo por escrito.

Lo del gas le dio al huésped un sudor definitivo:

–Verá, profesora, en realidad estoy de paso en París, he querido saludarla pero hoy mismo debo seguir viaje...

La francesa, al fin, lo entendió cortésmente. Preparó una comida rápida, sana. Poco más que lechuga y quesos. Charlaron mucho. Ella andaba a vueltas con los visigodos. «¿Sabía, usted, mi querido colega, que los médicos visigodos deambulaban motu proprio en busca de los enfermos necesitados?» Huele a cuento, esto lo digo yo, precisamente lo he leído en un cuento. Abelardo le hablaría a la otra de Prisciliano hereje o mártir, que es el motivo de su tesis. Los doctorandos son obsesivos, este chico, si lo animas, se embala en una tira de falsos obispos y maniqueos.

Cuando Abelardo se fue a su cuarto para descansar un rato, bendijo a Dios (es devoto) por haberse zafado de responsabilidades (es egoísta). Enchufó el aparato portátil, buscó el listado correspondiente y vio que la casa de orden más próxima era en Carcasona, la de un notario aficionado a la Guerra de los Cien Años. Recompuso el petate y se puso calcetines limpios.

El desaparecido

Que un cristiano desaparezca sin dejar rastro es para los suyos un trago; peor, si cabe, que la desgracia sabida y cierta. Por los montes próximos al molino de Cerulleda, la aldea donde el novelista se encerraba, ya no quedaban aquellos huidos que en tiempos necesitaron sobrevivir, el escritor era famoso pero no tenía gran fortuna, ninguna razón para pensar que hubiera sido secuestrado por dinero. Yo estaba invitado en la vieja casona y lo viví de cerca.

—¿Está don Jesús (o Jesús)? —preguntaban por teléfono.

—¿Quién lo llama? Se ha ido a la ciudad, sí, suponemos que volverá pronto, puede dejarme el recado, de nada, a mandar.

Solían ser asuntos editoriales o del cine, en la casa me habían encargado aquella función y yo la cumplía sin soltar prenda sobre el suceso, habría que ver el revuelo en el Café Gijón si llegase hasta allí la noticia. En las tardes madrileñas el escritor era temido por lo ingenioso y punzante, pero tampoco era manco el contertulio que un día lo apostilló:

«¿Jesús?, Jesús Fernández Santos es el que mejor habla mal de sus amigos».

Cuando desapareció de Cerulleda sin dejar huellas, las horas en el molino se hicieron largas. Yo pensaba en su comportamiento de las últimas semanas. Jesús vivía en Madrid su vida normal, pero había ido cambiando sutilmente, quizá efecto de la enfermedad que con lentitud hacía en él su labor de zapa. Se convirtió en un hombre bondadoso. Le daba mucho por recordar y, sobre todo, ansiaba recuperar lo que para él eran asignaturas pendientes, antiguas obsesiones, esbozadas en sus ficciones pero no del todo satisfechas. Para sobrellevar la espera, en el silencio de la noche de la montaña casi cantábrica me di a la relectura de las obras del anfitrión, que allí estaban en diversas ediciones, incluso traducidas a idiomas que no conozco. Tenía la esperanza de que sus fabulaciones nos revelaran alguna pista sobre su paradero.

Por las tardes, a la hora del taco de jamón y el vaso de vino aparecía el coche de la Guardia Civil de La Vecilla.

—Sin novedad sobre don Jesús —nos decía el cabo—. Un servidor tiene el pálpito de que el caso no es de desgracia —y el cabo que encabezaba la pareja seguía con una sarta de lugares comunes de consolación.

Lo más desconcertante es que el coche del novelista estaba en su sitio, en el tendejón de siempre, donde se guardan viejas ruedas de piedra y otros objetos de cuando realmente se hacía molienda, ahora codiciados por los anticuarios. Entre los gustos y pasiones del novelista, acendrados en esta que iba a ser la última etapa de su vida, estaba el gusto por los trenes y los autobuses de línea, tanto como el desdén por el auto particular, aislador e insolidario. Conque poco me extrañaría que anduviese rodando por

tierras de la mística, al aroma de los conventos, de monjas llagadas que amaban y sufrían en *Extramuros* (dos veces recorrí la novela), o quizá rebuscando en el mundo de los protestantes perdidos e incomprendidos en el aranal plano de los secanos, *Libro de las memorias de las cosas*. Alguna vez le dije a Jesús que sus títulos eran mejorables:

—Pero hombre, por Dios, ¿cómo se te ocurre ponerle a tu novela ese título? Piensa en la cubierta: JESÚS FERNÁNDEZ SANTOS. EL HOMBRE DE LOS SANTOS.

Pero a él no le importaban las asonancias ni las consonancias.

—¡Ahí está!, ahí tenemos a don Jesús —avisó el guardés, que seguramente se alegraba pero sin demostrar ninguna emoción, tal es el carácter de los hombres de por aquí arriba.

Como si lo tuviéramos hablado de antes, en la casa no se hicieron esparavanes y ni siquiera hubo gestos de extrañeza, ninguna pregunta. Que no se le causara ningún trauma, parecía ser la consigna tácita. En aquel tiempo de ausencia Jesús había perdido algún peso, y eso que ya en los últimos meses venía arrastrando ese y otros signos de decadencia física. Su aspecto al traspasar el portón del molino era el de un hombre cansado, o peor aún, de un hombre derrotado. Los zapatos, maltrechos. En la cara y en las manos traía rasguños como de haber andado entre zarzales. ¿Y las gafas? Nadie le preguntó. Verlo sin ellas, tan inseparables de su fisonomía, nos azoraba como si lo viéramos desnudo. Nos miró con la mirada perdida de los miopes y en silencio marchó a tumbarse en su habitación. Yo lo acompañé, pese a la consigna, y él me lo consintió, pero solo el primer tramo de la escalera. Allí me detuvo y me dedicó, como quien hace un regalo, la única palabra que pronunció a su regreso:

—Asturias.

Estuvo durmiendo dos días con sus noches, y menos necesité yo para descifrar el sentido de tan lacónica confesión. Asturias, solo a dos pasos del molino si no fuera la ausencia de caminos, había sido con sus mozos arrogantes y derrochadores una de las obsesiones más antiguas del autor realista. Se me había pasado releer *Los bravos*.

Don Sebastián, don Sebastián...

Lisboa es una fiesta. Lo es para mí desde el principio hasta el final de cada día, salvo una hora casi dolorosa, la del anochecer en Portugal. No sé por qué, pero me oprime la deserción del sol y me parece oír un toque de arriar banderas y la minuciosa afinación de

las guitarras para cuando sea noche cerrada. Conque en ese estado de ánimo deambulaba en el crepúsculo de un sábado por los alrededores del Rossio cuando me encontré con la salvación para mi solitud melancólica:

—¡Los poetas estáis en todas partes! —y era la voz sorprendida y personalísima de Amancio Prada.

—Bueno —le dije a mi paisano con el abrazo del encuentro—, tampoco los cantores os quedáis en casa. Y tú, además de en cuerpo mortal, andas en los carteles por las calles: en París estuve hace dos meses y lo mismo se te veía en los cafés literarios que pegado en las paredes de Montmartre...

Volvimos a abrazarnos, ahora con la complicidad de la vieja camaradería. Los dos estábamos en Lisboa libres y solteros, no diré si de derecho, pero sí de hecho... Planeamos la noche. Yo tenía dos pases de favor para el teatro donde ponían una obra sobre nuestra desdichada Inés de Castro y Amancio ensalzó mi propuesta, el tema era apasionante y se leían críticas entusiastas sobre la interpretación y una puesta en escena original. Pero se quedó pensando y me pidió que le dejase ver las invitaciones:

—¿Has visto? La fecha es abierta y valen lo mismo para mañana, solo hay que confirmar en taquilla. Es que, verás, hoy es sábado y solo los sábados tenemos la oportunidad de los fados en el Beco dos Frades. ¿A ti te interesan los fados? Estos que te digo, en el barrio de Alfama, son un grupo de aficionados, gente de distintas profesiones, y están muy unidos por el fado y la guitarra, y también por la nostalgia del imperio que fue Portugal.

—Jamás me habló nadie de esa historia —dije, sorprendido—. Ni un reportaje, nada en los anuncios de espectáculos. ¿Y crees que conseguiremos entradas?

—No conseguiremos entradas —Amancio me pareció misterioso—, no existen entradas, todo dependerá de que esta noche vaya a la tenida el abogado Oliveira y que no hayan cambiado la contraseña para que podamos pasar a su presencia. Tú déjate llevar y no preguntes, deja que yo maneje el asunto.

Estuvimos paseando por la Baixa, nos acercamos al Terreiro do Pago donde el agua quiere besarte los pies, entramos en librerías de libreros nada presurosos de echar el cierre, con sus mesas de novedades en que los libros de poesía derrotaban a las novelas y a los sesudos ensayos, y cansados y felices cenamos con la ayuda de un fresco *vinho verde*.

Mi felicidad era expectante. Quería saber, pero no quería estropearla con preguntas.

De una plaza céntrica salían los tranvías. Tomamos el 83 con la unción de quien entra en un recinto histórico, y el carruaje centenario y nosotros dos y pocos viajeros más emprendimos la marcha, que pronto fue por cuestas empinadas. Por los cristales de las ventanillas levemente empañados pasaban puertas y ventanas bajas, la hinchada numeración de las casas. Pasó un olor a sardinas asadas y era una familia de pescadores aviándose la cena en sus parrillas al aire libre. Amancio sabía la parada que nos convenía y avisó al conductor.

De todos modos, y cuando habíamos dejado el tranvía y marchábamos a pie, Amancio titubeaba ante un revoltijo de calles y callejas medievales. No se impacientaba. Amancio

tiene en el carácter la misma condición sedante de su voz, y mientras indagábamos me regalaba por lo bajines: *ten un neno xeitosiño que de nome lle chaman Antoniño*, él sabe cuánto disfruto con sus canciones de pícaras molineras, *Antoniño, meu amor, estudea para crego, sera lo meu confesor*, pero no siguió. «¡Carallo! –se interrumpió–, ¡tres veces habíamos pasado sin ver la entrada!»

Lo peor, para mí, fue que no había salida. Eso me inquieta como el temor de caer en una trampa. A estos callejones los portugueses les llaman *becos*, había una placa borrosa que anunciaba *Beco dos Frades*. Pero ya estábamos en el zaguán de una vieja casa, iluminado por una bombilla escasa y frente a un portón que no delataba el menor signo de vida. Mi paisano parecía estar seguro del protocolo. Tiró de un cordel poco visible y adentro respondió un sonido de campana rota. Esperamos. No nos hablamos una palabra. Amancio cogió mi brazo y lo apretó en un gesto que en aquella penumbra me pareció de connivencia. Al fin acudió alguien y entreabrió la puerta. Ese alguien permaneció sin asomarse y a la espera. Entonces Amancio Prada, tan jovial en su costumbre, dijo una palabra, una sola, con una solemnidad que yo no le conocía:

–¡Bandarra!

Aquel mundo se nos abrió al santo y seña, eran pasillos de maderas quejumbrosas y luego un patio con enseres abandonados y luego una escalera que también crujía, lo que me hizo pensar que los fadistas nostálgicos se conchababan allí por cuatro escudos, o gratis por la generosidad de un mecenas que compartiera los mismos ideales. La sala principal, en cambio, era limpia y decorosa, casi solemne. Unas decenas de asistentes a la reunión estaban sentados en mesas largas y un lugar era el principal, estaba en el centro, y el asiento tenía un respaldo alto que lo realzaba. El sitio estaba libre, como a la espera. Y así seguiría toda la noche.

–Bienvenido a esta casa de la esperanza –saludó a Amancio un señor de edad, que acudió a nuestro encuentro con un andar dificultoso– y bienvenido usted, caballero –pero sin ofrecerme su mano–, que nos visita con un padrino de tanto mérito.

El abogado Oliveira mandó que se nos acomodara y se fue renqueando, pero erguido y con dignidad extrema, a ocupar su asiento, justo a la derecha del trono vacante.

Habíamos llegado en plena velada. Los fieles de aquella religión o secta, o lo que fuese, retomaron su culto con un turno de guitarradas. Pero lo grande vendría cuando los fados. Los cantores –mujeres no había– tenían mucha edad para lo frescas y tersas que eran sus voces. Era una exhibición impresionante, olvidé a Amancio, me encerré en mí mismo. El portugués tembloroso de los fados tiene una fonética cerrada, perdía palabras sueltas, y el deducirlas del contexto suponía una emoción añadida. El rey era valiente y sus adalides tenían que protegerlo de tanta temeridad, el rey cabalgaba deslumbrante como un sol brillando entre el acero, el rey hacía temblar las murallas africanas hasta que una nube de arena lo envolvió y nunca más se supo, don Sebastián, don Sebastián. Yo no había vuelto a pensar en la extraña contraseña de la entrada. Bandarra. Bandarra... Ahora, de repente, recordé «las trovas de Bandarra», las había curioseado hace tiempo, y olvidado, aquellas atrevidas profecías de un zapatero remendón que anunciara el retorno, con fecha y todo, de un Mesías, un Encubierto que guiaría el definitivo Imperio

de Portugal. Don Sebastián, don Sebastián...

–Me gusta la gente que tiene fe y espera –dijo Amancio Prada cuando salimos de la casa y amanecía.

El bardo famoso y yo nos llevamos como hermanos, pero no quise profundizar en sus creencias. Amancio anda mucho entre místicos y fabuladores, y en Ponferrada hay quien cree en la vuelta inminente de los templarios. A saber.

El último cuento

(2008)

Bradomín

«Puede tratarme de tú, otra cosa no oírás en esta república libertaria, pero llámeme Marqués», me pidió mi compañero de habitación la primera vez que me hablaba, de vuelta yo del quirófano y de la anestesia. Con el despertar había ido reviviendo el viraje brusco del coche que me llevaba a Santiago, la maldición del conductor. En el hospital, en una ciudad de la Galicia más interna, me dijeron que se estaba construyendo un hospital nuevo y que en este de ahora el operado de una rodilla podía tener de compañero a un demente senil.

Mi demente era pacífico y se me presentó cortésmente: «Soy el marqués de Bradomín», y siguió con una sarta de apellidos, los Cela, los Montenegro, y el más improbable, un Bibbiena de Rienzo. Cuando dejaba la cama, y lo hacía según su marquesal gana, su figura era noble y quijotesca, aun con la bata gregaria que te presta la Seguridad Social. Yo, en cambio, no podía moverme, con la pierna estirada y prisionera en un cepo odioso. Me conmovió que una noche hubo necesidad de vaciar mi orinal y «el Marqués» lo hizo con sencillez, aunque suspirando. «En el palacio de Viana del Prior», murmuró, «había siempre un casiller solícito, pero ya se lo dije a usted, esto es una república que solo arreglaremos con el triunfo definitivo de la causa».

—Ayer te dejaste la cena menos la leche frita, exquisito, que eres un exquisito —le riñó la auxiliar de clínica, que no era muy fina.

—¡Moza insolente!, en la noble casa de nuestro linaje a una criada como tú se la tendría para el cuidado de los cerdos, con perdón —y «el Marqués» me dirigió a mí el «con perdón».

Salió la chica y desde la puerta me hizo una seña de complicidad, la de su dedo barrenando la sien como alusión a la guilladura del paciente.

Un joven médico residente atendía nuestra planta, en una de sus visitas me encontró solo y me dio algunas noticias sobre mi compañero de habitación. «El Marqués» era, hasta su caída en la insania, profesor de instituto, formado en su juventud al calor de Otero Pedrayo. El traumatólogo que me operó apareció una sola vez y me dijo que mi

problema requería tiempo. Opté por vivirlo como una ficción. Ciertamente, el marqués (empezaba a verlo sin comillas) resultó un doble fantástico de mi admirado Bradomín. Le noté una predilección por la *Sonata de otoño*. Hablando de la pobre Concha, su amante moribunda en el palacio de Brandeso, se le soltó una lágrima que resbaló despaciosamente hasta perderse en la fronda de su barba. Pero se encandiló al hablar de Tierra Caliente, aunque no quiso contestar cuando le pregunté si realmente habían sido siete los copiosos sacrificios que ofrendara a la Niña Chole en solo una noche, tórrida.

Una mañana aparecieron en la habitación dos mozos fornidos, con batas blancas donde podía leerse: Psiquiátrico de Conxo. Le ayudaron a recoger sus pertenencias escasas y yo los miré con malos ojos porque venían a quitarme el único libro que me consolaba entre cuatro paredes blancas.

La presente edición de *Todos los cuentos* de Antonio Pereira recoge el conjunto de su narrativa breve, que, teniendo en cuenta las múltiples versiones y variantes publicadas en vida del escritor, han sido supervisadas y fijadas textualmente de manera definitiva para esta edición por su viuda y albacea literaria, Úrsula Rodríguez Hesles.

Créditos

Edición en formato digital: septiembre de 2012

© Úrsula Rodríguez Hesles, 2012

© Del prólogo, Antonio Gamoneda

© Ediciones Siruela, S. A., 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-944-3

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Carta (sin fecha) a Antonio Pereira, por Antonio Gamoneda	10
TODOS LOS CUENTOS	16
Una ventana a la carretera (1967)	17
El ingeniero Balboa y otras historias civiles (1976)	73
Historias veniales de amor (1978)	112
Los brazos de la i griega (1982)	136
El síndrome de Estocolmo (1988)	193
Picassos en el desván (1991)	254
Las ciudades de Poniente (1994)	325
Relatos sin fronteras (1998)	394
Me gusta contar (1999)	411
Cuentos de la Cábila (2000)	421
Cuentos del noroeste mágico (2006)	474
La divisa en la torre (2007)	479
El último cuento (2008)	566
Créditos	568